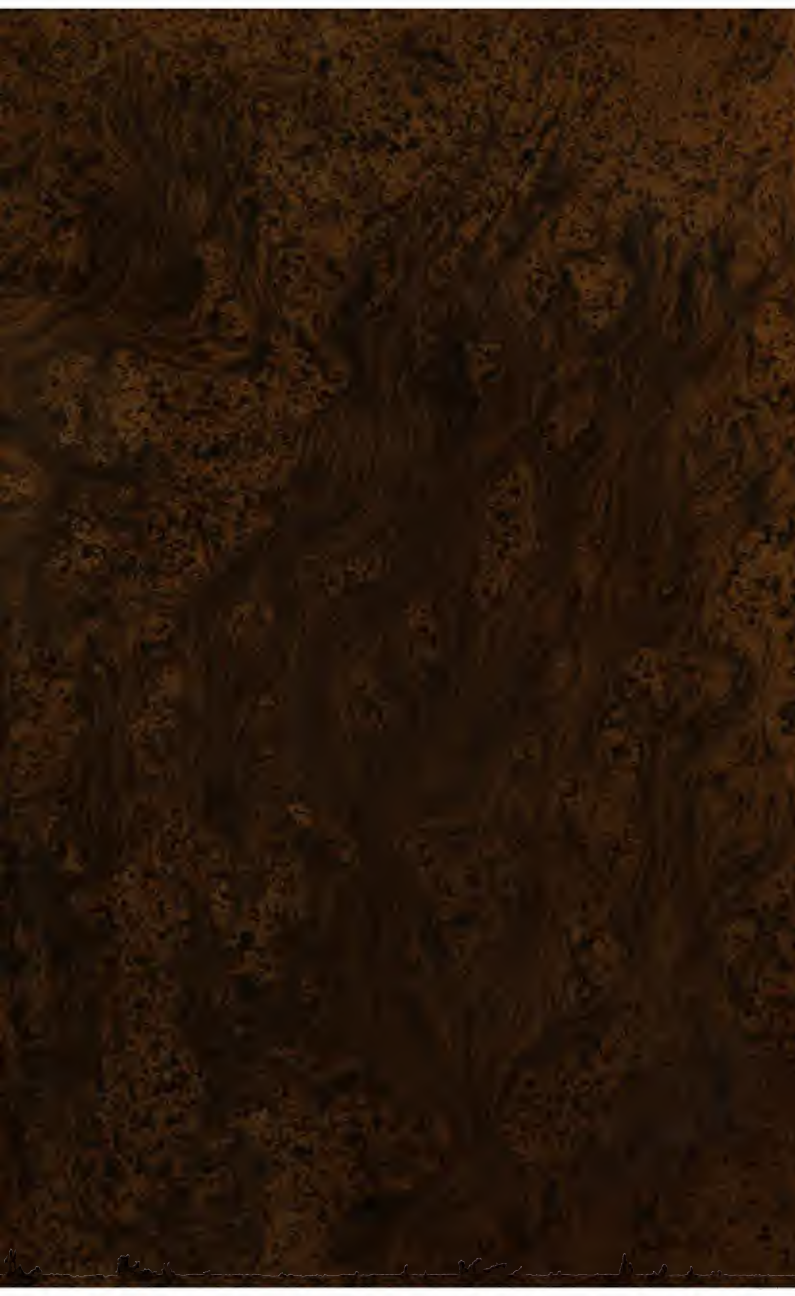
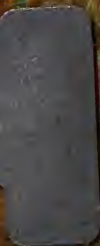
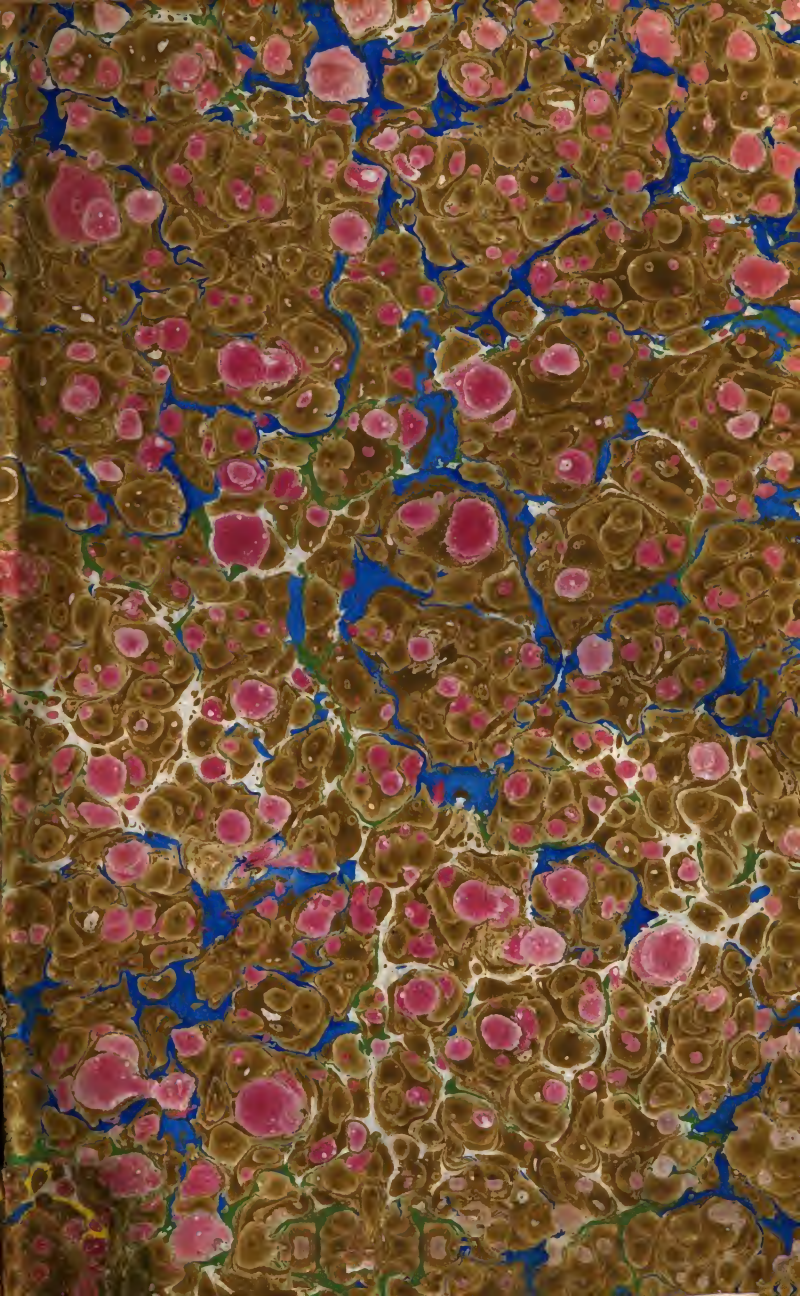
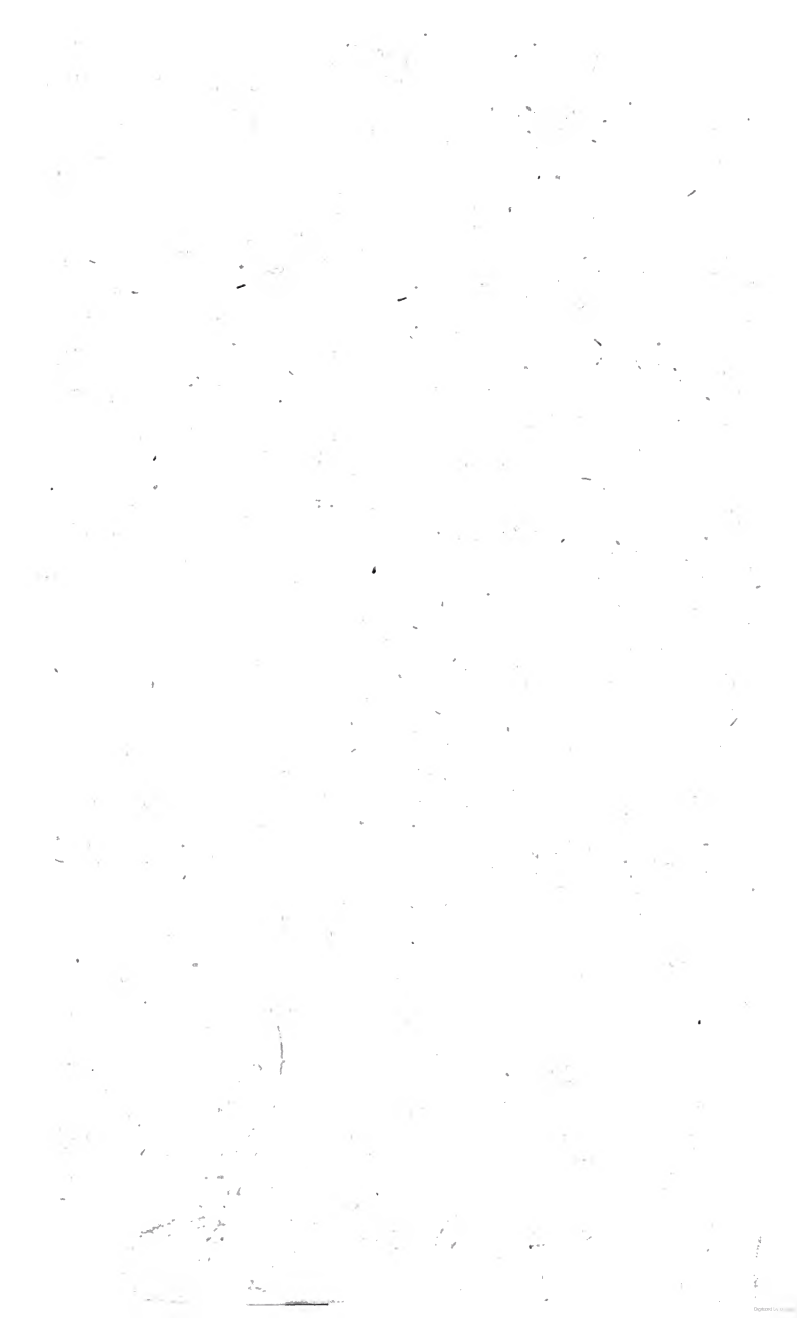




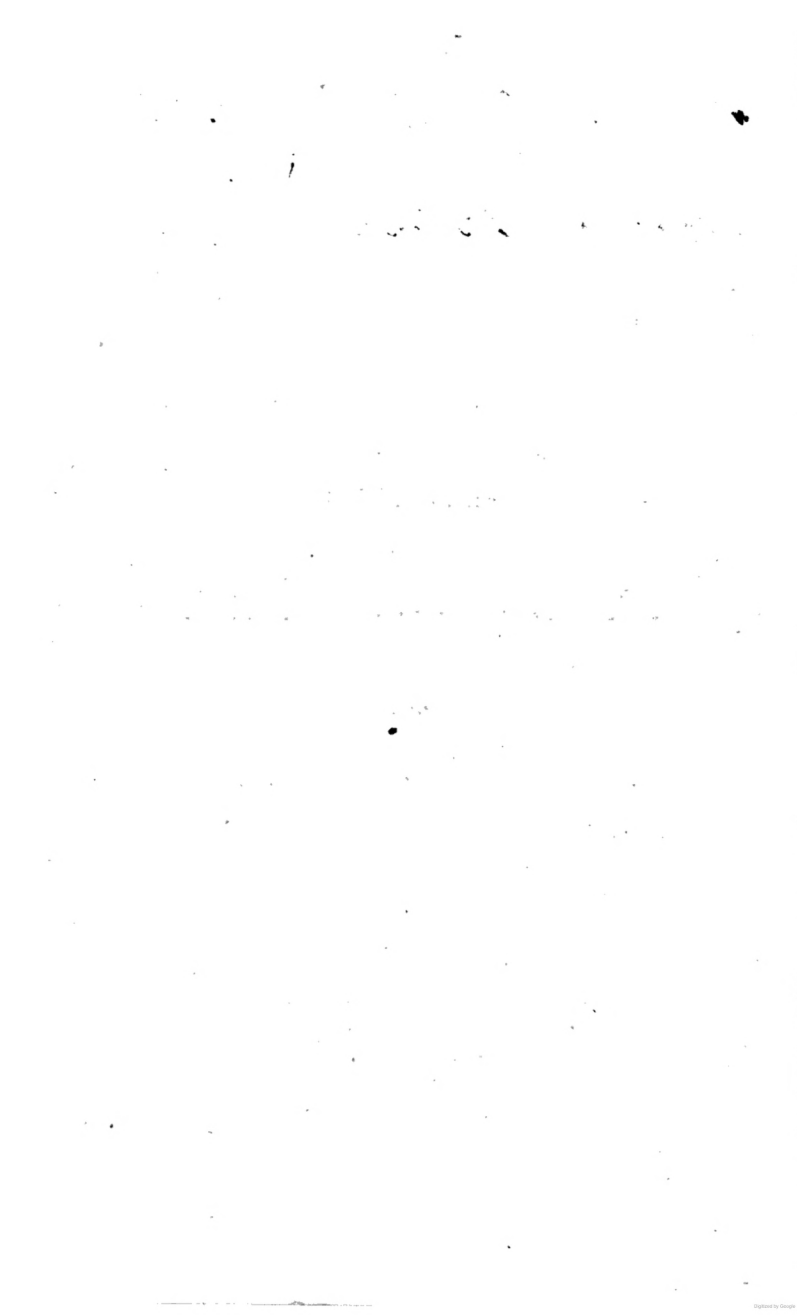






EL EQUILIBRIO
ENTRE
LAS DOS POTESTADES.

TOMO I.



EL EQUILIBRIO

ENTRE

LAS DOS POTESTADES,

Ó SEA

LOS DERECHOS DE LA IGLESIA

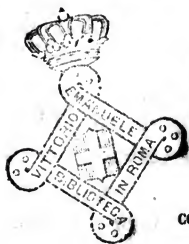
VINDICADOS

CONTRA LOS ATAQUES DEL DR. D. F. DE P. G. VIGIL EN SU OBRA
TITULADA : DEFENSA DE LA AUTORIDAD
DE LOS GOBIERNOS Y DE LOS OBISPOS CONTRA LAS PRETENSIONES
DE LA CURIA ROMANA ;

OBRA ESCRITA

POR EL RDO. P. F. PEDRO GUAL,

religioso de la observancia de nuestro padre S. FRANCISCO, natural del principado de
CATALUÑA y Guardian actual del Colegio de Propaganda Fide
de STA. ROSA DE OCOFA en la arquidiócesis de Lima, república del Perú.



TOMO PRIMERO.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS.

BARCELONA ,

IMPRENTA DE PONS Y C.^a, CALLE DE COPONS, N.º 4.

1852.

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

PRÓLOGO.

Si en alguna época se ha hecho necesario el desarrollo de teorías de equilibrios y contrapesos, es en la presente. Hoy, en que al magnífico edificio social, minado por el brazo robusto de una triple alianza, se le vé ladearse hácia el suelo; hoy, en que la carroza del catolicismo sufre en su marcha recios sacudimientos por parte de sus enemigos confederados, con riesgo de balancearse hácia el derrumbadero fatal, aunque no de perderse en él; hoy se hace imprescindible y urgentísimo un tratado de *Equilibrio*.

La triple y aciaga federacion, que en nuestro siglo amaga á la sociedad y á la religion á la vez; es la del *protestantismo*, *jansenismo* y *filosofismo*. Perdiendo el protestantismo en el laberinto de centenares de sectas, que se disputaban una creencia; y abrumado de los delirios de su *juicio privado*, hizo liga con la filosofía incrédula; y proclamando de consuno un puro *racionalismo*, juzgó haber encontrado la oportunidad de *protestar* con mas energia contra el colo-

so, que con mano robusta le aplastára. Existia por desgracia á la sazón en el seno de la Iglesia católica una porción de hijos malcontentos, que, abrigando sólo afectado celo un odio irreconciliable á todas sus leyes é instituciones vigentes, y protestando humilde sumisión sin jamás obedecer, trataban con hipócrita astucia de halagar á los príncipes y gobiernos civiles encareciendo y abultando sus derechos y prerogativas, para que teniéndolos ya de su partido, y hecha la nefanda alianza con las falanges protestantes y filosóficas, pudiesen á mansalva presentarse contra el objeto de sus enconos en ademán hostil; y derrocado este, dirigir sus tiros contra la misma autoridad secular, que tanto les embarazaba para la consecución de sus inicuos fines. Aplaudió la filosofía impía y revolucionaria del siglo pasado esa inopinada alianza con insana algazara, y mancomunando sus principios cifrados en este: *odio y guerra á toda autoridad existente*, se lanzaron contra las dos potestades; y la historia nos ha revelado en páginas ensangrentadas cual era el norte de su marcha y el fin de su confederación.

Util hubiera sido para la sociedad y la religión, que al rayar el astro civilizador del siglo XIX hubiese desaparecido ese grupo de negras y amenazadoras nubes: pero, por desgracia no fué así; y hemos visto con asombro en nuestros días sucederse las tormentas unas á otras en la Europa, causadas por las sectas aliadas, que, ora bajo pretexto de *reforma de abusos* y pretensiones de la Curia romana, ora

con el nombre de *filosofía* libertadora y regeneradora, y ya con el timbre de *racionalismo*, *comunismo* y *socialismo*, hicieron esfuerzos inauditos para llevar á cabo sus perversos planes de hostilidad contra el catolicismo y el orden social establecidos, entre los escombros y regueros de sangre que por do quier derramaban, y á pesar de las leyes de los gobiernos y decretos de la Iglesia, que los anatematizaba. ¡Felices las naciones americanas, si se hubiesen visto libres de esta plaga asoladora! Pero, ¿podemos li-sonjearnos de esta dicha? ¡Ah! No satisfecho el genio del mal de henchir la atmósfera europea de esos pestíferos miasmas, se dirigió con rápido vuelo á ultramar; y vemos hoy ¡qué espanto! á los discípulos de los filósofos de Ginebra y Ferney, á los emisarios de Sue y Proudhon instalar en la Nueva Granada el anárquico é impío *socialismo*, hermano del tremendo *comunismo*; y ya de mucho tiempo en el suelo peruano á los maestros del *jansenismo* preparar el terreno á sus aliados.

Un hombre habia entre nosotros, cuya conducta presagiaba algun misterio. Aislado del trato mundanal, austero en las costumbres, estudioso y meditabundo, se le veia por largos años y con un afán indecible registrar libros, y escribir. Este hombre era *Vigil*, que, hacinando en seis volúmenes (quizás con las mejores intenciones, que deseáramos poder salvar,) cuantos materiales pudiera recoger en defensa del jansenismo moderno, y de varios errores del protestantismo y de la filosofía incrédula,

amenazára á la Iglesia un trastorno espantoso, pudiendo servir de testo á la alianza tenebrosa: ¡Ay de la nacion peruana, si sus ilustrados talentos no hubiesen mirado con desprecio esa obra del error! Viérase ya sumida en la sima del cisma, de la herejía, y acaso tambien de la anarquía.

El jansenismo enseña que no se debe obedecer al Vicario de Jesucristo y á las decisiones de la Iglesia, cuando no son del agrado de los fieles; y el Sr. Vigil sostiene igualmente esta máxima, que por legítima ilacion se estiende tambien á las potestades políticas. El jansenismo y el protestantismo defienden que el gobierno exterior de la Iglesia debe estar en manos de los príncipes y magistrados del pueblo; y Vigil adopta este principio y desea que se rompa la alianza entre las dos potestades, que Dios estableciera como alma vivificadora de la sociedad. El jansenismo, el protestantismo y la filosofía incrédula proclaman la ilimitada libertad de pensar, de conciencia y de cultos; y nuestro doctor la sostiene mordazmente. Para la filosofía socialista la revelacion es una fábula; la fe una impostura; los sacerdotes unos hipócritas; los fieles unos fanáticos; Dios, Jesucristo, unos puros nombres para abusar de ellos. En el orden social el socialismo dice : *la propiedad es un robo*, todo gobierno legítimo una tiranía, todo derecho una usurpacion, y las categorías y jerarquías bárbaras distinciones. No llega á tales excesos por misericordia de Dios nuestro sacerdote : pero los principios establecidos tienden á esto, la espe-

riencia nos da de ello lecciones terribles, y uno de los primarios corifeos del jansenismo, el Sr. Tamburini, ha escrito: *despues de la revolucion de Francia se confunden los jansenistas con todas las sectas, y que jansenistas, francmasones, jacobinos y ateos son voces idénticas.* (Cartas, págs. 143 y 173.)

¡Talento malogrado! que mejor dirigido hubieras sido una lumbrera brillante en el hemisferio peruano, una antorcha ilustradora en el solio de Sto. Toribio; y que ahora ¡infeliz! te envuelves en las densas tinieblas del error, del absurdo y de la degradacion! lee y reflexiona; y *se te caerán las cataratas de los ojos, y verás.*

Siendo pues el pensamiento dominante del doctor Vigil, el secularizar á la Esposa divina del Rey celestial, y dirigiéndose las tendencias de sus teorías á dislocar del carro social una de las dos ruedas con que marcha á sus altos destinos, con peligro de fracasar; justo era que el clero católico estendiera un brazo para sostenerle y ponerle en equilibrio. Y he aquí el norte de nuestras tareas. Tratamos de defender los verdaderos derechos de las dos potestades, religiosa y social, porque la religion católica y la sociedad humana son lo que mas amamos. Nuestras intenciones son puras, nuestro corazon recto; nada abrigamos de pasiones mezquinas é innobles. Nuestras palabras no serán de hiel amarga, ni nuestras armas de acero afilado y cortante; porque al que juzgamos por rival en el campo de las ideas, tenemos por hermano en el templo de la caridad. Bien

podiera ser que en el calor de la discusion la pluma inflamada del celo de la verdad y del honor de la religion salte las barreras de la moderacion : mas , estos serian ataques de la verdad contra el error , no menosprecios ni desmanes irritantes de un amigo que ama á la imágen de Dios. ¡Ojalá se presentára ocasion de rubricar con nuestra sangre los sentimientos que espresamos!

Quizá hemos emprendido un trabajo que no está en proporcion con nuestras débiles fuerzas : como quiera , el amor á la verdad y al triunfo del catolicismo , el deseo de ser útiles á la patria , á la Iglesia ; á la sociedad entera , y sobre todo la gloria de Dios , autor de todo bien , dan bríos á nuestra inercia , y nos hacen decir : *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*. No aspiramos en esta obra al mérito y honores de una originalidad ; no. Ni el argumento lo consintiera , ni debe el mortal ambicionar el aura popular , que el aliento postrimero disipa. Ahí están los escritos en varios idiomas , aunque muy escasos y no completos en el español , de donde sacamos los pensamientos , las frases y hasta trozos enteros , cuando nos han parecido inmejorables ; pero sin perjuicio de emitir los nuestros , y añadir á aquellos otras reflexiones , fruto de nuestro estudio y meditacion. Si como séres falibles nos hubiésemos extraviado , lo juzgará la crítica ilustrada , y sobre todo Aquel que sentado en el trono de S. Pedro , es doctor de los doctores , y como pastor universal conduce al aprisco cristiano á las ovejas extraviadas , y

á todos da pasto saludable; á cuyo juicio irreformable sujetamos sumisamente esta obra por obedecer á sus mandatos.

Jóvenes candidatos del derecho público eclesiástico, y del civil en las relaciones con la religion! Dad de mano á esos volúmenes, que impregnados del veneno del protestantismo y jansenismo, son el tósigo de vuestras almas, son semilleros de corrupcion é irreligion. Aquí os presento la verdad pura, encanto de las inteligencias elevadas, imán de los corazones rectos, vida de la sociedad y de las conciencias. Leed y meditad, y reflejará en vuestras almas aquel brillo de sabiduría, que eleva al hombre á un rango superior á los demás. Eclesiásticos inteligentes! no os desdeñeis de arrojar una ojeada á estas páginas, que darán sin duda un impulso expansivo al desarrollo de vuestros talentos, y que son de tanta utilidad y necesidad en nuestros azarosos tiempos. Magistrados del pueblo, publicistas eruditos, sabios legisladores, príncipes y gobiernos católicos! á vuestra ilustracion se dedica de un modo particular mi insignificante trabajo. Aquí teneis la pauta de vuestra legislacion y administracion en todos los asuntos que afectan la religion y en varios que miran la paz y bienestar social. Ilustrados con estas luces de la razon, de la moral y de la revelacion, sereis unos padres de los pueblos, unos Mecenas del verdadero saber, unos protectores y defensores de la religion del Hombre-Dios. Estos principios formarán aquel vínculo sagrado, que con-

federándoos con la potestad eclesiástica establecida por Dios, producirá aquel *consejo de paz* tan recomendado por la Sabiduría eterna, y haciendo de dos elementos uno mas robusto, labrareis de consuno y con una eficacia admirable la tranquilidad, la moralidad y la felicidad de los pueblos, y la mas brillante corona, que orlará vuestras sienes.

EL EQUILIBRIO

ENTRE

LAS DOS POTESTADES.

CAPITULO I.

LA IGLESIA CATÓLICA.

HAY en medio de las naciones civilizadas una sociedad que ha sido siempre el asombro de los hombres pensadores. Noble en su origen, se la veía bajar del cielo con los atavíos de esposa, poner los pies en las pobres pajas de un pesebre, é instalarse en un albergue de irracionales. Perseguida en su cuna, la sangre de sus miembros era un gérmen fecundo de vitalidad, que le daba una expansion portentosa. Magnánima en sus empresas, salía ufana y vencedora de la lobreguez de las catacumbas á colocar el lábaro de su Jefe en la cúspide del Capitolio. Llena de sabiduría y prevision, se la miraba en sus asambleas crear sus gobernantes, formar sus códigos, levantar sus tribunales, edificar sus salas de reunion, plantear sus corporaciones, organizar su ejército y marchar con briosa osadía, al través de las huestes enemigas, rodeada de grandes héroes coronados de laureles ganados en cien palestras, á tomar posesion de lo legado por Aquel que le dijo: *Te daré las gentes en herencia, y en posesion tuya los términos de la tierra* (1). Preséntase con generosa confianza en los grandes liceos, donde una sociedad rica de talentos y de saber reúne como en

focos de luz todo cuanto le han transmitido los tiempos anteriores y ha adquirido con sus tareas ; y le dan el primer asiento. Entra en las mas ilustres ciudades, famosas por sus hazañas, antigüedad y riquezas ; y le abren las puertas , y la llevan en triunfo en medio de los vítores de un pueblo entusiasta , que la recibe como á *Hija del Príncipe*. Se presenta ante los palacios de las grandes potestades , y al reconocerla , le hincan humildes las rodillas, le rinden respetuosos vasallajes, sin que lo tengan á mengua, y sin que crean desvirtuar el poder de sus dorados centros, y deslustrar las brillantes coronas que resplandecen sobre sus cabezas. Toda tribu , toda lengua , todo pueblo y nacion corre á alistarse bajo sus banderas : por manera , que ya de mucho tiempo acá la vemos convertida en un reino universal , en una nacion de las naciones , en una sociedad ecuménica. Esta sociedad es la *Iglesia católica*.

Un hecho tan ruidoso , tan sorprendente , tan palpable , de tal grandor , de interés general , puesto á los ojos del mundo entero , se ha querido desmentir , se ha tratado de ofuscarle , de hacerle desaparecer del globo ; se ha dicho «que el catolicismo habia dejado de existir ; que concentrado en el santuario de las conciencias de unos pocos se habia hecho invisible.» Esta doctrina , que Lutero legára á sus discípulos para destronar de un golpe al romano Pontífice y á los prelados eclesiásticos , fué un semillero de division y un elemento disolvente. De aquí los errores de los protestantes apellidados *disidentes* , que lidiando con sus hermanos para hallar la existencia de la Iglesia , se preguntan unos á otros : ¿ *dónde está* ? De aquí las pretensiones de los amantes de la delirante anglomanía , que negando á la Iglesia romana el sacerdocio exterior instituido por Jesucristo , pusieron en manos del pueblo la plenitud de la autoridad eclesiástica , al menos en cuanto á la disciplina exterior , para depositarla despues en la persona de sus príncipes seculares , y coronar así con mas triunfo por jefes de su Iglesia anglicana á Enrique VIII , á Eduardo VI , á Isabel y á sus sucesores , á pesar de los rayos del Vaticano (a). De aquí los delirios de Puffendorf.

de Richer y sus secuaces, que, haciendo de la sociedad de los fieles una democracia, no conocen jerarquía eclesiástica : dicen, que la potestad que ejercieron S. Pedro, los apóstoles, los romanos pontífices y los obispos, les fué como delegada por los fieles, esto es, fué *ministerial* ó *instrumental* : apellidan á la Iglesia, no *un estado*, *un reino*, *una monarquía*, *un pueblo* ; sino *un simple colegio* colocado en el Estado bajo la jurisdiccion del gobierno político (b). De aquí la reproduccion de casi los mismos errores en los tenebrosos conventículos de Pistoya, de Utrecht, de Ems, de Baden, etc., y sus desvarios en negar á la Iglesia la autoridad en su disciplina exterior, ó en atribuirle á las potestades civiles. De aquí esos libros llenos de veneno jansenístico propinado en los vasos dorados de la *caridad* y *humildad* farisaicas para fascinar á los incautos y brindarles la muerte ; esos arsenales de armas fatales para derrocar á la vez (si posible fuere) el altar, el trono y todo gobierno constituido (c).

Habia leído, sin duda, en tales libros el Sr. Vigil, cuando en su *Defensa de la autoridad etc.*, nos dejó registrados no disímiles errores. *Ya no hay reino sacerdotal*, nos dice ; *reino y sacerdocio son dos cosas aparte y de orden diferente ; y si alguna vez se encuentra en el Nuevo Testamento una espresion parecida, es únicamente en sentido espiritual.*—¿Eres tú rey? le decia Pilatos á Jesucristo : *Mi reino no es de este mundo*, respondió él.—*La Iglesia, que moradora del lugar de la prueba, trabaja en oculto para su tiempo, es la hija predilecta del Príncipe, y la Esposa del Cordero, cuya gloria es interior, debiendo dejar á los profanos sus esterioridades : « Omnis gloria ejus filiæ Regis ab intus. »*—Atendida la índole de la religion cristiana y la historia de sus mejores tiempos, podemos decir que ella se da por contenta de tener un carácter privado, el cual muy distante de causarle daño, la auxilia y fecunda maravillosamente. En esa época anunciaban los pastores la palabra divina, administraban los sacramentos, y desempeñaban todas las funciones de su ministerio ; pero sin estrépito ni ostentacion : encerrada, por decirlo así, la Iglesia entre las paredes domésticas,

y aun perseguida y proscripta , léjos de tener un carácter público (2). ¿Quién no ve aquí un retrato mas ó menos parecido al protestantismo , que desciframos poco antes en su *no sacerdocio eterno, espiritualidad, ó invisibilidad, en su Iglesia oculta, sin exterioridades, sin carácter público, contenta de tener un carácter privado?* Nada importa que ese señor, despues afirme, que la *Iglesia por institucion de Jesucristo es una sociedad con los derechos y atribuciones de una corporacion esterna y visible* (3). Esto no prueba otra cosa sino que Vigil está contra Vigil ; que no hay fijeza en sus principios ; que todo es vaguedad é incoherencia. Mas esto no quita que queden sentadas tales proposiciones ; que puedan producir aciagas consecuencias ; que nó queden manchados sus volúmenes. Esto no quita que la conciencia pública falle sobre sus doctrinas ; que estas no sean erróneas y anticatólicas. Pudiera probar únicamente, que habiendo abandonado ese señor las banderas del luteranismo , se hubiese pasado á las del sistema anglicano , puseñendorfiano , richeriano y jansenista. ¿Será esto así ? Vamos á verlo.—¿Cómo es que el Sr. Vigil no quiere dar á la Iglesia el nombre de *reino, de monarquía, de sociedad pública* con todos los poderes de una constitucion perfecta ? ¿Porqué le niega , ó al menos le coarta al extremo el poder legislativo , judicial y coercitivo ? ¿Porqué enerva la virtud de las leyes eclesiásticas ? ¿Porqué afirma que la Iglesia no puede mandar á los príncipes , médicos , impresores y á otros , que tienen oficios públicos en la república ? Claro es que todo esto tiende á un fin : y nosotros nos avanzamos á decir que este fin es el de plantear el sistema puseñendorfiano de una Iglesia colegial , esterna sí y visible ; pero destituida de un carácter público , despojada de los derechos de independencia , cuales competen á una sociedad , á un reino , á una corporacion , que se gobierna por leyes propias : un simple colegio en el Estado bajo la jurisdiccion omnimoda del gobierno civil. Para que no parezca que aventuramos proposiciones arbitrarias , oigamos otra vez á nuestro adversario , y él mismo nos revelará el objeto de las tendencias

de sus teorías. *Pues bien, concluye; determinado está por Jesucristo el fin de la potestad eclesiástica; y trazado el círculo de sus funciones. Encargada de apacentar y conducir el rebaño, que está de camino para la vida eterna; conductora de peregrinos, y ella misma peregrina no necesita mas que el permiso del tránsito para viajar por tierra estraña (4).* ¡Pobre Hija del Principe, Esposa del Rey de cielos y tierra, Señora de las naciones! ¿cuál ha sido tu infortunio, que hayas de ir pordiosera por tierras estrañas, pidiendo albergue y el permiso del tránsito? ¿Y á quién se ha de pedir el permiso del tránsito? A los gobiernos, contesta; *por el derecho que tienen, fundado en la naturaleza del poder político aplicado á los negocios eclesiásticos, en la supremacía del protector, cuya voz no ha de sonar en vano;—por el soberano poder que les compete sobre la disciplina esterna de la Iglesia;—por el poder que tienen sobre las materias eclesiásticas como patronos, que es de la misma naturaleza poder político, independiente y supremo (5).* ¿No es este un retrato del anglicanismo, del puffendórfianismo, del jansenismo moderno embozado con el brillante manto de imperial protección y regio patronato? Corred ese velo especioso; miradle bien, y le reconocereis desde luego. Tomamos á nuestro cargo disipar tales aserciones; y por de pronto preguntaremos: *¿Tiene la Iglesia católica por institución divina un carácter exterior, visible, público y permanente?*

Negar á la Iglesia la visibilidad y publicidad, hacerla una pobre peregrina, que va mendigando hospedaje en casa ajena, y esto en oculto, á pesar de ser ella la dueña, con peligro de que se le niegue y perezca; es confesarse ignorante en las divinas letras, es no haber saludado los santos Padres, órganos de la divina tradicion, es un insulto hecho á su soberano Fundador, haciéndole autor de una obra imperfecta. El Dios de verdad, que á su vez habló á los padres por los Profetas, y que posteriormente nos ha hablado por su Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas, nos ha revelado tan claramente este dogma, que le ha puesto fuera de todo ataque y de toda

duda. Nos presenta esa obra maestra de su brazo omnipotente figurada ora en el Paraíso de Eden, donde colocó al hombre para hacerle feliz; ora en el arca de Noé, donde se salvó el humano linaje; ora en la descendencia de Abraham, á quien le dijo: «Levanta los ojos al cielo: numera, si puedes, las estrellas, y sabe, que así será tu descendencia, sobre quien prodigaré bendiciones (6).» Ya nos simboliza á esa sociedad privilegiada en la nación teocrática, cuyo gobierno y legislación corren á su cargo; ya nos lo representa en el Sinaí, monte de terror, en cuya cumbre sentado el Supremo Legislador y rodeado de resplandecientes luces, da leyes y mandamientos al pueblo: en el magnífico templo del rey Salomón, donde la majestuosa gloria del Señor hinche su recinto, y donde se rinden cultos al verdadero Dios: en la sinagoga de los judíos con su famoso Sanedrín, supremo consejo de aquella nación, en que se trataban y decidían los asuntos de estado y de religion; y en cien emblemas, que nos revelan la grandeza y esplendor del reino del Mesías.

¡Con que valientes; á la par que primórosas pinceladas nos retratan los Vates sagrados á la Esposa del Verbo! «*Surge, levántate y esclárécete*; Jerusalén (así la felicita Isaías) porque ya rayó el día de tu esplendor, y la gloria del Señor nació sobre tí. He aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad los pueblos: mas sobre tí nacerá el Señor, y su gloria brillará en tí. Y marcharán las gentes á la luz de tu faro, y los reyes al resplandor de tu aurora. Alza tus ojos al derredor, y mira: todos esos que se han congregado, vinieron á tí: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas se levantarán del otro lado. Entonces verás y rebosarás de contento, se maravillará y ensanchará tu corazón, cuando se convirtiere á tí la muchedumbre del mar, y la fortaleza de las naciones viniere á tí. Una inundación de camellos te cubrirá, dromedarios de Madian y de Ephá: todos los de Sabá vendrán y traerán oro é incienso, anunciando alabanza al Señor... ¿Quiénes son esos que vuelan como nubes y como palomas á sus ventanas? Porque las islas

á mí me esperan y las naves del mar desde el principio para que traiga tus hijos de léjos, su plata y su oro con ellos al nombre del Señor tu Dios y al Santo de Israel, que te ha glorificado. Los hijos de los estraños edificarán tus muros, y los reyes de ellos te servirán. Estarán abiertas tus puertas de continuo, de día y de noche no se cerrarán para que sea conducida á tí la fortaleza de las naciones, y te sean conducidos sus reyes. Porque la nacion y el reino, que á tí no sirviere, perecerá... A tí vendrán encorvados los hijos de aquellos, que te abatieron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te desacreditaban, y te llamarán la ciudad del Señor, la Sion del Santo de Israel (7).» «Yo he sido por él establecido Rey sobre *Sion monte santo suyo*, (así leemos en los Salmos) para predicar su precepto. El Señor me dijo.: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las gentes en herencia tuya, y en posesion tuya los términos de la tierra. Los gobernarás con vara de hierro, y como á vaso de alfarero los quebrantarás. Y ahora, reyes, entended: aprended los que juzgais la tierra. Servid al Señor con temor, y regocijaos en él con temblor. Abrazad la enseñanza, no sea que se enoje el Señor, y perezcais del camino justo. Cuando de súbito se enardeciere su ira, bienaventurados todos los que confían en él.—Juzgará á los pobres del pueblo, y hará salvos á los hijos de los pobres, y humillará al calumniador... Y dominará de mar á mar, y desde el rio hasta los términos de la redondez de la tierra... Y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las naciones le servirán.—Su reino los dominará á todos: todas las gentes que tú hiciste, vendrán y te adorarán, Señor, y glorificarán tu nombre.» «Las generaciones alabarán tus obras, y publicarán tu poder, y encomiarán la gloria de la magnificencia de tu reino. Tu reino será el reino de todos los siglos, y tu señorío en toda generacion y generacion (8).» —«Vendrá el Deseado de todas las gentes (así en Aggeo), y henchiré esta casa de gloria... Grande será la gloria de esta última casa, mas que de la primera, dice el Señor de los ejércitos (9).» «En los últimos

días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes , y descollará sobre las colinas , y correrán á él todas las gentes : é irán muchos pueblos , y dirán : Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob , y nos enseñará sus caminos , y marcharemos por sus senderos : porque de Sion saldrá la ley y la palabra del Señor de Jerusalem : y juzgará á las naciones (así Isaías). » Estos y mil otros preciosos vaticinios , esos brillantes rasgos de los profetas santos , esos vivos , espresivos y magníficos retratos de la Esposa del Cordero , ¿ nada mas representan que á una oculta pordiosera , una bandada de peregrinos extranjeros , una sociedad ambulante , sin esterioridades , sin carácter público ? A esa que vosotros miráis cual peregrina mendiga , los videntes sagrados colocados en el monte santo de la vision la veian sentada en el trono del universo con los piés en la tierra y la cabeza en el cielo , y hecha señora de las naciones ; dominar desde el oriente al occidente , desde el aquilon al mediodía ; ante quien el salvaje , el bárbaro , el hombre civilizado , el letrado y el príncipe hincarán respetuosos sus rodillas , pidiéndole ser admitidos en el número de sus vasallos .

¡ Cuán linda y armoniosa consonancia hace el nuevo al antiguo Testamento ! ¡ Con qué vivos coloridos nos pinta el Evangelio á la Iglesia santa ! « Es una ciudad edificada sobre la montaña , que no puede estar oculta ; ciudad tan populosa , que abarca las naciones , cuyas murallas son las murallas del globo . Es una antorcha sobre el candelero ; un astro brillante en el firmamento , cuya luz ilumina á todo hombre que viene á este mundo . Es un reino , cuyo rey hizo espléndidas bodas á su Hijo , enviando mensajeros á todo el mundo para que nadie quedára escluido de ellas . Es una viña cultivada por obreros ; un campo sembrado por el padre de familias ; una casa edificada sobre piedra firme ; un rebaño numerosísimo con su supremo pastor y sus subalternos ; una nacion compuesta de príncipe y vasallos ; una corporacion ecuménica , cuyo príncipe lleva escrito en su faja : Rey de reyes , y Señor de los gober-

nantes : cuya potestad ha depositado en su Vicario, el jefe de la Iglesia (11).» Preguntamos ahora : ¿dónde está esa Iglesia del Sr. Vigil, que *trabaja en oculto, cuya gloria es interior, sin esterioridades, contenta de tener un carácter privado* ? ¿Dónde está esa extranjera, esa peregrina pordiosera, que va por tierras extrañas mendigando á los gobiernos políticos el permiso del tránsito ? El Espíritu de verdad, cuyas autoridades así del antiguo como del nuevo Testamento acabamos de copiar, nos ha patentizado en claras notas que la Iglesia de Cristo, Esposa del Rey de los cielos y de la tierra, lejos de ser pordiosera, es la señora de las naciones y de los individuos, que ha recibido en herencia de su divino Esposo; y lejos de pedir alojamiento á los príncipes temporales, estos le han de pedir á ella ser admitidos en su gremio, y en el número de sus hijos y súbditos : y que tan distante está de ser peregrina, ó transitoria en el sentido *vigiliano*, con peligro de desaparecer ; tan remota de quedar oculta, sin esterioridades y carácter público, que cual ciudad sobre la cumbre del monte tiene una posición culminante, que atrae á sí las miradas de la admiración universal; fundada sobre la Piedra apostólica es fija, permanente y eterna : colocado su palacio sobre los fundamentos de los montes santos, descuella sobre todas las obras de los hombres, y sentada en él como soberana gobierna las naciones católicas, impera á los pueblos, y ve pasar ante sí las generaciones, las persecuciones, las herejías, siempre triunfante, siempre inmóvil, siempre la misma al través de las vicisitudes de los tiempos ; porque de ella sola se ha escrito : *et regni ejus non erit finis*, y su reinado no tendrá fin : y si las huestes infernales coligadas con las fuerzas humanas se lanzan contra esa ciudad de fortaleza, en torno de ella quedarán pulverizadas, porque el Omnipotente, que le dijo : *estaré contigo hasta la consumacion de los siglos*, le sirve de muro y atemural, y de mil escudos y baterías para defenderla. Por manera, que con propiedad podemos parangonarla á la torre sobre la viva peña colocada en el ángulo saliente de un puerto, que vién-



do estrellarse contra ella las encrespadas y embravecidas olas y las escuadras navales en la nocturna borrasca, ella inconcusa é inalterable presenta su faro brillante, para que á su luz el desgraciado vea las ruinas de su fracaso, el náufrago la tabla de salvamento, el desviado el norte de su rumbo, y todos el puerto de seguridad.

Para dar mas luz á ese hermoso cuadro llamemos en socorro á los santos Padres y Doctores. S. Ambrosio sobre aquellas palabras : *Mulierem fortem, ¿ quis inveniet?* así se espresa : « Esa mujer es la Iglesia : ¿ es cosa difícil el hallarla? Mas bien difícil es no hallarla é ignorarla. ¿ Por ventura no es ella la ciudad colocada sobre la cima del monte, que no puede esconderse? ¿ Por qué pues se ha dicho : quién la hallará? Mas tú no puedes dejar de ver la ciudad edificada en la eminencia de la montaña (12). » « Mas fácil cosa es que se apague el sol, dice S. Crisóstomo, que no que padezca eclipse la Iglesia. ¿ Quién, dice, predica estas cosas? El mismo que la fundó. Pasarán el cielo y la tierra, mas mis palabras no se frustrarán (*Matth. 24. v. 35*). Esto no solo lo dijo, sino que lo cumplió : ¿ por qué la solidó mas que el cielo? Porque mas preciosa es la Iglesia que el cielo. ¿ Por qué fin fué criado el cielo? Por la Iglesia; no la Iglesia por el cielo. El cielo fué criado por causa del hombre, no el hombre por causa del cielo. » Con mas elegancia S. Agustin : « ¿ Por ventura no está patente la Iglesia? ¿ Acaso no está manifiesta? ¿ No abarca á todas las gentes? ¿ No se cumple lo que tantos años antes fué prometido á Abrahan, que en su descendencia serian bendecidas las gentes? Se prometió esto á un fiel, y he aquí que ya el mundo está lleno de millares de fieles. He aquí el monte que llena toda la faz de la tierra. He aquí la ciudad de quien se dijo : *No puede esconderse la ciudad constituida sobre el monte...* Ayer leimos en Isaías : *Habrà en los postrimeros dias un monte de la casa del Señor manifiesto, colocado en la cumbre de los montes.* ¿ Qué cosa mas manifiesta que el monte? Mas, hay montes desconocidos por estar en la otra parte de la tierra... Aquel monte

pero no así, porque ocupó toda la superficie de la tierra, y de él fué escrito : *preparado en la cumbre de los collados* : monte es sobre la cumbre de todos los montes (13).» Lo mismo enseña el santo Doctor repetidas veces en otros lugares, particularmente cuando refuta á los donatistas, que querian coartar la Iglesia á solas las regiones del África. En fin, segun el lenguaje de los demás Padres, «la Iglesia es el Paraíso en este mundo : el arca de Noé : el templo edificado de piedras vivas : la fuente de la verdad, el domicilio de la fe, el templo de Dios : la Iglesia del orbe, la Iglesia de todas las ciudades : el reino sempiterno de los cristianos, la asamblea de los fieles : el edificio de los apóstoles : la viña del Señor : el reino de los cielos : y aquí vosotros oís á los Ireneos, á los Ciprianos, á los Orígenes, á los Lactancios, á los Hilarios, á los Justinos, á los Jerónimos, á los Bernardos y á los Gregorios (14).» Queda pues patentizado, que *la Iglesia católica por institucion divina tiene un carácter exterior, visible, público y permanente.*

Este hecho cada dia mas luminoso, y que es la realizacion de las divinas profecias y de la palabra infalible del Verbo del Padre, no podia dejar de sorprender á los grandes hombres; y de aquí es, que los grandes hombres en ese hecho asombroso en su nacimiento, en su desarrollo, en su duracion de tantos siglos y en su prestigio, en ese esplendor, preeminencia y poderío, en ese carácter público á todo aspecto de la Iglesia católica, han hallado una prueba irrefragable de su divinidad. Y con razon : porque ¿cómo es que la Iglesia católica, y solo ella, haya conservado por el trascurso de tantos siglos ese carácter público y ese esplendor? ¿Cómo es que todas las sectas filosóficas y las otras religiones, á pesar de haberse valido de todas las artes y medios que sabe escogitar el talento humano, armas, letras, riquezas, elocuencia, ingenio, astucia, engaño, para conseguir tal carácter y prestigio, no lo han podido lograr, y se las ha visto desaparecer unas en pos de otras, y la Iglesia nó? ¿Cómo es que las mismas formas del gobierno político, que tantos elementos tiene para la conservacion de su

carácter imponente, hayan tenido sus fases y alternativas, sacudidas por las convulsiones populares y por la fuerza de la anarquía, y la Iglesia haya conservado siempre su puesto y su carácter? ¿No ha tenido también ella que experimentar los efectos del vertiginoso espíritu humano? ¿No ha tenido que luchar con enemigos formidables que pretendían despojarla de tan preciosas prerogativas y destronarla? ¿Ha sufrido acaso alguna derrota? ¿No se conserva hoy día con el mismo sistema, con el mismo carácter público, con el mismo brillo esencial? Y aquí ¿no hay algo de misterioso, alguna cosa mas que humana?

Decís: *ese carácter público y solemne, ese aspecto imponente*, que hoy día presenta la Iglesia, no le son propios; *los ha recibido de los príncipes seculares*; son efecto de las vastas pretensiones de sus jefes, de las miras ambiciosas de estender el círculo de su dominio (15). *¿Los ha recibido de los príncipes seculares!* Pero eso es secularizar á la Hija del cielo; es hacer á la obra de Dios obra de los hombres; es desvirtuar la palabra omnipotente é infalible de su divino Fundador; es negar las sagradas profecías; es contradecir al Espíritu Santo; y mirando la objecion bajo otro aspecto, es cometer una falacia en la argumentacion. ¿Los príncipes dieron á la religion católica el carácter público de que goza? Afirmáis una cosa que habíais de probar antes; pues nosotros hemos probado lo contrario. Admitís un falso supuesto; pues suponeis que la religion católica no tenia ese carácter público antes de ser protegida de los príncipes. Mas si los príncipes seculares han dado á la Iglesia ese carácter público de que goza, ¿por qué no se lo han quitado? ¿No ha habido príncipes ambiciosos, enemigos de la Iglesia, y envidiosos de esa prerogativa? ¿No se han hecho por ellos esfuerzos inauditos para quitársela? ¿Cómo no lo han conseguido? ¿Qué fuerza invencible los ha rechazado?

¿Ese carácter público que tiene la Iglesia, es efecto de las vastas pretensiones de sus jefes! ¡Ah! estas han sido las injustas acriminaciones con que las sectas refractarias y el jansenismo

delirante é ingrato han procurado denigrar y angustiar á la Madre de los fieles. Pero y entonces, ¿dónde está la obra maestra del Todopoderoso? ¿Dónde está la Iglesia del Hijo de Dios, si los hombres ambiciosos han cambiado su carácter, su esencia? ¿Dónde están las promesas de Jesucristo de no abandonar á su Hija predilecta, de estar con los suyos hasta la consumacion de los siglos, de que las puertas del infierno no prevalecerian contra la Iglesia? ¿Dónde está la prerogativa concedida por el supremo Moderador á su Vicario en la tierra, de que no faltaria en la fe ó fidelidad en el gobierno de la Iglesia universal? Abandonar á la Iglesia á merced de las caprichosas pasiones de los hombres, es decir que la Iglesia puede variar en lo sustancial, como variables son las opiniones humanas; es decir que la Iglesia puede perecer como perecen las obras de las manos de los hombres; es decir que el infierno puede introducir en ella el error y el vicio, como los introduce en los frágiles mortales; es afirmar que el celestial Esposo ha repudiado á su fiel y casta Esposa; es en fin incurrir en un error dogmático.

Al leer el Sr. Vigil las pruebas que hemos alegado del antiguo Testamento para probar el carácter público que tiene la Iglesia por institucion divina, contestará lo que ha dejado escrito en sus volúmenes contra un sabio apologista que se valió de algunos de tales textos para probar que la Iglesia no está en el Estado, sino el Estado en la Iglesia. *El Dr. Moreno, dice, aplica á la Iglesia los textos que se entienden del Mesías, ó acomoda al reino lo que se ha dicho del rey, y segun el juicio de los expositores en sentido espiritual. Las naciones, los estados, los gobiernos son palabras abstractas, é incapaces por lo mismo de recibir la fe, participar de los Sacramentos, y entrar en el gremio de la Iglesia cristiana (d): creyeron en Jesucristo y entraron en su Iglesia los individuos de las Naciones, que sin dejar la calidad de miembros suyos, adquirian otra nueva y santa en las relaciones del espiritu etc (16).*

Muy menguada erudicion é inteligencia de las Sagradas Escrituras manifiesta aquí el Sr. Vigil, y de muy corto talento da

muestra en la ridícula distincion que acaba de hacer y que moverá á lastima á los doctos, quienes desde luego le preguntarán: ¿para qué fueron inventados los nombres? Claro es que para significar las cosas, pues las voces vacías de sentido ó significacion son una modulacion de la lengua y una undulacion del aire que hiere el órgano del oido, y nada mas: y por esto, de quien vocifera sin tino, ó sin sentido, se dice que azota el aire. De aquí es que todo hombre racional, cuando mentaliza algún nombre, intenta con él significar alguna cosa. Ahora bien ¿qué significan los nombres ó palabras *Naciones, Estados, Gobiernos*? Segun la comun inteligencia de los sabios y del mismo vulgo, significan los individuos de un país, de una sociedad, de un gobierno, ó la coleccion ó número de tales individuos que viven bajo ciertas leyes. Luego, si toda persona racional mentalizando algún nombre, intenta significar alguna cosa, y esta es aquella que, segun la comun inteligencia ó recepcion, viene espresada con tal nombre, diciendo el Dr. Moreno, y nosotros añadimos: diciendo el Espíritu Santo que las naciones, los pueblos y los gobiernos han recibido la fe, y han entrado en la Iglesia, no habla de *palabras abstractas*, sino de las personas, de los individuos significados por tales palabras. ¿Quién ha soñado jamás que cuando nuestros sabios legisladores dictaron la Constitucion y dijeron: *La religion de la nacion ó república peruana es la católica, apostólica, romana, que profesa sin permitir el ejercicio público de otro culto* (17), intentasen decir que no los individuos del Perú, sino *unas palabras abstractas* profesan la religion católica? ¿Quién no se reiria, si anunciándose que el ejército ha entrado en la ciudad, dijese alguno que no ha entrado en la ciudad un ejército de soldados, sino *unas palabras abstractas*? ¿A qué fin pues esas distinciones ridículas é ilusorias?—Hemos hecho esta observacion, porque hemos creido que la objecion contra el Dr. Moreno pudiera repetirse contra las pruebas de la Sagrada Escritura que acabamos de alegar; y de ella queremos deducir que no es la Iglesia esa peregrina que haya de pedir á los gobiernos, ó á los prin-

cipes el permiso del tránsito ; sino que por el contrario los príncipes y los gobiernos han de pedir el permiso de entrada á la Iglesia para pertenecer á su gremio, segun los divinos oráculos.

Pero, vosotros y el Dr. Moreno, replicará el Sr. Vigil, *aplicais á la Iglesia los textos que se entienden del Mesias, ó acomodais al reino lo que se ha dicho del rey, y segun el juicio de los espositores en sentido espiritual*. Menguada erudicion é inteligencia de las Sagradas Escrituras, repetimos, manifiesta tambien aquí nuestro bibliotecario. ¿ Ignora por ventura que, segun ellas, la Iglesia es un cuerpo moral, cuya cabeza es Jesucristo, y que cuanto se dice de la cabeza, se predica al propio tiempo del cuerpo ? Si nuestro antagonista hubiera leído con atencion los espositores, á que se refiere, hubiera notado que uno de los cánones que ellos dan para la legitima inteligencia de la divina Escritura, es el que acabamos de apuntar. He aquí como se espresa uno de los mas acreditados, el sabio Cornelio A-Lápide « Cristo es la cabeza de la Iglesia : de donde se saca que Cristo y la Iglesia se reputan por una misma cosa, segun las reglas de Ticonio en S. Agustin. Todo lo que se dice de la Iglesia se dice tambien de Cristo, y vice-versa (18). » Lea el Dr. Vigil con ánimo despreocupado los textos de David que cita el señor Moreno, y los que citamos nosotros de otros profetas, aun aquellos que al parecer hablan no mas que del Mesias, y hallará espresa mencion de la Iglesia. Contraigámonos á los mencionados de David que alega el Dr. Moreno, y son los siguientes : *Omnes gentes quascumque fecisti, venient et adorabunt coram te; Domine. Et adorabunt eum omnes reges terræ: omnes gentes servient ei. Dominabitur à mari usque ad mare, et à flumine usque ad terminos orbis terrarum* (19) : y preguntemos, ¿ cuáles son esas gentes que con sus reyes han de adorar y servir al Señor y dominador de mar y tierra? Claro es que son los fieles que, habiendo por la fe venido del paganismo á alistarse bajo las banderas del Hombre-Dios, formaron la Iglesia que es la congregacion de los fieles bautizados que profesan una misma fe y tienen unos mismos sacramentos bajo la cabeza invisible Jesucris-

to, y la visible el romano Pontífice, y la debida obediencia á este y demás legítimos pastores subalternos. Los testos pues citados de David hablan espresamente de la Iglesia, de la formación del reino de Cristo, y por consiguiente en balde dice el señor Vigil que el Dr. Moreno, á quien seguimos, *aplica á la Iglesia los testos que se entienden del Mesías, ó acomoda al reino lo que se ha dicho del rey, y segun el juicio de los espositores en sentido espiritual.*

Ese conato del Sr. Vigil en interpretar las autoridades escriturales referentes al reino de Cristo, á la Iglesia militante *en sentido espiritual*, de referirlo todo á la espiritualidad ó invisibilidad, como si los hombres en cuanto al cuerpo no pertenecieran á la Iglesia, y como si esta no fuera una sociedad de hombres, descorre el velo á sus teorías, y lo repetimos, nos revela sus tendencias al sistema protestante de una Iglesia invisible. Deseáramos que nuestro erudito bibliotecario nos dijera en qué espositores ha leído que los testos citados se hayan de entender del Mesías, y *en sentido espiritual*, y no de la Iglesia. Los testos alegados son casi todos del salmo 71, el cual segun los sagrados intérpretes se aplica literalmente á Jesucristo y á su Iglesia, porque hay versos en él que á ningun otro pueden convenir. He aquí lo que dice el docto Tirino que ha escrito sobre esta materia posteriormente, y despues de haber consultado á todos los espositores sagrados anteriores á él. «Todos los intérpretes, aun los mismos rabinos antiguos y modernos, aplican este salmo á Cristo; y aparece patentemente de los versos 5, 8, y 11 que no pueden competir á Salomon:» y en el encabezamiento y comentario del salmo le aplica al reino de Cristo, á la Iglesia (20). El sabio Calmet también se espresa así: «Los Padres comunmente interpretan este salmo solamente de Cristo, haciendo Salomon las veces de figura:» y poco antes habia dicho: «David arrebatado de una fuerza divina, empezando un argumento mas sublime, cantó la majestad del Mesías, y la gloria de su reino: de aquí es, que se sirve de ciertas frases, que no pueden convenir al reino de Sa-

lomon sino en sentido hiperbólico y trópico ; mas referidas á Jesucristo se cumplen segun toda la fuerza de las palabras. Veráse esto en los versos 5, 11, 12, y 17 (21).»

Ocupémonos ahora en disipar otros argumentos de ese señor convergentes al mismo sistema. Un ánimo preocupado encuentra en los libros sagrados todo lo que quiere ; y de estos arsenales divinos , saca á veces armas para esgrimirlas contra su mismo Autor , que es la verdad por esencia , y contra los dogmas que ha depositado en ellos. De espantar es el abuso que han hecho los enemigos de la Iglesia de las siguientes palabras de Jesucristo , registradas en el Evangelio de S. Juan : *Regnum meum non est de hoc mundo* : « mi reino no es de este mundo » (22) : y de las otras del Espiritu Santo : *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus* (23) : « toda la gloria de la Hija del Rey es interior. » Los protestantes que para reformar la Iglesia querían hacerla invisible , los puffendorfianos que la deseaban *collegial* , los richerianos que la pretendían *popular* y *ministerial* , los jansenistas *pedisequos* de la malhadada reforma , que trabajaban para hacerla desaparecer del globo , todos de consuno se sirvieron de ellas como de un argumento concluyente , y como de égida contra los ataques de los católicos. Tambien el señor Vigil ha dicho con el protestante Puffendorf : *Non datur imperium sacerdotale* (24) ; « Ya no hay reino sacerdotal , y si alguna vez se encuentra en el nuevo Testamento una expresion parecida , es únicamente en sentido espiritual. Jesucristo contestó á Pilatos : *mi reino no es de este mundo*. La Iglesia que moradora del lugar de la prueba trabaja en oculto para su tiempo , es la hija predilecta del Principe , cuya gloria es interior , debiendo dejar á los profanos sus exterioridades : *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus*. » Pero en vano lucha el hombre contra la fuerza de la verdad ; en vano el protestantismo y el jansenismo levantarán alto la voz para proclamar el principio fatal del libre exámen privado de las sagradas letras. El divino atalaya que colocado en los muros de la santa ciudad guarda los sagrados depósitos , les gritará : « Atrás : ¿ cómo osais me—

ter la hoz en mies ajena? ¿cómo invadís el arca sagrada? ¿quién os ha autorizado para correr el velo del templo y penetrar en el santo de los santos? ¿quién os ha constituido jueces en esta causa? ¿Se ha dado acaso á vosotros conocer el misterio del reino de los cielos? ¿He puesto yo mis palabras en vuestra boca? ¿Quiénes son esos, que envuelven mis sentencias con palabras necias? Toda profecía de la Escritura no se deja á la propia interpretacion. Jamás se ha introducido la profecía por voluntad humana; sino que inspirados del Espíritu Santo hablaron los santos hombres de Dios. Tienen á Moisés y á los profetas que los oigan.»

Hay pues un tribunal vivo y permanente, que es juez nato de estas causas. La Iglesia y sola ella es el intérprete competente de las Sagradas Escrituras, porque de ella sola está escrito: «De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalem.» De aquí es que los Padres del Concilio Tridentino asistidos del Espíritu de verdad decretaron: «Para refrenar la petulancia de los ingenios, determina el sagrado Concilio que nadie, estribando en su prudencia, en las cosas de fe y costumbres pertenecientes á la edificacion de la doctrina cristiana, torciendo á sus sentidos la Sagrada Escritura, se atreva interpretarla contra el sentido aquel que reconoció y reconoce la santa Madre la Iglesia, á quien pertenece juzgar del verdadero sentido é interpretacion de las Sagradas Escrituras; ó contra el unánime consentimiento de los santos Padres (25).» Pues bien: léanse las Actas de la Iglesia congregada en los Concilios Ecuménicos, registrense las obras de los Santos Padres, de los Doctores é Intérpretes sagrados, y se verá mas claro que la luz meridiana, que esta palabra: *Reino de los cielos, reino del Mesías, reino de Cristo*, tantas veces repetida en el viejo y nuevo Testamento, no solo se ha entendido de mancomun por todos ellos *en sentido espiritual* del reino de la gloria del cielo, sino literalmente del reino presente de la Iglesia de Jesucristo que milita en este mundo, de la asamblea de los fieles con su Jefe al frente, de la nacion católica duradera hasta la fin del mundo. Apelo

al juicio de los eruditos que han recorrido las páginas de los volúmenes sagrados y eclesiásticos, y abrigo la lisonjera esperanza de obtener en esta materia su asentimiento (e).

Sin embargo justo será fijar nuestra atención en las célebres palabras objetadas : «Mi reino no es de este mundo.» Presentado Jesucristo, el modelo de la mansedumbre, ante el tribunal del presidente romano por los envidiosos y alevosos judíos, Pilatos pregunta á estos : «¿Qué acusacion traéis contra este hombre? y contestan : Si no fuese este un malhechor, no te le hubiéramos entregado. ¿Ignoras por ventura que se le ha encontrado revolucionando á nuestra gente, y prohibiéndoles pagar el tributo al César para ocupar él su lugar, diciendo que él es el rey ungido? Entonces introduce Pilatos á Jesus en el pretorio, y en privado le pregunta : ¿Tú eres el rey de los judíos? Contesta Jesus : ¿Esta pregunta sale de tí mismo, ó bien otros te han hecho contra mí tal acusacion? Replica Pilatos : ¿Por ventura soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado á mí : dime, ¿qué has hecho? Responde Jesus : Mi reino no es de este mundo : si de este mundo fuese mi reino, mis ministros peleáran ciertamente á mi favor para no ser entregado á los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí. Le responde Pilatos : ¿Luego rey eres tú? Responde Jesus : Tú lo afirmas, porque en verdad soy yo rey. Para esto yo he nacido, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad : todo el que es del partido de la verdad oye mi voz (26).» Preguntamos ahora, ¿á qué contestaba Jesus, cuando decia : mi reino no es de este mundo? Claro es que á la falsa acusacion, que contra él hacian los judíos á Pilatos, de que revolucionaba la gente para hacerse rey, y destronar al César, y que por esto les prohibia pagar el tributo. De este reino pues secular, temporal, civil ó político, decia Jesucristo : mi reino no es de este mundo : esto es, no es de esta clase de reinos mundanales que se ganan, conservan y defienden con la fuerza : y si mi reino fuese de esta clase, mis ministros tomarán las armas, y con ellas me defendieran de los judíos que quieren matarme. Mas mi

reino no se defiende así : soy sin embargo rey , y á este fin he venido al mundo para ser rey. ¿Y quién ignora, preguntaremos nosotros, que no hay rey sin reino? ¿Quién ignorá que las repetidas veces que Jesucristo dice en el Santo Evangelio *mi reino, el reino de los cielos*, habla casi siempre de la Iglesia del tiempo presente? ¿Quién no sabe haber dicho este Señor : *A mí ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra?* ¿A quién se oculta leerse en el Apocalipsis , « que Jesucristo es el príncipe de los reyes de la tierra , y que ha hecho sacerdotes que deben reinar sobre la tierra? » Hay pues un reino de Jesucristo en el mundo , aunque no es de este mundo ó mundanal , el reino de la Iglesia , el reino eclesiástico , el reino sacerdotal. También Jesucristo decia á sus discípulos : « Vosotros no sois de este mundo , » y sin embargo estaban en el mundo. En este sentido han entendido los sagrados Espositores las palabras del Redentor , *mi reino no es de este mundo* : como puede verse en Cornelio A-Lapide y en Tirino (27). En este sentido las entendió S. Agustín , quien sobre este testo así se espresa : « No dijo Jesucristo : mi reino no está en este mundo ; sino , no es de este mundo. Y mientras probaba esto , diciendo : si de este mundo fuese mi reino , mis ministros combatirían ciertamente por mí para que no fuese entregado á los judíos ; no dijo : mi reino no está aquí , sino no es de aquí. Aquí pues está su reino , que ha de durar hasta el fin de los siglos , y que contiene en su seno la zizaña mezclada con el trigo hasta la cosecha : la cosecha es la fin del mundo : entonces vendrán los segadores , esto es , los ángeles , y quitarán de su reino todos los escándalos. Lo que no sucedería así , si su reino no estuviere aquí (f). » Y en el propio sentido las entendieron aun los heterodoxos Beza , Grocio , Pescador y Camerario (28).

Estraño es que el Sr. Vigil , tan enemigo de alegorías , se sirva también de ellas , aplicando con los sagrados Intérpretes el salmo que se cantó en las bodas de Salomon con la hija de Faraon , como quieren muchos , á la Esposa del Verbo , la Iglesia : « Toda la gloria de la hija del Príncipe es interior. »

Confesamos ingenuamente con los Santos Padres y Espositores cristianos, que así las palabras del verso citado, como casi todas las de este salmo, se refieren, al menos en sentido alegórico, á Jesucristo y á su Esposa la Iglesia. Pero notaremos por de pronto con los mismos Doctores sagrados y Teólogos que esa Esposa tiene alma y cuerpo, y que las palabras citadas se refieren á la belleza y gloria de su alma que es interior. Ella es toda hermosa, toda santa, toda inmaculada. Puras y santas las virtudes y gracia que la embellecen; puros y santos los dogmas que en ella ha depositado su divino Esposo; puros y santos los Sacramentos que cual siete raudales de gracia limpiísima los viera Agustino brotar de lo íntimo del corazón llagado del Redentor; puros y santos los dones del Espíritu Santo que la ennoblecen; pura y santa la presencia invisible del divino Paracleto, que la alumbra con sus luces, la guía en su marcha y la preserva de los errores; pura y santa la protección que le dispensa el divino Esposo, con que se robustece, y se hace invencible contra las diabólicas escursiones. Por manera que la mayor gloria de la hija del Príncipe es la interior de su alma. *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus.*

Pero ¿qué deducirán de aquí la reforma y el jansenismo? que esa hija del Príncipe y esposa del Verbo no tiene cuerpo? ¿que es invisible? Nosotros convidamos á nuestros adversarios á que lean cuatro palabras mas del mismo verso, y aprenderán lo que afectan ignorar. He aquí el verso por entero: *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus: in fimbriis aureis circumamicta varietatibus.* ¿Qué son esas franjas de oro del vestido real de la Esposa? ¿qué son esas variedades que hermosean su traje? No hay aquí algo de exterior? Esas exterioridades de su cuerpo ¿no son de la preciosidad del oro y de la belleza de las variedades mas sorprendentes? «La gloria principal de la Reina, Esposa del Mesías, la Iglesia (así S. Jerónimo) está escondida dentro del alma, esto es, en la fe interna, en la esperanza, en la caridad y demás virtudes; y no en las solas ceremonias y ritos externos, en que tú, ó Sinagoga, colocas toda tu gloria y hermo-

sura.» — Pero advierte, « que no tan solo en el alma está su beldad, sino que de tanta belleza interna surge un esplendor admirable al esterno que consiste en sus brillantes obras exteriores, en sus varias y hermosísimas ceremonias, de que usa ella tambien; y en cien otros actos de todas las virtudes que ejerce (29).» Con efecto: quitad á la Iglesia su esterioridad y publicidad, y quitais su existencia: porque todo es esterno y público en su cuerpo: esterna y pública la predicacion evangélica; esterna y pública la administracion de los Sacramentos, y los mismos Sacramentos en su materia y forma; esterno y público su sacrificio; esternos y públicos sus ritos y ceremonias, sus asambleas, su régimen, sus pastores, su poder judicial que se hace por autos públicos y esternos, toda su disciplina es exterior: por manera que hacer á la Iglesia invisible ó interna, es incurrir en el mas chocante absurdo, es hacer á una misma cosa visible é invisible á la vez, es decir, que existe y no existe; que es y no es: porque es imposible que sea, ó exista la Iglesia que es una sociedad de hombres, sin que sea visible y exterior. Y es por esto que los Doctores clasifican de absurda y herética la doctrina de los novadores, que atribuye el poder sobre la disciplina esterna de la Iglesia al gobierno civil; porque siendo la disciplina lo que constituye la Iglesia visible, el reducir su potestad á la puramente interior, es de hecho negarle la visibilidad; propiedad esencial sin la que no subsiste.

Coronemos el capítulo con una observacion. « Vosotros, se nos podrá objetar, no quereis á la Iglesia peregrina, la estableceis sobre la tierra, inmoble, inconcusa, duradera hasta la consumacion de los siglos, porque es fundada sobre la piedra firme: no cual pordiosera ambulante que necesita mendigar el permiso del tránsito; sino como princesa de las provincias, y dueña de las naciones, sentada en su trono eterno dominando á las gentes que recibió en herencia de su divino Esposo. Muy bien: pero, ¿ qué contestareis al Dr. Vigil que con S. Agustin os la presenta peregrina? ¿ Como conciliareis los textos sagrados que habeis alegado á vuestro favor con otros no menos ter-

minantes que se os pueden citar en contra? ¿No dice S. Pablo : *mientras estamos en el cuerpo , peregrinamos ausentes del Señor* ? Y en otro lugar : *confesando que ellos eran peregrinos y huéspedes sobre la tierra* ? Y en otra parte : *no tenemos aquí ciudad permanente ; mas buscamos la que está por venir* ? ¿No exhorta S. Pedro á los cristianos con estas palabras : *ruégoos , muy amados míos , como á extranjeros , que os abstengais de los deseos carnales , que combaten contra el alma* ? ¿No se leen semejantes palabras en otros libros santos (30) ? ¿Por ventura el Espíritu Santo se contradice ? »

Ya ven nuestros adversarios , que no huimos el cuerpo á la dificultad , y que presentamos la objecion con toda su fuerza. Sin embargo no la tememos ; la haremos frente , la disiparemos y haremos ver que la verdad no está opuesta á la verdad : que el Espíritu Santo no lucha contra el Espíritu Santo , y que bien se hermanan textos con textos. Mas ante todo notaremos de camino que el Sr. Vigil abusa de la autoridad respetable de S. Agustin que cita : y que hace decir al santo doctor lo que no dice en verdad. De la aplicacion y del comentario que dicho señor hace de la autoridad del precitado Santo , se ve claramente que por *ciudad , ó sociedad terrena* , de que habla el grande Agustino , entiende el gobierno político de una nacion católica que tiene morada fija y propia sobre la tierra , donde se halla de peregrina , estraña , y como en casa ajena la *sociedad celestial* que , segun el santo doctor , es la Iglesia , y segun el Sr. Vigil , la potestad eclesiástica : pues aduce tal pasaje para probar que esta no puede mezclarse en la política (31). Mas quien tiene el volumen de S. Agustin en las manos , descubre desde luego el fraude y el sofisma que se comete , y se queja de la inexactitud con que se cita al Santo. Lo que dice el venerable doctor es , que la ciudad , ó sociedad terrena no es el estado católico , ó su gobierno político , sino el pueblo infiel que no ha recibido la fe : *terrena civitas , quæ non vivit ex fide : — domus hominum , qui non vivunt ex fide : — idcirco rerum vitæ huic mortali necessariarum utrisque hominibus , fideibus et infidelibus , et utrique*

domui communis est usus. Palabras del pasaje del Santo que trunca capciosamente el Sr. Vigil, omitiendo la segunda de las cláusulas citadas, y quitando de la tercera las palabras *fidelibus et infidelibus*, á fin quizás de no enervar la fuerza que él pretende dar á la sentencia del grande doctor para sus fines. La ciudad, ó sociedad celestial, segun este Santo, es la Iglesia, considerada no en separacion de los miembros del gobierno civil, como aparece pretender nuestro bibliotecario, sino unidos estos á aquella: pues los miembros de un gobierno católico son miembros de la Iglesia (32). Pues bien: ¿es peregrina la Iglesia? Peregrinas serán tambien las naciones católicas y peregrinos los miembros de su gobierno civil; porque los miembros de las naciones y gobiernos católicos son los propios miembros de la Iglesia. Y entonces haceis á unas mismas personas peregrinas ambulantes y estacionarias al propio tiempo, huéspedes y no huéspedes, dueñas y no dueñas de la misma casa á la vez. ¿Y no es esta la paradoja mas chocante? Si la Iglesia es peregrina, porque se dirige á su fin; todo hombre es peregrino porque tiende á su destino, todos marchamos al sepulcro. ¿A qué fin pues decir que por ser peregrina la Iglesia ha de pedir el permiso de tránsito á los gobiernos? ¿No son estos mas peregrinos y transeuntes que la misma Iglesia? Ningun gobierno establecido tiene las garantías de seguridad y perpetuidad que tiene la Iglesia; porque de ninguno se ha dicho lo que de ella: *Y su reinado no tendrá fin: Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*. La historia y la esperiencia nos enseñan que estas ó aquellas formas de gobierno han desaparecido de las naciones: los sacudimientos populares pueden envolver á las potestades políticas en el caos de la anarquía. ¿Sucederá esto con la Iglesia?

¿En qué sentido pues es peregrina la Iglesia? Basta leer con atencion los lugares citados de la divina Escritura para convencernos de la razon porque el Espíritu Santo nos apellida peregrinos. Somos peregrinos, dice por S. Pablo, porque marchamos *por la fe* y con los deseos á la posesion del Sumo Bien:

Per fidem enim ambulamus, et non per speciem (33). « Somos peregrinos, porque sabemos que esta nuestra casa terrestre y de nuestra habitacion se ha de desplomar , y que tenemos otra en el cielo que será eterna , y por esto gemimos deseando entrar en aquella deliciosa morada celestial (g). » « Somos peregrinos porque á imitacion de nuestros padres anhelamos por aquellas magníficas recompensas que nos promete la fe , y las miramos y saludamos desde esta nuestra mansion perecedera (h). » En este sentido pues somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra. En la propia significacion llamaba S. Agustin en el lugar citado peregrina á la Iglesia : *peregrinatur in fide*. De la misma manera los sagrados doctores interpretaron de comun acuerdo los referidos testos escriturales , como puede verse en el erudito Cornelio A-Lapide (34). Mas de esta nuestra peregrinacion anagógica mal infiere el Sr. Vigil en sentido propio y literal que los hijos de la Iglesia *estamos fuera de la patria , en tierra estraña : y que esta tierra que para nosotros es estraña, no lo es para otros que la llaman patria , donde hay gobierno y leyes para consultar el órden , y que no tenemos que alegar acá derechos propios , pues nos hallamos en tierra estraña , en casa ajena* (35). *Risum tenetis, amici*. Rebosa la sonrisa en los labios al leer tan estra- vagantes paradojas , y causa sorpresa , que talentos tan elevados en el teatro científico descendan al miserable papel de hacer creer á los talentos vulgares que el hombre por ser cristiano pierde los *derechos propios* y que ya no puede tener ni *casa propia , ni tierra , ni patria* acá en el mundo. *Si son peregrinos los hijos de la Iglesia , si esta es conductora de peregrinos , y ella misma peregrina* , lo serán en el propio sentido que lo son los dueños de la calesa , que bien sentados en ella van peregrinando en romería, sin que por esto pierdan los derechos que tienen sobre ella. Lo serán como lo son los señores ó pasajeros en un buque , que , mientras flota este sobre las aguas , y dirige el rumbo á tierras distantes , ellos duermen y descansan al paso que peregrinan , sin que por esto dejen de ser propietarios de aquellos grandes intereses que la nave conduce. Lo serán

á la manera que lo son los habitantes del globo terráqueo, que mientras peregrina este por la órbita del sistema planetario, ellos fabrican casas, agrandan sus posesiones, pasan los dias estacionarios, sin que por tal peregrinacion sedentaria pierdan los derechos de propiedad, de ciudadanía y de patria.

Pero en otro sentido tambien verdadero la Iglesia no es peregrina. En cualquiera sociedad perecen los individuos, mas ella permanece, si se reemplazan los miembros perdidos. Pues bien, aunque perezcan los miembros de la sociedad católica por la peregrinacion al término de la carrera vital, ella no perecerá jamás, porque el Todopoderoso le garantiza la sucesion y el reemplazo. Fecunda en su generacion, siempre tendrá hijos que la quieran, súbditos que la obedezcan, jefes que la gobiernen, doctores que la ilustren; siempre ese carácter público, brillante, encantador que la eleva sobre toda sociedad humana. Colocada en su casa propia, en su patria aunque temporal, en la tierra de su Príncipe, porque «del Señor es la tierra y su redondez:» cual ejército bien aguerrido lucha mientras es *militante* con intrépida gallardía contra los enemigos que invaden sus campos; hasta que ufana por mil victorias, rica de despojos y coronada de laureles entre en los alcázares celestiales á unir sus acentos con los de aquella triunfante porcion de hermanos, que, orlados de luces de gloria cantan eternamente los triunfos del supremo Vencedor. Felicitaré pues á mis colegas con S. Pablo, y les diré (36): «Hermanos, ya no sois huéspedes y advenedizos: sino que sois ciudadanos de los santos, y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra angular Cristo Jesus: en el cual todo el edificio, que se ha levantado, crece para ser un templo santo en el Señor, en que vosotros tambien sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu Santo (1).»

CAPÍTULO II.

PODERES DE LA IGLESIA CATÓLICA.

QUE la Iglesia católica sea una perfecta sociedad, es un hecho y un dogma. *Dogma* enseñado por la eterna Palabra de verdad, registrado en los volúmenes sagrados y rubricado con el sello de la Divinidad: y hecho puesto á los ojos del mundo, y que estaba entrañado en la misma naturaleza de tal dogma.

Con efecto, la misma idea de la religion verdadera nos lleva al descubrimiento de esta verdad. Todos entendemos por religion verdadera aquella que tributa al verdadero Dios los cultos religiosos con que él quiere ser adorado. Pues bien: ¿cómo podrá ser adorado el Ser Supremo con semejante culto, si los adoradores no se juntan en asamblea, no forman una sociedad? Ese culto debe ser interno, eterno y público, debe ser santo, uniforme, perpetuo; *aquel con que Dios quiere ser adorado*. Mas ¿cómo podrá ser tal ese culto si los individuos consagrados á tal religion no tienen entre ellos cierta comunicacion ó relacion de sentimientos? O quereis que el conocimiento del modo con que Dios quiere ser honrado sea fruto del raciocinio, ó le pretendeis obra de una revelacion. Si lo primero, es imposible que todos raciocinen de una misma manera; que todos usen bien del raciocinio; que usando bien de él, todos tiendan al punto céntrico de los mismos resultados; es imposible para la mayor parte, atendidas las ocupaciones propias de las varias condiciones y la calidad de sus fuerzas intelectuales, aplicarse á la adquisicion de tal conocimiento: y he aquí para unos y otros la necesidad de un guia que les muestre la senda que deben seguir; la necesidad de instruccion, la cual, estableciendo

normas uniformes y adaptadas al alcance de cada uno, satisfaga la exigencia de todos con la prontitud necesaria; he aquí la necesidad de unirse en asamblea, he aquí la sociedad. Si pretendéis lo segundo, es cosa ridícula, y como tal imposible que Dios haga tantas revelaciones, cuantos son los individuos que él quiera llamar á la verdadera religion; y si lo hiciera, seria imposible que todos entendiesen las cosas reveladas de la misma manera, y que todos marchasen por el mismo sendero; y cosa todavía mas ridícula seria suponer que Dios quisiese continuar tales revelaciones individuales á medida que se multiplicasen las personas, y se sucediesen las generaciones. Teneis pues aquí otra vez creada la necesidad de instruccion para transmitir á las generaciones venideras el conocimiento de la religion; teneis aquí la necesidad de un ministerio personal que reciba y comunique á otros los dogmas de la revelacion; teneis aquí la necesidad de unirse; teneis la sociedad.

Viene á dar luz á este pensamiento la idea que tenemos de la economía de la divina Providencia. ¿Por qué razon decimos nosotros que el hombre es criado para la sociedad? Claro es, porque el hombre en este estado atiende mejor á su perfeccion, mejor satisface á sus necesidades, mejor provee á su conservacion, mejor consigue la observancia de la ley natural, en fin mejor se acerca al logro de la felicidad presente. Pues á la par con estas corren las razones por estotra parte. El hombre en sociedad de religion con los socorros y ejemplo de los otros mas fácilmente rectifica ó perfecciona las propias ideas con respecto á lo que mira á ella; mas fácilmente defiende sus derechos; mas fácilmente observa sus deberes; mas fácilmente se asegura su felicidad futura. Fué hecho pues tambien el hombre para unirse en sociedad de religion. Criando Dios á los hombres para la sociedad civil, quiere que estos mancomunen sus conocimientos y sus esfuerzos para las mejoras de los intereses presentes: igualmente, criándolos para la Iglesia, quiere que trabajen de consuno para los futuros. Es pues evidente que por economía de la divina Providencia, Dios quiere á la so-

ciudad religiosa como la sociedad civil , y así como la sociedad civil entra en el sistema de las leyes de la naturaleza , así la sociedad religiosa entra en el de las leyes de la verdadera religion : pues queriendo Dios la ley natural , quiso la sociedad civil , y queriendo la religion , quiso la sociedad religiosa.

Ahora bien : por lo mismo que toda sociedad tiene sus intereses comunes , y ha de obrar de concierto , necesita de una autoridad que sea reguladora de la misma sociedad y de sus miembros ; de otra suerte no habria orden ni concierto , y todo seria confusion y anarquía. Luego , esta misma razon , esta necesidad , que crea en la sociedad civil un poder , un gobierno , le crea al propio tiempo en la sociedad religiosa , en la Iglesia . ¿ Se llama este poder en las sociedades políticas *poder legislativo* , cuando forma las leyes que constituyen el derecho civil , ó estipula las convenciones que constituyen el derecho de gentes al efecto de conservar y mejorar la sociedad ? ¿ Se apellida *poder judicial* cuando aplica el derecho civil ó penal á casos particulares para mantener el equilibrio entre los miembros de la sociedad ; y *ejecutivo* cuando exige el cumplimiento de ambos derechos , y vela sobre su observancia ? Pues con los propios términos apellidaremos nosotros el *poder* de la Iglesia . Y cuenta , que no tiene mayor necesidad la sociedad civil de tales poderes de lo que la tiene la sociedad religiosa . Tambien la Iglesia tiene la doble y distinta relacion á su interior y á su exterior , porque tambien ella puede ser amagada de sus miembros propios y de las Iglesias heterodoxas , no menos que de las sociedades civiles , que son distintas de ella . Tambien la Iglesia tiene derecho á su conservacion , y de consiguiente tambien ella tiene necesidad de medios que la escuden contra los peligros internos y externos . Luego , su autoridad , que es legítima y perfecta , debe poder , á la par que la civil , quitar ó prevenir los primeros con sus propias leyes , y los segundos por medio de las convenciones ; y debe al mismo tiempo gozar del derecho de aplicar unas y otras á todos aquellos casos que son de su interés .

Con efecto , el derecho de dirigir los miembros á su fin por los

medios indicados sería ilusorio, si careciese la Iglesia del derecho de proveer á los abusos, de obrar cambios accidentales que requieren las circunstancias, de hacer frente á los peligros, de poner vallas á los desbordamientos hostiles, en una palabra, de declarar y proponer los medios con una fuerza suficiente á producir un vínculo moral; siendo axioma inconcuso de moral filosofía, que *sine legum imperio nec domum ullam, nec civitatem, nec gentem, nec hominum universum genus stare, nec rerum naturam omnem, nec ipsum mundum posse*, como decia sabiamente Ciceron (1). El mismo vínculo moral sería una antilogía en los términos si el derecho de aplicar tales declaraciones perteneciese á cada individuo: porque el individuo pudiera darlas siempre una esplicación ventajosa á sus intereses privados, y para cubrir y autorizar sus pasiones pudiera formar un velo de lo mismo que era hecho para servirle de freno: ni las operaciones del primero, igualmente que del segundo género; referentes al orden de relaciones internas, serían suficientes para conservar la Iglesia, si le faltase á ella el derecho á todas las demás operaciones que son necesarias al orden de relaciones exteriores, cuales efectivamente son las aplicaciones del derecho de gentes, así originario, como convencional y consuetudinario. Si se escluye una sola de estas ideas, creamos en la Iglesia una autoridad enferma, y nos queda una sociedad que lleva en sí misma los elementos de disolución, y que no cuadra con la idea de un legítimo cuerpo moral. Queda pues probado, que la autoridad eclesiástica puesta en ejercicio se modifica como la civil, y sus modificaciones son la espresion de otras tantas funciones distintas que no pueden separarse de la misma autoridad sin destruirla. Tenemos pues en la Iglesia los tres poderes, *legislativo, judicial, y ejecutivo*.

Esta es la doctrina católica que siempre enseñó y enseña la Santa Madre Iglesia: este es el dogma de fe que cual muro de la casa de Israel opuso siempre á las huestes enemigas, que maquinaban su ruina, para defenderse de sus embates; esta es la soberana jerarquía que el Hombre-Dios instituyó en su rei-

no temporal para el régimen de los fieles. Es decir : Cristo Jesus , Rey de cielos y tierra , al ausentarse de este mundo para ir á su Padre , confió el gobierno de la Iglesia con toda la autoridad que compete á una corporacion ó sociedad perfecta y bien organizada , no á todos los fieles sin distincion ni diferencia , no á la multitud , no á los príncipes del siglo , sino á una escogida congregacion de hombres , á un colegio de apóstoles que condecoró y distinguió con un carácter y mision divinos , con el sacerdocio evangélico , eterno y público , que se habia de propagar de generacion en generacion hasta la consumacion de los siglos , y de un modo peculiar á su representante y Vicario en la tierra , al doctor universal de los fieles , al supremo Pastor de todo el rebaño cristiano , á Pedro y á sus sucesores los romanos pontífices , á quienes encargára apacentar las ovejas y los corderos , la universalidad de los fieles y los pastores subalternos. Hallamos esta verdad divina consignada en las sagradas letras.

Efectivamente , leemos en el divino Evangelio que Jesucristo dijo á S. Pedro por separado : « Tú erés Pedro , y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia : te daré las llaves del reino de los cielos : todo lo que atares sobre la tierra , quedará atado en el cielo ; y todo lo que desatares , desatado : — apacienta á mis corderos , apacienta á mis ovejas : — confirma á tus hermanos (2). » Y á todos los apóstoles juntos con Pedro : « Todas las cosas que atáreis sobre la tierra , quedarán atadas en el cielo , y todas las que desatáreis , desatadas (3). » Tenemos pues aquí espreso el *poder legislativo* de la Iglesia y de su Jefe ; el mas necesario para el régimen de la sociedad eclesiástica. Observó Sto. Tomás (4), y es doctrina corriente de los doctores , que las leyes se denominan tales *a ligando* por el vínculo moral que imponen. Pues bien : en los textos precitados no solo hallamos la idea espresa del vínculo moral , sino tambien su efecto , esto es , el enlace mismo á la presencia de Dios , en la tierra y en el cielo ; por manera que quedará atado ante el divino tribunal el que se presentáre con el vínculo de la ley ecle-

siástica, y llevará las penas merecidas si por ella hubiese sido condenado como transgresor, ó los premios si no fuese declarado reo. Nada mas claro puede desearse al intento, y si tales palabras en vez de haberse dicho á los apóstoles hubiesen sido dirigidas á los príncipes seculares, ninguno de los políticos hubiera jamás dudado que con ellas se les hubiese otorgado el poder legislativo. Consta además de ellas, que entregando Cristo á S. Pedro y á sus sucesores las llaves del reino de los cielos, ó de la Iglesia; de hecho les instituyó Príncipes supremos de ella con la plenitud de la potestad de atar y desatar, esto es, de hacer leyes y modificarlas, de obligar á ellas á sus súbditos, de castigar á los transgresores, y de hacer cuanto juzgáren necesario para el bien y utilidad de la misma, segun lo exigiesen las varias circunstancias de personas, lugares y tiempos; pues quien todo lo concede, nada exceptúa: *quodcumque ligáveris, quodcumque sólveris*. Y he aquí los tres poderes reunidos en el Jefe de la Iglesia.

Compruébase lo dicho con las palabras citadas de S. Juan: «Apacienta á mis corderos, apacienta á mis ovejas.» Aquí los padres y doctores por corderos y ovejas entienden el rebaño universal, incluidos los pastores subalternos: porque segun el mismo Jesucristo, la Iglesia habia de ser un rebaño con un pastor supremo: *fiet unum ovile, et unus pastor* (5): y los demás apóstoles y obispos tambien son ovejas de Cristo que Pedro habia de apacentar: *pasce oves meas*. Ahora bien, para que nadie juzgara que á Pedro con estas palabras se le conferia un oficio ministerial de dar el simple alimento á los corderos y ovejas del rebaño cristiano, destituido de toda jurisdiccion; si bien en la primera de las tres veces que Cristo le dijo, *apacienta á mis corderos*, la voz de la version griega significa *alimenta*; mas en seguida añadió otras palabras mas claras y expresivas, que en la misma version denotan un imperio soberano: *apacienta con imperio; apacienta presidiendo*. Coligese esto mismo de otros lugares escriturales paralelos, y del modo de hablar de las divinas letras, en que los reyes y príncipes se

apellidan *pastores*, como puede verse en Cornelio A—Lapide (a) : y todo esto patentiza que S. Pedro tenia en la Iglesia los poderes que tiene un rey ó príncipe soberano en su reino : los mismos que por sucesion tienen los romanos pontífices.

De aquí viene ese lenguaje enérgico y magnifico con que los Santos Padres encomian la autoridad del vicario de Jesucristo. Pedro prelado de los apóstoles : — Pedro jefe de los discípulos : — El pescador pastor y cabeza de la Iglesia : — Pedro primado del sagrado colegio : — Pedro cabeza y príncipe de los demás : — Pedro piedra y fundamento de la Iglesia : — sacerdote magno , sumo pontífice , príncipe de los apóstoles , príncipe de los obispos , Abel en el primado , Noé en el gobierno , Abrahan en el patriarcado , Melquisedec en el órden , Aaron en la dignidad , Moisés en la autoridad , Samuel en la judicatura , Cristo en la uncion (6). De aquí ese unánime entusiasmo de los mismos doctores en prodigar al romano pontífice los mismos elogios , en otorgarle las mismas prerogativas , en ornar sus sienes con la brillante tiara de los tres poderes. De aquí esa tradicion constante de la venerable antigüedad. trāsmitida hasta nosotros por el órgano de los concilios ecuménicos que con tan vivo colorido nos presenta la eminencia de la silla apostólica , donde descuella sentado con las llaves del reino en la mano el soberano pontífice : *La Iglesia romana siempre tuvo el primado* (7). *Nadie duda y á todos los siglos es notorio , que el beatísimo S. Pedro cabeza y príncipe de los apóstoles , columna de la fe y fundamento de la Iglesia católica , recibió de N. S. Jesucristo las llaves del reino y la potestad de atar y desatar los pecados , quien hasta nuestros tiempos y siempre vive en sus sucesores , y ejerce el juicio* (8). De aquí el clamor de aprobacion de los padres de Calcedonia , leida la carta del pontífice san Leon : *Pedro así ha hablado por Leon : él tiene todo el primado y el honor principal : él con el tres veces beatísimo apóstol Pedro ha despojado á Dióscoro de la dignidad episcopal , y le ha depuesto de todo ministerio sacerdotal* (9). De aquí la definicion de fe de la Iglesia universal congregada en el Espíritu Santo

en el concilio Ecuménico de Florencia : *Definimos que el romano pontífice tiene el primado en todo el orbe , y que el mismo romano pontífice es el sucesor de S. Pedro , príncipe de los apóstoles , y el verdadero vicario de Cristo , y la cabeza de toda la Iglesia , y el padre y doctor de todos los cristianos , y que recibió de nuestro Señor Jesucristo en la persona de S. Pedro plena potestad de apacentar , regir y gobernar la Iglesia universal : como así también se halla contenido en las actas de los concilios ecuménicos y en los sagrados cánones (10)*. De aquí la confesion sincera de los padres del Tridentino : *Con razon los pontífices máximos por la potestad suprema que se les confió sobre la Iglesia universal pudieron reservar á su peculiar juicio algunas causas de crímenes mas graves (11)*. De aquí..... Pero ¿ no brilla aquí el triple poder sobre la cabeza del jefe de la Iglesia ? ¿ No queda remarcada con estas líneas la suprema potestad pontificia de polo á polo del globo católico ?

Sigamos sin embargo en robustecer con nuevas autoridades evangélicas y con pruebas de hecho la asercion emitida. Cuando Jesucristo dijo : « Si el delincuente no se aprovecha de la correccion fraternal , denunciadle á la Iglesia , y si no obedece á la Iglesia , tratadle como gentil y publicano (12) » ¿ no estableció ó supuso en la Iglesia el poder judicial ? Es claro que sí : porque una pena tan grave como ser desterrado de la asamblea religiosa no puede ser impuesta ; y ni el reo debiera sufrirla sin previa formacion de causa , exámen de pruebas , juicio de ellas , subsistencia y validez , é intimacion del fallo ó pena merecida.

Jesucristo decia á sus discípulos : « Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra : id pues , enseñad á todas las gentes , imponiéndoles el guardar todos los mandamientos que yo os he dado. Yo os envío á vosotros como mi Padre me envió á mí. El que os escucha , á mí mismo me escucha , y el que os desprecia , á mí me desprecia (13) . » Aquí declaró Cristo que la potestad universal á él concedida en el cielo y en la tierra , era la propia que él comunicaba á la Iglesia. ¿ Y quién negará que

Cristo tuviera los tres poderes que competen á un monarca soberano, cual era el Hombre-Dios ? « Si alguno dijere, define el sagrado concilio Tridentino contra los herejes protestantes, que Cristo Jesus fué dado por Dios á los hombres como Redentor en quien confien , y no como Legislador á quien obedezcan ; sea anatema (14). » « Si alguno dijere que las llaves fueron dadas por Jesucristo á la Iglesia tan solamente para desatar , y no para atar ...; sea anatema (b). » Luego es de fe que la Iglesia tiene el poder de hacer leyes , y los súbditos atados por ellas obligacion de obedecerlas : y como serian ilusorias las leyes si la Iglesia no tuviese al mismo tiempo el poder de hacerlas observar y de castigar á los transgresores , es evidente que tambien le son propios los otros dos poderes. Otra observacion óbvia se nos presenta. En esa universal potestad de Cristo concedida á la Iglesia debe de contenerse por necesidad aquella de valerse de los medios de seguridad relativos á lo eterno de ella. Téngase presente que el divino Fundador habia prometido á su establecimiento una duracion perpétua ; que le habia vaticinado á la vez que las falanges infernales coligadas con la malicia y las fuerzas humanas le estarian siempre en acecho ; que habia de tener con ellas formidables colisiones , en que tendria que batirse cuerpo á cuerpo ; que la persecucion y la paz habian de ser su alternativa. No se olvide que el Jefe soberano habia dicho á sus paladines : « Cuando el fuerte armado guarda su atrio , en paz están todas las cosas que posee... Quien no es conmigo , está contra mí. Yo os envio como á ovejas en medio de los lobos ; sed prudentes como serpientes. Sereis presentados ante los reyes y presidentes : se os comunicará en aquella hora lo que debeis hablar. No temais á aquellos que matan al cuerpo , y nada pueden con el alma. Temed á aquel que puede perder al alma y cuerpo en la gehenna (15). » Pues bien : si no concedeis á la Iglesia el derecho de defensa , que á nadie se niega , contra sus adversarios ; si le negais ese poder de valerse de los medios análogos á su fin , para ponerse á cubierto de todo ataque hostil ; si le vedais los socorros á su subsistencia y perpetuidad , contrariais á

las divinas intenciones, desmentís los sagrados oráculos , y despojais á la soberana princesa de una autoridad y proteccion que el derecho natural y de gentes otorgan á toda sociedad legítima.

Mucha luz arrojarán sobre este argumento los hechos dogmáticos que vamos á citar. Pero es preciso fijar primero la provincia de las leyes eclesiásticas , declarar los objetos que deben llenar, y clasificarlas. Decimos pues apoyados en el dogma y en la tradicion que las leyes eclesiásticas se dividen en dogmáticas y de disciplina, y en todas ellas versan los tres poderes que defendemos en la Iglesia. Vamos á verlo brevemente con el método de analogía que al principio de este capítulo hemos tomado. La norma de la sociedad civil es la ley natural : y es por esto que la autoridad civil para lograr su empeño de conducir los miembros al fin por medios análogos , ó reproduce lo que manda la ley natural , ó la presenta con algunas modificaciones ó esplicaciones , ó saca de ella algunas ilaciones ; cuyas modificaciones ó esplicaciones é ilaciones , sin variar la sustancia de la misma ley , las aplica á las exigencias de los diversos lugares , tiempos , personas y circunstancias. Dije ; *sin variar la sustancia de la misma ley* ; porque si la sustancia de la ley natural sufriese alteracion , la ley civil seria inhonesta , y dejaria de ser ley. En el primer caso pues la autoridad civil hace leyes simplemente declaratorias ; en el segundo hace leyes directivas : en el primero añade á los preceptos de la ley natural la razon y su sancion propia ; en el segundo establece el modo de observarlos : en el primero corrobora ; en el segundo interpreta la ley natural : y en uno y otro caso coartando legítimamente el arbitrio de los individuos de la sociedad , les facilita el cumplimiento de sus deberes. Todas las leyes caen bajo esta clasificacion.

De la misma manera debemos discurrir de las leyes eclesiásticas. La norma de la Iglesia católica es la religion. La autoridad eclesiástica para dirigir los miembros al fin por medios análogos ó declara los preceptos de fe y de moral contenidos en

el sistema de la religion , ó establece el modo de observarlos , salva la sustancia. Digo que *establece el modo de observarlos* ; porque importa muchísimo la uniformidad en esta materia : cualquiera arbitrariedad *en el modo* introduciría tal monstruosa discordancia en el ejercicio de la religion , que daría margen para dudar de su verdad , y con el trascurso de los siglos se estendería á variar la sustancia. Dije tambien , *salva la sustancia* ; porque si pudiese alterar la substancia , la verdadera religion dejaría de ser verdadera. Las primeras leyes pues son simplemente declaratorias , y las segundas directivas en el sentido explicado , pero obligatorias : las primeras desenvuelven el sentido oscuro del dogma contenido en los sagrados libros ó divina tradicion ; las segundas prescriben reglas de como se han de tratar y respetar los dogmas , manejar las cosas divinas , practicar las virtudes y arreglar las cosas de la sociedad religiosa para mayor gloria y culto del Dios que adora. Es visto pues que las leyes eclesiásticas se clasifican en *dogmáticas* y *disciplinares*.

No obsta el objetarnos , que el *juicio dogmático* relativo á la autoridad eclesiástica no presenta la idea exacta de ley , porque el dogma es anterior á todo juicio , y la Iglesia no hace los dogmas , sino que los declara existentes en el código ó depósito de la religion. A esto decimos , que tambien los principios de la ley natural preexisten á cualquiera declaracion del gobierno civil , y tienen una fuerza intrínseca é independiente de cualquiera principio social ; y esto no embargante , no dejan de ser leyes sociales , cuando por disposicion de la autoridad legítima entran en el sistema social. Del propio modo debemos discurrir de las otras ; si bien los dogmas son anteriores al juicio dogmático de la Iglesia , no deja este por tal motivo de imponer un vínculo al entendimiento ; por manera que donde antes en algunos casos se disputaba sobre algun punto , salva la fe ; despues del juicio dogmático de la Iglesia la disputa no es ya libre , ni puede serlo sin incurrir en la tacha de herética pertinacia.

Esta distincion de las leyes eclesiásticas no es ya estraña en el Evangelio ; antes bien es toda evangélica , como puede haberse notado en las pruebas aducidas , y que vamos á reproducir. Con efecto , cuando Cristo dijo á sus apóstoles : *Euntes in mundum universum docete omnes gentes, baptizantes eos... docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis* : y á Pedro : *pasce agnos meos, pasce oves meas* con el alimento de la doctrina , estableció la idea del juicio dogmático. Porque los preceptos de la fe y de la moral , que debian guardar los pueblos , no eran parto de la mente de los apóstoles , sino cosas que Cristo les había enseñado y mandado : y de aquí es , que pertenecia á los apóstoles el determinar cual era la doctrina de Cristo , siendo imposible sin esta atribucion , que ellos llenasen los cargos que el Soberano Maestro les habia confiado. Cuando despues Cristo dijo á Pedro : *Quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in cælis ; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cælis* , y en otra ocasion semejantes palabras á todos los apóstoles juntos con S. Pedro , como vimos arriba , les confirió el poder de hacer , ó variar en concilio , ó el jefe de la Iglesia por separado , los reglamentos pertenecientes á la disciplina de la Iglesia universal. De estos poderes hicieron uso los apóstoles , y le ha hecho siempre la Iglesia.

En efecto , congregados en concilio los discípulos del Señor en Jerusalem , dicen á los fieles : « Pareció al Espíritu Santo y á nosotros , no imponeros mas obligacion , que el que os abstengais de las carnes inmoladas á los ídolos , de sangre y de carnes sofocadas , y de la fornicacion : vosotros hareis muy bien en preservaros de todas estas cosas (16). » Esta ley de abstinencia contenia otra , que era la prohibicion de que los fieles se sujetasen á las otras observancias legales : ambas leyes de disciplina exterior. Habia necesidad de reemplazar el puesto de Judas con la eleccion de un nuevo apóstol , y se levanta S. Pedro príncipe de los apóstoles , y la ordena , y viene elegido S. Matías (17). Revestidos de este poder divino los mismos apóstoles eligen siete diáconos para el ministerio de la

Iglesia y de las mesas (18), reúnen los bienes de las oblationes de los fieles para las necesidades de la Iglesia, y disponen de ellos (19); envían predicadores á varios parajes, donde habia necesidad (20); predicán ellos mismos públicamente en las plazas; y si los magistrados del pueblo les prohíben la predicación, contestan : *No os podemos obedecer : y juzgad vosotros si se debe obedecer á los hombres antes que á Dios* (21). S. Pablo y Silas recorren las iglesias de Siria y de Cilicia, *confirmando á los fieles en la fe, y mandándoles observar los mandamientos de los apóstoles, y de los ancianos ó sacerdotes* (22). Pablo y Timoteo hacen sus escursiones por varias ciudades, y *les mandan guardar las leyes, que habian recibido de los apóstoles y sacerdotes, que estaban en Jerusalem* (23). De cuyos testimonios se deduce, que no solo cuidaban los apóstoles del gobierno de la Iglesia, sino que tambien dictaban varias leyes, que demandaba tal administracion.

San Pablo, hablando con los fieles, les decia : « Obedeced á vuestros prepositos, esto es, á los pastores y obispos, y estadles sumisos (24). » « Yo os alabo el que guardéis mis mandamientos segun os los he dado. — Bien sabeis los preceptos que yo os dí por autoridad de Jesucristo..., el que los desprecia, no desprecia á un hombre, sino á Dios, que nos dió su Espíritu Santo. » « Si alguno no obedece lo que nosotros escribimos, notadle, y no hagais sociedad con él (25). » El mismo apóstol, gloriándose de este poder, que habia recibido de Jesucristo para la edificacion y no para la destruccion, da leyes y reglas á las iglesias que funda para su gobierno acerca de todos sus objetos. Entabla el modo de celebrar sus asambleas, su liturgia y oraciones : da instrucciones acerca de las elecciones de los obispos, de los sacerdotes, de los diáconos : escluye á los neófitos y á los bigamos de la ordenacion : dispone sobre los matrimonios de fieles con infieles : da instrucciones de juicios eclesiásticos : da reglamentos para la eleccion de las viudas al ministerio de la Iglesia, diciendo que la viuda que se elija tenga por lo menos sesenta años, y que no haya tenido mas

de un marido etc. (26). Esta disciplina eterna se observaba en la Iglesia primitiva , y ningun gobierno trató de entrometerse en ella , ni sociedad alguna particular se avanzó á hacer otras leyes en contra. ¿ Qué mas? Léanse sus cartas , las actas de los apóstoles , esos venerables códigos que conservan depositados tan interesantes documentos , y se oirá decir á este apóstol de las gentes : « que á mas de lo dicho se reserva disponer otras cosas á su llegada : que tiene el poder en la mano para castigar toda inobediencia ; que este poder no tiene que mendigarlo de los magistrados , sino que lo tiene recibido del Señor : *ex potestate , quam dedit nobis Dominus* : » que dice no á los príncipes , sino á los pastores : « atended á vuestra grey , en la cual el Espíritu Santo os puso por obispos , para gobernar su Iglesia : que manda á un obispo , que reprenda á los desobedientes : que le prohíbe el trato con un hereje , despues que fuese corregido una ó dos veces (27): » que... Molesto sería , si quisiese alegar todos los hechos escriturales que prueban los tres poderes en la Iglesia , en particular con respecto á la disciplina exterior. Las cartas de los discípulos del Señor están llenas de semejantes hechos : la practica de la Iglesia en esta materia , á pesar de las amenazas de los tiranos que pretendian despojarla de tan sagrada libertad , ha sido siempre constante é invariable : siempre celosa de sus derechos ha sabido á su vez disparar los tiros del anatema contra testas coronadas , si ellas han sido las usurpadoras. Ni el cañon , ni las bayonetas , ni las puertas del infierno han prevalecido contra ella ; y primero sus jefes quedaron víctimas martirizadas en el campo , que no ceder al déspota un palmo de tan sagrado terreno. Vosotros , que celosos de la disciplina antigua seguís las huellas del jansenismo , buscando en los monumentos cristianos un rastro de lo que jamás existió , leed con ánimo desprecupado las historias sagrada y eclesiástica , los concilios , padres y doctores de la Iglesia (c), y *os caerán las cataratas de los ojos , leereis y vereis* , que con un conato ridículo á la par que contradictorio despojais á la Hija del príncipe de unos de-

rechos que poseyó desde su día natal , de unos atavíos que trajo desde su cuna , y con que la adornára su divino Esposo. Leed las bulas de los pontífices , los teólogos , los canonistas y jurisconsultos católicos , y hallareis en ellos otros baluartes , que defienden esa fortaleza de la santa ciudad.

« En los tres primeros siglos *de la Iglesia*, (así se espresa un docto escritor) y antes de la conversion de los emperadores , se celebraron mas de veinte concilios en Oriente , en Italia, en las Gaulas y en España , y los mas de ellos hicieron leyes de disciplina *esterior*. Estas son las leyes que forman la coleccion que se llama *cánones de los apóstoles*. El concilio general de Nicéa celebrado el año de 325 se conformó con estos cánones , y muchos aun están en uso. Entre ellos no solo los hay que miran á la administracion de los sacramentos , los deberes de los obispos , las costumbres de los eclesiásticos , la observancia de la cuaresma , y la celebracion de la Pascua; sino tambien á la administracion de los bienes eclesiásticos , al valor de los matrimonios , las causas para la excomunion , *la celebracion de los concilios , sobre la obligacion de administrar el bautismo con la trina inmersión , traslacion de obispos , demarcacion de obispados , excomunion á los seculares que no comulgasen en ciertos tiempos determinados , sobre llevar los eclesiásticos cartas comendaticias de los obispos para la seguridad etc.* : objetos que interesan al órden civil. La Iglesia á nadie dispensó de estos cánones , con el pretesto de que les faltaba la autoridad de los soberanos , y exigió la observancia de muchos de ellos so pena de excomunion. Por lo mismo creyó constantemente desde el tiempo de los apóstoles que sus leyes obligaban á los fieles sin ninguna dependencia de la autoridad civil. Si esto fuese un error , seria tan antiguo como la Iglesia (*d*). »

Para dar cima á nuestras pruebas vamos á citar la condenacion del error opuesto , proscrito por el pontífice Pio VI en la bula dogmática : *Auctorem fidei* , y contenido en la proposicion IV de las que extrató el Padre santo de las actas del conciliábulo de Pistoya , y dice así : *Seria un abuso de la autoridad*

eclesiástica llevarla mas allá de los límites de la doctrina y costumbres, y estenderla á las cosas exteriores, y por medio de ella exigir lo que depende de la persuasion y del corazon : como tambien mucho menos pertenece á ella exigir por fuerza una exterior sujecion á sus decretos. Cuya proposicion fué condenada por el referido Pontífice en la precitada bula en esta forma : « Semejante proposicion , en cuanto indeterminadamente en aquellas palabras *estenderla á las cosas exteriores* denote ser como un abuso de la autoridad de la Iglesia el uso que esta hace de la potestad que ha recibido de Dios , de cuya potestad usaron ya los Apóstoles en establecer y sancionar la disciplina exterior ; *es herética* , y por tal se proscribe. Mas en la parte que insinua que la Iglesia no puede exigir obediencia á sus decretos sino por medios persuasivos , por cuanto entienda que la Iglesia no ha recibido de Dios potestad para mandar por medio de leyes , y obligar é impeler á su cumplimiento en el fuero eterno , y con saludables penas á los desviados y contumaces ; *tal proposicion se condena como inducente á un sistema otras veces condenado como herético.* » Quien otras veces condenó esta doctrina fué el célebre Benedicto XIV en la constitucion *Ad assiduas* dirigida al arzobispo y obispos del reino de Polonia , y tambien Juan XXII en la bula *Licet juxta doctrinam* , como se verá en su lugar.

Una verdad tan luminosa , marcada con tan claros caracteres en las divinas páginas, deslumbró á la herejía refractaria; y huyendo de ella como el murciélago de la luz ; se sumió en las tinieblas del error ; y en los arrebatos de sus delirios maldijo al astro benéfico que la alumbraba , y negó la existencia de sus brillantes rayos que la ofendian. Todos los sectarios que desearon campear á sus anchuras en los prados seductores de la licencia y del libertinaje, negaron á la Iglesia la autoridad y los poderes de mandar por leyes. Los donatistas , los novacianos , los albigenses , waldenses , wiclefitas , husitas , protestantes , jansenistas con la filosofía incrédula del siglo pasado , todos trabajaron de consuno en esa armería diabólica. De sen-

tir es que nuestro Sr. Vigil se haya dejado llevar de la corriente de sus errores , y que hayamos de ver á un hermano sacerdote incluido en el catálogo de los herejes ; y mucho mas sensible es todavía que nuestro católico mapa peruano se haya de transmitir á la posteridad manchado con los borrones de un hijo suyo desagradecido que abandonó la fe de su amante Madre. No le inferimos al Dr. Vigil calumnia alguna ; no escribimos estas líneas con negra tinta de hiel amarga. Ahí están sus volúmenes , ahí están sus disertaciones : léanse con atencion , y sus palabras vendrán á confirmar nuestro aserto. En las mas de ellas hay pruebas de esta verdad , aunque mas ó menos solapadas , concediendo y negando con una monstruosa contradiccion , torciendo el sentido de la divina Escritura y usando de palabras melosas á la par que capciosas , para que así bien compuestas las desagradables píldoras , y cubiertas con tan dulce y dorada telilla , se traguen sin horror. En la 1.^a disertacion dice así : « la santificación de las almas , ó la salud espiritual : tal es el objeto de la potestad eclesiástica , y para llegar á él , nada hay de fuerza en sus medios ; todo es voluntario y espontáneo en el régimen eclesiástico. De Jesucristo viene este espíritu de mansedumbre y dulzura comunicado á sus apóstoles : apacentad , decia san Pedro á los pastores , apacentad la grèy de Dios , no por coaccion , sino de grado y espontáneamente : *non coactè , sed spontaneè*. Los obispos heredaron éste espíritu que es el alma de la religion : *legislator noster sanxit , ut grex non coactè , sed spontè ac libenti animo pascatur* , decia S. Gregorio Nacianzeno. Si alguna vez dijo Jesucristo : *compeled á entrar* , tambien determinó el sentido por la calidad y circunstancias de la parábola en que espresó este mandato. Se trataba de un convite , y mandaba que á él se compeliere con ruegos é instancias repetidas , para que los convidados tomasen asiento en la cena magna que muchos habian desairado. La Escritura presenta varios ejemplos de esta clase de violencia , con que los patriarcas del antiguo Testamento rogaban y estrechaban á los peregrinos para darles hospicio. Encargandó S. Pablo á Timoteo la predicacion del

Evangelio, le dice que inste á tiempo y fuera de tiempo, que reprenda, ruegue y amoneste con toda paciencia. Con semejante coaccion fué convertido el mismo apóstol, derribado en tierra, cegado y rendido interiormente al poder de la gracia: *La Iglesia imita á su Señor*, dice S. Agustín, *en violencias de esta especie*. — «Corrige á los pecadores, mas sin violentarlos, contando siempre con su aquiescencia y voluntad; no sabe ni puede obrar de otra manera.» En seguida abusa de una autoridad de S. Crisóstomo. — «Supone en uno y otro caso (de imponerles la Iglesia penitencias y de dar limosna) consentimiento de sus súbditos, á diferencia de los gobiernos seculares que castigan y exigen contribuciones, aunque lo repugne el ciudadano, aunque se resista. — El espíritu apostólico era enemigo de la dominacion en aquello mismo que indudablemente correspondia al régimen espiritual. S. Pedro habia reprobado esa palabra: *no domineis en el clero*, dijo á los pastores ó prelados: *el que es mayor entre vosotros hágase como el menor*, habia dicho antes Jesucristo; y seria un absurdo suponer que quienes profesaban tales máximas y aborrecian la dominacion sobre los propios súbditos,....» — «Los cristianos como tales no están sometidos á la potestad civil, ni los ciudadanos bajo este aspecto á la eclesiástica. — La potestad eclesiástica apacienta la grey de Jesucristo sin coaccion, sino de grado de esta, y su espontánea voluntad (28).»

¿Qué tal? ¿Conoceis este retrato? Miradle bien, y vereisle idénticamente parecido á su prototipo jansenista proscrito arriba por el venerable Pio VI. *Nada hay de fuerza en los medios que tiene la potestad eclesiástica para llegar á su objeto de conducir á los fieles á la santificacion, ó salud espiritual: nada de leyes obligatorias, todo es espontáneo y voluntario en el régimen eclesiástico. El espíritu apostólico es enemigo de dominacion, autoridad, sobre sus propios súbditos en lo que corresponde indudablemente al régimen espiritual. La potestad eclesiástica apacienta la grey de Jesucristo sin coaccion, sino de grado de esta, y su espontánea voluntad: el mandato de Jesucristo con-*

siste en ruegos é instancias , y en esta especie de violencias la Iglesia imita á su Señor. ¿Hablaron tan claro Ricci y sus colegas en Pistoya ? ¿No cae á plomo sobre tal doctrina el anatema de la bula *Auctorem fidei* : « es herética y por tal se proscribe ; se condena como conducente á un sistema otras veces condenado como herético ? » Para que no parezca que en este relato haya interpretacion , aquí van proposiciones mas terminantes extractadas de otras *Disertaciones*. En la nota 105 pág. 118 de la 2.^a disertacion , despues de haber reprobado veinte y seis leyes ú ordenaciones de disciplina del concilio Tridentino , dice así : *Jesucristo no ha concedido á sus apóstoles la facultad de arreglar la validez de los contratos*. En seguida reprueba que los pastores eclesiásticos hubiesen prohibido *vengar la muerte de sus parientes* , hubiesen mandado que *se perdonase á los asesinos*, ayunar el viernes á pan y agua ; y abstenerse de carne los sábados. En otro lugar dice con autores heterodoxos : *los obispos no tienen jurisdiccion , ni foro*. — *Como es propio de la Iglesia persuadir , y no coactar*, sus leyes se llamaron cánones, es decir, reglas, y no mandatos. Mas cuando los príncipes concedieron á la Iglesia una jurisdiccion exterior , insensiblemente se aplicó el de derecho, y aun el de ley á los cánones (29). Cosas semejantes se leen en cien otros lugares de su obra. Teneis pues aquí sus errores y sus argumentos mismos que son los de que se sirven los protestantes y jansenistas. Vamos á ocuparnos de ellos (e).

Arte vetusta á la par que rastrera y capciosa ha sido de los herejes la de afectar mansedumbre , dulzura y humildad evangélicas para cubrir con ese manto ovejuno el odio encarnizado que abrigan contra la Iglesia , y contra el ungido del Señor , y engañar de este modo á los incautos. Ya Jesucristo á su tiempo daba importantes documentos á sus discípulos para que se precaviesen de esa clase de hipócritas. *Guardaos*, les decia , *de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis* (30). Los jansenistas son los que mas sobresalieron en esta

ciencia diabólica. Parece que el Sr. Vigil haya aprendido de sus modales y de su doctrina (f) : pues para probar con ellos que no hay autoridad ó dominacion en la Iglesia, *aun en aquello mismo que indudablemente corresponde al régimen espiritual ; que no hay nada de fuerza en sus medios, las leyes, sino que todo es voluntario y espontáneo en el régimen eclesiástico , y que la grey de Jesucristo se ha de apacentar por la potestad eclesiástica sin coaccion , sino de grado de aquella y su espontánea voluntad ; dice : que de Jesucristo viene este espíritu de mansedumbre y dulzura : y para probarlo alega la autoridad del mismo Señor, quien dijo : « Los príncipes de las naciones las dominan, y los que son mayores ejercen potestad sobre ellas. No sucederá así entre vosotros, sino que el que quisiere ser el mayor, sea vuestro ministro, y el que quisiere ser el primero, será vuestro siervo (31). » Sin duda que aquí Jesucristo exhorta á sus discípulos á huir de la ambicion, y de su hija legítima la tiranía, que solian ejercer los príncipes gentiles sobre sus súbditos, y les traza el camino que deben recorrer para llegar al alto puesto de la prelación y del primado, que es el de la humildad de siervos, y del ministerio de caritativos administradores, virtudes recomendables particularmente en un prelado, ó gobernante, que consisten no en una apariencia exterior que mendiga aplausos, y se padece del aura popular, sino en una íntima y cordial conviccion de la pequeñez de su ser, de sus alcances y de los deberes de su estado, que le hacen descender al terreno de la práctica de la caridad, de la justicia y de las mas relevantes virtudes. Pero ¿qué deducirá de esto el protestantismo y el jansenismo? ¿que las virtudes de la humildad y mansedumbre son incompatibles con la autoridad de mandar? ¿que aquí Jesucristo niega á los prelados eclesiásticos toda potestad de jurisdiccion? Lo primero seria una herejía la mas insultante, porque seria afirmar, ó que Jesucristo jamás tuvo autoridad de mandar á los hombres, lo que es herético ; ó que si la tuvo careció de las referidas virtudes, porque le eran incompatibles, lo que se refunde en el mismo error dogmático y ofensivo. Y lo*

segundo seria suponer al mismo Señor inconsecuente y contradictorio á sí mismo, y negar las divinas Escrituras que con tan claras notas nos dicen que Jesucristo concedió á los apóstoles y á sus sucesores jurisdiccion y potestad de mandar ; lo que tambien es una temeridad impía y ultrajante.

Los sagrados intérpretes y los santos padres , declarando este testo , afirman de consuno que lo que reprobó aquí el soberano Maestro fué la ambicion de dominar , y las comodidades , regalo , orgullo y despotismo que buscan algunos en el gobierno y prelación. He aquí como se espresa uno de los mas acreditados espositores , despues de haber consultado los doctores de la Iglesia : «Nota bien que aquí Cristo no inculpa , ni prohibe la autoridad y potestad civil y eclesiástica que tienen los príncipes y los obispos, como lo pretendian los herejes anabaptistas ; porque esta autoridad es necesaria en toda república para el régimen político, y por esto está establecida de derecho natural , divino y humano : sino que tan solamente ataja la ambicion y su compañera la tiranía que en sus súbditos ejercian los príncipes de las gentes (32). » S. Gregorio Magno en un capitulo del libro de la *Regla pastoral* , en cuya frente pone por lema estas palabras : *Sea el rector por la humildad socio del que obra bien, y por el celo de la justicia superior y firme contra los vicios de los delincuentes* : cita las referidas palabras del Señor , y las de S. Pedro que aduce el Sr. Vigil : *no dominando en el clero* : y en seguida añade : « Entre los hipócritas sin duda es numerado aquel que bajo pretesto ó simulacion del celo de la disciplina convierte el ministerio del régimen en uso de dominacion (despótica) : y sin embargo se delinque mas gravemente si entre los perversos se guarda mas la igualdad que la disciplina. Porque Helí vencido de una falsa piedad no quiso herir á sus hijos delincuentes, hirió á sí mismo y á sus dos hijos á la vez ante el justo juez con una condenacion cruel. De aquí aquella voz divina que le dijo : *honraste mas á tus hijos que á mí*. De aquí aquella increpacion profética contra los pastores, que dice : *lo que era quebrado no lo atasteis, y lo que era perdido no lo re-*

dujsteis. Entonces se reduce lo perdido, cuando alguno caído en la culpa es reducido al estado de la justicia por la fuerza de la solicitud pastoral : y ata el lazo lo quebrado, cuando la disciplina deprime la culpa , para que la llaga no se agrande hasta la muerte si la severidad del castigo no lo impide... Se ha de mezclar pues la lenidad con la severidad , y de ambas se ha de formar un temperamento ó moderacion , para que ni por la demasiada aspereza se exaspere á los súbditos, ni por la nimia benignidad ellos se relajen. Lo que , segun la voz de S. Pablo, viene bien significado por aquella arca del tabernáculo, en la cual junto con las tablas de la ley se hallaban la vara y el maná : es decir, si en el pecho del buen rector , junto con la ciencia de la sagrada Escritura se halla la vara del precepto ó castigo , se halle tambien el maná de la dulzura. De aquí es que decia David : *tu vara y tu báculo me han consolado* : con la vara herimos, el báculo sirve para sustentar. Si hay pues la rigidez de la vara que hiere, haya tambien el consuelo del báculo que sustente. Haya pues amor , pero que no enerve; haya rigor , pero que no exaspere ; haya celo , pero no inmoderadamente severo ; haya piedad , pero no mas compasiva de lo que conviene ; para que mientras en el arte del régimen la justicia y la clemencia se dan ósculo de paz, el prelado que gobierna , amenazando atraiga los corazones de los súbditos, y con la dulzura los constriña á la reverencia del terror (33).» He aquí como entendia el grande Gregorio los enunciados testos de Jesucristo y de S. Pedro.

Empeñado el Sr. Vigil en sostener á todo trance su errónea opinion , atropella con violentas estorsiones las palabras trascritas del santo Doctor , y para probar que en la Iglesia no hay leyes obligatorias por sí mismas, *nada de fuerza en sus medios*, sino que *todo es voluntario en su régimen, sin coaccion, sino de grado y de espontánea voluntad, aquiescencia y consentimiento de los fieles*, alega la autoridad de S. Pedro que dice : «apacenta la grey de Dios no por coaccion , sino de grado y espontáneamente :» y añade : *Si alguna vez dijo Jesucristo : compeled á entrar, tambien determinó el sentido por la calidad y circunstan-*

cias de la parábola en que espresó este mandato. Se trataba de un convite, y mandaba que á él se compeliere con ruegos é instancias repetidas para que los convidados tomasen asiento en la cena magna que muchos habían desairado. La Escritura presenta varios ejemplos de esta clase de violencia, con que los patriarcas del antiguo Testamento rogaban y estrechaban á los peregrinos para darles hospicio.—Esa mezquindad de argumentos que tienden á plantear un-sistema de teorías deslumbradoras sí, pero fatales, nos revela paladinamente á qué clase pertenecen ciertos escritores, cuyas obras llevan grabado el sello de una pasión innoble y de miras tortuosas, y que han escrito mas por ostentacion, que por amor á la verdad; y nos patentiza al propio tiempo cuán escasos y miserables son los recursos de fuerza del error, y cuanto hay de ilusorio en el saber humano. ¿A qué viene aducir aquí las palabras de la parábola de la *cena magna*, palabras que, segun los sagrados intérpretes, se refieren principalmente á la vocacion del gentilismo á la Iglesia, para probar que no hay en esta leyes obligatorias, ni poder coactivo? ¿A qué alegar la caritativa importunidad de los antiguos patriarcas, con que estrechaban á los peregrinos con el fin de darles hospedaje para desmentir la violencia moral de las leyes y de los medios coercitivos que Dios puso en manos de los prelados eclesiásticos? ¿A qué ese juego contradictorio de palabras, *mandatos* que son *ruegos é instancias repetidas*? Si es un *mandato*, no son *ruegos é instancias*, y si son *ruegos é instancias*, no es un *mandato*. ¿Por ventura tenemos necesidad de las palabras *compeled á entrar* para probar que hay medios de fuerza moral y un poder coercitivo en la Iglesia? ¿Acaso los católicos alegan á su favor los hechos de violencia hospitalaria de los santos varones de la antigua ley? ¿No hay en el nuevo Testamento cien autoridades y mil ejemplos que demuestran que Jesucristo depositó en la Iglesia los poderes legislativo, judicial y coactivo? Los hemos citado, y citaremos otros, y omitirémos muchos mas.

Nadie mejor que S. Pablo comprendia el espíritu de la ley

evangélica, y estaba al cabo de las facultades con que el divino Fundador de la Iglesia habia revestido á los prelados de ella. Y esto no embargante, ¿decia por ventura que *nada de fuerza* hay en los medios que ella tiene? *que todo es voluntario y espontáneo en el régimen eclesiástico?* que las leyes que dicta y las medidas que toma, no tienen coaccion ni fuerza obligatoria, si no es de *grado, espontánea voluntad y aquiescencia* de los fieles? que los mandatos evangélicos consisten en *ruegos é instancias repetidas?* Si el Sr. Vigil y otros de su ralea hubiesen leído con ojos imparciales las epístolas del grande Doctor de las gentes, hubieran hallado lo contrario. Hubieran leído que decia á los corintios: *Ya lo dije antes estando presente, y lo digo ahora ausente; que si yo voy otra vez no perdonaré á los que antes pecaron, ni á todos los demás. ¿Buscáis acaso que yo haga experiencia del poder de aquel que os habla por mí, Cristo (34)?* Hubieran leído que repetia á los mismos corintios: *El reino de Dios no está en palabras, sino en virtud. ¿Qué quereis? ¿que vaya á vosotros con la vara, ó con caridad y con espíritu de mansedumbre (35)?* Hubieran leído que apremiaba á los mismos, diciéndoles: *mirad que yo os escribo esto ausente, para que estando presente no haya de emplear con severidad la autoridad que Dios me dió para edificacion y no para destruccion (36).* Hubieran leído que escribia á los tesalonicenses: *Si alguno no obediere á lo que ordenamos por nuestra carta, notadle á ese tal, y no tengais comunicacion con él para que se avergüence (37).* Hubieran leído que escribia al obispo Tito: *Yo te dejé en Creta para que arreglases lo que falta, y establecieses presbíteros en las ciudades como yo te lo habia ordenado... Mira que hay aun muchos desobedientes, habladores de vanidades é impostores: mayormente los que son de la circuncision, á quienes es menester convencer: que trastornan las casas enteras, enseñando lo que no conviene, por torpe ganancia. Dijo muy bien uno de entre ellos, propio profeta suyo: que los de Creta siempre son mentirosos, malas bestias, vientres perezosos. Este testimonio es verdadero. Por tanto repréndelos reciamente, pa-*

ra que sean sanos en la fe. Y concluye diciéndole : que no solo les predique estas cosas , y los exhorté con ruegos á cumplirlas , sino que los reprenda y obligue á ello *con todo imperio* sin temer á nadie. *Hæc loquere et exhortare; et argue cum omni imperio. Nemo te contemnat* (38). Hubieran leído...; pero yo me abrumo á la vista de tanta multitud de testos que comprueban esta verdad , y confundiria á mis lectores , si todos los quisiera referir (g). Convencido de ellos Tertuliano nos dejó registrado este precioso testimonio : «Todavía el Apóstol castigador de los gálatas retiene la misma forma de ley , determinando que con tres testigos se ha de establecer toda palabra , el cual , á pesar de ser predicador de Dios mansísimo , amenaza que no ha de perdonar á los pecadores. Antes bien afirma que tiene potestad recibida del Señor de castigarlos con mas dureza cuando llegare á su presencia. Niega pues , ó hereje , que se haya de temer á Dios , cuando su Apóstol es temido (39).»

Con respecto á la autoridad de S. Pedro : «Apacentad la grey de Dios , no por coaccion , sino de grado y espontáneamente : *non coactè , sed spontaneè*, » de que el Dr. Vigil hace tanto mérito ; notaremos por de pronto que tan léjos está este testo de probar contra nosotros , que antes bien confirma nuestro aserto. Porque , segun S. Jerónimo (40), la palabra *apacentar* significa lo mismo que gobernar como jefe , *regite* , ó como advertimos arriba con los espositores , *apacentar con imperio y presidiendo*. Si nuestro bibliotecario hubiese procedido de buena fe , hubiera aducido por entero el pasaje del Príncipe de los apóstoles , y entonces hubieran echado de ver los lectores que el testo tiene otro sentido. La autoridad por entero dice así : «Apacentad (habla á los obispos) apacentad la grey de Dios , que está entre vosotros , teniendo cuidado de ella , no por fuerza , sino de voluntad , segun Dios : ni por amor de vergonzosa ganancia , mas de grado : ni como que quereis tener señorío sobre la clerecía , sino hechos dechados de la grey. Y cuando apareciere el príncipe de los pastores , recibireis corona de gloria que no se puede marchitar (41). «¿Quién no ve que

aquí el vicario de Jesucristo habla *pasivamente*? Es lo mismo que les dijera: «Tomad ese cargo de apacentar la grey de Dios no por fuerza, sino de voluntad, según lo quiere Dios, ni por amor de vergonzosa ganancia, sino de grado; ni por ambición de ejercer dominio sobre la clerecía, sino hechos dechados de virtud á la grey, porque aunque sea molestísimo el peso que gravita sobre vuestros hombros, debeis llevarlo con alegría, sabiendo que cuando apareciere el príncipe de los pastores Jesucristo, recibireis una corona de gloria que no se puede marchitar.» Los eruditos espositores Calmet y Tirino interpretan las referidas palabras en este único sentido. Cornelio A-Lápide dice que este es el sentido genuino de la autoridad, particularmente leyéndose en el testo griego en vez de *no por fuerza, no por necesidad* (42). Así tambien la entienden muchísimos doctores y santos padres.

La autoridad de S. Gregorio Nacianceno que dice: *nuestro legislador sancionó que la grey sea apacentada, no por fuerza, sino de voluntad y buen grado*, puede entenderse en el sentido en que acabamos de esponder la de S. Pedro, y así parece que la entendió el Santo, pues en el propio lugar prefiere Isaías á Moisés, porque aquel se ofreció gustoso al ministerio con estas palabras: *ecce ego, mitte me*; y Moisés rehusó la misión de Dios, y fué obligado á ella como por fuerza. Sin embargo, no desconocemos que el santo doctor dió tambien otro sentido á la sentencia de S. Pedro, pues diciendo: *nuestro legislador*, el mismo apóstol, *sancionó que la grey sea apacentada no por fuerza, sino de voluntad y buen grado*: esplica el testo del santo apóstol, añadiendo: «porque lo que se arrebatara por necesidad, á mas de ser cosa tiránica, tampoco es firme y estable. Sucede en lo que se obliga con violencia lo mismo que en la planta que se dobla con las manos por fuerza, que apenas se tuerce, y se deja, vuelve al primitivo estado: mas lo que nace de la libre voluntad suele ser muy equitativo y muy cierto, como que queda atado y confirmado con los vínculos de la benevolencia (43).» Mas ¿quién dirá que aquí el santo doctor

niegue á la santa Iglesia la potestad de hacer leyes, ó que estas obliguen si no son del agrado de los súbditos, cuando el Santo llama aquí mismo á S. Pedro *legislador*, á cuyas leyes deben sujetarse los pastores? ¿quién no ve que lo que reprueba aquí S. Gregorio es un gobierno tiránico y de violencias des-
póticas, y no el gobierno evangélico, que marcha siempre con dulzura y caridad, y no llega al castigo sino al último estre-
mo? «Una madre es el buen pastor, dice S. Bernardo; cuando reprende, es mansa; cuando halaga, es tierna; piadosamente suele encruelecerse, sin engaño medicinar, pacientemente ai-
rarse, y humildemente indignarse (44).» En el propio sentido hablan los demás padres que alegan á su favor los protestantes y jansenistas. En el capítulo siguiente examinaremos los testos que cita el Sr. Vigil de S. Agustin y S. Juan Crisóstomo. Sin embargo para salir de toda duda sobre cual fuese el parecer del grande obispo S. Gregorio Nacianzeno en esta materia, nos es forzoso citar un trozo de la obrita de un autor á quien cier-
tamente el Sr. Vigil no podrá tachar de *curialista*.

Jorje Sigismundo Lachics en su obrita titulada *Instituciones de Derecho público eclesiástico*, traducida por D. Francisco Lorente, se espresa así sobre este particular: «Estoy convenci-
do de que tambien existe imperio en la Iglesia cristiana. Pues, ¿qué se opone á que se llame imperio la potestad que el Sal-
vador le concedió al tiempo mismo de instituir la, la que tiene derecho para dictar leyes, terminar con autoridad propia los litigios suscitados sobre asuntos eclesiásticos, y refrenar con castigos á los que rehusasen obedecer sus cánones y senten-
cias? El mismo apóstol se sirvió de esta voz para designarlo; y S. Gregorio Nacianzeno en aquel celeberrimo discurso en que se esforzó para alentar el ánimo de sus conciudadanos, que se hallaban abatidos por las amenazas del prefecto del Cé-
sar: *¿Y qué pretendéis, dice, vosotros como príncipes y pre-
fectos...? ¿Qué es lo que pronunciáis...? La ley de Jesucristo os somete tambien á vosotros á mi trono y á mi imperio. Por-
que tambien Nos lo ejercemos: pero un imperio mas escelente y*

mas perfecto. Justa y oportunamente se llama sagrado este imperio, porque sagrada es la sociedad de los cristianos, á cuyo gobierno preside; y sagrado asimismo su fin, como que consiste en la salud de las almas (h).»

Se habia olvidado el Sr. Vigil de lo que habia escrito poco antes en la misma disertacion, cuando alegó aquí á S. Gregorio Nacianzeno para probar que en la Iglesia no hay autoridad coactiva, ni imperio; pues el mismo, en la propia disertacion, nota 27, cita esa autoridad del Santo, que acabamos de apuntar con Lachies, destructora de cuanto intenta probar con otra autoridad mal entendida del mismo santo doctor. He aquí la autoridad de S. Gregorio Nacianzeno, que cita Vigil: «*Vos quoque imperio meo ac tribunali lex Christi subicit. — Imperium enim nos quoque gerimus, addo etiam præstantius ac perfectius; alioquin carni spiritum, et terrenis cælestia cedere oportebit. Sacri mei gregis ovis est sacra et alumna magni Pastoris* (oracion 17).» ¿Qué tal? ¿admite autoridad é imperio S. Gregorio en la Iglesia?

Sin duda, dice el sabio Cornelio comentando el precitado testo de S. Pedro, «que una de las leyes pastorales es de apacentar la grey no con coaccion, sino espontáneamente, de manera que no se la impela con la fuerza, sino que con amor se la atraiga al cumplimiento de sus deberes: más esto se ha de entender cuando las ovejas son tales, que se llevan del amor, porque hay algunas de tal temple, que no hacen caso del amor, y solo con el temor se pueden contener; tales són los perezosos y refractarios, como los herejes: á estos les conviene aquello de Cristo en S. Lucas: *compeledlos á entrar*. Porque, como dice S. Agustin: «Cuando la necesidad de la coaccion impele de afuera, nace dentro la voluntad.» *Foris inveniatur necessitas, nascitur intus voluntas* (45).

De admirar es, que hombres que se precian de sabios, que se tienen por los Mecenas de la ilustración, que hacen alarde de defensores de los derechos de ambos gobiernos para la felicidad de los pueblos, propalen teorías tan aciagas, que plan—

teadas derramarían el espanto sobre el humano linaje, y causarían una explosión que amenazara su existencia. Decid á los pueblos, que los mandatos evangélicos consisten en ruegos, que nada hay de fuerza y obligatorio en el régimen eclesiástico; que todo es voluntario y espontáneo en la religion: enseñadles que las leyes penden de la aquiescencia y consentimiento de los súbditos; que las medidas coercitivas, que los que gobiernan adoptan para el buen orden, no tienen coacción si no son del agrado y espontánea voluntad de los delinquentes; y vereis desde luego con asombro desquiciarse las columnas de los palacios de los gobiernos, desplomarse la gran fábrica social, y marchar ufano sobre sus ruinas el carro triunfal de la anarquía, dejando en pos de sí un sin número de estragos los mas lamentables.

¿Pretendeis hablarnos aquí de la libertad, y llamarla en vuestro patrocinio; de esa libertad que, segun vosotros, *es debida á Jesucristo, y que por ella tienen los hombres el derecho de no someterse á la servidumbre de conciencia ajena*; y que por consiguiente *en sus palabras y obras deben acreditar ser hombres libres*? ¡Libertad! hombres libres! deslumbradoras y halagüeñas palabras, cuyo precio es inapreciable, si se sabe distinguir el legítimo sonido de ellas. Pero cuando mentáis ese nombre respetable ¿qué entendéis por libertad? ¿Hablais de la libertad de albedrío, de esa potencia física de la voluntad humana, libre de coacción esterna y de necesidad intrínseca, en cuya virtud el hombre puede obrar ó no obrar, obrar esto ó lo contrario? Ciertamente que en este sentido somos hombres libres, y que es debida al mismo Dios tal libertad: ¡Don precioso! por el cual el hombre se hace acreedor á los elogios y á los premios; y con él se labra la felicidad eterna; y sin el cual seria un puro autómatas, incapaz de mérito y demérito, de alabanza y vituperio. «El fatalismo, dice muy bien un sabio filósofo moderno, ó sea el sistema que niega la libertad de albedrío, rompe todos los lazos de la sociedad tanto civil como doméstica, trastorna los principios fundamentales que

la dirigen , y convierte al linaje humano en un conjunto de máquinas , que obedecen á impulsos secretos , en cuya modificacion no tienen ninguna parte. Así , vanas son las leyes , inútiles los premios y los castigos ; el arte de persuadir carece de objeto ; y el hombre que con la libertad de albedrío se levanta á una altura tan superior , queda reducido por el fatalismo á la miserable condicion de los brutos (46).» Negar tal libertad seria un absurdo y una herejía.

Pero se debe recordar , que el hombre es racional ; que debe obrar de consiguiente segun el dictámen de la razon ; que Dios puso ante él el bien y el mal , la virtud y el vicio , la vida y la muerte , pero con un claro conocimiento de lo que es agradable ó injurioso á aquel , y útil ó pernicioso á ese ; que como amante padre y supremo dueño de los individuos , y moderador del universo , quiso consultar la felicidad de sus hijos , el honor de su persona y el orden de las sociedades ; y teniendo intuitivo conocimiento de las tendencias de la criatura al mal y á su desgracia , púsole barreras , y atóle una parte de esa facultad , en que veia las inclinaciones viciosas y dañinas , con los lazos de las leyes natural , divina , positiva , eclesiástica y civil , bajo espreso y riguroso precepto de que con la fuerza de la potencia fisica de la libertad de albedrío , que le queda siempre vigorosa , no saltase aquellas , ni rompiese á esos , so pena de incurrir en su indignacion y hacerse merecedor de castigos temporales y eternos. Por manera , que el hombre ya desde su cuna queda atado con los vínculos de la ley natural y divina : y al entrar en religion y sociedad renuncia una parte de aquella libertad de albedrío , que á él le seria nociva , á Dios injuriosa , y á la sociedad perniciosa , é inclina la cerviz al yugo de las leyes , que su Criador por sí mismo , ó por sus representantes le impone , sin que le quede ya facultad moral de sacudirlo sin hacerse reo de infidelidad criminal y merecedor de penas. No es pues el hombre despóticamente libre ; no queremos nosotros ese simulacro de libertad , que degenera en licencia , en disolucion , en anárquico.

libertinaje , que nos constituye esclavos de nuestras pasiones , enemigos de nuestro Criador , y verdugos de nuestros semejantes y de la sociedad entera; no queremos esa larva de libertad , no, no la queremos : no es esta la libertad que nos trajo Jesucristo ; aquella libertad santa que , rompiendo los lazos de la ley del pecado , librándonos de la esclavitud satánica , nos constituye herederos de las bendiciones celestiales , nos hace acreedores á nuestros derechos , derechos digo , y no pasiones , y nos hace libres y espeditos para obrar el bien , y labrarnos con él la corona de gloria de los hijos de Dios. Esta es la libertad debida á Jesucristo : á esta la queremos , la deseamos , la amamos. El hombre pues es libre física y moralmente para el bien : y no es libre moralmente para el mal , aunque físicamente lo sea. Ni se diga , que por esto perdemos alguno de nuestros derechos. Para obrar el mal no hay derechos , y el hombre jamás es mas hombre ; que cuando obra como hombre racional ; nunca mas libre ; que cuando libremente practica el bien y huye del mal ; nunca mas grande , que cuando , sojuzgando sus inclinaciones violentas , cumple su deber ; y nunca mas héroe , que cuando en la competencia entre las pasiones y la razon , abate á las pasiones y saca triunfante á la razon ; reportando de sí propio memorable victoria (i).

CAPITULO III.

DERECHO PENAL DE LA IGLESIA.

Toda ley supone una *sancion*, esto es, una pena que recaer sobre los infractores, y mediante la cual el bien comun, de que la pena es una garantía, se hace condicion precisa del bien individual. Las leyes no serian leyes, sino consejos ó máximas mas ó menos sabias, sino hubiese una autoridad activa y vigilante que asegurase su poder, que las aplicase á los hechos, y que hiciese sentir sus efectos represivos del crimen, y preventivos de sus perniciosos resultados á beneficio del bien comun y particular de la sociedad, á quien fueron dadas. ¿Tiene la Iglesia el derecho de hacer leyes? Se lo hemos adjudicado por derecho natural y divino positivo: luego, le compete tambien el de sancionarlas, *el derecho penal*.

Con efecto, supuesto en una legítima sociedad el poder de legislar, es inseparable de esta idea la otra del poder represivo. Las leyes imponen un vínculo moral, como hemos probado. Mas si alguno, habiendo inclinado la cerviz á este yugo suave, estudiase en hacerle ilusorio; si molestándose las pasiones recalcitrantes de las apretaduras de ese lazo, que las tiene á raya, le rompiesen para correr á sus antojos ¿no se frustraria el fin de la legislacion? ¿no diríamos que las leyes no son medios para conseguir la conservacion, el orden y la felicidad de la sociedad á quien se dan? y si lo son, ¿no diríamos en este caso que hay leyes, y no las hay? ¿que el hombre es exlege? El poder de hacer leyes destituido del de obtener su observancia seria un poder inconcluyente y quimérico, que mas propriamente que poder, pudiéramos llamarle impotencia; impoten-

cia que daría brios al delito, y abriría el camino á la anarquía, que es el sepulcro de la sociedad. Debe haber pues un elemento que venga en socorro del vínculo moral y le robustezca, debe haber un medio que llegue al alcance de lo que no puede obtener aquel por sí solo.

¿Cual será este medio? Cuando la voz del deber no basta para poner coto al indócil, no quedan otras tentativas que las de la fuerza : esta es la via que conduce al fin de las leyes, ó directamente constriniendo al refractario á su cumplimiento real donde hay lugar, ó indirectamente exigiendo de él el cumplimiento equivalente por los medios penales y preventivos que sirven de freno á la culpa, de cuyos medios el carácter afflictivo y sus consiguientes ventajas procuran á la sociedad ofendida una competente compensacion. Es pues evidente que despues del vínculo moral, que tiene una fuerza solo obligatoria, el único medio de hacer efectivas las disposiciones gubernativas es la coercion, que tiene una fuerza positiva. Para probar que esta es incompetente á la Iglesia, convendria probar primero que la coercion es un medio inhonesto é innecesario á ella. Mas nosotros probaremos hasta la evidencia que nada hay mas conforme á los principios naturales. ¿No competen á la Iglesia los principios de derecho natural? Una sociedad que lleva grabado en la frente el sello de una institucion divina no es ciertamente una representacion teatral duradera hasta correr el telon ; es una sociedad que ha de durar mientras existan hombres, á cuyo bien es dirigida ; es una sociedad perpétua. ¿Quién pues le negará el derecho á su conservacion y á los medios de asegurársela? ¿Quién le disputará el derecho de reparar ó prevenir cuanto á esta dañe, ó dañar pueda? Luego, tiene derecho de constreñir al orden al renitente cuando hay lugar, y de ponerle en la impotencia de subvertirlo en el porvenir, del propio modo que cada individuo por principios naturales tiene derecho de obligar al agresor de su vida á la reparacion del daño causado cuando hay lugar, y de reducirle á la impotencia de repetirlo, no siendo menos legitima la exis-

tencia de la sociedad religiosa, que la individual, viniendo en-
trambas de Dios. Ahora bien, constreñir al renitente al orden,
reducirle á la impotencia de violarlo, son cosas impracticables
sin ejercer una especie de violencia en su voluntad natural: y
¿quién ignora que en esto consiste la pena? Queda pues paten-
tizado que el derecho penal que da á las leyes una fuerza efec-
tiva, es tan propio á la Iglesia como le es el de dictar leyes,
siendo este sin aquel ilusorio.

Estos son los principios que forman el fundamento del dere-
cho coercitivo de la Iglesia. O es preciso negarle el poder de
hacer leyes, ó es necesario otorgarle el de reprimir á los trans-
gresores, que amagan á su conservacion. Desafio á nuestros
antagonistas á probar lo contrario, ó á que hallen principios al
propósito, que militen á favor de la sociedad civil, que no sean
comunes al propio tiempo á la Iglesia, teniendo esta indisputa-
blemente el carácter de legítima sociedad. Y es por esto que
Jesucristo, que no podia contradecirse, al conceder á la Iglesia
el poder de hacer leyes con estas palabras: *quæcumque alliga-
veritis*; estableció á la vez el de la coercion penal con aquellas
otras: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publi-
canus* (1).

Nada al parecer tendrian que oponer á una doctrina tan ge-
neral y corriente el Dr. Vigil y sus prosélitos. Sin embargo,
preciso es advertirlo: nuestro bibliotecario, contradictorio á sí
mismo, como siempre, á pesar de conceder en varios parajes
de su obra á la Iglesia la *potestad de imponer penas espirituales
y de escomulgar*, le niega esto mismo en otras partes de la mis-
ma, como hemos visto en el capítulo precedente, diciendo:
que *nada hay de fuerza en los medios* que están contenidos en
la órbita de la potestad eclesiástica, nada *de coaccion* etc.: y lo
propio se ha repetido por otros de su ralea en nuestros periódicos.
Mas donde vemos que se levanta una negra nube enemiga,
que va á descargar un diluvio de anatemas, sarcasmos é
irrisiones sobre la Iglesia, es al descenderse al terreno de la cla-
sificacion de las penas que contuviera su código. En esta parte

los donatistas, los cátharos, los waldenses, Marsilio Paduano, Lutero, Calvino con un buen número de escritores del rebaño protestante, los jansenistas, la filosofía incrédula con una porción crecida de políticos modernos que estudiáran en sus escuelas, todos se mancomunaron para hacer frente al báculo pastoral y arrebatarlo de las manos del pastor. Hay cierta clase de hombres que, á semejanza de las ovejas, que al ver levantado el cayado pastoral se azoran y causan alborotos en el hato, alármanse y siéntense asaltados de ideas tétricas y horriboras al solo oír mentar el nombre de *penas eclesiásticas*, y con semblante sañudo y desdeñoso vuelven el rostro al otro lado. Para ellos las legislaciones conciliares, las grandes instituciones de la Iglesia, los profundos talentos de la antigüedad, todo es condenado sin apelacion al menor asomo que se descubre de *castigo eclesiástico*, de *penas afflictivas* de la Iglesia. ¡Imbécil modo de lidiar, huyendo el cuerpo al enemigo! Ciertos escritores se encuentran que con haber inventado un apodo, un nombre despreciativo, *curialista*, piensan haber hecho hallazgo de un argumento, que todo lo prueba, todo lo suelta, todo lo aclara. ¡Misérables! No es el apodo, no es el sarcasmo, no es el desprecio el que triunfa del error y se señorea de la verdad; la razon busca á la razon y hace sacrificios por ella. Rogáramos á esos ingenios, que no fuesen tan asustadizos, y que si anhelan por la victoria descendiesen á la palestra á batirse cuerpo á cuerpo con sus enemigos; pero con armas iguales, despojados de la égida de la irrisión, de la ironía, del desprecio, de la sátira; del sofisma, con la sola espada del raciocinio y del deseo de la verdad.

El Dr. Vigil que, según parece, ha compilado los borradores de esas escuelas para presentarnos sus doctrinas en un cuerpo de obra hasta ahora de seis volúmenes, nos ha convidado en la introducción á que le escuchemos, á que fijemos nuestra atención en sus líneas con ánimo puro y sincero de encontrar la verdad, y conocer el *pensamiento dominante que desde la primera Disertación le acompaña*. Lo hemos cumplido: hemos

pasado días enteros en leer y meditar sus producciones, siendo nuestro único norte la investigación de la verdad : rogamos pues ahora nosotros á él y á sus prosélitos, que hagan otro tanto; pero despojados de *ese pensamiento dominante que los acompaña* ; porque cuando un pensamiento, ó una pasión, que domina el ánimo, dirige el rumbo, se cometen aberraciones lamentables ; y entonces veremos en qué parte está la verdad. Sigámonos, y en esta materia discurriremos así :

Si se pregunta á los políticos y jurisconsultos sobre la cualidad de las penas, que deben ser la materia de los códigos, todos de consuno responderán : *que deben entrar todas aquellas, que prudentemente se cree ser las mas aptas y proporcionadas al intento de conservar el orden, de contener á los refractarios en la línea del deber, y de reducirlos á la impotencia de dañar á la sociedad*. Partiendo de este principio marchan ellos, y con ellos el mismo Vigil (2), hasta probar, que es compatible la pena de muerte con las ideas de la justicia, de la utilidad y de la necesidad. No se asusten nuestros adversarios, que no llevamos tan allá nuestros designios. Comprendemos el espíritu de lenidad, de dulzura y caridad que anima á la Iglesia. Sin embargo, el principio de derecho natural que acabamos de sentar ; no deja de ser una regla fija, honesta é inconcusa, que debe servir de norma á la autoridad eclesiástica en determinar las penas. Ella pues tiene el derecho indisputable de escoger entre las penas *aquellas que juzga prudentemente ser las mas propias y oportunas al importante é indicado fin*. Puede de consiguiente hacerlo, si bien antes debe echar mano de las *espirituales*, cuando estas pueden tener virtud de hacer surtir mejores efectos. Mas si se presentasen casos en que las *penas espirituales* fuesen ilusorias, supérfluas ó imposibles, ¿porqué no pudiera valerse de las *corporales*? Razon no hay que se lo inhiba. Si un heterodoxo incapaz de censuras eclesiásticas ataca á la Iglesia con osada impiedad ; y pervirtiendo los ánimos crea en su seno facciosas divisiones, despues de haber tocado la prudencia los resortes convenientes, ¿podiera aquella servirse del único y natural medio

de defensa que le queda contra un injusto agresor? No hay precepto que se lo prohíba; mayormente cuando el poder político se desentendiera de ello. Si algun rebelde ortodoxo se burlase de la escomunion y entredicho, porque mal no le hacen, y prosiguiese á pesar de estas penas en sus maquinaciones pésimas y de una tendencia decidida á la subversion de la Iglesia, ¿le estaria á esta vedado recurrir á la coercion corporal, que únicamente le resta despues de la prueba frustránea de la espiritual? No hay mandamiento que se lo interdiga. Sí, que se exhiba una ley divina ó eclesiástica contraria al derecho natural de la propia defensa y conservacion y mantenedor del órden; y entonces nosotros desistiremos de la empresa. ¿Se aducirán los testos evangélicos, que dicen: *no resistas al malo, antes si te hiere un carrillo, preséntale el otro: y si os persiguen en esta ciudad, huid á otra* (3)? Pero entonces no se querrá advertir con los espositores (4), quienes conformes están en que en estos testos puede haber preceptos y puede haber consejos en nada desfavorables á nuestro intento; que cuando en el primero hay precepto es de no vengarse injustamente un particular contra otro aunque malo; que cuando hay consejo de presentarle la otra mejilla al que hiere, pudiera este acto alguna vez tocar al heroismo y ser laudable, pero otras pudiera ser un pecado por no defender la propia religion verdadera, ó fama propia ó ajena con escándalo de los demás, ó con daño comun de la Iglesia, ó sociedad, que es nuestro caso: que en el segundo la fuga del enemigo pudiera ser mandada, cuando un bien comun ó particular lo exigiera, y pudiera ser prohibida, cuando grandes males de la sociedad religiosa, ó de muchos de los miembros la inhibieran, como seria en nuestro supuesto. No seamos pues fautores de los herejes anabaptistas que bajo la égida de esos testos mal entendidos escudaban á los delincuentes, negaban á los jefes la autoridad de castigarlos, y abrian así anchuroso camino á la anarquía. Este seria un sistema antimoral y antipolítico.

Suélese oponer, y el Dr. Vigil lo repite á cada paso, «que en la Iglesia el derecho penal tiene barreras, que está circuns-

crito en la órbita de los medios análogos á su fin ; que esos medios análogos *en un reino que no es de este mundo*, son las solas penas espirituales , y no las corporales , que no simpatizan con el espíritu de dulzura evangélica , y que son del resorte del gobierno civil.»

Pero vanos efugios. Preguntaremos nosotros otra vez á los doctores *vigilamos* y á cuantos pertenezcan á su secta , ¿qué entendeis por medios análogos al fin que se propuso Jesucristo en la institucion de la Iglesia? Y si ellos no contestan , contestará la fe , contestará la razon con el escuadron de hombres sensatos que la acatan , y dirán : que *por medios análogos son reputados aquellos que la Iglesia asistida del Espíritu de verdad y prudencia juzga , atendidas las circunstancias , ser los mas oportunos y adaptados á su conservacion , al buen orden de tal sociedad , al culto y gloria de Dios y al bien espiritual y salud eterna de las almas*. Pues bien : ¿no acabamos de ver que las penas espirituales no son siempre esos medios oportunos al intento ? ¿no enseña la esperiencia que tales penas á veces son ilusorias , esto es , que por la malicia ajena no surten sus efectos ; á veces inútiles , esto es , que en lugar de producir utilidades engendran inconvenientes ; y por último imposibles , porque caen sobre sugetos incapaces de ellas? En ese entonces pues el caso se presenta bajo un aspecto esencialmente diverso. Ya no se trata de deliberar sobre la eleccion de una pena mas bien que de otra ; se trata ó de echar mano de una pena corporal , ó de renunciar el actual ejercicio de la coercion ; se trata ó de lanzar al delincuente del comercio de los otros , ó dejar que serpente la corrupcion hasta la subversion de una buena parte de la Iglesia. ¿ Direis que este seria el caso de invocar el auxilio de la coercion política? Mas nosotros contestaremos , que una cosa es que sea lícito y conveniente implorar el derecho penal civil en socorro del eclesiástico ; y otra negar absolutamente el eclesiástico , ó sostener que tal invocacion suponga la exclusion de la coercion de la Iglesia , ó esprima un suplemento á una necesaria impotencia. Ninguna dificultad en-

contramos en el primer caso , antes bien añadimos que cuando el gobierno político tome tutoriamente el lugar del eclesiástico en castigar , no hará mas que ahorrar á este un disgusto , y prestarle un servicio que le era debido , y á que quedará sumamente agradecido. Pero en el segundo caso , ¿qué querria decir implorar la coercion política? Querria decir andar fuera de la Iglesia á proveerse de medios para la propia conservacion y buen gobierno ; querria decir que no hay en la Iglesia medios al menos proporcionados á tal fin ; querria decir que no tiene derecho penal ó coercitivo ; querria decir que carece del poder legislativo ; querria decir que no hay en ella autoridad ; querria decir que no es una sociedad legítima y perfecta ; querria decir que no es Iglesia. Tales son las consecuencias que en buena lógica se siguen de tal principio ,

Por otra parte ¿ cómo pudiera conseguirse siempre la implorada coercion política ? ¿ Qué seria si el poder político se hallase en manos de un heterodoxo que , bien léjos de reprimir el mal , se complaciese mas bien en fomentarlo ? ¿ qué seria , si siendo la religion verdadera solamente tolerada , no pudiese el príncipe , aunque católico , dispensarle una manifiesta y singular proteccion , sin violar las leyes fundamentales , y comprometerse á sí y al estado ? ¿ qué seria si el auxilio secular implorado tardase tanto , que por su demora peligrase la seguridad ó tranquilidad de la Iglesia ? Cuando los ladrones nos asaltan de súbito , no es posible evocar al poder político y encargarle nuestra defensa ; es preciso ó defenderse , ó morir : ó es preciso dejar la Iglesia á merced de sus enemigos , ó es necesario otorgarle el derecho total de agotar los medios honestos de defensa hasta la misma coercion corporal.

Se ha dicho que *en un reino espiritual las penas deben ser únicamente espirituales*. Por de pronto notamos que esta es una proposicion capciosa , incorrecta y de consecuencias trascendentes. El *Reino de Cristo* es la Iglesia , y la Iglesia , segun S. Pablo , es un cuerpo vivo que consta de alma y cuerpo con su cabeza y miembros ; es una sociedad , no de puros espíritus ,

sino de hombres. ¿Quereis hacer á los hombres puros espíritus, y que la *Hija del Principe* quede sin cuerpo? ¡Qué ridícula metamórfosis! seria hacer lo corpóreo incorpóreo, seria hacer á la Iglesia invisible, seria caer en la herejía de los protestantes, que hemos rebatido en el capítulo primero. Es pues la Iglesia una corporacion; tienen sus miembros sus cuerpos: luego les son muy análogas las penas corporales. Se apellida á veces la Iglesia *reino espiritual*, pero es en razon del fin de su institucion, que es la santificacion y salvación de las almas, y la gloria de Dios. Mas esta denominacion no destruye un dogma. ¿Son acaso incompatibles los medios corporales para un fin espiritual? Cabalmente todo el culto esterno con que honramos á Dios, y muchos de los instrumentos de la santificacion de nuestras almas son medios corpóreos, hasta las materias y formas de los santos sacramentos. Los eruditos en la psicologia conocen las comunicaciones que hay entre el cuerpo y el espíritu.

Además si á Jesucristo le plugo poner en manos de la Iglesia algunas penas corporales, y no negarle otras muy conformes á la razon, ¿quién le dirá: porqué así lo haces? ¿Quién se las disputará á la Iglesia? Negar que Jesucristo haya concedido á esta la facultad de imponer algunas penas corporales, y que no le ha inhibido otras, es negar el Evangelio. Con efecto, cuando Jesucristo dijo que si alguno delinquiese contra su prójimo, y despues de la correccion fraternal no se enmendase, fuese delatado á la Iglesia, y que si no oyese á la Iglesia, fuese tenido como gentil y publicano, esto es, escomulgado, lanzado de la sociedad religiosa (5), declaró que estaba en los medios coercitivos de la Iglesia una pena temporal de las mas graves; porque ese entredicho no solo le priva al fiel de los bienes espirituales, pérdidas fatales para un cristiano que tiene fe, sino que al mismo tiempo le causa privaciones sensibles, le arroja de la compañía de sus concolegas, de las asambleas religiosas, de la asistencia á los templos en tiempo de los divinos oficios; le priva del placer de asistir á las brillantes funciones del culto religioso, del gusto

de hablar con sus amigos, y de todo contrato y sociedad civil con los demás fieles, menos que una causa grave lo dispense : en suma, tal entredicho es un doloroso destierro. Y advertimos aquí, que de esta misma fuente de autoridad otorgada por Jesucristo á la Iglesia de fulminar anatemas contra los delincuentes para su enmienda, fluye el derecho de imponer otras penas corporales. Porque no es creible, y seria fuera de la esfera de la prudencia divina, que el soberano Legislador hubiese querido que á todo infractor se le castigára con pena igual, con la mas atroz de ellas, la excomunion, que como hemos dicho es una muerte espiritual y eterna, y una especie de destierro temporal, sin constituir gradós en el castigo y sin guardar proporcion de la pena con el delito mas ó menos grave. «Aquí tambien pertenece aquello de Cristo en S. Mateo : *qui vos audit, audit me, et qui vos spernit, me spernit*; con cuyas palabras se da á los apóstoles el poder de mandar y reprimir, declarándose contumaz contra el mismo Cristo el que no obedeciere á los mandatos de los apóstoles (6).»

De esta potestad de imponer penas corporales tanto en el foro interno como en el eterno, que es la materia que nos ocupa, nos dejaron Jesucristo y los apóstoles luminosos testimonios de palabra y obra. Los testimonios de palabra los hemos citado en el capítulo pasado, particularmente de S. Pablo, del cual nos quedan mas escritos que de los demás apóstoles. Pasemos pues á los hechos. El modelo de la mansedumbre, Jesucristo, que tanto sabia compadecerse de la fragilidad humana y tan propenso se manifestaba á la indulgencia, sabia á veces usar de severidad y castigar corporalmente á los delincuentes. Viendo que algunos comerciantes profanaban el templo santo vendiendo y comprando en él, por dos veces los castigó con celo santo : la primera formando un azote de cuerdas, y echando á todos del templo con sus ovejas y bueyes que debian servir para el sacrificio, y arrojando por tierra las mesas y el dinero de los cambistas. Y lo mismo hizo la segunda vez con no poca pérdida de sus intereses (7). Aquí podemos aplicar las palabras de

aquel testo que fué dirigido á los apóstoles y á sus sucesores en otra ocasion : *Exemplum dedi vobis , ut quemadmodum ego feci , ita et vos faciatis*. Porque , como dice S. Gregorio Magno : «los hechos del Salvador son otros tantos preceptos; porque mientras hace alguna cosa tácitamente nos está avisando y manifestando lo que debemos hacer (8).»

San Pablo no solo amenazaba con la vara , *in virga*, y decia que estaba pronto á castigar toda inobediencia , sino que efectivamente castigó corporalmente al incestuoso de Corinto , lanzándole de la sociedad de aquellos cristianos , y entregándole á Satanás para que atormentára temporalmente su carne. Lo mismo que hizo con Himeneo y Alejandro blasfemadores , y cosa semejante con Elimas mago (9). Se levantará aquí el señor Vigil escandecido y furioso contra estos testos y quien los aduce , como hizo en otra ocasion con motivo de haberse alegado el precitado hecho del apóstol contra el impúdico de Corinto en un comunicado que se insertó en el periódico *Comercio* en defensa de nuestro arzobispo atacado por los enemigos de la religion por haber mandado recoger unos impresos inmORALES : porque , preciso es advertirlo , hay ciertos hombres que al paso que hacen alarde de defensores de la tolerancia , son los mas intolerantes , y al propio tiempo que predicán máximas de mansedumbre y humildad , se agitan en arranques los mas furiosos , capaces de meter miedo al coloso mas impávido que estuviera á su presencia , cuando se les aplica la espuela ; y repetirá lo que escribió entonces contra ese y otros argumentos , á que no pudo contestar sino con un juego de palabras y con injurias y denuestos : *arrogancia — blasfemia — celo escesivo , injusto é imprudente ! — Esto no se impugna ; se siente , se llora , y quien quiera puede entregarlo á la execración nacional* (10). Ya se ve , un hombre que ha perdido el temor de Dios y el respeto á la conciencia pública , que desprecia los santos padres , que se befa de los pontífices y de sus anatemas , que niega los dogmas definidos por la Iglesia , que no reconoce la autoridad é infalibilidad de los

concilios aun en materias de fe , diciendo que se dejaron llevar de las opiniones de la época ó de respetos humanos y preocupaciones , como todo se verá en el discurso de esta obra ; que así hable ¿ qué hay que extrañar ? Mas los católicos , los hombres sensatos y eruditos mas caso harán de las autoridades de los doctores de la Iglesia , que no de las invectivas y llores de un jansenista. Pues bien : ¿ como han entendido los santos Padres la autoridad y el hecho referido arriba de S. Pablo ? Todos confiesan , que el incestuoso fué escomulgado , y que aquel « entregarle á Satanás para que le atormente en la carne , *in interitum carnis* » fué para que con enfermedades corporales , con azotes y llagas y otras penalidades le macerara y quebrantase el cuerpo , á fin de que así humillado y muerto en él los brios de la carne , volviese en sí y se convirtiese y salvase. Así lo entienden Orígenes , S. Hilario , S. Jerónimo , S. Ambrosio , S. Crisóstomo , S. Agustin y otros muchos , como puede verse en los espositores que citamos (11).

Vergüenza habria de haber tenido el Dr. Vigil , ese hombre que se jacta de tanto saber , de dar á luz una obra atestada de contradicciones , de falsificaciones de textos de los santos Padres , y errores dogmáticos. Pero , hombres de alta posicion tambien caen , y sus deslices y sus debilidades son mas vergonzosos cuanto mas erguida levantaban su frente. Todo lo que aquí indicamos se hará palpable á cada paso de la marcha que hemos emprendido. Por de pronto , en las mismas palabras que el Dr. Vigil alega para confundirnos , aduce un argumento en su contra con una monstruosa contradiccion. Así dice en el lugar citado : *Vieron á S. Pablo entregando á Satanás el incestuoso de Corinto para castigo de su carne , ó para que este acto de penitencia sirviese de freno á su liviandad , como decia San Agustin , y entendieron , que el interitum carnis era una pena corporal , que aun cuando hubiera sido una enfermedad dada en castigo por el Apóstol , de igual modo que cuando privó de la vista al mago Elimas , no seria con el poder que de los apóstoles heredaron sus sucesores* (12). Al leer estos renglones un

muchacho de escuela preguntará al Dr. Vigil : « Señor , ¿ qué dice V. ? ¿ Como afirma que *S. Pablo entregó á Satanás el incestuoso de Corinto para castigo de su carne* ? ¿ Como aprueba V. con *S. Agustin* , que aquel *fué un acto de penitencia* , que *sirviese de freno á su liviandad* ? ¿ No ve V. , que con esto afirma lo que va negando ? ¿ Acaso un castigo de la carne , una enfermedad en penitencia para frenar la liviandad carnal no es una pena corporal ? ¿ Como no advirtió V. esa palmariá contradiccion ? ¿ Porqué pues no borraba de esa foja aquellas palabras : *y entendieron* , que el *interitum carnis era una pena corporal* ? O si V. admite que los apóstoles impusieron á los delinquentes penas corporales ¿ porqué impugnar la verdad conocida ? » Pero así se tropieza , así se resbala cuando un pensamiento dominante , una pasión cubierta de densos y denigrantes vapores es el norte de las acciones humanas .

Grande hincapié hace el Dr. Vigil del argumento de que los obispos no heredaron de los apóstoles la virtud de hacer milagros para castigar con semejantes penas milagrosas á los delinquentes como hicieron ellos . Pero esto en vez de debilitar la fuerza de nuestros argumentos , la robustece . De grado acordaremos á nuestro adversario , que no todos los pontífices y obispos heredaron de los apóstoles el poder de hacer milagros ; pero de esto no se sigue que no heredasen el poder de castigar con penas coercitivas corporales : ni de que ellos castigasen á los infractores de sus mandatos algunas veces con penas corporales por via extraordinaria se sigue que no lo pudiesen hacer por via ordinaria . Antes bien quien puede lo mas , puede lo menos . Aquí no se trata del modo , sino de la sustancia . ¿ Les estaba vedado á los apóstoles y á sus sucesores el castigar á los fieles con penas corporales ? Luego ni con milagros podían hacerlo : porque Dios no hace milagros por órgano de sus siervos para infringir sus mandamientos , ni los dispensa para ir contra su espíritu , ó el de su Iglesia . Los milagros se hacen para confirmar la verdad ó defender la justicia ú otra virtud á gloria de Dios y provecho de los fieles . Luego si los apóstoles y los obispos san—

tos castigaron á los fieles refractarios con penas corporales milagrosamente , los milagros confirmaron la justicia de la accion, y publicaron á claras notas la verdad y legalidad del derecho que ejercian. Lo repetimos , aquí se trata si es lícita la accion de castigar con penas corporales; no del modo ordinario ó extraordinario con que estas se pueden aplicar. Además , ¿ no ejercieron los apóstoles el derecho de poner penas corporales por via ordinaria ? ¿ No es la escomunion , á mas de espiritual una pena corporal , una especie de destierro ? ¿ Y qué son estas palabras del Apóstol á los gálatas : *si otro os evangelizáre otra doctrina fuera de la que nosotros os hemos evangelizado , sea anatema* (13)? ¿Qué son estas otras del mismo á los corintios : *si hay alguno infecto de los vicios que os anuncio , con este , aunque sea hermano , no debeis tener sociedad , ni debeis admitirle á comer en vuestra mesa* (14)? ¿Qué son aquellas otras del evangelista S. Juan : *si alguno viene á vosotros , y no hace profesion de la doctrina de Jesucristo , no le recibais en casa , ni le saludeis* (15)? Y las prohibiciones que los apóstoles hicieron á los fieles de comer carnes inmoladas á los ídolos , la sangre y carnes sofocadas , ¿ no son privaciones penales y corporales (16)? No todo lo que hicieron los apóstoles está escrito ; mas la práctica constante de la Iglesia desde los tiempos limítrofes á los apostólicos son órganos fieles de la apostólica tradicion sobre esta materia.

Y ¿quién ignora que los pastores de la remotísima antigüedad recibieron de las mismas manos de los apóstoles el cayado pastoril para castigar con penas corporales en el foro eterno á los refractarios y escandalosos? Lo nieguen enhorabuena Van-Espén, Cavalario, protectores del jansenismo, cuyas obras están condenadas por la Santa Sede (a), y otros de su jaez que patrocina el Sr. Vigil ; que la historia entera de los primeros siglos de la Iglesia y precedente á la Isidoriana coleccion vendrá á desmentir y á cubrir de baldones tan temeraria presuncion. Las penitencias públicas que se remontan hasta la primera época del cristianismo , segun Tertuliano y S. Ireneo (17), son sin duda penas corporales que imponian los prelados. De la

pena de azotes hace mencion S. Cipriano (18) : *hé aquí sus palabras, hablando de S. Cesario obispo : su regla era que ninguno de los que estaban bajo su jurisdiccion, si por su culpa debia ser azotado, recibiese mas de treinta y nueve latigazos, menos que fuese hallado en alguna culpa grave, porque entonces permitia que dentro pocos dias fuese reazotado.* De esta pena hacen memoria S. Gregorio Magno (19), S. Agustin (b), Casiano (20), Paladio (21), el concilio de Narbona bajo Recaredo (22), el de Epaona (23), el de Macon (24) y otros.

Carlos Monge, conociéndose reo, así hablaba á los padres del concilio calcedonense : *Sois obispos, potestad teneis : ¿ me quereis desterrar ? ¿ me quereis condenar ? Lo que sea de vuestro agrado lo recibo* (25). Los padres del concilio romano en el año 503 bajo el pontificado del papa S. Sinmaco decretaron : *Los que se oponen á las cosas dichas, conforme fué ya establecido por los santos Padres* (antiquísima disciplina!), *y hoy se robustece por la autoridad sinodal y apostólica, de todos modos sean arrojados y mandados á perpetuo destierro, despues de haberles quitado sus haberes* (26). Del mismo castigo hablan el concilio tercero de Constantinopla, cuyas actas se leyeron en el de Efeso, y se relejeron en el de Calcedonia (27), el de Orleans (28), el duodécimo de Toledo (29), S. Gregorio Magno (30), y finalmente el derecho canónico (31).

De las multas ó penas pecuniarias hacen recuerdo el concilio cartaginense V celebrado cerca del año 400 (32), S. Gregorio Magno (33), S. Agustin (34) y otros.

De las *decánicas*, ó sea, cárceles eclesiásticas, se hallan testimonios irrefragables. Decretaron esta pena S. Atanasio contra el presbítero Ischyron (35), S. Siricio contra los monges y monjas que cometiesen un crimen contra la castidad (36), y el concilio de Toledo II contra los presbíteros que defendiesen las causas de sangre (37). Hacen mencion de ellas los emperadores Arcadio y Honorio (38), Justiniano (39), los capitulares de Carlo M. (40), Basilio Diácono (41), el papa Gregorio II (42), y los concilios de Macon (43), de Sevilla (44), y de Epaona (45).

Confirmó el concilio tridentino esta antiquísima práctica de la Iglesia con un decreto, que dice así : «Mándase también á todos los jueces eclesiásticos de cualquiera dignidad que sean , que tanto en el proceso de las causas judiciales , como en la conclusion de ellas , se abstengan de censuras eclesiásticas y entredicho , siempre que pudieren de propia autoridad poner en práctica la ejecucion real ó personal en cualquier estado del proceso ; pero séales lícito, si les pareciere conveniente, proceder y concluir las causas civiles , que de algun modo pertenezcan al foro eclesiástico, contra cualesquiera personas , aunque sean legas, imponiendo multas pecuniarias que se han de destinar á los lugares piadosos que allí haya, inmediatamente que se cobren , ó reteniendo prendas, ó aprehendiendo á las personas , lo que puedan hacer por sus propios ejecutores, ó por estraños ; así como valiéndose de la privacion de los beneficios , ó de otros remedios de derecho. Mas si no se pudiere poner en práctica en estos términos la ejecucion real ó personal contra los reos , y fueren estos contumaces contra el juez , podrá en este caso castigarlos á su arbitrio , además de otras penas, con la excomunion (46).»

El mismo protestante Grocio tuvo que convenir en que en la Iglesia antigua no era desconocido ni reprobado el uso de aquellas penas corporales , las cuales no niegan al delincuente el tiempo necesario para arrepentirse. *Illa pœnarum genera* , (así dice) *quæ circa sacra inexcusabiliter delinquentibus pœnitentiæ tempus reliquerunt , vetus Ecclesia non improbavit* (47). Lo propio confesaron otros heterodoxos y filósofos.

Verdad es, que no se ven en la actualidad aquellos castigos fuertes que estaban en uso en otras épocas de la Iglesia ; pero esto no dimana de que la potestad eclesiástica no tenga derecho de imponerlos ; sino de la suavidad y dulzura de costumbres que va difundiéndose por todas partes, y que no ha podido menos de afectar la legislacion penal de la Iglesia y los ánimos de los prelados de ella ; y que ha sido en gran parte fruto de su severidad antigua. Esto no embargante están vigentes aun en

nuestros dias algunas de las penas corporales de las épocas anteriores. En Italia, particularmente en el estado pontificio, los prelados eclesiásticos castigan á los perpetradores de graves crímenes religiosos y comunes con la imposicion de multas pecuniarias y con la reclusion: y en todo el orbe católico á los clérigos que perpetran algun grave delito se los encierra en algun convento ó seminario, se los manda á hacer ejercicios espirituales y penitenciales, se los saca de un lugar á otro, y si conviene de un obispado á otro; se les impone la exaccion de alguna multa pecuniaria, se les quita los instrumentos y libros prohibidos que pueden causar algun daño espiritual á la sociedad religiosa, y otras que la prudencia y necesidad demandan. En algunos parajes donde la potestad eclesiástica goza de su completa libertad é independenciam se ejecutan estas últimas penas tambien con los seculares escandalosos, aunque de ordinario se hace con anuencia de la potestad civil y por medio de sus ejecutores.

Para desvirtuar la fuerza de esa cadena de hechos históricos que acabamos de presentar; niega el Dr. Vigil, que Tertuliano, Ireneo, y el concilio de Agde, citados por Devoti, hayan reconocido penas temporales en la antigüedad cristiana. Conveniremos con dicho señor, que Devoti en el lugar que cita de Tertuliano, haya dado á su testo una interpretacion quizás demasiado favorable á la verdad que defiende; pero no podrá negar nuestro adversario que los lugares de esos antiguos escritores que hemos citado nosotros, hablen terminantemente de las penitencias públicas. Con respecto al concilio de Agde y lo que añade de Berardi, decimos que el Sr. Vigil procede de mala fe, atropella la historia é insulta á autores respetables. He aquí sus palabras: *En el concilio de Agde de 506, nada se encuentra de penas temporales, pues como observa el erudito Berardi, en las Galias no eran castigados por ese tiempo los clérigos delincuentes con reclusion perpetua en algun monasterio, sino con deposicion ó escómunion.* Aquí verán nuestros lectores los mezquinos efugios y la máscara fraudulenta de que ha de echar mano la malicia para cubrir el error, pero que al cabo la

iniquidad miente contra sí misma para dar un completo triunfo á la verdad , como ya cantó el real profeta : *Mentita est iniquitas sibi* (48). El acreditado P. Labbé en sus actas de los concilios y otros muchos autores, entre ellos el mismo Berardi, citan y admiten por legítimos dos cánones de dicho concilio de Agde, que prescriben penas temporales ó corporales. El canon 38 así está espresado : « A los clérigos que no tienen cartas comendaticias de su obispo se les niegue la licencia de vaguear. Guárdese tambien esta sentencia con respecto á los monges; y si para su enmienda no basta la reprension de palabras, se los obligue á ello con azotes. » El canon 41 así dice : « Cuando conste que algun clérigo fué ebrio, como padece el orden, establecemos, ó que se le prive de la comunión por el espacio de treinta dias, ó que se sujete al suplicio corporal (c). » Preguntamos ahora al Dr. Vigil : ¿ *En el concilio de Agde nada se encuentra de penas temporales?* Habia leido bien ese señor á Berardi, y sin embargo le hace decir lo que jamás dijo : pues lo que Berardi niega de la reclusion en un monasterio, cuya imposicion se atribuye falsamente, segun este autor, al canon quincuagésimo de dicho concilio, Vigil con un *pues* lo estiende á los cánones que hablan de otras penas corporales, y así hace negar á Berardi dos cánones que este autor admite por legítimos del enunciado concilio agdense.

Aunque Berardi niegue que por los años de 506 fuesen castigados los clérigos en las Galias con la reclusion en un monasterio, confiesa sin embargo que esta pena estuvo en uso en aquellos lugares despues del concilio de Epaona de 517, cuyo canon citado por ese autor es el que sigue : « Si algun clérigo, ó diácono cometiere un crimen capital, será depuesto del oficio, y será encerrado en un monasterio, donde, mientras viva, recibirá solo la comunión (49). » El mismo Berardi, despues de haber hecho mencion de que algunos obispos azotaban con sus propias manos á los delincuentes, añade : « Por lo demás era disciplina antigua de las Iglesias que á los obispos competiese cierta potestad sobre los clérigos cual la de un padre sobre sus hijos, y como

la de un preceptor sobre sus discípulos, por manera que cuando pecasen, los castigasen con saludable penitencia, y á veces aun con la pena de azotes : de cuya pena así escribia S. Agustín á Marcelino : *Quitaste la confesion de tantos crímenes con los golpes de las varas ; cuyo modo de coercion suélese practicar ya por los maestros de las artes liberales , ya por los propios padres, ya muchas veces tambien en los juicios por los obispos* (50). Casi del mismo modo acostumbraban los abades corregir á sus súbditos, como se lee en la regla de S. Benito, y en el mismo concilio de Agde cánon 38, ó sea cánon 3, cau. 20, qu. A.» Y prosigue diciendo que despues fué quitada semejante pena de azotes.

Abrumado y confundido el Sr. Vigil de su propia conviccion y del peso de autoridades y razones que militan á favor de la verdad que defendemos, busca un resquicio para escaparse y ocultar el rubor que le cubre el rostro en presencia de los eruditos, *et incidit in Scylam volens vitare Charybdim*. Dice pues : *Fué en 517 cuando el concilio de Epaona impuso aquella pena de reclusion, no quedando duda de que otros concilios y pontífices impusieron la de destierro y servidumbre* (falsedad!) *(d) y otras de que hemos hablado en las disertaciones precedentes*. ¡Palmaria contradiccion! En las páginas precedentes se ha esforzado en probar lo contrario, hasta decir que *ha procurado desmentir las imputaciones que se les han hecho á los pastores eclesiásticos de los primeros siglos sobre el particular* (51). Como quiera, admitimos la confesion de la verdad de la boca de nuestros enemigos. *Ahora como entonces*, prosigue, *acogeremos gustosos las esplicaciones que se hagan para dar un sentido impropio á tales penas, ó para suponer que ellas fueron establecidas con la anuencia de los gobiernos seculares ; y cuando los hechos se resistan á un benigno comentario, proseguiremos disculpando siempre la intencion de los pastores venerables que fueron estraviados por su buen deseo y por la opinion del tiempo. Somos nosotros quienes así vindicamos el honor de sus nombres...*, por haberse valido de unos medios impropios é indignos del objeto espiritual—

y la Iglesia de un modo de obrar que corresponde á los príncipes del siglo, y que repugna al santo espíritu de Jesucristo (52). ¡Ah! *Prohibe linguam tuam à malo, et labia tua ne loquantur dolum. Os tuum locutum est superbiam* (53). ¿Los pastores sapientísimos y virtuosísimos de la venerable antigüedad reunidos en cien concilios; los doctores santísimos de la Iglesia, Atanasio, Cipriano, Gregorio Magno, Crisóstomo, Agustino y otros de igual respeto; innumerables vicarios de Jesucristo, la Iglesia misma congregada en el concilio de Trento, asistida por el Espíritu Santo é infalible por la promesa de la Verdad increada en las materias de disciplina, costumbres y dogmas, *se estraviaron por la opinion del siglo, perdieron el honor de sus nombres, y usaron de medios impropios é indignos de su objeto, y repugnantes al santo espíritu de Jesucristo?* ¡Qué soberbia! ¡qué presuncion! ¡qué orgullosa y audaz impiedad! ¿Quién es ese pigmeo que con osada mano quiere derribar esas columnas gigantescas de la Iglesia? ¿quién es ese atrevido que con un soplo de error quiere apagar el foco de la sabiduría, de la erudicion y de los talentos? ¿quién es ese compilador de los escolios jansenísticos que quiere remontarse sobre la cúspide de la santidad para hollarla con pié denigrante? El decir que el ejercicio del derecho penal que el Hombre-Dios confiara á los pastores eclesiásticos fué un extravío de la razón y justicia; que fué un atentado repugnante al espíritu evangélico, impropio é indigno de su objeto, es afirmar que la Iglesia obra en esta parte injusta é indignamente, y en repugnancia á los divinos preceptos; y de consiguiente que las multas pecuniarias que los venerables pastores impusieron á los refractarios fué un robo, el destierro una tiranía, las flagelaciones una crueldad, y las demás penas un atropellamiento. ¿Y no merecen esas doctrinas ser entregadas á la execracion católica? No es esta la vez primera que el Dr. Vigil quiere, al parecer, sobreponerse al Espíritu Santo, é imponerle silencio. A cada paso han de verle nuestros lectores negar que el Espíritu del Padre haya hablado; que sean de fe las definiciones dogmáticas de los concilios y

de la santa Sede, oponerse á sus mandatos y decisiones, burlarse de sus anatemas, ridiculizar las sentencias de los sumos pontífices y de los santos padres, y hasta llegar á querer plantear teorías en materias del santo matrimonio y celibato que tocan á la raya de escandalosas, inmorales y antisociales.

Siempre que el Sr. Vigil nos recuerde el espíritu de mansedumbre y dulzura evangélicas para luchar contra el mismo Evangelio y dar pasaporte franco á la irreligion, le haremos el debido acatamiento, y sabremos darle su lugar; pero al propio tiempo le presentaremos á Jesucristo con el látigo en la mano arrojando del templo á los irreligiosos y escandalosos; echando á las tinieblas exteriores atado de pies y manos al amigo descortés, que se presenta en el convite sin el vestido nupcial; lanzando anatemas contra los escribas y fariseos hipócritas. Le presentaremos el Evangelio, y le diremos: lea V., señor: *Væ vobis, Scribæ et Pharisei hypocritæ, quia circuitis mare et aridam, ut faciatis unum proselytum: et cum fuerit factus, facitis eum filium gehennæ duplò quam vos... Stulti et cæci... et duces cæci... Væ vobis, Scribæ et Pharisei hypocritæ; quia similes estis sepulchris dealbatis, quæ à foris parent hominibus speciosa, intus verò plena sunt ossibus mortuorum, et omni spurcitiâ. Sic et vos à foris paretis hominibus justî, intus autem pleni estis hypocrisi et iniquitatē... Serpentes, genimina viperarum, quomodo fugietis à judicio gehennæ?—Respondens autem quidam ex Legisperitis, ait illi: Magister, hæc dicens etiam contumeliam nobis facis. At ille ait: Et vobis Legisperitis væ!—Vos ex Patre diabolo estis (54). Le presentaremos al apóstol S. Pablo en contra el mago Elimas diciéndole: *O plene omni dolo et omni fallaciâ, fili diaboli, inimice omnis justitiæ, non desinis subvertere vias Domini rectas (55)*: y dejándole ciego sin ver la luz del sol. Le presentaremos..., y entonces conocerá nuestro hermano extraviado que también en el espíritu evangélico la justicia y la mansedumbre se dan un ósculo de hermanas. Si no fuera así, los gobiernos políticos católicos tampoco podrían servirse de*

las penas temporales, porque también ellos profesan el espíritu del Evangelio.

Con respecto á lo que repite tantas veces el Sr. Vigil, «que las penas temporales ó corporales son penas políticas que corresponden exclusivamente á los gobiernos; porque ellos solos antes de Jesucristo empleaban los medios civiles como propios de la naturaleza de su potestad, y que de otra suerte con el Evangelio quedaria menguado su propio poder,» decimos que este modo de hablar es incorrecto y falso. Las penas corporales no son penas políticas, sino penas comunes. Pueden usarlas los padres de familia con sus hijos y criados, y entonces se apellidarán *penas domésticas*: pueden usarlas los preceptores en las escuelas, y entonces las llamaremos *penas escolares*: pueden usarlas los prelados eclesiásticos, y entonces se denominarán *penas eclesiásticas*: pueden servirse de ellas los gobiernos políticos, y entonces se dirán *penas políticas*. ¿No las ponian en práctica antes del Evangelio los padres de familia, los maestros y los ministros de la religion? Negarlo seria rasgar las páginas de la historia universal, las del viejo Testamento, y carecer de las nociones del gobierno casero. Luego es falso que solo los gobiernos civiles usasen de ellas antes de Jesucristo, y que á ellos solos les sean propias. Luego es falso que al usar de ellas la potestad eclesiástica mengüe el poder de la autoridad política. Esta las pondrá en práctica siempre que las juzgue oportunas ó necesarias para el logro de su fin, sin que la otra le ponga embarazos: y lo propio hará la eclesiástica cuando lo reclamen las circunstancias del deber, de la necesidad y de la prudencia, como lo hacia antes de tener en su favor á aquella. Nuestros adversarios jamás podrán alegar un solo testo evangélico que pruebe lo contrario, ó que atribuya esclusivamente á los gobiernos civiles, la coercion corporal.

Siguiendo el Dr. Vigil en desmentir la verdad católica, que vamos robusteciendo, y que él acaba de confesar mal de su grado; pero siempre en choque consigo mismo, siempre en contra-

dicción; para refutar al Sr. D. Pedro Felipe Analdo de Miranda, obispo de Teruel, admite en la Iglesia *una coacción moral* que antes habia negado con todo denuedo, diciendo que *nada hay de coacción en el régimen eclesiástico, todó es espontáneo, de grado y propia aquiescencia de los fieles*: pero niega que haya *coacción física*; esto es, niega las penas corporales: y para probarlo cita una autoridad de un autor católico, y dice así: «El docto Eusebio Amort, cuyo nombre no será oído con desagradado por nuestros adversarios, en su refutación del libro del P. La-Borde, que negaba á los pastores de la Iglesia la facultad de emplear la coacción (cómo hace nuestro bibliotecario sin ruborizarse al saber que tal autor fué condenado por esta doctrina como herético por el sabio Benedicto XIV, y con La-Borde también Vigil y su doctrina, como veremos), le dice: que *la cuestión es de nombre, pues no se entiende de la coacción física, sino de la moral, la que compete á la Iglesia; y que bajo de este respecto únicamente debe entenderse la condenación que hizo Juan XXII, que solo habló de la coacción por medio de censuras.*» Canta victoria el Sr. Vigil por este hallazgo. Mas nosotros no respondemos de la autenticidad ó sentido genuino de estas palabras por carecer de este autor: antes bien se nos hace muy duro el creer que esto escribiese Amort; quien sin duda habia de haber leído la bula de Juan XXII que cita. Como quiera, nuestros lectores van á presenciar otro espectáculo el mas degradante para Vigil, y que le rebaja hasta el grado de hereje sectario de los heresiarcas Marsilio de Padua y Juan Janduno. He aquí las formales palabras de la bula dogmática del referido pontífice:

«Aun esos blasfemadores dicen que toda la Iglesia junta no puede castigar á hombre alguno con punición coactiva, si no se lo concede el emperador, lo cual lucha paladinamente con la doctrina evangélica. Consta, pues, que Cristo concedió á Pedro, y en la persona de Pedro á toda la Iglesia, la potestad coactiva, ó al menos se la prometió (antes de su muerte); cuya promesa fué cumplida cuando le dijo: *todo lo que atares*

sobre la tierra etc. : quedando por consiguiente atados, no solo los voluntarios, sino tambien los que repugnan. Consta además de lo que se lee en S. Mateo, que si alguno causare daño á otro, y corregido por la Iglesia no quisiere enmendarlo, la Iglesia por la autoridad que tiene otorgada por Jesucristo puede obligarle á ello por sentencia de excomunion: Acerca de lo cual débese advertir que privando la excomunion mayor no solo de la recepcion de los sacramentos, sino tambien del consorcio de los fieles, colligese muy bien de aquí que tambien le fué permitida por Cristo la coaccion corporal: pues segun las leyes imperiales se reputa mas grave pena el ser privado de la conversacion estando entre los hombres, y de sus relaciones ó sufragio, que no ser separado de ellos. De lo que se sigue que la potestad coactiva fué originalmente concedida no por el emperador, sino por el mismo Cristo. Además el bienaventurado S. Pedro despues de la ascension del Señor pronunció sentencia de muerte sin la imperial concesion contra Ananías y Safira por haber defraudado el precio del campo prometido; cuya sentencia no procedió de la voluntad de los cónyuges. Tambien S. Pablo privó de la vista al mago Elimas por haber querido seducir á Sergio—Paulo; y al fornicario de Corinto entrególe á Satanás para castigo de su carne y salvacion de su espíritu... De cuyos hechos y testos aparece que S. Pablo tenia potestad coactiva recibida de Dios, y no del emperador, como esos blasfemadores pretenden.

«Conviene tambien notar que de ningun modo podia provenir originalmente del emperador la potestad coactiva ú otra cualquiera de los prelados de la Iglesia; pues consta que los emperadores hasta Constantino Magno casi todos fueron paganos ó idólatras; perseguidores y esterminadores de la santa Iglesia de Dios. ¿Cómo pues podian concederle la potestad coactiva ú otra cualquiera? Hombre juicioso no puede haber que esto crea.» Y concluye Juan XXII condenando el error en estos términos: *Ultimamente, la doctrina que dice que el Papa ó toda la Iglesia junta no puede castigar á hombre alguno, por malo que*

sea, con punición coactiva, si el emperador no les concede la autoridad, se condena como contraria á la sagrada Escritura, y como herética y errónea. Y sus defensores Marsilio y Juan los declaramos con esta sentencia por herejes, ó mejor, here-siarcas (56). Preguntamos ahora: ¿Habla aquí el pontífice únicamente de la coacción moral, esto es, de la coacción por medio de censuras? ¿No se esfuerza en probar con esos hechos y autoridades, que á más de la pena de censuras, Jesucristo concedió á la Iglesia otra coacción punitiva? ¿No la apellida él mismo *coacción corporal*? ¿No corrobora su doctrina con hechos corporales practicados por los apóstoles? ¿No era esta potestad la que negaban los enunciados herejes? ¿Qué otro derecho sino el de la pena temporal podía conceder el emperador á la Iglesia? Luego aquí el pontífice condena como herética y opuesta á la divina Escritura la doctrina que niega á los prelados eclesiásticos la coacción corporal ó física; que enseña venirle tal potestad á la Iglesia de las autoridades civiles; y que se requiera para tal coacción el beneplácito ó aquiescencia de los fieles: errores que defiende el Sr. Vigil con todo conato.

Esto mismo se confirma con las palabras de la constitución de Benedicto XIV en la condenación de los errores de La-Borde, cuyo tenor es el siguiente: «Hubierais visto, venerables hermanos, que la tendencia del autor de un parto tan execrable es de destruir y desterrar de la Iglesia la potestad que le confirió Cristo nuestro Salvador, no solo de dirigir por medio de consejos y persuasiones, sino también de mandar por vía de leyes, y de refrenar y obligar á los desviados y contumaces con un juicio exterior y con penas saludables; añadiendo que el ministerio eclesiástico está de tal manera sujeto á la potestad civil, que á esta pertenece conocer y juzgar de todo su esterno y sensible gobierno. Sistema malo y pernicioso, ya antes reprobado y condenado espresamente como herético por la santa Sede, y en particular por nuestro predecesor Juan XXII en la bula *Licet juxta doctrinam* (57).» Se robustece lo dicho

con otra condenacion del pontífice Pio VI contra los jansenistas en la bula *Auctorem fidei*, cuyas palabras hemos citado en el capítulo antecedente: á cuya vista así escribe el docto y contemporáneo autor francés, el Ilmo. Sr. Parisis, obispo de Langres (58): «En efecto, se nos asegura que todavía existen hoy, si no tal vez en Francia, en otros países católicos, algunos hombres muy religiosos y muy notables por su categoría, los cuales juzgan que para despertar la fe entre los pueblos deberían hacerse civilmente obligatorias las prácticas de la religion, sometiendo por ejemplo á penas afflictivas como multa ó prision á los que no oyesen misa los días de fiesta, ó no cumpliesen el precepto pascual. Es muy verdadero y cierto que la Iglesia tiene por derecho divino la potestad de imponer penas estérieures. La proposicion contraria fué condenada por la bula *Auctorem fidei*, y anteriormente lo habia sido por Benedicto XIV en su brevê *Ad assiduas*; pero en ninguna parte se enseña que la Iglesia tenga entonces absolutamente necesidad del brazo secular para hacerse obedecer, ni que siempre le sea provechoso recurrir á él. Sea condenado un clérigo por la curia de su diócesis á quince días de ejercicios en un convento: salvo-rarísimas escepciones obedecerá de seguro, y todos pensarán que su obediencia está en el orden; pero si el juez eclesiástico invocase el auxilio de la potestad civil para el cumplimiento de su senténcia, y se viese al culpable conducido á su destino por la fuerza pública, la opinion censuraria unánime esta medida (e).»

El Sr. Vigil se habia empeñado en defender á todo trance, que en la Iglesia no háy *medios de fuerza, nada de coaccion, nada de derecho coercitivo, todo voluntario, espontáneo y de grado de los fieles en el régimen eclesiástico*: lo repite en cien lugares; y para probarlo nos cita el pasaje de S. Pablo, donde encarga á Timoteo la predicacion del Evangelio, y le dice, *que inste á tiempo y fuera de tiempo; que reprenda, ruegue y amoneste con toda paciencia*, y añade Vigil: *con semejante coucción* (de ruegos, reprensiones y amonestaciones) *fué con-*

vertido el mismo apóstol, derribado en tierra, cegado y rendido interiormente al poder de la gracia: la Iglesia imita á su Señor, dice S. Agustin, *en violencias de esta clase* (59). Bien cuidó nuestro bibliotecario de no citarnos el lugar donde esto dice S. Agustin; porque sabia que entonces se le habian de sacar á plaza sus fraudulencias. Mas como hay sugetos que tienen la obra del santo doctor, que la registran, que la leen y meditan; se ha de ver nuestro antagonista en la dura necesidad de tragar bochornos. Para que se conozca cuan injustamente cita ese señor á S. Agustin en su defensa para probar que no hay *coaccion ni penas corporales* en los castigos de la Iglesia, y cuán indebidamente hace al grande Agustino patrono de un error anticatólico; vamos á traducir un buen trozo de la misma epístola de donde sacó el Sr. Vigil el ejemplo del Apóstol y las palabras del Santo. Aduciríamos la epístola por entero, pues toda es una prueba continua de nuestro aserto; pero como es demasiado larga, entresacaremos algunas piezas que hacen mas á nuestro propósito, sin temor de ser reprochados por nuestros adversarios que variamos el sentido de ella, ó que omitimos cosa que sirva á su favor...

«Ciertamente es mejor, ¿quién lo duda? (así el santo doctor) conducir á los hombres al culto de Dios con la doctrina ó persuasion que no compelerlos con el temor ó dolor de la pena. Mas no porque estos son mejores, se han de dejar aquellos que no son tales. Pues á muchos aprovecha, como consta de la esperiencia, el obligarlos primero con el temor ó dolor para que despues puedan ser adoctrinados, ó para que cumplan con las obras lo que aprendieron con la doctrina. Algunos hay que aquí nos oponen la sentencia de un autor secular (Terencio) que dijo: *creo ser mas oportuno contener á los hijos con el pudor y liberalidad, que no con el temor*. Esto es verdad, mas así como son mejores los que dirige el amor, así tambien son mas en número los que corrige el temor. Y para responder á estos con el citado autor, así se lee en el mismo: *Tú si no eres constreñido con el mal, no sabes obrar rectamente*. A la verdad,

la divina Escritura, así como hablando de los mejores, dijo: *en la caridad no hay temor, sino que la caridad echa fuera al temor*; así también de los que no son tales, y que son los mas, nos ha dejado este documento: *El siervo duro no se enmendará con las palabras, porque si entiende no querrá obedecer*. Cuando dice, *no se enmendará con las palabras*, no manda que se abandone, sino que tácitamente nos avisa del modo con que se debe enmendar. De otra suerte no dijera: *no se enmendará con las palabras*, sino absolutamente, *no se enmendará*. En otro lugar también dice, que no solo el siervo, sino también el hijo indisciplinado ha de ser refrenado con castigos, y esto con grande provecho; pues dice: *herirás al hijo con la vara, y librarás su alma de la muerte*. Y en otra parte: *Quien no echa mano de la vara, aborrece á su hijo...*

» ¿Quién nos puede amar mas que Cristo, que sacrificó su vida por sus ovejas? Y con todo, habiendo llamado á Pedro y á otros apóstoles con solas palabras; á Pablo, antes gran perseguidor de la Iglesia, y después grande edificador, no solo le contuvo con la voz, sino que también le postró con el poder, y para obligarle á desear la luz del corazón, cuando se encrucelaba cegado con las tinieblas de la infidelidad, primero le hirió con la ceguedad corporal. Si esta no fuese una pena, no hubiera tenido necesidad después de ser sanado de ella. Y cuando teniendo abiertos los ojos, nada veía, si los hubiese tenido sanos, la Escritura no nos contara que á la imposición de las manos de Ananías para darle vista, le cayeron ciertas escamas que se la tenían cerrada. ¿Donde están esos que declaman que es libre al hombre creer ó no creer? que preguntan: ¿á quién Cristo hizo fuerza? ¿á quién constriñó? Aquí tienen á Pablo apóstol; conozcan en él á Cristo, que primero constriñe y después enseña: primero hiere y después consuela. Es cosa de admirar que aquel que entró en el Evangelio forzado con una pena corporal, haya sido el que ha trabajado en el mismo Evangelio mas que aquellos que fueron llamados con la sola predicación: y al que el mayor temor le compelió á la ca-

ridad, su caridad haya arrojado fuera al temor. ¿Porqué pues no ha de obligar la Iglesia á sus hijos perdidos para que se reduzcan, si los hijos perdidos obligan á otros á perecer?... ¿Por ventura no pertenece á la solicitud pastoral reducir al aprisco del Señor con los terrores y tambien con el dolor de los azotes á aquellas ovejas, que no arrebatadas con violencia, sino seducidas con blandura se apartaron del rebaño y se hallan en posesion ajena, si halladas se resisten?... Ya que, pues, no puede probarse ser cosa mala é inconveniente compeler al bien, nosotros presentamos á Pablo convertido por Cristo con coaccion. Imita la Iglesia á su Señor en compeler á los tales. *Imitatur itaque Ecclesia in istis cogendis Dominum suum.*» Y sigue comprobándolo con autoridades de la Escritura, y haciendo mencion de las penas de multas pecuniarias y de destierro, que en su tiempo se impusieron á los herejes donatistas (60). Aquí ven nuestros lectores cuan poco caso se debe hacer de las citas y aplicaciones de las autoridades de los santos Padres que hace el Sr. Vigil en confirmacion del error.

Con respecto á las dos autoridades de S. Crisóstomo, que el Sr. Vigil alega á su favor, decimos que en ninguna de ellas el Santo niega á la Iglesia la potestad de imponer penas esteriorees á los delincuentes, antes bien la supone. Pues en el propio lugar despues de haber probado la dificultad que se encuentra en reducir á buen camino á los contumaces con el castigo, que es lo único que prueba el contesto de las palabras del santo doctor que aduce nuestro adversario, añade en seguida el gran Crisóstomo : «¿Qué es pues lo que se ha de hacer? Porque, si con el que necesita de una grande cortadura y de que se le aplique un fuerte cáustico, usas de lenidad, podrá ser que le cures parte de la llaga, mas no le sanas completamente : y si le haces la incision completa y necesaria, tal vez exasperado con la impaciencia del dolor, despreciándolo todo y roto el vínculo, y desechado el yugo, se arroje al precipicio. Por lo que, es preciso que el pastor tenga mucha prudencia y seiscientos ojos para conocer el estado de tal alma.

Porque del mismo modo que muchos se levantan en arrogancia y caen en la desesperacion de su salud por no poder tolerar los remedios mas amargos ; así tambien hay otros que por no querer llevar las penas que corresponden á sus pecados , lo echan todo al desprecio , salen peores , y cobran mayor licencia de pecar. Nada pues de estas cosas se ha de dejar sin examen ; sino que bien explorado todo , conviene que el obispo aplique debidamente las cosas que á él pertenecen á fin de no hacer vana su solicitud (f).» La otra autoridad truncada y fraudulentamente traducida del mismo santo doctor nada mas prueba sino que el sacerdote primero debe valerse de la exhortacion antes de pasar al castigo , y que cuando llega á este apuro no debe tomar por modelo la ordenanza militar (61). Y para que no se dude del parecer del venerable doctor sobre esta materia ; aquí va otro trozo de otra homilía suya. Sobre aquellas palabras de S. Pablo : *¿ Quid vultis ? in virga veniam ad vos , an in charitate et spiritu mansuetudinis ?* así se espresa : « Mucho terror y mucha lenidad manifiestan estas palabras : cuando decia antes , conoceré , era palabra de uno que sabe contenerse : mas cuando dice : *¿ qué quereis ? ¿ vendré á vosotros con la vara ?* es espresion de aquel que subió al solio de la doctrina , y de allí habla , y de quien recibió todo la autoridad. ¿ Qué quiere decir *in virga* ? esto es , con el castigo , con el suplicio ; esto es , le quitaré la vida , le privaré de la vida corporal , como hizo S. Pedro con Safira , y el mismo Pablo con Elimas mago . No dijo pues esto como comparándose con ellos , sino con autoridad . Y en la segunda epístola repite esto mismo , diciendo : *¿ Por ventura quereis que yo haga esperiencia del poder de Crisoto , que está en mí ? ¿ Iré con la vara ó con caridad ? ¿ Qué es ir con la vara ? ¿ no es tambien de la caridad ?* Ciertamente este era un acto de caridad : mas , como quien ama apenas sabe determinarse á dar la pena ó castigo , por esto habla así (g). » Lo mismo prueba en la homilía siguiente. Queda pues patentizado cual fuese la mente del grande Crisóstomo acerca del derecho penal de la Iglesia .

El Sr. Lachies, que defiende tambien la doctrina de Marsilio de Padua y de los jansenistas que impugnamos, aduce en prueba del error la sentencia de Jesucristo, cuando reprendiendo á dos de sus discípulos, que le pedian bajase fuego del cielo sobre los samaritanos, porque no quisieron recibirle en su ciudad, decia: *No sabeis cual sea el espíritu que os domina. El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas* (62). Mas un talento mediocrementemente instruido en el lenguaje escritural echará de ver desde luego cual debe ser la inteligencia de la divina sentencia. ¿Quién ignora que lo que reprendia Jesucristo era el espíritu de impaciencia y venganza que afectaba entonces el ánimo de los dos discípulos desairados? ¿Quién no conoce que el poder que pedian se ejerciese, el castigo que exigian era para la destruccion y no para la edificacion, para perder y no para salvar las almas? Muy bien, dice S. Jerónimo, les fué á la mano Jesucristo con el recuerdo del espíritu de su doctrina evangélica, que es de perdonar á los enemigos y de salvar las almas, como buenos médicos, y no perderlas, como eternamente se hubieran perdido entonces los samaritanos (63). Pero esto no niega el derecho penal que el mismo Salvador otorgó á la Iglesia para la edificacion y salvacion de las mismas. El propio Jesucristo habia dicho que habia venido al mundo para hacer el oficio de médico: y todos saben que un buen médico no siempre usa de indulgencia con el enfermo, no siempre le da medicinas dulces, sino que ora echa mano de píldoras amargas, ora del fierro, ora del fuego, segun el estado de la enfermedad lo exige.

De todo lo probado en los precedentes capitulos aparece cuan erróneamente ha dicho el Dr. Vigil con autores protestantes y jansenistas, que, *Episcopi jurisdictionem non habent, quia nec forum legibus habent, nec apparitionem, nec executionem* (64). Quien así habla borra de una plumada las líneas evangélicas, rasga las páginas de la historia eclesiástica, rebaja al divino Fundador al nivel de los caudillos de hordas errantes sin orden

ni leyes, zapa los cimientos del edificio eclesiástico, crea los elementos de la inmoralidad, é introduce en el pueblo cristiano la anarquía y confusión (h).

CAPÍTULO IV.

INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA DE LA POTESTAD CIVIL.

¡Cosa estraña! cuando las naciones y los individuos se agitan por la independencia con un entusiasmo que llega á manía, es en esta época en que se labran cadenas para oprimir la Iglesia, se levantan barreras para coartar sus progresos, y se escogitan medios indignos, teorías halagüeñas, pero fatales, para hacer que la Esposa virginal del Esposo celestial, que es *señora de las gentes y princesa de las provincias*; cuyos magistrados, segun la enérgica espresion de S. Pablo, *són sus ministros* que deben cortejarla y servirla (1), sea hoy dia su esclava y tributaria. Que en otros tiempos en que gran parte de las naciones gemian bajo el yugo tiránico de los bárbaros, cuando la aurora del radiante astro de la civilizacion apenas habia aparecido en el horizonte social, los donatistas, los novacianos, los albigenses y waldenses con otras hordas de esa raza y *gente no santa* planteáran parecidos sistemas, no era cosa de estrañar: porque sabido es que mirados los objetos en la vislumbre, no se distinguen sus facciones, y se padecen equivocaciones de cuantía. Pero que esto suceda en el siglo XIX, en que el lucero ilustrador parece haber llegado ya á su apogeo, es cosa que colma de admiracion. Todo esto prueba que la misma viveza de luces da ocasion á deslumbramientos, y nos patentiza á la vez que han existido y existen gérmenes de las doctrinas luteranas y jansenistas que ofrecen hoy dia frutos amargos al catolicismo.

Increible es lo que se ha trabajado en estos últimos años y lo que se trabaja al presente para hostilizar y esclavizar la

Iglesia y someterla al poder civil. Sentado nuestro ilustrado Pio IX en el trono pontificio derramaba no hacía mucho, lágrimas de dolor al ver *esos atentados contra la potestad de la Silla apostólica, los ataques contra la Iglesia, y la torpe servidumbre á que se ve reducida su autoridad, la conculcacion de los derechos episcopales, la violacion de la santidad del matrimonio...* y rogaba al Señor *que visitase esta viña que plantó su diestra, y apartase de ella esa mano de hierro que la oprime* (2). No solo en Inglaterra y do quiera domina el sistema protestante, sino tambien en muchas de las naciones católicas se ha procurado refundir en la potestad política los poderes divinos, y hacer mundanal lo sagrado. Algunos de los gobiernos civiles han pretendido entrar en el santuario, sentarse en la silla pontificia, arrebatarse las llaves del reino de los cielos y de la Iglesia, de las manos de Pedro, y proclamar pertenecer á ellos el mando supremo de la disciplina exterior de aquella: es decir, que se han arrogado el gobierno de la Iglesia entera, porque en tanto la Iglesia es tal en cuanto es una sociedad exterior y visible de cristianos que viven bajo las órdenes del Jefe supremo y subalternos que instituyera su Fundador, y bajo las creencias que este les legara, y con arreglo á la disciplina que aquellos establecieran, y esta todá exterior y visible, porque una sociedad eterna y visible no puede regirse ni gobernarse sino por una disciplina exterior y visible. No han faltado regalistas, escritores adocenados, que, ó arrebatados del vapor de la ambicion y vana lisonja, ó impulsados de miras tortuosas destructoras de todo orden y religion, han escusado este indigno proceder de algunos de los modernos políticos, y han defendido que á la potestad civil pertenece velar y dar órdenes y reglamentos sobre tal disciplina exterior; que á ella pertenece examinar, reformar ó desechar las bulas dogmáticas y disciplinarias que espidieren los pastores de las almas; imponer y anular los impedimentos dirimientes del santo sacramento del matrimonio; ordenar ó impedir las oraciones públicas de la Iglesia, la predicacion evangélica y el

culto público de las procesiones ; que á ella toca el prescribir el número de ministros del santuario , el impedir ó mandar el ejercicio de la sagrada ordenacion á los obispos y del órden sacro de los presbíteros , el celibato de los eclesiásticos ; que á ella incumbe el disponer de los bienes de la Iglesia y de sus ministros , de los beneficios eclesiásticos ; la demarcacion de parroquias y obispados ; reglamentar las elecciones de los prelados eclesiásticos y regulares , conceder la secularización á los religiosos... en una palabra, han pretendido enmendar la plana de Jesucristo , minar los cimientos de la mas colosal y maravillosa de las obras del Sér supremo ; ó como decia san Cipriano , han procurado hacer mundanal y espuria á la Hija del cielo. *Mundanam conantur facere Ecclesiam.*

Al hablar nosotros de la independencia de la Iglesia , y al defender sus derechos , no quisiéramos que algunos talentos vulgares pensaran que nos empeñamos en sostener la parte favorable de una opinion que está controvertida. No , la independencia de la Iglesia del poder civil en materias espirituales y eclesiásticas no es un problema en discusion , no ; lo repetiremos en tono alto , mil veces , no. Es un dogma consignado en las divinas páginas , predicado por la boca de la Verdad eterna , confirmado con los hechos apostólicos ; robustecido con millones de milagros , rubricado con la sangre de muchos mártires ; defendido en los Concilios , definido por la santa Sede , condenando el error opuesto en cien herejes ; un dogma , sostenido por innumerables doctores santísimos , y acatado por todo fiel católico. Que nos digan nuestros adversarios ; ¿ á quién dijo Jesucristo , *á tí te daré las llaves del reino de los cielos : todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo , y todo lo que desatares , desatado* (3)? ¿ A Tiberio ó á otro emperador romano? ¿ á Herodes? ¿ á los magistrados del pueblo hebreo? Ni una palabra. ¿ A quién encargó el oficio pastoral del rebaño cristiano con estos acentos : *apacienta á mis corderos , apacienta á mis ovejas* (4)? ¿ A Nerón? ¿ á Trajano? ¿ á Decio ; ó á otro imperante de los tres primeros siglos de la Iglesia ? Eran perseguidores encarnizados del

nombre cristiano. ¿A quién el apóstol exhortaba á la solicitud de la grey del Señor con estas letras : *atended á la grey en la cual el Espíritu Santo os puso por obispos para gobernar la Iglesia de Dios* (5) ? ¿A Constantino ? ¿A Teodosio ? ¿A Carlo Magno ? No existían en el mundo cuando fueron escritas tales palabras. Antes bien, dice S. Agustín : «Tiempos eran aquellos (desgraciados tiempos !), en que se cumplían aquellas proféticas palabras : *se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se combinaron de consuno contra el Señor y contra su Ungido* (6). » ¿Cómo pues se les había de confiar una obra que deseaban reducir á trizas ? Ni protección había que esperar de ellos. Muy bien había avisado esto el divino Fundador de la Iglesia á sus discípulos : «Mirad, les decía, que yo os envío como ovejas entre los lobos, sed prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Guardaos de ciertos hombres, porque os harán comparecer en sus audiencias, y os azotarán en sus sinagogas ; y sereis llevados ante los presidentes y los reyes por mi causa en testimonio á ellos y á los gentiles. Mas cuando os condujeren á su presencia, no tenéis que pensar de qué modo, ó lo que habeis de hablar : se os dará en aquella hora lo que debéis contestar : porque no sereis vosotros los que hablareis, sino el espíritu de vuestro Padre es el que hablará por vosotros... No temais á aquellos que pueden quitaros la vida del cuerpo ; pero no tienen acción alguna en vuestras almas. Temed mas bien al que puede condenar el alma y cuerpo á la tortura eterna (7). »

Habiendo Jesucristo deslindado el terreno de las dos potestades con aquellas magníficas y terminantes palabras : *dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*, mover pleito una á otra, lo repetimos, seria reformar la plana del Sér supremo, redargüir de ignorante á la Sabiduría eterna, disputar los derechos á la divinidad : seria meter la hoz en mies ajena. Se agitaba en tiempo de Jesucristo, como dice S. Jerónimo y otros (8), una polémica decidida entre los fariseos y herodianos que favorecían al César. Los fariseos pretendían que pagando ellos como secuaces de la ley de Moisés diezmos y primi-

cias á los ministros del santuario, y sujetándose á las ceremonias legales del pueblo de Dios, no debian pagar tributo al César, ni sujetarse á sus leyes políticas. Los herodianos defendian lo contrario. Los fariseos, pues, queriendo sorprender á Jesucristo, «le envian, dice el Evangelio, sus discípulos con los herodianos, y le dicen : Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no eres partidario de nadie, pues no te llevas de los respetos humanos : dínos pues : ¿es lícito pagar el tributo al César? Contesta : Mostradme esa moneda : ¿cuya es esa imagen é inscripcion? Dícenle : Del César. Dad pues al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (9).» ¡Bella doctrina para nuestro intento! Esa moneda de asuntos espirituales y eclesiásticos, de disciplina exterior de la Iglesia ¿lleva la figura ó inscripcion del César? ¿es materia política? No : tiene mas bien el sello de la Iglesia de Dios ; y si las palabras significan lo que suenan, jamás esta inscripcion *espiritual, eclesiástico*, ha sido lo mismo que *político y civil*. Dad pues á Dios y á sus representantes lo que es de Dios, dad á la Iglesia lo que es de la Iglesia, y al César lo que es del César ; de otra suerte cometeis injusticia.

No admite el Dr. Vigil este sentido tan literal y genuino de las palabras de Jesucristo, y dice : *de esta sentencia no puede inferirse que el Salvador pusiese la potestad eclesiástica en el lugar de Dios, y dejase á la política en el suyo propio. De lo contrario resultaria que no era de Dios lo que es del César, lo que sin blasfemia no puede proferirse* (10). Por de pronto observaremos, que ó nuestro adversario ha de admitir que el Salvador en dicha sentencia puso en lugar de Dios á sus representantes, esto es, la potestad eclesiástica ; ó que él hace proferir á Jesucristo tal blasfemia ó un absurdo. Porque, ó Jesucristo no sabia que lo que es del César es tambien de Dios, y suponerlo seria una herejía ; ó si lo sabia hablaba absurdamente, y los discípulos de los fariseos y los herodianos le hubieran podido contestar : «Maestro, ¿qué es lo que dices? ¿que demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios?

¿ignoras acaso que lo que es del César, las monedas, la potestad, el reino, la vida, todo esto y cuanto tiene todo es de Dios? Si tú dices que estas cosas del César no son también de Dios, eres blasfemo: y si lo confiesas, hablas incorrectamente, porque habías de decir, dad á Dios lo que es de Dios, y estas monedas que también son de Dios, dadlas al César.» Luego, decimos nosotros, de nada sirve y nada prueba el sofisma del Sr. Vigil. La respuesta de Jesucristo es clara; ella se refiere á lo que estaba controvertido. Lo que se controvertía, como notan el referido S. Jerónimo, Josefo historiador hebreo y otros, era si los fariseos y los del pueblo de Dios, que pagaban diezmos, primicias, y demás ofrendas á los ministros del santuario y á Dios para el sacrificio, y que observaban la disciplina de la ley mosaica; debían pagar ó no el tributo al César, y sujetarse á esta y demás leyes políticas del emperador romano. A esto contestaba Jesucristo, y decía: dad al César lo que le pertenece y está mandado por sus leyes, esto es, el tributo; que justamente pertenece al gobierno político: mas los diezmos, las primicias, las ofrendas para el sacrificio y cuanto pertenece á la religion dadlo á Dios representado en sus ministros, y observad la disciplina que ellos os enseñan.

Pero no es en esto donde nosotros recargamos la fuerza de nuestro argumento, sino en la razon práctica de que se sirvió Jesucristo para hacer deslinde en cuestion. Para discernir lo que pertenecía al César de lo que era propio de la Iglesia quiso ver el divino Maestro de qué librea estaba vestida aquella materia, y viendo en ella la imagen del César, reconociendo que era asunto político, que pertenecía al emperador, dad al César, dijo, lo que á él pertenece: por lo contrario observando en los diezmos, primicias, ofrendas y disciplina de la religion la divisa eclesiástica, añadió: y á Dios, ó á los que tienen sus veces sobre la tierra, lo que es de Dios.

Sin embargo, no queremos nosotros ser los jueces supremos que fallen sobre esta causa, aunque de suyo tan clara. Los santos padres y doctores de la Iglesia, á quienes el Espíritu Santo

ha comunicado el don de sabiduría para que nos sirvan de guía, y sean la sal de la tierra y la luz del mundo, según la espresion evangélica, y los intérpretes de las divinas Escrituras, según el Tridentino, nos aclararán el sentido de esta autoridad. «Al príncipe, dice Orígenes, que se apellida César, se le debe pagar el tributo, esto es, las cosas necesarias al cuerpo, que llevan la imagen del mismo príncipe, tales son los alimentos, el vestido, el descanso y el sueño. Mas como el alma es criada á imagen de Dios, se deben dar á Dios, que es el rey del alma, las cosas que pertenecen á la naturaleza y sustancia del alma, tales son los caminos que conducen á la virtud y las prácticas que tienen relacion á ella. Luego los doctores de la ley de Dios no juzgan de las cosas que pertenecen á los cuerpos (11).» Donde se vé que este padre atribuye al César únicamente la inspeccion de las cosas del cuerpo ó corpóreas, esto es, las políticas ó civiles, pero no las que tienen relacion al alma y á Dios, que son las eclesiásticas; y á los prelados de la Iglesia las espirituales y sagradas, que conducen á la virtud. S. Basilio se espresaba así: «Nuestro Señor Jesucristo á aquellos que le preguntaban si era lícito pagar el tributo al César ó no, contestó: *Mostradme esa moneda. ¿Cuya es esta imagen é inscripcion?* Y diciéndole: *Del César*, respondió con estas palabras: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*. Constando pues de esto que el Señor declaró que aquellos están sujetos á los mandatos del César, en quienes se hallan cosas que son del César; si aquel que viene al convento de los hermanos (religiosos) trae alguna cosa de aquellas que pertenecen al César, debe pagar los tributos. Mas si cuando dejó el mundo para entrar en religion, lo dejó todo á sus parientes, no hay lugar de dudár que ni él ni los que le recibieron los han de pagar. (12).» Hé aquí una espresa confesion de la independencía de la Iglesia en las cosas y personas eclesiásticas. S. Ambrosio se esplica en estos términos: «El Señor así respondió á los fariseos que le tentaban: *Dad al César las cosas que son del César; y las de Dios á Dios*; manifestando con esto que eran imperfectos aquellos que parecian perfectos, querien-

do pagar primero al César que á Dios. Enseñándonos al mismo tiempo que á los que tienen el cuidado de las cosas del mundo, por los que del mundo son se les ha de pagar lo que es del mundo, por esto dijo : *Pagad*, esto es, devolved las cosas que son del César vosotros, en quienes se halla la figura ó imagen del César. Mas aquellos jóvenes hebreos Ananías, Azarías, Misael y Daniel el sabio, que no adoraron la imagen del rey, que no la recibieron, que nada percibían de la mesa del rey, no estaban obligados á la solucion del tributo : pues nada poseían de aquellas cosas que están bajo del cargo del rey terreno. Luego los imitadores de aquellos no pagan tributo, porque su porcion es Dios. Por esto dijo el Señor : *Reddite*, esto es, pagad vosotros que habeis mostrado la imagen del César, en quienes se halla : mas yo nada debo al César, porque nada tengo de este mundo : *Vino á mí el príncipe de este mundo, y nada halló en mí*. Nada debe Pedro, nada mis apóstoles ; porque no son de este mundo, aunque están en este mundo. Yo los he enviado á este mundo ; mas ya no son de este mundo, porque están conmigo sobre el mundo (13).» Despues añade que Jesucristo quiso pagar el tributo por sí y por Pedro para la edificacion y para no dar escándalo. Aquí teneis la separacion de ambas potestades y su independencian respectiva. San Juan Crisóstomo así interpretaba el aducido testo : « Cuando tú oyes que se ha de dar al César lo que es del César, no dudes que se habla únicamente de aquellas cosas que en nada se oponen á la piedad y á la religion, porque si se oponen, darlas al César no sería pagar tributo al César, sino al diablo (14). » S. Hilario lo comentaba de este modo : « Si en nuestro poder no tenemos nada de lo que es del César, estamos libres de la condicion de devolverle lo que es suyo. Mas si nos ocupamos en sus negocios, si usamos del derecho de su potestad, está fuera de duda que se ha de dar al César lo que es del César (15). » Así hablaba este santo obispo para espresar la independencian de la potestad episcopal de la civil en los asuntos eclesiásticos. A este tenor en la sustancia esponen los demás santos padres la referida sen-

tencia de Jesucristo. Queda pues patentizado que con ella Jesucristo deslindó el terreno y demarcó la provincia de cada una de las dos potestades.

Este dogma de la independencia de la Iglesia, predicado paladinamente por el divino Maestro, y consignado con caracteres indelebles en las sagradas páginas, fué la pauta de gobierno de los apóstoles y discípulos del Señor durante su predicacion y el ejercicio de su ministerio. Ellos no tan solo obraron con independencia de la potestad civil en reglamentar y ejecutar la disciplina de la Iglesia, sino tambien en oposicion, cuando fué necesario, á los decretos de aquella. Sabido es que la sinagoga, los prefectos y emperadores romanos habian lanzado anatemas contra el nombre cristiano; que el mismo Saulo recorria las ciudades para prender á los profesores de las doctrinas evangélicas que encontrára; que las cohortes romanas con arreglo á los fulminantes decretos imperiales llenaban las cárceles; levantaban cadalsos, tenían sus lanzas y cimitarras con la sangre de los adoradores del Crucificado que corria á torrentes. Y esto no embargante, los apóstoles, los prelados, los fieles de la Iglesia proscripta se reunian ocultamente en asamblea, dictaban sus cánones de disciplina, hacian sus elecciones eclesiásticas; disponian de los bienes de la Iglesia, salian á predicar públicamente en las plazas y en las sinagogas de sus enemigos, ordenaban oraciones públicas á los fieles, disponian sobre los matrimonios de los católicos con católicos y de estos con los infieles, reglamentaban los juicios eclesiásticos y de los cristianos, castigaban á los delincuentes, practicaban otros cien actos de lo que en nuestro siglo se denomina *disciplina exterior*. Esto es sabido, es notorio, es de fe: todo se halla registrado en el libro sagrado de las Actas de los apóstoles y de las epístolas de S. Pablo. Pues bien: obrando los apóstoles, los prelados de la Iglesia en la legislacion y los fieles en la ejecucion de los decretos de disciplina exterior y de cuanto pertenecia á la sociedad cristiana, no solo sin ingerencia de la potestad civil, sino en oposicion á sus órdenes y con humilde y mansa resistencia

á su fuerza armada, ¿ juzgaban por ventura manchar su conciencia? ¿ pensaban ser usurpadores de derechos ajenos? ¿ opinaban ser violadores del precepto de obediencia á las sublimes potestades? No, mil veces no. Porque sabian qué en el Evangelio hay un dogma de la independencia de la Iglesia en materias dogmáticas, morales y disciplinares; porque sabian que Jesucristo habia puesto barreras á la potestad política; porque sabian que primero se ha de obedecer á Dios que á los hombres; porque habian oido de la boca de la Verdad y Sabiduría eterna: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios... Id; predicad el Evangelio á toda criatura... El que os oye, á mí me oye; el que os desprecia, á mí me desprecia... Seréis presentados ante los reyes y presidentes, os azotarán en sus audiencias, condenarán á muerte á muchos de vosotros. Mas no temais á aquellos que quitan la vida al cuerpo, y nada pueden con el alma. Temed á aquel que puede perder alma y cuerpo en la gehenna.*

Y esta lucha de oposicion de la potestad civil á la Iglesia y á sus reglamentos disciplinares no fué como quiera: tan mal camino llevaban las ideas tiránicas de opresion contra la sociedad naciente, que por el tránsito de mas de tres siglos se sucedieron las persecuciones unas á otras á cual mas sangrientas. Sin embargo, la Iglesia en aquella época tuvo como cincuenta concilios, en todos ellos se dictaron nuevas reglas de disciplina exterior; los fieles las observaban, los príncipes de la tierra se oponian á tal práctica, los cristianos eran llevados á los leones, á las hogueras, á los patibulos, y la Iglesia seguia constante en la marcha emprendida en el ejercicio de tal derecho al través de tanta oposicion y de tantos rios de sangre, hasta salir victoriosa y triunfante con la posesion de él. Luego fuerza es convenir en que se reconocia revestida por institucion divina de ese derecho, y que le era propio, esclusivo, independiente, indivisible é inenajenable.

Los que lean con ojo imparcial y despreocupado la historia sagrada y eclesiástica que nosotros procuramos presentar en

bosquejo en esa ligerísima reseña, se verán precisados á confesar que la Iglesia desde su día natal hasta muy entrado el cuarto siglo tuvo por institucion divina el derecho de independencia del gobierno político; y si se le quiere negar en nuestra época, ó suponerlo perdido, han de presentar documentos incontestables que esto prueben. Nosotros desafiarnos á nuestros antagonistas á que presenten un dato positivo y legalizado, que haga constar á la Iglesia la amision real y legal de su independencia; y abrigamos la lisonjera y firme esperanza que jamás llegarán á hacerlo. Con efecto: esta omision de la independencia de la Iglesia ó hubiera habido de verificarse por una nueva institucion ó concesion divina; ó la primaria institucion del gobierno de la Iglesia, hecha por Jesucristo en poder del sacerdocio, hubiera de haber sido temporal y condicionada de pasar al cabo de tal tiempo del sacerdocio á los principes seculares; ó bien hubiera debido tal omision por medio de cesion ó renuncia voluntaria por parte de la Iglesia á favor de los gobiernos políticos; ó finalmente por una usurpacion legitimada por la posesion y titulos correspondientes. Vamos á evidenciar que por ninguno de estos modos la Iglesia ha perdido ni podido perder su independencia. No por el primero, porque el dogma católico no admite nuevas revelaciones divinas que propalen nuevas doctrinas. El soberano Legislador y el Espíritu del Padre todo lo depositaron en el arca sagrada de la Iglesia; lo que se opone á la divina Escritura interpretada por su Juez competente, y á la divina tradicion, es una impostura, una herejía: los dogmas de la Iglesia son invariables, inalterables, eternos: la Iglesia ha de durar hasta la consumacion de los siglos en su constitucion fundamental y policia, cual la dejó Jesucristo al subir á los cielos. No por el segundo, porque ni palabra se encuentra en las sagradas páginas, ni rastro en la divina tradicion de esa institucion temporal y condicionada, de esa trasmision de poderes de los prelados de la Iglesia á los principes del siglo: todo lo contrario enseñó la Verdad eterna

é inmutable. Tampoco por cesion, donacion ó renuncia de la Iglesia. La Iglesia no puede variar, deshacer ó alterar en la sustancia lo que hizo el Hombre-Dios: entonces dejaria de ser obra divina, dejaria de ser Iglesia de Jesucristo: podriase despojarla de todos sus derechos y hacerla mundanal, cosa que con tanta energía reprendia S. Cipriano: entonces serian variables los dogmas católicos, y falible la Sabiduria y Verdad eterna. No, en fin, por usurpacion legitimada. Jamás la potestad y jurisdiccion de la Iglesia católica han estado en posesion de los gobiernos seculares: jamás estos hubieran podido presentar un título, ni aun colorado, que legitimára tal posesion. Si alguna vez algun tirano ambicioso ha pretendido ó ejecutado tal usurpacion parcial, el Evangelio nunca ha callado: siempre ha resonado en los oidos y en el corazon del usurpador aquella sentencia del Juez supremo: *Da á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. No te es lícito entrar en el santuario, y arrebatat el incensario de las manos del sacerdote: las llaves de la Iglesia se entregaron á Pedro y á sus sucesores: quien no entra por la puerta, y quiere arrebatatlas, comete un sacrilegio, un latrocinio.* Los prelados, la Iglesia entera ha puesto un muro de resistencia; ha batallado con todo denuedo hasta salir victoriosa.

Además si se supusiera tal amision de la independendencia de la Iglesia y trasmision de los poderes de los prelados eclesiásticos á la potestad laical, deberian nuestros adversarios fijar una época, un tiempo, una persona, en que esto hubiera acaecido. Pero nada de esto hacen ni pueden hacer. No ignoramos que algunos, y entre ellos el Sr. Vigil, señalan el bautismo y la proteccion que dispensáran á la Iglesia un Constantino, un Teodosio, un Carlomagno y otros principes católicos. Mas nosotros replicaremos, ¿y por qué medios? ¿con qué títulos? ¿por cuál prelado? ¿en qué tiempo? ¿en qué lugar se hizo tal trasmision? ¿hubo una nueva institucion divina? ¿una promesa, una disposicion de Jesucristo á favor de tales principes para el porvenir? ¿se varió entonces el Evangelio? ¿faltaron

las promesas de Jesucristo á S. Pedro y á sus sucesores? ¿se planteó una nueva Iglesia? ¿se enmendó la obra de la Sabiduría increada? ¿cedieron de su derecho los prelados de la Iglesia? ¿consiguieron tales príncipes la legítima y pacífica posesion de tal derecho? ¿lo reconoció y respetó en ellos la sociedad cristiana, los pastores de las almas? A todo esto debieran contestar nuestros novadores para salir con su pretension; cosa que no harán jamás sino con sofismas. Difiriendo para otro capítulo el contestar larga y satisfactoriamente á ese argumento de *proteccion real*, vamos á ver lo que dice la divina tradicion trasmitida hasta nosotros por el órgano de los doctores de la Iglesia, por los concilios y sumos pontífices, unánimes en esta materia, sobre el dogma de fe que defendemos.

De conformidad con la doctrina divina y hechos apostólicos espuestos arriba obraron y enseñaron los padres de la Iglesia que nacieron en la cuna del cristianismo. Abranse los volúmenes de esos venerables y santísimos doctores, y veremos á San Ignacio mártir, discípulo del apóstol S. Pablo, que escribe á los cristianos de Filadelfia: «Los jefes obedezcan al César, los soldados á sus jefes, los diáconos á los presbíteros; diáconos y el clero entero juntamente con todo el pueblo, soldados, príncipes y el mismo César, obedezcan al obispo; el obispo á Cristo, como Cristo obedece á su Padre; y de este modo se conservará la unidad en todas las cosas (16).» A Tertuliano que nos instruye: «sér cierto que S. Pedro nos enseña que al rey le debemos venerar y obedecer; pero que esto debemos hacer cuando manda sobre cosas seculares que le pertenecen, y no cuando intenta ingerirse ó mezclarse en las eclesiásticas (17).» A Orígenes que dice: «Al príncipe secular pertenecen las cosas políticas y los censos; á Dios en sus ministros las cosas de la virtud ó religion (18).» A S. Cipriano que hablando de aquellos que con sus amenazas obligaban á los obispos á hacer lo que ellos querían, escribe: «¿Qué resta sino que la Iglesia ceda al Capitolio, y quitados los sacerdotes y el altar del Señor pasen á nuestra sagrada y venerable asamblea los si-

mulacros y los ídolos con sus aras, si desde luego empiezan á dominar con la potestad del terror? — Á pesar de la divina tradicion, añadía este padre, y rompiendo la unidad de la Iglesia católica, cifrada en la juntura y enlace de todas sus partes, tratan de formar una Iglesia humana. *Humanam conantur facere Ecclesiam* (19).» A S. Atanasio que se opone al emperador Constancio con estas palabras: « Si aquel es un decreto de los obispos, ¿porqué tiene que mezclarse en él el emperador? y si son amenazas imperiales, ¿qué necesidad tienen de ellas los obispos? ¿cuándo en los siglos se oyó tal cosa? ¿cuándo los decretos de la Iglesia han recibido la autoridad del emperador, ó los decretos de este han tenido fuerza en la Iglesia? Hasta ahora ha habido muchos concilios, muchos decretos ha emitido la Iglesia; pero jamás los padres solicitaron la aprobacion del emperador; jamás el emperador inquirió con curiosidad las cosas eclesiásticas (20).» A S. Hilario que reconviene al mismo emperador Constancio diciéndole: « Provea y decreta tu clemencia que todos los jueces de tu dominio, á quienes incumbe la administracion de las provincias, y á los cuales solo debe pertenecer el cuidado y solicitud de los negocios públicos, se abstengan de meterse en la disciplina religiosa; ni de aquí adelante presuman usurparse lo que no les toca, ni piensen conocer las causas de los clérigos (21).» A S. Gregorio Nacianzeno que alienta los ánimos abatidos por las amenazas del prefecto del César, diciendo: «¿Y qué pretendéis vosotros como príncipes y prefectos...? ¿Qué es lo que pronunciais...? La ley de Jesucristo os somete tambien á vosotros á mi trono y á mi imperio. Porque tambien Nos lo ejercemos: pero un imperio mas escelente y perfecto (22).» Al venerable y grande obispo Osio que escribia al mismo emperador: «No te mezcles, ó emperador, en las cosas eclesiásticas: ni nos has de mandar en estos asuntos, sino que tú los has de recibir de nosotros. A tí Dios te concedió el imperio, á nosotros las causas eclesiásticas. De la misma manera que, arrebatándote el imperio, se trastornaría el órden establecido por Dios; así avocándote las

cosas eclesiásticas traspasas tus facultades y cometes un gran crimen. Porque escrito está : *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios* (23).»

Y ¿qué diré de las grandes columnas de la Iglesia S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín y S. Juan Crisóstomo? El primero así redargüía al emperador Valentiniano : « ¿Cuándo has oído , clementísimo emperador , que en las causas de la fe el obispo haya de ser juzgado por los legos ? ¿ Así pues por cierta adulacion nos hemos de rebajar , que olvidados de los derechos sacerdotales y de lo que Dios nos concedió , hayamos de ceder esto mismo á otros ? Si el obispo ha de ser enseñado por el lego , ¿ qué no se seguirá de aquí ? El lego disputará de las cosas de la religion , y el obispo escuchará como discípulo , el obispo tendrá que aprender tales cosas del lego. Mas si recordemos las páginas de las divinas Escrituras y la serie de los tiempos antiguos , ¿ quién hay que niegue que en las causas de la fe los obispos hayan acostumbrado juzgar á los emperadores cristianos , y no los emperadores á los obispos ? Cuando serás de madura edad , entonces conocerás si hay obispo que pueda ceder su derecho sacerdotal á los legos. Tu padre , hombre maduro , aunque cristiano bautizado se juzgaba inhábil para tal juicio y decia : no pertenece á mí juzgar entre los obispos : ¿ y tu clemencia , que todavía ha de merecer el sacramento del bautismo , ahora dice : yo debo juzgar (24) ? » San Jerónimo afirmaba que « nada tienen que ver las leyes imperiales con las eclesiásticas (25). » San Agustín así refutaba á los donatistas : « Supuesto que nada deben mandar en estas causas eclesiásticas los emperadores ; supuesto que á los emperadores cristianos de ningun modo debe pertenecer el cuidado de tales cosas ¿ quién ha obligado á vuestros mayores á llevar por conducto del procónsul al emperador la causa de Ceciliano (26) ? » San Juan Crisóstomo , hablando del rey Ozías ; así se espresa : « Siendo rey usurpa el principado del sacerdocio : *quiero*, dice, *ofrecer incienso* , porque soy justo. Pero detente dentro de tus límites : unos son los límites del reino , y otros los del sacerdo-

cio : mas este es mayor que aquel. Al rey se le ha confiado la administracion de las cosas que están en la tierra ; mas el derecho del sacerdocio baja del cielo ; pues se le dijo : *Todas las cosas que atáreis sobre la tierra , serán atadas en el cielo*. Al rey pertenecen las cosas de aquí , á mí las celestiales. Al rey están confiados los cuerpos , al sacerdote las almas. Este es el mayor principado , por esto el rey inclina la cabeza bajo la mano del sacerdote , y en todas partes en la antigua Escritura los sacerdotes ungian á los reyes. Mas aquel rey , saltando las barreras de su reino , queria agrandarle añadiéndole alguna cosa , y entró en el templo con autoridad , queriendo ofrecer incienso. ¿ Qué hace pues el sacerdote ? No te es lícito , le dice , Ozías , ofrecer incienso. Vió al rey , no vió la púrpura : vió al rey , no vió la diadema. No me digas que hay autoridad donde hay trasgresion de las leyes. *No te es lícito , ó rey , ofrecer incienso dentro del santo de los santos*, traspasas las vallas , buscas lo que no te es concedido ; por esto perderás lo que has recibido. No te es lícito ofrecer incienso , sino que esta es atribucion de los sacerdotes. ¿ Por ventura he usurpado yo tu púrpura ? No usurpes pues mi sacerdocio (27).» El Sr. Vigil cita tambien esta autoridad de S. Juan Crisóstomo : pero supo muy bien truncarla , quitando todas las espresiones que indican superioridad del sacerdocio sobre los príncipes , y que señalan los límites de la potestad civil. Nosotros tambien hemos quitado algunas cosas de ella , por ser demasiado larga ; pero cosas que nada quitan ni ponen á nuestro asunto , quedando la autoridad en su sentido genuino y natural enlace , como podrá observar en el lugar citado el curioso lector. A este tenor hablan los Justinos , los Cirilos de Jerusalem , los Optatos Milevitano , los Fulgencios , los Gregorios Magnos , los Juanes Damascenos , los Teodoros Estuditas , los Gregorios Nicenos , los Martinos Turonenses , los Bernardos y otros santos doctores (a).

La divina tradicion de este dogma de fe que defendemos , viene robustecida y defendida contra las pretensiones seculares por los venerables pádres de los sagrados concilios y por los

sumos pontífices. En el concilio ecuménico celebrado en Calcedonia por los años de 451, se suscitó una cuestion sobre los derechos de administracion eclesiástica y ordenaciones sagradas entre el obispo Focio y el obispo Eustoquio. El emperador Marciano habia espedido sobre esta materia algunas leyes. Los jueces del emperador, que se hallaban presentes á esta discusion, dijeron : «Diga el santo y universal concilio, si le place, que esta cuestion se examine y dirima segun los cánones de los padres, ó conforme á las pragmáticas imperiales, que hemos manifestado á todos, donde está contenido el supremo beneplácito del emperador. El santo concilio contestó : *Contra los cánones nada valen las pragmáticas imperiales : que prevalezcan los cánones.* Los serenísimos jueces replicaron : Ahora pues es tiempo que nos enseñe el sacrosanto concilio, si otros obispos, valiéndose de la pragmática imperial, pueden quitar ó destruir los derechos de ajena Iglesia. Respondió el santo concilio : *Esto no es lícito : es contra los cánones (b).*» En el concilio romano celebrado en 502 bajo el papa S. Simmaco fué leído por el prefecto pretorial Basilio una cédula del rey Odoacer, en que este mandaba, que si falleciese el pontífice no se hiciese nueva eleccion sin ser consultado el rey, y daba otras leyes acerca de los ornamentos y bienes raíces de la Iglesia. Apenas leída, los venerables padres unos despues de otros clamaron contra tal escritura, diciendo : *Es contra los cánones : es de ningun valor, porque jamás fué lícito á un lego, á quien toca obedecer y no mandar, ejercer potestad alguna en la Iglesia.* Y concluyó todo el concilio diciendo : *Es cosa cierta, que esa escritura es de ningun valor : y aunque por alguna razon hubiese podido subsistir, de todos modos convenia que en este congreso conciliar se enervase y declarase irrita por sentencia de vuestra Beatitud, para que no quedára ejemplo á la posteridad de presumir que sea lícito á los legos, por religiosos y potentados que sean, decretar y disponer de los bienes eclesiásticos en cualquier lugar ; cosa que indisputablemente ha sido cometida por Dios á solos los sacerdotes (c).* Con ese pecho sa-

cerdotal y tono apostólico han hecho frente los venerables padres de la Iglesia desde la mas remota antigüedad á las invasiones de la potestad laical. Omito otras citas de otros concilios hasta el Tridentino, por ser cosa muy sabida.

Sabida es tambien la oposicion que otros edictos de otros emperadores encontraron por parte de los sumos pontífices. Son notorios á los eruditos el Henótico de Zenon, la Ectesis de Heraclio, el Tipo de Constante, con cuyos nombres se apellidaban ciertos edictos de esos emperadores sobre materias eclesiásticas. ¿ Como fueron recibidos ? Levantóse por todas partes un clamoreo cristiano quejándose de tales atentados. El papa san Felix III dirigia al emperador Zenon una carta enérgica, en que así se espresaba: « Es indudable ser saludable á vuestros intereses que cuando se trata de las causas de Dios, segun la constitucion divina, procureis subordinar vuestra regia voluntad á los sacerdotes de Cristo, y no quererlos gobernar; aprender de los prelados las cosas santas mas bien que enseñarlas; seguir la forma de la Iglesia, y no fijarle leyes humanas á que deba atenerse (d). » Heraclio, oyendo el juicio de la Iglesia, con el más ilustre ejemplo de moderacion escribió al papa Juan IV en estos términos: « La Ectesis no es mia; yo ni la he dictado ni mandado: fué el patriarca Sergio que, habiéndola compuesto cinco años antes que yo volviese del Oriente, me rogó que cuando estuviese en Constantinopla la hiciese publicar en mi nombre y con mi firma; y condescendí á sus ruegos. Mas ahora, conociendo ser esta un objeto de disputas, declaro á todos no ser yo el autor (28). » Martino I con el concilio Lateranense condenó el Tipo de Constante; y se notificó el decreto á todas las Iglesias del mundo católico (29).

Cuando Basilisco usurpó en Constantinopla el imperio, se propuso con letras circulares hacer rechazar el cuarto concilio general so pretexto de que quedasen vigentes los decretos de los tres concilios ecuménicos antecedentes. Se le opuso con intrepidez S. Daniel; y el emperador tuvo que revocar públicamente sus órdenes. Ambicionando el emperador Atanasio el

derecho de ingerirse en los asuntos pertenecientes á la religion y de legislar en materias eclesiásticas, el papa S. Gelasio le hizo frente varonilmente, y con celo apostólico mezclado de dulzura cristiana le decia : «Tú conoces, hijo carísimo, que si bien en dignidad eres superior á los demás hombres, debes sujetarte sin embargo á los prelados eclesiásticos, y de ellos pedir la direccion en el camino de la salud; conoces tambien que en lo que toca al recibimiento de los sacramentos y á la disciplina de administrarlos, debes en orden á la religion obedecer mas bien que mandar. Conoces en fin que en estas cosas has de depender del juicio de los ministros de la Iglesia; y no someterlos á tu voluntad (30).»

Justiniano hubiera sido un príncipe á todas luces glorioso si no se hubiese dejado dominar de la ambicion de entrar en materias eclesiásticas con el edicto sobre los *errores* de Orígenes, con la obra sobre *los tres capítulos*, y con el otro edicto de los *incorruptícolos*, por cuyo motivo tuvo que experimentar la severidad de la Iglesia, aunque por otra parte se manifestase tan religioso (31). En el siglo octavo el emperador Leon Isáurico levantó una cátedra para decidir sentado en ella la célebre cuestion del culto de las imágenes. ¿Qué sucedió? Se le arrojaron encima de golpe todos los adalides católicos: un grito universal de execracion le cubrió de baldon. El intrépido S. Juan Damasceno protestó en tono alto que jamás obedecería ni consentiría que se obedeciese por sus ovejas al injusto edicto imperial que arrebatava los derechos de los padres de la Iglesia. «La potestad de atar y desatar, decia, Cristo la concedió no á los reyes sino á los apóstoles y á sus sucesores.» Del mismo enérgico lenguaje usaron á la sazón un S. Teodoro Estudita, y Emiliano, obispo de Cizico. El pontífice Gregorio II le dirigió dos cartas llenas de celo y valor apostólico. En la primera le decia: «Sabes, ó emperador, que los dógmas de la santa Iglesia pertenecen no á los príncipes seculares sino á los pontífices que tienen el cargo de dar el pasto bueno. Por esto Dios los puso de prelados para gobernar la Iglesia, absteniéndose de los negocios de

la república; para que los emperadores igualmente se abstengan de las causas eclesiásticas; y entiendan cuales son sus atribuciones.» En la segunda le apremiaba con mas fuerza: «Una es, le decia, la institucion de las constituciones eclesiásticas, y otro el sentido de las seculares en las administraciones políticas... Así como el pontífice no tiene potestad de ingerirse en las cosas de palacio, ni de pretender las dignidades reales; así tampoco es lícito al emperador entrometerse en los asuntos de las Iglesias; ni hacer elecciones en el clero, ni consagrar, ó administrar los símbolos de los santos misterios y sacramentos; mas ni participar de ellos sin obra del sacerdote. Sino que cada uno ha de permanecer en la vocacion en que Dios le llamó (e).» Nicoláo I intimó gravemente al emperador Miguel que no saliese del círculo de la autoridad temporal, y que no usurpase los derechos y atribuciones del sacerdocio evangélico (32). Una leccion parecida y aun mas espresiva tenemos del papa Juan VIII. «Si el emperador es católico, es hijo de la Iglesia y no presidente de ella. En las cosas pertenecientes á la religion él debe aprender y no enseñar: á los sacerdotes y no á las potestades de la tierra Dios confió el cargo de reglamentar la disciplina y cuanto hay en la Iglesia (f).» Digna sobre todo de ser leída es la respuesta de Inócencio III dirigida en el año primero de su pontificado al emperador de Constantinopla, el cual no llevaba bien las exhortaciones paternales de Su Santidad. Puede decirse ser mas bien que una carta un tratado, donde el pontífice demuestra magistralmente la superioridad del sacerdocio, y que el príncipe debe obedecer á la Iglesia y no mandarla (33).

Brilla pues la verdad del dogma que sostenemos en la tradicion de la venerable antigüedad, y queda demostrado, que la Iglesia jamás ha admitido ingerencia del gobierno civil en asuntos eclesiásticos. Donde advertimos de camino que los emperadores, de que acabamos de hablar, no pretendian una supremacia universal sobre la Iglesia, cual la admite el Dr. Vigil y el jansenismo moderno, exceptuando la declaracion de los dogmas y la administracion de los sacramentos; sino que que-

rian tan solo interponer su autoridad en algunas diferencias particulares, con el fin en algun modo plausible de conciliar á los herejes con los católicos y dar la paz á la Iglesia. Igual buena intencion fué tambien reconocida en tiempos mas limitófes á nuestra época en Carlos V. con su famoso *Interim*, con que pretendió reunir los dos partidos disidentes: mas igualmente tuvo que reconocer su error y dejar que la Iglesia se gobernase de por sí misma (34).

El primero que abrió el cauce á los escándalos con una usurpacion ilimitada fué el rey de Inglaterra Enrique VIII; quien irritado contra el papa por un motivo á todo el mundo bien conocido, se constituyó *cabeza suprema de la Iglesia anglicana*; hizo establecer por el parlamento como regla fundamental, *que toda jurisdiccion tanto eclesiástica como civil venia de la potestad real como fuente de toda magistratura*; declaró que los obispos eran *vicarios del rey*, que de él habian de impetrar la facultad de visitar la diócesis y de promover á los órdenes sagrados; empezó á decidir sobre algunos puntos de disciplina y de fe; propuso los seis famosos *artículos*; nombró por su *vicegerente general en el gobierno eclesiástico* á Tomás Cromwel antes barbero, y despues soldado y familiar suyo, cometiéndole la visita de todos los conventos y monasterios; que terminó en una total supresion; hasta que siguiendo las huellas de Enrique su hijo Eduardo, Isabel y los otros principes de aquella nacion, la malhadada reforma finalizó en una completa secularizacion de aquella Iglesia, desapareciéndo de ella el episcopado y sacerdocio de Jesucristo, y solo quedando unos ministros eclesiásticos fantásticos con una jurisdiccion civil ó mujeril: pues, como prueban los eruditos y entre ellos algunos de los mismos protestantes, los obispos y sacerdotes de la Iglesia anglicana son ilegítimos por ser inválida su ordenacion y consagracion (35). De admirar es que los fanáticos defensores de la Iglesia política y sus prosélitos los discípulos modernos de Jansenio no hayan advertido las palmares contradicciones en que tropiezan; pues al paso que se declaran entusiastas encarecedores de la tradicion

y disciplina antiguas, niegan sus dogmas, cortan su conducto fontal, tronchan de por medio el árbol que les daba espansion, y les zanján el sepulcro en que desaparezcán. Pero en vano: porque colocada el arca sagrada que contiene los divinos depósitos en la fortaleza inespugnable de la santa ciudad, quedará eternamente á cubierto de todo ataque y saqueo hostil; y solo el sucesor de S. Pedro, á quien Jesucristo entregó las llaves, la abrirá para dispensar á los fieles el pasto de saludable doctrina condenando á su vez los errores que germinaren contra ella. Así lo hicieron contra la herejía que impugnamos, en Lutero el papa Leon X en la bula *Exurge Domine* (36); en Marsilio de Padua el papa Juan XXII en la bula *Licet iuxta doctrinam*; y los concilios de Sens en 1528 y de Cambray en 1567; en La-Borde el papa Benedicto XIV, constitucion *Ad assiduas*; en los jansenistas de Pistoya el P. Pio VI, bula *Auctorem fidei*; y antes en Juan Huss y Wiclef los concilios de Constanza y Basilea; y en Richer los concilios de Sens y Aix en 1612; etc.

Simpatiza con el dogma la razon. Cuando los hombres se reunieron en sociedad y en cuerpo de nacion sometieron á la potestad pública sus personas y sus bienes en aquella parte que mira al órden social y á la felicidad presente; contrajeron con ella como ciudadanos deberes y derechos reciprocamente. Mas el hombre por ser ciudadano no deja de ser hombre, criatura racional salida de las manos benéficas de su Hacedor, y rodeado de mil títulos, que crean en él otros tantos deberes que le enlazan con el Sér supremo. La gratitud, el amor, la justicia le impelen á mostrarse agradecido á su Bienhechor. Este, como dueño absoluto, tiene derecho á exigir obediencia y sacrificios de sus criaturas: exige efectivamente de ellas un culto interno, esterno y público con que se le sirva, ame y adore. Pero como esto sea imposible en la práctica sin que haya entre los hombres relaciones y comunicacion de ideas, trasmision de doctrinas, un ministerio docente conservador de las mismas y encargado de esa trasmision y uniformidad y

regularidad en sus actos, como queda probado en otro capítulo, era indispensable que se formase una sociedad religiosa. Instalóla el Supremo Moderador en los crepúsculos del mundo naciente; crió al hombre á su semejanza, dotóle de un entendimiento conocedor de la verdad, de una voluntad amadora de la virtud, de un corazon recto inclinado al amor y benevolencia hácia él. Dióle una compañera embellecida de las mismas dotes: revelóles los inefables misterios de su divinidad; los sacramentos ó signos, que S. Pablo apellida *elementos*; con que debian hacer la profesion de la fe en Cristo venturo; los sacrificios con que debian rendirle sus homenajes y el culto debido al Sér supremo: enseñaron los primeros padres esos dogmas y esos ritos á sus hijos que procreáran, quienes á su vez ofrecieron á su Criador sus sacrificios de adoracion y alabanza. Por manera que aquella pequeña sociedad doméstica podia y debia llamarse con toda propiedad, segun los santos doctores, *la sociedad cristiana*, la Iglesia de Jesucristo en embrion (g). Ahora bien: tenemos aquí al hombre religioso antes que ciudadano, la sociedad cristiana con su sacerdote que enseña antes que existiera la sociedad civil; antes que hubiera gobiernos políticos. Preguntáremos de consiguiente: ¿era entonces el jefe en lo político, que no existia, cabeza de la Iglesia? ¿tenia derechos para entrometerse en los dogmas; en la disciplina, en los asuntos religiosos de aquella sociedad? Es pues evidente, que la Iglesia ya por su origen es superior, distinta é independiente de la potestad civil ó política:

Se nos dirá que si Adán y los primeros padres de familia eran sacerdotes, eran tambien cabezas de aquellos individuos, y que de consiguiente como tales entendian en los asuntos de religion. Pero este argumento si algo valiera probaria únicamente que los padres de familia tienen derecho de entrometerse en las cosas de la Iglesia y no los príncipes civiles, que son posteriores á la existencia de la sociedad religiosa. Mas nosotros negamos la consecuencia de tal ratiocinio, y decimos, que cuando en el estado de naturaleza y en los tiempos poste-

riores la investidura sacerdotal se halló unida con la dignidad paterna, patriarcal, ó en la persona de los príncipes políticos, el derecho sobre los asuntos de la religion no dimanaba de estas dignidades ú oficios, sino de la dignidad y ministerio sacerdotal, que se hallaba en una misma persona; pues el sagrado concilio de Trento ha declarado ser *de ordenacion divina*, que el sacrificio y de consiguiente los demás cargos y oficios de la religion sean inseparables del sacerdocio, como lo han sido exclusivamente en toda ley (37). Asi lo exigia la naturaleza; el fin y los medios para su consecucion, de tal sociedad.

Con efecto, la naturaleza de la sociedad religiosa es esencialmente diferente de la sociedad civil. Sus dogmas, su culto exterior y público, su constitucion fundamental son de un orden superior y distinto de todo lo que pertenece á esta. ¿Como pues se podrá sujetar lo divino á lo humano, lo teocrático á lo político? Aunque reconocemos la autoridad de los gobiernos civiles como emanada de Dios, no tenemos por tales sus formas. Ellas son puramente humanas, falibles y variables como los mismos hombres. La forma de la Iglesia es teocrática: esto es, en lo que toca á la definicion ó declaracion de los dogmas, de la moral, y á la formacion de las leyes del culto y de la disciplina general de toda la sociedad, sus jefes son representantes de Dios, cuyas veces hacen: Dios habla y gobierna por ellos, de él tienen su inspiracion ó asistencia; una conservacion divina, inerrable y perpetua, porque á ellos solos se ha dicho: *yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos... quien os oye, á mí me oye... el Espíritu que procede del Padre, os sugerirá toda verdad*. Careciendo pues los príncipes políticos de este don de infalibilidad ¿como puede estar la Iglesia sujeta á ellos? Entonces con sus leyes, espuestas al error pudieran introducir en la moral ó en la disciplina alguna mancha ó monstruosidad; en el dogma algun error ó absurdo. ¿Qué seria entonces de la palabra que de la Iglesia ha dictado el Espíritu de verdad: *será sin mancha, pura, santa é inmaculada*?

El fin y los medios de ambas sociedades son la expresion de

dos autoridades distintas é independientes esencialmente una de la otra. El fin de la sociedad civil es la felicidad social presente; los medios para tal consecucion son los análogos al intento, los civiles ó políticos. El fin de la sociedad religiosa es la eterna felicidad; los medios son los adecuados á tal objeto, los espirituales. Luego, si no se quiere invertir el orden de las cosas; si no queremos atribuir á un árbol frutos que no son de su especie; si no queremos inventar una alquimia estravagante é inconcebible, que trasmute lo eterno en temporal, lo espiritual en civil, lo eclesiástico en político, ó vice versa; debemos reconocer, segun la naturaleza de las cosas, una autoridad análoga y reguladora de la sociedad religiosa y de sus asuntos espirituales y eclesiásticos, distinta é independiente de la política.

Apremiaremos todavía mas el discurso. O se ha de confesar que jamás ha habido religion pública, jamás ha existido sociedad religiosa, jamás Jesucristo ha fundado Iglesia alguna; y de consiguiente que cuando dijo aquellas palabras: *super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*, cuando entregó á Pedro las llaves del gobierno de ella, reunió discipulos, dictó leyes, etc., fué un mago embaucador que alucinaba al mundo entero con una impostura la mas grosera y degradante: cosa que repugna al buen sentido, á la fe y á la mision divina del Hombre-Dios confirmada con una santidad de vida, pureza de doctrina y operación continua de prodigios que asombra; ó si admitimos tal fundacion y existencia, debemos afirmar que la autoridad gobernadora de tal sociedad religiosa es distinta é independiente de la autoridad política, que regula la sociedad civil. Porque si no son distintas las autoridades de ambas sociedades, es una sola la autoridad que gobierna á las dos sociedades, y en este caso Jesucristo era un delusor, que engañaba á los hombres cuando decia las referidas palabras evangélicas y cien otras que forman el dogma de la fundacion y existencia de la Iglesia: pues por ellas no creaba ninguna autoridad, ni instituia sociedad alguna que necesariamente debia

de tener un gobierno ; y además con ellas se mofaba de Pedro y demás apóstoles , que ciertamente no eran gobernantes políticos , prometiéndoles una autoridad fantástica que no existía , ni jamás había de existir . Agréguese : si las dos autoridades no son distintas , será una sola , compuesta de dos partes heterogéneas ; porque es evidente que la parte espiritual no es la civil ó política , y que distinta es la naturaleza de una y otra . Y entonces preguntaremos : ¿ qué amalgama es esta nunca oída ? Preguntaremos : ¿ qué hizo Dios cuando instaló la Iglesia en el paraíso de Eden antes que existiera la sociedad civil ? Y si contestan nuestros adversarios que entonces no instituyó autoridad espiritual ninguna , sino que esta fué instituida al crear la autoridad política , cuando los hombres se juntaron en sociedad civil ; nosotros replicaremos : ¿ qué hizo el Hijo de Dios cuando bajó del cielo á vestirse de nuestra librea , cuando reunía prosélitos , reglaba sus asambleas , constituía sus jefes , les dictaba su código ? Una ilusión debe de ser el Evangelio en la opinión de nuestros rivales , que sostienen tales utopías . Si la autoridad reguladora de ambas sociedades es una sola , de balde vino Jesucristo al mundo á organizar la sociedad religiosa y darle una forma regular ; de balde pretendió reunir á las ovejas dispersas de Israel , si las había de dejar como antes , sin un nuevo pastor ; de balde conquistaba los pueblos con la nueva doctrina ; congregaba discípulos , formaba corporaciones de cristianos sin darles una cabeza que los rigiera . Todo esto , en la opinión de los contrarios , estaba ya hecho , la sociedad religiosa tenía ya su jefe , el jefe en lo político ; su autoridad sobre la religión era tan antigua como la autoridad civil , que se creara con ella : Jesucristo , según ellos , nada les quitó á los príncipes seculares . Nada pues tuvo que hacer , y nada hizo el Redentor al venir al mundo con respecto al régimen de la Iglesia ; nada de autorización de S. Pedro y demás apóstoles ; nada de creación de un nuevo sacerdocio de la nueva ley ; nada de formación de un nuevo código ; nada de una nueva constitución fundamental de la Iglesia ; si algo parecido

á esto se halla registrado en el Evangelio, todo es ilusorio : Jesucristo nada hizo de nuevo y nada quitó á los jefes civiles con respecto á la religion. Vosotros, que guiados de un *pensamiento dominante*, ambicionais por una Iglesia política ; ¿ comprendéis á que estravíos, á que absurdos monstruosos os conducen vuestras teorías ?

Es, por consiguiente, distinta la autoridad eclesiástica de la civil. Luego los derechos de una no son los derechos de la otra : luego cada una es independiente y suprema en su gobierno. Con efecto : si lo que es del derecho de una autoridad fuese también del derecho de la otra, ó sería la autoridad una misma ; una sola ; lo que queda ya rebatido, y lo que sería un absurdo por ser una peticion de principio é implicacion en los términos ; ó todo sería de cada una de las dos : y entonces una debilitaria, neutralizaria y destruiria á la otra, como es evidente : Dios hubiera criado en el seno de las dos sociedades un elemento destructor de ellas mismas ; y cuando Jesucristo dijo, dad al César lo que es del César, y á Dios en sus representantes lo que es de Dios, hubiera proferido una estravagancia. Para robustecer este argumento raciocinemos así : Si cada una de las dos autoridades puede entrometerse en los asuntos de la otra ; si los derechos de la potestad eclesiástica son también derechos de la potestad civil, y vice versa : ¿ cual de las dos tendrá la supremacía en los casos de desavenencia ? ¿ La eclesiástica ? Imposible que nuestros adversarios admitan esto, ni jamás consentirán en que la potestad de la Iglesia tenga derechos en los negocios y gobiernos civiles. ¿ Con qué títulos pues la política la ha de pretender ? ¿ Con qué derechos ambicionará ingerirse en los asuntos eclesiásticos ? Si nuestros antagonistas son lógicos han de admitir las consecuencias que legítimamente fluyen de sus principios. No hay medio : ó se ha de afirmar que las dos autoridades no son distintas, sino una sola, lo que es un absurdo y una heréjia ; ó si se admiten distintas, se han de confesar independientes una de otra. De estrañar es que hombres eruditos en la jurisprudencia como Vattel, Heineccio, Tri-

lot y otros modernos , que saben y enseñan ser toda sociedad legítima independiente por el derecho de gentes y político , y que es un crimen opresor entrometerse una en los asuntos de otra , ó imponerle leyes , aun siendo ambas homogéneas ; tro-
piecen despues en la chocante antilogía de sostener , que el go-
bierno civil puede impunemente ingerirse en asuntos de la so-
ciedad religiosa , que es legítima cual otra cualquiera , y ade-
más es heterogénea , de un órden superior é incompetente á la
otra ! Cesará en parte esta estrañeza si se reflexiona , que los
referidos partian de los errados principios del protestantismo
que profesaban ; y es por esto que marchaban hasta tan ilegí-
timas como funestas consecuencias. Pero que esto mismo de-
fiendan autores , que , al paso que hacen alarde de jurisconsultos,
se apellidan católicos ; eso llega al colmo de la admiracion .
Desafiamos pues á unos y otros á que desmientan , si pueden ,
con sólidos argumentos el dogma , la tradicion , la autoridad y
la fuerza de las razones que acabamos de presentar .

Convencido de ellas (que no ignoraba) el Sr. Vigil asienta
los mismos principios de independencia de ambas autoridades
(aunque despues se manifiesta desleal á ellos en sus aplicacio-
nes y consecuencias) ; y prueba con erudicion la conveniencia
y el hecho de separacion de ellas , y residencia en personas di-
ferentes ya desde la antigüedad , no solo en el pueblo hebreo por
disposicion de Dios , sino tambien en las naciones infieles . Y si
bien admite algunas escepciones en el pueblo de Dios , esce-
pciones que necesitan alguna enmienda (*h*) ; concluye sin em-
bargo con estas palabras : « A Jesucristo estaba reservado ve-
rificar una total y perfecta separacion de las dos potestades .
Porque á diferencia de aquellos capitanes llamados conquista-
dores , que se sustituian al gobierno de los pueblos sometidos , y
confundian con ellos su religion , sus leyes , su lenguaje y sus
costumbres para dominarlo todo ; el Hijo de Dios , cuyo reino
no era de este mundo , descubrió todo el designio de su divina
mision , y marcó el objeto y las funciones de los que El luego
enviaria á predicar por la tierra , sin necesidad de mendigar la

proteccion de los reyes (38)» ¡*Sin necesidad de mendigar la proteccion de los reyes !* Palabras brillantes á la par que estrañas del hombre contradictorio ! En los capítulos siguientes se verán sus inconsecuencias y se responderá á sus sofismas, como tambien satisfaremos á las objeciones de los protestantes y político-jansenistas.

CAPITULO V.

INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA EN SU DISCIPLINA EXTERIOR.

ASENTADA y luminosamente demostrada la absoluta independencia de la Iglesia respecto del poder civil en todo lo que entra en su sistema religioso, parece á primera vista innecesario tratar de la misma independencia con respecto á la disciplina exterior; pues es una demostracion matemática que la parte está contenida en el todo. Sin embargo, como sean tantos los extravíos intelectuales que se han padecido en esta materia, que con razon podemos asegurar ser esta la herejía de la época; como el jansenismo político de consuno con la reforma moderna hayan hecho esfuerzos inauditos para halagar á los príncipes y gobiernos civiles, y ponerlos en acecho, creando en su corazon recelos contra un rival usurpador (según su lenguaje) que trabaja sorda y paladinamente para minar los cimientos de su existencia; como algunos de aquellos, ó azorados con el temor de que se escatime el propio terreno y se agrande el ajeno, ó arrebatados por el impetuoso vapor de la ambicion de estender el círculo de sus poderes, hayan alargado el brazo auxiliar al amigo lisonjero, y hayan puesto un pié en el lugar santo, sin advertir que cada paso en ese terreno resbaladizo es una marcha progresiva hácia su caída fatal; menester es que nos ocupemos mas prolijamente en aclarar una materia de tanto interés.

No habiendo podido la herejía refractaria alzarse con todo el poder y gobierno de la Iglesia para adjudicarlos á los príncipes seculares, ha imitado á aquella madre espuria de que nos hablan las divinas letrás, que no pudiendo arrebatarse á la madre legítima el hijo de sus entrañas, convino en que se par-

tiese ; contentándose de una parte del infante muerto que no habia engendrado , supuesto que no podia haberle por entero y vivo. Ha fraccionado la potestad y el gobierno de la Iglesia ; ha paliado esta fraccion con los nombres especiosos de *disciplina interna y esterna* ; y ha puesto una de esas partes , así bien disfrazada, en manos ajenas, heterogéneas é incompetentes. Es decir que ha hecho pedazos la túnica inconsútil del Salvador, ha destruido la obra de la Sabiduría encarnada ; ha dividido el reino de Cristo , sin recordar la doctrina del Dios humanado « que el reino dividido se desolará y destruirá de por sí : y que no se puede servir á dos señores que ejercen dominio sobre una misma materia y bajo el mismo respecto. »

Por de pronto , no admitimos y rechazamos esa distincion de *disciplina interior y exterior* , que inventára el jansenismo político , y que con él defendiera nuestro Dr. Vigil , por ser una novedad anticatólica nunca oida en la venerable antigüedad. Antes de los sofismas de Simon Vigorio , á quien siguió el tenebroso sínodo de Pistoya , ó si se quiere , antes de los delirios del hereje Marsilio de Padua , jamás se habia hecho mencion en la Iglesia de esa distincion de la disciplina eclesiástica en *interior y exterior*. Siendo pues toda novedad en la doctrina católica una herejía ; siendo esta arbitraria invencion de los partidarios del error ; la Iglesia de Jesucristo la desprecia , la desecha , la condena. La disciplina de la Iglesia católica es toda exterior ; porque es la disciplina de una sociedad visible , exterior y pública. Tiene esa Corporacion su alma y su cuerpo , porque es una persona moral viviente , es la Esposa del Rey de la gloria. Todo lo que pertenece á su alma , los dogmas , la gracia divina que se comunica á las almas por los santos sacramentos , los dones del Espíritu Santo que la embellecen , la presencia de este divino Esposo que la ilumina con sus luces , la conduce en su marcha y la preserva del error ; la proteccion que le dispensa su Fundador celestial , con que se robustece y se hace insuperable contra los embates hostiles : todo esto es interior é invisible. Pero jamás esto se ha llamado ni puede

llamarse *disciplina interior de la Iglesia*, porque no es disciplina. Por lo contrario, todo lo demás que existe en la Iglesia y pertenece al cuerpo de ella, todo es exterior. S. Pablo afirma ser exterior el régimen de las Iglesias (1). El concilio Tridentino únicamente admite esta distincion en la potestad de la Iglesia: *fuero interno*, esto es, el poder de perdonar los pecados en el tribunal de la penitencia, y el *fuero externo*, que tambien apellida *policía exterior*, y es la potestad conferida por Jesucristo de gobernarse esclusivamente por sus preladados, como sociedad (2). Esto mismo ha confesado á su pesar el Dr. Vigil, aunque luchando contra sí mismo. *Aun en la confesion*, nos ha dicho, *es necesario que el cristiano se manifieste y hable para que el sacerdote oiga, forme su juicio y dé sentencia; con mas razon debe haber en lo demás exterioridad, ó actos externos, porque eterna es la profesion de la fe, eterno el culto, cuyas solemnidades son desempeñadas por los ministros en union y presencia del pueblo, eterno el sacrificio, externos los sacramentos y su administracion, eterno el ministerio y su jerarquía, y eternas todas las funciones...* (3). Muy bien: pero preguntaremos nosotros: ¿no es todo esto lo que compone la disciplina de la Iglesia? ¿no nos enseña el mismo Sr. Vigil que *el cuerpo de reglas conforme á las cuales tenga su modo de vivir, y sea conducida la sociedad cristiana—ratio christianæ reipublicæ gerendæ—es lo que se llama propiamente disciplina*? ¿no añade: *tres objetos le asignan los escritores, el culto, los ministros y los bienes eclesiásticos, y son otros tantos asuntos sobre que se versa la disciplina* (4)? Luego, segun Vigil, toda la disciplina de la Iglesia es exterior, pues se versa sobre objetos exteriores. ¿A qué viene pues hacer inmediatamente despues la ridícula distincion de esta disciplina exterior en interior y exterior? ¿por ventura lo interior es exterior, y lo exterior interior, ó una misma cosa puede ser interior y exterior á la vez? ¿no es esto una palmaria contradiccion, una paradoja chocante? Tales son las anomalias que cometen los partidarios del jansenismo.

Hemos leído con reflexion y repetidas veces el párrafo; en que nuestro antagonista antilógico intenta explicar la distincion de la disciplina interna y esterna, y no hallamos otra cosa que confusion y un juego de palabras. Sacamos á duras penas que por *disciplina interior* entiende *aquellos actos exteriores que rodean la cosa dogmática*, ó aunque no formen la esencia del culto cristiano, lo miran muy de cerca, y se dirigen á él directamente (5). Pero se olvidó decirnos claramente lo que entiende por *disciplina exterior*: de manera que nos presenta una distincion truncada é incompleta. Solo se deduce del contesto y aplicaciones que *los actos exteriores que en algun modo*, aunque sea remotamente, *refluyen en detrimento de la sociedad*, ó *tiene relaciones con la cosa pública*, son, en el sentido vigiliano, *la disciplina exterior de la Iglesia*, y en ella, segun tan sabio autor, tienen ingerencia y autoridad los gobiernos políticos (6). Es decir, que aquí nuestro adversario comete otra antilogia, y echa mano de una «máscara católica (como se espresaba un juicioso escritor moderno) con la que protestantes y jansenistas combaten á la Iglesia, y dan al error mas pestilencial toda la apariencia de ortodoxia; é instituyen á los gobiernos por árbitros y legisladores de la disciplina exterior, para llevar al cabo la grande empresa de destruir radicalmente la autoridad eclesiástica; y de un trampantojo, con que tergiversan la verdad clara, y ocultan y disimulan la manifiesta absurdidad del error contrario, con el fin de alucinar á los ignorantes é incautos.» Dijimos que nuestro adversario comete otra antilogia; porque, *siendo*, segun él, *los actos exteriores, que rodean la cosa dogmática, la disciplina interior, y la exterior los que tienen relaciones con la cosa pública*; rodeando gran parte de estos actos exteriores la cosa dogmática, cuales son los actos de disciplina acerca de la administracion de los sacramentos, la moral y la predicacion evangélica, é influyendo estos actos exteriores en gran manera en la cosa pública, como es evidente; tenemos que una misma cosa es disciplina interior y exterior á un mismo tiempo, y de consiguiente una grosera contradiccion y un

absurdo de bulto. Queda pues evidenciado que tal distincion es arbitraria y fantástica.

Dijimos tambien que con ella nuestro bibliotecario, de concierto con el jansenismo y la reforma, echa mano de una máscara y de un trampantojo para paliar el error anticatólico y destruir radicalmente la autoridad eclesiástica. Con efecto: si la disciplina esterna de la Iglesia, en el sentido de nuestros adversarios, es la que *tiene aspecto exterior ó relaciones con la cosa pública*, ó que *en algun modo refluye en los asuntos de la sociedad*, y esta es de competencia de los gobiernos políticos, de manera que puedan legislar sobre ella, queda la Iglesia despojada de los tres poderes legislativo, judicial y ejecutivo, que hemos probado pertenecerle de derecho divino, y el régimen de la sociedad cristiana y de las cosas sagradas pasa á las manos de los legos. Porque siendo el ejercicio de estos tres poderes, esceptuada la parte del legislativo que mira á la declaracion de los dogmas revelados, lo que forma la disciplina de la Iglesia; é influyendo esta, al menos *de algun modo*, bien que sea *remotamente*, en los asuntos *de la sociedad*, y *teniendo toda ella relaciones con la cosa pública*, toda ella es exterior, toda ella es de la competencia de la potestad politica en la teoría de nuestros adversarios, y de consiguiente tambien el ejercicio legal de los dichos tres poderes que se versa sobre tal disciplina, sin que nada tengan que ver en ella los prelados eclesiásticos.

Que toda ó la mayor parte de la disciplina de la Iglesia *tenga aspecto exterior ó relaciones con la cosa pública*, é *influya de algun modo*, mas que sea *remotamente*, en los asuntos *de la sociedad*, es cosa tan evidente, que no necesita de pruebas. Discurramos de los puntos mas sagrados de ella. Es punto de disciplina la administracion de los santos sacramentos, el determinar si el bautismo se ha de administrar por inmersion ó ablucion; la comunión en una ó en dos especies, en pan ázimo ó fermentado; la confirmacion á los infantes ó adultos, en privado ó en público; la estremauncion con la uncion en los niños y en los piés ó no; cuales hayan de ser los pecados reser-

vados á los prelados en el sacramento de la penitencia ; cuales las irregularidades en el del orden ; cuales los impedimentos dirimientes en el del matrimonio. Ahora bien : ¿ quién ignora que todos estos puntos de disciplina *tienen aspecto exterior, relaciones con la cosa pública , y que refluyen ó pueden refluir en algun modo*, mas que sea remotamente, en beneficio ó detrimento de los miembros de la sociedad? Del bautismo administrado por inmersión lo afirma el mismo Dr. Vigil , y dice : « Si en las orillas del Ganges están obligados los gobiernos á tomar las precauciones necesarias para que la vida de los hombres no peligre , lo están igualmente nuestros gobiernos católicos al pié del sagrado bautisterio ; y de consiguiente tienen razon y derecho de mandar que no se bautice por inmersión sino por infusión ; y no con agua fria sino con agua templada (7). » (¡ Cómo se olvidó nuestro bibliotecario de añadir que nuestros gobiernos católicos están obligados á mandar que los cristianos en dia de domingo estén encerrados en su casa sin salir de ella para ir á oír misa , porque saliendo pueden tropezar en la calle y romperse los sesos y peligrar su vida!!!) Pues los mismos ó semejantes embarazos , que *en algun modo*, aunque sea remotamente , ve nuestro adversario en el bautismo por inmersión ó por infusión en agua fria , vemos nosotros en los ritos expresados de los demás sacramentos. Consagrándose en pan fermentado , como hacen los griegos , y administrándose la comunión con esta especie y la del vino , pudiera indisponerse gravemente un estómago delicado , y poner á ciertos enfermos en los umbrales de la muerte , mayormente si fuese algo regular la cantidad que se determinare ; pasando aquí en silencio otros graves disturbios que podrian originarse en la sociedad de las embriagueces que fácilmente se seguirian del abuso de tal disciplina. Administrándose la confirmación á los párvulos y en público , puede morir oprimido y sofocado alguno de ellos por la turba de concurrentes que suele acudir á tan sagrada ceremonia. Descubriéndose el enfermo ó moribundo para recibir la extremauncion en los riñones y en los piés pue-

de tomarle el aire , hallándose en tan peligrosa situacion , y abreviarle el período de sus dias. Si no se reservan ciertos crímenes mas graves , y no se hace con la reserva mas dificultosa su absolución en el sacramento de la penitencia , toman creces muy rápidas , y padece grandemente la cosa pública y la sociedad se halla en graves conflictos. Segun que irregularidades se pusiesen para la sagrada ordenacion , se podria esceptuar de ella á ciertas clases de los miembros de la sociedad , se las privaria de los honores y beneficios eclesiásticos , y seria este un bochorno ó una infamia que pudiera perturbar la pública tranquilidad. Conforme fuesen la calidad y el número de los impedimentos dirimentes que se establecieran , podrian contraerse muchos matrimonios nulos , quedar de consiguiente las proles abandonadas , y las mujeres repudiadas , con otros menoscabos de la sociedad. Dígase lo propio de la predicacion , del culto público , de los tribunales eclesiásticos , de las censuras , de las virtudes de la penitencia , mortificacion ó abstinencia , de los concilios , y de otros cien ministerios eclesiásticos que son objeto de la disciplina de la religion , y *cuya esterioridad , relaciones con la cosa pública , é influencia en los asuntos de la sociedad , ó en los miembros de ella* , son notorias , palpables y de cuantía. Luego , si este es un título que crea en los gobiernos políticos derechos para arrogarse la autoridad sobre todos esos puntos disciplinarios , la autoridad de los prelados de la Iglesia , de los concilios , de los vicarios de Jesucristo y de los obispos , queda en esqueleto , y el régimen de la sociedad religiosa reside en las potestades laicales.

Pero entonces preguntaremos : ¿Cuál fué la mision del Hombre-Dios sobre la tierra ? ¿Fundó por ventura una sociedad religiosa que apellidára *Iglesia* ? ¿Acaso creó un nuevo sacerdocio , á quien encargára el régimen de esa sociedad ? ¿Acaso envió á los apóstoles revestidos del poder que le habia confiado su eterno Padre , á predicar á las naciones el Evangelio de felicidad , é instalar el reino de Dios ? ¿Acaso los apóstoles y sus sucesores han gobernado jamás una *Iglesia* ? ¿Acaso todos es—

tos han decretado jamás sobre la abstinencia , sobre los matrimonios y sobre los otros puntos de disciplina eclesiástica ? Nada de esto ha habido ; pues los príncipes y gobiernos políticos han tenido siempre y tienen todavía la potestad sobre las cosas sagradas y el régimen de la sociedad religiosa. El Evangelio es un sueño : el primado de S. Pedro y de sus sucesores los pontífices romanos sobre la Iglesia de Jesucristo es una ilusión. Jesucristo fué un impostor cuando dijo á ese apóstol : *A ti te daré las llaves del reino de los cielos, la Iglesia : todo lo que atares sobre la tierra, quedará atado en el cielo ; y lo que desatares , desatado.* En vano le dirigió estas palabras : *Apacienta á mis ovejas , los obispos ; apacienta á mis corderos, los fieles.* Este oráculo del Espíritu del Padre : *Atended á la grey, en la cual el Espíritu Santo os puso por obispos para gobernar la Iglesia de Dios ,* son palabras irrisorias y huecas de sentido. Estos acentos de la Sabiduría increada : *Si el delincuente no te oye , denúncialo á la Iglesia ,* son ficciones ni jamás han salido de los labios de la Verdad eterna. Estos dogmas... Pero ¿ quién no ve las absurdas consecuencias que fluyen de esas descabelladas teorías ?

Luego , el que la Iglesia y la disciplina con que se gobierna tengan un aspecto exterior y relaciones con la cosa pública , ó que influyan en los asuntos de la sociedad y miembros de ella , no forma un título para adjudicar á los gobiernos civiles la autoridad y el régimen de ella. « De otra suerte era menester probar , como bien lo observa el Dr. Moreno , que la religion , segun los designios de su divino Autor , no debe tener influencia en la sociedad , y que en cuanto la tenga debe dejar de ser religion , ó , lo que es lo mismo , cesar la autoridad del sacerdocio , y reemplazarse por la de los príncipes y magistrados. » Muy á propósito vienen aquí las razones de ese sabio. « Es verdad que la santificacion de los hombres y la eterna bienaventuranza es el fin de la religion. Pero tambien es verdad , que para conseguirnos este fin ha venido al mundo nuestro Redentor , y ha fundado su Iglesia con los medios conducentes para

su perpetua estabilidad , como la nave que ha de conducirnos á él. El fin y los medios están en una línea. Si separamos el uno de los otros , va por tierra toda la obra de Jesucristo , y es una quimera el establecimiento de la Iglesia , pues el fin del hombre era el mismo antes que despues de su venida al mundo. Cabalmente el fin de la religion es por el que se regula la competencia de los medios á favor de la Iglesia , segun que estos tienen hácia aquel una tendencia directa , del mismo modo que el fin directo del gobierno civil , que es la felicidad puramente temporal del Estado , es la regla de sus atribuciones.

» Si se atiende á las relaciones ó influjo indirecto , ambas potestades le tienen una en la otra reciprocamente. La eclesiástica influye en el Estado , porque su mayor bien , aun como temporal , pende de la religion y de las costumbres. La secular sirve á la religion , asegurando el órden público y protegiendo su ejercicio. Aquella dirige la voluntad y las conciencias , contiene en sus obligaciones , así á los que mandan , como á los que obedecen , aun en los casos mas ocultos , que se esconden á la vigilancia de las leyes civiles. Esta refrena los delitos , y mantiene la tranquilidad pública con penas y premios temporales. Y ambas conspiran á los designios de la Providencia , que no ha criado al mundo , sino para la santificacion de los hombres. Si atendiésemos pues al influjo indirecto que tienen entre sí , se confundirian las dos potestades , y cada una someteria á su conocimiento los objetos de la otra ; y en este contraste seria á la verdad muy superior el derecho de la primera que manda sobre los espíritus , ya por la dependencia que de ellos tienen las acciones humanas , ya por la escelencia de su fin. Así que , la línea de las funciones de cada una está precisamente fijada en la relacion inmediata y directa que ellas tengan con el fin de su respectiva institucion.

» Por manera que el discernimiento de lo que compete á cada una de las dos potestades pende esencialmente del fin espiritual ó temporal de los objetos , segun que por su propia naturaleza y directamente se refieren al uno ó al otro. Mas toda la eco—

nomía de la Iglesia, todas sus reglās, toda su disciplina, en una palabra, todos los objetos que encierra, conspiran por su esencia al fin de la religion. Luego, todos son de su competencia esclusiva. Luego, la disciplina eclesiástica, aunque toda esterna, es toda espiritual, por lo mismo que tiende á un fin espiritual. Luego el poder secular es esencialmente incompetente para conocer de ella. Digo que la disciplina eclesiástica, aunque esterna, es espiritual; pues en el sentido canónico lo que se llama materia espiritual, jurisdiccion espiritual, siempre es relativo á objetos sensibles y esternos; porque los puramente internos, si no es en el fuero sacramental de la penitencia, no caen bajo la potestad eclesiástica, como queda dicho. *Ecclesia non judicat de internis* (8). »

Infiérese de lo dicho, que *si mal hizo Justiniano*, segun lo confiesa el mismo Dr. Vigil con estas palabras que copiamos, *de haber mandado en una de sus constituciones, que las palabras de la consagracion se dijese en voz alta, y no pudo menos de ser chocante el mandato de un gobierno, que á fines del siglo último impuso* «á sus muy amados súbditos un ayuno religioso y solemne, amenazando con castigos á los negligentes;» y si no *habria quien no murmurase y ridiculizase la conducta de un gobierno, que quisiera caprichosamente prohibir que las patenas y cálices no fuesen consagrados; que se disminuyese el número de oraciones en la misa, y que los ornamentos fuesen siempre de un mismo color; por rodear estos actos exteriores la cosa dogmática, y mirar muy de cerca el culto cristiano, y ser por esta razon disciplina interna, que no pertenece á los gobiernos* (9); mucho peor harian estos, y mucho mas murmurarian de ellos y los ridiculizarian los fieles sensatos, si los vieran entrometerse en la disciplina del bautismo y demás sacramentos del santo sacrificio, y culto exterior de la predicacion, de las censuras y de otros asuntos eclesiásticos y sagrados, que les concede nuestro inconsecuente escritor con sus chocantes principios; pues esos puntos rodean, se rozan, y están intimamente unidos con la cosa dogmática, y miran mas de

cerca el culto cristiano, al paso que tienen íntimas relaciones con la cosa pública y refluyen grandemente en los asuntos de la sociedad. Por donde se vendrá á mas claro descubrimiento de los devaneos y aberraciones de los inadvertidos prosélitos del jansenismo político.

Para contestar el Dr. Vigil á un distinguido autor que recientemente ha dicho en uno de nuestros periódicos, «que la potestad legislativa (eclesiástica) se estiende á la doctrina, costumbres y disciplina de suyo esterior; que es de la competencia de la Iglesia, y que no puede negársele sin incurrir en la herejía condenada por la bula *Auctorem fidei* recibida en la Iglesia, y que hace regla de fe;» dice nuestro discípulo de Ricci: «Censuraba este papa Pio VI, una proposicion que así decia: *seria abuso de la autoridad de la Iglesia hacerla traspasar los límites de la doctrina y costumbres, y estenderla á las cosas esteriores*, etc. La censura era esta: *en cuanto en aquellas indeterminadas palabras estenderla á las cosas esteriores, nota como abuso de la autoridad de la Iglesia el uso de su potestad recibida de Dios, de cual usaron aun los mismos apóstoles al establecer y sancionar la disciplina esterior*, herética. Tan léjos de mirar nosotros como abuso de la autoridad eclesiástica el estenderla á las cosas esteriores, le hemos reconocido su derecho esclusivo en todos los actos esteriores de disciplina interna: tambien hemos confesado que es ordinario y natural de ella eso propio, que en materias de disciplina esterna tienen por necesario y conveniente desempeñar los gobiernos, como protectores, sin cuya calidad no podrian intervenir (10).» Por de pronto advertimos ser esta respuesta una de aquellas fraudulentas tergiversaciones tan familiares á los refractarios secuaces del jansenismo para eludir las censuras y anatemas de la Silla apostólica. Porque, si bien en la teoría nuestro adversario concede esclusivamente á la Iglesia la competencia sobre los *actos esteriores*, que él apellida de *disciplina interna*, en la práctica se la niega casi en todos: y aun en la teoría hablando de dicha *disciplina interna* dice, *la que, si á veces queda*

espuesta á la accion de los gobiernos, es en su exterioridad (11). Luego tambien niega que pertenezcan esclusivamente á la Iglesia los actos exteriores de disciplina interna, pues *actos exteriores* y *exterioridad* son sinónimos. Y como casi toda la disciplina de la Iglesia tiene esa exterioridad, y sus actos externos tienen *en algun modo influencia en la sociedad*, como queda probado, se sigue que casi toda la disciplina de la Iglesia, que nuestro antagonista contradictorio llama *interna*, es de la competencia de los gobiernos: ó lo que es lo mismo, casi toda la disciplina de la Iglesia es interna y externa á la vez! ¿Quién no admira mas y mas la absurdidad y oscurantismo de la doctrina jansenisto-vigiliana?

De semejante fraude echa mano con estas palabras: «Tambien hemos confesado que es ordinario y natural de ella (la potestad eclesiástica) eso propio, que en materias de disciplina esterna tienen por necesario y conveniente desempeñar los gobiernos, como protectores.» ¡Hasta donde llega la mala fe! Allí propio donde esto dice, enseña: «que es propio de los gobiernos oponerse vigorosamente á que tengan efecto esas disposiciones eclesiásticas *de disciplina esterna*, que no les parecen útiles, ó quizás perjudiciales.» En otra parte nos ha escrito: «que este derecho de la Iglesia enmudece y queda dormido cuando el protector alza la voz (12).» A cada paso, al descender al terreno de la aplicacion de sus principios, se lo niega rotundamente. ¿Y esto es proceder de buena fe? ¿esto es ser lógico en sus principios? ¿esto es conceder á la Iglesia los mismos derechos en la disciplina esterna que á los gobiernos?

Pero vamos á ver la absurdidad de este efugio. Supóngase por un momento que los prelados eclesiásticos y los gobiernos civiles tengan á la vez autoridad en los asuntos de disciplina esterna de la Iglesia, que es lo mismo que decir, en el gobierno de la sociedad religiosa: En este caso ó serán iguales los derechos de ambos, ó los gobiernos civiles gozarán de la supremacia. Si estos gozan de la supremacia, por necesidad desaparece la autoridad de los prelados de la Iglesia, y deja de ser au—

toridad , porque tiene un superior que puede deshacer lo que ella haga : y como puede deshacerlo todo , pues sobre todo tiene la supremacia; se sigue que puede llegar el caso de que nada pueda hacer , nada pueda llevar á efecto. Y como este caso puede darse siempre , es evidente que entonces desaparece la autoridad eclesiástica. Conoció esto el Sr. Vigil , y es por esto , que arrojando de sí la capa de esa seductora confesion , con que se había cubierto por no parecer hereje cuando le atajaban con la censura de la Iglesia ; dice despues sin embozo : «el derecho de los prelados eclesiásticos sobre la disciplina esterna enmudece y quedá dormido cuando el protector alza la voz : » «es propio de los gobiernos oponerse vigorosamente á esas disposiciones eclesiásticas de disciplina esterna , que no les parecen útiles y quizás perjudiciales.» ¿ Qué es un derecho mudo y dormido ? es un derecho que no tiene accion , que no tiene vida , que no existe. Para aclarar esta verdad , supongamos que los gobiernos avocasen á sí el ejercicio perpetuo de disponer de toda la disciplina esterna de la Iglesia. En la teoría vigiliana lo pueden hacer , pues se les concede derecho para ello. ¿ Donde estaria entonces la autoridad de los prelados eclesiásticos ? Estaria muda y dormida perpetuamente. Y ¿ un sueño perpetuo no es una muerte ?

Demos ahora que ambas potestades tengan iguales derechos : ó la una podrá destruir cuanto haga la otra , y entonces Jesucristo creó en su Iglesia un elemento de destruccion , de colisiones funestas , no creó autoridad ninguna reguladora ; ó la una vendrá á ser inútil , y de consiguiente absurda , en concurrencia con la otra : y en este supuesto no habrá mas que una autoridad. Todo hombre conoce que dos potestades en una nacion con iguales derechos es una monstruosidad , cual un cuerpo con dos cabezas. La Iglesia por institucion divina es *Una* ; una pues debe ser la potestad que la gobierne. Militan por la unidad eclesiástica los mismos títulos que militan por la unidad nacional independiente. El derecho de hacer lo que otro puede deshacer , es un derecho ficticio , un derecho disol-

vente, un derecho que destruye y se destruye, un derecho que reduce los seres morales al anonadamiento. Repugna pues en la potestad eclesiástica la comunión de derechos con otra cualquiera potestad.

No hay verdad que tenga igual imperio en la mente del hombre pensador, como esta; y es por esto que no hay verdad, de que tan claramente hayan hablado el Evangelio y la Iglesia. Jesucristo no solo la estableció con la regla general de que todo reino dividido se desmorona, se disuelve; no solo la explicó cuando removi6 toda idea de comunión de derechos entre el César y la Iglesia; no solo hizo sentir la fuerza de tal necesidad cuando confirió á los ap6stoles reunidos el poder de enseñar, de absolver, de gobernar, y cuando rog6 á su Eterno Padre que mantuviese entre ellos aquella misma unidad que hay entre sí y él (13); sino que tambien indic6 el modo de conservarla cuando estableció por sí mismo el primado pontificio (14), para que fuese el centro y la plenitud de la autoridad eclesiástica, el origen de la unidad, y así una fuese la Iglesia, una la cátedra, uno el obispado, como dice S. Cipriano, cuya parte por cada uno de los obispos se administrase solidariamente (15), pero con la debida dependencia y subordinación á la cabeza, á fin de que así se orillase toda ocasion de cisma, como sabiamente advierte S. Jerónimo (16). Por cuya razon escribia Montesquieu: «Cuando la religion tenia muchos ministros, era natural que hubiese un jefe y se estableciese el pontificado (17).»

Con efecto, aquellos que olvidados de estos principios por genio de novedad rompieron la unidad del poder eclesiástico, fueron siempre los mismos que dieron pruebas mas luminosas de la necesidad de ella. La Germania en el siglo de la reforma ofreció al mundo un espectáculo bien humillante. Apenas los primeros ap6stoles del nuevo Evangelio se separaron de la legítima autoridad, se convirtieron en ap6stoles de la division entre ellos. Carlostadio resiste á Lutero su discípulo; Lutero no simpatiza con Calvino; Calvino discuerda de Zuinglio; Grocio,

Jurieu y Ammond se rien de los procesos de ébrios del sínodo de Gap (a); suceden á los primeros protagonistas y tienen su alternativa en la grande escena teatral los arminianos, los gomaristas, los erahutas, los hermanos moravos, los pietistas, los soccinianos, los coccejanos y otras sectas sin número y sin union, que ora se tienen miramientos, como todas de una misma ralea heterodoxa, ora se llenan mutuamente de anatemas como rivales en liza. Finalmente hormiguea aquel desgraciado país en innumerables confesiones, todas diversas y contradictorias, la augustana, la smacáldica, la sajónica, la wittembérstica, la strasbúrgica, la galicana, la ginebrina, la bohema, la béléstica del sínodo de Dordrecht, la polaca del sínodo de Czenger, la del elector palatino Federico III, las de las Iglesias de Escocia, las cuatro ó cinco de la Suiza, omitiendo muchas otras que en lo sucesivo se compilaron y que bastarian para componer un Decameron. Esta estravagancia chocaba de tal manera á los mismos reformadores, que, escribiendo Calvino á Melancton, le decia: «Es de suma importancia que no se trasluzca alguna sospecha de nuestras divisiones; porque es ciertamente cosa digna de risa, que, despues de habernos puesto en discordia con todo el mundo, estemos tan poco acordes entre nosotros.» Tambien en la Rusia la secta originaria ha padecido sus fracciones, por manera que á la fecha cuéntanse quizás mas de cuarenta sectas de rascólnicos, todas estravagantes y en parte abominables, las cuales protestan de consuno contra la Iglesia rusa, como esta protesta contra la Iglesia romana. Y ¿qué diremos de la Iglesia anglicana? Tan fecundo de nuevas religiones ha sido el principio del libre exámen individual de las Escrituras que proclamaron los nuevos reformadores, que las sectas han germinado en aquel país, y dó quiera llegó su semilla como los hongos en el campo y en los bosques. Los presbiterianos, seekeros, burgeros, anti-burgeros, libres pensadores, anabatistas, pedobatistas, adult-batistas, quaker-batistas, independientes, hugonotes, brownistas, destruccionistas, místicos, universalistas, materialistas, santos del último día, ó mormonistas,

davidistas , evangelistas , wesleyen-metodistas , ranteros y otras mil divisiones y subdivisiones son otros tantos vástagos bastardos que brotó el árbol de maldicion , la malhadada reforma ; otras tantas fracciones del protestantismo , unos competidores que al paso que luchan entre sí y se despedazan , convienen solamente en el odio contra la unidad católica que con mano robusta los aplasta. Ni podia ser de otra suerte , porque la unidad es un carácter esencial de la verdad y no de la mentira , la cual jamás es coherente á sí misma. Cabalmente se ha observado que muchos de los mas ilustrados protestantes de nuestros dias han degenerado en deistas y ateos ; lo que manifiesta claramente que la violacion de la unidad es la tendencia mas cierta hácia el ateismo.

De molde vienen aquí las palabras que estractamos de San Cipriano : « Jesucristo ; queriendo empezar el misterio de la unidad en su Iglesia , eligió entre todos sus discípulos doce , y queriendo consumir el misterio de la unidad en la misma Iglesia , entre los doce , eligió uno... *Tú eres piedra* , le dice , *y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos , y lo que tú ligares sobre la tierra , será ligado en el cielo.* Esta primera palabra : *Todo lo que tú ligares* , dicha á uno solo , ha colocado debajo su poder á cada uno de los demás á quienes diga : *Todo lo que vosotros perdoneis* ; pues la potestad dada á uno solo sobre todos y sin escepcion lleva en sí la plenitud , porque no teniendo que compartirse con ningún otro , no tiene mas límite que el que da la regla. Pero ved aquí lo que se desconoce. Una vana y presuntuosa complacencia por sus propias ideas va hasta arrebatarse contra Dios mismo , insultándole en la autoridad que le representa. Tales son los hombres que con desprecio de las reglas establecidas por el divino Legislador se mezclan por sí mismos y sin mision alguna en las funciones del santo ministerio , como profetas de mentira , en quienes el Señor no puede reconocer sus órganos... ¡ Y qué ! El que no se sujeta á la unidad ¿ creará tener fe ? el que se pone en rebelion contra la Iglesia

¿creerá marchar con ella , con desprecio de las palabras del Apóstol que declara que no hay mas que un Señor , una fe , un bautismo , un Dios...?»

« Como no hay mas que un solo Jesucristo , no hay igualmente sino una sola Iglesia , y una sola cátedra fundada sobre S. Pedro por la palabra misma de Jesucristo. Luego , habiendo un solo altar y un solo sacerdote , no puede haber en él dos , ni con él otros : (nótense bien estas palabras) , «no puede haber en él dos , ni con él otros : » *Quien no recoge conmigo, disipa.* No hay mas que una culpable demencia ó una impiedad sacrilega para creerse con derecho de violar este orden que Dios mismo ha establecido...»

«La Esposa de Jesucristo no admite alianza adúltera ; porque es casta , inviolable , no conoce mas que una casa , y se opone á todo abrazo profano...» «...Y luego , ¿ vendrán á decirnos que esta unidad que tiene por fundamento la infalibilidad de la palabra divina , y por cimiento los sacramentos venidos del cielo , puede impunemente ser rota en la Iglesia , y anonadada por la oposicion de sentimientos? Quien no cree la unidad , no tiene tampoco fe en el Padre , ni en el Hijo , ni en la verdad , que es necesaria para la salvación.»

«Novaciano no sucede á nadie ; él empieza por sí mismo , y hace una Iglesia á parte ; pero él no está en la Iglesia , sino fuera de ella : porque es imposible que la Iglesia esté á un mismo tiempo adentro y afuera. Nosotros no somos , repito , los que nos hemos separado de ellos , sino ellos los que se han separado de nosotros ; y por lo mismo que ellos son nuevos , que han hallado la Iglesia establecida , y que han venido despues , sus asambleas y las asociaciones que ellos tienen á parte , como así las llaman , no pueden jamás ligarse al tronco de la unidad ; y por consiguiente se esfuerzan para hacer una Iglesia humana , y no católica (18).»

Estas magníficas palabras del santo doctor que dirigia á los novacianos , prueban robustamente contra los protestantes y jansenistas políticos , que la *potestad eclesiástica dada á uno solo* ,

Pedro, no tiene que compartirse con ningun otro extraño, cuales son los gobiernos civiles, que, entrometiéndose estos sin misión alguna en las funciones del santo ministerio, el Señor no los reconoce por órganos suyos; antes bien le insultan en la autoridad que le representa, y desprecian las reglas establecidas por el divino Legislador; que habiendo un solo sacerdocio, no puede haber en él dos, ni con el otro; que la Esposa de Jesucristo no admite alianza adúltera y se opone á todo abrazo profano de los gobiernos seculares; y que quien no cree en esta unidad, tampoco tiene fe. Se esfuerza el Sr. Vigil en purgarse de esta nota degradante, diciendo que en su doctrina «nada hay de herejía, nada de protestantismo, ni jansenismo, ni irreligioso ó impío, y que la condenacion de Pio VI no cae sobre su doctrina.» Ocupémonos de esto, y hagamos ver al Sr. Vigil y á todos los partidarios político-jansenistas, que ya data de mucho tiempo que la Iglesia tiene condenado como *herético* el error que atribuye á los gobiernos políticos autoridad sobre su disciplina exterior.

Nadie negará que el ejercicio del derecho penal eclesiástico, el derecho de dictar y ejecutar los cánones en que se hallan establecidas las penas exteriores con las cuales son castigados los hijos delincuentes de la Iglesia, que son al propio tiempo miembros de la sociedad civil, no sea esto disciplina exterior de la Iglesia. El Dr. Vigil no solo lo confiesa, sino que añade ser esas penas exteriores, esceptuadas las censuras (aunque, según sus principios, también estas pertenecen á la disciplina eterna), de la competencia exclusiva del gobierno civil. Pues bien: el pontífice Juan XXII en la bula dogmática *Licet juxta doctrinam*, define contra el hereje Marsilio de Padua ser error heretical el decir que sea de la competencia del gobierno civil ese punto de disciplina exterior. Hé aquí sus palabras: *Ultimamente, el error que enseña que el Papa ó toda la Iglesia juntamente no puede castigar á ningun hombre, por malvado que sea, con punición coactiva, si el emperador no les da autoridad, lo condenamos como contrario á la sagrada Escritura,*

opuesto á la fe católica, herético y erróneo (b). Este mismo error como herético ú opuesto á las divinas Escrituras, fué condenado por el concilio de Sena, cuyo tenor es el siguiente: «A esos hombres ignorantes siguió luego Marsilio de Padua, cuyo envenenado libro intitulado *Defensa de la paz*, se dió á luz poco ha por la diligencia de los luteranos para desgracia del pueblo cristiano. Él insulta á la Iglesia como un encarnizado enemigo, y adula impiamente á los príncipes seculares; niega á los prelados toda jurisdiccion exterior, esceptuando la que el mágistrado lego les hubiese concedido. Sostiene tambien, que todos los sacerdotes, ya sean simples presbíteros, obispos, arzobispos y aun el Papa tienen por institucion de Jesucristo una autoridad igual; y que si alguno tiene mas potestad que otro, es por pura concesion del príncipe, quien puede revocarla á su discrecion. Pero por las sagradas Escrituras queda reprimido el abominable furor de este hereje delirante. Ellas declaran que es independiente de la potestad civil la potestad eclesiástica, la cual se halla fundada sobre el derecho divino que la autoriza á establecer leyes para la salud de los fieles, y castigar con censuras legítimas á los rebeldes. Se demuestra por las mismas Escrituras, que la potestad de la Iglesia es no solamente superior, sino tambien mas digna que ninguna otra potestad secular, mientras que Marsilio y demás herejes mencionados se desenfrenan impiamente contra la Iglesia, emplean sus esfuerzos y se empeñan á porfía en disminuir alguna parte de su autoridad (19).»

Otra condenacion terminante de este error que atribuye á los gobiernos civiles autoridad sobre la disciplina esterna tenemos por el sabio pontífice Benedicto XIV; quien contra el hereje Laborde, que habia publicado un libro titulado: *Principios sobre la esencia, distincion y límites de las dos potestades espiritual y temporal*, así se espresa en su constitucion *Ad assiduas*: «Hubierais visto, VV. hermanos, que el autor de ese parto tan execrable tiende directamente á derribar, destruir, y esterminar completamente la potestad que Cristo nuestro Señor

y Salvador confirió á su Iglesia, no solo de dirigir por consejos y persuasiones, sino tambien de mandar por medio de leyes, y de contener y obligar á los desviados y contumaces con un juicio exterior y con saludables penas, sujetando de tal manera el ministerio eclesiástico á la potestad secular, que afirma pertenecer á esta *conocer y juzgar de todo el gobierno* (disciplina) *exterior y sensible: Ecclesiasticum ministerium ita seculari dominationi subiciens, ut ad hanc spectare pronunciet, de externa omni ac sensibili gubernatione cognoscere ac judicare.* Sistema malo y pernicioso, ya antes reprobado y condenado espresamente como *herético* por la Santa Sede, y en particular por nuestro predecesor Juan XXII en la bula *Licet juxta doctrinam*: ese sistema, que el imprudente autor ofreció solapado con falaces razones, con palabras disfrazadas con la máscara del celo de la religion; con ilegales y torcidos testos de las divinas Escrituras y de los santos padres, para imponer y engañar mas fácilmente á los simples y menos cautos. Mas el que examina la cosa con madurez y diligencia segun la norma de las reglas de la religion y de la fe, fácilmente descubre la falsedad de sus principios, la absurdidad de sus consecuencias y la temeridad del autor extraviado de la senda de la verdad, con que introdujo proposiciones capciosas, falsas, impías y erróneas; otras veces ya condenadas como heréticas, injuriosas á la Iglesia, y eversivas, en cuanto cabe, de su potestad, derechos y libertad.»

«Por tanto, para que la corruptela de un sistema tan perverso no serpente mas dilatadamente con daño de la Iglesia y de las almas, rechazamos, reprobamos y condenamos el precitado libro, y prohibimos bajo pena de escomunion su lectura, retencion y uso á todos los fieles, y mandamos que sus ejemplares sean entregados á los respectivos obispos, quienes luego los consignarán á las llamas.»

«Vosotros pues, VV. hermanos, unidos vuestros cuidados con los nuestros con celo pastoral y sacerdotal constancia, vedad en vuestros rebaños descendiendo á la arena y poniendo

una muralla por la casa de Israel contra esos locuaces é impostores que enseñan falsedades, que intentan ensanchar y traspasar los límites de la potestad civil que rayó el Eterno; y coartar, disminuir y disipar los derechos de la Iglesia; quienes, mezclando lo divino con lo humano, amenazan sediciosamente al imperio y al sacerdocio. Exhortad á las ovejas que se os han encomendado, que se adhieran á las palabras de nuestro Señor Jesucristo y abracen la doctrina que es segun la piedad; no escuchando los mandatos de los hombres que se apartan de la verdad; sino que dén á cada uno lo que le es debido, al César las cosas del César, á Dios lo que es de Dios (20).» Este era el lenguaje enérgico, elocuente, lleno de gravedad y celo de la religion del Vicario de Jesucristo, del gran Benedicto XIV contra los secuaces del sistema que atribuye á la potestad civil derecho sobre la disciplina esterior de la Iglesia. ¿Tendrán algo que oponer á él los refractarios y cavillosos prosélitos de Jansenio?

No habian pasado 31 años, desde que el gran Pontifice les habia impuesto silencio con la condenacion del espresado libro que contenia tales errores, quando, aumentados esos hijos de perdicion, se reunen en sínodo en Pistoya; y entre otras emiten una proposicion que afirma: *que seria un abuso de la autoridad eclesiástica llevarla ultra los límites de la doctrina y costumbres, y estenderla á las cosas exteriores, y por medio de ella exigir lo que depende de la persuasion y del corazon; como tambien mucho menos pertenece á ella exigir por fuerza una esterior sujecion á sus decretos.* Mas el supremo Pastor, que vela incesantemente sobre el rebaño cristiano aun en la oscuridad de la noche del error, levantó desde luego el cayado pastoril y arrojó del rebaño de Jesucristo á esos lobos carniceros, lanzando sobre ellos el anatema. Era el inmortal Pio VI que reprobando aquel tenebroso sínodo condenaba esa proposicion con la nota de herejía en la bula dogmática *Auctorem fidei*, que hace regla de fe. «Semejante proposicion, decia, en cuanto indeterminadamente en aquellas palabras *estenderla á las*

cosas exteriores denote ser como un abuso de la potestad que ha recibido de Dios, de cuya potestad usaron ya los apóstoles en establecer y sancionar la disciplina exterior; es *herética*. Mas en la parte que insinúa que la Iglesia no puede exigir obediencia á sus decretos sino por medios persuasivos; por cuanto entiende que la Iglesia no ha recibido de Dios potestad para mandar por medio de leyes, y obligar é impeler á su cumplimiento en el fuero esterno y con saludables penas á los desviados y contumaces; *tal proposicion se condena como inducente á un sistema otras veces condenado como heretical (c).*» Tenemos pues que siendo de fe ser una la Iglesia de Jesucristo, una sola la cabeza de ella, á quien pertenece el régimen de la sociedad religiosa, y siendo *herético* el afirmar que á ella no pertenece el disponer de la *disciplina exterior*, ó que es abuso el uso que hace de su autoridad estableciéndola y sancionándola contra lo que puede disponer cualquier otro; se sigue que es herética la doctrina que enseña tener los gobiernos civiles derechos sobre tal disciplina exterior: y esto tanto mas claro, cuanto que los corifeos de este error apellidan *usurpaciones* ó *pretensiones* ciertas disposiciones que la autoridad eclesiástica emite sobre algunos puntos de tal disciplina exterior; y propagan que cuando el gobierno político protector alza la voz ó dispone algo sobre tal disciplina, la potestad eclesiástica debe *enmudecer y quedar dormida*, esto es, ha de desaparecer entonces y no existir, ó si habla, ó dispone, comete *un abuso en el uso de su autoridad*, que es lo que condena Pío VI contra los jansenistas pistoyanos.

De nada sirven para eludir la censura de la Iglesia las protestas hipócritas y contradictorias del moderno político-jansenista: «que tan léjos está él de juzgar como abuso el uso que la Iglesia hace en establecer la disciplina exterior, que antes le concede iguales derechos que á los gobiernos civiles sobre la misma, y que ambos pueden legislar sobre ella.» Porque este lenguaje tergiversivo lo ha aprendido nuestro bibliotecario de los secuaces del protestantismo. Oiga al gran Bossuet. «Es una

ilusion , escribia este sabio , decir con el parlamento de Inglaterra que no se intenta escluir la potestad espiritual , sino que obrará de concierto con la asamblea del clero ; porque al cabo siempre es reservar la suprema autoridad á una potestad que es secular nada mas , y oir á los pastores mas bien como consejeros , cuyas luces se aprovecharán (*ó rechazarán*) , que como jueces naturales , á quienes únicamente corresponde la decision por derecho divino (21).» Y nosotros hemos probado que , aun prescindiendo del dogma de la unidad católica , es imposible , segun la razon natural , que dos potestades gobiernen con iguales derechos en una sociedad. Dos rivales en liza , ó ambos pe-
recen , ó uno se alza con la victoria y con el botin.

Veamos lo que dice sobre este punto el concilio Tridentino. Entre otros asuntos de disciplina exterior que son objeto de sus decisiones conciliares , ocupan un lugar muy principal los cánones emitidos sobre la disciplina del santo sacramento del matrimonio contra los herejes protestantes. Nuestro Dr. Vigil no tan solo concede á los gobiernos políticos ingerencia en este punto de disciplina esterna , sino que niega que la Iglesia tenga derechos de establecer impedimentos dirimentes , dispensarlos , y sobre otras causas matrimoniales , si no se lo conceden dichos gobiernos. Ahora bien , contra este error dogmático , que defendieran los reformadores del siglo xvi , el sacrosanto Concilio fulminaba sus anatemas , definiendo : *Si alguno dijere que la Iglesia no pudo establecer impedimentos dirimentes del matrimonio , ó que erró en establecerlos ; sea escomulgado. — Si alguno dijere que las causas matrimoniales no pertenecen á los jueces eclesiásticos ; sea escomulgado* (22). Advierte aquí nuestro nuevo protestante , «que el concilio con esos cánones no define ningun dogma de fe , ni condena como herética la opinion contraria.» Pero ¿se ha de hacer mas caso de las advertencias de ese preocupado que de las protestas de los luteranos , calvinistas y demás prosélitos de la reforma? Que nos diga ese sabio eminente ¿qué requisito les falta á esos cánones para que sean una definicion de fe ? ¿No nos enseñan

los teólogos que es una regla para conocer que la Iglesia define como verdad dogmática el que selle sus cánones con el anatema contra quien dijere lo contrario? ¿No ha sido esta su práctica general? ¿Cuál es el dogma católico mas sagrado, que se halle definido en los concilios con otras fórmulas que las referidas? ¿No dice el concilio en el preámbulo á esos cánones, «que ha resuelto esterminar las herejías y errores mas sobresalientes de los mencionados cismáticos para que su pernicioso contagio no inficione á otros, decretando los anatemas siguientes contra los mismos *herejes* y sus errores?» ¿No es un dogma de fe lo que la Iglesia define apoyada en la divina Escritura y tradicion, y práctica de los apóstoles? Pues bien: Jesucristo dijo sin restriccion á S. Pedro: *Todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares, desatado* (23). S. Pablo se reconocia revestido de legitima autoridad para disponer de los asuntos matrimoniales (24); ¿acaso la habia recibido de los príncipes seculares? El mismo concilio dice, que los errores condenados en aquellos cánones *son contrarios á lo que siente la Iglesia católica, y á la costumbre desde los tiempos de los apóstoles* (25). Pero en otro lugar se dispararán mas difusamente esas cavilaciones de los refractarios protestante—jansenistas.

Sin embargo añadiremos: ningun otro tiene derecho á declarar que lo que define la Iglesia es un dogma de fe, y herejía el error contrario, sino la misma Iglesia. Ahora pues, el Vicario de Jesucristo, Pio VI, en la referida bula dogmática *Auctorem fidei*, recibida por toda la Iglesia católica, declara espresamente que son dogmáticos los cánones precitados, y que son herejía los errores que se condenan en ellos. He aquí los errores y su condenacion: «La doctrina del sínodo pistoyano que afirma, *que pertenece esclusiva y originalmente á la suprema potestad civil poner al contrato del matrimonio aquel género de impedimentos que hacen nulo al mismo, y se llaman dirimientes; cuyo derecho originario se dice además que está esencialmente unido con el derecho de dispensarlos*; añadiendo,

que, supuesto el asenso ó convivencia de los principes, habia podido la Iglesia constituir justamente los impedimentos que dirimen al mismo contrato del matrimonio, como si la Iglesia no siempre hubiese podido y pueda por propio derecho constituir en los matrimonios de los cristianos impedimentos que no solo impidan, sino que tambien anulen el matrimonio en cuanto al vínculo, con cuyos impedimentos los cristianos se hallen atados aun en las tierras de los infieles, y dispensar en los mismos; esta doctrina se condena como eversiva de los cánones 3, 4, 9 y 12 de lá sesion 24 del concilio Tridentino, y como *herética (d)*.» Mas terminante todavía es la siguiente contra los defensores de los derechos imaginarios de los gobiernos sobre la disciplina exterior de la Iglesia. El Sr. Vigil nos ha dicho repetidas veces que, cuando el principe protector alza la voz en puntos de disciplina esterna, cuales son los de que habla la proposicion que vamos á citar, los derechos de la Iglesia sobre ella *enmudecen, quedan dormidos*; ha dicho que los gobiernos civiles deben oponerse vigorosamente é impedir que tengan efecto las disposiciones de la potestad eclesiástica sobre tal disciplina exterior, que no les parezcan útiles, y quizás nocivas. Oiga pues la voz de Pedro, ó mejor de Jesucristo, que habla por su venerable vicario Pio VI (26), á cuyos acentos hacen eco todos los obispos católicos. La proposicion de los jansenistas pistoyanos era: *Rogamos á la potestad civil, que quite del número de los impedimentos la cognacion ó parentesco espiritual, y el de pública honestidad, cuyo origen se halla en la coleccion de Justiniano; como tambien que restrinja el impedimento de afinidad y consanguinidad, proveniente de cualquiera cópula, sea lícita ó ilícita, al cuarto grado segun el cómputo civil por línea lateral y oblicua; de manera que no quede esperanza alguna de alcanzar dispensacion*. La condenacion era: «En cuanto esa proposicion atribuye á la potestad civil derecho ó de abolir, ó de disminuir los impedimentos constituidos ó comprobados por la autoridad de la Iglesia; como tambien en la parte que supone que la Iglesia

puede ser despojada por la potestad civil del derecho propio de dispensar sobre los impedimentos constituidos ó comprobados por la misma autoridad eclesiástica; se condena como subversiva de la libertad y potestad de la Iglesia, como contraria al Tridentino, y proveniente del principio heretical condenado arriba (e).»

Ahora discurremos así: si en las materias de impedimentos del matrimonio y su dispensacion, que no solo son de disciplina exterior, sino tambien *materias mixtas*, por cuanto la Iglesia tiene derechos sobre ellas por ser asuntos del santo sacramento del matrimonio, cuya materia es el *contrato natural*, y los tiene tambien la potestad civil en cuanto es ó puede ser contrato civil, el atribuir á los gobiernos políticos autoridad de legislar contra lo que ha dispuesto la Iglesia sobre tales materias, es herejía: ¿cuanto mas lo será adjudicarles facultades sobre otros puntos de esa disciplina exterior, que no son á la vez *materias mixtas*, sino asuntos puramente espirituales ó eclesiásticos? Queda pues probado, que la doctrina que atribuye derechos á los gobiernos civiles sobre la disciplina esterna de la Iglesia, es *herética*. Por tal además la condenó Paulo III en Enrique VIII y en Isabel, jefes de la Iglesia anglicana: en *De-Dominis* la Facultad parisiense y la Santa Sede; como tambien está en Febronio, en la constitucion civil del clero de la asamblea de Francia y en otros. En el capítulo siguiente verán nuestros adversarios refractarios cuán bien fundada está esa condenacion en la divina Escritura y tradicion.

CAPÍTULO VI.

OTRAS PRUEBAS DE LA INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA EN SU DISCIPLINA EXTERIOR.

« EN toda cuestion que interesa á la fe y costumbres, decia S. Cipriano, debemos principiar por remontar á la fuente de la tradicion, y con esta antorcha no habrá mas oscuridad y tinieblas. Si el agua de un canal llega á faltar, lo primero que se hace es visitar el nacimiento, y de esta manera se reconoce si la falta depende de que el manantial se haya secado, ó de que el agua se haya detenido solamente por algun obstáculo extraño. Así, cuantas veces llegue á suscitarse alguna duda, debemos acudir al instante al Evangelio y á la tradicion de los apóstoles, á fin de volver á traer la verdad al punto de donde ha sacado su origen (1).» Esta regla cierta, infalible, incontestable nos lleva al descubrimiento de la injusticia de las pretensiones de los político-jansenistas, que sueñan derechos inherentes á la soberanía de los gobiernos civiles sobre la disciplina exterior de la Iglesia. Porque desde luego diremos á estos: los derechos de entender en los asuntos de disciplina exterior de la Iglesia son derechos de gobernar á esta sociedad religiosa en todo lo que tiene exterioridad; son derechos de sancionar y abrogar las leyes canónicas, de modificar ó variar los ritos, ceremonias ó reglas prácticas establecidas para la recta administracion de los santos sacramentos, para la debida dispensacion del pasto espiritual de la divina palabra, para el ejercicio del culto divino; son derechos que dan autoridad y competencia esclusiva en las elecciones de los ministros del altar; sobre su buen orden y arreglo, su correccion, jurisdiccion y juicios;

sobre la division de las diócesis , dispensacion de los bienes eclesiásticos , prácticas de piedad , mortificacion y penitencia que deban practicar los fieles : en una palabra , son derechos que constituyen á quien los tiene , jefe visible de la institucion de Jesucristo , porque esta palabra *Iglesia* nada mas significa que una sociedad de hombres que reciben ciertas creencias , y se gobiernan por unas leyes ó reglas exteriores , que , por divina ordenacion , al paso que rodean la *cosa dogmática* , refluén en las costumbres públicas y tienen admirables relaciones con la sociedad civil. Y claro es que nadie puede arrogarse esos derechos si no los ha recibido del supremo y absoluto Fundador de esa sociedad ; y que quien no entra en el gobierno de los asuntos de ella por esa puerta de la divina mision ó autorizacion es un ladrón rapaz : *Fur est et latro* (2). Pues bien , decidnos : ¿cuales credenciales nos mostrais de vuestra divina mision ? ¿En qué página del Evangelio se os confieren esos pretendidos derechos ? ¿Por qué órgano de la divina tradicion nos probais esa vuestra supuesta autorizacion ? ¿Cuándo Jesucristo nos enseñó esta doctrina ? ¿En qué ocasion predicaron los apóstoles este dogma ? ¿En qué tiempo los padres y doctores de la Iglesia han publicado tales derechos ? ¿Acaso en los libros ó cartas de los apóstoles se halla rastro de esa enseñanza ? ¿acaso en las actas de los concilios ? ¿acaso en las obras de los santos padres ? ¿por ventura en la comun creencia católica ? Vosotros apoyais vuestros derechos en algunos hechos ó supuestos , ó mal entendidos , ó si se quiere decretos de Constantino , de Teodosio , de Justiniano , de Carlo Magno. Pero ¿son por ventura esos príncipes fundadores de la Iglesia católica ? Tendreis en ese caso derechos sobre la disciplina exterior de la Iglesia constantiniana , teodosiana , justiniana , ó carlomagnista ; pero jamás sobre la disciplina exterior de la Iglesia de Jesucristo , jamás sobre los asuntos de la sociedad divina , jamás sobre sus prelados.

La autoridad sobre esa disciplina eclesiástica esterna entra en el sistema de gobierno que instalára en su Iglesia el supremo Moderador ; entra en el plan del ejercicio de las llaves en

el fuero eterno: Y ¿quién ignora que el Hombre-Dios confirió á solo Pedro y á sus sucesores el gobierno de la Iglesia universal? ¿quién no sabe que á él solo y al que ocupáre su puesto, le dió suprema autoridad sobre todos los asuntos de ella con estas palabras, *todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares, desatado*? ¿A quién no consta que se le dió obispos coadjutores para la obra del ministerio, que como pastores subalternos bajo su dependencia gobernasen toda aquella parte de la grey que se les hubiese confiado? Si es pues un dogma de fe que á solo el Vicario de Jesucristo y á los obispos, con exclusion de otros, por institucion divina se les ha dado autoridad sobre los asuntos de la Iglesia, entre los cuales se numeran los de disciplina exterior; el atribuir derechos sobre estos á los gobiernos civiles es un error anti-católico. Además de los testos escriturales citados en los capítulos antecedentes que prueban la plenitud de la potestad en general concedida al jefe de la Iglesia universal por separado, y á los obispos unidos con él; hay tambien, entre ellos, algunos terminantes que les otorgan esclusivamente derechos sobre la disciplina exterior de la Iglesia. Uno de los puntos principales de esa disciplina exterior, segun confesion de nuestros mismos adversarios, es el ejercicio del derecho penal en materias de religion ó eclesiásticas. «Si el delincuente no se enmendáre, dijo Jesucristo, oida tu correccion fraternal, aun en presencia de algunos testigos, *dic Ecclesiæ*; denúncialo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia, ténlo por gentil y publicano (3).» ¿Hace mencion aquí Jesucristo de los gobiernos civiles? ¿Seria lícito al súbdito erigirse en juez? ¿No habla aquí terminantemente el Salvador de los prelados eclesiásticos, á los cuales el *Espíritu Santo puso por obispos para gobernar la Iglesia de Dios* (4), y ser sus jueces? Cuando S. Pedro valiéndose de este derecho establecia el juicio contra Ananias y Safira indagando el delito, interrogando al delincuente, y fulminando sentencia de muerte, convencido ya el reo del crimen, ¿obraba acaso de concierto con el gobierno civil (5)? Cuando S. Pablo juzgaba y escomulgaba al incestuoso

de Corinto desterrándole de la compañía de sus paisanos y parientes ¿pedia por ventura licencia á los magistrados del pueblo (6)? Cuando el mismo apóstol prescribía la forma de juicio contra un presbítero, en que habian de deponer dos ó tres testigos ¿obraba tal vez con anuencia del príncipe político? ¿remitia la causa al juez secular, y no al obispo Timoteo (7)?

¿Cuál de los príncipes civiles convocó el concilio de los apóstoles en Jerusalem? ¿A qué gobierno secular pidieron estos permiso para congregarse en aquella y otras asambleas? Cuando dictaron los cánones de disciplina esterna sobre la abstinencia diciendo : *ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no imponer otra carga que esta...* (8); ¿se hacia mencion de la potestad laical? Y sin embargo estos eran puntos de disciplina exterior. Lo propio diremos de cuando reglamentaban las elecciones de los obispos, presbíteros y diáconos (9); instalaban asociaciones de mujeres vírgenes y viudas bajo la direccion de los pastores para varias administraciones eclesiásticas (10); excluian del sagrado ministerio, particularmente del obispado, á los bigamos y neófitos (11); libraban cartas comendaticias ó de seguridad (12); ordenaban colectas de dinero (13); disponian de los bienes y proventos de la Iglesia (14); establecian reglas y daban órdenes acerca de los matrimonios de los infieles y fieles; reprobaban el divorcio; mandaban que la mujer, mientras viviera su marido, estuviese sujeta á la ley, y que solo muriendo éste pudiera pasar á segundas nupcias, con tal que fuese con un fiel ó cristiano; señalaban las obligaciones de los consortes (15); predicaban en el templo, en las casas, en las plazas y ante las mismas autoridades civiles con peligro de conmociones populares; y ejercian estos y otros cien actos de disciplina exterior, no solo sin ingerencia ó autorizaci6n de los gobiernos políticos, sino tambien algunas veces con oposicion á sus órdenes y resistencia, contestándoles : *Obedire oportet Deo magis, quam hominibus* (16) : «que se ha de obedecer antes á Dios que á los hombres.» Consta pues de la divina Escritura la independenciam de la Iglesia de la potestad civil en el gobierno

de su disciplina exterior. Veamos ahora lo que dice la tradicion.

De las autoridades citadas en el capítulo cuarto aparece claramente que la venerable tradicion está en nuestro favor. Sin embargo, para mayor convencimiento proseguiremos este argumento, haciendo alto principalmente en lo relativo al derecho esclusivo de la Iglesia sobre su disciplina esterna. Sabido es que en los muchísimos concilios que se celebraron en los tres primeros siglos de la Iglesia, en que las potestades temporales se habian conjurado contra la naciente sociedad religiosa, se decretaron muchos puntos de disciplina exterior, y se ejecutaron á pesar de las oposiciones del cetro secular. Los venerables padres de la Iglesia, que heredaron el espíritu de Jesucristo y de los apóstoles, nos han legado en sus preciosos volúmenes los sentimientos que los animaban sobre esta materia. Oimos en otro lugar á S. Ignacio mártir del siglo primero, ó quien sea el autor antiquísimo de la carta á los de Filadelfia, atribuida á ese Santo, que decia: «El pueblo, los príncipes y el mismo César han de obedecer al obispo en las cosas eclesiásticas.» S. Justino, del segundo siglo, se dirigia al emperador Tito Oelio, Adriano, Antonino, Augusto César, y á su hijo Verisimo con estas palabras: «Nuestro deber nos obliga á esponer públicamente nuestra creencia y nuestro tenor de vida; y el vuestro, ó príncipes, el mostrarnos íntegros al escucharnos, segun la misma razon os impone.... Dejadas aparte las cosas pertenecientes á la religion, en las que no podemos en conciencia convenir contigo, ó emperador, ni obedecerte; te servimos con alegría en lo demás, rogando á Dios que te dé santas intenciones juntamente con el poder soberano (17).» Escuchamos tambien á Tertuliano que decia: «Debemos obedecer al rey cuando se ocupa de las cosas políticas, no cuando se constituye en legislador de las cosas de la religion. — De todos los príncipes, *añadia en otro lugar*, que hayan sabido hasta aqui conciliar el respeto á la religion con la sabiduria de la política; nombradme uno solo que se haya declarado contra la Iglesia (a)!» «Cuando la ley civil, decia Orígenes que perte-

nece al siglo III, ordena cosas opuestas á la ley divina, la razón misma nos dice entonces que se deben despreciar las leyes y los legisladores humanos, para no obedecer sino al soberano Legislador, á Dios mismo (que nos habla por los prelados eclesiásticos: *qui vos audit me audit*), á fin de reglar nuestra vida por sus preceptos, sean los que quieran los trabajos y los peligros á que sea preciso esponerse para ello; pues de otra manera es imposible agradar á un mismo tiempo á Dios y á los hombres, y seria hasta absurdo el preferir agradar á estos y conformarse con sus leyes impías.—Nosotros no ambicionamos el favor de los grandes y de los reyes. Por lo demás, cuando no son cosas opuestas á nuestra religion, no somos tan insensatos que irrilemos contra nosotros los reyes y la autoridad pública, para que nos conduzcan á los tormentos, á los suplicios y á la muerte (18).

Oigan nuestros adversarios un bello trozo de una carta de S. Cipriano al papa Cornelio: «La fuente conocida de la herejía y del cisma, decia ese santo doctor, es la rebelion contra el obispo que Dios ha insituido; porque debe considerarse que no hay en la Iglesia de Dios mas que un obispo y un *Juez único*, que ocupa temporalmente el lugar de Jesucristo (el Papa). Y ciertamente si todos los fieles le obedeciesen, como Jesucristo ha mandado hacerlo, nadie intentaria, despues de haber sido reconocido por legitimo por los obispos, el constituirse juez, á menos que no fuese un hombre arrebatado por un temerario orgullo... ¡Qué! porque un puñado de orgullosos, sin pudor y sin freno, marchen léjos de los caminos del Señor, ¿será menester que nosotros desconozcamos las reglas que nos están prescritas por la divina tradicion; que dejemos la cólera y el crimen prevalecer sobre los juicios del episcopado, y que permitamos á la audacia de los hombres ser mas fuertes en sus criminales empresas, que á la omnipotencia divina en sus medios de repulsion? *¿Dejaremos nosotros que la autoridad de la Iglesia católica, que la majestad del pueblo fiel, y que los derechos sagrados de nuestra jurisdiccion, sean presa de los pla-*

nes de los impíos, permitiendo que hombres extraños à la Iglesia juzguen al Jefe de ella; que la herejía pronuncie sobre la fe cristiana; que enfermos llenos de heridas sangrientas, arrastrándose por tierra, abatidos bajo el peso del crimen y de la apostasia, decidan separadamente del sacerdote de Jesucristo, del obispo ejemplar y de su Juez natural? ¿Qué falta ya sino que la Iglesia ceda al Capitolio, y quitados los sacerdotes y el altar del Señor pasen à nuestra sagrada y venerable asamblea los simulacros y los ídolos con sus aras; si desde luego empiezan à dominar con la potestad del terror (19)?» ¡Brillantes palabras para confundir las temerarias pretensiones de los protestantes y jansenistas!

Entren ya los doctores del siglo iv, y oigamos su lenguaje en las colisiones con los emperadores cristianos. Vimos en otro lugar la energía con que S. Atanasio y S. Hilario Pietaviense hicieron frente al emperador Constancio en puntos de disciplina exterior (b). A estas autoridades agregaremos las de otros dos prelados contemporáneos. El obispo Lucífero Calaritano así argüía al mismo emperador: «¿Cómo dices, ó Constancio, que puedes juzgar à los obispos, à los cuales si tú no obedeces, has de ser condenado ante Dios con pena de muerte eterna? Siendo esto así, tú que entre los domésticos de Dios eres profano; ¿porqué te tomas esa autoridad contra el sacerdote de Dios...? ¿Quién eres tú, repito, que usurpas esa autoridad que Dios no te dió (20)?» Célebre también fué la sentencia de Leoncio obispo tripolitano, quien, hallándose en un concilio de obispos en que el mismo Constancio pretendia dictar leyes de disciplina eclesiástica, así le habló: «Me admiro que estando destinado para otros negocios, te metas en estos; que presidiendo à la milicia y à la república, quieras prescribir à los obispos aquellas cosas que à solo los obispos pertenecen (21).» S. Cirilo de Jerusalen escribia: «La Iglesia es llamada universal, porque está esparcida por toda la tierra...; porque somete y sujeta à sus prácticas (aunque sean de disciplina exterior) à los grandes y à los pequeños, à los reyes y à los súbditos...;

y porque posee todas las gracias y todas las virtudes ó poderes necesarios tanto para la direccion de las obras, como para el ministerio de la palabra (22).» S. Gregorio Nacianzeno obispo así amonestaba á los principes del siglo : «Emperadores, reverenciad la púrpura ; porque nuestra palabra sabrá tambien imponer leyes á los legisladores (23).»

Plácér han de recibir nuestros lectores de ver la valentía de dos grandes colosos de la Iglesia de ese mismo siglo iv. El emperador Valentiniano queria arrebatar al santo obispo Ambrosio un templo, esto es, la Basilica Ponciana, diciendo que por el derecho que tenia en los bienes de la república ; podia disponer de ella. Como se ha visto, segun los principios de nuestros adversarios, se trataba de un punto de disciplina exterior : disponer de los bienes de la Iglesia. Veamos como se esplicó el grande Ambrosio. He aquí sus palabras : «Me vi rodeado por los ministros y tribunos armados del emperador para que les entregara la basilica, diciéndome que el emperador usaba de su derecho, porque en su potestad están todas las cosas. Respondí : si me pidiero lo que es mio, esto es, mis bienes, mi plata, y lo demás que es mio, no me resistiera, aunque todas mis cosas fuesen de los pobres : mas las cosas divinas no están sujetas á la potestad del emperador. Si pedís el patrimonio, invadid : si el cuerpo, me apresuraré á entregároslo. ¿ Quereis arrastrarme al destierro ? ¿ á la muerte ? Me hareis un placer... Se me manda finalmente : entrega la basilica. Respondo : ni á mí me es lícito entregarla, ni á tí, ó emperador, recibirla. No tienes derecho alguno de quitar la casa á un particular ; ¿ y piensas serte lícito quitar la casa de Dios ? Se me alega que al emperador le son lícitas todas las cosas, pues es dueño de todas ellas. Contesto : no te molestes, ó emperador, hasta llegar á pensar que tengas algun derecho imperial en las cosas divinas. No te ensoberbezcas ; sino que si quieres gobernar por mas tiempo, has de manifestarte súbdito de Dios, porque escrito está : *Dad á Dios las cosas de Dios, y al César las del César*. Al emperador pertenecen los palacios, al sacerdote las

iglesias. A ti se te ha confiado el derecho sobre las fortificaciones y murallas públicas, no sobre las cosas sagradas (24).» Este mismo santo é intrépido obispo arrojó de los umbrales de la iglesia al emperador Teodosio, y le obligó á llevar la penitencia por la matanza de Tesalónica: y en otra ocasion, queriendo el emperador sentarse en la iglesia en el presbiterio, ó lugar destinado á los sacerdotes, Ambrosio le hizo bajar, y le dió lugar entre el pueblo, diciéndole: «No es lícito, ó emperador, sino á los sagrados ministros detenerse en el santuario... La púrpura hace emperadores, no sacerdotes;» y el emperador obedeció gustoso (25). Habiendo querido Teodosio edificar una sinágora á los hebreos, el santo obispo se le opuso; escribiéndole una carta enérgica, en que le dice y prueba que no le es lícito; y que si no dá crédito á él, así como en las causas pecuniarias se llaman á consejo los ministros políticos, en esta, que es de religion, se deben consultar en concilio los sacerdotes (26). ¿No son estos actos de disciplina exterior?

De igual celo apostólico están llenas las palabras de S. Juan Crisóstomo. «Si tú, dice, ó sacerdote, ves á un capitán, ó prefecto, ó una testa coronada, que se acerca indignamente á la sagrada mesa; prohibeselo. Tienes tú mayor potestad que el.»—«Aunque se haya de respetar el solio real; sin embargo al rey únicamente le pertenece la administracion de las cosas terrenas, ni fuera de esta potestad tiene ya autoridad alguna: mas el solio del sacerdocio está colocado en los cielos, y tiene autoridad de administrar las cosas relativas á lo celestial. ¿Quién dice esto? El mismo Rey de los cielos: *Todas las cosas que atáreis sobre la tierra, serán atadas en el cielo; y las que desatáreis, desatadas.* ¿Qué cosa puede compararse con este honor? El cielo empieza ya á juzgar en la tierra. Porque el juez está sentado en la tierra, y el Señor sigue la sentencia del siervo, y todos los juicios que de él emanan acá, el Señor los aprueba allá... Por esto Dios ha sujetado la cabeza del rey á las manos del sacerdote, enseñándonos, que este es mayor que aquel. Pues es claro que el inferior recibe la ben-

dicion del superior. Y sin embargo, mirad cuanta sea la iniquidad del rey (Ozias), ó mas bien del tirano. Entró en el templo del Señor para tomar el incensario: le siguió Azarías sacerdote: ¿por ventura dije temerariamente que el sacerdote es mayor que el rey? le siguió el sacerdote para echar del templo al rey (27).»

En el siglo v decia S. Leon Magno: «La Iglesia se rige y gobierna por las decisiones y leyes de sus pastores, y esto le basta; pero llama tal vez en su ayuda las leyes severas de los principes seculares para reducir los refractarios á que por los castigos del cuerpo busquen los remedios del alma (28).» En el vi, el grande pontífice y doctor S. Gregorio escribia al emperador Mauricio en estos términos: «Te debe ser notorio, que los piisimos emperadores aman la disciplina, guardan el orden, respetan los cánones, y no se mezclan en las causas sacerdotales (c).» S. Fulgencio enseñaba: «El emperador cristiano sujeta el solio de la dignidad real á la religion santa, y de tal manera se manifiesta hijo de la santa madre Iglesia católica, que en su principado la hace gozar de paz y tranquilidad por todo el mundo (29).» En el siglo viii escribia S. Juan Damasceno: «El emperador no tiene potestad para dictar leyes á las Iglesias. Atiende á lo que dice el Apóstol: *Dios puso en la Iglesia á algunos, primero los apóstoles, segundo los profetas, tercero los pastores y doctores para la perfeccion de la Iglesia.* No añadió los emperadores..... Los reyes no han recibido el derecho de dirigiros, ó fieles, por la palabra, sino los apóstoles y los profetas, y los pastores y doctores... A tí, ó emperador, te obedeceremos en las cosas que pertenecen á los negocios de este siglo. Mas para establecer los asuntos de la Iglesia tenemos los pastores, que nos dirigen y nos han legado las leyes é institutos eclesiásticos (30).» Omíto el citar á los Martines Turonenses, á los Eulogios, á los Teodoretos, á los Isidoros hispalenses, á los Teodoros estuditas, á los Isidoros pelusiotas, á los Ivones carnotenses, á los Bernardos de Clara-val, á los Tomases de Aquino (31), y á otros doctores de los

siglos mas cercanos á nosotros , porque quizás nuestros adversarios los tildarian, como acostumbran , ó de preocupados ultramontanos , ó de curialistas ambiciosos que se dejaron llevar de las opiniones de la época , y secundaron las pretensiones romanas: pues este es el lenguaje del jansenismo refractario en sus arranques de despecho.

La divina tradicion sobre el punto que nos ocupa brilla no tan solo en los libros de los santos padres y doctores de la Iglesia , sino tambien en las actas de los concilios y constituciones de los pontífices de la venerable antigüedad. Era cuestion de materias de disciplina exterior la que se ventilaba en el concilio general de Calcedonia , como vimos ; y que los jueces del emperador querian resolver por las pragmáticas imperiales ; á lo que contestó el concilio: *contra los cánones nada valen las pragmáticas imperiales: que prevalezcan los cánones* (32). Era sobre asuntos de disciplina exterior la cédula del rey Odoacer presentada al concilio romano bajo S. Simaco en 502 por el prefecto Basilio , en que el rey queria disponer acerca de la elección del pontífice y de los bienes eclesiásticos ; contra la cual gritó el concilio : *Es contra los cánones, es de ningun valor, porque jamás fué lícito á un lego, á quien toca obedecer y no mandar, ejercer potestad alguna en la Iglesia. Y aunque tal escritura hubiese podido por alguna razon subsistir; de todos modos convenia, que en este concilio se enervase y declarase irrita por sentencia de vuestra Beatitud, para que no quedara ejemplo á la posteridad de presumir que sea lícito á los legos por religiosos y potentados que sean, decretar y disponer de los bienes eclesiásticos en cualquiera lugar; cosa que indisputablemente ha sido cometida por Dios á solos los sacerdotes* (33). Era de disciplina exterior el canon de los apóstoles, que dice: *Si algun obispo, valiéndose de las potestades seculares, obtuviere alguna iglesia, sea depuesto y separado de la comunión de los fieles; como tambien todos los que comunican con él* (34). Eran de disciplina exterior los cánones de los concilios de Macon, Milvitano , Toledano y otros , en que los padres prohibian bajo

gravísimas penas á los clérigos que llevasen las causas y juicios eclesiásticos á los jueces seculares (35). Son puntos de disciplina esterna los de la inmunidad de la Iglesia y ministros eclesiásticos, que el concilio Tridentino declara establecida por *ordenacion divina*; los de los juicios, causas y penas eclesiásticas; los del duelo; los de los matrimonios forzados por los príncipes, y otros, en que el santo concilio les prohíbe toda cooperación ó ingerencia bajo pena de excomunion; y mandándoles *la observancia de los sagrados cánones y de todos los concilios generales, así como las demás constituciones apostólicas, hechas á favor de las personas y libertad eclesiástica y contra sus infractores; y que veneren cuanto es de derecho eclesiástico, como que es peculiar del mismo Dios, y está bajo su patrocinio* (36). En estos y en otros cien concilios que omitimos, ¿no está marcada la tradicion divina de la independencia de la Iglesia en su disciplina exterior?

Esta misma independencia absoluta han enseñado los romanos pontífices. Fácil cosa seria aglomerar aquí autoridades y hechos de los vicarios de Jesucristo, que han defendido con celo apostólico este dogma católico. Pero nos abstendremos de hacerlo por parecernos bastantes los que hemos citado en el capítulo cuarto, y lo que hemos dicho en este de S. Leon y S. Gregorio Magno. Sin embargo para robustecer mas la verdad, añadiremos dos palabras de los papas del siglo V y VI, S. Gelasio y S. Simaco. « Dos son las ruedas, decia el primero al emperador Anastasio, ó príncipe, que sostienen y por quienes marcha la gran máquina del mundo; la sagrada autoridad de los pontífices, y la potestad real, de las cuales tanto es de mayor cualidad la de los sacerdotes, cuanto que han de dar cuenta al Señor en su divino juicio, aun por los mismos reyes. Debes saber pues, hijo clementísimo, que aunque gobiernes por tu dignidad la república; sin embargo inclinas con devocion tu cabeza á los prelados de las cosas divinas, y de ellos recibes lo que pertenece á tu salud espiritual: y ya en la recepcion de los sacramentos, ya en disponer lo que pertenece á

ellos, ya en todo lo tocante al orden de la religion, conoces que debes sujetarte á ellos, mas bien que mandarles (d).» El segundo decia al mismo principe Anastasio: «¿Por ventura porque eres emperador te has de oponer á la potestad de S. Pedro, y hollar al mismo santo apóstol en su vicario; sea cual fuere? Compárese la dignidad del emperador con la del pontífice, y se verá, que tanto dista la de aquel á la de este, cuanto que aquel gobierna en las cosas humanas y este en las divinas. Tú, ó emperador, recibes del pontífice el bautismo, los sacramentos; te recomiendas á sus oraciones, esperas su bendicion, pides á él la penitencia. Tú, en suma, administras las cosas humanas, y él á tí las divinas. Nosotros damos su lugar á las potestades humanas; pero esto mientras no se levanten contra Dios y su religion. Por lo demás, si toda potestad es de Dios, mucho mas es de Dios aquella que está establecida para las cosas divinas. Respeta á Dios en nosotros, y nosotros respetaremos á Dios en tí; pero si por tu parte no te conformas á las divinas disposiciones, no puedes valerte del privilegio de aquel, cuyos derechos desprecias (e).» Se agitaba entre el papa y el emperador una cuestion de disciplina esterna sobre si era legitima la eleccion del pontífice: y como esto no toca al principe, y el pontífice habia sido canónicamente elegido por la Iglesia; por esto el papa le hace frente con esa firmeza apostólica.

Viene á hacer compañía á la doctrina católica la confesion espontánea y unánime de los mismos emperadores y principes cristianos de la remota antigüedad; de un Constantino, de un Marciano, de un Valentiniano I, de un Valentiniano III, de un Honorio, de un Teodosio el jóven, de un Justiniano, de un Basilio, de un Felipe el Hermoso y de otros principes, cuyas palabras oiremos en uno de los capítulos siguientes. Resplandece pues en todo su brillo el dogma católico de la independencia de la Iglesia en su disciplina exterior, trasmitido hasta nosotros por el órgano infalible de la venerable y divina tradicion, reconocida tal por el juez competente, la Iglesia. Por

consiguiente, al fulgor de ese astro brillante quedan desvanecidas y disipadas las tinieblas protestantes y jansenísticas.

Si bien el dogma católico, por ser como el lucero del día, no necesite de otra luz de razón natural que lo esclarezca; sin embargo no la rechaza; antes bien la identifica consigo, y se hace con ella una misma cosa, pues la verdad es una, como se identifican con la luz del sol los resplandores que arrojan de sí otros cuerpos lúcidos. Por esta razón hemos pensado robustecer la verdad que defendemos con argumentos de raciocinio natural; y para reportar mas completa victoria de nuestros enemigos, hemos preferido valernos de sus mismas armas, sacadas de sus propios arsenales. El Sr. Vigil incoherente y contradictorio á sí mismo á cada paso, «prueba manifiesta, dice el Sr. Bossuet, del error que se defiende, y no buena excusa de haber errado (37);» para probar que la potestad civil es independiente en los asuntos políticos de la autoridad eclesiástica, lo que concedemos gustosos los católicos, aduce razones que desquician los fundamentos de sus teorías funestas de ingerencia y derechos de los gobiernos civiles en los asuntos de disciplina eterna de la Iglesia, que tan mordazmente defiende en toda su obra. He aquí como se explica en la disertación segunda: «A fin de conocer la falsedad del discurso que exige la subordinacion de la potestad política á la eclesiástica para que haya orden y concierto, seria bastante al desengaño echar la vista á los diferentes rangos de la sociedad. Oficios mecánicos, artes liberales y profesiones científicas desempeñan de tal manera sus funciones peculiares, que lejos de sentir algun perjuicio de la falta de auxilios de otro gremio ó de otra profesion, le servirian mas bien de entorpecimiento. Un maestro puede dar lecciones á sus discípulos; pero no entrometerse en los asuntos domésticos, ni arreglar sus contratos, ni darles órdenes en el uso de su hacienda: mire al discípulo, y deje lo demás al cargo de los padres y tutores y del joven mismo con el tiempo. La subordinacion es necesaria y conveniente en los establecimientos de un mismo género, ó

que pertenezcan á un mismo orden , donde para que haya arreglo , es menester que gradualmente estén sometidos los profesores ó empleados , hasta llegar al supremo ; pero tal pretension carece de fundamento en las instituciones de orden diverso y enteramente apartado. En el seno mismo de la sociedad civil , donde las autoridades están constituidas , hay tres poderes distintos é independientes : el ejecutivo no legisla , ni administra justicia : los jueces no dan leyes , ni cuidan de su cumplimiento ; y reducido á su objeto el poder legislativo , no usurpa las atribuciones de los otros poderes ; mientras que , girando cada uno en su órbita respectiva , componen la armonía del sistema político. Con mas razon pues el sacerdocio y el imperio tendrán su régimen especial , su arreglo propio , supremacia é independencia , sin salir de su esfera ; y mientras así se conserven , habrá orden y concierto (38).»

Muy bien : pero rogamos á nuestro doctor que haga un *retorqueo argumentum* ; que haga el ensayo de aplicar esas razones á la independencia de la Iglesia en su disciplina exterior ; que compare esa doctrina con la que espone él mismo en la disertacion siguiente y demás de su obra , en que sujeta la Iglesia en casi todo su régimen á la potestad civil , hasta en la disciplina de los santos sacramentos : y si no quiere confesar que la sociedad religiosa , la Iglesia , es menos que una *oficina de obreros mecánicos* , menos que un *aula de artes liberales y profesiones científicas* , menos que cualquier otro establecimiento ; si no quiere admitir que los prelados eclesiásticos tengan menos autoridad en la Iglesia que un maestro en la escuela , que un tutor sobre el pupilo , que el príncipe sobre sus vasallos ; si no quiere negar que la sociedad religiosa sea de un género y orden diferentes de los de la sociedad civil (lo que no puede hacer sin mengua de su honor , de su ciencia y talento , y sin incurrir en nuevas contradicciones) : es preciso que se ruborice de sí mismo á vista de sus incoherencias , que conozca la cortedad de su discurso y prevision , que confiese que esas confesiones forzadas de admision de la *supremacia é independencia respectiva de la*

Iglesia, son confesiones hipócritas, seductoras y huecas de sentido; y que, en fin, se convenza que para refutar su obra no es menester otra cosa que oponer Vigil á Vigil, sus disertaciones á sus disertaciones, sus argumentos á sus argumentos.

Vamos nosotros ahora á dar mas cuerpo á esas razones, que nuestro adversario, sin querer, aduce á nuestro favor, con algunos principios de jurisprudencia. La sociedad religiosa es una institucion de la naturaleza misma, ó una consecuencia necesaria de la naturaleza del hombre esencialmente religioso; como hemos visto en el capítulo segundo; y es á la vez una institucion divina, privilegiada con el hecho de su revelacion é instalacion inmediata por el Autor de ella. Luego, goza de todos los derechos que competen á toda sociedad natural, goza de los derechos que naturaleza concede á las naciones, estados, ó sociedades civiles por ser naturales; y siendo una persona moral, puesto que tiene entendimiento, voluntad y fuerzas propias, como las demás personas morales, está obligada á vivir con ellas, y estas con aquella, como antes de estos establecimientos lo estaria un hombre á vivir con los demás hombres, esto es, segun las leyes que la naturaleza estableciera en el género humano. Orillamos por ahora los derechos, escepciones y privilegios que le pueden competer como á sociedad divina distinguida por el Autor de la revelacion, árbitro absoluto de todo derecho y don. Pues bien; una de las leyes generales, que defienden los jurisconsultos modernos, es que toda persona, todo hombre es naturalmente libre é independiente de todo otro hombre ó persona, á quien naturaleza no le sujetára por algun peculiar respecto, como seria de hijo á padre. Por esta ley, pues, la sociedad religiosa, que es sociedad natural cual pudiera otra cualquiera, goza como persona moral del derecho de libertad é independencia de toda otra persona de la misma clase. Y esta libertad é independencia es tan absoluta, cual defender se puede otra cualquiera; tan sagrada, que violarla seria violar las leyes de la naturaleza. De consiguiente, todo lo que entra en el sistema de esta sociedad, su forma de gobierno, sus leyes, sus jefes, su disciplina interior y

exterior, todo en fin lo que está contenido en el círculo de su constitucion, todo goza del mismo derecho de independencia. Arrebatarle la menor parte de sus atribuciones, sería atropellar los deberes mas sagrados, meter la hoz en mies ajena, y poner el mundo en confusion. Hasta aquí no hacemos mas que argumentar con los principios de los autores del partido contrario al nuestro:

Hé aquí como se explica uno de ellos, el Sr. Vattel: «Siendo las naciones libres é independientes unas de otras, puesto que los hombres lo son naturalmente, la segunda ley general de su sociedad es que *á cada nacion debe dejarse la posesion pacífica de aquella libertad que le concedió naturaleza*. La sociedad natural de las naciones no puede subsistir si no se respetan los derechos que cada una ha recibido de la naturaleza; y lejos de que ninguna renuncie su libertad, romperá primero toda especie de comercio con las que intenten menoscabársela.»

«De esta libertad é independencia se sigue que á cada nacion pertenece juzgar lo que exige de ella su conciencia; lo que puede ó no puede, lo que la conviene ó no hacer, y en consecuencia examinar y decidir si puede favorecer á otra sin faltar á lo que se debe á sí misma. Por consiguiente, en todos los casos en que pertenece á una nacion juzgar lo que la ordena su deber, ninguna otra puede obligarla á obrar de un modo determinado, porque si lo hiciese atentaria á la libertad de las naciones. El derecho de coaccion contra una persona libre solo nos pertenece en los casos en que se halle obligada con nosotros en una cosa particular que no depende de su juicio; en una palabra, en los casos en que tenemos un derecho perfecto sobre ella (39).»

¿Porqué pues no se han de aplicar estos principios á la gran nacion católica? Extrañamos las incoherencias en que incurren los jurisconsultos protestantes y jansenistas, quienes al paso que defienden la libertad é independencia de cada una de las sociedades ó naciones, niegan estos derechos esenciales á la sociedad religiosa. O han de negar que la Iglesia sea una sociedad legítima, cosa que se opone á la razon natural, á la evi-

dencia práctica y á las divinas Escrituras que ellos admiten; ó han de confesar que hacen traicion á sus principios y tropiezan en las mas palpables contradicciones.

Si lo espuesto vale, hablando de sociedades todas homogéneas y de un mismo orden, ¿cuanto mas debe valer tratándose de otra sociedad heterogénea y de un orden diferente y superior? La sociedad religiosa no solo es una sociedad natural que goza de los derechos que naturaleza concede á toda sociedad de esta especie; sino que además es una sociedad de orden distinto, sobrenatural y superior por su fin, por sus medios y por su mismo ser; cosas que en nada suponen competencia á las sociedades civiles. Es en fin una sociedad privilegiada que lleva grabado el sello de la Divinidad, distinguida por el supremo Dueño y Autor de toda sociedad con escepciones, derechos y gracias peculiares, que no solo la dejan libre é independiente absolutamente de toda otra en su régimen interno y externo, sino que tambien hacen que en alguna manera descuelle sobre las demás, como hemos probado por la Escritura y divina tradicion, y como se verá mas claramente en el desarrollo de esta obra.

CAPÍTULO VII.

SE DA SOLUCION Á LOS ARGUMENTOS DE LOS ENEMIGOS DE LA INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA.

Muy ufanos quedarian nuestros adversarios si pasásemos en silencio sus argumentos, y sin contestar á ellos. El enemigo derrotado, mientras tiene las armas en la mano, jamás se da por vencido, y le queda siempre un elemento que le puede proporcionar triunfos. Si no se descubren y disipan las falacias de los patronos del error, fácilmente pueden ser con ellas alucinados los talentos vulgares. Empecemos pues por desvanecer los sofismas de los protestantes; enemigos encarnizados de la independencia eclesiástica.

Puffendorf y sus prosélitos para atacar los principios del catolicismo que proclaman la independencia absoluta de la potestad eclesiástica de la civil en asuntos religiosos, escogitaron un argumento, que á su parecer era el nudo *gordiano* indisoluble. Dijeron: «Si se admite un poder independiente en el seno de la sociedad civil, tendremos en ella dos poderes, dos estados, y por consiguiente habrá *un estado en el estado*, lo que no solo engendraría una confusion babilónica, sino tambien abarcaría una chocante contradiccion.» Es increíble el ruido que han medido los protestantes y algunos políticos modernos con aquel *status in statu*; como es á la par incalculable el número de males que de aquí, como de la fabulosa arca de Pandora, saliera para llanto de la cristiandad.

Pero, preguntaremos nosotros á los corifeos de la malhadada reforma, y á cuantos se pasáran á su bando: ¿Acatais vosotros las obras del supremo Moderador? ¿reconoceis la alta sa-

biduría y prudencia de Aquel que es *sabio* por esencia? Pues bien : este , que es Señor y Rector de todos los estados , puso *un estado en el estado* , una *sociedad religiosa* é independiente en el seno de la sociedad civil : y de consiguiente si no quereis enmendar su plana , si la *ignorancia* no quiere redargüir de necia á la *Sabiduría increada* , es preciso confesar que esa confusión de Babel , esa contradicción , que vosotros suponeis en la instalación de un poder eclesiástico en materias de religión al lado del civil en asuntos políticos , es quimérica , es imaginaria . ¿ Ignorais por ventura que en el reino de los hebreos el mismo Dios designó un sacerdocio de la tribu de Leví con autoridad , derechos y poderes sobre los asuntos religiosos enteramente diverso é independiente del gobierno político ? ¿ Ignorais que dividido el reino de los hebreos , el sumo sacerdote , residente en el reino de Judá , continuó ejerciendo la suprema autoridad religiosa sobre el reino de Israel hasta la idolatría de Jeroboam , sin que los políticos de este reino vieran esa soñada monstruosidad *del estado en el estado* ? ¿ Ignorais que el mismo Jesucristo fundó la Iglesia en el estado , y ordenó á los apóstoles que la propagáran en las naciones ? ¿ No sabeis que aun en los estados mas cultos de los pueblos paganos se reconocieron dos potestades distintas entre sí , la civil y la religiosa ? ¿ No nos ha trasmitido la historia el crédito y el poder de los sacerdotes entre los egipcios y los griegos ? ¿ No se veneraba en la antigua república romana , cuyos fastos atraen las admiraciones de los políticos modernos , la distincion de las dos potestades ? ¿ Y cuál de aquellos demócratas ; cuál de los escritores de natural , jurisprudencia vislumbró siquiera los daños , ó mejor , el monstruo fantástico de Puffendorf y demás demagogos de la delirante reforma ? Si es pues Dios el que para poner un contrapeso al despotismo , estableció dos poderes en el seno de la sociedad humana con sus respectivas atribuciones , ¿ podrá el vil gusano , que se arrastra por la tierra , redargüirle y decirle : *porqué así lo hiciste* ?

Conténganse las dos potestades en la línea de su deber ; no

salgan de la órbita que á cada una rayó el Eterno, y desaparecerán esas nieblas de temores, y se cumplirá lo que dijo el Espíritu Santo del rey Zorobabel, y del sumo sacerdote Josedeche: *Ipse, Zorobabel, portabit gloriam, et sedebit, et dominabitur super solio suo: et erit sacerdos Josedeche, super solio suo; et consilium pacis erit inter illos* (1). Estando cada uno en su solio, no usurpando uno el lugar del otro, reinará entre ellos una admirable armonia de paz. ¿Por ventura, por hallarse el estado económico de las familias en el seno del estado político, y con independencia, nace alguna confusion ó contradiccion? ¿No hay en el sistema democrático tres poderes en la sociedad, que ejercen sus respectivos derechos con independencia, sin que nazca monstruosidad alguna? ¿No son distintos el fin y los medios de ambas sociedades religiosa y civil? Luego, ateniéndose cada uno á sus atribuciones, nada habrá de monstruoso, nada de contradictorio, sino mucho concierto y regularidad.

Los jansenistas, fieles remedadores de las utopias protestantes, modificaron el precitado sofisma, y porque leyeron en uno de los libros de S. Optato de Mileva estas palabras: *no está la república en la Iglesia, sino la Iglesia en la república, esto es, en el imperio romano*, dijeron que según esta máxima del Santo, la Iglesia debía estar sujeta al gobierno político. Nuestro Dr. Vigil siguiendo sus huellas da mucho peso á esa autoridad de S. Optato sin advertir que, aun cuando el Santo enseñara la doctrina que él defiende, opuesta á la divina Escritura, al comun sentir de los demás doctores de la Iglesia, y al de la Iglesia misma, la opinion de S. Optato en nada seria atendible y en mucho tal vez reprehensible. Pero por mas que se esfuerce nuestro escritor en dar un sentido violento á las palabras del santo obispo de Mileva, un talento despreocupado é imparcial nada mas sacará de ellas y de su contesto, sino que en tiempo de S. Optato la Iglesia católica no se habia estendido por toda la república ó imperio romano, y que en este sentido la Iglesia estaba en el seno de la república, y no vice versa: y que no se debe *injuriar con dictorios á los reyes y potestades contra*

el precepto del Apóstol ; que manda rogar por ellos para que tengamos con ellos vida pacífica y tranquila ; porque no está la república en la Iglesia, sino la Iglesia en la república, esto es, en el imperio romano , donde el sacerdocio y el pudor y la virginidad están seguros , como no lo estarían entre las gentes bárbaras. Y si, conforme al precepto de S. Pablo , debemos orar por los reyes y potestades , aun cuando el emperador viviese como gentil , mucho más siendo cristiano , temeroso de Dios , religioso y misericordioso , pues ha enviado ornamentos á las iglesias y limosnas á los pobres (2). Palabras literales de san Optato , que en nada ni por sospecha favorecen la opinion del Sr. Vigil , como notará el juicioso lector.

La mente del santo obispo sobre esta materia está bien marcada en el libro primero , que escribió acerca del cisma de los donatistas , donde se queja fuertemente de aquellos herejes , que de la potestad eclesiástica habian apelado en asuntos religiosos á la potestad imperial , y entre otras espresiones aduce estas fulminantes del emperador Constantino : « *O rabida furoris audacia , sicut in causis gentilium fieri solet , appellatorem interposuerunt.* O rabiosa audacia del furor , han interpuesto la apelacion ; como suele hacerse en las causas de los gentiles (3).» Y ciertamente no era de presumirse que un varon tan ilustrado como S. Optato se apartára del sentimiento de los demás doctores ; de entre los cuales decia S. Ambrosio : « *¿ Quid honorificentius , quam ut imperator Ecclesiae filius esse dicatur ? Quod cum dicitur , sine peccato dicitur , cum gratia dicitur. Imperator enim intra Ecclesiam , non supra Ecclesiam est.* ¿ Qué cosa mas honorifica que decirse ser el emperador hijo de la Iglesia ? Lo que cuando se afirma , se afirma sin pecado , se dice con gracia. Porque el emperador está dentro de la Iglesia y no sobre ella (4).» A la ridícula paradoja de que por ser la Iglesia peregrina en un sentido anagógico , se halla en tierra estraña , no suya , huésped , y por consiguiente sujeta á la potestad civil , que el Sr. Vigil alega para robustecer la autoridad mal entendida de S. Optato , hemos

contestado á satisfaccion en el capítulo primero de esta obra.

Los mismos protestantes modernos convienen en esta doctrina de la independencia de las dos potestades. Oigase al juicioso Sr. Haller , que desengañado de las preocupaciones del protestantismo pasó al catolicismo : « Los muchos concordatos , dice el sabio escritor , concluidos aun por los príncipes protestantes con el Sumo Pontífice , dan muestras de que aquellos reconocen la misma verdad (de la independencia de la Iglesia y su derecho legislativo). Porque ¿ á qué fin atarse con tratados y concordatos para procurar la union , determinar relaciones dudosas , prevenir colisiones posibles , si la Iglesia no tuviera ningun derecho propio ? si la potestad política pudiera á placer dictar leyes á sus cabezas y á sus miembros , dar ó mudar la religion ó la constitucion de la Iglesia ? Parece que hoy dia el principio que sustrae á la Iglesia de la inmediata influencia del estado , y la quiere organizada como una sociedad independiente en lo que concierne á su creencia , enseñanza , gobierno interior y usos esternos , se haya hecho dominante tambien en los estados protestantes del norte de la Alemania. Justo pensamiento es este considerado en sí mismo , pero que no podrá jamás tener efecto en la Iglesia protestante á causa de sus principios ; porque encontraria una insuperable dificultad en la misma naturaleza de las cosas , aun cuando nada de oposicion hubiese por parte de los príncipes , necesitándose para efectuarlo una autoridad eclesiástica existente y reconocida ; lo que conduciria necesariamente al protestantismo á la union con la *Iglesia, una y universal*. Pero al menos , si no otra cosa , prueba lo dicho cuán profundamente está arraigado en el corazon del hombre el sentimiento de la verdad ; como esta se presenta en todas las circunstancias , en todo tiempo y lugar ; y cuánto ella haya dominado ya en el convencimiento , ya en las escuelas despues del establecimiento de la Iglesia...

» Se quiere sostener que *la Iglesia es en el estado, y no el estado en la Iglesia* , como si esta fuese una asercion contra la que nada hubiese que oponer , ó como si una injuria cualquie-

ra contra la Iglesia fuese legitimada por el mero hecho. Se creía una vez que un objeto mas grande contenia al mas pequeño : que la casa es la que abarca muchas salas y cuartos , y no una sola sala toda la casa. Si queremos aprender de la misma naturaleza de las cosas y de la historia entera , la Iglesia universal vence en antigüedad á todos los estados existentes , y su poder espiritual se estiende sobre muchas naciones é imperios ; mientras la potestad de los príncipes no se estiende mas allá de sus respectivos estados. Todos los estados cristianos tomados separadamente son con respecto á la Iglesia como la parte respecto al todo , y el nuevo al antiguo poseedor. No habiendo mas que una Iglesia universal , y muchos estados en la Iglesia , es un hecho evidente é incontestable que al menos todos los príncipes y pueblos católicos se hallan , en lo que mira á la religion , en la Iglesia á que ellos pertenecen. Solamente de la Iglesia protestante se puede decir , que se halla en el estado , pues ella no es otra cosa que una institucion del estado ; y es por esto , que entre los protestantes hay tantas iglesias nacionales y particulares cuantos son los gobiernos civiles diferentes : iglesias fraccionadas , que no se unen por ningun vínculo. Mas tratándose de la Iglesia católica ó universal , semejante aserto repugna al buen sentido y contradice á la evidencia (5).» Hasta aquí el sabio Sr. Haller.

Oígasé tambien al Sr. Bonald que hace esta pregunta : «¿La Iglesia es en el estado , ó el estado en la Iglesia? Fórmula asututamente imaginada para decir : ¿ la Iglesia debe estar sometida al estado , ó el estado á la Iglesia? Porqué no se amplifica la cuestion y no se pregunta : ¿ la potestad que persuade es sobre ó bajo de aquella que fuerza? El poder de someter á los espíritus , corazones , voluntad , razon y todo el interno del hombre está sobre ó bajo del poder que no puede someter sino al hombre exterior? Una sociedad universal , inmutable , eterna ; está sobre ó bajo de una sociedad particular sujeta á defectos y revoluciones? En una palabra ¿ no debe la inteligencia regular la fuerza , y el alma gobernar al cuerpo? Presentada

la cuestion bajo de este aspecto , creo que seria menos dificil resolverla... Decir que la Iglesia está en el estado , es resolver un problema en verdad dificil , porque es sostener que el contenido puede ser mas grande que el continente (6).» Por último el protestante Ancillon decia : «Si bien la Iglesia y el estado están en contacto en muchos puntos y deben darse recíprocamente la mano , tienen sin embargo una naturaleza bien diferente , y son independientes una del otro en cuanto á sus medios y á su fin. Deben ambos marchar con armonía sin dependencia la una del otro. Será siempre imposible por razon de la coexistencia misma de las dos sociedades , que el ciudadano viva únicamente para el estado , porque es claro que el estado no puede darle todo , ni reparar todas sus necesidades (7).» Si nosotros quisiéramos argumentar al estilo de nuestros adversarios , diríamos : segun lo probado en otro capítulo , primero existió la sociedad religiosa que la civil ; luego , esta se halla en aquella ; luego , la potestad civil está sujeta á la religiosa. Y ya se ve que esta clase de argumentos poco gustaria á nuestros antagonistas , como en nada satisfacen al sabio pensador los que ellos aducen en su favor.

Otro de los argumentos de que hace mérito el Sr. Vigil para adjudicar á los gobiernos políticos derechos sobre los asuntos eclesiásticos , es la obediencia debida á las potestades civiles , prescrita por el mismo Dios. El , de consuno con el jansenismo , dice con un tono arrogante : «Cuando el príncipe secular , el protector alza la voz , enmudecen los derechos del sucesor de S. Pedro y quedan dormidos. Los gobiernos pueden mandar á los prelados eclesiásticos en puntos de disciplina exterior de la religion , y oponerse á sus disposiciones y mandamientos sobre tales asuntos. *Estad sujetos al rey y á sus vicegerentes* , decian los apóstoles , *porque esta es la voluntad de Dios : someteos aun á los príncipes malos , y esto no solo por el temor de la pena , sino tambien por un deber de conciencia : toda alma esté sujeta á las potestades ; el que resiste á la potestad , resiste á la ordenacion de Dios*. Frecuentemente está inculcada la obediencia

que merecian los emperadores de justicia en todos los casos, fuera de uno solo (8).» Tales han sido siempre las peroratas de los apóstoles del jansenismo y protestantismo refractarios, que, al paso que con ellas batian de frente el edificio inconcuso de la potestad eclesiástica, zapaban sordamente los cimientos del trono y de todo gobierno constituido. Ahí está la historia que ha rasgado el velo á sus gazmoñerías, y nos ha revelado en páginas de sangre los funestos resultados de sus lisonjeras teorías. Sus adulaciones á la potestad política son como los halagos del leon que cuando lame saca sangre.

Nosotros no solo acatamos el precepto de obediencia á las potestades políticas, sino que lo defenderemos é inculcaremos tambien en un capítulo particular de esta obra. Los gobiernos civiles deben mucho en esta parte á los prelados de la Iglesia, pues empezando desde los príncipes de los apóstoles, cuyos son los textos alegados, hasta el presente Vicario de Jesucristo, todos se han hecho un deber de promulgar é inculcar á los fieles ese mandamiento que les enseñara su divino Maestro. Pero preciso es advertir que si bien los apóstoles predicaban la obediencia á las potestades, advertian al propio tiempo que ese sacrificio de nuestra voluntad habia de ser razonable, *rationabile obsequium vestrum*; y allí mismo donde S. Pablo decia que toda alma esté sometida á las potestades superiores, advertia que en estas mismas cosas habia un orden puesto por Dios. El mismo Jesucristo advirtió á sus discípulos que en puntos de religion habian de tener contrarios á algunos reyes y presidentes, y que en esta parte no los habian de temer ni atender. Cuando san Pedro y los apóstoles fueron conducidos presos ante los tribunales por haber predicado en las calles y en todo lugar contra el mandato del gobierno, este les reconvinó de la transgresion, diciéndoles: *Os mandamos que no predicaseis en este nombre, y he aquí que estais llenando á toda Jerusalem con vuestra doctrina. ¿Qué contestaron los discípulos de Jesucristo? Respondiendo S. Pedro y los apóstoles dijeron: conviene obedecer antes á Dios que á los hombres* (9). El apóstol S. Pablo, des—

pues de haber sido acusado ante Galion procónsul de la Acaya por haber predicado, prosiguió sin embargo en su predicación, porque el mismo Señor le habia dicho en vision : *no temas, mas habla y no calles* (10). Tenemos pues, segun la doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, que hay un terreno, el civil y político, en que se debe obediencia á las potestades temporales; y que hay otro, esto es, el eclesiástico, en que estas carecen de derechos, y ellas tambien son súbditas.

Hasta ahora oimos á los santos padres de la Iglesia que usaban de este lenguaje con los emperadores : « En las cosas civiles y políticas que son de vuestra competencia os obedeceremos; mas en todo lo que entra en el sistema de la Iglesia no solo no os obedeceremos, sino que antes vosotros estais sometidos por Dios á nosotros. » Lo propio han confesado los mismos príncipes católicos, como veremos en este capítulo.

El sapientísimo é inmortal Sr. Balmes, aunque en otra materia, dice sin embargo muy á nuestro propósito : « Sucede á veces que las doctrinas mas erróneas se cubren con el velo de la mansedumbre y caridad cristianas; por cuyo motivo se hace necesario hacerse cargo de los argumentos que en contra podrian alegar los partidarios de una ciega sumision á todo poder constituido. La sagrada Escritura, dirán ellos, nos prescribe la obediencia á las potestades, sin hacer distincion alguna; luego el cristiano no debe tampoco hacerla, sino someterse resignadamente á las que encuentra establecidas. A esta dificultad pueden darse las soluciones siguientes, todas cabales : 1.ª La potestad ilegítima no es potestad (la potestad política en asuntos eclesiásticos es ilegítima); la idea de potestad envuelve la idea de derecho; de lo contrario no es mas que potestad fisica, es decir, *fuerza*. Luego, cuando la sagrada Escritura prescribe la obediencia á las potestades, habla de las legítimas. 2.ª El sagrado testo, explicando la razon porque debemos someternos á la potestad civil, nos dice que esta es ordenada por el mismo Dios, que es *ministro* del mismo Dios; y claro es que de tan alto carácter no se halla revestida la usurpacion. (Arrebatarse el

mando sobre materias eclesiásticas, que Jesucristo exclusivamente entregó al obispado, es una usurpacion.) El usurpador será, si se quiere, el instrumento de la Providencia, el *azote de Dios*, como se apellidaba Atila, pero no su ministro 3.º La sagrada Escritura, así como prescribe la obediencia á los súbditos con respecto á la potestad civil, así la ordena tambien á los esclavos con relacion á sus dueños. Ahora bien, ¿de qué dueños se trata? es evidente que de aquellos que obtenian un dominio legítimo, tal como entonces se entendia, conforme á la legislacion y costumbres vigentes; de otra suerte, sería preciso decir que el sagrado testo encarga la sumision aun á aquellos esclavos que se hallaban en tal estado no mas que por un mero abuso de la fuerza. Luego, así como la obediencia á los amos mandada en los libros santos no priva de su derecho al esclavo que fuese injustamente detenido en esclavitud, tampoco la obediencia á las autoridades constituidas debe entenderse sino cuando estas sean legítimas, ó cuando así lo dicta la prudencia para evitar perturbacion y escándalos (11).»

Despues que nuestro Dr. Vigil, siguiendo las huellas de los jansenistas se esfuerza en probar que los gobiernos políticos tienen derechos sobre la Iglesia por el precepto de obediencia á la potestad civil marcado en los textos evangélicos precitados, concluye así: «Si pues en el nuevo Testamento no hay una sola palabra que tienda á menoscabar las facultades de los emperadores, ni el honor que les era debido; si, por el contrario, frecuentemente está inculcada la obediencia que merecian de justicia en todos los casos, fuera de uno solo; claro está que Jesucristo ha dejado como estaban los derechos de los principes en toda su amplitud, y nadie por consiguiente puede tocar lo que el Dios-Hombre ha respetado.» Y añade: «¿Quién de los monarcas querría ser cristiano, sabiendo que con ello firmaba su degradacion, y concedia contra sí un derecho que quizá le acarrearía alguna vez la pérdida de su corona (12)?» Con este argumento quiere probar que si antes de la venida de Jesucristo los gobiernos civiles tenian una como potestad absoluta en las

materias de religion, de la misma gozan despues de ella; y de consiguiente «pueden impedir el ejercicio de la predicacion y la administracion de los santos sacramentos, cuando á ellos les parezca que los ministros abusan de ellas; pueden mandar que se bautice con agua tibia; pueden impedir las disposiciones canónicas de los prelados eclesiásticos; poner impedimentos dirimientes al matrimonio y anular los que pusiéra la Iglesia; disponer de las elecciones de los obispos y prelados eclesiásticos; mandar que las misas y oficios eclesiásticos se celebren en tal hora, y no antes ni despues, etc.» Esta es el arma que nuestro adversario esgrime con mas frecuencia para impugnar la potestad eclesiástica. Veamos cual sea su fuerza.

Con ese argumento nuestro bibliotecario dá muestras ó de mucha ignorancia ó de mucha malicia. ¿De qué príncipes nos habla aquí el Sr. Vigil; de los príncipes de la nacion hebrea, ó de los de las naciones bárbaras é idólatras? Si nos habla de los príncipes y monarcas del pueblo de Dios antes de la venida de Jesucristo; de ese pueblo que solo adoraba al verdadero Dios, que solo tenia nociones especulativas y prácticas de la verdadera religion, que solo conservaba el sagrado depósito de los libros santos, en que estaban señaladas las personas que debian consagrarse al santuario, y las atribuciones que les competian por divina institucion; negamos á nuestro antagonista el supuesto de su sofisma; negamos que aquellos príncipes tuviesen *derechos* en los asuntos de religion. Todo el mundo sabe, y lo hemos probado en otra parte, que el mismo Dios creó un sacerdocio en Aaron y su descendencia, y destinó la tribu de Leví para que sus individuos fuesen los ministros del templo, y á quienes perteneciera todo lo que entraba en el sistema de la religion, fuese interno ó esterno, con espresa y rigurosa prohibicion á la potestad civil de entrometerse en tales asuntos. «*Aaron et filios ejus constitues super cultum sacerdotii. Externus, qui ad ministrandum accesserit, morietur.* Constituirás á Aaron y á sus hijos sobre el culto del sacerdocio. El extraño, que no es de su descendencia, que se acercase á tales ministerios,

morirá (13). » Así ordenó Dios á Moisés, como leemos en el Levítico ; y en el libro segundo de los Paralipómenos se registran estas palabras : « *Amarias sacerdos et pontifex vester in his, quæ ad Deum pertinent, præsidebit. Porrò Zabadias filius Ismahel, qui est dux in domo Juda, super ea opera erit, quæ ad regis officium pertinent.* Amarias vuestro sacerdote y pontífice presidirá en aquellas cosas que pertenecen á Dios. Mas Zabadias, hijo de Ismahel, que es el jefe en la casa de Judá, estará encargado de aquellas obras que pertenecen al oficio del rey (14). »

Mas si nuestro doctor quiere aludir á los principes gentiles, si bien pudiéramos notar que tal proposicion en su generalidad es falsa, pues como nos dice la historia, los sacerdotes de muchas naciones idólatras, como los etíopes, los egipcios, los persas, los atenienses, los romanos y otros, al menos en algunas épocas, no solo gozaron de la independencian en materias de religion, sino que tenian grande influencia en los asuntos políticos, y los mismos principes los consultaban (15); negamos absolutamente que los hechos de ingerencia de los principes gentiles en materias religiosas supongan en ellos esos *derechos* inherentes á la potestad civil que predica el Sr. Vigil. Este mismo señor inconsecuente nos ha dicho al empezar sus disertaciones : « Las funciones del sacerdocio y del imperio fueron ejercidas por una misma persona en los tiempos antiguos del género humano. Sacerdotes eran al principio los padres de familia, ó sus primogénitos; y como tales arreglaban las ceremonias del culto, elevaban al cielo las oraciones comunes y hacian el sacrificio, que, segun la espresion de los padres de Trento, ha sido inseparable del sacerdocio por ordenacion divina... Desde entonces y mas frecuentemente en los tiempos siguientes añadieron los reyes á su dignidad la investidura sacerdotal. » Despues nos dice : « Por eso convino apartar las dos potestades y hacerlas residir en personas diferentes que tambien se llamaron potestades. En el pueblo hebreo correspondia á la tribu de Leví lo relativo á las ceremonias y ministerio del

tabernáculo : en otras naciones está dedicada una familia ó tribu al servicio de los templos ó pagodas.» Poco despues concluye : «A Jesucristo estaba reservado verificar una total y perfecta separacion de las dos potestades (16).»

- De esta doctrina de nuestro doctor inlógico tenemos que las atribuciones religiosas que ejercian los padres de familia y príncipes, cuando á la vez eran sacerdotes antes de la venida de Jesucristo, les compelian *como tales* y no por ser príncipes ó cabezas de las familias ; que el mismo Dios separó en la nacion hebrea estas dos potestades ; y que Jesucristo verificó *la separacion total y perfecta de las dos potestades*. Preguntáremos ahora nosotros : ¿Donde están esos *derechos* sobre materias de religion que tenian los príncipes *cómo tales* antes del nuevo Testamento, y que respetó Jesucristo? Si todo lo que está en el círculo de la religion pertenecia, segun Vigil, al sacerdocio, ¿como podia pertenecer al propio tiempo y de derecho á la potestad civil? Si Dios en la nacion hebrea, y Jesucristo en la Iglesia evangélica ha hecho, segun tan perspicaz dialéctico, *una total y perfecta separacion de las dos potestades* ¿como puede la política tener *derechos* sobre la mayor parte de los asuntos de la eclesiástica, cuales son los de disciplina que le otorga el escritor inadvertido? Si la separacion es *total y perfecta*, ¿porqué despues fraccionarla y quererla *parcial é imperfecta*? ¿Acaso *alguno puede tocar lo que el Dios-Hombre ha establecido*?

Diremos pues en mejor sentido que nuestro adversario, que Jesucristo *ha dejado como estaban los derechos de los príncipes en toda su amplitud* : y como antes de la venida de Jesucristo no tenian *derechos* sobre los asuntos religiosos, tampoco los tienen ahora : y que si algunos de los príncipes gentiles se arrogaron el ejercicio sacerdotal, fué ó por hallarse reunidas las dos potestades en una misma persona, ó por una arbitrariedad, hija de la ignorancia de aquella época ; pero que tales hechos no prueban derechos. ¿Cuanta admiracion debe causar el que en unos tiempos, en que la aurora de la civilizacion y de la revela-

cion apenas habia rayado en el horizonte de las naciones idólatras, en cuyas tinieblas se confundia la divinidad con los mas inmundos animales y con las pasiones mas degradantes, se padeciesen errores de cuantía sobre las atribuciones del sacerdotio? Quien quiera cerciorarse de los poderes contenidos en el círculo de cada una de las dos potestades sin temor de equivocacion, debe consultar, no los fastos de las naciones idólatras, sino los libros santos inspirados por el mismo Autor de toda nacion y poder, en que están marcadas las facultades de ambos gobiernos. Tan léjos estuvo Jesucristo de menguar los derechos legítimos de la potestad política, que antes con su religion le ha procurado grandes é inapreciables beneficios, como confiesan nuestros mismos contrarios, y nosotros probaremos en otro capítulo.

Otro argumento muy especioso maneja con frecuencia nuestro Dr. Vigil con los de su ralea; y sirviéndose de él como de palanca introduce á los príncipes en la nave de Pedro para arrebatarle de las manos el timon de ella al través de las olas y vientos recios de los anatemas divinos y eclesiásticos. He aquí en resúmen el sofisma de nuestro escritor. Por ser la religion cristiana la religion del estado, los gobiernos son protectores de ella; deben pues prestarle proteccion. *Luego, los gobiernos son soberanos que pueden oponerse vigorosamente á que tengan efecto las disposiciones eclesiásticas; pueden como protectores expedir decretos, y desempeñar por sí mismos en los negocios eclesiásticos todos aquellós actos que no importen funcion espiritual, esto es, los actos de disciplina eterna. Este derecho de los gobiernos no está fundado en la conciencia de los obispos, sino en la naturaleza del poder político aplicado á los negocios eclesiásticos, en la supremacia del protector, cuya voz no ha de sonar en vano en los oídos de los pastores, cuyos mandatos acarreen ejecucion y cumplimiento, y á quien se debe este homenaje por gratitud y reverencia (17).* ¡Qué lógico tan consumado! ¡Qué jurisperito tan profundo! Creeria nuestro bibliotecario que en el Perú no se conoce ni la lógica, ni el derecho para

presentar al público tales paradojas. Un alumno que haya saludado siquiera los principios de la lógica, conoce que el afirmar que del *deber* que tienen los príncipes católicos de prestar protección á la Iglesia, protección que en buena jurisprudencia no es mas que un mero *socorro* que se debe dar cuando es pedido, resultan *derechos y supremacia* sobre la misma Iglesia y sus asuntos, es un paralogismo. Esta misma falta de dialéctica se echa de ver en aquellas palabras: *cuyos mandatos* (del protector) *acarrearán ejecución y cumplimiento*, y *á quien se debe este homenaje por gratitud y reverencia*. Si las disposiciones del protector son mandatos, el obedecer es *deber y obligación*, y no *gratitud y reverencia*; ó si el obedecer á sus disposiciones es *gratitud y reverencia*, tales disposiciones no son *mandatos* en todo rigor (a).

Para refutar esa doctrina del Sr. Vigil no se necesita nada mas que citar otra doctrina del mismo autor antilógico. He aquí como se espresa nuestro bibliotecario allí mismo donde emite esa teoría de *protección*. *Però si la religion es protegida, no ha de redundar esta circunstancia en detrimento suyo, ni recibir variaciones, ó desnaturalizarse á placer de los gobiernos, sino conservarse en su primitiva institucion sin mengua de su doctrina, de sus sacramentos y su ministerio*. En otro lugar dice: *El Hijo de Dios descubrió todo el designio de su mision, y marcó el objeto y las funciones de los que El luego enviaria á predicar por la tierra, sin necesidad de mendigar la protección de los reyes*. En otro paraje ha escrito: *Todos estos son recursos de fuerza* (los que pide la Iglesia al gobierno civil para contener á los refractarios) *que repugnan á su objeto, que los santos padres han menospreciado, como el brazo de carne de que habla la Escritura; y de cuya metáfora usaron ellos con frecuencia: recursos en fin que ella no ha menester. ¿Para qué sino? ¿para obligar á creer? la razon sola se rinde al convencimiento. ¿Para persuadir? conocidos son los medios de llegar al corazon. ¿Para hacerse espectable, ó llamar la atencion? arriba en el Capitolio, ó abajo en las catacumbas es Esposa de Je-*

sucristo con todas sus notas y visibilidad. ¿Para procurar la propagacion del Evangelio y la gloria de Dios? Jesucristo y su Evangelio no han menester los medios profanos para ilustrar el mundo, y tener gloria. Sin ellos predicaron los apóstoles, convirtieron á las gentes, derribaron los ídolos, y cantaron las alabanzas de Dios encerrados en las cárceles: para despues estaba reservado, segun la espresion de S. Hilario, estimar la virtud de la fe por el patrocínio de los hombres, apareciendo Jesucristo como miserable. (18). Parecerá á nuestros lectores que no es el Sr. Vigil, ese defensor acérrimo de los derechos exagerados de *proteccion* de los gobiernos á la Iglesia, el que habla así inal de la misma *proteccion* y *patrocínio*. Pero esto nos revela las anomalías y antilogías en que incurren los defensores del error, y cuán débiles son las armas, cuán mequinos los recursos de los enemigos de la Iglesia. Nosotros en otra parte patrocinaremos la justicia de los medios de proteccion, ó recursos de fuerza, que los gobiernos políticos dispensan á la Iglesia, cuando esta se los pide, contra los refractarios enemigos de ella y perturbadores de la paz y union católica. Es ahora nuestra obligacion hacer patente que este *deber* de los príncipes cristianos no crea en ellos *derechos* para ingerirse en los asuntos eclesiásticos, sea cual se quiera su naturaleza, contra lo que defiende el Sr. Vigil en las otras disertaciones de su obra.

En las obras de algunos modernos restauradores de la legislacion y de los teólogos que sentaron plaza en la liga filosófica, se lee con frecuencia este nombre de *proteccion política*, nombre que rodeado de apariencias de piedad y celo, ha servido como de velo para cubrir la arbitrariedad y la usurpacion; y para que los gobiernos y los pueblos quedasen mas deslumbrados y cautivos de las halagüeñas apariencias de ese celo disfrazado, señalaronle á esa *proteccion política* un rango en la clasificacion de los derechos del poder civil. La belleza del nombre alejó la atencion de lo intrínseco del pretendido atributo; y no se echó de ver que se hacia un artificioso y maligno cambio de ideas, y

que se daba el apellido de *derecho* á lo que es un mero *deber*, cosas bien diferentes. Entretanto tal sustitucion, aunque admitida quizás con la mejor intencion, no dejó de producir los efectos que le eran naturales; y fuerza es confesarlo, de ella origináronse fatales invasiones contra la Iglesia, de las cuales muchas naciones católicas, y especialmente la Francia, dieron funestos ejemplos. Para poner vallas pues á la invasion y devolver á la Iglesia lo que le es debido, es preciso quitar tal sustitucion y restituir á las cosas sus propios y légitimos nombres. Llámese pues eso que se apellida *derecho* de proteccion un *deber* de los gobiernos para con la Iglesia; porque no puede llamarse tal sino con respecto á un tercero, en cuanto este no puede impedir que el obligado cumpla con su deber.

Con efecto: ¿cómo pudiera ser que la *proteccion* fuese en el príncipe un *derecho* sobre la Iglesia? El derecho compete á aquel, al cual se le debe alguna cosa, á aquel que tiene títulos para exigir y recibir la proteccion. Ahora bien: cuando se atribuye al príncipe el derecho de proteccion política ¿es la Iglesia que debe algo al príncipe, ó el príncipe á la Iglesia? ¿Es la Iglesia la protectora y el príncipe el protegido; ó vice versa? Si es la Iglesia que debe alguna cosa al príncipe, si ella es la protectora y el príncipe el protegido ¿porqué este se llama protector y aquella protegida? Y si es el príncipe el que debe algo á la Iglesia ¿cómo una *deuda*, un *deber* se llama un *derecho*? ¿Cómo este *derecho* no supone mas bien un *deber* de proteger por parte de la Iglesia? Derecho y deber son dos ideas relativas, de las cuales cada una supone necesariamente á la otra. Si la *proteccion política* fuese un derecho en el príncipe, seria un deber el recibirla. Pues bien: ¿como probais este deber en la Iglesia? ¿De donde consta? ¿No dijo Jesucristo que muchos príncipes serian contrarios á la Iglesia, y que no se les habia de temer ni atender? ¿No contestaron los apóstoles en semejantes casos de una proteccion nociva, que se debe obedecer antes á Dios que á los hombres? A la Iglesia le es libre invocar esa proteccion, cuando de ella tiene necesi-

dad : así lo ha hecho muchas veces. Pero cuando no necesita de ella , cuando le es de peso , cuando mas bien le perjudica , ¿ quién , sin poner trabas injustas á su independencia , puede prohibirle el renunciar tal proteccion ? Repugna pues que la *proteccion política* sea un *derecho* en el príncipe con respecto á la Iglesia. ¿Qué será pues ?

Lo hemos dicho ya. Como el derecho no compete sino á aquel á quien se le debe alguna cosa ; así quien debe tiene una *deuda* , un *deber*. Pues bien : el príncipe católico en nuestro caso es quien debe la *proteccion* á la Iglesia por ley divina impuesta á todo ortodoxo de proteger y defender su religion. El príncipe cristiano es hijo de la Iglesia , título honorífico , decia S. Ambrosio á Valentiniano , que se le ha otorgado por gracia en la recepcion del santo bautismo : claro es pues que el hijo no tiene *derechos* sobre su madre ; sino deberes de protegerla y auxiliarla. El príncipe , segun S. Pablo , es *ministro* de Dios y de su Iglesia , por esto lleva la espada para castigar á sus enemigos : *ministro* , dice , y no *soberano* ; debe pues servirla y protegerla , y no mandarla. Le debe proteccion por ley natural que impone á todo gobierno que favorezca al culto verdadero , y que él mismo preste vasallaje al verdadero Dios en aquella religion que este ha revelado y en que se le adora en verdad y justicia. Deben en fin los gobiernos proteccion á la religion católica por ley civil , donde esa es ley del estado.

Dirá el Dr. Vigil , «que admitiendo los gobiernos á la religion cristiana como ley del estado , adquiere una existencia nueva , legal y política , y de consiguiente recibe la religion un beneficio de los gobiernos y estos adquieren un derecho sobre ella.» Pero este discurso tampoco es lógico. Los gobiernos admitiendo legalmente á la religion católica como religion del estado , no le dispensan un beneficio gratuitamente , sino que llenan uno de sus mas sagrados deberes para con ella. La verdad debe ser admitida de justicia y no de gracia. El supremo Dueño de las naciones y de los gobiernos legó en herencia al

tundador de la Iglesia, todas las naciones, todas las gentes de la tierra con sus gobiernos. *Te daré las gentes en heredad, y tu posesion se circunscribirá en los términos de la tierra* (19). El legítimo heredero al enviar sus representantes á instalar la Iglesia, les dijo: *predicad el Evangelio en todo el mundo, enseñad á todas las gentes: quien os recibe, á mí me recibe; y quien os desprecia y os desecha, á mí me desprecia y desecha*. Luego, la religion católica tiene *derecho* de presentarse á todas las naciones y á todos los gobiernos de la tierra, y de fijar su morada en su terreno propio, que le ha legado el Dueño absoluto de todos los terrenos y de todos los gobiernos; y estos tienen el *deber* de recibirla con aquella legalidad con que se recibe á los representantes de su Soberano, só pena de cometer una injusticia y de incurrir en la indignacion de su legítimo y supremo Señor. Jamás pues un *deber* de los gobiernos podrá ser un *derecho* sobre la Iglesia.

He aquí un poderoso argumento contra la usurpacion. Si la *proteccion politica* es un deber en el principe, supone en la Iglesia el derecho correspondiente de exigirla, y esto en aquel modo que le parezca mas conforme á sus propios intereses. Y así como la Iglesia sola es el juez competente de lo que le es útil ó dañino; á sola ella pertenece determinar el modo, las utilidades y los límites de la proteccion; y hépos aquí otra vez en choque con nuestros adversarios. Pesemos pues de nuevo los sistemas richeriano, vigiliano y demás político-jansenistas en esta balanza, porque un principio justo bien manejado es una mina que explota y arroja al aire como ligeras pajas las peñascosas balumbas que resistieran á los golpes de los siglos. Ruego á mis antagonistas que no me sean injustos al menos en esto: y si corazon tienen para entender, han de ver disiparse á sus ojos las gigantescas teorías que levantáran la filosofia y el jansenismo sobre las ruinas de la autoridad eclesiástica. Una de ellas en esos sistemas es la participacion del poder político en la legislacion disciplinar de la Iglesia: lo hemos oido arriba de la boca del Sr. Vigil: *pueden los gobiernos oponerse vigorosa-*

samente á que tengan efecto las disposiciones eclesiásticas : pueden como protectores expedir decretos , y desempeñar por sí mismos en los negocios eclesiásticos todos los actos de disciplina eterna : participacion que encalla á cada paso , ó entorpece el ejercicio mas legítimo de la autoridad competente. Nada mas contradictorio podia escogitarse. Ellos no se atrevieron á disputar paladinamente á la Iglesia el poder de hacer leyes disciplinâres; porque este hubiera sido un empeño irrisorio y ridiculo , pues millares tal vez de cánones compilados en los códigos eclesiásticos hubieran alzado el grito contra la oposicion. Sustituyeron pues para llegar al mismo fin que la autoridad política puede impedir tales leyes , anularlas ó modificarlas. Es decir, que admitieron la paradoja mas chocante. El poder de hacer leyes es un poder legislativo , porque supone una fuerza pública y obligatoria que cual vínculo moral ata y sujeta á los individuos de tal sociedad. Pero tambien el poder de impedir las , anularlas y modificarlas es un poder legislativo , porque supone igualmente una fuerza pública y obligatoria , con la cual queda vinculada la Iglesia y sus miembros , y sin la cual la modificacion, impedimento y anulacion quedarian sin efecto. Tenemos pues dos fuerzas legislativas que se rechazan y excluyen una á otra : tenemos dos principes supremos que luchan entre sí ; y como la legitimidad no puede hallarse en los dos , tenemos que uno es legítimo , y el otro tirano usurpador. Y sin embargo , á pesar de esa monstruosidad , á pesar del Evangelio y de los dogmas divinos , quieren que haya dos cabezas en el cuerpo cristiano , dos Padres , dos Vicarios de Jesucristo en la Iglesia , dos Jesucristos , uno opuesto al otro. ¿Puede darse terquedad mas estúpida ?

Pretenden los discipulos de Richer paliar la usurpacion ó al menos hacerla insignificante con decir que lo que se atribuye á los gobiernos políticos es lo *accidental* de la religion , cual es la *disciplina eterna*. Pero este es otro trámpanito que han inventado los enemigos de la Iglesia para zapar sordamente los cimientos del edificio de su potestad á fin de que desapa-

rezca enteramente. Porque, ¿á quién pertenece, segun ellos, determinar lo que es sustancial ó accidental en la religion? A los gobiernos politicos. ¿Cuál es la clave de que hacen uso para esas esplicaciones y determinaciones? Esta: *todo lo eterno y que tiene relacion ó influencia en la sociedad*. Y como la predicacion del Evangelio; la instruccion, la administracion de los sacramentos; el sacrosanto sacrificio del altar, el culto público, las reuniones eclesiásticas, la eleccion y consagracion de los ministros, la denunciacion evangélica ó derecho penal eclesiástico, el uso de las llaves, las preces ó rogativas públicas, y otros mil puntos de disciplina tengan esterioridad y refluyen en la sociedad, todo esto en su sistema es *accidental*, que puede sufrir variacion, y de consiguiente está bajo el poder é inspeccion del protector político, sin que nada puedan impedir las leyes de la Iglesia, ni las disposiciones y reclamaciones de los prelados de ella, porque el *protector por su supremacia las puede impedir, anular ó modificar*. Es decir, que la potestad eclesiástica queda en esqueleto, es un simulacro de autoridad; y la Iglesia, esta institucion del Hombre-Dios, ha sufrido la deplorable metamórfosis de pasar de *divina y celestial á humana y secular*.

Preguntaremos á nuestros jurisperitos modernos, ¿qué es la potestad, sea sagrada ó profana; qué el imperio, qué la libertad, sino el derecho de determinar independientemente las cosas que son á propósito y conducentes al fin de su institucion y á los destinos de la sociedad gobernada? ¿A quién pertenece determinar lo que es conducente al fin de la potestad y de la sociedad gobernada por ella, sino al que tiene la misma potestad suprema, libre é independiente de gobernar la sociedad? Luego, si el *Espritu Santo puso á los obispos y al jefe de ellos para regir y gobernar la Iglesia de Dios*; si la disciplina en todos los puntos indicados y otros omitidos es á propósito, conducente y necesaria al fin de la institucion de la potestad eclesiástica, pues son los medios de que se sirve, ó es la misma potestad en ejercicio, y á los destinos de la sociedad religiosa; solo los obispos

y su jefe tienen derecho de establecerla, modificarla y exigir su observancia con independencia de otro cualquiera; y el que se la quite ó impida es un usurpador de derechos ajenos y un violador de la libertad é independencia de otra sociedad. ¿Por ventura no tenia la Iglesia por institucion divina en los tres primeros siglos de su existencia, en que los príncipes políticos no le dispensaban proteccion, sino que la perseguian á muerte, la potestad y derecho de establecer, sancionar y exigir el cumplimiento de su disciplina exterior? Luego, el quitársela después, el impedirle el ejercicio de ella, es un acto despótico de usurpacion. La Iglesia no ha de perder sus derechos divinos por recibir en su seno á los príncipes y á los gobiernos. ¿Qué dirian estos si por entrar ellos y los individuos de la sociedad civil en la Iglesia por el bautismo, y por influir sus leyes políticas en el bien ó mal de la Iglesia, como efectivamente influyen, pretendiesen los prelados eclesiásticos arrogarse el derecho de gobernar en la policia ó régimen exterior civil y político, ó impedir sus disposiciones que no són directa y próximamente en daño de la Iglesia? ¿Quedarían contentos de esta providencia? ¿Admitirian tal doctrina? ¿No la clasificarían de usurpacion y despotismo? Que recuerden pues el axioma del derecho natural: *quod tibi non vis, alteri ne feceris*.

Veamos ahora como entienden los santos padres y doctores la proteccion que los gobiernos deben dispensar á la Iglesia. «Debes prestar auxilio á la Iglesia, decia S. Leon á un emperador, *reprimiendo el atrevimiento de los malvados, defendiendo lo que ella haya legitimamente establecido, y restituyéndole la paz que le quitan sus enemigos, usurpadores de derechos ajenos, con repelerlos (b)*.» Oigase ahora á S. Isidoro de Sevilla, cuyas palabras literales repitió el concilio VI de Paris celebrado bajo los auspicios del emperador Ludovico. «Los príncipes del siglo, dice, ejercen algunas veces lo suyo de su potestad en orden á fortalecer con el auxilio de ella la disciplina eclesiástica. Mas la Iglesia no necesita de esta potestad, sino en cuanto conduce para suplir con el terror de sus penas lo que

no alcance la voz del sacerdocio. De esta manera el reino temporal *ayuda y favorece* al reino espiritual, haciendo que aquellos que estando en el gremio de la Iglesia contravienen á su doctrina y disciplina, sean refrenados por la espada de los príncipes, ejerciendo estos en los rebeldes el rigor de las penas y del brazo fuerte que no puede emplear la lenidad eclesiástica, y echando sobre ellos el peso de su autoridad para asegurar á los decretos de aquella el respeto y veneracion que merecen (20).»

Memorables son sobre este particular las palabras del inmortal Fenelon, registradas en su discurso pronunciado en ocasion de la consagracion de un Elector de Colonia. « Los príncipes, dice, siendo hijos de la Iglesia, jamás pueden ser sus señores... Es verdad que el príncipe piadoso y celoso suele llamarse obispo exterior y protector de los cánones; mas el obispo exterior no debe jamás ejercitar las funciones del obispo interior. El está con la espada en la mano á la puerta del santuario; pero se guarda bien de entrar en él: en el mismo tiempo que protege, obedece: protege las decisiones de la Iglesia, pero se abstiene de hacerlas. He aquí las dos funciones, á las cuales está obligado. La primera consiste en mantener á la Iglesia en su libertad contra todos sus enemigos exteriores, á fin de que pueda hablar sin sujecion, decidir, aprobar, corregir y abatir todo orgulloso espíritu que se levanta contra la ciencia de Dios. La segunda consiste en proteger estas mismas decisiones hechas por la Iglesia, sin que le sea permitido interpretarlas bajo algun pretesto. Esta proteccion de los cánones, pues, es dirigida únicamente contra los enemigos de la Iglesia, esto es, contra los novadores, contra los espíritus indóciles y contagiosos, contra todos aquellos que desprecian la correccion. No permita Dios que el protector gobierne, ni prevenga jamás los reglamentos de la Iglesia. En esta parte él aguarda, escucha con sumision, cree lo que ella enseña, obedece lo que manda, y hace que se obedezca así por la autoridad de su ejemplo, como por el poder que tiene en su mano. En una palabra, el pro-

lector de la libertad jamás la disminuye. Su protección no sería ya un socorro, sino un yugo disfrazado, si quisiese dirigir á la Iglesia en vez de dejarla dirigirse á sí misma. Este exceso funesto es el que arrastró á la Inglaterra á romper el sagrado vínculo de la unidad, queriendo hacer jefe de la Iglesia al príncipe que no es mas que el protector de ella. Por grande que sea la necesidad que tenga la Iglesia de un pronto socorro contra las herejías y contra los abusos, la tiene mucho mayor de conservar su independendencia (21).» Hasta aquí el célebre arzobispo de Cambray.

Este era tambien el juicio del gran Bossuet. He aquí como se espresa. «En todo lo demás la potestad real da la ley, y marcha la primera como soberana; en los negocios eclesiásticos no hace mas que segundar y prestar su servicio, *famulante, ut decet, potestate nostra*: palabras terminantes de un rey de Francia. En los negocios concernientes no solamente á la fe, sino tambien á la disciplina, á la Iglesia pertenece decretar, al príncipe proteger, defender y auxiliar la ejecucion de los cánones y providencias eclesiásticas. El espíritu del cristianismo es que la Iglesia sea gobernada por los cánones. El emperador Marciano, deseando que en el Concilio de Calcedonia se estableciesen algunas reglas de disciplina, él mismo en persona las propuso al Concilio para que fuesen acordadas por la autoridad de los padres. Y habiéndose suscitado en el mismo Concilio sobre el derecho de una metrópoli cierta cuestion en que las leyes imperiales parecian no estar acordes con los cánones; los ministros reales hicieron observar esta contrariedad á los Padres del Concilio, llamándoles su atencion sobre el caso. Mas el Concilio prorumpió al momento en estos términos: *que los cánones sean preferidos: que se obedezca á los cánones*. Mostrando por esta respuesta que si la Iglesia por condescendencia y por el bien de la paz cede á veces, en cosas que tocan á su gobierno, á la autoridad secular, su espíritu cuando obra con libertad (cosa que los buenos príncipes le dejan siempre con el mayor gusto), es conducirse por sus propias reglas, y

que sus decretos en todo prevalezcan (22).» Este que así habla no es un *curialista* : es el grande obispo de Meaux, cuya autoridad en el juicio del Sr. Vigil tiene mucho peso.

Retozará la risa en los labios de los eruditos en el derecho canónico al oír decir al Sr. Vigil, que el *patronato es una razón mas y muy poderosa que realza los títulos de los gobiernos y mejora su derecho de entender en los negocios eclesiásticos* (23) : esto es, de impedir en su respectivo estado que tengan efecto las disposiciones eclesiásticas emitidas por los preladados para la Iglesia universal, y de mandar en todos los puntos de disciplina arriba espresados. ¿Quién no se reirá de esta lógica de nuestro bibliotecario? «Constantino fundó y dotó en Roma algunas iglesias; luego, por el *patronato* los gobiernos de la América tienen derecho de impedir las disposiciones eclesiásticas de los pontífices romanos y de entender en negocios eclesiásticos!» Muy natural es que cuando una persona dispensa un beneficio, ó hace algun regalo á otra, la persona agraciada se muestre agradecida y manifieste de algun modo su gratitud. La Iglesia, siguiendo esta regla de reconocimiento, á los príncipes y demás personas que la favorecieron con la fundacion de algun templo, ó dotación de algunas personas consagradas á los oficios eclesiásticos, les otorgó ciertas prerogativas que consisten en ciertas distinciones honoríficas de asiento reservado en el templo, lugar preferente en las procesiones, entierro en la iglesia, y mayormente, segun la disciplina vigente, en la presentacion de personas idóneas para tales oficios vacantes, á fin de que el prelado la apruebe y les confiera la pieza; lo que se llama *patronato*. Pero ¿cómo de una prerogativa de tal naturaleza concedida á los príncipes por la Iglesia sin ninguna obligacion de justicia, sino por mero reconocimiento ó gratitud, puede resultar un derecho en los gobiernos de entender en los negocios eclesiásticos, y de mandar en todo lo tocante á la disciplina exterior, hasta poder impedir y anular las leyes de sus prelados? ¿Acaso, porque yo he hecho una donacion gratuita de una casa á otro sugeto, adquiero

sobre él, sobre sus negocios y sobre sus cosas derecho alguno? ¿Acaso porque Constantino dispensó bienes á la Iglesia, los gobiernos americanos adquieren los derechos de un *patronato* mal entendido sobre la Iglesia universal, ni sobre la parte de ella sita en su territorio? ¿En qué escuela se ha enseñado jamás esta lógica? ¿Quién que tenga sano juicio puede admitir esas teorías aciagas y despóticas? Si algunos príncipes católicos han levantado templos y han dotado á algunos ministros del altar, habrán llenado un deber que les impusieran la ley natural y el Evangelio de promover el culto del verdadero Dios, y de socorrer á sus pobres ministros; habrán llenado un deber de justicia dando á estos la retribucion debida á los servicios que prestarán á la sociedad con el desempeño de su ministerio apostólico; y en parte pueden haber dispensado un beneficio á la Iglesia, que esta les habrá sabido agradecer con rogar por sus bienhechores, ó con conferirles la prerogativa del *patronato*, ó presentacion de sugetos para los beneficios vacantes; *patronato*, que jamás podrá crear derechos en los príncipes sobre los asuntos eclesiásticos, ni sobre tales personas y cosas, y que puede perderse por cien títulos, y *presentacion*, que puede y á veces debe ser rechazada por la Iglesia, pues ella es el único juez que debe juzgar de la idoneidad de sus ministros, y por derecho divino es libre en la provision de todos sus beneficios altos y bajos, sin que por tanto nadie pueda tener parte en dicha provision, sino en cuanto la misma Iglesia se la otorgue, como en efecto ha otorgado tales presentaciones á algunos príncipes católicos en retribucion de ciertos servicios ó dádivas temporales.

CAPÍTULO VIII.

SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES DE HECHO.

EN confirmacion de sus teorías presenta el Sr. Vigil un largo tejido de hechos, en parte abultados y mal aplicados, y en parte reales, de varios emperadores y reyes católicos, que dicen ingerencia en los negocios eclesiásticos. Mas, como los dogmas cristianos no reciben la sancion de las operaciones de los monarcas; como el *hecho* no prueba *derecho*, nos pareceria improbo y aun fastidioso el trabajo de seguir paso á paso á nuestro errante escritor en tal narracion. Con ella nuestro adversario no hace otra cosa que escribir la historia de los estravíos de la fragilidad humana y de las pretensiones de la ambicion de algunos príncipes. Justo es sin embargo advertir que si se examinan los códigos civiles en que se hallan tales leyes de entrometimiento en los asuntos de disciplina eclesiástica, en medio de alguna confusion de jurisdiccion que se observa en ellos, inevitable en aquella infancia de la Iglesia, reluce no obstante la idea del profundo respeto y obediencia que profesaban aquellos emperadores romanos á la potestad eclesiástica. Se hallarán en ellos leyes que tienden á apoyar, pero jamás escluir su jurisdiccion, y se echará de ver que aquellos príncipes jamás juzgaron que la autoridad de la Iglesia fuese un ramo del ministerio político. Aun cuando erraban arrogándose ingerencia en asuntos eclesiásticos, se observa que erraban por celo de proteccion y de cooperacion á las ventajas del gobierno espiritual. No hay en aquellos códigos un ejemplo de invasion en los derechos eclesiásticos por parte de los príncipes, al que no se pueda contraponer otro ejemplo

de respeto y obediencia que prueba lo contrario. Es innegable que aquellos piadosos monarcas acataban el dogma católico de la independencia absoluta de la potestad eclesiástica, aunque algunas veces se estraviasen de él en la práctica. Harto frecuentemente sucede que admitimos en el terreno de la creencia y convicción principios y verdades, de cuyos preceptos nos apartamos en el de los hechos. La confesión genuina de los mismos príncipes, cuya historia de ingerencia refiere el Sr. Vigil, nos patentizará esta verdad.

El grande y religioso Constantino, que, hallándose en medio de los obispos en un convite, habia proferido la hipérbolica espresion de afecto de proteccion á la Iglesia católica: *soy obispo exterior*; interpelado en el concilio de Nicea como juez en una causa de disciplina exterior perteneciente á los obispos, dijo: *Dios os ha constituido sacerdotes y os ha dado á nosotros para ser nuestros jueces; y no es conveniente que el hombre juzgue á esos dioses de la tierra* (1). Todavía con mas fuerza y energía se espresó ese piadoso príncipe contra unos péfidos donatistas, que en una causa eclesiástica se atrevieron á apelar del concilio de Arlés á él. Hablando el Sr. Vigil de este hecho, reconoce en Constantino *el derecho de dar jueces* para que juzgasen al obispo Ceciliano. Veamos si lo reconocia en sí este emperador. He aquí sus palabras: *Piden mi juicio á mí, que aguardo el juicio de Cristo. Confieso la verdad como es en sí. El juicio sacerdotal debe ser respetado de tal manera, como si el mismo Jesucristo hubiese dado el fallo. No les es lícito pues sentir ó juzgar otra cosa fuera de lo que ellos adoctrinados por el magisterio de Cristo pronunciaron. ¿Qué es lo que piensan esos hombres malignos que hacen los oficios del diablo? Piden el juicio secular, dejando el eclesiástico que viene del cielo. ¡Ó rabiosa audacia del furor! como suelen hacer los gentiles sin fe, han apelado del concilio á mí* (2). Estos eran tambien los sentimientos del emperador Teodosio el jóven, quien, escribiendo al concilio de Efeso, decia: «Ilícita cosa es al que no es del orden de los obispos mezclarse en las causas eclesiásti-

cas (a).» Convencido este príncipe de esta verdad al enviar al conde Candiano por diputado á dicho concilio le prohibió se mezclase en los negocios eclesiásticos y en las discusiones conciliares.

Honorio emperador declaró espresamente que las materias eclesiásticas pertenecen al juicio de los obispos, y que á él le pertenecía prestar un religioso obsequio (b). Era tan piadoso el afecto que Valentiniano III profesaba á la Iglesia que, como dejó escrito Sozomeno, jamás puso un mandato á los sacerdotes, ni se atrevió á innovar alguna cosa de la disciplina eclesiástica, aunque le pareciese deterior ó que se podia mejorar, confesando que esto sobrepujaba los alcances de su autoridad (c). Tambien el emperador Marciano confesaba candorosamente, que *todas las sanciones de las pragmáticas imperiales que fuesen contra los cánones, eran vacías de fuerza y firmeza* (d). Y ¿qué diré de un Basilio, el cual en la alocucion referida por Surio en las actas del octavo concilio general, se esplica así con los jueces seculares: «A vosotros de ningun modo os es lícito ingeriros en las causas eclesiásticas. Estás pertenecen á los patriarcas, pontífices y sacerdotes, á quienes incumbe el oficio del régimen, y tienen la potestad de santificar, atar y desatar; y han obtenido las llaves eclesiásticas y sacerdotales: no á nosotros, que debemos ser regidos (e).» ¿Qué de un Justiniano, que distingue perfectamente los negocios eclesiásticos de los civiles, y confiesa que éstos pertenecen al príncipe y aquellos á los obispos (f)? ¿Qué de un Carlo Magno, quien protestaba honrar la santa, romana y apostólica Sede, como que siendo ella la *Madre* de la dignidad sacerdotal; debia ser tambien la *Maestra* de la disciplina eclesiástica (g)? ¿Qué de los Gracianos, Teodosios, Teodoricos, Ludovicos, Fernandos y Alfonsos de Castilla y otros príncipes, que confesaron y respetaron la independencia de la autoridad eclesiástica (h)?

Ahora pues, constando tan claramente la adhesion de los monarcas de la antigüedad á la doctrina del dogma católico de

la independencia absoluta de la Iglesia en asuntos religiosos y disciplinarios, débese inferir que si esos mismos príncipes emitieron algunas leyes ó decretos sobre tales materias, lo hicieron ó apoyando con sus leyes civiles los cánones ya establecidos por la Iglesia acerca de tales puntos, como afirma haberlo hecho así el mismo Justiniano en sus novelas (i); ó para presentarlas á los prelados de la Iglesia y obtener la debida sancion, como lo hizo el emperador Marciano, que presentó al concilio Calcedonense ciertas leyes de reforma del clero para que aquellos padres las examinasen, rechazasen ó aprobasen y les diesen la debida sancion y ejecucion; «dando con esto un luminoso ejemplo á los príncipes de la posteridad, dice Pedro de Marca, para cuando se trate de establecer nueva disciplina sobre clérigos y monges (j);» ó las dictaron á peticion de la Iglesia para reprimir la audacia de sus enemigos, de cuya naturaleza es el rescrito de los emperadores Graciano y Valentiniano III en la causa de S. Dámaso papa contra el anti-papa Ursicino, cuyo rescrito, que contiene algunos puntos de disciplina, fué pedido por el concilio romano en el año 378 para refrenar los desmanes de Ursicino (3); y tambien la otra constitucion del mismo Valentiniano emitida á instancias del pontífice S. Leon contra Hilario de Arlés, donde dice el emperador estas memorables palabras: «Corria ya por las Galias la sentencia del papa Leon, que tenia ciertamente su fuerza, aun sin la sancion imperial: porque ¿qué fuerza no habia de tener en las iglesias la autoridad de un pontífice tan grande?... (k);» ó las hicieron de concierto, consejo y autoridad de los prelados de la Iglesia, cuales fueron los capitulares de los reyes de Francia, como prueban Devoti y Tomasin (4); ó en fin las sancionaron por ignorancia ó desvío de las reglas de la razón y justicia; de cuya nota clasifican los doctores algunas leyes y novelas de Justiniano, que despues fueron abrogadas por el emperador Leon el *sabio*, tildando el hecho de Justiniano con la censura de *audacia* y usurpacion (5).

¶ Entre esas leyes de disciplina exterior de la Iglesia hechas

por Justiniano son memorables dos : una con que prohibió *præter et ultra cánones* que fuese elegido obispo quien tuviese hijos de su difunta mujer , ó nietos ; y la otra en que mandaba que nadie pudiese ordenarse de subdiácono antes de la edad de veinte y cinco años (6). ¿Qué sucedió? A pesar de llamarse ese emperador *Tutor y defensor de los cánones*, mereció por semejantes leyes la execración de los sabios de la Iglesia ; y el mismo emperador Leon le censuró de violador de ellos , y en *pena de su audacia* impuso á la primera de esas leyes un perpetuo silencio (7). Hablando de la segunda dijo: *Los sagrados decretos en sus cosas prevalecen á las leyes civiles. El sexto sínodo sancionó que el que tuviese veinte años de edad podía ser ordenado de subdiácono ; siga pues el orden sagrado á su ley sagrada* (1). En otra constitucion ese mismo príncipe *sabio* revocó esta misma ley anticanónica de Justiniano, guiado por esta sencilla , natural é invencible razon : «Aquel axioma antiguo que dice : *abrirás los oídos al que habla de sus cosas* , si se aplica bellamente en otros asuntos , en el caso nuestro aparece mucho mas hermoso. ¿A qué va esto, direis? Vedlo aquí: la ley civil estableció que en los oficios no se diese el subdiaconado al que fuese menor de veinte y cinco años. El decreto sagrado al contrario estableció que el que se acerca á esta ordenacion y ministerio tenga veinte años. Es pues digno que oigamos á la ley sagrada , que manda en sus cosas, y que nuestra majestad imperial ratifique y apoye la misma sentencia , estableciendo que el que haya llegado á la edad de veinte años , mientras la conducta de su vida anterior no le sea de obstáculo , en cuanto á la edad no puede ser impedido de recibir el oficio de subdiácono (8).» ¡Qué confusion para aquellos gobiernos que se han arrogado el derecho de fijar la edad para la ordenacion sagrada y profesion religiosa , contra lo dispuesto por el sacrosanto concilio de Trento y sagrados cánones!

El Sr. Vigil para dar á los hechos de ingerencia en los asuntos de disciplina eclesiástica de algunos príncipes aquella importancia de que carecen , dice: que tal conducta no mereció

la desaprobacion de los prelados de la Iglesia, ni de S. Opato, ni de S. Agustin (9). Pero nada mas gratuito que este aserto. Ahí está la historia entera que viene á desmentirlo : ahí está, en los capítulos anteriores, el ejército de santos padres, pontífices y concilios, que ha hecho frente á los usurpadores : ahí están las baterías de celo ; de energía y de autoridad que han presentado para impedir la invasion secular en el lugar santo. Siempre celosa la Iglesia de sus derechos ha sabido á su vez disparar los tiros del anatema aun contra testas coronadas, si ellas han sido las usurpadoras. Ni el cañon, ni las bayonetas, ni las puertas del infierno han prevalecido contra ella ; y primero sus jefes quedaron víctimas martirizadas en el campo, que ceder al déspota un palmo de tan sagrado terreno.

Parece que nuestro bibliotecario hace el apotéosis de la potestad de los emperadores Carlo Magno, Ludovico Pio y Arnolfo. Despues que ha citado algunos de sus hechos de entrometimiento en asuntos eclesiásticos, añade : *No caben palabras mas fuertes y significativas de la autoridad que los príncipes creian tener en negocios eclesiásticos á título de protectores* (10). Ciertamente : pero ¿qué dice la historia? El eruditísimo Thomassin que hace tal narracion, y de donde la sacó Vigil, prosigue : *No se engañaron los obispos en conocer á donde podia ir á parar esa grandilocuencia de estos príncipes por otra parte religiosísimos, y en cuán tortuoso sentido pudiera aplicar esa jactancia de palabras un intérprete malicioso é imperito, cuando le placiese* (11). Allí mismo dice este autor que los concilios de Paris VI, de Aquisgran II y otros reconvinieron á esos príncipes de sus desmanes, diciéndoles que los obispos y vicarios de Jesucristo tienen esclusivamente por divina institucion autoridad para hacer cánones y reglas disciplinares en la Iglesia, y que á los príncipes les toca cumplirlos y hacerlos cumplir, pues por esto se llaman *defensores y ejecutores* de ellos ; que las potestades seculares no son necesarias en la Iglesia, sino para obligar á los contumaces con el terror á la observancia de la disciplina ; que uno de los obstáculos que de mucho tiempo ha

encontrado la Iglesia á su libertad, y del que han provenido muchas calamidades, ha sido que la potestad política se ha querido entrometer en las causas eclesiásticas, como si fuese la autoridad divina ó eclesiástica; y finalmente se les propone por el concilio una regla de vida á que atenerse en su conducta. Allí mismo se leen estas palabras del emperador Carlo Magno : *Instruidos por la autoridad apostólica y por la amonestacion de muchos santos obispos, y enseñados por las reglas de los sagrados cánones, corrigiendo á Nos mismo, daremos mejores ejemplos á nuestros sucesores* (12). Advertimos sin embargo con Bossuet, *que si la Iglesia por condescendencia y por bien de la paz cede á veces en cosas que tocan á su gobierno, á la autoridad secular; su espíritu, cuando obra con libertad (cosa que los buenos príncipes le dejan siempre con el mayor gusto) es conducirse por sus propias reglas, y que sus decretos en todo prevalezcan.*

Arriba hemos contestado á lo que dice nuestro adversario de S. Optato. Con respecto á S. Agustín, basta leer con ánimo imparcial las cartas, en que el Santo habla de la conducta de los donatistas, y se verá si aprobaba ó desaprobaba los hechos de entrometimiento del emperador y subalternos en asuntos eclesiásticos. En ellas nos dice el santo doctor que Constantino no se atrevió á tomar el juicio eclesiástico que le pedian los donatistas, por juzgarse juez incompetente : mas que despues cedió obligado de la necesidad; pero que tuvo que pedir perdon de tal hecho á los santos obispos : *eis ipse cessit, ut de ipsa causa post episcopos judicaret, á sanctis Antistitibus postea veniam petiturus* (m). El celo por la independencía espiritual de la Iglesia era el que hacia al grande Agustino decir á un pró-consul, aun cuando se veia espuesto al furor de los donatistas : *Yo no quisiera que la Iglesia de Africa se viese abatida hasta el punto de necesitar de ningun poder de la tierra* (13). Cuyo celo juntamente con el de S. Cipriano en un caso semejante admirando Fenelon, exclamó : « ¡Qué nobleza evangélica! ¡Qué fe en las promesas de Jesucristo! ¡O Dios! dad á vuestra Iglesia

Ciprianos, Agustinos, pastores, que honren el ministerio, y que hagan conocer al hombre que ellos son los dispensadores de vuestros misterios (14).»

Quedando pues contestadas las únicas razones aparentes en que el Dr. Vigil apoya las teorías de su *Defensa* ideal, queda de consiguiente refutada su obra, y queda á la vez probado contra el protestantismo y jansenismo que á los príncipes políticos en asuntos religiosos y disciplinares pertenece *proteger*, pero no decidir; velar á la puerta del santuario, pero no entrar en él temerariamente; apoyar la Iglesia con sus ejemplos y con su poder, defenderla durante su tránsito sobre la tierra, pero no conducirla; no impedirle su marcha, no ingerirse en su disciplina, no dictar leyes que la opriman, no en fin sujetarla á la autoridad temporal.

Lléñase nuestro corazon de pesadumbre al recordar las aberraciones que en los últimos tiempos se han padecido sobre esta materia, aun en las naciones católicas. No solo en la Francia con la escandalosa *Constitucion del clero* y otras leyes; no solo en la España con el famoso *decreto* del ministro *Urquijo* de 5 de setiembre de 1799, en la vacante de Pio VI, y con otros decretos anteriores y posteriores; no solo en algunos otros estados cristianos de Europa; sino tambien en nuestras católicas repúblicas hispano-americanas con *disposiciones políticas* se ha procurado secularizar á la Hija del cielo, á la Esposa de Jesucristo, la Iglesia. Se ha visto en algunas de ellas con asombro y con menosprecio de los cánones de los concilios ecuménicos y de los Vicarios de Jesucristo abolirse por la potestad civil las *reservas pontificias*; decretarse por ella la sujecion de los regulares á la jurisdiccion de los obispos; mandar á estos dén la esclaustracion á las personas religiosas; querer dar la forma para las elecciones de prelados regulares; legislar sobre las dispensas de impedimentos dirimentes del matrimonio; suprimirse corporaciones religiosas; derribar templos; disponer de los bienes eclesiásticos; decretar sobre en qué hora se han de celebrar los oficios divinos y mortuorios, y si con música ó sin

ella; se han reducido por decreto de la autoridad civil los beneficios de las catedrales, el número de fiestas; estos y otros cien actos de autoridad eclesiástica se han arrogado algunos gobiernos políticos no solo sin el consentimiento ó autorizacion de la legítima potestad de la Iglesia, á quien, segun el dogma católico, competen por *derecho divino* tales actos; sino muchas veces contradiciendo y oponiéndose los obispos y arzobispos. ¡*Oh tempora! oh mores!*

Léjos de nosotros el pretender con esta sencilla narracion de acontecimientos sabidos menoscabar la reputacion de unas naciones eminentemente católicas. Sabido es que gran parte de los príncipes y gobiernos de esas naciones mencionadas han descollado en el mundo cristiano por su piedad y por su adhesion y proteccion al catolicismo y á su independecia en lo eclesiástico. Lo único que pretendemos probar con esa reseña de hechos es cuanto han cundido aun en los estados católicos las ideas protestantes y jansenistas, merced al desbordamiento de libros malos que se tolerára en esos suelos; con cuanta facilidad se pueden desertar los principios mas sagrados por ignorancia ó inadvertencia, y cuán esmerado cuidado deben poner en elegir ministros y consejeros religiosos y eruditos los príncipes y gobiernos que profesan el catolicismo por conviccion, por fe y por ley del estado. ¡Ojalá que los raudales de luz que arroja de sí el dogma católico, que acabamos de presentar, trazáran á los políticos una senda mas certera para llegar á dias mas felices y bonancibles para la Iglesia que los pasados!

CAPITULO IX.

LÍMITES DE LOS PODERES DE LAS DOS POTESTADES.

Si hasta ahora nos hemos ocupado en cimentar y robustecer la independencia de la potestad eclesiástica, justo es que para ponerla en equilibrio con la política, consagremos algunas líneas á la independencia de esta. La potestad civil es una potestad legítima, suprema en su rango y libre : no conoce superior en otra potestad del mismo género. Puesta por Dios para dirigir los destinos de la sociedad en lo temporal, debe gozar de la libertad natural que le concediera su Autor en el ejercicio de sus derechos ; debe en fin ser independiente. Ella para procurar la paz interna y esterna de sus estados ; la felicidad presente y bienestar temporal de sus súbditos y la observancia de la ley natural por los medios análogos, fin adecuado de su institucion y existencia, exigirá de esos contribuciones pecuniarias, instituirá consejos de ministros y colegios militares ; formará ejércitos, sancionará leyes, inspeccionará sobre su observancia, levantará tribunales de justicia, desenvainará la espada para freno de los hombres facinerosos y contumaces y para la vindicta pública, sin que en esto ó en otro ejercicio de sus atribuciones políticas tenga que sujetarse á nadie. La potestad espiritual ó eclesiástica, que en estos asuntos puramente políticos quisiese entrometerse, merecería ciertamente el reproche de Dios : *nadie que milite ó presida bajo las banderas de Jesucristo, se implique en los negocios seculares y políticos. Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.*

Son pues independientes las dos potestades : es cada una soberana en su terreno, sin que sea lícito á la una usurpar las

atribuciones de la otra. Querer la eclesiástica entrar en el palacio real y sentada al lado del soberano disputarle iguales derechos ó la particion del cetro ; y la política pretender levantar en la Iglesia otro trono pontificio de igual altura al del Vicario de Jesucristo, ó arrebatarle una de sus llaves, seria formar un cuerpo con dos cabezas, crear una monstruosa *dýarquia* ; ó perpetrar una criminal usurpacion , é introducir el mas anárquico despotismo. Debe haber de consiguiente un punto de confines , una raya que forme el círculo de ambas potestades , y que señale los términos en que cada una se debe contener sin que le sea lícito traspasar. Es indudable que al instituir el supremo Autor ambas potestades , haria la debida demarcacion , y tirando una linea de division separaria para cada una su respectiva provincia. Pero si bien en los libros sagrados se hallan marcadas muchas de las atribuciones de entrambos gobiernos , y otras sean bien conocidas por la luz natural , atendida la naturaleza de ambos poderes ; no es fácil sin embargo evitar siempre toda confusion. ¿Qué medio pues habrá para evadir choques y dificultades?

Las dos potestades eclesiástica y política esprimen un derecho respectivo. Ahora bien : un derecho se concede para un fin , y solo entonces es lícito el uso del derecho cuando es conforme á su fin. Si el uso del derecho es contra el fin por el cual se ha concedido , es injusto el tal uso , no hay tal derecho ; y si el uso es fuera del fin , será inútil , y podrá ser un abuso , una usurpacion. He aquí pues la regla para el reconocimiento del deslinde de atribuciones de las dos potestades : *el fin de su institucion*. La potestad política fué instituida para procurar la paz , la conservacion y la felicidad presente de los estados : luego , todos los medios análogos á este fin son de su competencia. El fin de la instalacion de la potestad eclesiástica es para regir la sociedad religiosa , procurar su conservacion y dilatacion , proporcionarle los medios de conseguir su último fin que es la eterna felicidad , y reglamentar el culto interno , esterno y público con que se debe adorar y honrar al Criador. Todos los

medios pues que conducen á estos nobles objetos están en la órbita de sus atribuciones.

Sin embargo, esta verdad clara, evidente y luminosa en sus principios, puede envolverse en alguna oscuridad en sus remotas consecuencias, atendida la serie infinita de ensayos y modificaciones de que es susceptible en la aplicacion. Y ya se vé que en este caso la oscuridad, ropaje hereditario de la condicion humana, pudiera servir para cubrir las violaciones recíprocas de los respectivos derechos y salvar la apariencia de justicia en el usurpador. Entonces el menos fuerte tendria que ceder la bolsa al ladron, reprimir bajo un semblante violentamente sufrido las reclamaciones de una razon justamente repugnante, y tolerar en paz lo que se apellida *grandes pasiones* ajenas. Y ¿quién no vé que tal preponderancia de la injusticia tolerada por la razon y por la indecision de la conciencia pública pudiera degenerar en breve tiempo en persecucion, opresion y despotismo? Para prevenir tan luctuosas consecuencias ¿cuál será la norma que deba seguirse donde los confines de las dos autoridades no estén al alcance de nuestra vista, y el derecho se halle en un verdadero estado de incertidumbre? Cuando las dos potestades han corrido con armonía, no ha habido litigios en esta parte: cada una se ha hecho un deber de apoyar y segundar las disposiciones de la otra: la autoridad social robustecia con medidas y motivos políticos las providencias y leyes de la potestad eclesiástica; esta hacia otro tanto con respecto á aquella. Nada habia en esto de usurpacion de derechos: porque una cosa es coöperar una potestad á los esfuerzos de la otra por medios análogos, y otra invadir sus atribuciones: una trabajar de concierto con el ejercicio de algun derecho controvertido para el logro de un buen fin, y otra usurparle ya reconocido.

Pero esta conducta, recomendable por una parte, no ha sido, ni podia ser siempre la mas conveniente ni la mas segura. No siempre han marchado las dos autoridades con igual armonia: las pasiones pueden presentar como dudosos los

derechos mas incontestables , y abrirse paso por aquí la usurpacion. Debe haber pues un tribunal , unas reglas para decidir en esas lides ó controversias. Y ¿cuál será este tribunal? ¿cuáles esas reglas? Hemos dicho que si se puede probar por la divina Escritura la competencia de tal ó cual atribucion á una de las dos potestades , por hallarse en los libros santos , particularmente del nuevo Testamento , algun testo terminante ó la práctica de los apóstoles ; este es el tribunal inapelable. Dijimos tambien que la divina ó apostólica tradicion trasmitida á nosotros por el órgano de la Iglesia en el ejercicio constante de tal ó cual atribucion , ó por el conducto de los padres de ella , era tambien otra regla inconcusa para hallar la verdad. Asentamos por último que el fin de ambas potestades podia ser un canon para fallar sobre la competencia de los medios recíprocos. Pero como este sea un tribunal muerto , que de por sí no puede pronunciar la decision en las dudas , lides ó choques de ambos gobiernos , ¿cuál será entonces el recurso ?

La Iglesia es una sociedad divina que goza de privilegios que no tiene la potestad secular. A esta sociedad religiosa le dió el mismo Dios un gobierno , una potestad por quién fuese gobernada y dirigida , que tuviese la prerogativa de infalibilidad ó inerrancia en todo lo que toca á su constitucion y á su fin. Por esta prerogativa , de que carece la potestad politica , tiene derecho á declarar , sin temor de errar , cuáles son sus dogmas , cuáles sus derechos y atribuciones , cuál su moral y disciplina , que es un ramo de la moral. Siempre pues que la Iglesia diga dogmáticamente : *este es un derecho mio ; esta una atribucion mia ; esto no compete á la potestad civil por ser cosa eclesiástica* ; ella goza del don de infalibilidad ó inerrancia , y la otra potestad debe acatar y respetar la verdad que aquella enseña. Si la Iglesia pudiese errar en la decision de tal ó cual derecho ó atribucion que sea de su competencia , pudiera errar en la decision de todos , aun de aquellos que se hallan contenidos en la sagrada Escritura , porque aun de estos dudaria y le meteria pleitos el *juicio privado* del protestantismo que interpretaria

las Escrituras divinas á su antojo, y de consiguiente la Iglesia no sabría qué derechos le ha legado Jesucristo, y pudiera ser despojada de todos y desaparecer tal sociedad divina : cosas todas que pugnan contra los dogmas católicos. De aquí es que la misma Iglesia siempre ha hecho uso de ese derecho en todo tiempo. Contrayéndonos á los hechos de los tiempos mas limitados á los nuestros y mas análogos á nuestro intento ; los corifeos de la reforma del siglo xvi le disputaron el derecho de poner impedimentos dirimentes al matrimonio y de ingerirse en las causas matrimoniales, diciendo que esta era atribucion del gobierno civil ; y la Iglesia reunida en el sacrosanto concilio Tridentino anatematizó su temeridad en esta forma : *Si alguno dijere que la Iglesia no pudo establecer impedimentos dirimentes del matrimonio , ó que erró en establecerlos ; sea excomulgado.* — *Si alguno dijere que las causas matrimoniales no pertenecen á los jueces eclesiásticos ; sea excomulgado* (1). Del mismo modo, cuando los jansenistas dijeron que los gobiernos civiles podían entrometerse en la *disciplina esterna* de la Iglesia, esta condenó tal doctrina como *herética*, como vimos en los capítulos pasados.

No hablaba pues como católico el Sr. Vigil cuando decia : *¿ Y nuestros adversarios creerian racional y decoroso á los pontífices que movida cuestion entre ellos y los gobiernos sobre el punto que tratamos* (ese de la disciplina esterna), *tuviesen estos que desistir de su opinion, y llamarla en adelante herética, porque alguno de aquellos la calificó con este nombre ? Insultarian á los romanos pontífices los que tal quisieren decir ; ...* (2). Este ha sido siempre el lenguaje audaz y escandaloso de los herejes refractarios. Los jansenistas, hablando de las decisiones dogmáticas y bulas de los romanos pontífices, decían que se han de acatar con *religioso silencio* : nuestro doctor avanza á los de su ralea, y en un tono revolucionario proclama : *que no han de desistir los gobiernos de su opinion en un asunto doctrinal de la religion, ni llamarla herética despues que los romanos pontífices la hayan calificado con este*

nombre. Pero ¿no sabe nuestro bibliotecario, que no solo los romanos pontífices, sino tambien los concilios han condenado como *herética* su doctrina sobre la disciplina *esterna*? ¿No nos ha dicho ese señor inconsecuente, que los juicios dogmáticos de los vicarios de Jesucristo hacen regla de fe cuando tienen el asentimiento de la Iglesia? Pues bien: en otro lugar le hemos probado que la bula *Auctorem fidei*, que condena como *herética* su doctrina sobre la disciplina *esterna*, ha tenido no solo el asentimiento, sino tambien el aplauso de la Iglesia universal.

Pero es preciso advertir, que no siempre la Iglesia da sus fallos canónicos sobre tales controversias: algunas veces las dos autoridades competidoras son las subalternas, en cuyo caso la eclesiástica no tiene de por sí sola como particular esa prerogativa de inerrancia, y por otra parte la decision de la lid en razon de las circunstancias no consiente dilacion. En este caso el último recurso es la representacion ó la transaccion. Ni se diga que esta perjudica á la independendencia. Todas las transacciones internacionales se estipulan sin perjuicio de la independendencia respectiva de los gobiernos concurrentes é interesados. Los sacrificios mutuos en las transacciones son una defensa ó ejercicio de la propia independendencia mas bien que su mengua. Si en la incertidumbre de en qué parte esté el derecho, uno de los competidores pretendiese predominio sobre el otro, ofenderia sin duda el derecho de este; porque obraria como si el derecho estuviese ciertamente de su parte. Mas si en este caso de incertidumbre aquel no halla lícito el uso de sus pretensiones sino dependientemente de la anuencia del otro interesado, no puede dar mejores pruebas de que respeta la independendencia de este. Pero en estos casos de transaccion es preciso que obre la razon y no la fuerza, y que no se crea que la potestad eclesiástica haya de arrostrar todos los sacrificios de ella, como han pretendido algunos políticos de los últimos tiempos.

Ha parecido tambien á alguno de estos, que un soberano

debía de tener á mengua el humillarse á la representacion que necesariamente debe preceder y servir de base á la transaccion. Mas en el estado de ignorancia en que el hombre no halla salida de sus dudas, en que la verdad del derecho no arroja de sí una centella iluminadora á causa del oscurantismo que la rodea; en este estado en que las lides se eternizarían con inmensos perjuicios de las sociedades, ¿por qué razon deben tener á mengua las dos potestades esponerse recíprocamente sus razones y recurrir á la convencion para cortar contiendas? ¿Por qué razon deben desdeñarse los gobiernos políticos de discutir los derechos oscuros y disputables en los conflictos con la potestad eclesiástica y en materias de recíproco interés, cuando los emperadores hacian á veces á los pontífices y obispos árbitros de su poder, y querian que fuese libre al pueblo invocar el juicio de estos á preferencia del de los magistrados civiles, atribuyéndole el mismo valor y firmeza (3)? ¿Por cuál motivo deben rehusar los gobiernos este homenaje de adhesion y respeto á la religion del estado que han jurado, cuando la Iglesia no le rehusa á ellos? ¿No abunda la historia eclesiástica de ejemplos de humildes representaciones de los obispos y pontífices á la potestad secular, y de esta á aquellos para transigir sus diferencias? El mismo señor Vigil nos dice que cuando S. Gregorio Magno recibió una ley del emperador Mauricio, en que prohibia á los soldados hacerse monges, el Santo representó comedidamente lo que creyó de su deber (4). De esta naturaleza son tambien las súplicas de los pontífices Pio VI al trono de José II, y Gregorio XVI á varios príncipes y gobiernos en estos últimos tiempos. Notorios son tambien los respetuosos ruegos de muchísimos de estos elevados al trono pontificio para transigir sus controversias por medio de Concordatos; entre los cuales son dignos de mencion los celebrados entre Nicolás V y el emperador Federico, entre Leon X y Francisco I, rey de Francia, y mas recientemente entre el inmortal Pio VII y varios soberanos de Europa.

apropiadas que corresponden á la dignidad pontificia.

CAPÍTULO X.

DERECHO DE AMBAS POTESTADES EN LAS MATERIAS MIXTAS.

En el capítulo precedente hemos razonado de cuando el derecho es controvertible. Pero hay casos en que los derechos de ambas potestades son evidentes, y parecen hallarse en contradicción, porque hay materias que se apellidan *mixtas*, que tienen relaciones necesarias con la religion y con la sociedad á la vez, y pueden ser medios tanto para la felicidad social como para la eterna. Se ha querido suponer que estas *materias mixtas* eran la manzana de discordia entre las dos potestades; pero léjos de traer consigo esas materias algun gérmen de desavenencia, son mas bien el núcleo conciliador que las fraterniza y casi las identifica, y un elemento poderoso para su mutuo bienestar, siempre que cada una de ellas se contenga en la línea de sus derechos. Tienen las materias mixtas dos aspectos, uno que mira á la Iglesia y otro á la sociedad: la potestad eclesiástica tiene derecho de tomar parte en todo aquel aspecto que mira á la Iglesia; y la política en el que mira á la sociedad. Ahora bien: si ambas de consuno llenan sus partes, labran de concierto su felicidad. Espliquémonos prácticamente. La moral pública, la pureza de costumbres y el enfrename de los vicios son materias mixtas, porque son de igual interés á la sociedad civil que á la Iglesia. Si pues á las leyes de la potestad civil, á esta fuerza física se añade la fuerza moral de las leyes eclesiásticas, claro es que se conseguirá mas fácilmente el fin deseado, y ambas potestades conspirarán á su mutua prosperidad.

Neciamente pues han hablado aquellos que han afirmado

que el tener una materia eclesiástica ó espiritual aspectos sociales era una razon, un título para arrogarse los gobiernos aquella parte que mira á la Iglesia, y quedar esta despojada de aquel derecho que le compete en tal materia. Ambas potestades pueden obrar en tales materias con independencia, cada una tiene marcado su objeto y los medios análogos para su consecucion; luego, el pretender neutralizar la accion que compete á cada una de ellas, el arrogarse la una el derecho de la otra seria violar la independencia ajena, seria cometer una usurpacion. Aquí nada hay de aquel choque de poderes que tanto ha alarmado á la filosofia incrédula y á la herejia. Ejemplifiquemos nuevamente la materia. Dios ha instituido el matrimonio tanto para dar ciudadanos á la patria, como para dar hijos á la Iglesia y moradores á la Jerusalem celestial. Parece pues que la Iglesia y el Estado tienen igual interés y derecho acerca de él. Pero ¿el derecho de la una en nada perjudicará al derecho del otro? En nada. El matrimonio, como las demás materias mixtas, es una materia dividua, que tiene dos aspectos y dos objetos; uno social y otro eclesiástico; ambas autoridades pues por su naturaleza son llamadas al ejercicio de sus derechos subordinadamente á su respectivo fin acerca de ella. Los derechos de la patria potestad, las razones de la dote, la legitimidad ó ilegitimidad de la prole; su sucesion, los alimentos y educacion que se le debe, la participacion ó privacion de las dignidades y otros beneficios públicos, son cosas todas, que, atendido el fin de ambas potestades, al paso que indiferentes para la eclesiástica, son de grande importancia para la civil; y de consiguiente son de su inspeccion. Esto es claro; pero en el matrimonio, además de los efectos civiles mencionados, hay un vínculo y un sacramento, que son cosas espirituales: y ese vínculo sacramental considerado en abstracto en nada interesa á la potestad social, mientras á ésta le sea permitido regular sus efectos civiles, que son los únicos que pueden influir en el Estado, como consideradas en abstracto las acciones espirituales buenas ó malas del pensamiento humano tampoco son obje-

to de la legislacion civil, á las cuales, por pésimas que fuesen, jamás se impuso penas, aun segun la mas metafisica entre las jurisprudencias, la romana. Cuando la autoridad civil ha declarado que de un matrimonio válido, segun la disciplina eclesiástica; derivanse tales derechos ó tales obligaciones civiles, y de un inválido no; ó bien de un matrimonio inválido derechos y obligaciones civiles diferentes: la potestad política ha llenado su mision, ha conseguido su fin; que es de quitar las incertidumbres y las contiendas, y asegurar la tranquilidad de las familias; primer elemento de la paz pública. Y claro es que todo esto puede conseguirse sin conocer en el vínculo, sin entrar en lo que lo constituye ó lo invalida. He aquí pues que, atendidos los fines de ambas potestades, aparece evidentemente que el matrimonio en cuanto al vínculo y sacramento es indiferente á la potestad civil y en nada le pertenece; pero que es de suma importancia y tiene estrecha y necesaria conexion con la eclesiástica, que no solo dirige las cosas espirituales, sino tambien las acciones, los pensamientos y los afectos humanos.

De lo dicho aparece cuan erróneamente los protestantes y jansenistas han atribuido á los gobiernos civiles derecho de imponer impedimentos dirimientes al matrimonio. Con esto ellos no han hecho otra cosa que luchar contra sus mismos principios: porque ó el matrimonio en cuanto el vínculo y sacramento es una cosa puramente espiritual, y de consiguiente en que, segun sus principios, nada tiene que ver la potestad política; ó es una materia mixta, y entonces el poder civil podrá entender en lo que tiene aspectos sociales, esto es, en los efectos civiles enteramente distintos del vínculo sacramental; en que, como cosa puramente espiritual, nada segun ellos tiene que ver el gobierno político; ó no es una cosa espiritual, es decir, no es sacramento, cosa que los mismos jansenistas se guardan bien de afirmar. Mas de esta materia trataremos difusamente en otra parte.

No hay pues en las materias mixtas cosa que perjudique á

la independencia de ambas potestades. Teniendo siempre tales materias dos aspectos, eclesiástico y social, pues por esto se apellidan *mixtas*, cada una es soberana en lo tocante á su fin, y siendo ambos bien distintos, y distintos los medios para su consecucion, jamás puede haber un choque que neutralice la accion de una de ellas. Sin embargo, puede suceder que los medios que tome en tales materias una de las dos potestades para obtener su fin, parezcan opuestos ó perjudiciales al fin de la otra. En tal caso ¿qué debe hacerse? En este caso, que nos pareceria ideal, cuando ambas potestades obrasen segun razon y justicia y en conformidad al fin de su institucion, pero que puede ser real, cuando una de ellas se deje preocupar de recelos y temores infundados y se desvie de su sendero, decimos: que la potestad política con respecto á la eclesiástica, y esta con respecto á aquella tendrán aquellos recursos que el derecho internacional otorga á las naciones limitrofes. Cuando una nacion independiente usa de sus derechos legítimos para la prosperidad de su país, y de los medios legales que adopta resulta algun perjuicio indirecto á otra nacion fronteriza, esta no tiene mas recursos que el del sufrimiento, y si se quiere tambien el de representacion, ni otro derecho que el de tomar medidas en su suelo que hagan menos sensibles tales resultados; pero sin ingerir daño alguno directo á su vecina, sin coartarle su libertad, sin impedirle el ejercicio de sus legítimos derechos, porque esto seria vulnerar su independencia y hacerse su soberana. La sociedad religiosa y la civil son dos naciones fronterizas, que gozan de su respectiva independencia.

Nuestro Dr. Vigil con dos autores de la secta jansenística nos ha dicho, «que si del ejercicio, que compete á la Iglesia en las materias mixtas, debe resultar alguna alteracion en el régimen de la república, debe ceder la potestad eclesiástica á la política, y los cánones á las leyes civiles (1).» Al primer golpe de vista salta á la cara del juicioso pensador la falsedad de este aserto. Por de pronto, usando del derecho de represalia, po-

driamos nosotros decir : « si del ejercicio, que compete á la potestad civil en las materias mixtas, debe resultar alguna alteracion en el régimen de la Iglesia ; debe ceder la potestad política á la eclesiástica , y las leyes civiles á los cánones. » Y entonces tocaria á nuestro bibliotecario probar lo contrario. Se habla de la *alteracion* ó perjuicio indirecto , que puede resultar del ejercicio legal de un derecho legitimo , que le compete á la Iglesia ; y nos parece que no nos debemos apartar de la doctrina corriente indicada arriba. Pero ¿ será verdad que en caso de choque ó contradiccion de las dos potestades, hayan de enmudecer los cánones en presencia de las leyes civiles , y la potestad de la Iglesia delante de la del siglo ? Así lo han pretendido los protestantes y jansenistas y con ellos el Sr. Vigil. Pero nosotros vamos á desvanecer sus preocupaciones con el divino Evangelio, con la tradicion , con la razon y con las mismas leyes políticas.

Como no cabe duda en que una de las atribuciones esenciales de la potestad política es tomar las medidas convenientes para conservar la pública tranquilidad ; así tambien es innegable que de la predicacion evangélica ejercida por los varones mas santos que ha tenido la Iglesia, los apóstoles, se ha alterado muchas veces la paz pública. Ahí están las actas de los apóstoles que vienen á confirmar esta verdad. Pues bien : en esta materia mixta , en estos choques de la potestad política contra la apostólica ¿ tuvo que enmudecer esta delante de aquella ? ¿ Qué se lee en el nuevo Testamento ? ¿ qué dice Jesucristo ? ¿ qué practicaron los apóstoles ? « Id , les habia dicho á estos el divino Maestro, enseñad mi doctrina á todas las gentes ; lo que yo os digo en secreto, predicadlo desde *sobre los tejados* : seréis presentados por esto ante los reyes y presidentes ; pero no temais á aquellos que tienen accion sobre el cuerpo y nada pueden sobre el alma : yo os daré lo que debeis contestar. » Se les prohíbe á los apóstoles por los magistrados del pueblo que prediquen la doctrina evangélica ; y ellos la predicán por las calles y plazas : se irritan los magistrados por esta desobedien-

cia y por ver alterada la tranquilidad pública ; y traídos los discípulos del Señor ante el tribunal , se les arguye de infractores del mandato de la autoridad legítima , diciéndoles : *Os mandamos que no predicaseis : y hé aquí que llenais á toda Jerusalem con vuestra doctrina.* ¿Qué contestaron á esto los discípulos de Jesus ? ¿Enmudecieron ante los gobernantes ? «Respondens autem Petrus et Apóstoli dixerunt : Obedire oportet Deo magis quàm hominibus :» *S. Pedro y los Apóstoles contestaron : Se ha de obedecer á Dios mas bien que á los hombres* (2). Y esto mismo practicaron varias otras veces.

Segun doctrina de nuestros adversarios el castigar los crímenes es una atribución esclusiva de la potestad política : se arrogaria la Iglesia , dicen ellos , un derecho que no le compete si quisiese entrometerse en estos asuntos políticos : la potestad eclesiástica debe enmudecer y quedar dormida cuando el poder civil alza la voz en estas materias. Mas ¿habla así el Evangelio ? ¿quedaron dormidos los apóstoles ante las leyes civiles sobre esas causas que un derecho sano las llama *mixtas* ? El Autor del Evangelio dice : *Si pecáre contra tí tu hermano , corrígele ya á solas , ya delante de algun testigo. Si no te escucha , díe Ecclesiæ , denúnciale á la Iglesia. Y si no obedece á la Iglesia , ténle por gentil y publicano* (3). *Denúnciale á la Iglesia* , dice Jesucristo , y no á la potestad política : y no dice , si no obedece á las leyes civiles que sin duda debia de haber establecidas para tales delitos , ó á lo menos debia de haber autoridad política para castigarlos ; mas si no obedece á la Iglesia , téngase por escomulgado , esto es , apartado de la sociedad religiosa. Cuando S. Pablo castigaba al hombre impúdico de Corinto con una especie de *destierro* ó separacion de sus parientes y conciudadanos , cual era la escomunión , por el incesto cometido , que los canonistas numeran entre los *crímenes mixtos* , ¿por ventura la potestad eclesiástica enmudecia ante la potestad y leyes civiles , que sin duda debia de haber vigentes para refrenar tales crímenes (4) ? Cuando Jesucristo y los apóstoles prohibían la poligamia simultánea y el divorcio ,

¿cedia la potestad eclesiástica á la política? ¿enmudecian los cánones de la Iglesia ante las leyes de la nacion hebrea y de otros Estados que los permitian (5)?

No nos detendremos en robustecer esta verdad con autoridades de padres y concilios, porque á los verdaderos católicos les basta que tal doctrina haya sido condenada por la Iglesia. Sabido es que los protestantes pretendian que las causas matrimoniales debian pertenecer á la potestad política, y que en esta parte los cánones, que fuesen contrarios á las leyes civiles, habian de ceder á estas; y el concilio Tridentino anatematizó esta doctrina, diciendo: *Si alguno dijere que las causas matrimoniales no pertenecen á los jueces eclesiásticos; sea excomulgado* (6). Cuando los jansenistas pistoyanos renovaron este error, afirmando que la potestad civil podia abolir ó restringir los impedimentos dirimentes del matrimonio instituidos por los sagrados cánones, la Iglesia condenó nuevamente esta doctrina como proveniente de un *sistema heretical* (7). La Iglesia no solo en el concilio Tridentino, sino en todo tiempo ha emitido cánones que han prevalecido y enmendado las leyes civiles sobre esas materias *mixtas*. Trata este argumento con admirable erudicion, como acostumbra, el sapientísimo Benedicto XIV en su áureo libro *De Synodo Diocesana* (8). Allí verá el Sr. Vigil si esta es doctrina de solo Fagnano, como parece suponer; ó mas bien una verdad que han defendido los concilios, los pontífices, los santos padres y los doctores católicos; y verá tambien la calumnia que imputa á S. Gregorio el grande, citándole indebidamente á favor de su error. Una cosa es que la Iglesia alguna vez en los conflictos con las potestades del siglo en asuntos mixtos haya cedido el campo á su competidor para bien de la paz y para evitar un mal mayor, y otra que haya enseñado que la potestad eclesiástica en asuntos que abarcan espiritualidad y temporalidad deba ceder á la civil. S. Gregorio pudo hacer lo primero en los hechos que refiere Vigil; pero imputarle por esto lo segundo sería una calumnia la mas negra. Sorprendente á la par que ridículo es el proceder de nues-

tro bibliotecario: cuando algun santo Padre prueba, á su parecer, en su favor, un padre de la Iglesia es un oráculo; pero si algunos padres y doctores santos están en su contra, los mira con desprecio y cita como por ironía. Esto se nota en el lugar á que nos referimos. Allí da una importancia imponderable á esos hechos y palabras mal entendidas de S. Gregorio, porque, á su parecer, prueban en su favor: y en esa misma disertacion aduce como por descrédito las autoridades de S. Gregorio Nacianzeno, de S. Crisóstomo, de S. Isidoro de Pelusa y de san Ivo de Chartres que defienden contra el error de nuestro doctor, que la potestad civil debe ceder en los conflictos á la eclesiástica, porque esta respecto de aquella es como el alma respecto del cuerpo, como las cosas celestiales respecto de las terrenas, y como las cosas divinas respecto de las humanas (9).

Basta consultar la razon natural para comprender que en la hipótesis de hallarse encontradas las dos potestades, y siendo inevitable que una de ellas abra campo á la otra para su marcha regular, haya de ceder la política á la eclesiástica. La potestad política trae origen de Dios, como Autor de la naturaleza, y no traslimita el orden y los límites naturales: la religiosa, á mas de gozar de esta prerogativa de la política, tiene otra cualidad que la hace subir de punto y la coloca de golpe en una escala eminentemente superior á la terrena: su origen viene del cielo por un orden sobrenatural y revelado, y por su institucion hecha inmediatamente por el Hombre-Dios. El fin del imperio civil es la seguridad y tranquilidad interna y estérna de la sociedad temporal: el fin del eclesiástico es la santificación de las almas y la felicidad eterna de la sociedad religiosa, el culto y la gloria de Dios; objetos mucho mas nobles que los primeros. Los medios, que están al alcance de la potestad civil, son medios humanos y de fuerza física: los de la eclesiástica son de un orden sobrenatural y tienen una fuerza moral mucho mas preferible que la física. Ahora pues: ¿no nos dicta la razón, no es una ley de la naturaleza que el fin inferior deba ceder al mas noble é importante? ¿que los oficios de-

bidos á los hombres den la precedencia á los que se deben á Dios? ¿que la felicidad del cuerpo ceda á la del alma y cuerpo juntamente? ¿que el bienestar temporal se posponga al eterno? ¿No nos dice el Evangelio : *buscad primero el reino de Dios y su justicia ; y todas estas cosas se os darán de añadidura* (10)? Luego, los medios para el culto de Dios, santificacion y felicidad eterna de los hombres, que son las leyes eclesiásticas, debén ser preferibles, en caso de choque, á los medios para la felicidad perecedera, que son las leyes civiles.

Ese argumento del fin de ambas potestades mejor desarrollado arrojará no poca luz sobre la materia que nos ocupa. La Fe nos enseña, y no lo desmiente la razon, que al criar Dios el humano linaje y ese mundo admirable que le diera por palacio de su morada, tuvo por blanco de sus operaciones no solo la manifestacion de su gloria, sino tambien el procurarse adoradores que le rindiesen eternos homenajes y loores, y muy principalmente la felicidad perdurable de esas criaturas que salieran de sus omnipotentes manos. Pero este fin tan noble no podia conseguirse sin denodados esfuerzos de esa sociedad humana sostenida por el brazo de la divina gracia : su felicidad es una *corona de justicia* que se ha de labrar en este lugar de destierro con obras meritorias y adornar con virtudes : necesitaba pues de maestros que la instruyesen, de prelados que la dirigiesen, proporcionándoles los medios análogos á tan santo fin. Tenemos pues la potestad eclesiástica. Mas para poder labrar esa corona de merecimientos y virtudes en el período de su carrera vital, necesitaba esa sociedad de medios de subsistencia corporal, de paz y sosiego ; y como la potestad religiosa no podia llenar este vacío por estar ya ocupada en dirigirla en lo espiritual, fué menester crear otra potestad que le procurará esa paz y sosiego, y le abriese caminos para hallar tal subsistencia. He aquí pues que el fin de la potestad civil es de remover obstáculos y de proporcionar medios temporales para que la sociedad pueda trabajar en labrarse la felicidad eterna por medio de la observancia de la divina ley y práctica de las virtudes : es

decir, que el fin de la potestad política es uno de los medios indirectos de que la potestad y sociedad religiosas se sirven para el logro del último fin. Luego, cuántas veces este medio se convierta en obstáculo y embarazo para tal consecución; cuántas veces las leyes civiles sirvan de estorbo á la potestad y sociedad religiosas para el ejercicio de la religión y práctica de los medios que esa potestad religiosa adoptara para la consecución de la felicidad final, tales leyes civiles deben ser desestimadas como dañinas; no son leyes, porque la autoridad política se ha apartado del fin que le ha trazado Dios. Luego, es evidente que en caso de choque en estas materias mixtas lo temporal ha de ceder á lo espiritual y eterno; la potestad política á la eclesiástica.

Así lo han entendido los príncipes religiosos. Convencido de esta verdad decia el emperador y rey de Francia Luis el piadoso en uno de sus capitulares que su potestad en esos asuntos no hacia mas que segundar y servir á la autoridad eclesiástica: *famulante, ut decet, potestate nostra*. Deben las leyes sagradas, decia el emperador Leon el sabio, prevalecer ante las leyes civiles en las materias mixtas. Si mi antecesor decretó que los jóvenes eclesiásticos no se ordenáran de subdiaconos antes de los veinte y cinco años de edad, el concilio sexto general ha establecido lo contrario. Ceda, como es justo, la ley civil á la eclesiástica. *Sacra decreta in suis rebus prævalent legibus civilibus. Sexta Synodus vicenarium hypodiáconum ordinari posse sanxit; sacram legem sacer ordo sequatur* (11). El mismo Justiniano, que, arrebatado por su espíritu innovador se estraviaba á veces de la senda de la verdad y legalidad, protestaba sin embargo que los sagrados cánones habian de prevalecer á sus leyes: *Illud pro lege servandum est, quod conciliis definitum servavit devota posteritas* (12); y que con sus leyes sobre estas materias no derogaba, sino que seguía y robustecía las disposiciones eclesiásticas (13), y es probable, dice Thomassin con otros, que el mismo Justiniano presentó á los obispos todas las leyes que emitió acerca de esas materias eclesiásticas.

cas ó mixtas para que fuesen purgadas y aprobadas (14). Lo propio decretaron los emperadores Arcadio y Honorio (15). El emperador Marciano sancionó tambien, que los cánones prevaleciesen á las leyes civiles. He aquí sus palabras : *Omnes pragmaticæ sanctiones, quæ contra cãnones ecclesiásticos interventu gratiæ vel ambitionis eliciti sunt, robore suo et firmitate vacuati cessabunt* (16). El curioso lector podrá ver en Thomasin ya citado lo que sintieron sobre este asunto otros príncipes; cómo la autoridad apostólica del pontífice S. Gregorio y de los concilios generales de los obispos prevalecieron en esta materia contra los decretos de los emperadores Juliano y Mauricio contrariando lo que nos supone el Sr. Vigil; y cómo el concilio de Chalons derogó una ley del emperador Carlo Magno sobre tales materias, á cuya revocacion se suscribió su hijo el emperador Luis, el piadoso (17).

Ni me se diga que en este caso de deber ceder la potestad civil á la eclesiástica en los conflictos sobre materias mixtas, queda vulnerada la independencia de aquella. Nada de esto sucede. ¿Por ventura queda perjudicada la propia independencia y libertad, cuándo en los tratados de paz una de las naciones beligerantes cede á la otra algunas de sus ventajas, sea por propia conveniencia esperando reportar de esto mejores utilidades, sea por respeto al mérito, rango ó elevacion poderosa de la otra, sea por la impotencia ú otros motivos, aun siendo iguales y legítimos los derechos en ambas partes? ¿Por ventura quedaba perjudicada la independencia respectiva de los barones y condes en tiempo del feudalismo por la sumision que en ciertos casos era debida al monarca? ¿Por ventura por tener un estado algunos cargos de deudas ó proteccion á otro queda menguada su independencia? ¿Acaso porque dos potencias confederadas tienen mutuas obligaciones dejan de ser independientes? ¿Acaso porque las leyes fundamentales ponen ciertos límites al soberano en el ejercicio de su potestad, deja de ser independiente? ¿Acaso porque la constitucion en el sistema democrático deslinda el terreno de los poderes legislativo,

ejecutivo y judicial, dejan de ser independientes en su línea?

Cómo quiera, si estas razones de analogía no satisfacen, hallaremos otras que pondrán á la verdad que defendemos á cubierto de todo ataque. Hemos probado que en el caso en que las disposiciones de la potestad civil sirvan de embarazo á la potestad religiosa para conducir la sociedad á la felicidad final, atribucion que le compete de derecho natural y divino, la potestad civil se aparta de su fin, es decir, que no tiene entonces en tal materia ningun derecho. ¿Cómo pues puede perder su independencia y libertad en cosas que en nada le corresponden y están fuera del círculo de las atribuciones que le confirió el supremo Moderador? ¿No es evidente que nada pierde quien nada se le quita, porque nada le pertenece? Añádese: nos dicta la razon y nos imponen las leyes, natural y divina, que en la eleccion entre dos bienes, uno temporal mezquino y caduco, y otro espiritual perfectísimo y eterno, sea pospuesto el primero y preferido el segundo; es evidente que los medios siguen necesariamente la naturaleza y condicion del fin; que el determinar los medios conducentes á la felicidad final, pertenece exclusivamente á la potestad religiosa. Luego, si el bien espiritual perfectísimo y eterno debe ser preferible al bien temporal, mezquino y perecedero; tambien lo deben ser los medios que para la consecucion del primero pone la potestad religiosa á quien compete, y pospuestos los que pone la civil para la consecucion del segundo, en caso de colision, y de consiguiente esta entonces ningun derecho pierde. Finalmente, la razon pide que en toda eleccion sean antepuestos los medios seguros y ciertos infaliblemente para la consecucion del fin á los dudosos y eventuales. Pues bien: la potestad eclesiástica, hablo de la suprema, tiene la prerogativa de infalibilidad en la eleccion de tales medios para su fin, de que carece la política, cuyas medidas no siempre surten sus efectos. Luego tambien bajo este aspecto, la razon desmiente la supuesta violacion de la propia independencia en el hecho de ceder la potestad civil á la eclesiástica en estas materias de que tratamos.

Ocupémonos ahora en disipar con brevedad otras falacias de nuestros adversarios. El Sr. Vigil, como queda dicho, con los dos autores mencionados, el Sr. Gibert tan célebre por la estima que de él hicieron los filósofos impíos y jansenistas, autores de la escandalosa y cismática constitucion del clero de Francia, y Mr. de Réal bien conocido por sus principios, defiende mordazmente lo contrario á lo probado, á saber: «que en caso de conflicto de las dos potestades en las materias mixtas, la eclesiástica debe ceder á la política, y los cánones deben enmudecer en presencia de las leyes civiles.» Por de pronto, si nosotros quisiésemos usar de nuestro derecho, preguntariamos á nuestros antagonistas: ¿Donde está en este supuesto la independencia de la potestad eclesiástica que vosotros en teoría no negais, á lo menos paladinamente? ¿no quedaria esta, en tal hipótesis, vulnerada? ¿no es este el argumento con que cual bateria pensais batirnos? Pues con la misma os batimos á vosotros. Pero dispensémosles esta incoherencia. ¿Qué otro argumento aducen? *Cómo Jesucristo no vino á mezclarse en la política, dice Vigil, sino á señalar el camino que conduce á la vida eterna: cómo no disminuyó las facultades de los príncipes que, segun su doctrina, debian ser respetados y obedecidos; y cómo, no estando de por medio la conciencia, no tienen título que alegar los pastores eclesiásticos, se sigue que los gobiernos no pueden hallar motivo justo y evangélico de resistencia en la otra potestad; y deben enmudecer los cánones en presencia de las leyes, y la potestad eclesiástica delante de la política* (18). ¡Qué robustez de argumentos! Siempre la misma cantinela. Cómo si Jesucristo, instituyendo el santo sacramento del matrimonio, y poniendo impedimentos dirimientes á su validez, ó disponiendo él ó la Iglesia en la parte espiritual ó eclesiástica de esta y demás materias mixtas, se *mezclaran en la política*! Cómo, si el instituir ese sacramento y reglar el aspecto espiritual de tales materias mixtas no fuese *señalar el camino que conduce á la vida eterna*! Cómo si el atender á la espiritualidad de esas materias fuese *disminuir las facultades de los príncipes*! Cómo si el cuidar los

prelados eclesiásticos de la espiritualidad de tales asuntos que les compete de derecho divino, fuese *faltar de respeto y obediencia á los gobiernos* en las cosas políticas, en cuyas cosas únicamente les son debidos! Cómo si no fuese un reato y *no estuviere de por medio la conciencia* en consentir los prelados eclesiásticos que los santos sacramentos y otras cosas espirituales, que les encargó Jesucristo, se secularicen! Y si tan falsas son las premisas, ¿cuál será la consecuencia?

El Sr. Gibert usa de este paralogismo: «Dios quiere que todos los cristianos, incluso los obispos, obedezcan á las leyes civiles; luego, en caso de choque de esas con los cánones, ó entre ambas potestades, la eclesiástica ha de obedecer á la civil y ceder á sus leyes (19).» Siguiendo los preceptos de esta lógica admirable, nosotros también argumentaríamos así: «Dios quiere que todos los cristianos, incluso los príncipes y los gobiernos políticos, obedezcan á los cánones y á la autoridad eclesiástica; luego, en caso de choque de aquellos con las leyes civiles, ó entre ambas potestades, la política ha de obedecer á la eclesiástica, y las leyes civiles han de ceder á los cánones.» ¿Place este argumento? Ruboricense pues los doctores jansenistas ante la mezquindad de su dialéctica. No menos chocantes y contradictorios son los sofismas de Mr. de Réal. He aquí su raciocinio: «Es justo que en las cosas sobrenaturales decida la Iglesia, y en las naturales el soberano; mas, todas las cosas mixtas son del orden natural... Por consiguiente, toca al príncipe temporal pronunciar en las materias mixtas (20).» ¿Todas las cosas mixtas son del orden natural? Absurdo, antilogía. Si son mixtas, habrá sin duda mixtura de alguna cosa natural y sobrenatural; y si solo son del orden natural, no son cosas mixtas. La consecuencia, que del antecedente de Mr. de Réal fluye liquidamente, es esta: por consiguiente toca al príncipe temporal pronunciar en la parte de orden natural de las materias mixtas; y á la Iglesia en la parte de orden sobrenatural: y en la contingencia de contrariarse debe ser preferida la potestad mas noble á la de inferior clase. De tales

dislates está plagada la larga autoridad de ese señor que nos cita el Dr. Vigil.

¿Qué se ha de decir de las peroratas de los protestantes Puffendorf, Boehmer y otros, á quienes han hecho eco los jansenistas, y con ellos el Sr. Vigil: «el príncipe y los gobiernos deben cuidar de que la sociedad no reciba detrimento de los negocios eclesiásticos: por nada se debe turbar la pública tranquilidad: la felicidad social debe ser preferida á todo.» A semejantes declamadores se les puede responder, que no es oro todo lo que reluce, y que no siempre que ladra el perro hay un justo *porqué*. Sin duda que puede presentarse algun caso en que, atendidas las circunstancias de temerse un mal público, cierto ó inevitable, una razonable epiqueyá, ó una manifiesta *escepcion*, haga inobservable y desobligatorio no solo un cánón eclesiástico, sino tambien la ley civil mas sagrada; y en este sentido debia entender el Sr. Vigil la autoridad de Ferraris, que cita (21). Pero querer de una *escepcion*, que circunstancias críticas hacen razonable, crear un derecho universal y absoluto en la potestad política de sobreponerse á toda decision eclesiástica, que le *parezca* menos útil, ó quizás dañina al bien público; no solo es antilógico, sino hasta antisocial y anticristiano. Predicad al pueblo que siempre que le *parezca* que una ley eclesiástica ó civil es contra el bien público, tiene derecho de hacerle frente y sobreponerse á ella; y vereis desde luego introducida la anarquía, la corrupcion pública, y rasgado el Evangelio. Predicad que siempre que un individuo, una nacion *recele* que su vecino con el ejercicio legítimo de sus derechos puede perjudicarle, tiene facultad de oponérsele y neutralizar tal ejercicio; y habreis autorizado la violacion despótica de los mas sagrados derechos, y vereis establecido aquel monstruoso y aciago principio: *bellum omnium in omnes*: «guerra universal.» Enseñad que en los *temores* de que las disposiciones de la potestad eclesiástica sean perjudiciales al bien público civil, la potestad política puede ponerle vallas, sobreponerse y anularlas; y ha-

breis desenterrado una doctrina ominosa , de que valiéndose la otra potestad en los *recelos* de opresion por parte de la política, explotará *convulsiones populares* , y vereis reproducidas las funestas escenas del tiempo de los *hugonotes* , y calamidades de otras épocas que la historia nos ha legado en páginas ensangrentadas , y entonces no solo os habreis metido á pique de hacer desaparecer la Iglesia , sino tambien el orden , la paz y la felicidad públicas. La divina Providencia , que creó á las dos potestades para el bienestar temporal y eterno de la sociedad , dejó tambien principios claros para evitar esas colisiones. Nosotros los hemos espuesto arriba ; y nos parece ilícito é imposible poderse apartar de ellos.

Es inútil que ciertos escritores y ciertos políticos agucen su entendimiento por hallar colores aparentes para dar cuerpo al fantasma de la supuesta felicidad social. Siempre será verdad innegable , que si bien los intereses presentes deben ser apreciables y atendibles , deben sin embargo ser subordinados á los futuros y eternos ; que no todo lo que á los políticos les parece felicidad y salud del pueblo , lo es en realidad ; y que cuando lo sea , no siempre se puede obtener , á lo menos legitimamente ; que de las disposiciones de la potestad eclesiástica sobre que las procesiones se hagan públicamente , se predique en tal ó cual lugar , por tal ó cual ministro , se celebren los oficios divinos en esta ó aquella hora , con tal ó cual aparato , se llame á ellos al pueblo á son de campana , y cosas semejantes , jamás se ha seguido ningun detrimento á la sociedad , sino antes grandes utilidades ; que lo que es útil al bien futuro y eterno lo es tambien al bien presente y temporal ; que Jesucristo instituyó la religion para la prosperidad de las naciones y no para su ruina ; que el bienestar de la sociedad depende tambien del bienestar de la religion verdadera , de la observancia de sus leyes , del respeto á sus derechos , y que por lo comun los medios civiles para la consecucion de la felicidad temporal no surten sus efectos , si no son regulados á nivel de esos principios , y robustecidos por la fuerza moral de los preceptos de la religion.

Esto supuesto, no versa la disputa sobre la preponderancia de los derechos eclesiásticos ó civiles, ni sobre la compatibilidad de los recíprocos intereses. Siendo la religion católica un medio tambien de felicidad social, y tal que no hay otro mas importante y que lleva la preferencia á todos, se trata de ver si se deben preferir los medios sociales de mas importancia y eficacia á los menos eficaces é importantes; y de consiguiente si los intereses sociales más importantes deben ser preferibles á los menos importantes; cuestion tan inútil, que rayaria en necedad el emprenderla. Dé el hombre pensador á esas reflexiones el valor que tienen, y conocerá que si á veces se atribuye á ciertas nimiedades, que bajo otro aspecto se tendrian por niñerías, un carácter de seriedad é importancia política, es porque competen á la potestad eclesiástica; conocerá que el ingerirse tal vez en esas menudencias eclesiásticas es mas bien un puntillo; una etiqueta ó unos celos vanos, que no un celo verdadero de la tranquilidad y felicidad públicas; conocerá que la sociedad jamás sacrificará un punto de su bienestar, si lo deposita en el arca santa de la religion, y sigue la senda que le traza su faro civilizador; conocerá que la potestad política jamás arriesga en tal circunstancia el menor de sus derechos; y dado que hubiese algun sacrificio, seria un sacrificio que equivale á un ahorro, un sacrificio racional y lógico, como el de quien sacrifica lo útil á lo recto, un sacrificio de un pequeño derecho que se hace para la seguridad de otro mas importante; porque es hecho á la religion, es decir, al mas poderoso medio de felicidad social, á aquel fin mismo á quien tiende el uso de todo derecho civil; sacrificio glorioso y necesario, puesto que todo derecho se concede no solo para usar de él, cuando el uso se útil ó conveniente, sino tambien para no usarle cuando un tal uso pueda resultar inconveniente ó nocivo. En suma, el derecho de la Iglesia católica tiene un origen divino, como tambien lo tiene el de la sociedad, aunque no de una manera tan noble; y así como no es antisocial la subordinacion del derecho civil á las leyes naturales, tampoco debe

serlo su subordinacion á las leyes de la verdadera religion que son su complemento.

Cosa lamentable es que se hayan puesto en duda principios tan evidentes. En tiempos mas felices será un motivo de estupor el leer en la historia de este siglo de luces que nada haya sido en esta época tan necesario, como el mendigar socorros á la filosofía para conciliar lo que se apellida derechos del hombre con los derechos de Dios. El filósofo de los siglos futuros se preguntará con asombro: ¿cómo pudo ser que el hombre tuviese atrevimiento de decir al Ser Supremo, al autor de su ser y de su conservacion: *vuestra superioridad perjudica á mis derechos?*

Hagamos ahora la tentativa de reducir á la práctica los luminosos principios que dejamos sentados. Un gobierno político quiere dar al pueblo una diversion lícita y honesta; pero cabalmente es en una hora en que la Iglesia tiene funcion solemne en el santo templo, y sin duda esa disposicion del gobierno ha de llamar la atencion del pueblo novelero y llevar el concurso del templo al espectáculo, quedando aquel casi desierto. ¿Podrá la potestad eclesiástica tomar medidas para impedir tal diversion á fin de evitar ese detrimento indirecto que le ocasiona esa disposicion política? La potestad eclesiástica en este caso no tiene otro recurso que el de la representacion ó ruegos á la potestad civil; y si nada consigue, debe tolerar en silencio, y solo exhortar al pueblo á que prefiera las cosas del alma y de Dios á las del cuerpo y del mundo; porque el gobierno civil obra en el terreno de sus atribuciones. Quiere la potestad eclesiástica hacer una rogativa pública ó una procesion solemne por las calles de la ciudad con alguna plática, y para que haya mas concurrencia, determina que tenga lugar á la caída del sol; cuando los jornaleros cesan de su trabajo. ¿Podrá la potestad civil impedir tal procesion ó determinar que se haga en otra hora por temor de que se perturbe la tranquilidad ó haya algun desórden? Obraria fuera de la esfera de sus atribuciones y violaria los derechos é independencia eclesiásticos el gobier-

no que tal intentase. El determinar las funciones del culto público, la necesidad y modo de las rogativas y de la predicación pertenece exclusivamente de derecho divino á la potestad eclesiástica. El gobierno podrá hacer presente á la autoridad de la Iglesia los inconvenientes que advierte puede haber; pero si nada consigue, de ningún modo puede impedir ni neutralizar tal función: antes bien como *protector* debe secundar y proteger ese acto de religión, y como autoridad social debe tomar las medidas para que con tal ocurrencia no se perturbe la tranquilidad ni sucedan desórdenes:

Estos casos prácticos que acabamos de apuntar, pueden servir de modelo y regla para la resolución de otros semejantes. De lo dicho se infiere cuán fuera de razón y justicia ha obrado uno de nuestros últimos ministros, quien, «para que no se cause perjuicio á las ocupaciones de los concurrentes, y principalmente de los empleados públicos, ha prevenido ó preceptuado que las funciones mortuorias de honras deban en adelante concluir precisamente á las nueve del día, sin permitirse ninguna contravención por la intendencia; y respecto á que en estas mismas funciones no se observa el artículo 62 del reglamento, en cuanto á la música que debe usarse en ellas, ha ordenado se reiteren las órdenes convenientes para que no se permita sino el órgano y canto llano establecidos por la Iglesia, según está mandado (22).» Tales disposiciones y procedimientos, ó suponen una crasa ignorancia de los derechos divinos, ó son atentados ominosos de invasión al lugar santo. El fijar la hora en que han de principiár y concluir las funciones religiosas, sean mortuorias, ó de cualquiera otra clase, y si han de ser con música ó sin ella, son atribuciones que competen exclusivamente á la potestad eclesiástica, porque á ella le pertenece de *derecho divino* reglar la disciplina de la Iglesia; y jamás ni la policía ni la mas alta categoría civil le puede poner un precepto en contra. Si los fieles sufren perjuicio en sus ocupaciones, y la asistencia á tales funciones no es mandada por la Iglesia, podrán dejar de asistir; la potestad civil podrá tambien en tal

caso mandar á sus empleados públicos que no asistan ; pero jamás fijar una hora en contravencion á lo dispuesto por el sacerdocio , jamás reglamentar la pompa ó solemnidad de tales funciones. Obrar lo contrario seria pretender sentarse en el trono episcopal y dominar en el santuario.

Revélese de todo lo espuesto cuán necesario es que entre las dos potestades reine aquella santa alianza , aquel *consejo de paz* que tanto inculca el Espíritu Santo para su mutua felicidad. *Estará sentado el príncipe en su trono , y el sacerdote en su sitial , y habrá el consejo de paz entre ellos* (23). Pero el Sr. Vigil , á despecho de este oráculo divino y de la doctrina de la Iglesia , dice que *en su humilde opinion mayores males pueden seguirse de esta alianza, que de una competencia manifiesta* (24). Y bien , quien siembra esta semilla , solo espere frutos de discordia ; y no , no trabaja para la edificacion , si que para la destruccion no solo de la Iglesia , sino tambien de los gobiernos y de la sociedad misma. Nosotros consagraremos un capítulo de esta obra para esponer la importancia y las utilidades que resultan de la perfecta armonía entre el trono y el altar.

CAPÍTULO XI.

PODER DE LOS PAPAS DE LA EDAD MEDIA.

UN hecho nos ha legado la historia que ha alarmado sobre manera á la herejía y á la filosofía impía á la vez : *la potestad semi-política que ejercieron sobre los príncipes los papas de la edad media*. Se desgañitaron los protestantes para dar cuerpo á este fantasma asustador , y con sus violentas peroratas llegaron á fastidiar al mundo entero. Repitieron esas rancias cantinelas los jansenistas de consuno con los filósofos incrédulos del siglo pasado , y no cesaron de declamar contra los supuestos abusos de autoridad del pontífice S. Gregorio VII , las amenazas de excomunion de Inocencio III á Felipe Augusto , las disposiciones de la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII , el destronamiento de los príncipes , los anatemas contra ellos , las dispensaciones del juramento de fidelidad , y contra otras llamadas *pretensiones de la curia romana*. Nuestro Dr. Vigil ha ocupado larguísimo tiempo en desenterrar esas mòmias que yacieran en el sepulcro del olvido y desprecio ; y en una modestísima disertacion de ciento veinte y ocho páginas nos ha reproducido la historia inoportuna de esas ranciedades.

Siuviésemos tiempo que perder , analizaríamos los hechos , los comentarios y las citas que hacina en su libelo nuestro adversario , y por cierto que no seria cosa difícil hacerle patente que no todo lo que se escribe es historia ; que el apoyarse en la autoridad de ciertos autores , de un Dupin , de un Pereira , de un Millot , Baluze , Sarpi , los autores del *Arte de verificar las datas* , y otros de esta ralea , cuyas obras llevan el sello de una pasion innoble , y sirven de bandera á un partido proseri-

to, es desacreditar sus disertaciones; que aun cuando haya fidelidad en la narracion de los hechos, no es abuso todo lo que por tal propalan los enemigos de la Iglesia; que aun concedido el abuso, restaria probar si este era un vicio de la autoridad ó de alguna persona particular, y si esta procedia de buena ó mala fe, y si su error produjo males mas bien que bienes. Le haríamos observar que en remover las cenizas de hombres santos para esponerlas al ludibrio, y en suscitar cuestiones añejas que de nada sirven en nuestra época, no siempre hay aquella pureza de intencion que se desea en un autor que escribe para el bien de la Iglesia y del Estado. Le haríamos palpable que las diatribas de algunos políticos y los deseos de ciertos reformadores no van siempre exentos de sospecha, y que con harta frecuencia se revelan misterios como los de Cranmer, el cual, cuando quiso quitar la religion á los ingleses, fingió quererla purísima. Le haríamos ver, en fin, que su segunda disertacion, no menos que las demás, está plagada de sofismas y contradicciones. De todo esto haríamos análisis, si creyésemos sacar algun provecho de nuestro trabajo que al presente juzgamos por perdido.

Sin embargo preguntaremos: ¿es verdad que en el poder que ejercieron los papas de la edad media tocante á las excomuniones, destronamiento de príncipes y dispensaciones del juramento de fidelidad, habia un abuso de autoridad y unas pretensiones de una monarquía universal temporal? Así lo han querido los que miran las cosas desde lejos y al través del prisma falaz de *un pensamiento dominante*. Pero la autoridad, la razon y la historia de concierto vienen á desmentir un aserto tan gratuito. Varias son las vías que podemos tomar para desvanecerle. Los papas de aquella época se entrometian en los asuntos de que se cuestiona, únicamente bajo aquel aspecto espiritual que les era propio, y bajo el que ellos eran incontestablemente de su competencia. Prescindiremos de estas ó aquellas palabras con que pudieran acompañar sus disposiciones; pero el principio en que estribaban, era sencillo, claro,

innegable : *el derecho de la Iglesia de conservar la moral pública en la sociedad religiosa ; de mirar por la conservacion de su existencia y de su prosperidad ; y de intervenir en la punicion de los crímenes mixtos.* No se citará en la historia de aquella edad un hecho de que los romanos pontífices hayan escomulgado á un monarca , y de cuya disposicion haya resultado su destronamiento , que no esté apoyado en ese derecho. Jamás los papas han lanzado el anatema contra aquellos príncipes que en nada perjudicaban á la Iglesia , ni intentaban desmoralizar con sus hechos , doctrina ó maniobras á los fieles sus hijos. Cuando el Vaticano fulminaba el rayo formidable , era cuando el príncipe se declaraba hereje ó favorecia á los heterodoxos , ó despojaba las iglesias , ó perseguia á sus ministros , ó le usurpaba sus derechos , ó minaba su moral ó su existencia. Abriremos la lisonjera esperanza de obtener en esta parte el asentimiento de todos los eruditos que conocen la historia.

Con efecto : ¿cuándo fué que el gran pontífice S. Gregorio VII, que, segun nuestros antagonistas, es el que dió escándalo en esta materia, y por cuyo motivo ha sido el blanco de las diatribas y sarcasmos de los enemigos de la Santa Sede ; cuando fué , preguntamos , que ese Santo anatematizó al emperador Enrique IV, de cuyas resultas quedaba depuesto del imperio ? Fué despues de haber usurpado los derechos de la Iglesia , provoyendo con escandalosas investiduras las sillas de Bamberg , Fulda y Lorsch ; despues de haber oprimido al pueblo de una manera la mas despótica ; despues de haber tomado parte en la conjuracion que fraguó Guiberto con Centio , cuyo plan era quitar la vida al papa , ó por lo menos aprehenderle y entregarsele á Enrique ; despues de haberle efectivamente acometido los conjurados en la iglesia de Sta. María la Mayor en la noche *buenas*, mientras oficiaba en la capilla del Pesebre , haberle arrojado á tierra , cogido de los cabellos , arrastrado por la iglesia , y conducido preso á una torre del mismo Centio ; despues de haber Enrique preso á muchos obispos y quitádoles sus bienes é iglesias ; despues de haber llenado al

santo Pontífice de insultos y de las mas negras calumnias, y haber intentado deponerle del pontificado con una carta, cuyas últimas palabras son : *Yo, siguiendo el dictámen de los señores de mi reino, que me ha parecido justo, os depongo del papado, y os mando en calidad de patricio de Roma que dejeis la Silla*; despues de haberle intimado tal deposicion por medio de Rolando, quien en presencia del concilio de los obispos trató al santo pontífice de *usurpador y lobo rapaz*; despues que el pacientísimo pontífice habia dirigido las amonestaciones mas amistosas y paternales á Enrique para que se abstuviese de estos y otros muchos atentados; despues de todo esto y continuando la obstinacion del rey, fué cuando el papa, aconsejado por los obispos del concilio, escomulgó á Enrique (1).

Estos fueron los motivos poderosos que obligaron al santo Pontífice á tomar esta medida, fuerte sí, pero necesaria, si no queria ver hundido el trono pontificio y la Iglesia en la mas espantosa anarquía. Lo confiesa el mismo santo Padre con estas palabras : *Todo el mundo sabe cómo ha entregado Enrique los obispados y abadías á lobos rapaces, y no á pastores; cómo traficaba vergonzosamente con ellos, y todo lo manchaba con la infame herejía de Simon... Pero este príncipe, irritándose contra la corrección, no cesó hasta obligar á casi todos los obispos de Italia, y en Alemania á cuantos pudo, á renunciar á la obediencia de la Santa Sede. Viendo, pues, que su impiedad habia llegado al colmo, le escomulgamos por dos razones principales : por no haber querido alejar á los reos de dilapidaciones y simonías que habian sido condenados por la Santa Sede; por no haber querido hacer penitencia de sus crímenes, y por haber desgarrado con un cisma el cuerpo de Jesucristo, es decir, la unidad de la Iglesia* (2). Semejantes motivos tuvieron los demás pontífices que lanzaron tambien el anatema contra otros príncipes, como puede verse en la imparcial historia. ¿Y este es un abuso de autoridad? Aquí no hay otra cosa que el ejercicio legítimo del derecho natural de mirar por su conservacion

y por la existencia de una sociedad legítima por medios legales. Con esto los pontífices no hacían otra cosa que cumplir á la letra el santo Evangelio que dice : *si el delincuente no se enmienda á tu correccion , denúnciale á la Iglesia ; y si no obedece á la Iglesia , sea tenido cual gentil y publicano*, escomulgado. Con tal medida los papas no hacían mas que imitar la conducta del apóstol S. Pablo que lanzaba al incestuoso de Corinto de la sociedad religiosa y de la mesa de sus hermanos, sin respeto á su categoría.

Ahora bien : de la imposición de esta censura ó pena espiritual, arma tan legítima de la Iglesia, se seguía como por consecuencia necesaria el destronamiento del príncipe escomulgado. Confiesan esto de consuno los eruditos imparciales. Fenelon sobre aquellas palabras con que el papa declaró á Federico II de Alemania privado del imperio : *absolvemos á sus vasallos del juramento de fidelidad*; observa que es como si dijera el pontífice : «Le declaramos indigno por sus crímenes é impiedad de gobernar á pueblos católicos. El papa no hace en esto mas que ejercer la potestad que Jesucristo dió al primero de los apóstoles y á sus sucesores, cuando dijo á Pedro : *todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo* ; es decir, declara á los pueblos libres del juramento de fidelidad á Federico, atado por sus pecados. No es, pues, extraño, que naciones íntimamente adheridas á la religion católica, sacudieran el yugo de un príncipe escomulgado, porque no le están sometidas sino en cuanto el príncipe lo está á la religion católica (3); », segun los principios que deja sentados allí mismo, donde esto dice. El conde de Beaufort tambien decia : «Los historiadores enemigos del papado han visto un abuso de potestad en este hecho de la deposición de Enrique ; pero eso es discurrir segun las ideas modernas. En efecto : la excomunion llevaba en pos de sí la deposición; y esto es tan cierto, como que los partidarios de Enrique únicamente ponían en duda el derecho de excomunion, y Gregorio no trataba mas que de probarlo, mirando unos y otros la deposición como secundaria y derivada de la excomunion. Diga-

mos que si Gregorio no hubiera empuñado el cetro con esta energía, no solo se perdía el papado, sino también la civilización de los pueblos modernos (4).» En la historia de Gregorio VII por el ministro protestante Voigt se registran estas palabras: «Segun la jurisprudencia de la época, observada rigurosamente, la escomunion llevaba consigo la deposición. Por lo cual se examinaba entonces, como lo vemos por todas las sentencias de aquel tiempo, no precisamente si el rey podia ser depuesto, sino si podia ser escomulgado (5).» He aquí, pues, que en la deposición de los príncipes los papas no se apartaban del ejercicio legal de sus derechos legítimos, entre los cuales se numera sin controversia *el de escomulgar*.

Con otras razones además prueban los sabios y eruditos la legitimidad de ese poder de los papas en la edad media. En la época de que estamos hablando, era tal la confusión de pretensiones y luchas entre los príncipes, tanta la opresión de los pueblos por parte del despotismo, tan furioso el desbordamiento de las pasiones, que todos buscaban una autoridad que los pudiese salvar del naufragio que amenazaba a la sociedad entera. Vieron esta autoridad salvadora en el trono pontificio, donde brillaba el saber y la prudencia, y estaba sentado el padre común de los fieles; y todos, pueblos y príncipes, invocaron su patrocinio y le deferian sus causas. Por manera que se creó por derecho público en la silla de S. Pedro un tribunal universal *directivo y regulador* de los destinos de las naciones. Prueba este *derecho público* el sabio conde de Maistre en su célebre obra *Del Papa*, que ha merecido la acogida y los aplausos de todos los sabios, sin que hayan podido rebajar su mérito los sarcasmos y mala inteligencia de algunos enemigos de la Santa Sede. Entre ellos ocupa su lugar el Sr. Vigit, quien, además de emitir la censura de la obra del inmortal Maistre con una acrimonia indebida, se esfuerza en desmentir ese *derecho público*, esto es, ese consentimiento universal de los pueblos y aun de los príncipes, en que los papas ejercieran tal poder en la edad media. Pero cuán sin razón y justicia, lo puede

ver el curioso, comparando los escritos de los dos antagonistas (6).

Hombres eminentes de otras épocas y todos los sabios de nuestro siglo, católicos y gran parte de los protestantes, han reconocido ó defendido la legitimidad del ejercicio de ese poder universal regulador de los papas de la edad media. Por lo que es de extrañar que en este siglo de rectificación de ideas sobre el particular nuestro bibliotecario se haya singularizado con reproducir las *vejezes* del luteranismo, jansenismo y filosofismo incrédulo que ya no son de moda. De entre los indicados varones escogeremos los que mas descuellan por sus talentos.

«Gerson, muy poco inclinado á exagerar los derechos de la potestad pontificia, esplica sencillamente su naturaleza y estension sobre la soberanía temporal con las siguientes palabras: — «No debe decirse que los reyes y príncipes reciben del papa y de la Iglesia sus tierras y heredades, de modo que el papa tenga sobre ellos una autoridad civil y jurídica, como algunos acusan sin fundamento á Bonifacio VIII de haberlo así creído; pero sí que todos los hombres, sean reyes, emperadores ó príncipes, están sujetos al papa, siempre que quieran abusar de su jurisdiccion, poder temporal y soberanía contra la ley divina y natural, y que esta potestad del papa puede llamarse *directiva y reguladora*, mas que civil y jurídica.» — Fenelon adopta esta misma doctrina, la aplica á las cuestiones que pueden originarse acerca de la soberanía tan interesantes á la salud de los pueblos, y prueba que en todas las naciones católicas fué un principio recibido y profundamente grabado en las almas, que la potestad suprema no podia fiarse sino á un príncipe católico, y que en virtud de la ley sobre que descansa la sociedad despues del establecimiento del cristianismo, no estaba el pueblo obligado á obedecer al príncipe, sino en cuanto este obedeciera á la religion católica. — De aquí es, añade el grande arzobispo de Cambray, que no era la Iglesia la que instituia á los príncipes legos, sino que únicamente respondia á los pueblos que la consultaban sobre cosas de conciencia en razon del contrato y ju-

ramento; en lo que no hay una potestad *civil y jurídica*, sino *directiva y reguladora*, como dice Gerson (7).»

Luminoso á la par que apremiante es sobre esta materia el raciocinio del Sr. Haller, de este sabio publicista que desertando noblemente; como dijimos, de las banderas protestantes, se alistó bajo las católicas. Contestando á los filósofos de la impiedad y principalmente á Rousseau que decia : *el cristianismo bajo el pretexto del reino del otro mundo se ha convertido en el mas violento despotismo en el gobierno temporal de su cabeza visible*; escribe : « Para imponer silencio á los malignos, diré en primer lugar que Roma jamás ha condenado ni conducido á ningun príncipe á la guillotina, como repetidas veces lo han verificado la reforma y el filosofismo. En segundo lugar diré que si los papas no tuviesen aquella superioridad, cuyos efectos no se quieren sentir, los soberanos por propio interés deberían procurársela y admitirla. ¿Qué cosa es mejor para un príncipe, que el pueblo, á quien preside y gobierna, examine y de por sí decida si su soberano es indigno del trono segun la nueva doctrina de los filósofos, ó bien que avoque á si tal conocimiento y juicio el papa, segun la antigua doctrina de algunos teólogos? ¡Ay del soberano, si su mando depender debiera de la volubilidad y capricho del pueblo por lo común ciego, furibundo, incapaz de razon y jamás contento del actual gobierno! No sucede así con el papa, á quien es fácil por medio de embajadores, memorias, conferencias, apologías y por otros cien mil medios juzgar de la conducta de los príncipes. Con bastante frecuencia han estendido los papas su brazo poderoso á la salvacion y proteccion de los soberanos : con bastante frecuencia han sostenido sus coronas vacilantes en sus cabezas. Si algunas veces se han opuesto á los designios ambiciosos de algunos príncipes, si alzaban la voz, si tronaban, cuando uno ú otro oprimia á los pueblos, ó tenia miras de turbulencias y usurpacion, ¿no es este un grandísimo encomio para el Vaticano? ¿no merece por esto reconocimiento? ¿Cómo se mantuvo en los siglos de barbarie un cierto orden, cómo se evitó en muchos estados la

funesta alternativa de tiranía y anarquía? Los papas mantenían el equilibrio en la balanza de los diferentes miembros de la república cristiana; los papas impedían las violencias y las invasiones, obligaban á la restitucion de las rapiñas, y eran los defensores no menos de los súbditos que de los reyes. Los mismos anatemas que se dicen prodigados, han adormecido mas turbulencias y disensiones que no provocado. Siempre el bien ha aventajado al mal.

» Quien conoce la historia no puede menos de rendir respetuoso homenaje á todo lo que de grande y útil han obrado los papas en aquel tiempo mismo, en que su poder llegaba al apogeo del esplendor. Los príncipes deben guardarse de la soberanía popular, y no de la de los papas. Hágase entender al pueblo que los súbditos no pueden erigirse en jueces y censores de sus gobiernos soberanos; que tratándose de desatarse de un juramento, y de un juramento gravísimo y fundamental, cuál es el juramento de fidelidad, no tiene ni puede tener facultad otro fuera del vicario de Jesucristo, y que por consiguiente debe atenderse para ello el juicio de la Iglesia; y los príncipes y gobiernos no tendrán que temer las convulsiones populares, y estarán seguros. Agréguese que no deben considerarse únicamente los soberanos con respecto á sus súbditos. Pueden surgir, y surgen de hecho y con frecuencia, diferencias entre príncipes y príncipes, entre naciones y naciones. Si el papa tuviese el derecho de resolverlas y terminirlas, y las partes se conformasen y ajustasen á su juicio, ¿cuantas guerras de menos habria? ¿cuanta menos sangre se derramaria? Y ¿una remota posibilidad de abuso puede prevalecer jamás á un bien tan grande? *Es preciso confesar*, escribia en un opúsculo Federico II, *que la guerra es un mal, pero que no se sabe cómo impedirlo por falta de un tribunal que juzgue las causas de los soberanos.* Mas juiciosamente se espresa Chateaubriand que desarrolló su genio en el *Genio del cristianismo*: *Si en medio de la Europa, son sus palabras, hubiese un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas, y previniere las guerras*

y las revoluciones, ese tribunal sería la obra maestra de la política y el último grado de la perfección social. Padre común; padre de todos los fieles es el papa. Son, pues, los príncipes que reinan y los monarcas sus hijos, y siendo hijos debe haber sobre ellos por parte de aquel preeminencia y superioridad, que al fin toda redunda y versa en beneficio de ellos.

» Recórranse los pasados tiempos; y se verá á los papas árbitros y conciliadores en las rivalidades de grandes señores y soberanos que luchaban por sus propios intereses. En Francia cuando por la debilidad de los reyes de la primera raza, podia encenderse una funestísima guerra civil, con una sencilla decisión del pontífice-S. Zacarias pasó el reino de la estirpe de los Merovingios á la de Carlo Magno sin derramamiento de sangre. La España y Portugal, disputándose los confines de las respectivas conquistas orientales y occidentales, habrían tenido sin duda que recurrir al terrible destino de la guerra, que podia traer la recíproca destrucción, si Alejandro VI no se hubiese interpuesto de mediador. El pontífice finalizó la cuestión, tiró la famosa meridiana que ahora sirve de norma á los geógrafos y astrónomos, y las dos naciones quedaron en paz. Muchos otros ejemplos semejantes pudieran aducirse que han producido positivos bienes públicos y privados. Renuévense aquellos, si se ama, como se dice, el bien de la humanidad, y aprovéchese de una autoridad, de la cual, escribe *Linguet* que no es un papista, que no puede hallarse *otra mas respectable, mas pura, mas útil, fundada sobre la religion y sobre la universal confianza* (8).» Hasta aquí el juicioso filósofo cristiano el Sr. de Hallér.

» Oigase ahora al Sr. Chateaubriand: «Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana fué para el antiguo, el vínculo universal: aquella capital de las naciones llena todas las condiciones de su destino, y parece verdaderamente la ciudad eterna... ¡Qué excelente papel el de un papa verdaderamente animado del espíritu apostólico! Como pastor general del rebaño puede ó contener á los fieles en el deber, ó

defenderlos de la opresion. Sus estados , bastante grandes para darle independencia ; demasiado pequeños para que haya de recelarse nada de sus fuerzas, no le dejan mas que el poder de la opinion , poder admirable cuando no abarca en su imperio sino obras de paz, de beneficencia y caridad... Es pues una cosa confesada generalmente , que la Eúropa debe á la Santa Sede su civilizacion, una parte de sus mejores leyes, y casi todas sus ciencias y sus artes.

» En las conmociones públicas se mostraron muchas veces los papas como príncipes muy grandes. Ellos fueron los que despertando á los reyes , tocando alarma y haciendo alianzas, impidieron que el Occidente fuese presa de los turcos : este solo servicio prestado por la Iglesia mereceria que se le erigiesen altares... La esclavitud se reconocia como legitima, y la Iglesia no reconocia esclavos entre sus hijos... Los reyes obraban con mas circunspeccion , y conocian qué tenian un freno , así como el pueblo una égida. Los rescritos de los pontífices no dejaban jamás de mezclar la voz de las naciones y el interés general de los hombres con las quejas particulares. *Nos han llegado informes de que Felipe , Fernando , Enrique oprimen á su pueblo etc.* : tal era poco mas ó menos el principio de todos los decretos de la corte de Roma. Si existiese en medio de Europa un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas , y previniese las guerras y revoluciones ; ese tribunal seria la obra maestra de la política y el último grado de la perfeccion social. Ahora bien : los papas por la influencia que ejercian sobre el mundo cristiano poco faltó que no realizaran este magnífico sueño (9).

Al Sr. Chateaubriand sigue el Sr. Laurentie. « Hemos visto, dice, á ciertos filósofos raros venirse al cabo de diez siglos disputando á los papas este derecho de intervencion en los negocios mundanos , imputándoles á crimen su accion omnipotente, y prodigándoles sarcasmos y anatemas por haber desconocido, á lo que ellos decian , el objeto enteramente humilde y pacífico del Cristianismo. ¡Estraños filósofos á la verdad! Pero, ¿por qué no

reprendian tambien á los pueblos en masa que se habian arrojado espontáneamente á los pies de aquella potestad? Esa era la justicia. Los papas en la edad media no hicieron mas que lo que la voluntad de los tiempos les exigia. Reyes y vasallos, príncipes y ciudadanos, grandes y pequeños, sobre todo los pequeños, todos acudian á aquel supremo poder como á la única regla soberana de equidad.

» Los papas disponian de las coronas, dicen los filósofos. Y ¿qué tiene de extraño? En la inmensa confusion de pugnas y pretensiones, ¿quién hubiera puesto fin á las contiendas? Y además, si los papas disponian de las coronas, la razon del tiempo los provocaba á aquel ejercicio de monarquía suprema. Era un delirio universal; pues no acuseis á los papas. Sin ellos cien veces se hubiera hundido el mundo en la anarquía; y los pueblos, esa gran multitud hollada por la ambicion de los rivales... ¿qué hubiera sido de ellos sin los papas? Yo no puedo comprender jamás cómo los escritores que creen defender la causa de los pueblos, se equivocan hasta el punto de combatir la accion de los papas, cuando estos precisamente han sido el instrumento de la libertad de los pueblos (10).»

Ni se crea que solamente los católicos hayan defendido la legitimidad de ese derecho de los pontífices de la edad que nos ocupa. No, señor. Los mismos protestantes y los corifeos de la filosofía incrédula se han hecho panegiristas de ese poder salvador. Oigase, entre otros, al profundo Leibnitz, que, hablando del ejercicio que de tal autoridad hacian los papas de aquella época, así se espresa: «Así se verifica esta fórmula: *Christus regnat, vincit, imperat*; pues todas las historias dan testimonio de que *casi todos los pueblos* de Occidente se han sometido á la Iglesia con tanto anhelo como piedad.

» No me meto á examinar si todas estas cosas son de derecho divino: lo que es innegable es que se hicieron con un *consentimiento unánime*, que han podido realizarse perfectamente, y que no se han opuesto al bien comun de la cristiandad, por que muchas veces la salvacion de las almas y el bien público

son objeto del mismo cuidado. Y no sé si, con su conciencia, los cetros de los reyes no están sometidos á la Iglesia universal, no para menoscabar la consideracion que les es debida, y atar á los príncipes manos que siempre deben estar sueltas para administrar la justicia y gobernar felizmente á los pueblos, sino para contener por medio de una autoridad mayor á aquellos hombres turbulentos, que, sin considerar lo que es lícito y lo que no lo es, están dispuestos á sacrificar á su ambicion particular la sangre de los inocentes y arrastran muchas veces á los príncipes á acciones criminales; para contenerlos, digo, con aquella autoridad, que reside en cierto modo, á lo que creo, en la Iglesia universal... Poco importa aquí que el papa tenga esta primacia de derecho divino ó de derecho humano, con tal que sea constante que por espacio de muchos siglos ha ejercido en el Occidente, con *consentimiento y aplauso universales*, un poderío seguramente muy estenso. Hasta ha habido muchos hombres célebres entre los protestantes, que han creido que se podia dejar este derecho al papa, y que era útil á la Iglesia si se quitaban algunos abusos (11).» ¿Podia hablar mejor un católico?

El mismo Voltaire en los momentos de calma, en que su entendimiento se veia libre del funesto vértigo que le hacia delirar, no vacilaba en escribir: «El interés del género humano pide que haya un freno que contenga á los soberanos y ponga á cubierto la vida de los pueblos; y este freno de la religion hubiera podido ponerse por una convencion universal en manos de los papas. Estos primeros pontífices, no mezclándose en las querellas particulares sino para apaciguarlas, advirtiéndolo á los reyes y pueblos sus deberes, reprendiendo sus crímenes, reservando las excomuniones para los grandes atentados, hubieran sido mirados siempre como unas imágenes de Dios en la tierra. Pero los hombres se han reducido á no tener para su defensa mas que las leyes y las costumbres de su país; leyes frecuentemente despreciadas, y costumbres muchas veces corrompidas.»

«No creo, prosigue el señor conde de Maistre sobre esas palabras de Voltaire, no creo que jamás se haya hablado mejor en favor de los papas. En la edad media los pueblos no tenían *en su país* sino leyes nulas ó despreciadas y *costumbres corrompidas*. Era pues preciso buscar en otra parte este freno indispensable; y se halló, y no pudo encontrarse sino en la autoridad de los papas. No sucedió pues sino lo que debía suceder.

» Mas ¿qué quiere decir ese grande hablador, cuando espresa de un modo condicional que *este freno tan necesario á los pueblos hubiera podido ponerse en mano de los papas*? Lo estuvo en efecto, no por una convencion espresa de los pueblos, que es imposible, sino por una convencion tácita y universal, reconocida tanto por los príncipes, como por sus súbditos, y que ha producido ventajas incalculables (12).» Esto mismo ha confesado ese filósofo ridiculo en el mismo lugar, donde se registran las palabras precitadas, en estos términos: «Los papas han contenido á los soberanos, protegido á los pueblos, terminado querellas temporales con una *sabia intervencion*, advertido á los reyes y á los pueblos de sus deberes, y lanzado anatemas contra los grandes atentados que no habían podido prevenir (13).»

En confirmacion de lo que dice Leibnitz de su tiempo, que muchos hombres célebres entre los protestantes han juzgado ser útil y poderse otorgar á los papas ese poder extraordinario, vamos á copiar una nota, que prueba, que aun hoy dia es esta la opinion de los sabios despreocupados del protestantismo, y se registra en una de las obras de un autor francés contemporáneo. «En el siglo xix, dice la nota, la defensa de los papas, aun considerados como potestad política, es el pensamiento común de los principales historiadores ó escritores de Alemania, de Inglaterra y aun de Francia:—Enrique Luden, Federico de Raumer, Hurter (*Historia de Inocencio III*), Voigt (*Historia de Gregorio VII*), Stentzel, Leo, Mentzel, Ancillon (*Cuadro de las revoluciones de Europa*), Cobbett

(*Cartas sobre la reforma*), Roscoe (*Historia de Leon X etc.*), Berington, Walter Scott:—en Francia, Michelet, y aun Sismonde de Sismondi y todos los apasionados de la *edad media*, y Guizot (14).» A estos pueden añadirse el profesor Rank de Berlin (*Historia del papado*), Juan de Müller (*Viajes de los papas*), Aix-la-Chapelle, Halle, Hambourg, Wilken, Heidelberg y Ruhs, todos de nuestros dias.

Y ¿qué diré de los católicos? No haré mencion de S. Bernardo, de Sto. Tomás, de S. Buenaventura y del ejército de teólogos y canonistas antiguos, que con Belarmino sostienen por otra via la competencia de ese derecho á los papas; sino de los grandes talentos de nuestro siglo, además de los citados en este capítulo, Bonald, Guillon, Medrolle, Saint Cheron, Malastrie, Horrer, Fernando Walter, Clemente Augusto, Tassoni, Bassi, Torricelli, Balmes, los autores de las bibliotecas de religion y religiosa, los traductores y continuadores españoles de la historia eclesiástica de Berault Bercastel, los americanos Moreno, Justo Donoso, Aguilar (15), y otros muchos de varias naciones. Sin duda que muchos de esos sabios habrian leído la historia mejor que el Sr. Vigil, para poder aseverar sin vacilacion, que los pontífices de la edad media ejercieron aquel poder universal regulador, apoyados en principios sanos y muy principalmente en el *derecho público* de la época, esto es, en el *consentimiento unánime* de los príncipes y particularmente de los pueblos, que en aquellos desbordamientos de despotismo se acogían bajo la sombra del trono pontificio, *derecho* que nuestro bibliotecario vanamente se esfuerza en desmentir contra el señor conde de Maistre.

Una cosa hay digna de atencion, sobre la cual poco se ha considerado, y que descubre cuál sea la brújula que dirige á los declamadores contra el poder de los papas de los siglos medios. ¿Cómo es, se puede preguntar, que esos fanáticos adu-
ladores de los príncipes no hayan ventilado la cuestion, sobre si era lícito á los monarcas de aquella edad y á otros mas cercanos á la nuestra deponer á los papas y hacerlos bajar de su

silla? ¿Acaso hechos consumados no brindaron á esa clase de discusiones? ¿No son célebres en la historia la deposicion de S. Gregorio VII por Enrique IV, el nombramiento de un antipapa por el emperador Federico, las amenazas de destronamiento de Juan XXII por Ludovico Bávaro, la deposicion de Clemente VI hecha por este mismo príncipe, estableciendo en su lugar al antipapa Pedro de Corbaria? Y para hablar de hechos mas recientes ¿no es notorio el hecho escandaloso de Napoleon de haber despojado, desterrado, encarcelado é inhabilitado á Pio VII para el gobierno de la Iglesia? ¿no hemos visto reproducido semejante hecho por los demagogos de la democracia romana con el actual pontífice Pio IX? El silencio pues sobre esta materia patentiza que el norte de esos filósofos parciales no es ni la verdad, ni la justicia.

Nuestro Dr. Vigil, repitiendo las palabras de los *eruditos* jansenistas y filósofos incrédulos nos ha dicho: «que las miras de Gregorio VII y otros pontífices de aquellos tiempos eran de sujetar á la Santa Sede, por medio de los destronamientos de los príncipes, todos los reinos aun en lo temporal (16).» Pero la historia entera desmiente y cubre de ignominia esa asercion denigrante. Efectivamente, no se citará un hecho verídico en la historia de ese engrandecimiento ambicioso. He aquí una juiciosa observacion sobre el particular del inmortal conde de Maistre: «Es una cosa en extremo notable, dice el sabio escritor, pero nunca ó muy pocas veces notada, que los papas jamás se han servido del inmenso poder que disfrutaban para engrandecer sus estados. ¿Qué cosa mas natural, por ejemplo, ni de mas tentacion para la naturaleza humana, que reservarse alguna de las provincias conquistadas á los sarracenos, y que los papas concedian al primer ocupante para rechazar la media luna que no cesaba de engrandecerse? Sin embargo, jamás lo hicieron, ni aun respecto de las tierras que les eran vecinas, como el reino de las Dos Sicilias, sobre el cual tenian derechos incontestables, á lo menos segun las ideas de aquel tiempo, y por el cual se

contentaron con un vago dominio eminente , reducido bien pronto á la famosa *Hacanea*, que el mal gusto del siglo les disputa todavía.

»En hora buena hayan podido los papas hacer valer en aquel tiempo este dominio eminente ó feudalidad universal que una opinion igualmente universal no les disputaba. Hayan podido exigir homenajes , imponer contribuciones , aun arbitrariamente , si se quiere ; no tenemos interés en examinar aquí estos puntos. Pero siempre será cierto que los papas nunca han buscado , ni se han aprovechado de la ocasion para aumentar sus estados á espensas de la justicia : cuando ninguna otra soberanía temporal siguió este buen ejemplo; y que aun hoy mismo con toda nuestra filosofía , nuestra civilizacion y nuestros bellos libros , no habrá acaso en Europa una potencia en estado de justificar mejor sus posesiones delante de Dios y de la razon..... Espero pues que se me explique *cuándo* y *cómo* han empleado los papas su autoridad espiritual , ó sus medios políticos para estender sus estados á costa de algun propietario (17).»

Coneluiremos esta materia con las palabras del célebre y sapientísimo-Balmes. «Despues de contemplar ese magnifico cuadro que á nuestros ojos despliega la fiel y sencilla narracion de la historia , el pararse en los defectos ó vicios de algunos hombres , el alegar demasías , yerros ó vicios , patrimonio inseparable de la humanidad , el andar á caza de ellos al través de larga serie de tenebrosos siglos , amontonarlos , reunirlos en un punto de vista para que hieran con mas fuerza , y sorprendan á la credulidad é ignorancia , el insistir sobre los mismos , exagerándolos , desfigurándolos y cubriéndolos de negros colores , es tener muy menguada la vista , es conocer muy escasamente la filosofía de la historia ; y sobre todo , es acreditarse de espíritu parcial , de miras poco elevadas , de sentimientos mezquinos y rencorosos. Es preciso decirlo en alta voz para que se oiga , es necesario repetirlo una y mil veces para que no se olvide : no se respetan los límites que no existen , no se usurpa

el poder cuando se crea, no se violan las leyes cuando se forman, no se inducen perturbaciones en la sociedad cuando se desembrolla el caos que la envuelve. Esto hizo la Iglesia, esto hicieron los papas *en la edad media* (18).»

Para desacreditar nuestro bibliotecario algunos hechos de los romanos pontífices, que él apellida *pretensiones*, se abalanza hasta negar á la Iglesia uno de sus dogmas; uno de sus mas sagrados derechos: *el de corregir á sus hijos, aunque sea con escomunion, sea cual fuere su rango*. Placer han de tener nuestros lectores al ver la lucha ridícula que ese doctor entabla contra sí mismo. En la página 2.^a de la disertacion segunda así se espresa: «Pero este respeto á los príncipes no impedía que la Iglesia, cuando querian hacerse hijos suyos, los apacentase como á los demás: y entonces el hombre hecho cristiano *era tan súbdito* de la potestad espiritual, que confundidos ni mas ni menos entre los otros fieles, así como recibia la direccion de su propio pastor, podia ser corregido y *espelido tambien de la congregacion cristiana*, si fuese necesario. La religion no ha establecido reglas diferentes para los potentados y los pequeñuelos: todos, todos sin distincion, sabios ó ignorantes, ricos ó pobres, príncipes ó súbditos reconocen una misma fe; y participan de los mismos sacramentos. Jesucristo ha considerado á los hombres perfectamente iguales en este punto, como hasta ahora no lo han sido por ninguna legislacion.»

Muy bien: pero vamos á ver lo que sigue. Allí mismo, sin una línea de interrupcion, añade: «Mas ¿puede la Iglesia escomulgar al príncipe? La escomunion no puede recaer sino sobre un súbdito, y el príncipe, como tal, no es súbdito; es la potestad política suprema é independiente. Y á tanto llega esta consideracion, que puede servir de escudo contra el poder de escomulgar al súbdito cristiano.» ¡Qué lógico tan consumado! ¡Cuántas contradicciones! ¡Cuántas paradojas! Arriba confiesa que el príncipe cristiano *es tan súbdito* de la potestad espiritual como los demás fieles: abajo dice: que *no es súbdito*. Unas li-

neas antes afirma que el príncipe puede ser escomulgado ó *expellido de la congregacion cristiana* : y pocas líneas despues resuelve que *no siendo el príncipe súbdito de la Iglesia no puede ser escomulgado*. Ora asienta que *la religion no ha establecido reglas diferentes para los potentados y los pequeñuelos*, para los *príncipes* y los *súbditos* ; ora que hay tales reglas diferentes : ya que Jesucristo ha considerado á los hombres *perfectamente iguales en este punto* ; ya que no los ha considerado tales. ¿ Quién podrá comprender esa algarabía ? ¿ qué sabio es ese , que confunde el *sugeto* en quien reside la potestad con la misma *potestad* ? Dejando todo eso á la consideracion de los sabios pensadores , pasemos á resolver el problema propuesto por nuestro doctor : ¿ *Puede la Iglesia escomulgar al príncipe* ?

Cuando Jesucristo creaba en su Iglesia el derecho penal , cuando proferia estas sagradas palabras : *si el delincuente no oye á la Iglesia, sea tenido por gentil y publicano* ; cuando decía á los prelados eclesiásticos : *todo lo que atáreis sobre la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatáreis, desatado* ; ciertamente que no hacia escepcion alguna de los príncipes. *La religion*, ha dicho sabiamente nuestro doctor, *no ha establecido reglas diferentes para los potentados y los pequeñuelos* ; ni por llevar aquellos la corona en la cabeza y el cetro en la mano quedan dispensados de los preceptos divinos y de no poder ser corregidos de sus crímenes. Propalar otras doctrinas ¿ no sería abrir campo al despotismo ? Los monarcas por el bautismo se hacen hijos de la Iglesia : tiene pues esta madre divina de derecho natural y positivo facultad de castigar con penas saludables á sus hijos desobedientes. La escepcion, que ora niega y despues concede el Sr. Vigil , queda refutada por aquella misma regla , que este señor asienta en la misma disertacion : «el Evangelio autoriza alguna vez tal escepcion , ó guarda profundo silencio acerca de ella. Si lo primero , debe *ese doctor* presentarnos una prueba tan espresa y terminante, como esta del Evangelio : *Si Ecclesiæ non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus* : porque tratándose de fundar una escepcion , ha de

exhibirse un testimonio tan claro y manifiesto como los que establecen la regla general , y de tanta autoridad como la de Jesucristo y su Santo Espíritu , que diga por boca de los autores inspirados estas palabras : *excepto el príncipe*. ¿Y podrá tomar ese señor de la palabra revelada , esa prueba terminante , ó ese testimonio claro y manifiesto ? Si lo segundo , ¿sobre qué puede entonces apoyarse semejante pretension , mientras que en contrario subsisten en toda su luz los textos citados y otros que citaremos (19)?» Lo diremos nosotros : se apoya en el pensamiento dominante de ese señor ; en la regla fundamental del protestantismo de interpretar las divinas Escrituras segun los errados caprichos del *juicio privado* , y en contra del sentido que les dan los santos padres y la Iglesia.

Los mismos libros sagrados nos suministran argumentos para desmentir esa supuesta escepcion de los príncipes. Jesucristo , al paso que encargaba á sus discípulos que diesen á los césares el honor y respeto que les son debidos en lo político , les advertía que algunas veces los habian de tener contrarios en lo religioso , y que entonces no los habian de temer , sino que les habian de hacer una religiosa resistencia , asegurándoles que en tales lances les daria valor y palabras para dejarlos confundidos: ¿No trató este Señor al rey Herodes como escomulgado , sin quererle responder palabra á pesar de las reiteradas preguntas que le hacia , en pena de sus crímenes y principalmente por haber dado la muerte á su precursor S. Juan Bautista (20)? ¿No reprendia este celoso predicador con energía al mismo rey Herodes y á su ilegítima mujer Herodías por el escandaloso amancebamiento en que vivian (21) ? ¿No arrojó del templo el pontífice al rey Ozías por haber usurpado el oficio del sacerdocio ? ¿No le separó del consorcio del pueblo por la lepra que contrajo en pena de su pecado en cumplimiento de la ley del Levítico (22) ?

La venerable tradicion transmitida á nosotros por los concilios confirma ese derecho de la Iglesia de poder escomulgar á los príncipes. En el concilio Eliberitano , celebrado á principios del

siglo IV, se prohibe la entrada en la Iglesia á los magistrados que por un año hubiesen sido del *Duumvirato*, quizás porque aquel tribunal, que presidia las causas de homicidio, obraba con injusticia (23). En el de Arles tenido tambien por aquellos tiempos se escomulga á los gobernantes que van contra la disciplina de la Iglesia (24). En el concilio de Valencia celebrado por los años de 584 se escomulga á los reyes y á cualquiera otro, aunque sea constituido en dignidad eclesiástica, que se atreviese á violar ó quitar los bienes ofrecidos y consagrados á las Iglesias (25). De este mismo derecho de escomulgar á los príncipes cristianos usaron los cinco concilios ecuménicos, el III y IV de Letrán; el de Leon de 1245, el V de Letrán, y posteriormente el Tridentino, hablando de los duelistas y de los magistrados que violentaban á sus súbditos en términos que dejarán de contraer con toda libertad sus matrimonios (26).

Resplandece tambien en los santos padres y todo su brillo la divina tradicion del derecho que defendemos. S. Basilio, hablando de la sentencia con que el gran Atanasio habia escomulgado al prefecto de Libia, dice: *Nuestra Iglesia ha conocido por tus letras, y así lo juzgarán todos, que se habia de hacer frente á aquel hombre execrable, de manera que ni el fuego, ni el agua, ni los tejados hayan de tener comunión con él. Pues conviene que esos tiranos violentos sean condenados por un juicio comun y universal. No omitiremos el hacer presente esta condenación á todos sus familiares, amigos y extranjeros* (27). S. Ambrosio en la carta, que dirigió al emperador Teodosio despues de la matanza de Tesalónica, le da una fuerte reprehension, y le dice: que no habia de alcanzar absolucion de la pena incurrida por tantos homicidios voluntarios que habia ordenado: *non erat facti tui absolutio in Ambrosii communione*. Despues le impidió la entrada en el templo, dirigiéndole estas palabras: *Retrocede, y no quieras agravar tus delitos con este nuevo atentado. Toma aquel vínculo que el mismo Dios te impone desde el cielo como medicina saludable que sola puede curar tus llagas y restituirte la salud*. Confuso el emperador al oir este

lenguaje enérgico de Ambrosio, no tuvo otra cosa que oponerle sino el ejemplo del rey David que fué adúltero y homicida, y no obstante consiguió el perdón. A lo que replicó el santo obispo : *Si le has imitado en el pecado, imítale también en la penitencia*. Herido de este rayo el emperador, y como quien estaba instruido por los oráculos de las Escrituras, dice Teodoreto, de las obligaciones de los sacerdotes y de los príncipes, y de los límites de uno y otro poder, obedeció á Ambrosio, y humillado se volvió al palacio, y después de ocho meses de llanto y penitencia y varias instancias para alcanzar la absolución, la obtuvo, y fué admitido *en el consorcio de los sacramentos* (28).

El santo padre, que se espresa con mas fuerza sobre esta materia y en varios parajes, es S. Juan Crisóstomo. En el libro en que describe el martirio de S. Babila, obispo de Antioquia, hablando de la fortaleza de ánimo con que escomulgó al emperador, dice : *Lanzó de la Iglesia, no al tetrarca de algunas pocas ciudades, no al rey de una nacion, sino al que gobernaba la máxima parte del orbe, á este sanguinario ; y con tanta firmeza y constancia de ánimo, con cuánta el pastor arroja del rebaño á la oveja sarnosa y contagiosa, para impedir que las demás ovejas contraigan el mal. Esto lo hizo confirmando el oráculo del Salvador, á saber, que solo es esclavo aquel que comete pecado, aunque lleve seiscientas coronas en la cabeza, y aunque impere á todos los hombres del universo : y que aquel que no es reo de pecado, aunque ocupe lugar entre los súbditos, reina mas que todos los reyes. El súbdito pues pronunció el juicio contra el emperador, y fulminó sentencia de condenación contra el rey de todos. No hizo esto aquel Santo temerariamente ó por capricho ; sino examinadas todas las cosas con diligencia y ajustando sus ideas al tenor de las divinas leyes (a)*. Nótese estas palabras : *sed cunctis accuratè examinatis, concinnatisque secundùm divinas leges cogitationibus* ; por las cuales aparece que el derecho que defendemos está apoyado en las leyes divinas: A este tenor hablan Eusebio, Paulino, Teodoreto y otros de aquellos primeros siglos (29). Digo de los primeros siglos,

omitiendo adrede mentar á los doctores de los tiempos posteriores, á fin de que nuestros antagonistas no los tachen de preocupados de las *pretensiones de los papas de la edad media*.

Empeñado el Sr. Vigil en sostener su opinion temeraria, despues de habernos citado indebidamente á Sto. Tomás en su favor, prosigue : «Por eso fué inaudito ó muy raro en los primeros siglos, que los papas ú obispos hubiesen intentado escomulgar á los emperadores, aunque fuesen herejes manifiestos ó fautores de herejía, como nos hacen notar los eruditos con abundancia de ejemplares.» Estos eruditos son *Dupin*, cuyas obras están proseritas por la Santa Sede, y la abundancia de ejemplares son los siguientes : «Constancio, sigue Vigil, persiguió á los católicos; y sin embargo ningun papa ni obispo pensó en escomulgarle... Leon Isáurico queria abolir el culto de las imágenes, y el papa Gregorio II no hacia mas que reconvenirle, exhortarle; y cuando Anastasio se quejaba al papa Simaco de que le habia *escomulgado*, este le decia; *emperador, yo no os he escomulgado á vos, sino al obispo Acacio; y buscando vos su compañía, no yo, sino vos mismo os habeis escomulgado; apartaos de ella, si no quereis estarlo.*» Cita allí mismo á san Basilio y á tres pontífices que no quisieron escomulgar á otros tantos emperadores malos (30).

Para honor de la lógica de nuestro doctor hubiera sido deseable que hubiese borrado de esa disertacion, donde tal error defiende y tales datos alega, estas y semejantes palabras : *No se niega la facultad que tienen los pastores de escomulgar, cuando fuese absolutamente indispensable á los cristianos sin distincion alguna*; á fin de no aparecer tan ridiculo en esa continua alternativa de afirmar y negar una misma cosa. Hubiéramos deseado tambien que ese maestro en dialéctica nos hubiese probado que del *no uso* de un derecho se infiera la *carencia* de tal derecho; ó de que algunos pontífices y obispos no hayan querido escomulgar á algunos emperadores se siga que *ningun* pontífice ú obispo tuvo derecho de escomulgarlos, *y sea inaudito ó muy raro que lo hayan intentado*.

Sin embargo, ocupémonos en analizar sus observaciones. No dejamos, dice nuestro bibliotecario, *de alegar en apoyo de nuestra asercion que el angélico Dr. Santo Tomás citaba, como una de las doctrinas de su tiempo, la sentencia tomada de una de las glosas del derecho, que así decia: Princeps et multitudo non est excommunicanda* (31). El Dr. Vigil habria leído sin duda lo que dice Sto. Tomás en el artículo que cita; y esto no embargante á sabiendas hace al angélico Doctor fautor de un error que allí mismo el Santo impugna. Ventila Sto. Tomás en aquel artículo, si se puede escomulgar á toda una comunidad ó nacion sin escluir al príncipe, y á tal fin alega la precitada glosa del derecho. Y viniendo á la resolucion afirma que toda una comunidad ó nacion no puede ser escomulgada, porque no es creible que todos los individuos de una sociedad ó nacion hayan cometido el crimen, por el cual se impone la escomunión. Pero que bien puede ser escomulgado cada uno de los individuos de ella, si son reos del delito. *Et ideò singuli de communitate excommunicari possunt, non autem ipsa communitas*. Afirma no obstante que puede ser suspensa. Luego, numerando el santo doctor, por la sentencia de la glosa que cita, á los príncipes entre los individuos de la comunidad ó sociedad; enseña que pueden ser escomulgados. Se confirma lo dicho por lo que asienta el mismo Sto. Tomás en el artículo precedente; esto es, que el prelado puede escomulgar á todo inferior: y es evidente que en lo espiritual el príncipe es inferior al prelado; y según el mismo doctor de Aquino, en el papa hay el ápice de una y otra potestad (32). Cosa estraña es que el Sr. Vigil alegue en apoyo de su asercion una glosa mal entendida del derecho, y como una de las doctrinas del tiempo de Sto. Tomás; cuando el mismo en diferentes parajes desprecia las sentencias de ese mismo derecho canónico y demás constituciones de los pontífices de aquellos tiempos por las escomuniones que en ellas fulminaban contra los príncipes; y se queja de la doctrina de los doctores de aquella época tratándolos de *curialistas*, porque no solo defendian que el papa podia escomulgar á los monarcas, sino

tambien en ciertos casos deponerlos. Pero á esas miserables pruebas se ve precisado apelar quien patrocina el error.

Prosigue nuestro adversario: *Constancio persiguió á los católicos; y sin embargo, ningun papa ni obispo pensó en escomulgarle.* «Sí, Sr. Vigil, se le contestó á esto en un periódico: Constancio no fué escomulgado, porque hasta ahora no se le ha ocurrido á ningun papa ni obispo escomulgar á los sultanes ni á los emperadores mahometanos de Marruecos, á pesar de haber destruido la religion cristiana en las vastas regiones del Asia, del África, y aun parte de la Europa. El emperador Constancio no podia ser escomulgado ó separado de la sociedad cristiana, porque no pertenecia á ella; no habia entrado en la Iglesia, no era bautizado, que es la puerta para entrar en ella. Los historiadores están unánimes en asegurarnos que Constancio fué bautizado muy pocos dias antes de su muerte por Euzoyo, patriarca arriano de Antioquía, que le acompañaba.» Confundido con esta respuesta nuestro doctor contestó: *El emperador Constancio pudo ser y efectivamente fué bautizado y secuaz de los arrianos sin el bautismo que recibió despues, no «muy pocos dias antes de su muerte» como lo asegura el autor del artículo, sino antes de emprender su expedicion contra Juliano, segun lo dice Sócrates en el libro 2.º capítulo 47 de su historia.* ¡Qué solucion tan convincente! No tenemos á Sócrates para consultarle; pero tenemos á la vista á dos historiadores gravísimos que sin duda habian leído mejor á Sócrates que Vigil. Natal Alejandro y el cardenal Orsi, citando á Sócrates, dicen que Constancio fué bautizado por el mencionado obispo, estando cercano á la muerte (33). Lo confirma S. Atanasio, escritor de aquellos tiempos, con estas palabras: *Constancio fué hereje: y perseverando en aquella impiedad hasta la fin, y despues moribundo, moriens, quiso ser bautizado no por varones piadosos, sino por Euzoyo...* y lo robustecen autores gravísimos (34).

Por el mismo periódico se le hizo ver á nuestro bibliotecario que Gregorio II no solo *reconvino y exhortó* al emperador

Leon Isáurico, sino que le escomulgó, valiéndose, entre otras palabras, de la fórmula con que S. Pablo escomulgó al incestuoso de Corinto: *trādere hujusmodi Sātanae in interitum carnis, ut spiritus saluus sit*. Mas nuestro sabio, por el singular privilegio que tiene de interpretar las divinas Escrituras contra el unánime parecer de los padres y doctores de la Iglesia, y de hacerles decir lo que están bien léjos ni siquiera de indicar, contestó: *que el término empleado por el Apóstol no importa, á juicio de varios padres, escomunion, sino que el incestuoso quedase poseído del demonio, ó castigado con alguna enfermedad* (35). Hemos leído los mas clásicos espositores de la sagrada Escritura que citan sobre ese hecho y autoridad los pareceres de los padres, y no hemos encontrado ni uno que diga que las palabras del Apóstol, con que invoca á Jesucristo y entrega á Satánás al incestuoso de Corinto, cosas todas que hizo san Gregorio II, no importan escomunion (36): ¿Porqué ese doctor no nos dice cuáles sean esos padres que supone?

Con respecto al emperador Anastasio es tan cierto que el pontífice S. Simaco le escomulgó, como que el mismo principe se quejaba de esto á Su Santidad; á cuya queja respondia el papa: *Dices que conspirando conmigo el concilio de los obispos, te he escomulgado. Esto es cosa cierta; pero con este acto racional no he hecho otra cosa que imitar la conducta de mis predecesores* (37). De cuyas palabras y otras, que omitimos, no solo consta de la escomunion del emperador, sino tambien que otros romanos pontífices anteriores á S. Simaco habian escomulgado á otros principes: y de consiguiente que no fué esto *inaudito ó muy raro* en la antigüedad. En confirmacion de esto podriamos recordar el hecho de S. Ambrosio contra Teodosio, la escomunion de S. Babila contra otro emperador, la del grande Atanasio contra el prefecto de Libia, la del obispo Sinesio contra Andrónico; gobernador de la Pentápoli (38), con otros ejemplos que sería impropio trabajo referir.

Al examinar el Dr. Vigil de una manera, que desdice de un católico, las razones en que se apoyó S. Gregorio VII para

fulminar la excomunion contra Enrique IV, dice que «no le favorecian aquellas palabras del apóstol: *Teniendo á la mano el poder para castigar toda desobediencia* (39).» ¿S. Pablo no tenia á la mano el poder de la excomunion para castigar las desobediencias de los magistrados cristianos? Quien así habla, afirmará tambien que en estas otras del mismo apóstol: *Si alguno no obedece á nuestra palabra comunicada por la epístola, notadle, y no comuniquéis con él*, no está contenida la facultad de excomulgar á los malos cristianos, sin esceptuar á los príncipes. Pero S. Juan Crisóstomo, que entendia mejor que Vigil las cartas de S. Pablo, pues se dice que este apóstol le dictó muchos de sus escritos, hablaba de otra manera. He aquí sus palabras: «Si en otro tiempo al leproso se le mandaba habitar fuera de la sociedad, y aunque fuese rey coronado se le lanzaba de ella, nosotros arrojaemos tambien de la sociedad religiosa á aquel que es leproso en el alma... *Si alguno no obedece á nuestra palabra comunicada por la epístola, notadle, y no comuniquéis con él* (2. Thes. 3. v. 14). Así debeis hacerlo: ni habéis con ellos, ni los recibais en casa, ni los admitais en la mesa, ni les deis entrada ó salida, ni converseis con ellos en el foro; y así fácilmente los reduciremos (40).» El mismo santo doctor y Teodoreto notan que el incestuoso de Corinto excomulgado por S. Pablo era uno de los poderosos principales y jefe de uno de los bandos de aquella ciudad (41).

En vista de lo espuesto hasta aquí aparece la sinrazon de los acalorados declamadores contra los procedimientos de S. Gregorio VII. No es nuestro ánimo hacer aquí la apologia de este santo é inmortal pontífice. Nos han dispensado de este trabajo no solo los primeros hombres que ha tenido el catolicismo después de aquella época, sino tambien los grandes talentos del protestantismo. Entre ellos el célebre aleman é historiador de la vida del grande Gregorio VII; el Sr. Voigt, después de haber presentado un cuadro funesto del estado de la Iglesia y de las naciones al advenimiento del santo pontífice al trono, añade: «Era imposible reprimir todos estos abusos, mientras el clero

dependía de la potestad temporal, el obispo estaba sujeto al barón, la Iglesia confundida con el Estado, y el papa era elegido por el emperador, porque un solo mal engendraba todos los demás.» S. Gregorio VII resolvió combatir este mal, y concibió su plan en este sentido. «Esto era, sigue el historiador citado, separar la Iglesia del Estado, y la potestad espiritual de la temporal, levantar la una sobre la otra, hacer al papa independiente del emperador, y aun asegurar la superioridad del primero sobre el último, y por medio de esta independencia producir la unidad y desenvolver una reforma en la Iglesia que se extendiese á toda la cristiandad y procurase la salvación del género humano.» En seguida el sabio alemán se deshace en elogios de la empresa gigantesca del hombre grande y extraordinario (42).

Otro protestante célebre, el Sr. Juan de Müller, historiador de los *Viajes de los papas*, también se hizo panegirista de san Gregorio VII, diciendo de él: «Firme y constante como un héroe, prudente como un senador, celoso como un profeta, y austero en sus costumbres, se aprovechó Gregorio con valor de las circunstancias de los tiempos; fundó la jerarquía y la libertad del imperio; unió á los eclesiásticos desparrramados y desunidos; sacó del polvo á millares de hombres, que no tenían otro derecho que el de la palabra. Hizo mas leve el yugo que los francos habían impuesto á las provincias alemanas: quebrantó el poder que se funda sobre la fuerza hereditaria de las armas, fuerza que parece irresistible, valiéndose de otro poder que tiene su base en la fuerza y el valor del espíritu.» Hablando de otros papas de aquellos tiempos medios, añade: «Sin los papas ya no existiría Roma. Gregorio, Alejandro é Inocencio opusieron un dique al torrente que amenazaba á toda la tierra: sus manos paternales elevaron la jerarquía, y á su lado la libertad de todos los estados (43).» Así corrigen los extraños los vicios y preocupaciones de los domésticos.

«Dícese que fulminó mas excomuniones que las que en los tiempos anteriores se habían fulminado.—¿Pero era culpa de

S. Gregorio tener mas crímenes que reprimir? ¿Y cómo se olvida que en los siglos primitivos las penitencias canónicas eran un equivalente á las excomuniones? Hubiese él hallado la docilidad que en aquellos siglos, y seguro es que aquellas no habrían sido tantas. Pero antes de llegar á este estremô, ¡cuántas amonestaciones, prevenciones y conminaciones no hizo preceder! Si no bastaban, ¿había de dejar ver perecer la fe y las costumbres, abandonando la solicitud de las Iglesias? El médico, ¿debe abandonar al enfermo, porque éste en su frenesí repugne su curacion? El que, con un conocimiento del estado del mundo de entonces, no ame y respete como un héroe á S. Gregorio VII, no ama la religion (b).»

CAPÍTULO XII.

VENTAJAS POLÍTICAS Y SOCIALES QUE PROVIENEN DE LA INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA EN EL EJERCICIO DE SUS DERECHOS.

OMITIMOS hacer mencion en este capítulo de los intereses que tiene la Iglesia en que se la deje libre en el ejercicio de sus atribuciones ; porque sabido es que la independencia de la potestad eclesiástica es el timon que rige la nave de Pedro , sin cuyo libre manejo correria riesgo de naufragar. Los repetidos ensayos , que de teorías contrarias ha querido hacer la otra potestad , han sido lecciones funestas en los fastos de la Iglesia. Su constitucion , sus dogmas , su predicacion , su liturgia , su sacrificio , todo estaba amagado de una alteracion fatal que minaba su existencia. Las creencias , mas bien que una inspiracion del Espíritu Santo , eran una arbitrariedad de una voluntad lega : los ministros carecian de aquella vocacion , mision y carácter sagrados que los consagráran para el altar : la predicacion era la espresion de los antojos de un juicio privado , ó arranques de una pasion , antes que la palabra del Verbo del Padre : los prelados ; hechura de la ambicion , de la simonía y de la adulacion , y no de un llamamiento divino y de una entrada legal por la puerta del santuario : los sacramentos mutilados , el culto envilecido , el código de cánones una carta civil. En resúmen : la obra de Dios en tales sistemas era convertida en obra de los hombres. Quien ha leído la historia conocerá á qué épocas nos referimos , y estará á la vez convencido de cuánta importancia sea que se le deje á la Iglesia su absoluta independencia.

Pero la potestad eclesiástica no era tan solo una institucion

divina reguladora que debia conducir á la sociedad religiosa á su último fin, sino tambien un elemento vital que habia de dispensar beneficios positivos á la sociedad civil y á sus gobiernos; es una de las dos ruedas con que ha marchado y marcha á sus destinos la gran máquina de este mundo racional. La historia es un fiel vehículo que nos ha trasmitido los efectos de esa benéfica influencia. ¡Cuántas veces bamboleaban las coronas en las cabezas de los príncipes y los palacios de los gobiernos, y la voz de un pontífice los afirmó! ¡Cuántas veces las leyes civiles eran unas fuerzas muertas olvidadas, y un objeto del desprecio popular, y la palabra de un pastor les dió una nueva vida y vigor salvador! ¡Cuántas veces la sociedad entera iba á desaparecer en el caos de la anarquía, y el celo de un ministro del altar restableció el orden y aseguró la paz! En efecto: ¿quién declaró incompetentes á los barones de Inglaterra para imponer la sentencia de muerte contra su rey Juan Sintierra, sino el papa Inocencio III (1)? ¿Quién libertó de las teas incendiarias de Genserico á la capital del mundo católico, y á la Italia de los amagos de esterminio del feroz Atila, sino el pontífice S. Leon? ¿Quién puso fin á los sangrientos destrozos de los dos pueblos francés é inglés, sino *el tutor nato de los reyes ambiciosos y batalladores, el verdadero salvador de todas las libertades europeas*, el grande san Gregorio VII (2)? ¿Quién libertó á la Italia de las pretensiones del emperador Barbaroja, sino Alejandro III; puso en equilibrio á la Francia con la España, sino Julio II; procuró la paz á Portugal, sino Leon X (3)? ¿Quién ha salvado mil veces á la sociedad de las avenidas del despotismo y de la anarquía, sino la potestad eclesiástica?

En la época en que las leyes civiles no podian impedir las sangrientas parcialidades, ni el derecho de gentes abolir las guerras injustas, la potestad eclesiástica protegía la seguridad pública con la *paz de Dios*; disminuía las mortandades humanas con la *tregua de Dios*; precavia las *vengeanzas de sangre* con el derecho de asilo; aseguraba los caminos con las santas imá-

genes que hacia levantar en ellos; perseguia con anatemas á los piratas; proscribia para siempre la bárbara y anticristiana costumbre del derecho de naufragio; contribuia al alivio de la humanidad doliente con sus hospitales y hospicios de todas clases; amparaba al recién nacido abandonado por una madre sin entrañas, y reprimia las diversiones crueles (4). En los siglos bajos, en aquellos tiempos de las empresas de los paladines, la legislación germánica tenia ciertos puntos capitales, dignos de reforma. Uno de aquellos era la bárbara costumbre de juzgar del éxito de las cosas, de si un hombre era inocente ó reo, tenia ó no razon, por medio del duelo y de los demás llamados *juicios de Dios*, que eran pruebas de fierro ardiente y de agua hirviendo. ¿Cómo se quitaron tales bárbaras extravagancias? Como esta costumbre suponía una continuacion de milagros regularizados y obligados, los papas tomaron á su cargo el moderar, y, aunque paulatinamente, abolir esas inhumanidades con anatemas y otras sabias disposiciones (5).

¡Cuánto le debe la triste humanidad á la independiente potestad de la Iglesia! Al advenimiento del cristianismo gran parte de los hombres gemia bajo los grillos de la esclavitud. Las leyes concedían á los amos un dominio tan despótico sobre sus esclavos, que podían hasta quitarles la vida. Se hacia de ellos público mercado; se esponían desnudos al exámen de los compradores para ver si carecían de defectos (6); eran privados del derecho de propiedad, y los hijos, que de ellos nacían, perdido el derecho imprescriptible de la propia libertad, eran adjudicados, como productos del ganado, á la codicia de sus amos (7). Floro apellidaba á los esclavos *una segunda raza de hombres* (8). Juvenal con gracejo irónico decia: *¿por ventura un esclavo es un hombre* (9)? Segun Séneca se los trataba peor que á *jumentos* con el látigo y poca comida, haciéndolos trabajar hasta reventar sin miramiento y conmiseracion á su estado de enfermedad (10). La amorosa madre la Iglesia tuvo compasion de sus hijos: los prelados eclesiásticos, teniendo lástima de esas criaturas de Dios, como padres

espirituales y protectores de la humanidad , trabajaron para levantarla de ese estado de envilecimiento. Desde el apóstol S. Pablo hasta el finado Gregorio XVI la potestad eclesiástica ha empleado denodados esfuerzos y medidas prudentes y enérgicas , primero para dulcificar y aligerar el estado de opresion de los esclavos , hasta conseguir por último su manumision y completa libertad (11).

Cuando en la conquista de nuestras tierras se hacian tentativas para reducir á nuestros indios al estado de servidumbre , ¿quién puso vallas á este atentado degradante? La potestad eclesiástica. Los prelados , los misioneros enviados por los monarcas católicos reclamaron altamente contra tales abusos , defendiendo que la libertad es un derecho inenajenable del hombre , y negando la absolucion sacramental á algunos codiciosos , que no querian desistir de tales atentados. Se distinguieron entre ellos los célebres *Montesina* , religioso dominico , y el obispo *Bartolomé de las Casas* (12). Los franciscanos y los jesuitas alzaron tambien la voz , y elevaron á los tribunales del Méjico , del Perú y á la misma Côte de España representaciones , en que , al paso que protestaban no querer oponerse á las ventajas de las conquistas por trámites legítimos , decian á la vez en tono apostólico : *Nosotros no creemos que sea permitido atentar á la libertad de los indios , á la cual tienen ellos un derecho natural , que por nadie puede ser deprimido y contrareestado* (13). Leon X , á cuyos oidos habian llegado semejantes clamores , hizo presente al rey católico , que no solo la religion , sino tambien la misma naturaleza reprobaba la servidumbre , y que nada debia omitir para que fuese reprimida la audacia de algunos de sus enviados , que habian marchado al nuevo mundo para establecerla. Paulo III con bula de 1557 hacia entender á los comerciantes codiciosos , que los indios gozaban de todos los privilegios del cristianismo , y lanzaba la excomunion contra los que los trataban inhumanamente. A medida , que se introducian nuevos abusos sobre el particular , levantaban el grito de réprobacion los pontífices Urbano VIII

en 1639, y Benedicto XIV en 1741 (14). Con no menos energía se opuso la potestad eclesiástica al tráfico vergonzoso de los negros de las costas del África, practicado por algunas colonias americanas.

Repetidas veces ha salvado la potestad eclesiástica á la humanidad del bárbaro despotismo de algunos reyes.

San Ambrosio se opone al emperador Valentiniano II y á los furoros de la emperatriz Justina que le pide un templo para los arrianos. Ofrece su cuerpo para ser inmolado; pero se resiste á entregarle la iglesia. Ruega á Dios con lágrimas que no se derrame otra sangre que la del obispo; firmeza que recuerda esta espresion de un santo mártir: «El obispo con el Evangelio en la mano puede ser muerto; pero no vencido.»

Teodosio, no dando oídos mas que á su resentimiento, resuelve reducir á cenizas la ciudad de Antioquía para vengar los ultrajes hechos á sus estatuas y á las de la emperatriz muerta hacia poco tiempo; circunstancia de ternura que irrita la cólera del príncipe y le hace concebir el mayor de los crímenes. Los desgraciados habitantes de aquella ciudad, enteramente consternados, esperan el día fatal. A la vista de su ruina próxima é inevitable los filósofos huyen; cobardía que les reprende S. Juan Crisóstomo: «¿Dónde están ahora los que llevan pálios, barba larga y báculos en la mano? Todos esos infames amigos han abandonado la ciudad, y se han escondido en cavernas.» Mientras que la filosofía huye, la Iglesia católica todo lo arrostra y se espone á todo para evitar una calamidad tan grande. Flaviano, como embajador de esta Iglesia, se presenta delante del emperador para abogar una causa desesperada: «No vengo solo de parte de un pueblo; vengo de parte del Soberano de los ángeles á declararos que si perdonais á los hombres sus faltas, vuestro Padre celestial os perdonará tambien vuestros pecados. Acordaos pues de aquel día, en que todos hemos de dar cuenta de nuestras acciones. Los otros diputados os traen ricos presentes: yo no os presento mas que el Evangelio exhortándoos á imitar á nuestro

Señor que no deja de colmarnos de sus bienes, aunque le ofendamos todos los dias. No engañéis mis esperanzas y mis promesas, y sabed que si perdonais á nuestra ciudad, me volveré con confianza; pero si desechais mis súplicas, no volveré mas, y renuncio á mi patria.» El príncipe conmovido, enternecido, se dejó desarmar: Antioquía se salva: Flaviano es el encargado de anunciar tan feliz nueva á aquel pueblo que cree salir del sepulcro: lleva la vida á la desventurada ciudad condenada á muerte, y escusa á la autoridad imperial un acto del mas horroroso despotismo.

Crisóstomo opone á los furores de la emperatriz Eudoxia su elocuencia y su firmeza: irá al destierro y sufrirá la muerte antes que vender la libertad y los intereses de la Iglesia. El emperador Arcadio le manda salir de su iglesia, y él responde con una firmeza apostólica: «Yo he recibido de Dios esta iglesia para procurar la salvacion del pueblo, y no puedo abandonarla; pero como la ciudad es vuestra, si quereis que deje mi iglesia, echadme á la fuerza para que tenga una excusa legítima.» (Fleury Hist. Ec. lib. 21.)

El conde Bonifacio usurpa el imperio de Oriente. Todos callan ante el tirano coronado tantas veces por la victoria. Agustín solo se atreve á predicar bajo la tienda del vencedor la sumision á las potestades establecidas, aboga la causa del culpable delante del emperador, y vuelve al deber á un súbdito rebelde.

Véase tambien á S. Lope, obispo de Troyes: preséntase delante de Atila, rey de los hunos, y consigue que se aleje, salvando así á su pueblo con su firmeza. Puede decirse que en los tiempos mas tiránicos los obispos católicos se han mostrado los defensores y los verdaderos tribunales de los pueblos oprimidos: siempre han levantado la voz, y hecho reclamaciones fuertes y enérgicas, que recordaban que la libertad no se había aniquilado enteramente.

Hacia doce años que el obispo Hennuyer gobernaba con celo apostólico la diócesis de Lisieux, cuando fué el comandante de

la ciudad á comunicarle órdenes del rey Enrique II para degollar á todos los protestantes.—«No, exclamó el prelado, en nombre de la religion y de la humanidad, no ejecutaréis vuestras órdenes, ó empezareis por mí, porque jamás consentiré en ello. Yo soy el pastor de la Iglesia, y los que quereis degollar son mis ovejas: verdad es que están estraviadas, pero no desespero de hacerlas volver algun dia al aprisco de Jesucristo. No he visto en el Evangelio que el pastor deba tolerar que se derrame la sangre de sus ovejas, antes bien leo en él que está obligado á derramar la suya propia y á perder la vida por ellas. Volveos con vuestra *órden*, que jamás se ejecutará mientras me conserve Dios la vida, que no me ha dado sino para que la emplee en el bien espiritual de mi rebaño. Decid á los ministros del rey, que la humanidad tiene derechos inviolables... (15).» Enrique conmovido por aquel noble proceder revocó para su diócesis órdenes que en todas partes se ejecutaban; y la valerosa piedad del prelado, mas eficaz que los sermones y los soldados, mudó el corazon de muchos calvinistas, que abjuraron entre sus manos.

Ahora bien: ¿hubiera podido dispensar la potestad eclesiástica á la sociedad y á los gobiernos tamaños beneficios, si no hubiese gozado del derecho de independendencia de la otra potestad? No ciertamente. En los casos de no tener el príncipe ó el gobierno la popularidad necesaria para captarse el respeto y la obediencia de los súbditos; en los casos de haber caido las leyes en el desprecio comun, ó de ser miradas como arbitrariedades de una voluntad despótica; en los casos de insurrecciones populares contra las potestades legítimas, la voz de la autoridad eclesiástica hubiera sido desatendida como voz interesada de un mismo partido: el prelado que se hubiese puesto de mediador para conciliar al pueblo con su soberano hubiera sido mirado como un mercenario pagado por este para trabajar en su causa; como un mandatario enviado á ejecutar las órdenes de su jefe; ó como un tribuno coligado en los planes opresores del gobierno, ó que obraba por intereses mancomunados. Su pala-

bra, antes que ser medio de reconciliacion, hubiera sido pábulo arrojado al fuego que hubiera producido incendios desastrosos. Dígase lo propio en las circunstancias de haber necesidad de un elemento para librar al pueblo de los desmanes del despotismo y de la tiranía. Sujeta la potestad eclesiástica á la política tendria que obrar por necesidad como resorte de una misma máquina, se le impondria silencio por su jefe político, se la obligaria á entrar en sus planes, y se tomarian mil medidas para que no sirviese de obstáculo á sus miras despóticas.

No sucede así gozando la potestad eclesiástica de la debida independencia. Entonces es tal potestad una garantía para la libertad de los pueblos, un contrapeso al despotismo político, un elemento de vida social y un baluarte contra los atentados de la insubordinacion y de la anarquía. Si el pueblo arrebatado por el vapor de pasiones desenfrenadas, ó agitado por el vértigo de doctrinas subversivas, sacude el yugo de la obediencia á las leyes y á las potestades legítimas, y maquina trastornos é insurrecciones; alzará la voz la autoridad eclesiástica y dirá en nombre de la Divinidad: *Toda alma esté sometida á las potestades superiores: porque no hay potestad sino de Dios; y las que son, por Dios son ordenadas. Por lo cual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios: y los que le resisten, ellos mismos atraen á sí la condenacion. — Someteos á toda humana criatura; ya sea al rey, como soberano que es: ya á los gobernadores, como enviados por él, porque esta es la voluntad de Dios* (16); y el pueblo mirando en el prelado un representante de la Divinidad; y que habla en su nombre; viendo á una autoridad independiente de la otra, desinteresada, que no entra en sus proyectos, y muy lejana de sus miras é intereses; creará que le exhorta impulsada de la razon, de la caridad y de la justicia; que sus miras no son otras que la felicidad y el bien privado y comun; y se sujetará á sus insinuaciones, y se evitará el derramamiento de sangre, y se asegurará la paz pública, y se respetarán las autoridades legítimas.

Así tambien; si un déspota, dominado de ideas tiránicas,

traspasa los límites de sus facultades ; oprime á los pueblos , todo quiere pasarlo á fuego y sangre atropellando las reglas de la razón y justicia ; se levantará la potestad de la Iglesia , y como independiente pondrá vallas á su despotismo. «Modera tu conducta , le dirá sin sujecion , porque no eres dueño despótico de tus súbditos , sino ministro de Dios para gobernar segun sus leyes , que son leyes de equidad y justicia. No seas como un leon en tu casa , oprimiendo á tus vasallos. Acuérdate que hay un Rey de reyes ; y Juez de los gobernantes , que hará un juicio durísimo á los que presiden , y ninguno podrá escaparse de sus poderosas y vengadoras manos. » Y si á pesar de semejantes amonestaciones sigue el déspota su marcha injusta y opresora , levantará el pastor su cayado y herirá al lobo con el golpe del anatema.

Son tan notorias las ventajas sociales y políticas que dimanar de la independendia de la Iglesia , que los mismos filósofos se han visto precisados á reconocerlas. «Nuestros gobiernos modernos , decia Rousseau , deben incontestablemente al cristianismo el que su autoridad sea mas sólida y las revoluciones menos frecuentes , y á ellos mismos los ha hecho menos sanguinarios. Pruébese esto comparándolos con los gobiernos antiguos (17). » Oigase á Montesquieu : «Mientras que los príncipes mahometános dan sin cesar la muerte y la reciben , la religion entre los cristianos hace á los príncipes menos tímidos , y por consiguiente menos crueles. El príncipe cuenta con sus súbditos , y los súbditos con el príncipe. La religion cristiana es la que á pesar de la estension del imperio y del vicio del clima impidió que se estableciera el despotismo en la Etiopia , y llevó al Africa las costumbres y las leyes de Europa... Representese cualquiera de un lado los asesinatos continuos de los reyes y jefes griegos y romanos , y de otro la destruccion de los pueblos y ciudades por estos mismos jefes ; y veremos que debemos al cristianismo un cierto derecho político en el gobierno y un cierto derecho de gentes en la guerra , que la naturaleza humana no puede por mas que haga agradecerlo bastante (18). »

Para manifestar cuanto contribuye á la verdadera libertad el principio católico de la independencia del poder espiritual, copiaremos un largo, pero bello trozo de una obra del inmortal Sr. Balmes: «Justo es advertir aquí, dice este sabio, cuanto ha contribuido el catolicismo á mantener este principio que es una robusta garantía para la libertad de los pueblos: La separacion de los dos poderes temporal y espiritual, la independencia de este con respecto á aquel, el estar depositado en manos diferentes, ha sido una de las causas mas poderosas de la libertad que bajo diferentes formas de gobierno disfrutaban los pueblos europeos. Esta independencia del poder espiritual, á mas de lo que es en sí por su naturaleza, origen y objeto, ha sido desde el principio de la Iglesia un perenne recuerdo de que el civil no tiene ilimitadas sus facultades; de que hay objetos á que no puede llegar, de que hay casos en que el hombre puede y debe decirle; *no te obedeceré*.

» Este es otro de los puntos en que el protestantismo falseó la civilización europea; y lejos de abrir el camino á la libertad, forjó las cadenas de la esclavitud. Su primer paso fué abolir la autoridad del papa, echar á tierra la jerarquía, negar á la Iglesia toda potestad, y colocar en manos de los príncipes la supremacía religiosa: es decir, que su obra consistió en retroceder á la civilización pagana; donde se hallaban reunidos el cetro y el pontificado. Cabalmente la obra maestra en política se cifraba en separar estas dos atribuciones, para que la sociedad no se hallara sojuzgada por un poder único, ilimitado, que ejerciendo sus facultades sin ningun contrapeso, llegase á vejlarla y oprimirla. Sin miras políticas, sin designio por parte de los hombres, resultó esta separacion, donde quiera que se estableció el catolicismo: dado que así lo demandaba su disciplina y lo enseñaban sus dogmas.

» Es singularidad bien notable que los amantes de las teorías de equilibrios y contrapesos, los que tanto han ensalzado la utilidad de la division de los poderes, para que compartida entre ellos la autoridad no degenera en tiránica, no hayan ad-

vertido la profunda sabiduría que se encierra en esta doctrina católica, aun mirándola únicamente bajo el aspecto social y político. Léjos de esto se ha observado al contrario que todas las revoluciones modernas han manifestado una decidida tendencia á reunir en una sola mano la potestad civil y la eclesiástica. Prueba evidente de que esas revoluciones han procedido de un origen opuesto al principio generador de la civilización europea, y que en vez de encaminarla á su perfección la han estraviado.

» La supremacía eclesiástica reunida con la civil produjo en Inglaterra el mas atroz despotismo bajo los reinados de Enrique VIII y de Isabel; y si aquel país logró posteriormente conquistar un mayor grado de libertad, no fué ciertamente por esa investidura religiosa que dió el protestantismo al jefe del estado, sino á pesar de ella. Y es de notar que cuando en los últimos tiempos ha ido entrando la Inglaterra en un mas ancho sistema de libertad, ha sido con el enflaquecimiento de la autoridad civil en lo tocante á religión, y con el mayor desarrollo del catolicismo, opuesto por principios á esa monstruosa supremacía. En el norte de Europa, donde ha prevalecido también el sistema protestante, la autoridad civil no ha reconocido límites; y en la actualidad estamos viendo al emperador de Rusia entregarse á la mas bárbara persecución contra los católicos, mostrándose mas receloso contra los defensores de la independencia del poder espiritual, que no contra los clubs revolucionarios. El autócrata está sediento de una autoridad sin límites; y un instinto certero le conduce á ensañarse de un modo particular con la religión católica, que es su principal obstáculo.

» Es cosa digna de llamar la atención la uniformidad que en esta parte se nota en todos los poderes que tienden al despotismo, sea bajo la forma revolucionaria, sea bajo la monarquía. El mismo motivo que impulsaba el absolutismo de Luis XIV á sufrir de mala gana las trabas que le imponía la independencia del poder espiritual, y á quebrantar en cuanto era posible el

de Roma, movia á la asamblea constituyente cuando entraba en el propio camino. El monarca se apoyaba en las regalías y en las libertades de la Iglesia galicana; la Constituyente invocaba los derechos de la nacion y los principios de la filosofía; pero lo que en el fondo se agitaba era lo mismo: tratábase de si el poder civil habia de reconocer algun límite ó no: en el primer caso era la monarquía que tendia al despotismo, en el segundo era la democracia que se encaminaba al terror de la Convencion.

» Cuando Napoleon se propuso quebrantar la cabeza á la hidra revolucionaria, reorganizar la sociedad y crear un poder; echó mano de la religion, como del mas poderoso elemento; y no habiendo en Francia otra religion influyente que la católica, la llamó en su auxilio y firmó el concordato. Pero nótese bien; tan pronto como creyó haber concluido su obra de reparacion y reorganizacion, tan pronto como pasados los momentos críticos de la afirmacion de su poder, solo se propuso estenderle, desembarazándole de todo linaje de trabas; comenzó á mirar con sobreceño al mismo pontífice, cuya asistencia á la coronacion imperial tanto le habia agradado; y principiando por serias desavenencias, acabó por romper con él y por hacerse su mas violento enemigo.

» Estas observaciones, que sujeto á la consideracion de todos los hombres pensadores, adquieren todavía mas peso, parando la atencion en lo que ha sucedido con la monarquía eminentemente religiosa y católica, es decir, la española. A pesar del predominio que entre nosotros ha ejercido la religion católica, es bien extraño que se haya conservado siempre de un modo muy particular el principio de resistencia á la corte de Roma; por manera que, al paso que durante la dinastía austriaca y la borbónica se procuraba arrumbar las antiguas leyes en todo lo que tenian de favorable á la libertad política, se guardaban como un depósito sagrado las tradiciones de resistencia de Fernando el Católico, de Carlos V. y de Felipe II. Sin duda que el profundo arraigo que en España habia alcanzado el catoli-

cismo ; no permitia que las cosas se llevasen al extremo ; pero no deja de ser verdad que el gérmen existia , y que se andaba transmitiendo de generacion en generacion ; cual si esperase desenvolverse completamente en tiempos mas oportunos.

» Presentóse mas de bulto el hecho , cuando con el entronizamiento de la familia de Borbon se aclimató entre nosotros la monarquía de Luis XIV y se borraron hasta los últimos vestigios de las antiguas libertades , en Castilla , Aragon , Valencia y Cataluña ; llegando la manía de las regalías á su mas alto punto en el reinado de Carlos III y de Carlos IV. ; Notable coincidencia ! que precisamente la época en que mas suspicacia se mostró contra las pretensiones de la Corté de Roma , y la independencia del poder espiritual , fuese aquella en que se hallaba en su mayor auge el despotismo ministerial , y lo que fué peor todavía , la arbitrariedad de un privado. » Hasta aquí el señor Balmes (19).

Concluiremos esta materia con una juiciosa y brillante reflexion del erudito Fernando Walter. « ¿ Ejercerá todavía la Iglesia , pregunta el célebre escritor contemporáneo , ejercerá la Iglesia con una actividad sin trabas su influjo regenerador sobre la decrepita Europa , ó será que el cristianismo , no mas que tolerado y seguido solo para la rutinera educacion de las grandes masas , ó para ocupacion de algunas almas piadosas , se agoste entre el complicado mecanismo de las modernas constituciones , ó se pierda en el laberinto de mil sectas ? Tales son las grandes cuestiones del tiempo actual , cuestiones en las cuales el hombre de estado , que aspira al bien de las generaciones venideras , debe prescindir de sistemas elásticos de escuela y de las inspiraciones heladas de una política irreligiosa , para elevarse hasta la altura en que se oyen las grandes lecciones de la historia . Inspirar á la Iglesia tras de tantas borrascas seguridad y bienestar , fortificar su decoro , reeconociendo francamente sus derechos y libertades , consolidar sobre esta base el principio de la autoridad vacilante en todas partes , procurar que con la sávia perenne del Cristianismo florezcan las virtu-

des civiles, las buenas costumbres, la humanidad, y con ellas la belleza y el encanto de la vida; estos son los remedios, estos, y no hay otros, contra el letargo, contra el helado porvenir, con que nos amagan la incredulidad y el egoísmo (20).»

CAPÍTULO XIII.

ORÍGEN DEL PODER CIVIL.

DESPUES que talentos eminentes de nuestro siglo, nacionales y extranjeros, particularmente el Sr. Balmes, han tratado con un tino admirable esta materia, nos pareceria innecesario ocuparnos en ella, si el Dr. Vigil, cuyas disertaciones refutamos, no nos provocara á hacerlo. Este señor, que con frecuencia se presenta en el teatro literario cual farsante, que ora adula bajo traje lisonjero á los príncipes y gobiernos adjudicándoles derechos que no les son propios, ora los degrada propalando teorías que menoscaban su respeto y veneracion, y en cierto sentido socavarian su existencia; en esta discusion se propuso impugnar ó desacreditar el *origen divino* del poder civil, pero manejando las únicas armas de la sátira y del sofisma, sin presentar una razon, y haciendo como siempre el ridículo papel de antilógico que afirma y niega á la vez lo mismo que se ha propuesto establecer. Óigasele con imparcial atencion.

«Al hablar de los gobiernos políticos (dice) no haremos descender su autoridad desde los cielos, cómo se hubo creido en muchos siglos; ni la degradaremos con Gregorio VII atribuyéndola al demonio (en la nota (a) desmentiremos esta calumnia); sino que reconociéndole un origen mas natural y mas visible, subiremos á los principios; y en la necesidad de proveer los hombres á su conservacion, ponerse á cubierto de la fuerza, y seguir la inclinacion que Dios ha puesto en el corazón humano, encontraremos el fundamento de la sociedad civil. Entonces los individuos á fin de asegurar sus derechos

hicieron el sacrificio de una parte de ellos;... La suma de estas cesiones particulares viene á componer la autoridad pública, de que participan mas ó menos los funcionarios encargados del gobierno. Tal es el único origen, el origen justo de la potestad política, que ha salido de las manos de los hombres para su tranquilidad y bienestar.»

«Los teólogos (prosigue ese señor) inventaron despues el derecho divino de los reyes; y como si los vieran bajar desde los cielos, desmintieron á Gregorio VII, alegaron textos mal traídos de las santas Escrituras, y pretendiendo que Dios se hubiese propuesto revelar dogmas políticos, enseñaron que, toda vez que los reyes, á quienes fué dado el don de la sabiduría, sabian reinar, y por ella los legisladores decretaban cosas justas, de Dios ó de la Sabiduría increada descendió el poder de hacer leyes y de reinar; y pues S. Pablo dejó escrito que el origen de toda potestad estaba en Dios, de Dios venian inmediatamente todas las que se ejercian sobre la tierra (1).» ¿No reconoceis en esos renglones el carácter de una pasión dominante, y el lenguaje de la ironía satírica y hasta irreligiosa? Pues bien: en ese mismo lugar vereis al hombre ridículo que se arroga la autoridad de dejar sentada esta proposicion: *es dogma católico, es de fe, que de Dios viene originariamente toda autoridad, pero no es de fe que venga próxima é inmediatamente (b)*. Son palabras de nuestro jurisconsulto, que poco antes decia que *al hablar de los gobiernos políticos no haria descender su autoridad desde los cielos*; y afirmaba que *habia salido de las manos de los hombres; que este era el origen único, el origen justo de la potestad política, y que el derecho divino de la potestad de los reyes habia sido inventado por los teólogos*.

Para proceder con la claridad y precision que demanda la cuestion que nos ocupa, la reduciremos con los doctores y juristas católicos á dos puntos. Primero: *es un dogma de fe expresado en los libros santos, que el poder civil viene de Dios*. Segundo: *es punto controvertido si este poder se comunica in-*

mediata ó próximamente por Dios á los funcionarios públicos ; ó bien mediante el órgano del pueblo.

El suponer ajeno ó indigno de Dios ocuparse en revelar las verdades y las disposiciones que su divina providencia tomara para el buen régimen y seguridad de la sociedad , cuyo Autor es , y para conciliar el respeto y obediencia de los súbditos á las supremas autoridades , es juzgar muy bajamente de la alta sabiduría y acendrado amor del Criador á sus criaturas ; es clasificar de innecesaria la divina revelacion para el desarrollo de los destinos y felicidad temporales de las masas humanas ; y como querer coartar la divina voluntad. No habló pues como católico , ni como docto el Sr. Vigil , cuando escribió que los teólogos inventaron el *derecho divino* de la potestad civil , y que para probarlo *pretendieron que Dios se hubiese propuesto revelar dogmas políticos , y alegaron testos mal traídos de las santas Escrituras*. No , el declarar Dios que el origen del poder civil es divino , no es *revelar dogmas políticos*, sino revelar dogmas divinos que él estableciera para el buen régimen y conservación de las sociedades humanas por medio de los gobiernos políticos , y que consignara en las santas Escrituras para mas autenticidad , mayor respeto y comun inteligencia. Si los testos de los sagrados libros , que alegan los teólogos para probar el *derecho divino* del poder civil , sean ó no mal traídos , no es el Sr. Vigil el juez competente que lo deba determinar. El catolicismo tiene reglas fijas , claras , inconcusas para ello : reglas que están sobre toda arbitrariedad y antojos de un *juicio privado*. Cuando los testos de la divina Escritura son claros , repetidos , terminantes , y que se resisten á toda otra interpretacion contraria al sentido literal ; cuando el comun sentir de los padres de la Iglesia abraza tal sentido ; cuando la Iglesia lo fija de un modo espreso : tales testos forman un canon de fe que queda á cubierto de todo ataque y cavilacion herética.

Ahora bien : los testos sagrados , que alegan los católicos para probar el *origen divino* del poder civil , gozan de todas esas

prerogativas, tienen todas esas calidades. Cuando la sabiduría de Dios clama en el libro de los Proverbios, cap. 8: *por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo; por mí los príncipes mandan; y las potestades decretan la justicia*; ¿puede hablar mas claramente? Cuando repite por el profeta Daniel en el cap. 2 y 4, hablando á un príncipe gentil, Nabucodonosor: *el Dios del cielo te dió el reino y el imperio:... habitarás con las bestias y las fieras, comerás heno como el buey; caerá sobre tí el rocío del cielo, se mudarán sobre tí siete tiempos, hasta que sepas que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres, y lo da á quien quiere*; ¿podia espresarse mas terminantemente? Cuando Jesucristo decia á un presidente subalterno tambien gentil, Pilatos: *no tendrías sobre mí potestad alguna, si no te hubiese sido dada de lo alto*; ¿hablaba por ventura con embozo? Cuando el apóstol S. Pablo enseñaba á los cristianos esta doctrina: *toda alma esté sometida á las potestades superiores; porque no hay potestad que no venga de Dios, y las que existen, de Dios son ordenadas: por tanto quien resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios*; ¿podia valerse de términos mas claros para determinar el sentido de su doctrina (2)? Estos y cien otros textos divinos no menos espresivos ¿son susceptibles de la menor modificacion ó interpretacion contraria á su sentido literal?

Y sin embargo las ráfagas de luz, que arrojan de sí esas divinas autoridades, llegaron á deslumbrar á nuestro adversario; y al contestar á este derecho divino de los gobiernos, ó á este empeño de traer del mismo Dios el origen del poder de las supremas autoridades (son palabras del Dr. Vigil) á fin de no degradarlo haciéndolo emanar de un principio puramente humano; añadió: «que el citado versículo de los Proverbios no era palabra de la Sabiduría eterna é increada, sino de esa virtud intelectual que Salomon personificó para declarar que sin luces no puede haber acierto en los gobiernos, en la legislatura y administracion de justicia, sea cual fuese la forma gubernativa (3).» ; Hasta qué punto puede cegar á un docto un pensa-

miento dominante! Con qué ¿el citado versículo de los Proverbios no es palabra de la Sabiduría eterna é increada? ¿el libro de los Proverbios no es canónico, ni inspirado por el Verbo del Padre y su Santo Espíritu? ¿no son palabras de la Sabiduría eterna é increada las que siguen allí mismo á versículos continuados: *el Señor me poseyó en el principio de sus caminos; desde el principio antes que criase cosa alguna: desde la eternidad fui ordenada: con él estaba ordenando todo lo criado?* ¿Es ese el lenguaje de un católico?

Los santos padres y doctores de la Iglesia, fieles intérpretes de la divina palabra y vehículos seguros de la divina tradición, al comentar esas autoridades escriturales precitadas no hacían emanar ciertamente el origen del poder civil de *un principio puramente humano*, como nuestro bibliotecario; sino que lo reconocían proveniente de Dios. «A solo Dios, escribía S. Ireneo, pertenece autorizar á los príncipes, como el crear á los hombres.» — «Quien le hizo emperador, decía Tertuliano, le hizo también hombre, que es primeró que ser emperador: quien le dió el imperio le dió el alma... Lo que no nos es permitido contra persona alguna, mucho menos nos será lícito contra quien Dios encumbró á tanta altura... Nosotros veneramos en los emperadores el juicio de Dios, que les dió el imperio de las naciones (4).» Tal era igualmente el idioma de los Stos. Justino, Teófilo y Cipriano, doctores del segundo y tercer siglos. S. Agustín en el cuarto se espresaba así: «No queramos atribuir el derecho de conferir la potestad de los reinos y de los imperios sino al verdadero Dios, que da la felicidad del reino de los cielos á solos los virtuosos, y el reino de esta tierra á virtuosos é impíos, segun le place, á quien nada de injusto le place... El único y verdadero Dios, pues, que no abandona ni con el consejo, ni con el socorro al linaje humano, es quien cuando y cómo quiso dió el reino á los romanos; lo dió á los asirios y á los persas... Fué el mismo que lo confirió á Mario y á Cayo César; á Augusto y á Neron; á Vespasiano y á Tito, los dos suavísimos emperadores, no menos que á Domiciano mons-

truo de crueldad; y por no hacer aquí el catálogo de todos los príncipes, el mismo que lo delegó á Constantino cristiano, lo transfirió despues á Juliano apóstata.» Y en otro libro añade el mismo santo doctor: «Aun la potestad de los príncipes malos viene de Dios, como queda escrito, hablando la Sabiduría: *por mí reinan los reyes*; y los príncipes discolos por mí sujetan la tierra. Tambien dice el Apóstol: *no hay potestad que no sea dada por Dios (c).*»

Al esplanar S. Juan Crisóstomo las palabras citadas de la carta del apóstol S. Pablo á los romanos, esplica muy á nuestro propósito esta doctrina: «No hay potestad que no venga de Dios. ¿Qué dices? ¿Luego todo príncipe es constituido por Dios? Yo no digo esto; pues que no hablo de ningun príncipe en particular, sino de la misma cosa, es decir, de la potestad misma; afirmando que es obra de la divina sabiduría la existencia de los principados, y el que todas las cosas no estén entregadas á temerario acaso. Por cuyo motivo no dice: *no hay príncipe que no venga de Dios*; sino que trata de la cosa misma, diciendo: *no hay potestad que no venga de Dios (d).*» Á este tenor hablan los Stos. Cirilo Alejandrino, Gregorio Nacianzeno, Ambrosio, Gregorio de Tours y otros (5).

La Iglesia confirma esa sentencia y fija, como dijimos, el sentido de esas autoridades divinas, el cual procura adular nuestro adversario. No solo en la ceremonia de la bendición y coronacion de un príncipe, «recuerda al ungido, que toda potestad viene de Dios, por el cual reinan los reyes, y los legisladores decretan cosas justas; y ruega á su divina Majestad que dé el incremento de las virtudes á aquel que recibió de su infinita misericordia el gobierno del reino (6);» sino que al condenar en el concilio de Constanza esta proposicion del hereje Wicleff: *el pueblo puede castigar á su arbitrio á sus soberanos delincuentes*; y al censurar la Santa Sede el *Contrato Social* de Rousseau, en que se enseña que la potestad civil viene del pueblo, determina bien espresamente, que su creencia es, que el origen del poder político es divino (7).

Viene la razon á robustecer el dogma de una manera admirable. Al efecto prefiero dos trozos brillantes del profundo Balmes, supuesto que á mí no me sería dable trazarlo ni mas concisa, ni mas nerviosa, ni mas elegantemente. Al considerar ese sabio al poder civil como resultado de la creacion del hombre y de la sociedad, se produce así: «El hombre no ha sido criado para vivir solo; su existencia supone una familia, sus inclinaciones tienden á formar otra nueva, sin la que no podría perpetuarse el linaje humano. Las familias están unidas entre sí por relaciones íntimas indestructibles; tienen necesidades comunes: las unas no pueden ni ser felices, ni aun conservarse sin el auxilio de las otras; luego, han debido reunirse en sociedad. Esta no podia subsistir sin órden, ni el órden sin justicia; y tanto la justicia como el órden necesitaban un guarda, un intérprete, un ejecutor. Hé aquí el poder civil. Dios que ha criado al hombre, que ha querido la conservacion del humano linaje, ha querido por consiguiente la existencia de la sociedad y del poder que esta necesitaba. Luego, la existencia del poder civil es conforme á la voluntad de Dios, como la existencia de la patria potestad: si la familia necesita de esta, la sociedad no necesita menos de aquel. El Señor se ha dignado poner á cubierto de las cavilaciones y errores esta importante verdad, diciéndonos en las sagradas Escrituras, que de él dimanen todas las potestades, que estamos obligados á obedecerlas; que quien les resiste, resiste á la ordenacion de Dios.»

Allí mismo da razones incontestables que prueban ese origen divino. En primer lugar, dice, todo poder viene de Dios; pues que el poder es un ser, y Dios es la fuente de todo ser; el poder es un dominio, y Dios es el Señor, el primer dueño de todas las cosas; el poder es un derecho, y en Dios se halla el origen de todos los derechos; el poder es un motor moral, y Dios es la causa universal de todas las especies de movimiento; el poder se endereza á un elevado fin, y Dios es el fin de todas las criaturas, y su providencia lo ordena y di-

rige todo con suavidad y eficacia. Así vemos que Sto. Tomás en su opúsculo *Dè regimine principum* afirma que «todo dominio viene de Dios, como primer dueño, lo que puede demostrarse de tres maneras; ó en cuanto es un ser, ó en cuanto es motor, ó en cuanto es fin (8).»

Nuestro Dr. Vigil *se ha tomado la libertad* de impugnar esa doctrina del sabio Balmes; pero no ha hecho mas que derramar tinieblas de confusion sobre esa clara luz de verdad. Reduciremos con exactitud su discurso para no ser molestos. Dice, «que de ese raciocinio del Sr. Balmes, de que Dios haya querido la conservacion de la sociedad, y de que sea conforme á la divina voluntad que haya gobiernos para conservar en ella el orden, no se infiere la *existencia* del gobierno en la sociedad; sino solo un *designio* de la divina providencia de que haya tal gobierno; pero que *una mira general, un designio de la providencia no es bastante para revestir estos ó aquellos actos de formas divinas, y atribuirlos á una particular ó espresa voluntad de Dios, cual era absolutamente menester para llamarlos de derecho divino. Luego, concluye, si de que Dios ha querido que en las sociedades humanas haya orden y justicia, puede y debe decirse que es conforme á la voluntad de Dios que en ellas haya gobierno, ó que es de derecho divino esta conformidad, no hay razon para decir que sea de derecho divino la existencia del gobierno en la sociedad, si hemos de hablar con propiedad y exactitud.*»

«Recibirá mas luz lo que acabamos de manifestar, sigue Vigil, si nos valemos al caso de las comparaciones, que quedan indicadas y que nos servirán como de escala para proceder gradualmente en la materia. Dios formó la distincion de sexos para que el género humano creciese y se multiplicase sobre la tierra: esta fué su divina voluntad, que de puro designio de su providencia pasó á ser un mandamiento, ó sea, la institucion del matrimonio: luego, á Dios se debe, y es por consiguiente de derecho divino la institucion del matrimonio. Y sin embargo, cuando se habla de la existencia

del matrimonio, ó del que contraen estos ó aquellos individuos, no puede decirse que Dios sea su autor; pues tales contratos son hechos puramente humanos, por buenos y laudables que sean los motivos por que se hubieren celebrado; y mucho menos podrán imputarse á Dios los que se hicieren con malos fines, ó en menosprecio de las leyes, como dice S. Juan Crisóstomo. He aquí, pues, como siendo conforme á la divina voluntad que haya matrimonios, y aun siendo de derecho divino su institucion, no puede llamarse de derecho divino la existencia del matrimonio en la sociedad..... Decimos nosotros otra vez; aunque los hombres deban reunirse en sociedad, y aunque estén destinados á ella por naturaleza, es decir, por la voluntad de Dios, la existencia de la sociedad, ó la reunion de hombres que de grado suyo viven juntos, no es ni puede llamarse de *derecho divino* (9).» ¿Comprendeis esa confusion de ideas?

Por de pronto preguntamos á nuestro doctor ¿qué es *un designio de la divina Providencia*? es un plan; un decreto, una ley eterna, una espresa voluntad de Dios, pues que en Dios no hay sino un acto simplicísimo, eterno, inmutable, espreso y operativo; y lo que por este acto se designa ó decreta en la eternidad, por el mismo se ejecuta invariablemente en el tiempo *lo designado*. Ahora bien: si, segun Vigil, el que existan las sociedades humanas, y que en ellas haya un gobierno para mantener el orden y la justicia es *un designio* de la divina Providencia, este es un decreto, una ley, una espresa voluntad de Dios, y la *existencia* de las sociedades y de un gobierno en ellas es el cumplimiento de esa ley, ó mejor, es la misma ley ó espresa voluntad de Dios realizada. Luego, segun la doctrina de nuestro mismo adversario, que exige *una espresa voluntad* de Dios para ser una cosa de institucion ó *derecho divino*, la existencia de las sociedades y de un gobierno en ellas es tal. Esto mismo tuvo que confesar, mal que le pesáre, nuestro doctor inadvertido; pues dice allí mismo: *Los designios de la divina Providencia en la conservacion del*

universo sirven para demostrar que no al acaso, sino por leyes fijas y generales, se mantienen todos los seres en orden. Estas leyes fijas y generales pues, esta espresa voluntad de Dios es la que forma el derecho divino de la existencia de la sociedad y de un gobierno en ella. Nada quita que los hombres vivan en reunion de grado suyo; lo único que esto prueba es que gustosos y de grado cumplen esa ley ó voluntad divina, que les intima y promulga la razon, ó una fuerte inspiracion, ó una inclinacion irresistible. Y si se nos objetára, que en este supuesto los solitarios, que vivieron fuera de la sociedad, hubieran quebrantado esa ley; contestaríamos: que dado que hubiese existido uno que otro solitario privado de toda comunicacion social, estas raras escepciones no destruirian, sino que afirmarian la ley general.

Compruébase tambien ese derecho divino de la existencia de la sociedad y del poder civil en ella con otros argumentos. Derecho divino es la ley natural: en ella está espresa la voluntad de Dios: ella nos prescribe amar á nuestros prójimos, hacerles bien, no causarles daño alguno, ni matarlos, no robarles sus intereses, socorrer á los pobres y necesitados etc. Y estos preceptos ¿no suponen ú ordenan la sociedad humana? Cuando Dios dijo á nuestros primeros padres: *creced y multiplicaos, y llenad la tierra*; cuando á este fin al principio del mundo instituyó el matrimonio dando Eva á Adán por esposa, y añadiendo: *el hombre dejará á su padre y madre, y se unirá á su consorte, y serán dos en una carne*; ¿no instituyó espresamente la sociedad humana? ¿se pudiera poblar la tierra de vivientes sin formar sociedad? ¿Y esta sociedad pudiera existir sin gobiernos que la dirigiesen y sujetasen al orden? Si, porque de institucion divina habia de haber sociedad doméstica, hubo de haber de derecho natural ó divino una autoridad paterna que la gobernase, ¿no habia de haber tambien por la misma razon y derecho en la sociedad civil, igualmente de institucion divina, una autoridad reguladora? En fin, bien marcados están la existencia y origen divinos de la sociedad

civil y del gobierno político en ella en las sagradas páginas, como hemos visto arriba. Por lo que no acertamos adivinar la razón, por que nuestro D. Francisco de Paula Vigil haya tomado tanto empeño en desmentirlos.

La similitud del matrimonio, que ese señor aduce para corroborar su opinion errada, no solo nos parece fútil, sino tambien anticatólica. ¿Qué quiere decir esa algarabía: *la institucion del matrimonio es de derecho divino, y no es de derecho divino su existencia en la sociedad?* ¿Acaso el matrimonio fué instituido y se contrae en el cielo, ó en los espacios imaginarios? ¿Dios no es autor del matrimonio *legítimo ó válido*, que contraen estos ó aquellos individuos? ¿tales contratos son puramente humanos? Entonces no es Dios el que une á los contrayentes con el vínculo moral del sacramento en los matrimonios *legítimos* de los cristianos, no es Dios quien les confiere la gracia sacramental. Entonces no es Dios quien hace el enlace en el matrimonio de los no cristianos, y quien les impone por la ley natural las obligaciones de fidelidad, union, etc. Entonces enseñó una doctrina errónea Jesucristo, cuando dijo refiriéndose aun á los matrimonios contraidos antes de su venida: *lo que Dios unió, no lo separe el hombre*: pues, segun Vigil, es falso que Dios una á estos ó aquellos individuos, cuando contraen matrimonio. ¿Y esto no es anticatólico?

Cuando S. Juan Crisóstomo afirma que no á todos los que toman mujer los une Dios, habla de los matrimonios ilegítimos anulados por los cánones ó leyes matrimoniales, como explica el santo doctor. *Multos quippè videmus qui malè, et non ex nuptiarum lege junguntur. Neque hoc Deo imputaverimus.* Mas, hablando de los legítimos, enseña que Dios los une, y para probarlo alega la autoridad del Sabio en los Proverbios: *à Deo adaptatur viro mulier.* «Dios da la mujer al varon;» y las palabras de Jesucristo en el Evangelio: *Dios los hizo en el principio hombre y mujer*; y dijo: *por esto el varon dejará á su padre y madre, y se unirá á su esposa.* El escoger pues el varon por su consorte á aquella mujer que le place, es un acto

puramente humano ; mas el unirlos con el vínculo del matrimonio y del sacramento *es obra de Dios*. Así tambien, dice el santo doctor, el elegir á este ó á aquel para príncipe ; elegirle legítima ó ilegítimamente es operacion de los hombres ; pero el conferir la autoridad civil al elegido es obra de Dios. Paridad que confirma á maravilla el *derecho divino* del poder civil , y es por esto que el Santo sapientísimo la aducia á continuacion de las palabras poco antes citadas, con que prueba tal sentencia.

Concluiremos este punto con las palabras del Sr. Dr. don Bartolomé Herrera. «El derecho de mandar, ó soberanía, en el mas propio sentido de la palabra, viene de Dios ; porque Dios es fuente de todo derecho , y porque siendo el único soberano de los hombres (por esencia), nadie puede tener autoridad legítima, si no la recibe de Dios. Esta verdad es para la Iglesia un dogma fundado en la Escritura santa. El origen divino de la soberanía (*derecho de mandar*) es de fe y ningun católico disputará sobre él. Mas si esta proposicion : *la soberanía viene de Dios*, es un dogma católico, luego estáotra : *la soberanía no viene de Dios, sino del pueblo*, es una herejía que debe horrorizar al pueblo fiel (10).» Nuestro esclarecido Proteo, que cuando le parece se impugnan los derechos del pueblo , se declara acalorado defensor de la demagogia hasta negar el *derecho divino* del origen del poder civil ; y al verse atacado con la autoridad sagrada de la santa Escritura muda de forma y aparece fiel católico y tan entusiasta, que, personificando en sí al catolicismo, defiende en tono canónico las controversias ; ha contestado á ese racionio del Sr. Herrera, y ha dicho : *es dogma-católico, es de fe que de Dios viene originariamente* (mediatamente) *toda autoridad, pero no es de fe que venga próxima é inmediatamente*. He aquí que, quien poco antes negaba el dogma que acatan y defienden los católicos, ahora erigido en la cátedra de S. Pedro define cual papa infalible una cuestion controvertida por los doctores de la Iglesia , y con una plumada condena como herejes á todos los teólogos y juriconsultos cató-

licos que defienden que la potestad civil viene de Dios no *mediata*, sino *inmediatamente*.

Señor Dr. Vigil, el dogma católico es, que *el poder civil viene de Dios*. Si esto suceda por órgano ó mediación del pueblo; ó sin ella, inmediatamente confiriéndolo Dios á los funcionarios públicos, es cuestión que no pertenece á Vd. dirimirla dogmáticamente. Y de consiguiente, ha embrollado Vd. la cuestión y ha confundido las ideas, cuando al contestar á estas palabras del Sr. Balmes: «considerando la doctrina del derecho divino en sus relaciones con la sociedad, es menester distinguir los dos puntos principales que encierra: 1.º origen divino del poder civil: 2.º el modo como Dios comunica este poder. Lo primero pertenece al dogma, á ningún católico le es lícito ponerlo en duda; lo segundo está sujeto á cuestión, y, salva la fe, pueden ser varias las opiniones;» ha dicho Vd.: «Ahora bien, si el origen divino del poder civil es un dogma de que á ningún católico le es permitido dudar, ó esto se entiende de un origen *mediato y primitivo*, y nadie lo niega (antes lo negó Vd., y después ha dicho que era un dogma católico, que era de fe); ó del próximo é inmediato, y sobre este punto es permitido dudar, controvertir, á juicio y con licencia de nuestros adversarios; y por consiguiente no es dogma católico.» ¿Quién no ve aquí la ignorancia ó la mala fe? ¿Cuando el Sr. Balmes ha dicho que el origen *inmediato* del poder civil es dogma católico? ¿Quién le ha asegurado al Sr. Vigil que *nadie niega* el origen divino *mediato* del poder civil? Buena porción de los teólogos antiguos y casi todos los autores católicos, que después de la condenación del *Contrato Social* de Rousseau han hablado del derecho público, han negado ese origen divino *mediato*, y lo han defendido *inmediato* en el sentido que después veremos. Y si la verdad, el dogma estuviere de parte de esta opinión, como puede estar, así como puede estar en la otra; la opinión del origen *mediato* sería una herejía. A nuestra humilde inteligencia el Dr. Vigil comete un paralogismo, como si dijera: «es cierto y evidente que la luz que nos ilumina viene del sol; pero

es controvertido, si viene á nosotros por *emanacion* directa é inmediata, ó mediante la *undulacion* de la materia etérea luminosa: es así que, segun mi opinion, viene mediante la undulacion; luego, es cierto, evidente, es un dogma filosófico, innegable y admitido de todos que la luz no viene por emanacion inmediata de los rayos solares, sino mediante la undulacion de la materia etérea luminosa.» Ya se ve que entonces se le echarian encima todos los filósofos de la opinion contraria tratándole de sofista, que de un antecedente probable y particular deduce una consecuencia cierta, evidente y universal. De la opinion probable y particular del origen divino *mediato* del poder civil el Sr. Vigil deduce una verdad, un dogma católico que, segun él, *nadie niega*.

Sentada ya la doctrina católica del *origen divino* del poder civil, resta todavía examinar el modo como se comunica. Sobre lo cual; como apuntamos, hay dos opiniones. Belarmino, Suarez y otros muchos teólogos antiguos dicen que ese *poder civil* se comunica á los gobernantes *mediante* el pueblo, ó por órgano suyo. Otros de los antiguos y casi todos los modernos, despues de la proscripcion del *Contrato Social* de Rousseau, defienden que hecha la eleccion de los mandatarios, Dios les confiere *inmediatamente* la potestad de mandar. El doctísimo Balmes ha manifestado acertadamente que estas opiniones en poco ó nada discrepan y casi pueden conciliarse. He aquí su tentativa: «Como hemos visto ya, entre los que afirman que dicha potestad viene de Dios, unos sostienen que esto se verifica *mediata*, otros *inmediatamente*. Segun los primeros, cuando se hace la designacion de las personas que han de ejercer esta potestad, la sociedad no solo designa, es decir, pone la condicion necesaria para la comunicacion del poder, sino que ella lo comunica realmente, habiéndolo á su vez recibido del mismo Dios. En la opinion de los segundos, la sociedad no hace mas que designar; y mediante este acto, Dios comunica el poder á la persona designada. Repito que en la práctica el resultado es el mismo; y de consiguiente la diferencia es nula. Aun mas, ni

en teoría quizás sea tanta la discrepancia, como á primera vista pudiera parecer. Lo manifestaré examinando con riguroso análisis las dos opiniones.

» La esplicacion, que del origen divino del poder hacen los partidarios de las escuelas contendientes, puede formularse en los siguientes términos. En concepto de unos, Dios dice : « Sociedad, para tu conservacion y dicha necesitas un gobierno ; escoge pues por los medios legítimos la forma en que debe ser ejercido , y designa las personas que de él se hayan de encargar ; que yo les comunicaré las facultades necesarias para llenar su objeto. » En concepto de los otros, Dios dice : « Sociedad , para tu conservacion y dicha necesitas un gobierno ; yo te comunico las facultades necesarias para llenar tal objeto ; ahora escoge tú la forma en que deba ser ejercido , y designando las personas que de él se hayan de encargar, transmítele estas facultades que yo te he comunicado (11). » ¿Quién no se convence de la identidad de resultados, á que las dos fórmulas han de conducir ? En una y otra teoría se conservan las mismas prerogativas de los gobernantes y de los gobernados. La santidad del origen del poder , porque siempre resulta que este, cuando exista , habrá dimanado de Dios ; y no será menos sagrado , por suponerse que haya pasado por un intermedio establecido por el mismo Dios. Los derechos y deberes de los gobernantes, porque en uno y otro supuesto serán representantes de la Divinidad , ó como los apellida la sagrada Escritura , *ministros de Dios* , que gobernarán en nombre y con autoridad recibida de Dios, títulos que los autorizan para imperar con derecho á los pueblos hasta quedar las conciencias de estos atadas con sus preceptos , y que á la vez les recuerdan que deben ejercer tal autoridad no arbitrariamente, sino segun los dictámenes de la razon y justicia y en conformidad á las leyes natural y divina. Los derechos por fin y deberes del pueblo , quien, segun Sto. Tomás y los teólogos de una y otra opinion , tendria el derecho de determinar la forma de gobierno y designar las personas que han de obtener el mando , á tenor de las

leyes fundamentales ó del derecho público, y reconoceria en los príncipes y gobiernos una autoridad emanada de Dios, y por consiguiente que tiene motivos justos, obligatorios y apremiantes aun en conciencia de prestarles respeto y obediencia; y que carece de derechos de sublevarse contra ellos, y de depounerlos á su talante una vez constituidos: de manera que en uno y otro supuesto no resistiria menos á la ordenacion de Dios, ni se haria menos reo de sus venganzas quien negase la obediencia al presidente de una república en un país donde sea esta la legítima forma de gobierno, que quien cometiese el mismo acto con respecto al monarca mas absoluto.

Pero se nos podrá objetar: si es tan poca la diferencia de las dos opiniones del origen divino *mediato* é *inmediato*, ¿á qué fin ese empeño denodado de los dos partidos en sostener cada uno la suya? ¿ninguno de aquellos hombres eminentes alcanzó ver la casi no discrepancia de ambos pareceres? Si bien los doctores católicos que han tratado de ese punto de derecho público, no dejarían de ver la identidad de resultados que provenia de la diversidad de las dos opiniones; sin embargo les importaba mucho atenerse á la diferencia respectiva de esplicaciones, atendidas las funestas consecuencias que podian seguirse en diferentes épocas del vario sentido, en que podia tomarse una y otra opinion. En los tiempos en que se enseñaba y defendia mas comunmente el origen divino *mediato* del poder civil, imperiosas circunstancias hacian forzosa la defensa de tal opinion ó esplicacion. En aquella época, como nota bien el Sr. Balmes, las tendencias que la revolucion religiosa del siglo xvi comunicó á la monarquía europea, amenazaban una completa secularizacion de la potestad eclesiástica. Se exageraban por desgracia los buenos principios de tal manera, que se trataba nada menos que de convertir el poder Real en una fuerza absorbente que reasumiese en sí todas las demás. El protestantismo atacando la potestad espiritual de los papas, y pintando sin cesar con negros coloridos los peligros que de ella podian seguirse á la temporal, habia aumentado hasta un grado desconocido las

pretensiones de los reyes ; mayormente estableciendo la funesta doctrina de que la suprema potestad civil tenia enteramente bajo su jurisdiccion todos los asuntos eclesiásticos , y acusando de abuso , de usurpacion , de ambicion desmedida la independencia que la Iglesia justamente reclamaba , fundándose en los sagrados cánones , en el mismo reconocimiento de las leyes civiles , en las tradiciones de quince siglos , y principalmente en la augusta institucion del divino Fundador , que no hubo menester la permission de ninguna potestad civil para enviar á sus apóstoles á predicar el Evangelio por todo el universo , y á bautizar en nombre del Padre , y del Hijo , y del Espíritu Santo. Esas teorías puestas en el terreno de la práctica por las usurpaciones y atropellamientos hechos á la Iglesia por Enrique VIII é Isabel de Inglaterra y por sus partidarios , daban pruebas no equívocas de los amagos de esa secularizacion completa de la Iglesia. Uno de los títulos en que apoyaban tal pretension , era que los príncipes tenian de Dios autoridad suprema sobre todo viviente. Mas posteriormente el rey Jacobo de Inglaterra se quejaba en una publicación contra el cardenal Belarmino , porque habia asentado que la potestad de los reyes no venia *inmediatamente* de Dios , sino que les era comunicada por conducto de la sociedad , la cual la habia recibido inmediatamente. Estos poderosísimos motivos obligaban á Suarez y á los mas de los teólogos de aquella época á sostener el origen divino *mediato* de la potestad civil , para salvar la superioridad é independencia de la eclesiástica , cuyo origen es inmediato y extraordinario.

El menor número de los antiguos teólogos y casi todos los autores modernos del catolicismo miraron la cosa bajo otro aspecto. Viendo aquellos que el hereje Wicleff habia afirmado : *que los pueblos á su arbitrio pueden castigar á sus soberanos delinquentes* , y de consiguiente que á su talante podrian deponerlos y aun matarlos ; que el impío Hus habia enseñado que *la autoridad civil pierde el derecho de mandar , si pierde la gracia habitual* cometiendo algun delito ; y que ambos errores fueron

condenados por el concilio ecuménico de Constanza, temieron quizás favorecer el error de esos herejes, si enseñaran que el poder civil viene inmediatamente del pueblo, y solo mediatamente de Dios; y por esto sostuvieron el origen divino *inmediato*. Así también; observando los modernos que además de esto Clemente XIII proscribió *El Contrato Social* de Rousseau en que se enseña que el poder civil viene del pueblo, y que tal *Contrato* mereció la execración de la Iglesia universal; y reflexionando sobre los horrendos estragos y torrentes de sangre que han producido las funestas utopías del filósofo de Ginebra, semillero de anarquías é insurrecciones, se decidieron por el origen divino *inmediato*, y negando absolutamente que el poder venga del pueblo, asentaron sin restricción, que viene de Dios. Estas fueron sin duda las razones de la divergencia de pareceres en la esplicacion de la comunicacion del poder civil, aunque ambas escuelas convinieran en el dogma del origen divino.

Se nos podrá decir: «supuesta por mas verdadera, como parece, la opinion de los que defienden el origen divino *inmediato* del poder civil, ¿cómo se salva entonces la superioridad y eminencia de la potestad eclesiástica sobre la civil, y su independencia? En este caso una y otra potestad podrán y deberán decirse divinas.» Muy fácil cosa es contestar á este reparo. Cuando los doctores católicos tratan de indagar el origen de la potestad eclesiástica, y de fijar su institucion divina, no tan solo dicen que dimana de Dios en un sentido general, es decir, en cuanto todo ser viene de Dios; no solo en un sentido social, es decir, en cuanto siendo la Iglesia una sociedad, Dios haya querido, y en cierto modo ordenado que haya una autoridad reguladora de tal sociedad: todo esto tenia la religion, la Iglesia, ya antes de toda ley escrita desde el nacimiento del mundo; pues desde entonces existia la sociedad religiosa con su sacerdocio; y en este sentido con licencia del Sr. Vigil, ó á su pesar, podríamos decir con propiedad que el origen de la autoridad religiosa ó eclesiástica es *divino*, como lo decimos

del origen del poder civil. Pero hablando de la potestad eclesiástica despues de la venida al mundo del Hombre-Dios y de la fundacion de su Iglesia le damos un *origen divino* mas noble, mas determinado y mas estenso, que no podemos dar al poder político; y por esto se llama con mas propiedad y por antonomasia *divino* el poder eclesiástico; *divina* la Iglesia, ó sociedad religiosa. La potestad eclesiástica pues, además de esa institucion divina, comun á la de la otra potestad, tiene otra institucion divina especialísima y extraordinaria, que la eleva á un grado superior de mucho á la civil: pues el mismo Dios bajó del cielo para instituir la por su propia persona, estableció por sí mismo la forma de gobierno de su Iglesia, designó por sí mismo la persona en quien depositó tal autoridad; y que por consiguiente el sucesor de la silla de S. Pedro es por derecho divino supremo pastor de la Iglesia universal, teniendo sobre toda ella el primado de honor y de jurisdiccion; le determinó objetos y fin mas nobles que no son los del poder civil; y le prometió su asistencia especialísima hasta la fin del mundo y su perpetua duracion, por manera que se puede decir en cierto modo que el régimen de la Iglesia es *teocrático*: cosas todas que no pueden afirmarse del poder civil, y que constituyen la superioridad y preeminencia de la potestad eclesiástica sobre la política, y son uno de tantos títulos, que prueban su independencia absoluta de la otra en su respectiva provincia, como hemos manifestado.

Se nos objetará: «si como poco antes habeis afirmado, el concilio general de Constanza condenó *implicitamente* la opinion de la soberania popular; si es dogma de fe, que el poder civil viene de Dios; y es herético el decir, que no viene de Dios sino del pueblo, como deja asentado uno de nuestros distinguidos talentos, apoyado en la Santa Escritura; si la Santa Sede ha proscrito la teoria del filósofo Rousseau, que enseña que la *potestad política* viene del pueblo; tenemos entonces condenada la opinion de Sto. Tomás, de Belarmino, de Suarez y de todos aquellos teólogos católicos, que enseñaron que

el poder civil viene *inmediata* del pueblo y solo *mediatamente* de Dios; pues en alguna manera afirman lo que aquellos, esto es, que el poder civil viene del pueblo.»

Aunque es verdad que la opinion de esos doctores que defienden el origen del poder civil, *inmediato* del pueblo, y *mediato* de Dios, tenga à primera vista alguna analogía con las utopías de Rousseau, que personificó los herejes citados, y de los demás filósofos modernos impíos; en la realidad dista muchísimo. Veráse la discrepancia instituyendo un riguroso parangon entre ambas doctrinas. Rousseau supone al hombre libre por naturaleza é independiente, pero en un estado de absoluta libertad; por manera que le era libre quedarse en ese estado social, cual venado sin trabas; y que libremente convino en formar sociedad para que con las fuerzas y auxilios de otros fuesen defendidos sus derechos y persona. Sto. Tomás y los teólogos enseñan también que el hombre es libre por naturaleza, pero dependiente del Ser Supremo y sujeto à sus leyes: y de consiguiente que no podía dejar de reunirse en sociedad, pues esta, si bien un resultado espontáneo, es indispensable de la condicion de la naturaleza del hombre, es la realizacion de una de esas leyes eternas que la divina Providencia estableciera para perpetuar el linaje humano. Rousseau asienta que la autoridad ó poder civil no es otra cosa que la suma de las voluntades de los hombres asociados à la voluntad común, la cual sola y siempre constituye ó sanciona propiamente las leyes: Sto. Tomás y los doctores católicos rechazan esa quimera, y dejan probado que el *poder civil* viene de Dios; ó es una delegación parcial del supremo poder, que Dios tiene sobre sus criaturas y sobre la sociedad, obra de sus manos; comunicada à los funcionarios públicos mediante el órgano del pueblo; ó de otra manera segun el derecho público: y que «si las leyes humanas son justas, la fuerza de obligar en el fuero de la conciencia la tienen de la ley eterna.» El filósofo ginebrés y sus prosélitos añaden que nadie puede enajenar su derecho, y que si en las deliberaciones prevalece la mayoría;

los otros deben ceder voluntariamente. Los doctores del catolicismo y todo hombre de luces se rien de esas simultáneas cesiones y retenciones; de esas cesiones voluntarias y forzadas á la vez; de esas chocantes paradojas. El autor del *Contrato Social* y sus discípulos propalan, que los legisladores tan solo proponen las leyes, y si el pueblo las desecha, no obligan, ni son leyes. Sto. Tomás y los teólogos no admiten esta opinion; gérmen de anarquias, y enseñan que las leyes humanas reciben de Dios la fuerza de obligar, y que, si son justas, y para el bien comun, basta que se promulguen y lleguen á noticia del pueblo para obligarle.

En fin Rousseau y Wicleff opinan que los gobernantes son no mas que ministros y comisarios del pueblo, que este es el soberano que á su arbitrio puede castigar y deponer á los gobiernos y príncipes válida y lícitamente; pues no hace mas que reasumir los derechos que les habia cedido. El angélico Doctor y los otros autores de la opinion mencionada condenan con la Iglesia esa doctrina; enseñan que los príncipes y gobiernos son *ministros de Dios*, como dice el Apóstol, y soberanos revestidos de su autoridad en lo político, y los demás del pueblo son súbditos; encargan á estos la sumision, respeto y obediencia á las potestades legítimas; les dicen con la divina Escritura que quien les resiste, resiste á la ordenacion de Dios y atrae sobre sí la condenacion eterna; pues que á ellas se debe obediencia no solo por temor, sino tambien por conciencia; que esta obediencia se debe aun á los gobiernos discolos ó malos; que se han de tolerar con paciencia y longanimidad las molestias, daños, vejaciones y otros males particulares, que provienen de tales príncipes ó gobiernos legítimos; y que en estos casos solo es lícito á los súbditos hacer representaciones y humildes súplicas; pero nunca sublevarse para deponer y mucho menos matar á sus gobernantes; y que si se presentase algún caso rarísimo de males muy extremos y comunes, despues de haber agotado todos los recursos de súplica, de consejo, de representacion, antes de apelar á otros medios, dado que no se consiguiese la

enmienda del tirano, se tendria que proceder á refrenar su sevicia, no con el puñal regicida, ó el veneno homicida, ó la tea incendiaria; no con la revolucion sanguinaria; no con el levantamiento sedicioso de algunos, ó muchos *populares* revoltosos y malcontentos que indebida é ignominiosamente se apellidan *el pueblo*; sino por *la autoridad pública* y legitima hasta llegar á su deposicion, mientras no se temiesen mayores males de esta que de su tiránico proceder. Y si no hubiese absolutamente algun recurso humano legítimo contra tal principe ó gobierno tiránico, se deberia recurrir con oraciones y paciencia al Rey de reyes para que mandase el auxilio oportuno en la necesidad. Tal es la doctrina de Sto. Tomás y demás autores de la precitada opinion, la cual no obstante, respecto de la medida de la deposicion, tiene muchísimos y gravísimos escritores en contra (13). Bien se écha de ver pues la discordancia de la doctrina de santo Tomás, Belarmino, Suarez y otros, de la del hereje Wicleff é impío Rousseau y sus secuaces.

La Iglesia por consiguiente no ha condenado la doctrina de esos eminentes doctores del catolicismo, sino las teorías funestas y terribles de esos enemigos de la religion, teorías que al solo recordarlas se derrama el espanto sobre los corazones católicos y amigos del orden y de la sociedad; teorías que son el cráter de la revolucion, el pábulo de la anarquía, la bandera del desorden, á cuya sombra se acogieron tantos demagogos para hacer correr á mansalva los torrentes de sangre que en los últimos tiempos inundaron la Europa. De los libros y folletos de esa filosofía habla el sabio y sumo pontífice Gregorio XVI en la Enciclica *Mirari vos arbitramur*, dirigida á todos los obispos y prelados de la Iglesia, donde dice: «Habiendo leído en varios libros, que circulan entre las manos de todos, que se propalan ciertas doctrinas de una fuerte tendencia á hacer desplomar la fidelidad y sumision debida á los principes y gobiernos, y encender por do quiera la tea de la rebelion; os exhortamos que seais diligentes en preceaver que los pueblos seducidos por ellas no se aparten de la senda de la rectitud. Sepan

todos que, segun el Apóstol, *no hay potestad que no venga de Dios : y las que existen por Dios son ordenadas. Por lo que, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios, y los que resisten adquieren para sí la condenación.* Y por esto es que los derechos divino y humano claman contra aquellos que con abominables maquinaciones de sedicion y conjuraciones trabajan para sustraerse de la obediencia y respeto á los príncipes y gobiernos, y aun para deponerlos de su mando.» En seguida exhorta á la fidelidad á la potestad civil con el ejemplo de los primitivos cristianos, y con autoridades de S. Agustin, de S. Euquerio y de Tertuliano, y prosigue :

«Estos luminosos ejemplos de una sumision inalterable á las potestades, que brotan necesariamente de los preceptos santísimos de la religion cristiana, condenan altamente la detestable insolencia y perversidad de aquellos que encendidos del insano y desenfrenado deseo de una libertad sin trabas, atropellan y destruyen todos los derechos de los príncipes para dar á los pueblos so color de libertad la mas dura servidumbre. A este blanco se dirigieron sin duda los pésimos delirios de los waldenses, de los beguardos, de los wiclefistas y de otros semejantes hijos de Belial, que fueron el oprobio y la hez del humano linaje, heridos por esto justamente y repetidas veces por esta Santa Sede con el anatema. No ciertamente con otro fin emplean todas sus fuerzas esos pensadores modernos, sino para poder cantar triunfo y congratularse con Lutero *de ser libres de todo*; á cuyo fin están siempre y decididamente dispuestos á cometer con audacia los mas execrables atentados.»

CAPITULO XIV.

DE LA SOBERANÍA POPULAR.

AL impugnar la soberanía popular entendida cual la defienden los partidarios del *Contrato Social*, juzgamos oportuno prevenir á ciertos espíritus asustadizos, que no se alarmen con pensar que con nuestro escrito vamos á derrocar el sistema de gobierno democrático establecido en nuestro suelo. No: tan léjos estamos de esto, que antes bien nuestro trabajo tiende á robustecer á todo gobierno legítimamente constituido, sea democrático, monárquico ó aristocrático, poniendo vallas á la usurpacion, á la insurreccion, sedicion y regicidio, señalando á la potestad civil un origen mas verdadero, mas alto y mas sagrado que el que fijan los demagogos; predicando inviolables las personas de los gobernantes, é intimando el precepto de obediencia á todas las potestades legítimas, sea cual se quiera el sistema gubernativo que se haya adoptado en las naciones. Y si bien reconocemos en ellas el derecho de adoptar por medios legales la forma de gobierno que mas ventajosa les pareciere; somos sin embargo de sentir que rarisimas veces son útiles tales cambios de sistema gubernativo, porque casi siempre son mayores los males que de ellos resultan, que las ventajas. «Es un deber, decia muy cuerdamente el político y sabio Bossuet, el acomodarse á la forma de gobierno que se halla establecida en el propio país: ... no hay forma de gobierno, ni establecimiento humano que no tenga sus inconvenientes; de manera que conviene continuar en el estado á que un pueblo se halle acostumbrado de largo tiempo: por esto Dios toma bajo su proteccion á todos los gobiernos legítimos,

sea cual fuere su forma ; quien emprende el derribarlos es no solo enemigo público, sino enemigo de Dios (1). » Nosotros pues impugnamos la soberanía popular como la han impugnado varios obispos , sacerdotes , literatos y hombres públicos del estado, sin que hayan sido tildados de enemigos de las instituciones patrias.

Para proceder con claridad en esta materia es preciso colocar la cuestion en su propio terreno , aclarando el verdadero sentido de las palabras *soberanía popular*. Por ellas no entendemos el derecho que al formarse las sociedades y en otras circunstancias que determina el derecho público ó señalan las leyes fundamentales, tiene el pueblo de adoptar la forma de gobierno que mas le conviene , y elegir ó designar las personas que han de recibir la *autoridad*, y hacerse cargo de la administracion. Este derecho está reconocido no sólo por los mejores jurisconsultos y publicistas, sino tambien por Sto. Tomás y por los teólogos más insignes, que han tratado del derecho público. Tampoco entendemos por ellas la *soberanía de la inteligencia* ó de las *capacidades*; esto es, el derecho de mandar, que algunos han supuesto hallarse en los hombres mas sabios y capaces del pueblo. La absurdidad de esta teoría se manifiesta por esta sencilla razon, que ella ó supone á un hombre mas sabio y mas capaz que los otros para discernir cuáles son los científicos y capaces que poseen este derecho, y entonces ese hombre mas sabio y capaz es el único que tiene tal derecho de mandar : ó cada hombre del pueblo tiene derecho á juzgar de sí ; si tiene tal inteligencia y capacidad, y con esto creais un elemento de anarquía ; porque siendo cada uno juez en su propia causa, sabrá muy bien fallar á su favor ; y cada uno se creará hábil é inteligente ó mas sabio y capaz que los demás , y he aquí un choque de cada uno con todos ; ó queréis que solo algunos sabios designen cuáles son los científicos y hábiles de entre el pueblo ; y he aquí una peticion de principio ; he aquí que esos sabios son jueces en propia causa ; he aquí introducida la misma anarquía , porque en tal teoría todos los sabios tienen iguales

derechos, y todos tienen derecho á juzgarse sabios; ó debe ser el pueblo el que señale cuáles son los sabios y capaces, y con esto pretendéis un imposible y un absurdo, porque imposible es y paradójico que todo un pueblo ignorante conozca á todos los sabios, ó á los mas sabios que hay en él; y que la ignorancia examine á la inteligencia. La inteligencia y la capacidad podrán ser y son disposiciones ó aptitudes para recibir y ejercer debida ó útilmente el derecho de mandar, esto es, la autoridad; pero no son ella misma, no son esa entidad moral capaz de sujetar é imponer un vínculo á las voluntades y hasta á las conciencias ajenas. Todas las razones que militan contra la *soberanía popular*; cual la impugnaremos, urgen á la vez contra la aristocracia del saber, ó *soberanía de la inteligencia*.

Ni menos admitimos que la *autoridad política*, ó el derecho de mandar sea una estension ó ampliacion de la potestad paternal. Dicen muy bien Suarez y Balmes «que es palmaria la diferencia del orden doméstico al social, distinto el objeto de ambos, que hay diversidad en las reglas á que deben estar sujetos, y que los medios de que se echa mano en el gobierno de uno son muy diferentes de los empleados en el otro. Fácil cosa es concebir el pequeño reino de un anciano, gobernando una sociedad compuesta únicamente de dos ó tres generaciones de su descendencia; pero en el momento en que esta sociedad crece, se extiende á varios países y por consiguiente se divide y subdivide; desaparece el poder patriarcal, su ejercicio se hace imposible, y no se acierta á explicar cómo los pretendientes al trono alcanzarán, ni á entenderse entre sí, ni con los demás, para legitimar y justificar su mando.»

Efectivamente; cortado el tronco de una dinastía; formada una nueva sociedad de varias familias, que vivieran dispersas y cuyas cabezas tenían iguales derechos; fijado en una nacion el sistema democrático; sentándose en el trono un advenedizo que se haya introducido por vias legales ó ilegales; en todos estos casos tan frecuentes en la historia, tan posibles de reiterarse, se pierde el origen del poder civil dimanado de la patria

potestad, y para hacerlo revivir es preciso inventar cesiones, concesiones, voluntades de los primitivos padres, que más bien que realidades podemos llamarlas y son efectivamente otras tantas ficciones ó efugios. Ni esa teoría es sostenible en presencia de la historia sagrada, que nos presenta la cuna de las sociedades. Porque si bien se deduce de la misma con alguna probabilidad que los primeros príncipes de aquellas pequeñas sociedades nacientes eran tales por el derecho paterno hereditario, como aparece de los de Palestina (que eran treinta y tres cuando entraron en ella los hebreos), llamados por eso *Abimelech*, que significa *mi padre rey*; hecho que probaría que la potestad política que ejercían era no tanto una ampliación de la patria potestad, como que la sucesión paterna hereditaria era un órgano, por el cual Dios comunicaba á los reyes la *autoridad*, cosa que admitimos y defendemos; sin embargo se desprende del mismo libro sagrado que esa no era una regla general y exclusiva, pues leemos en él, que Cain, emancipado de su padre Adán por la facultad que Dios le concedía, mediante el casamiento, por estas palabras: *dejará el hombre á su padre y madre, y se unirá á su esposa*, edificó la primera ciudad que ha existido, y la denominó *Henoch*, denominación tomada del nombre de su hijo así llamado, y de este acto plénamente gubernativo se deduce que Cain fué príncipe de aquella ciudad, aun viviendo su padre, sin que se lea que este le hubiese dado delegación ó consentimiento alguno, antes bien infiérese del mismo testo que fué contra su voluntad, pues se fugó y separó de él furtivamente por el fratricidio cometido en su hermano Abel.

«La teoría que reconoce en la patria potestad el origen del poder civil, dice el Sr. Balmes, podrá ser tan bella como se quiera; podrá reclamar el apoyo que parecen darle los gobiernos patriarcales que observamos en la cuna de las sociedades; pero tiene en contra dos cosas: 1.^a que afirma, pero no prueba; 2.^a que es inútil para el objeto que se propone de solidar los gobiernos; pues ninguno de estos puede probar su legítimi-

dad, si se pretende apoyarla en semejante título. El primer monarca como el último vasallo saben que son hijos de Noé; nada mas. Ni en Sto. Tomás, ni en otro de los principales teólogos he podido encontrar esta teoría; (Suarez *De Legibus* capítulo 2 parece impugnarla): y subiendo mas arriba, no sé que se la pueda fundar tampoco en la doctrina de los santos padres, en las tradiciones de la Iglesia, ni en la sagrada Escritura. Es por consiguiente una mera opinion filosófica, cuya aclaracion y demostracion corresponde á sus patronos; el catolicismo nada dice en pro ni en contra de ella (2).»

La *soberanía popular*, pues, cuál la defienden los secuaces del *Contrato Social*, á quienes sigue el Sr. Vigil, consiste: «en que la *autoridad, jurisdiccion ó derecho de mandar* está en cada uno de los hombres ó individuos de la especie humana que nacieron libres: y en el supuesto que la necesidad los obliga á vivir en sociedad, convienen por medio de un pacto en ceder parte de sus derechos, ó al menos el derecho de gobernarse á sí mismos; designan una ó mas personas que se hagan cargo de gobernarlos en su nombre; les hacen el *sacrificio* de esos derechos; y la *suma de estas cesiones particulares viene á componer la autoridad pública, de que participan mas ó menos los funcionarios encargados del gobierno*. Y como el hombre no puede enajenar su libertad ni los derechos anexos á su naturaleza, puede de consiguiente reasumir, cuando le plazca ó juzgue conveniente, esos derechos cedidos, y conferirlos á otros (3).» Tal es la célebre teoría de la *soberanía popular*, ó *el derecho de mandar que sale de las manos de los hombres*, como se espresa el Sr. Vigil.

Cuando este señor, y otros autores que la defienden, se han visto atacados por la autoridad del Espíritu Santo que dice: *no hay potestad que no venga de Dios*, han contestado: «que no tienen la impía temeridad de sospechar siquiera, que haya algo que primitivamente no proceda del origen creador de todas las cosas; sino que reconocen que en la creacion han recibido de Dios ese derecho, como han recibido de él la libertad,

la facultad de ver, oír, gustar y tocar, la facultad de casarse ó de *crecer y multiplicarse sobre la tierra*, y adquirir posesiones con el trabajo de sus manos, y en el sentido general en que se sabe que cuanto existe es criado ó se ha recibido de Dios. » Salta á la cara de todo hombre reflexivo que esta esplicación es un trampantojo para eludir la fuerza de la divina palabra y las censuras de la Iglesia, y no parecer ante la sociedad como ateos. En esa teoría la *autoridad* ó jurisdicción, ese ser moral es hechura de la voluntad humana, sale de las manos de los hombres, como todas las obras humanas que *no bajan del cielo*, y es un compuesto de varias cesiones de la libertad de muchos hombres formado por un pacto, cosa que en un lenguaje correcto, óbvio y comunmente recibido jamás se ha dicho que venga de Dios: ¿Por ventura no sabía el Espíritu Santo que cuanto existe sobre la tierra ó tienen los hombres es obra del Criador? ¿A qué fin pues decir de un modo especial de la *potestad* que viene de Dios? ¿No sería esto hacer ridículo al mismo Autor de la divina Escritura? Además, en la teoría de nuestros adversarios el pueblo es el *soberano*, y los gobernantes sus representantes ó comisarios, y por consiguiente si faltan á su deber pueden ser castigados por el pueblo soberano: y esta es cabalmente la doctrina condenada por el Concilio ecuménico de Constanza contra Wicleff. También el filósofo Rousseau confesaba en ese sentido general que la *autoridad* viene de Dios: «Todo poder (escribe ese autor del *Contrato Social*) viene de Dios: yo lo confieso; pero también las enfermedades vienen de Dios; y por esto ¿deberá decirse que me sea prohibido llamar al médico (4)? » Y esto no embargante, las utopías del filósofo de Ginebra son proscritas por la Santa Sede y por la opinión común de los sabios. Es pues evidente que, cuando la divina Escritura, hablando del poder civil, dice: *no hay potestad que no venga de Dios*, no entiende enseñar que el Supremo Hacedor haya dado en la creación á cada individuo de la especie humana ese derecho, ó ese ser moral, como dividido en tantos pedazos cuantos son los hombres, para que despues por medio

de pactos y cesiones formen esa entidad completa que llamamos *autoridad, potestad, ó poder civil*.

Pero, prescindiendo de la revelacion por un momento, pasemos á examinar la teoría de la *soberanía popular* en el tribunal de la filosofía. Toda teoría para tener garantías de verdadera debe ser conforme á razon, y si es práctica, debe tener en apoyo la historia. Ahora, la historia y la razon ¿salen garantes de la verdad del sistema de la soberanía popular? Este sistema tiene por base fundamental las cesiones parciales de los derechos y libertad individuales por via de pactos, y estos pactos y esas cesiones parciales de derechos individuales son *hechos*, que para obtener imperio en la conviccion intelectual no basta fingirlos, anunciarlos ó suponerlos, sino que es menester probarlos; y de esa clase de pruebas no hay otras fuentes que la historia; y la historia debe suministrar tales pruebas de ello, que por ellas quede evidenciado que jamás ha existido el poder civil legitimamente, si no ha sido por via de esos pactos y cesiones de derechos individuales; puesto que si se llega á probar que ha existido *autoridad* ó poder civil legítimo por otra via *ordinaria* que no hayan sido esos pactos y esas cesiones, se desmorona el sistema de la soberanía popular, porque entonces no sería ese *el origen único, el origen justo de la potestad política*, cual lo predicán nuestros adversarios, y quedarían violados los *derechos sagrados é inalienables* de los individuos de la sociedad. Dije adrede *por otra via ordinaria*, para prevenir que no intento hablar de ciertos casos rarísimos en que Dios, como dueño absoluto, haya dado y pueda dar la autoridad civil por *vias extraordinarias*.

Pues bien: ¿consta de la historia que desde que existen las sociedades el poder civil se ha comunicado únicamente por via de pactos y cesiones parciales de derechos de los individuos de ellas? Si tomamos por norte la historia sagrada que goza de infalibilidad y nos remontamos al origen de las primeras sociedades, ni rastro aparece de tales pactos y cesiones de derechos. Ni Adán, que se supone el primer jefe político de la primera socie-

dad; ni Cain al constituirse príncipe de la ciudad de Henoch que fabricó; ni Elisay, Tharsis, Cethim y Dodanim, bisnietos de Noé que fueron los caudillos, *por los cuales, como dice la Escritura, fueron repartidas las islas de las gentes en sus territorios, cada uno conforme á su lengua y sus familias en sus naciones* (5); ni Némrod, también bisnieto de Noé, que, según la sagrada historia, *comenzó á ser poderoso en la tierra; y el principio de su reino fué Babilonia y Arach y Arcad y Chalane en la tierra de Sennaar* (6); esto es, como esplican los santos Agustín, Jerónimo, Eusebio y otros, fué el primer autor de la monarquía de los asirios, y el primer rey y fundador de la torre y ciudad de Babel ó Babilonia (7); ni Assur ó Nino, que fué fundador y príncipe de las ciudades de Ninive, Chale y Resen (8); ni los patriarcas en su imperio civil; ni tantos reyes antiquísimos de que nos habla la sagrada historia, obtuvieron la *potestad política* por via de convenciones y cesiones de derechos, pues ni vestigio se halla de tales hechos; sino que se constituyeron príncipes civiles á título de fundadores de ciudades y reinos, ó de conquistadores, ó por autoridad patriarcal, ú otros títulos semejantes, como aparece claramente de los lugares escriturales citados. Léanse también todos los historiadores profanos antiguos, Cadmo de Mileto, Helánico, Beroso, Herodoto, Strabon, Plinio, Josefo hebreo y otros, y se verá que el origen de la potestad civil de los imperios de los asirios, caldeos, medos, persas, griegos, romanos y de otras naciones no ha venido de pactos sociales y cesiones de derechos de los individuos, sino de alguno de esos títulos que acabamos de apuntar, ó de la violencia despues legitimada. Lo propio ha manifestado de los reyes de España desde su cuna el autor contemporáneo de *las leyes fundamentales de la monarquía española* (9); y lo mismo se podría probar de la mayor parte de las demás naciones.

Ahora pues, si consta con toda evidencia que la mayor parte de los gobiernos ó príncipes civiles desde su cuna han obtenido legítimamente la autoridad política sin pactos y cesiones

de derechos del pueblo, es falsa la teoría de la *soberanía popular*; de otra suerte deberíamos admitir el absurdo que la mayor parte de las naciones desde su existencia han carecido de príncipes y autoridades legítimas, y de consiguiente que el ejercicio ú gobierno de los jefes de tales naciones fué una cadena de injusticias y nulidades: lo que no solo repugna al buen sentido, sino que ataca el dogma de la providencia del supremo Moderador del universo. Algunos ejemplos, que ofrecen las historias sagrada y profana, en que aparece que el pueblo tuvo parte en la instalación de los gobiernos políticos prueban únicamente, que en ciertos determinados casos, como dijimos, el pueblo tiene derecho de declarar cuál debe ser la forma de gobierno que adopta, y de designar cuáles son las personas que han de tomar las riendas de la administración. Pero quien entonces confiere á los gobernantes la autoridad es Dios, de quien viene todo poder.

Los sostenedores de la *soberanía popular* para derrocar esa inespugnable batería que les presenta la historia, han recurrido al miserable efugio de suponer un pacto ó consentimiento *implícito* de los individuos de las naciones. Mas la misma historia y la esperiencia desvanecen ese recurso. ¿No nos presenta la historia gran parte, y muchas veces la mayoría de los individuos de las naciones, que luchan en el campo de las ideas ó de batalla con sus príncipes ó gobiernos legítimos que quisieran ver depuestos? ¿No vemos con harta frecuencia que la mayor parte de los individuos nacionales recibe mal de su grado al rey ó mandatarios que suben al trono ó toman el mando por vías legítimas de sucesion hereditaria, nombramientos, ó elecciones hechas, no por el común del pueblo, cuyo voto es por otra persona que mas le place? ¿Donde están en estos y semejantes casos la cesion de derechos, el pacto, el consentimiento *implícitos*? Decir que en tales casos es lícita la insurreccion es proclamar la anarquía, *resistir á la ordenacion de Dios*, y desconocer su imperio sobre sus criaturas.

Sobre ese punto del pacto *implícito* dice bellamente el señor

Balmes : « Observaré que la doctrina del pacto es impotente para cimentar el poder ; pues que no es bastante á legitimar ni su origen ni sus facultades. Es evidente en primer lugar que el pacto esplicito no ha existido jamás ; y que aun cuando le supongamos en la formacion de una sociedad reducida , no ha podido obtener el consentimiento de todos los individuos. Los jefes de las familias fueran los únicos que habrian tomado parte en la convencion ; y así desde luego quedaba abierto el camino á las reclamaciones de las mujeres , hijos y dependientes. ¿ Con qué derecho los padres pactaban en representacion de toda su familia ? La voluntad de esta , se nos dirá , estaba implicita en la de su jefe ; pero esto es lo que falta demostrar. El suponerlo es muy cómodo , el probarlo no tanto. Se quiere encontrar el origen del poder en principios de riguroso derecho , se pretende que no sea mas que un caso particular á que se han de aplicar las reglas generales de los contratos ; y no obstante desde el primer paso se tropieza con una grave dificultad , habiendo de recurrir á una ficcion ; porque ficcion es , y no otra cosa , lo que se espresa por el consentimiento implicito. En este sistema no es posible salir nunca de semejante ficcion : implicito ha de ser el consentimiento de las familias , aun en el caso en que sea esplicito el de sus jefes , lo que será imposible tambien en tratándose de una sociedad algo considerable ; y además implicito habrá de ser el de las generaciones que vayan sucediéndose , pues que no es dable renovar á cada momento el pacto , para consultar la voluntad de los que se interesan en sus efectos. La razon y la historia enseñan que las sociedades no se han formado nunca de esta manera ; la esperiencia nos dice que las actuales no se conservan ni se gobiernan por semejante principio ; ¿ de qué sirve pues una doctrina inaplicable ? Cuando una teoria tiene un objeto práctico , el mejor modo de convencerla de falsa es probar que es impracticable (10). »

A semejantes razones ha contestado el Sr. Vigil , diciendo : « De que la mayor parte de los contratos se hagan de una manera espresa , no se sigue que todos los contratos deban

ser espresos, y no pueda haber pactos implícitos. El silencio equivale á consentimiento en muchas ocasiones, y no solo existe en los libros la sabida máxima : *quien calla consiente*. Así se esplica, como las generaciones sucesivas que renuevan la faz de una nacion, de que otros fueron fundadores y le dieron leyes, se conforman con el régimen vigente, participan de sus ventajas, sufren sus gravámenes, toman parte en las elecciones, modifican las leyes, las corrigen y dan otras nuevas. También el extranjero conviene de ese modo en sujetarse al gobierno del país en que mora (11).» No negaremos al Sr. Vigil que hay algunos contratos *virtuales ó implícitos* que los doctores llaman *casi contratos*, en que el tácito consentimiento de una parte contrayente se cree ser una señal de que esta cede su derecho. Pero negamos que el silencio del pueblo al instalarse los gobiernos ó constituirse los príncipes por títulos legales, ó según los trámites establecidos, sea una cesion de los derechos de soberanía que se le suponen, y de consiguiente que haya un contrato implícito entre el pueblo y el príncipe ó gobierno. En los contratos virtuales de cesiones el derecho á la cosa poseída de la parte, que cede tácitamente, es real, evidente, incontestable : en la materia que nos ocupa, el derecho de *soberanía* del pueblo es supuesto no mas, es un problema, que mas bien que suponerse resuelto deberíase tratar de resolver con razones incontestables, cosa que no hacen ni harán jamás nuestros adversarios : y claro es que mal se puede ceder lo que no se tiene ni posee. Además, no siempre el silencio es prueba del consentimiento, mayormente cuando se trata de ceder los derechos propios, como en el caso presente. El silencio por temor reverencial, por miedo de un grave daño, ó por violencia, motivos que ordinariamente serian la causa de la taciturnidad de la mayor parte del pueblo en nuestro asunto, jamás supondria un consentimiento; y si lo supusiese, no sería un consentimiento libre, sino forzado, que anularia tal contrato, como nullos son por tal motivo otros semejantes, según enseña el derecho. Agréguese que para la validez del contrato de que se ha-

bla, se requeriria, como en todo contrato, conocimiento del derecho que se posee, para poderlo ceder ; y además aceptacion de la otra parte, á quien se cede. Y ¿quién no sabe que la mayor parte del pueblo ignora que posea ese derecho de *soberanía*, que se le supone? ¿Quién probará que todos los príncipes y jefes de los estados, que hasta ahora ha habido, hayan aceptado la autoridad, como venida de una cesion ó delegacion popular, y no mas bien como venida de Dios, ó de la providencia por medio de esos títulos mencionados, ó de las leyes fundamentales, que en las mas de las naciones no han sido resultados de *contratos sociales* ? Por último repetiremos que desde la creacion de las sociedades hasta la fecha ha habido muchísimos príncipes y gobiernos instituidos por alguno de esos títulos legales espresados, que no solo no obtuvieron el consentimiento de la mayor parte del pueblo por el silencio, sino que tuvieron que sostener por parte de esta una resistencia obstinada. Razones que desmienten la cesion de derechos, ó el *pacto implicito*.

Para esplicar cómo las generaciones sucesivas que renuevan la faz de las naciones, de qué otros fueron fundadores y les dieron leyes, y el extranjero, se conforman con el régimen vigente, no es necesario recurrir á esos *supuestos* imaginarios, á esas *ficciones* de cesiones ó consentimientos *implicitos*. Hay una *ley eterna* que en todo tiempo, en todo lugar y á toda persona *manda se observe el orden natural* establecido, y *prohibe se perturbe*. Hay además esa ley escrita que declara que *toda potestad viene de Dios*, y que *las que existen por Dios son ordenadas* : y que *quien les resiste, á la ordenacion de Dios resiste*. — Los que *toman parte en las elecciones*, reciben la autorizacion de la ley, cuando esta esté establecida ; ó si no lo está, como al formarse las sociedades, por la razon que dicta que *todos pueden tomar parte en lo que á todos interesa*. Pero una cosa es tener derecho á designar las personas que han de recibir de Dios la *autoridad* de gobernar, y otra el conferirles tal autoridad como cosa propia. Lo primero se concede al pueblo en ciertas circunstancias : lo segundo se le niega. — Asi tam—

bien los que *modifican las leyes*, las *corrigen* y *dan otras nuevas*; lo hacen por el *poder* que legítimamente han recibido de Dios, y no de esas cesiones ó pactos *implícitos* que no han existido.

Esa misma facultad de hacer leyes, inherente á las potestades políticas, y leyes que atan la conciencia de tal manera que el quebrantarlas es lo mismo que adquirir para sí la *condenacion* eterna, segun la doctrina del Espíritu Santo, desmiente la pretendida *soberanía popular*. En esta teoría la ley es la espresion de la voluntad general; y solo la voluntad de los individuos *soberanos* da la fuerza obligatoria á las leyes. ¡Cuántos absurdos no se siguen de esta funesta doctrina! Por de pronto que se nos diga: cuando la voluntad de gran parte ó de la mayoría del pueblo es contraria á las leyes que sancionan los legisladores, cosa tan frecuente en cualquiera forma de gobierno, ¿toman entonces las leyes la sancion de la voluntad general? ¿tienen fuerza obligatoria respecto á aquéllos, cuya voluntad les es contraria? Es evidente que no. Si pues las disposiciones de los legisladores respectivamente á los individuos de la nacion que las desaprueban, no son leyes; el obligarlos á su observancia es una opresion, una tiranía; y el declararlos desobligados seria un gérmen de desórdenes y anarquía, un anonadamiento de todo gobierno, y un retroceso al estado salvaje. No puede pues la ley ser la espresion de la voluntad: la ley es *una ordenacion de la razon y de la justicia eternas*; y estas no son la espresion de la voluntad humana, ó ella misma, que con harta frecuencia se desvia de sus dictámenes, ó desconoce sus senderos. «La voluntad del principe, dice Sto. Tomás, que no es regulada por la razon, es mas bien iniquidad que ley (12).» Claro es que, para que haya ley humana, debe intervenir la voluntad del legislador que la formule, la sancione y la haga ejecutar; pero siempre será cierto que la fuerza obligatoria no la recibe de la voluntad del legislador, aunque sea *racional*, como quiere Vigil, esto es, conforme á la razon; sino de esa autoridad superior,

de esa misma *razon divina*, ó *voluntad de Dios que manda se conserve el orden natural*, y *prohibe perturbarlo*, como se espresa S. Agustin (13); por manera que, si las leyes de los legisladores no son *una disposicion de la razon*, una emanacion de ella enderezada al bien comun, son mas bien *violencias que leyes*, segun el lenguaje del angélico Doctor (14).

Con efecto, un igual no puede mandar á otro igual, y mucho menos imponer un vínculo á su conciencia. El hombre mismo no puede hacer esto de por sí solo; y sin suponer una disposicion divina no es potente para imponerse una *condenacion eterna* por el quebrantamiento de las deliberaciones de su propia y libre voluntad; puesto que el hombre no es superior á sí mismo, no puede privarse de la facultad natural que Dios le ha dado de poder variar libremente sus resoluciones, cuya materia no esté mandada ó vedada; no puede sujetarse á una pena que no está á su alcance, y que es de un orden superior. Solo Dios puede entrar en el santuario de la conciencia, imponerle un vínculo y destinar al hombre que lo quebrante á una condenacion y tortura eterna; porque solo Dios es el dueño y superior esencial del hombre, y solo él es poderoso para crear y ejecutar esa pena que, mirada como impuesta por el hombre á sí mismo por una mutacion de su libre voluntad, sería injusta; y solo aparece razonable y equitativa en cuanto es castigo de una transgresion de la voluntad del Ser Supremo, eterno é infinito, que reviste la culpa de una malicia infinita, eterna y suprema. Luego, si segun el dogma católico los mandatos y las leyes de los gobiernos civiles obligan en conciencia, y sus transgresores incurren en la *condenacion eterna*, esas leyes no son la espresion de la voluntad humana, fundamento de la teoria de la *soberanía popular*, sino de la voluntad divina, ó de la ley eterna. Doctrina que viene enseñada por el doctor de Aquino con estas palabras: «Las leyes humanas, si son justas, tienen la fuerza de obligar, en el fuero de la conciencia, de la ley eterna, de la cual se derivan, segun aquello de los Proverbios: Por mí reinan los reyes, y los

legisladores decretan cosas justas. *Si quidem justæ sunt, habent vim obligandi in foro conscientiae à lege eterna, à qua derivantur, secundum illud Proverb. cap. 8. Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt (14).*»

Ha dicho el Sr. Vigil : que hay obligaciones que uno mismo se impone sobre cosas á que no le ligaba ningun deber ; y son de puro consejo ; por ejemplo , los votos simples y solemnes ; y las que se impone al celebrar contratos con sus semejantes. Pero debia de advertir el Dr. Vigil , como sabio teólogo , que cuando el hombre emite algun voto simple ó solemne , no crea de por sí obligaciones , sino que se las impone la virtud de la religion , esa ley eterna de fidelidad religiosa , que exige imperiosamente que se cumplan las promesas hechas á la suprema Majestad de Dios , y empeñadas con la sagrada invocacion de su augusto nombre. Lo propio decimos con respecto á los contratos , en que no es el hombre quien forme la obligacion ó cree una nueva ley , sino que esa ley existe ya , y es la ley natural , la ley de justicia que impera se dé á cada uno lo que es suyo ó le es debido , se cumplan las promesas , se guarde fidelidad en los contratos á fin de que el órden natural y social se mantengan y se eviten fraudes , injusticias y alborotos. En esos casos , pues , el hombre no se impone obligaciones en un sentido riguroso ; esto es , no las crea de por sí , ellas ya existian , él las abraza espontáneamente ; la ley es eterna , y él libremente somete sus hombros á su yugo.

Una de las facultades , de que se considera y siempre se ha considerado revestido el poder civil , es el derecho de vida y muerte. Este derecho inherente á la potestad política está fundado en la divina Escritura. *Si obras el mal , dice el Apóstol , teme ; pues no en vano lleva el principe la espada. Ministro es de Dios , vengador en ira contra aquel que obra el mal (15).* Pues bien : ese derecho de vida y muerte , como aparece del testo citado , no viene ni puede venir sino de Dios ; el principe que hace uso de él , solo como ministro de Dios puede ejercerlo. El hombre no tiene este derecho , y de ningun pacto suyo

podía resultar una facultad de que él carece con respecto á sí mismo y á los demás. Si él se quita ó hace quitar la vida es suicida, y homicida si la quita á otros. En la teoría pues de la *soberanía popular*, el hombre se suicidaría á sí mismo por órgano de la potestad civil, cuando esta le condenara á muerte : pues ella obra en todo caso en virtud de los derechos que aquel le hubiera cedido. Y ¿quién no vé lo horroroso de esa doctrina ? Los ejemplos que aduce Vigil para despojarla de ese manto de barbarie que la cubre, son insuficientes é inoportunos. ¿Acaso el naufrago que se arroja á la tabla que flota sobre las oleadas embravecidas para salvar su vida, se la quita ? ¿Por ventura en el inminente é inevitable peligro de fracasar la lancha en la tormenta á causa del peso de todos, el ofrecer algunos por convenio ó por suerte sus vidas con lanzarse al mar por motivo de caridad de que no perezcan todos, sería autorizar á otro hombre para que los mate ? Pero, *la sociedad debe tener en sí todas las facultades que sean necesarias á su conservacion, y entre ellas la de que hablamos*. Debe tenerla, pero delegada de quien la posee y puede darla ; y por cierto que no se la delegan sus individuos que carecen de ella con respecto á sí mismos y á los demás ; tanto aisladamente, como reunidos en sociedad ; pues es evidente que jamás la union de muchas carencias absolutas podrá formar una realidad existente, como jamás la aglomeracion de puros ceros podrá formar una cantidad real.

Bien : pero, *nadie negará á la sociedad el derecho natural de defensa propia que tiene. Un criminal es un enemigo que maquina contra su existencia ; y si todo individuo puede quitar á otro la vida en defensa de la propia, puede hacerlo tambien la sociedad*. Corriente : pero no siempre que el gobierno social quita la vida á los malhechores, lo hace en defensa de su propia existencia. A un reo convencido y arrepentido, ó reducido á la impotencia de dañar, se le quita la vida para satisfacer á la justicia ultrajada y á la vindicta pública. Mas, aun en caso de defensa ¿de dónde ha recibido la sociedad ese *derecho na-*

tural de poder quitar la vida á su agresor? ¿No emana de la voluntad de Dios, autor de la sociedad, que quiere su existencia? ¿No es una participacion ó ilacion de esa ley eterna, que *manda se conserve el orden natural y social, y prohíbe se perturbe*? Luego, aun en este caso de defensa propia el derecho de vida y muerte inherente al gobierno civil, ó jefe de la sociedad, no le es propio, sino delegado de Dios: y de consiguiente el sistema de la *soberanía popular* tropieza en otro escollo que le hace hundir y desaparecer.

Una filosofía sana jamás sabrá comprender cómo un mismo individuo puede ser á la vez y con respecto á sí mismo soberano y súbdito, legislador y vasallo; independiente con derechos de gobernarse, que no puede ceder, porque son naturales é imprescriptibles, y sin ellos, porque los ha cedido por un pacto. Y sin embargo estas son las bases fundamentales del sistema del pueblo soberano. Y á la verdad: en esta teoría cada individuo de la nacion es el que legisla é impone la ley á sí mismo, puesto que el legislador es su *representante*, es la personificacion del poderdante y que obra por el derecho que este le ha delegado, sin cuya delegacion no podria legislar; y bien sabido es el principio *qui per alium facit, per seipsum facit*: principio reducido á la práctica todos los dias, como por ejemplo, cuando uno contrae matrimonio por procurador, en que no es el procurador el que hace el enlace con la esposa y contrae las obligaciones, sino el poderdante. Luego, el individuo es el *legislador*, el *soberano*: Es tambien al propio tiempo y bajo el mismo respecto *súbdito y vasallo*, porque es á quien se impone la ley, quien queda atado con su vínculo, y quien la obedece: ni otro, segun esa teoría, podría imponérsela; porque todos los individuos son iguales, libres é independientes, y es evidente que un igual no puede poner una ley y dominar á otro igual, libre é independiente. Tenemos pues á un mismo individuo, á un tiempo y bajo el mismo respecto, soberano y súbdito, legislador y vasallo. ¿Y no es esto una paradoja chocante?

Las similitudes que pone Vigil de los religiosos reunidos en capítulo, de los obispos congregados en concilio y de los asociados en las congregaciones que en sus asambleas son legisladores, y fuera de ellas *súbditos*, sujetos á las leyes que ellos mismos han dictado, no producen identidad y nada prueban al propósito. Porque el concilio, el capítulo son personas morales, distintas, bajo cierto respecto, de cada uno de los individuos que lo componen, y revestidas de una autoridad superior, de que carece cada individuo considerado aisladamente; y por esto los individuos en el concilio y capítulo, como parte de la persona moral, son legisladores; y disuelta tal persona moral, ó fuera del concilio ó capítulo, no lo son, sino súbditos. Mejor diremos: cada individuo aisladamente en concilio ó capítulo no es legislador, sino solo el cuerpo entero del concilio ó capítulo, la persona moral, á quien únicamente se le ha conferido la autoridad de legislar; pues si uno ú otro individuo de esas corporaciones se separa de ellas, no desaparece por esto la persona moral: y de consiguiente esa persona moral revestida de autoridad superior es la *legisladora*, y el individuo que carece de esa autoridad es el *súbdito*. Digase lo propio de otras asociaciones. Si estas están revestidas de *autoridad* superior, la persona moral es la *legisladora*, y cada individuo separadamente el *súbdito*. Mas si tales asociaciones no están autorizadas por una *autoridad* superior, divina, eclesiástica ó civil legítima, no tendrán los asociados el derecho de legislar, sus resoluciones no tendrán la fuerza de un vínculo, y solo serán una suma de pareceres privados, á los cuales conformarse será libre á cada individuo; y si alguno espontáneamente da su palabra de conformarse á ellas, la obligacion de sujetarse vendrá, no de alguna autoridad que tenga la corporacion sobre el individuo, sino del juramento que se haya emitido, ó de la ley natural que prescribe el cumplimiento de la palabra dada, ó la fidelidad en los contratos, como queda explicado.

No procede así la cosa en la teoría de la *soberanía popular*. Segun ella, los soberanos y legisladores, sea cual se quiera la

forma de gobierno, son representantes de cada individuo del pueblo y obran únicamente con las facultades que cada uno les ha delegado, es decir, que los representantes hacen lo que debía hacer cada uno de los individuos de la nación: y como un individuo no puede dar leyes á otro, pues es igual á él; libre é independiente; y como el conjunto de individuos iguales, libres é independientes no crea en alguno de ellos superioridad ni autoridad sobre los demás, ni menos en el mismo conjunto, pues es claro que la adición no puede comunicar á la suma una naturaleza contraria á los sumados; y como los representantes no reciben otra autorización, divina ó humana, que la del individuo; y como en fin el delegado no puede obrar sino en nombre del poderdante y según su voluntad é instrucciones; se sigue, que el individuo es al propio tiempo y bajo el mismo respecto soberano y súbdito, legislador y vasallo de sí mismo; sujeto y no sujeto á sus leyes.

El otro enigma de esa teoría es: que los individuos de la nación ceden á sus jefes políticos los derechos de gobernarse, y se quedan con ellos á la vez; es decir, los ceden y no los ceden. Los ceden; pues sin ellos no quedarían los jefes autorizados para gobernarlos. Y no los ceden, porque queda siempre el pueblo *soberano*; puede quitar unos y poner otros; puede desechar, cuando le parece, sus leyes y mandatos; pues en tal hipótesis *los derechos del pueblo son imprescriptibles*.

De estos y otros absurdos que entraña el sistema de la *soberanía popular*, cual lo defiende el Sr. Vigil, que en poco se aparta en esta parte de la doctrina del *Contrato Social*, aparece su falsedad, y resalta sobre manera la verdad del dogma del *origen divino* del poder civil, que hemos defendido en el capítulo anterior. Todo se explica maravillosamente en este sistema. La *autoridad política* en su género es *divina*, viene de Dios, Soberano esencial del hombre: el *modo* de comunicarse esta autoridad es *humano* y vario, de que trata el derecho público civil. Al formarse las sociedades, en las circunstancias, en que haya desaparecido el gobierno legítimo y las leyes funda-

mentales y no están designadas la persona ó personas que á aquel hayan de reemplazar, ni trazada la forma con que se haya de proceder á la eleccion del nuevo gobierno; ó bien cuando esas mismas leyes fundamentales declaran que la eleccion de los jefes de la nacion debe ser popular, como de ordinario sucede en las monarquías electivas, y en las repúblicas ó gobiernos democráticos: en todos estos casos al pueblo pertenece no solo el derecho de eleccion, esto es, de designar las personas que han de hacerse cargo de la administracion gubernativa, sino tambien el de determinar cuál debe ser la forma de gobierno que mas le convenga, pues todo esto es de *institucion humana*. Mas así y todo, no es el pueblo quien confiere la *autoridad* ó el derecho de mandar á los funcionarios, sino Dios, mediante la eleccion; y él es quien crea en las conciencias de los individuos de la nacion el deber de estarles sometidos. Y he aquí el único sentido en que puede ser admisible el sistema de la *soberanía popular*; y he aquí á la vez un camino abierto y franco para llegar á la inteligencia de lo que son los representantes del pueblo en la forma de gobierno democrático. Se llaman *representantes del pueblo* los legisladores, porque representan todos sus intereses legítimos y esponen sus necesidades para procurarles una cumplida satisfaccion. Se llaman *representantes del pueblo*, porque sus asambleas legislativas pueden ser como focos en que se reunan todas las luces de la nacion que pueden contribuir á ilustrar las cuestiones sobre los negocios públicos. Se llaman *representantes del pueblo*, porque son ó pueden ser eco de sus quejas justas, vehículo de sus reclamaciones razonables, conducto de perenne comunicacion entre gobernantes y gobernados, garantía de acierto en las leyes, medio para hacerlas respetables y venerandas á los ojos de todos, y por fin unos atalayas, cuya presencia obligue al gobierno á tener fijas sus miras, no en su utilidad particular, sino en el bienestar y conveniencia comun.

De lo dicho en los capítulos presente y precedente dedúcen-se algunos corolarios de mucha importancia. 1.º Si bien los

principes y pueblos de comun acuerdo pueden variar las leyes fundamentales, quando al instalarse los gobiernos, ó al elegirse los principes hayan precedido entre los elegidos y los pueblos convenciones y pactos que formen la base de tales leyes; sin embargo, ni el príncipe por sí solo, ni el pueblo separadamente puede mudarlas; porque del mismo modo que en los contratos y convenciones humanas ordinarias las leyes de razon y justicia mandan que las partes contrayentes estén á las condiciones estipuladas; así tambien lo exigen en los tratados ó pactos entre principes y pueblos, que, en ciertos casos de hacer recaer sobre los primeros la eleccion, hayan estipulado los segundos. 2.º Mucho menos tienen los pueblos derecho de rebelarse contra los principes y gobiernos, y de deponerlos á su antojo, aun en los casos en que la eleccion sea popular. Porque así como antes de contraer matrimonio la doncella es libre de elegir este ó aquel jóven para marido, pero una vez contraido, no puede dejar de estar sometida á él de *derecho divino*; así tambien, aunque el pueblo sea libre de elegir este ó aquel príncipe, éstos ú otros jefes de la nacion en los casos en que las circunstancias ó las leyes fundamentales le confieren la eleccion; no lo es sin embargo, ni puede sin crimen insurreccionarse contra ellos, ni deponerlos de su mando á su capricho, pues los principes y jefes de las naciones, una vez elegidos legítimamente, reciben la *autoridad* de Dios, y de consiguiente se les debe de derecho natural y divino obediencia y respeto. 3.º Los principes y gobiernos deben regular su administracion conforme los principios de razon, de moral, de justicia y religion: deben respetar los derechos de vida, honra, hacienda, libertad y religion de los individuos de la nacion; por manera que sus disposiciones opuestas á ellos no serian *leyes*, sino *violencias* que ningún vínculo crearían en las conciencias; pues la autoridad se les da para la edificacion y no para la destruccion; para el bien comun y no para miras particulares y opresoras. 4.º La religion, el catolicismo no rechaza ninguna forma de gobierno, y para él tan sagrada es la

obediencia que se debe al rey mas absoluto y poderoso , como al presidente y magistrados de la república mas democrática y reducida , mientras uno y otros sean legítimas autoridades : pues S. Pablo habla en general de toda autoridad legítima , cuando dice : *Toda alma esté sometida á las potestades superiores ; porque no hay potestad que no venga de Dios : y las que están establecidas , por Dios lo han sido ; y de consiguiente el que resiste á la potestad , resiste á la ordenacion de Dios.*

¡Ojalá se hubiesen atendido en todas épocas esos clamores de la razon y de la religion ! No se hubiera visto á tantos pueblos ahogados en lagos de sangre : el despotismo jamás habria levantado su cabeza altanera ; la demagogia nunca hubiera salido de sus logias clandestinas á teñir en sangre humana la bandera de la revolucion y de la anarquía ; los príncipes y los gobiernos democráticos hubieran sido los padres de los pueblos , que estudiáran en hacerlos felices ; y los súbditos otros tantos hijos respetuosos y obedientes. Pero para desgracia de la humanidad se desoyeron las doctrinas del catolicismo : el protestantismo tocó alarma contra toda autoridad : para sacudir el yugo de las potestades legítimas y de las leyes se escogió una soñada soberanía popular : á la licencia , al libertinaje , á la disolucion se le dió el nombre de *libertad* : los corifeos de secta , como un Jurieu , un Richer , un Vigor , un Rousseau y otros , se encargaron de escudar con sus escritos la insurreccion contra los gobiernos legítimos ; y el pueblo , despues de haber aprendido de ellos á ser irreligioso , incrédulo ó indiferente , pasó á ser insolente , revolucionario , sanguinario. No hay remedio , si los hombres no quieren conocer y seguir las sendas de la verdad , de la razon y justicia , que les traza la brillante antorcha de la religion , su marcha será hácia el mas espantoso derrumbadero , su fin el desórden , la anarquía , el suicidio de la sociedad.

CAPÍTULO XV.

RELIGION DEL ESTADO.

QUIEN dijo que en la legislacion civil jamás debe hablarse de religion , porque creyó que la religion y la política son dos rivales , no solo no habló racionalmente , sino que pretendió una quimera en política. Tan léjos estamos nosotros de convenir con la idea del pensador novelero , que antes nos apropiamos la espresion de un sabio que dejó escrito : « la religion y el estado pueden parangonarse á los dos mellizos de Hipócrates , que juntamente nacen , y juntamente mueren. » Como no hay hombre sin razon , así no puede haber sociedad política sin religion ; y pretenderlo seria intentar fabricar un edificio sin fundamentos , y crear una persona con un solo ojo y este oscurecido , y con un solo pié , que no pudiera sostenerle ; de donde un paso que diera seria una caida mortal. La política es esencialmente el arte de gobernar los pueblos conforme á razon ; y la razon humana sin las luces de la religion , que traza el camino de la verdad y de la moral , ó mejor que son ellas mismas , seria esa persona tuerta y cecuciente que careceria de muchas luces de lo justo y honesto , palparia las tinieblas del error y tropezaria en los escollos de la tiranía y del despotismo ; seria esa persona imperfecta y defectuosa , incapaz de conducir a la sociedad por las sendas de la equidad al estado de felicidad , que es su centro normal. Por lo contrario , basada la política sobre la religion , regulada al nivel de sus preceptos , guiada por su luminoso faro de verdad y justicia , escogerá los medios mas oportunos al fin de su institucion , trabajará felizmente en formar una sabia legislacion , esta procurará á

la sociedad el bienestar moral, y la moralidad la hará feliz.

Bastaria dar una rápida ojeada á la historia para conven- cerse de esta verdad. ¿Qué fueron en tiempo del paganismo, antes del advenimiento del cristianismo, el individuo, la fa- milia, la sociedad, los gobiernos? El individuo un esclavo condenado á cadenas; en la familia el amo lo era todo, los domésticos nada, la mujer cual sierva asalariada y envilecida, los familiares unos jumentos gobernados á punta de palos; la sociedad sin moral, sin nociones exactas de religion, sin ideas de lo justo y honesto, ora se encenagaba en el lodazal de bes- tiales placeres con punible quebrantamiento de los deberes matrimoniales, domésticos y civiles, ora rebosaba de loca ale- gría en los juegos públicos al frio espectáculo de ver perecer á centenares de hombres luchando entre sí, ó con feroces ani- males: ora entusiasmada de un fanatismo supersticioso se la veia inmolar á asquerosas deidades su pudor, la vida y los ob- jetos mas caros del corazon paternal, los propios hijos; ya gemia oprimida bajo la mano de hierro de un déspota; ya se levan- taba furibunda de su postracion para asesinar á cuantos que- rian gobernarla, y envolverse en el caos de la anarquía: las constituciones políticas eran un conjunto de artículos oscuros, imperfectos, que no solo no tenian fuerza para contener los desbordamientos del furor popular, procurar el orden y labrar la felicidad, sino mas bien eran un gérmen de discórdias in- testinas, un escudo de la tiranía, una garantía de las injusti- cias, tocando algunos de ellos á la raya de la barbarie. Y ¿qué diremos de los gobernantes? El mas fuerte, mas audaz y mas ságuinario era el que se sentaba en el trono; descono- cianse los derechos de legitimidad, legalidad y justicia; la voluntad despótica de uno ó muchos hombres era la suprema ley de las naciones; el egoismo y la ambicion escudada de la fuerza brutal eran la razon de la administracion pública, que pisoteaba los derechos individuales y civiles, y anonadaba las sociedades. Dígase lo propio de las naciones en que se desco- noció la religion cristiana despues de su aparicion: por mane-

ra que esas naciones fueron más ó menos civilizadas á medida que llegaron á dominar en ellas las ideas del catolicismo. Bastaría esto para quedar probado que esta religion santa, reguladora y únicamente verdadera; tiene *derecho* á ser ley fundamental de todas las naciones, y que todo gobierno tiene un *deber* de sancionarla tal. Mas para mayor claridad es menester desarrollar esos principios y robustecerlos.

El Sr. Vigil y varios publicistas, particularmente protestantes, han indagado y aun clasificado las facultades y derechos de los príncipes y gobiernos con respecto á la nueva religion, que se intente introducir en sus estados (1). Tal proposicion ó tentativa, que, hablándose de una religion falsa podria ser razonable, pasa á ser estravagante y ridícula al tratarse de la religion verdadera. Esto es lo mismo que indagar cuáles sean los derechos de los príncipes y gobiernos acerca de la Divinidad; cuáles las facultades de la criatura sobre el Criador. Y ¿cuál filósofo ha soñado jamás autoridad en el hombre sobre el Ser Supremo? ¿cuál ha intentado circunscribir sus altas facultades? ¿cuál imaginar en la criatura derechos de poner óbice á la ejecucion de sus soberanos decretos? No: los príncipes, los gobiernos no hacen una gracia á Dios con aceptar su religion, ni el recibirla es una cosa de suyo indiferente: Dios es el que dispensa un beneficio inapreciable á las naciones y á sus soberanos con revelarla é introducirla en su territorio. La verdad no se recibe de gracia sino de justicia y sin condiciones; y de ella, mejor que Vigil de la opinion, diremos nosotros: *la verdad es la reina del mundo*. Constantino y Clodoveo no pactaron con Dios el grado de autoridad que intentaban conceder á sus representantes, los apóstoles del Evangelio, en sus territorios: se sometieron á sus leyes y á las de la Iglesia sin restricciones, porque el individuo, la nacion, el príncipe ó gobierno, cualquiera que sea, no tienen *derechos* sobre la verdadera religion, sino deberes, y deberes tales que jamás serán susceptibles de la menor relajacion.

Y ¿cuáles son los deberes del soberano y de la nacion con

respecto á la religion verdadera ? El gobernante puede considerarse bajo dos aspectos , como individuo privado , y como revestido de la autoridad suprema sobre la nacion . Los deberes como individuo privado con respecto á la verdadera religion son los mismos que tienen todos los individuos de la nacion ; á saber , deben abrazar la verdad propuesta y suficientemente conocida , y obedecer al mandato de Dios debidamente intimado , pues que jamás es lícito rechazar la verdad conocida , ni oponerse al mandamiento de Dios suficientemente manifestado . *Dije verdad conocida y mandamiento suficientemente manifestado*, porque claro es , que tanto el gobernante como individuo y soberano , como los individuos de la nacion ; no tendrán un deber de abrazar la doctrina propuesta , hasta que se les declare verdadera , ni de observar el mandato de Dios hasta que se les pruebe tal . Y este es el único caso , en que tiene cabida la doctrina del Sr. Vigil de que , si la predicacion de la nueva doctrina , aunque sea la verdadera pero ignorada , perturba el órden público , puede el gobernante tomar medidas prudentes para evitar disturbios , y aun tiene derecho , como lo tiene tambien todo individuo , de exigir á los nuevos apóstoles pruebas de su divina mision , pues en este caso pueden ser considerados como predicadores de otra secta cualquiera . Y por esto decimos que fué muy comedida la respuesta del rey Etelberto á S. Agustin , apóstol de Inglaterra , al arribar á esas islas y darle parte de su mision , de que « permaneciese en Thānet mientras él deliberaba acerca de la resolucion que debia tomar ; » y muy razonable la contestacion que le dió otro dia , habiéndole admitido con sus compañeros á su presencia , en que le dijo : « vuestras palabras y promesas son ciertamente buenas , pero nuevas é inciertas ; mas como habeis emprendido un viaje tan penoso por amor á mí , segun decís , no permitiré que seais molestados , ni os impediré que prediqueis á mis vasallos . » Por cuya predicacion se cercioró el rey de la verdad de la religion católica que le anunciaron los misioneros , la abrazó , trabajó para que la recibiesen sus va-

sallos, hasta llegar despues á ser religion de aquel estado.

No se debe discurrir de la misma manera con respecto á los predicadores de esa verdadera religion. Ellos se hallan autorizados por el Hombre-Dios, á quien se le cedieron en herencia por su Eterno Padre, dueño absoluto del universo y de todas las criaturas, todas las naciones con sus habitantes, soberanos y súbditos, para predicar el Evangelio en todo el mundo, á toda criatura, á todas las gentes, aun á despecho de las resistencias, órdenes y mandatos de los soberanos y gobiernos; y sin que hubiese de arredrarles el temor de la muerte, á que estos los pudieran condenar como perturbadores de la paz. *Nolite timere eos, qui occidunt corpus.* De consiguiente los representantes del divino Fundador de la Iglesia, los predicadores evangélicos legítimamente autorizados, tienen el deber de llenar su mision, deben anunciar la verdadera doctrina á los que la ignoran y aun la repugnan; y si las potestades del siglo pretenden ponerles obstáculos, si les intiman un mandato prohibitivo, ellos no deben arredrarse, no deben desistir de la empresa, sino contestarles como los apóstoles del Señor á las autoridades de Jerusalem: *Juzgad vosotros mismos si debemos obedecer á los hombres antes que á Dios.* Y si el Dr. Vigil hace cargos á los ministros de Dios de la perturbacion de la paz y disturbios que accidentalmente se hayan seguido de su predicacion, menester es que los haga primero á Jesucristo por los que se siguieron de la suya; que los haga á los apóstoles por los que se originaron de la propia; que los haga á tantos varones santos y llenos del Espíritu Santo, que murieron martirizados en manos de las potestades mundanales por imitar en esta parte á su divino Maestro y á sus discípulos. Cuando de una causa inocente ó inculpable se originan graves daños, estos no recaen sobre la inocencia, sino sobre la malicia ó voluntad ajena, que de una cosa inocente y santa tomó motivo de obrar injusta ó imprudentemente. Quien da á otro ocasion inoportuna ó culpable de obrar injustamente, este es reo de injusticia; y no quien pone un motivo justo y santo, del cual

otro por su mala voluntad ó imprudencia toma ocasion de obrar injustamente. Y éste es el sentido legítimo de la doctrina de Sto. Tomás que cita Vigil, y no el que le da este señor, quien con ella hace á todos los santos mártires, á los apóstoles y al mismo Jesucristo reos de pecado (2). La prudencia de los predicadores evangélicos dirigida por las luces del Espíritu Santo que no les faltarán en el tiempo oportuno, sabrá discernir cuando sea necesario desistir de la predicacion para evitar *una persecucion mas violenta contra los cristianos*, ú otros mayores males.

Estrañamos que un doctor como Vigil, que se precia de católico y hace alarde de su erudicion, niegue tan espresamente á los demás predicadores la facultad dada por Jesucristo á sus apóstoles y discípulos de predicar el Evangelio á las gentes sin atender á la resistencia de las potestades del siglo, porque no traen el don de hacer milagros y las virtudes apostólicas: y que lo que ordenó el Hombre-Dios en la fundacion de su Iglesia deba aplicarse sin diferencia á todas las predicaciones (3). Es decir que, segun ese señor, los obispos y los predicadores sus delegados que no tienen el don de hacer milagros, ni la perfeccion de las virtudes apostólicas, no son sucesores de los apóstoles en la predicacion, ni tienen facultad de anunciar el Evangelio á las gentes que le ignoran. Es decir, que la fundacion de la Iglesia, segun ordenacion del Hombre-Dios, y su propagacion debian terminar con el fallecimiento de los apóstoles. Es decir, que nosotros y todas las naciones, que no recibieron el Evangelio de la boca de los apóstoles, no somos legítimos cristianos. Es decir, que Jesucristo faltó en no dar á todos los sucesores de los apóstoles el grado eminente de las virtudes apostólicas para que su palabra de que la Iglesia habia de durar hasta la consumacion de los siglos, tuviese cumplimiento. Es decir... ; Cuántas fatales consecuencias, cuántos absurdos no se deducen de unas palabras escritas por una pluma dirigida por un pensamiento dominante! El don de hacer milagros no es requisito esencial para el ministerio de la pre-

dicacion, ni gran parte de las conversiones de pueblos idólatras se han realizado por predicadores que lo poseyesen. La brillantez de la verdad; los caracteres divinos y resplandecientes de la religion cristiana, y sobre todo la fuerza prodigiosa y omnipotente de la divina gracia que se comunica por el órgano de la predicacion legítima, son bastantes para disipar las mas densas tinieblas de la infidelidad y herejía, y formar de duras piedras hijos de Abrahan. Pero volvamos á nuestro asunto.

Probado que todos los individuos de las naciones, incluso los mismos príncipes como personas privadas, tienen el deber de abrazar la religion verdadera tan luego como la conozcan tal, supóngase que, al predicárseles, solo la minoría de la nacion con su príncipe la abraza, y la mayoría por ignorancia ó malicia permanece en sus errores: ¿cuál será el deber del gobernante en este supuesto? Como la verdad conocida se merece todo respeto, consideracion y protección, pues jamás se puede dar el caso de que haya un motivo justificado de ultrajarla ó desecharla; como en todo tiempo y ocasion se han de preferir los intereses de Dios á los de los hombres, los eternos á los temporales, los mandatos divinos á los humanos, el príncipe ó gobierno está en el deber de protegerla; debe conceder á la minoría un ejercicio de su verdadera religion mas ó menos público en cuanto es compatible con la pública tranquilidad; debe permitir que sea enseñada á los otros individuos de las sectas, mientras no se use de coaccion, y debe en fin impedir á estos el oponerse á tal enseñanza ó causar daño alguno á los secuaces de la verdad.

Mas si el número de aquellos que han conocido la verdad es el mayor, entonces la verdadera religion pasa á ser religion dominante, y la mayoría de la nacion no solo tiene el derecho de profesarla en paz y en paz, y de llamar á sus ministros para que la enseñen paladinamente; sino tambien de reclamar á su favor la proteccion de las leyes. Este es propiamente el caso en que el príncipe ó gobierno está obligado á protegerla abierta y directamente, á respetar la integridad de sus derechos, y á pro-

fesarla de aquel modo que ella prescribe, por las razones que luego aduciremos. Sin duda que ni el gobernante, ni la mayoría que haya recibido la verdadera religión, podrá valerse de medios violentos ó usar de coacción para inducir á la minoría á que la abrace; puesto que ni uno ni otros tienen autoridad sobre los actos de la conciencia ajena, y Dios ha puesto ante el hombre la vida y la muerte para que escoja lo que quiera. Sin embargo, el gobernante tiene el deber de tomar todas las medidas prudentes para remover, sin entrar en el santuario de la conciencia ajena, toda esterilidad que sirva de embarazo al desarrollo de la verdad, al progreso de la civilización social y al ejercicio de los derechos de la mayoría, aunque sea con algún perjuicio de la libertad de los menos que en este caso dejaría de ser razonable y justa. Y he aquí la oportunidad de alegar las razones que prueban el derecho que tiene la religión católica, única verdadera, de ser recibida como ley fundamental de las naciones, y el deber de los gobiernos de declararla tal.

El primer código, que debe hacer observar todo príncipe y gobierno civil, es el de la ley natural grabada en el corazón del hombre, porque ella es el fundamento y el vínculo de la sociedad, la garantía de la paz, el gérmen fecundo del orden, la regla de la justicia, el manantial de las prosperidades positivas y la norma á que debe nivelarse toda ley humana que mira al bien común; por manera que la ley civil, que no sea conforme ó se oponga á esa ley de la naturaleza, será una arbitrariedad despótica, una violencia, una tiranía. En esto convienen todos los jurisperitos, sin escluir á los protestantes: «De esta ley (ha dicho uno de ellos en apoyo de esta verdad) es de la que habla tan frecuentemente Cicerón en sus escritos, no solamente con todo el brillo y toda la abundancia del arte oratorio, sino con la sensibilidad del hombre de bien, á la que se agrega la gravedad y concisión de filósofo: *Hay ciertamente una ley verdadera, palabras de Cicerón, la recta razón, conforme á la naturaleza, difundida en todos, constante y sempiterna, que llama á la raya del deber mandando, y prohibiendo aleja del frau-*

dé: De esta ley á nadie le es lícito abrogar ó derogar cosa alguna porque es inalterable. Ni por el senado; ni por el pueblo podemos ser dispensados de ella: ni háy quien pueda modificarla ó interpretarla. Ni una debe ser su observancia en Roma, y otra en Atenas; una ahora, y otra despues; sino que esa ley sempiterna é inmortal debe contener á todas las gentes y en todo tiempo, pues Dios comun maestro y emperador de todos es el inventor árbitro y promulgador de esta ley, y quien no se somete á ella degrada la naturaleza de hombre, y por esto mismo tendrá que llevar grandes penas, aunque pudiera evadir todo otro suplicio establecido (4). Ahora bien, el primer artículo de esa ley eterna es que se rinda á Dios, Criador y supremo Dueño de todas las naciones y de sus soberanos, no solo un culto interno y privado, sino también un culto esterno y público, puesto que no menos las sociedades con sus jefes, que los individuos en particular reciben señalados beneficios de su liberal mano; y tanto aquellas como estos deben dar pruebas de reconocido agradecimiento y humilde vasallaje á su soberano Autor y benéfico Conservador; y este culto debe ser; no aquel que escogiten los hombres y pueda desagradar á la majestad y santidad del Dios que adora; sino un culto puro; santo; majestuoso, digno de la Divinidad á quien se rinde, aquel en fin que el mismo Dios se ha dignado revelar. ¿Y cuál es este culto, sinó el católico? Luego, el catolicismo tiene derecho á ser declarado religion de las naciones; y los príncipes y gobiernos por ley natural un estricto deber de profesarlo y sancionarlo por ley fundamental de sus estados.

La misma sociedad exige imperiosamente esa sancion como un elemento de su conservacion. No hay en moral y en politica un axioma mas evidente. Cualquiera sociedad de hombres racionales debe exigir de sus individuos esa nocion clara, y debe ponerla por base de toda legislacion. Quítese ó oscurezcase esa nocion, y la sociedad no será mas que un grupo desordenado é informe de hombres ignorantes y brutales, sin ley y costumbres. Con efecto; una sociedad de ateos, deístas, materialistas

y de otros hombres irreligiosos es un sueño filosófico, que jamás será posible realizarlo fuera de la imaginación delirante de un entendimiento insano y de un corazón pervertido, porque jamás será posible formar una sociedad de una sola persona, de un solo *yo*. Pues bien, esta es cabalmente la sociedad de hombres irreligiosos, una sociedad de una sola persona, de un solo individuo; en ella el egoísmo lo es todo; divinidad, moral, bien público, leyes, autoridad, todo se identifica con el frío *yo*, todo es sinónimo con el egoísmo. Así lo han enseñado los maestros de la incredulidad. «Conviene, dice Biderot, referirlo todo á nosotros mismos, y pensar que todo fué hecho para nosotros, y que todo sin nosotros sería inútil (5).» «La virtud, escribe el autor del *Sistema Social*, es la disposición de hacer lo que es necesario para la felicidad de nuestros semejantes en vista de nuestra propia felicidad, cuya idea jamás puede separarse de nosotros mismos (6).» Lo propio afirmaba Helvecio: «El interés personal, decía, es el único y universal apreciador de las acciones humanas, y por esto la probidad, con respecto á un particular, no es otra cosa que la habitud de las acciones personalmente útiles á este particular (7).» Ahora pues ¿cómo será posible una sociedad basada sobre tales principios?

Sin embargo, la incredulidad quiso plantificarla; y Robespierre, aquel monstruo de sangre y horror, en los arrebatos de su impiedad aventuró á fines del siglo pasado establecer un gobierno sobre las bases del racionalismo y sobre las ruinas del Ser Supremo. Pero, para fortuna de su nación, fueron bastante cuerdos los franceses para no poder ilusionarse á lo menos por largo tiempo. La experiencia de pocos meses les bastó para conocer que el filósofo se había lisonjeado inútilmente. Con todo, para no retractarse de sus máximas, pues á ciertos filósofos les es imposible retractarse, pasó á la teoría ridícula de una divinidad provisoria; es decir, propuso una divinidad precaria, pero necesaria para fijar algunas ideas de moral, hasta tanto que la soñada perfectibilidad del hombre lo condujese á poder ser social, virtuoso, morigerado y tranquilo sin

necesidad de una religion y de un Dios. Y como este simulacro social no podia amoldarse al gusto comun , bosquejado solamente por la pluma inculta y grosera de Robespierre , se encargó la filosofia seductora de cubrir su desnudez , y fué el demasiado famoso Condorcet , quien procuró darle vivos colores y adornarle con todo el lujo geométrico , hasta casi llegar á fijar la época precisa , en que la sociedad habria podido ser virtuosa y feliz sin divinidad y tal vez sin moral. Pero la farsa concluyó , despues de haber atravesado torrentes de sangre , y el desengaño hizo patente lo que son los esfuerzos impotentes de una razon exallada.

He aquí demostrado que el hombre no puede renunciar la existencia de Dios y la religion que con él lo enlaza , sin renunciar á sí mismo , á su razon y á los deberes con sus semejantes ; no puede rechazar la religion católica sin declararse enemigo de la sociedad. «Esta religion , dice doctamente el Sr. Bonald , debe ser la razon de toda sociedad , porque fuera de ella no puede hallarse la razon de algun poder , ni de algun deber : y de consiguiente debe ser la constitucion fundamental de todo estado social. La sociedad civil debe ser compuesta de la religion y del estado , como el hombre racional es compuesto de inteligencia y de órganos. El hombre es una inteligencia que hace servir á sus órganos para el fin de su bienestar y de su perfeccion. La sociedad civilizada no debe ser otra cosa que la religion , que hace servir á la sociedad política para la perfeccion y el bien del género humano. Si la constitucion del poder político funda su razon en la religion , que nos lo presenta como un ministro de la diuinidad , *minister Dei in bonum* , la administracion política tendrá su regla en la moral ; y entonces la mas perfecta sociedad será aquella , en la cual la constitucion sea la mas religiosa , y la administracion la mas moral. Debe pues la religion constituir el estado ; y es contra la naturaleza de las cosas , que el estado constituya la religion.»

En toda sociedad son necesarias las virtudes y las leyes , porque de ellas depende la tranquilidad y la seguridad del es—

tado, y porque son un germen fecundo de su perfectibilidad y felicidad, fines sublimes de toda corporacion social. No hay político, no hay filósofo, que no acate esta verdad, y no confiese que las virtudes y las leyes son las dos ruedas, con que el carro social marcha con seguridad al logro de la felicidad presente y futura. Desaparezcan las virtudes, y de contado se desmorona todo gobierno, y la sociedad se convierte en una horda de hombres rapaces, violentos, crueles, traidores, injustos, insubordinados, asesinos. Quitense las leyes, y vereis á los ciudadanos virtuosos perseguidos, al vicio en triunfo, al estado en anarquía. Son pues necesarias las virtudes y las leyes para la felicidad y seguridad de la sociedad. Mas antes de formarse las leyes para el pueblo, es preciso formar el pueblo para las leyes: porque, como dice Maquiavelo (8), así como para mantenerse las buenas costumbres son necesarias buenas leyes que las defiendan; así también las leyes tienen necesidad de buenas costumbres y virtudes para ser recibidas, mantenidas y respetadas. *¿Quid leges sine moribus*, preguntaba Horacio, *vane proficiunt* (9)? ¿Donde germinan las buenas costumbres, sino en el campo de la religion? ¿Quién planta y cultiva la semilla de las virtudes, sino los obreros divinos, los ministros del culto? Es pues evidente que la religion es necesaria para que el ciudadano sea virtuoso, se respeten las leyes, no se hunda la sociedad. Luego, el ciudadano, la política, la sociedad tienen el deber de adoptar la religion como fundamento de su existencia, y todos el derecho de exigirla en sus jefes, que están encargados de su gobierno. Ahora bien, adoptar una religion falsa seria una imprudencia y un crimen, porque seria vulnerar los derechos de la verdad, insultar al Autor de ella y entronizar la mentira, el desorden y el vicio: y preferir una religion perjudicial al bien público es una injusticia, porque es violar los derechos sociales, es zapar su existencia: una religion falsa es la que perjudica al bien público; porque autoriza la mentira, el fraude, las intrigas, las injusticias, el desorden; luego, la sociedad y sus jefes deben san-

cionar como dominante ó cual ley del estado la religion únicamente verdadera , que produzca y mantenga esas buenas costumbres, establezca y perfeccione esas bellas virtudes, destierre el vicio , intime la observancia de las leyes, dé á estas la fuerza y vigor necesario, y haga al pueblo feliz. La religion católica es esa religion únicamente verdadera ; ella y sola ella puede producir esos felices efectos; luego, ella y sola ella debe ser sancionada por la nacion y sus jefes como ley fundamental del estado.

Jamás Ciceron dijo una verdad mas práctica, que cuando escribió estas palabras : *Las leyes humanas , sean preceptivas , sean prohibitivas , no bastan para inducir á los hombres á obrar el bien y retraerlos de las operaciones ilícitas* (10). Persuadidos de que todos nacen iguales y que ninguno en razon de origen puede pretender superioridad sobre otro, no saben comprender cómo puede haber alguno que tenga derechos de circunscribir legitimamente su libertad natural ; no saben , ó no quieren reflexionar, que todos los hombres , esceptuado el primero, nacieron en sociedad ó doméstica ó civil , y por esto sujetos á estas autoridades establecidas por Dios. De aquí es que gustosos llaman á exámen todas sus acciones y juzgan de ligero hallar razones aparentes para sustraerse de su dominio : arrebatados por otra parte del ímpetu de las pasiones pujantes , envalentados por el ánimo que inspiran el mal ejemplo y la seducción, y lisonjeados de poder evadir las penas establecidas ó sobreponerse á quien les contrarie sus planes , explotan revoluciones y cometen mil crímenes. ¿ Quién pondrá un dique á esta inundacion de males ? ¿ Empuñareis la espada , cargareis el cañon para disipar , matar , destruir ? Entonces acabareis con la sociedad , cuando tratabais de hallar un remedio para salvarla. Prosigamos : no solo en la nacion pueden suscitarse disturbios , sino tambien pueden originarse desavenencias entre un estado y otro estado , entre una república y otra república. ¿ Quién será el juez que los contenga ? ¿ qué leyes humanas prevendrán esas colisiones ? Mas todavía : los legisladores , los gobiernos se creen

de ordinario exentos de las leyes que promulgan. En tanto esas leyes pueden retraer á los individuos de un estado de delinquir, en cuanto la sancion ó pena impuesta á los transgresores puede ser un mal que los atemorice. Pero la pena legal no es siempre para aquellos que gobiernan y tienen la fuerza en la mano. ¿Quién pues castigará las injusticias y los desmanes de los príncipes y gobernantes? ¿Quién pondrá coto á sus procederres ilegales? Por fin : con harta frecuencia se escogitan cien maneras y se encuentran mil pretextos para eludir la fuerza de las leyes ó interpretarlas : hay además infinidad de delitos que se escapan de la vigilancia política. En todas esas eventualidades ¿bastarán las leyes humanas para impedir los crímenes, precaver los desórdenes y salvar la sociedad?

No : la religion, y sólo la religion católica es la que puede, si no impedir todos esos males, á lo menos minorarlos en gran parte. Ella presenta al delincuente el Ser Supremo cual inexorable juez de vivos y muertos, de cuyas manos nadie se escapa, que con la fiel balanza en la izquierda y la espada vengadora en la derecha observa en todo tiempo las acciones del hombre y sondea hasta lo mas profundo de sus pensamientos y deseos. Ella le muestra con el dedo el destino de felicidades eternas preparadas al cristiano virtuoso, y le señala la sima de perpetuos males ; á que corre á despeñarse el que sigue las veredas de la iniquidad ; á cuya vista el hombre reconoce sus estravíos, retrocede de las sendas de maldad, refrena sus pasiones, acata sus deberes y confiesa que, no á la voluntad ajena, sino á su propio interés sacrifica su libertad con la sumision. Ella, la religion católica, es la que dice al libertino : « la libertad de obrar el mal no es libertad, sino licencia que jamás quedará impune. Toda alma debe estar sometida á las potestades superiores, porque no hay potestad que no venga de Dios, y las que son establecidas, por él lo han sido. Quien resiste á la potestad legítima, resiste á la ordenacion de Dios, y adquiere para sí la condenacion. Un juicio durísimo se ha de hacer contra quien preside en el estado no con arreglo á la equidad, á la

justicia y á la razon. Naciones, guardad fielmente vuestros tratados consagrados con la invocacion veneranda de mi santo nombre. El juramento es un vínculo indisoluble de fidelidad. Quien lo quebrante incurrirá en las venganzas de aquel, que sentado en su trono celestial arroja una mirada de indignacion sobre la tierra, y la hace temblar: » Bien se echa de ver pues de lo dicho la obligacion de los gobiernos de dar á sus leyes ese apoyo, ese vigor religioso, sin el cual muchas veces ellas serian ilusorias.

Todos los legisladores han convenido en esta verdad, que la religion es la base del edificio social, y que sin ella ninguna sociedad puede subsistir. Dracon, Solon, Arquitas, Licurgo, Jenofonte, Platon, Minos, Pitágoras, Numa, Menetete, Zaleuco, Coronda, Zeemolxis, Zatrauste, Mida, Confucio, Amasi, Osiride, Manco-Capac y otros fundaron así sus estados y repúblicas. La opinion misma de aquellos que soñaron ser la religion una máquina inventada por los legisladores para mantenerse en pacífica posesion de su poder, es una prueba inconcusa de su universal consentimiento acerca de la influencia de la religion en el orden social. Todos los pueblos, aun los mas incultos y que carecieron de legislacion regulada, convinieron en este principio. « Recorriendo el universo, dice Plutarco, se hallarán ciudades sin murallas, sin letras, sin rey, sin casas, sin haberes, sin monedas, sin escuelas, sin teatros; pero una ciudad sin templos y sin dioses... ni se vió, ni se verá jamás. Es mas fácil fabricar una ciudad sin fundamentos que formarla sin creencia en los dioses (11). » Ahora, ó la historia nos engaña cuando enseña que no hay ni ha habido pueblos ni gobiernos sin religion, ó dice la verdad. Si dice la verdad, es legitima la consecuencia de que los pueblos y gobiernos han juzgado que la religion era un elemento necesario, aun para la conservacion de la sociedad y para un buen régimen político; y de consiguiente el consentimiento del mundo entero en la materia que tratamos no es un problema, pues es imposible que todo el mundo se haya engañado en una materia tan práctica. Si nos

engaña, tenemos un argumento ineluctable para probar que los progresos del desarrollo social son á proporcion de los progresos de la religion ; porque la historia misma es la que nos hace saber , como observó Bossuet , que los pueblos sin religion son tambien pueblos sin política , sin sujecion y enteramente salvajes (12).

Vengan á confirmar nuestro aserto los políticos y filósofos. «Es indudable, decía Ciceron , que quitada la religion hácia los dioses , desaparecería del género humano la buena fe y la sociedad , y la escelentísima virtud de la justicia (13).» Todos los mejores publicistas protestantes Grocio , Puffendorf , Warburton , Vattel , Mably , Carli , Biefeld y Ferrand enseñan de consuno que la religion es uno de los dos vínculos de la sociedad y mas fuerte que el de las leyes ; que por ella principalmente se alcanza la felicidad de los estados ; y que los gobiernos deben sancionar por ley la religion de la mayoría (14). El general Washington en el discurso elocuentísimo sobre la necesidad de la religion , que pronunció al hacer la dimision de la presidencia de los Estados Unidos de América en 1796 , se espresó en estos términos : «La religion y la moral son las bases de todas las disposiciones y habitudes que procuran el bien político ; y en vano exigiria los elogios debidos al patriotismo quien intentase desquiciar esos dos grandes apoyos de la felicidad humana , esos dos guias del hombre y del ciudadano. ¿Y cuál sería la seguridad de la propiedad , de la reputacion y de la vida , si el sentimiento de la obligacion religiosa no fuese unido y vinculado con los juramentos , que son uno de los cimientos de las decisiones en los tribunales? *Y concluyó diciendo* : la razon y la esperiencia no permiten lisonjearnos de que la moral pueda tener la fuerza que le es propia sin los principios religiosos (15).» Con mas precision ha dicho recientemente Fritot : «La religion y el derecho civil y penal son consecuencias de los principios elementales del derecho público , y al mismo tiempo medios naturales de que las sociedades y sus legisladores se han servido y todavía deben servirse para

asegurar la ejecucion de estos principios (16).» Quizás con mas exactitud hubiera dicho este publicista , que la religion, mas bien que consecuencia , es un principio elemental del derecho público , pues que el derecho público , político y de gentes no son otra cosa que el derecho natural que establece relaciones, derechos y deberes reciprocos entre cada hombre y el pueblo , y entre diferentes pueblos y naciones ; y el culto y la moral , que son partes esenciales de la religion , son principios elementales del derecho natural. Tan estricto , pues , es el deber de los gobiernos de fundar su política sobre la religion, cuanto el de establecerla sobre los principios elementales de derecho público, político y de gentes.

¿Qué dijeron por fin sobre el particular los filósofos modernos que adolecian de ateismo ? Oigámoslos. *Espinosa* : es mejor que el pueblo cumpla sus deberes por devoción que por temor. *Bayle* : la sociedad no existe sin el vínculo de la religion , y jamás los súbditos son mas obedientes que cuando al propósito interviene el ministerio de la divinidad. *Hume* : no tengo por buenos ciudadanos ni buenos políticos aquellos que desechan las relaciones religiosas con Dios , porque quitan á los hombres el freno de sus pasiones , y abren la puerta á las infracciones de las leyes , de la equidad y de la sociedad. *Voltaire* : es absolutamente necesario que la idea del Ser Supremo , criador, *gobernador*, remunerador y vengador sea esculpida profundamente en los ánimos de los hombres de todo el mundo. *Diderot* : la religion ha de ser la primera leccion , y la leccion de todos los dias. *El autor del sistema de la naturaleza* : fuerza es recorrer á los establecimientos , á las leyes , á los cultos públicos y á los sistemas uniformes de la religion para mantener el orden , de tal manera que paulatinamente la moral y la política vengán á ligarse con el sistema religioso. *Rousseau* : no se fundó jamás estado , á que la religion no le sirviese de base.... Importa mucho al estado que cada ciudadano abrace la religion que haga amar y cumplir sus deberes. *Maquiavelo* : la religion es causa de la grandeza

de los estados , así como el desprecio del culto divino es origen de su ruina. *La Enciclopedia*: la religion es tan necesaria para el sostenimiento de la sociedad humana , que es imposible , como lo han reconocido paganos y cristianos , que la sociedad pueda subsistir sin admitir una potencia invisible que gobierne los negocios del género humano. *Mirabeau*: confesamos á la faz de todas las naciones y de todos los siglos , que Dios es tan necesario al pueblo francés , como la libertad á los pueblos ; y por esto plantamos la augusta señal de la Cruz en la cima de todos los departamentos : no se nos impute á delito el haber agotado el último recurso para levantar el orden público. *Lalande*: la religion es necesaria , aunque no fuese mas que un establecimiento político. *Napoleon*: la esperiencia de diez años me ha enseñado ser necesaria una religion para el bienestar de todo gobierno ; y la historia de diez y seis siglos me ha convencido que la religion católica es la única que mas convenga á la Francia y que pueda hacer felices á los franceses. En una alocucion á los párrocos decia tambien : «He deseado veros aquí reunidos para tener el placer de espresaros mis sentimientos con respecto á la religion católica , apostólica , romana. Persuadido que esta sola es la que puede formar la verdadera felicidad de cualquiera sociedad bien sistematizada y que puede consolidar las bases de todo buen gobierno , os aseguro que en todo tiempo y por todos los medios seré siempre su protector y defensor (17).» Así se espesaron tambien todos los soberanos sabios de la culta Europa desde Constantino , y todos sus políticos sensatos.

Tenemos , pues , probado por la razon y por la autoridad , que la religion verdadera , que es únicamente la católica , tiene derecho á ser declarada por ley religion de las naciones , y que los príncipes y gobiernos por derecho natural , de gentes y político tienen el deber riguroso de sancionarla ley fundamental de sus estados , porque *deber* es de la política establecer por fundamento de sus constituciones un elemento ó principio , que es la base de la sociedad , el eje de la má-

quina gubernativa , el apoyo de sus leyes , el semillero de la moral pública y privada , el vínculo del orden , el gérmen de la felicidad presente y la seguridad del género humano. Y decimos que sola la religion católica , única verdadera , es la que tiene ese derecho , y los gobiernos ese deber con respecto á sola ella ; porque la falsedad no tiene derechos , ni hay deberes para con ella ; y las demás religiones , incluso el protestantismo , no son religiones , porque la mentira es nada y algo menos de nada , ni es capaz de llenar esos grandes objetos de la mision de la religion al mundo , como veremos en otro capítulo.

¿Será cierto que en la divina Escritura no hay un mandamiento que cree un deber en los príncipes y gobiernos de proteger y defender la religion de Jesucristo ? Así lo sostiene el Dr. Vigil ; pero cuán sin razon lo verá el hombre imparcial en lo que vamos á esponer. Al instruir el apóstol S. Pablo á los fieles de Roma sobre el origen del poder civil y la obligacion de obedecer á las sublimes potestades establecidas , nos revela una verdad que decide contra toda civilizacion humana. « Los príncipes , dice , no son para temor de los que obran el bien , sino el mal. ¿Quieres tú no temer á la potestad ? haz lo bueno y tendrás alabanza de ella. Porque es ministro de Dios con respecto á tí para el bien. Mas si hicieres lo malo , teme ; porque no en vano trae la espada : pues ministro es de Dios ; vengador en ira contra aquel que obra el mal. Preciso es pues estarles sometidos , no solamente por la ira , mas tambien por la conciencia. Por esto pagais tributos , porque son ministros de Dios , sirviéndole en esto mismo (18). » He aquí que la potestad civil , los príncipes , son ministros de Dios en su esfera , representantes de Dios para impedir el mal , y promover el bien , dilatar su gloria , cooperar á sus designios en la propagacion del Evangelio , castigar á los que violan públicamente sus sagradas leyes ó impiden su desarrollo. En una palabra , los príncipes y gobiernos civiles son ministros de Dios con deberes de obrar en todo con arreglo á su divina voluntad : y

la voluntad de Dios. es, que su santo Evangelio sea conocido, abrazado y observado en cada uno de sus estados: *Ministri Dei sunt in hoc ipsum inservientes*. Por esto en el viejo Testamento antes de consagrar al jefe del pueblo escogido se le ponía en la mano el libro de la ley divina; y Moisés ordenaba al príncipe que le copiase de su mano, que le leyese y le meditase sin cesar para observar sus máximas y preceptos y hacerlos observar de su pueblo. La Iglesia ha conservado esa sagrada ceremonia espresiva del deber que contraen los príncipes al hacerse cargo del gobierno político. Al consagrar á los reyes les pone el Evangelio en las manos, y les manda que le mediten, que se penetren de sus máximas, y que le hagan reinar en sus juicios, en sus acciones, en sus empresas.

Jesucristo, fundador de la Iglesia, decia á sus apóstoles: «Recorriendo el mundo entero, predicad el Evangelio á toda criatura. Quien creyere y fuere bautizado, se salvará; mas quien no le abrazare, se condenará (19).» Claro es que este divino mandato de recibir y observar la religion evangélica, predicada por los embajadores del Hombre-Dios, obliga á los príncipes y miembros de todo gobierno; lo mismo que á todo hombre racional; porque criaturas de Dios son los jefes de las naciones, hechura de sus manos las potestades políticas; y en la venida de Jesucristo se habia de cumplir el sagrado vaticinio: *Y le adorarán los reyes de la tierra, todas las gentes le servirán*. Pues bien: si todo hombre racional, que ha conocido y abrazado la religion cristiana, y ha inclinado la cerviz al yugo suave de la ley evangélica, tiene el deber de confesarla por *divino mandamiento* á la faz de los hombres, ¿cuánto mas estarán obligados á elló los jefes políticos, que deben ser el modelo de sus pueblos? Contra los omisos en esta materia está fulminado por el Espíritu Santo este anatema: «Escuchad, ó reyes, oid, jueces de la tierra, aprended vuestras obligaciones: aplicad vuestros oidos, vosotros que conteneis á la multitud y os complaceis en veros rodeados de las turbas de los pueblos: el Señor os ha dado el poder, y vuestra fuerza viene

del Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos; porque siendo ministros de aquel reino no juzgasteis con rectitud, ni guardasteis la ley de la justicia, ni caminasteis según la voluntad de Dios. Pronto se os aparecerá, y de un modo terrible, porque los que mandan serán juzgados con el mayor rigor. A los pequeños les es concedida misericordia; mas los poderosos sufrirán poderosamente los tormentos... A los más fuertes. amenaza un castigo mas fuerte (20).»

Oíase sobre el particular al grande doctor S. Agustín. «Cuando los herejes, dice, para impedirnos de recurrir á las justas leyes de las potestades civiles contra los atentados de su impiedad, nos vienen á decir que los apóstoles no han pedido jamás nada semejante á los reyes de la tierra, ellos no consideran que el estado de la Iglesia era bien diferente de lo que es hoy, y que cada cosa tiene su tiempo; pues como entonces no existían los príncipes que creyeran en Jéscristo, y se hallasen en estado de hacer leyes para su servicio y en favor de la piedad contra la impiedad; no habia medio de que dejase de cumplirse lo que se espresa por estas palabras del Profeta: *¿Porqué se han embravecido las naciones, y los pueblos forman vanos proyectos? Levantáronse los reyes de la tierra, y los príncipes conspiraron de consuno contra el Señor y contra su Cristo: ni era tiempo aun de que se efectuase lo que añadió el Salmista: Comprended pues, reyes de la tierra, haceos sabios vosotros los que gobernais el mundo: servid al Señor con temor y regocijaos en él con temblor.* Mas ahora, ¿cómo sirven los reyes al Señor con temor, sino defendiendo y castigando con religiosa severidad lo que se haga contra sus divinas leyes? Es muy diferente el servicio que prestan á Dios como hombres, ó el que le hacen como reyes. Como hombres, ellos le sirven viviendo como verdaderos fieles; y como reyes le sirven estableciendo y haciendo observar con firmeza leyes justas que tienden á hacer cumplir el bien y á impedir el mal; como le sirvió el rey Ezequías derribando los templos de los ídolos y los

retablos que les estaban consagrados, y demoliendo esos altares edificádos en las montañas contra la ley de Dios, que prohibe la idolatría; como le sirvió el rey Josías, haciendo él tambien lo mismo contra la falsa religion; como le sirvió el rey de Ninive obligando á todo su pueblo al deber de aplacarlo; como le sirvió Darío dando poder á Daniel de romper los ídolos, y haciendo arrojar á los leones los enemigos de este santo Profeta. En esto pues sirven al Señor como reyes, en cuanto hacen para que se le sirva, lo que solo pueden hacer los reyes.»

«¿No será menester haber perdido el juicio para decir á los príncipes: no os ocupeis de que se reciba ó ataque en vuestro reino la Iglesia de vuestro Señor, nada os importa que alguno quiera ser religioso, ó sacrilego é impío en vuestro estado? ¡Qué! ¿Si no se les puede negar á los príncipes el derecho de hacer vivir á los hombres de sus estados segun las leyes de la decencia y del pudor, pretendereis negarles esotro? Si desde que el hombre tiene el libre albedrío que Dios le ha dado, debe serle permitido el sacrilegio; ¿porqué se le castiga pues el adulterio por las leyes? El alma que viola la fe que debe á su Dios ¿es menos criminal que la mujer que viola la que debe á su marido? Y aunque se castigue menos severamente á los hombres que pecan por ignorancia contra la religion, ¿será necesario por esto permitirles que la derriben impunemente (21)?» Hasta aquí el grande Agustino. ¿Pueden darse pruebas mas convincentes para manifestar el deber de los príncipes de proteger y defender al catolicismo, y de declararle por ley religiosa de sus estados?

Este precepto divino, que defendemos, no tan solo se halla contenido en la sagrada Escritura, sino tambien en la divina tradicion. Los venerables padres de la Iglesia nos aseguran de concierto esta verdad. Las constituciones apostólicas enseñan que los príncipes son ministros de Dios, que castigan á los impíos que quebrantan los divinos mandatos (22). S. Clemente Alejandrino dice que una parte del oficio del rey es divina, en cuanto debe ser segun la voluntad de Dios y de su santo Hijo, y

que aquel es verdadero príncipe , que manda segun las leyes y la ciencia de la fe en Jesucristo (23). «Príncipe, decia S. Gregorio Nacianzeno, con Cristo gobiernas tu imperio , con Cristo administras la política. De él has recibido la espada , no tanto para que uses de ella , como para amenazar y aterrar á sus enemigos (24).» «El emperador, dice S. Ambrosio , está dentro de la Iglesia , y no sobre ella. Un buen emperador busca la proteccion de la Iglesia , y no la desecha (25).» El pontífice S. León el grande decia á un emperador : «Debeis conocer desde ahora , ó príncipe, que la potestad real os ha sido confiada no solamente para el gobierno del mundo , sino mayormente para la defensa y apoyo de la Iglesia. *Regiam potestatem non solum ad mundi regimen , sed maxime ad Ecclesiæ præsidium* (26).» «Sabad , escribia S. Gregorio el grande al emperador Mauricio, sabed , ó príncipe, que el poder soberano se os ha concedido de arriba , para que sean ayudados los que desean el bien , para que el camino del cielo , *la Iglesia*, se ensanche más , y para que el reino de la tierra sirva al reino celestial (27).» «Los príncipes seculares , dice S. Isidoro , arzobispo de Sevilla, ejercen á veces dentro de la Iglesia la potestad soberana del imperio para sostener con ella la disciplina eclesiástica. Por lo demás serian innecesarias las potestades civiles en la Iglesia , si no fuera preciso que hicieran cumplir con el rigor de las leyes lo que los sacerdotes no pueden conseguir con la predicacion de la doctrina. Pues muchas veces el influjo del reino terreno es útil al reino de los cielos , á fin de que queden aniquilados con el terror de los príncipes los que aun en el seno de la Iglesia obran contra la fe y la disciplina ; y para que si aquella por su humildad no puede hacer se cumpla esta , humille la potestad imperial la cerviz de los soberbios , interponiendo así su autoridad para que la observen y respeten. Conozcan pues los soberanos de la tierra que han de dar cuenta á Dios de la Iglesia , cuya defensa y proteccion les confió Jesucristo. Porque bien aumenten , bien destruyan ó rompan la paz y la disciplina eclesiástica , les ha de pedir cuenta Aquel , que

confió su Iglesia á la proteccion de su poder (28).» A este tenor hablan los demás padres y doctores que omitimos.

Este tambien ha sido el lenguaje constante de los vicarios de Jesucristo, los romanos pontífices, desde la cuna del Cristianismo hasta Gregorio XVI. (cuya encíclica sobre esta materia desecha el Sr. Vigil), y hasta nuestro SS. P. Pio IX : esta la práctica de la Iglesia que ha pedido á los príncipes y gobiernos cristianos tal proteccion recordándoles tal deber : esta la costumbre de todos los jefes de las naciones católicas en cumplimiento de su obligacion : esta en fin la doctrina de la Iglesia docente reunida en los concilios ecuménicos, la cual por el último de ellos, el Tridentino, avisa á los príncipes católicos del cargo de este oficio, recordándoles que Dios los puso por protectores de la santa Fe y de la Iglesia, y que de consiguiente no solo deben convenir en que se le restituya el derecho de su independendencia, sino que deben hacer que se la respete con su clero y órdenes superiores, no permitir que sus súbditos violen sus leyes y derechos, prestar su auxilio para que los herejes no los depraven y violen, y observarlos ellos mismos con todos los individuos de sus estados (29).

Ridiculice enhorabuena el Sr. Vigil la autoridad de S. Agustín y de los demás doctores que defienden ese deber de los príncipes y gobiernos católicos; niegue con un tono desprecia-tivo ese precepto divino, que hemos probado hasta la evidencia por la Escritura, por la tradicion y por la razon; desmienta esa obligacion que gravita sobre los jefes de las naciones de defender y proteger la verdad católica. Con esto no hace otra cosa ese señor que revelarnos á qué secta pertenece, en qué clase de escritos deben ser colocadas sus disertaciones, y parecer ante la sociedad científica cual escritor de farsa. Con efecto: ¿no es hacer el ridículo papel de farsante ora elogiar una persona, ensalzarla hasta las nubes, sentarla en un trono y coronarla de títulos, timbres, derechos y facultades que rayan en adulacion; y desde luego despojarla de esos honores, títulos y derechos, y desnudita hacerla bajar del trono á la clase de un

simple súbdito, ó desconocido extraño? ¿ora defender una verdad con razones y autoridades; y luego despues negar esa misma verdad despreciando é insultando esas propias autoridades y razones aducidas? Pues esto es lo que hace el Sr. Vigil. En la disertacion 3.^a admite y elogia la religion del estado; dice que por ella los príncipes y gobiernos son elevados al alto rango de *protectores, patronos, defensores de la Iglesia y ejecutores de los cánones*, y llega hasta suponer en ellos con áulica adulacion derechos sobre la disciplina exterior de la misma Iglesia: y en la disertacion 14 ridiculiza tal religion del estado, niega que los príncipes sean *protectores y defensores* de la Iglesia, y los despoja de los demás derechos que antes les habia otorgado. Allí cita trozos de las autoridades de S. Agustin; de san Leon y de S. Isidoro que nosotros hemos aducido por entero, para probar esos títulos y derechos de los gobiernos y príncipes sobre los asuntos eclesiásticos; y aquí desacredita á estos santos y esas mismas autoridades, y desmiente que prueben ó cohonesten la proteccion y defensa que aquellos dispensan á la Iglesia. Es decir, que en la disertacion 3.^a para patrocinar el sistema protestante y jansenista, Vigil echa mano de la religion del estado y de las autoridades de tan venerandos é ilustrados doctores, y con ellas hace á los príncipes jefes de la Iglesia exterior; y en la disertacion 14 para escudar el indiferentismo y la irreligion las relega á la region del desprecio, y pretende introducir en las naciones católicas, removidos tales embarazos, la diversidad de cultos. Talentos pensadores; ¿no os basta este ligero cotejo de doctrina con doctrina para valuar su mérito y el de su autor? Para nosotros es mas que suficiente, y nos dispensa de detenernos en tantas prolijas sofisterías, en que se divierte nuestro Proteo en esa última disertacion.

Sin embargo, contestando á un autor distinguido de nuestra época, que trata de esta materia, y de cuya obra, segun parece, se ha servido en algo el Sr. Vigil, quedarán refutados algunos de sus sofismas. El Ilmo. Sr. Parisis, obispo de Langres, recomendable por su celo católico que ha desplegado mas

de una vez en Francia á favor de las doctrinas de la Iglesia, escribió pocos años ha un tomito titulado *Casos de conciencia*, con el fin plausible de tranquilizar las conciencias agitadas de los católicos franceses con motivo de haberse sancionado por el gobierno que se entronizó con la revolucion de julio, en la Carta de 1830, la tolerancia civil y la libertad de conciencia. Si bien en dicha obrita el recomendable autor ha sentado algunos principios católicos; sin embargo, arrebatado del espíritu nacional y de un amor escesivo á las nuevas instituciones patrias, se deslizó, quizás sin advertirlo, como lo han notado los redactores de la biblioteca religiosa en la traduccion castellana de esa obrita, y propaló doctrinas no sostenibles.

En el *segundo caso de conciencia* pregunta: «¿Puede uno, perseverando sincero católico, admitir sinceramente un gobierno constituido sin ninguna religion? ¿la doctrina católica no prescribe una religion del estado?» Y despues de haber condenado como «á hombres audazmente impíos aquellos, que confiando sin medida en sus propias fuerzas, y despreciando criminalmente toda intervencion divina en las cosas humanas, relegan, como dicen ellos, la religion á sus templos, y le mandan que los deje en todas las demás partes gobernar el mundo sin ella; y en consecuencia de esta sacrilega exclusion velan con infernal sollicitud, para que de ningun modo se introduzcan en la legislacion ni la idea de Dios, ni la influencia de los divinos preceptos, ni los recuerdos de su culto;» despues de haber aclarado el sentido de la cuestion, y concluido, «que si los legisladores de 1830 hubieran constituido el nuevo gobierno sobre un principio de donde resultase la negacion de los dogmas ó la exclusion de las prácticas de toda religion entre los pueblos; entonces ciertamente (aun suponiendo en ellos las mejores intenciones) habrian cometido un crimen enorme, á lo menos materialmente, y establecido una monstruosidad social, que todo católico estaria obligado á rechazar con toda la energia de su fe;» sienta en seguida la proposicion siguiente: «falta ver pues si de que un gobierno está constituido en

si y por sí sin el concurso de los dogmas revelados y sin las prácticas especiales del culto prescrito por estos dogmas (*es decir sin el catolicismo*); se sigue que la forma de dicho gobierno es contraria á la doctrina católica.» Niega que sea contraria, y lo prueba con esta única razon: *si la Carta constitucional de 1830 hubiera consagrado una forma de gobierno incompatible con nuestras doctrinas religiosas; ciertamente no podríamos en conciencia prestarle juramento; es así que este juramento nos está formalmente permitido por la Santa Sede; luego, las doctrinas católicas no excluyen, á lo menos absolutamente, las que ha consagrado la Carta.*

Esa restriccion á lo menos absolutamente, arrancada de la pluma de S. Ilma. por la fuerza de la verdad, patentiza cuán poco satisfecha quedaba la conciencia de ese Prelado de la exactitud de su raciocinio. Conocía sin duda que lo único que se habia concedido por la Santa Sede á los franceses, es que podian prestar en conciencia el juramento de obedecer al nuevo gobierno establecido y á su constitucion en todo lo que no fuere contrario á la ley de Dios y á sus dogmas; puesto que la Santa Sede no podia declarar lícita una cosa que repetidas veces habia condenado, y contra la cual declamaba altamente en aquellas circunstancias por el oráculo de su Jefe á la sazón reinante. A la malicia de esa ley de la Carta de 1830 se referia, á no engañarnos, el mismo señor Parisis, cuando en el *Caso de conciencia* anterior sobre la *Libertad de cultos*, asentaba que *es falso que nunca sea lícito invocar una ley mala para pedir justicia*, y lo apoyaba con razones incontestables. Podian pues los franceses, segun la declaracion de la Santa Sede, hacer el juramento de obediencia, en el sentido emitido, á la constitucion de 1830, como lo podian hacer en conciencia los primitivos cristianos de prestar rëndimiento á las potestades paganas. Pero esa obediencia nada implicaba de aprobacion de la ley mala, nada de cooperacion en su formacion ó ejecucion, que es lo que debia probar el argumento para ser concluyente; sino servirse de un efecto bueno (*la libertad de ejer-*

cer libremente el culto católico) de una ley mala, que autorizaba la libertad de cultos y de conciencia.

Mas no es esta la cuestion propuesta. Lo que se ventila es, *si un gobierno católico, ó que conoce la verdad del catolicismo, obra contra la doctrina católica, ó quebranta un precepto divino, no dándole una existencia legal, sino mas bien autorizando la libertad de cultos.* Este precepto divino y este deber de los príncipes y gobiernos son los que hemos probado nosotros hasta la evidencia por la Escritura, por la divina tradicion y por la doctrina y práctica de la Iglesia reunida en los concilios generales, y esos son los que niega el señor obispo de Langres sin probarlo, sino mas bien contradiciéndose á sí mismo: pues él mismo confiesa la existencia de ese deber y de ese precepto divino allí mismo donde trata de impugnarlos. Con efecto: en el *primer caso de conciencia* ha dicho: «debiendo ser los deberes de la conciencia particular de un príncipe católico la regla de sus actos públicos, *debe* en cuanto es posible gobernar á sus súbditos como á su propia familia y como á sí mismo, esto es, *segun las reglas del catolicismo.*» Ha dicho: «la proteccion particular que *debe* conceder un príncipe católico á la Iglesia no es mas que uno de aquellos *preceptos* positivos, que solamente obligan en ciertos casos y en cierta proporcion.» Que haya algun caso escepcional en que tal precepto divino deje de obligar, no es esto lo que se trata de averiguar. Ha dicho: «vé aquí pues precisamente nuestra idea: la Iglesia tiene tal necesidad de ciertas libertades y beneficios, que el príncipe, sobre todo siendo católico, no puede negárselos sin faltar á la ley de Dios.» ¡Beneficios! si son beneficios, que gratuitamente puede conceder el príncipe, no faltará á la ley de Dios negándoselos, y si falta, no son beneficios, sino deberes de justicia.

En fin, ha dicho en el *segundo caso de conciencia*: «Sin duda ninguna enseña la Iglesia católica, y nosotros enseñamos de su parte, que Jesucristo es la piedra angular; aunque con mucha frecuencia desconocida por el mundo, sobre la cual de-

be levantarse el edificio, y que no puede darse otro fundamento aun á las instituciones puramente humanas en el sentido de que las leyes sociales y las costumbres públicas tienen absolutamente necesidad de la fe cristiana para conservarse rectas y puras, y en el sentido de que toda sociedad debe fundarse en la conciencia de los pueblos, y que solo la doctrina católica puede dar clara y sólidamente el conocimiento y el amor del deber á las conciencias (30).» ¡Brillantes razones que derriban de golpe cuanto deja escrito ese Prelado contra la religion del estado, y á favor de la libertad de cultos! Pero patética leccion á la vez, que nos enseña cuáles son los choques de quien lucha contra la verdad, y cuáles los deslices de quien pretende asegurar su planta en falso terreno.

Por lo demás, el Ilmo. Parisis lleva la cuestion fuera del suyo propio, cuando por prueba de la primera proposicion introduce este problema: «si un gobierno pudiera conseguir su fin no teniendo para sí mas que una constitucion meramente humana, ¿no le seria jamás permitido reducirse á esta constitucion por lo que á él toca?» Y si lo resuelve por la afirmativa, debiera recordar lo que él mismo pocas líneas antes habia defendido que *un gobierno constituido conforme á la exclusion práctica mas ó menos absoluta de toda religion entre los pueblos, seria una monstruosidad social y un crimen enorme*. Y si esto vale para cuando se excluyera la religion de entre los pueblos, mucho mas debe valer para cuando se eliminara del gobierno, de la constitucion y de los tribunales, porque entonces desaparecería toda nocion exacta de la justicia, de la equidad, de la moralidad. Debiera, en fin, recordar lo que él mismo deja escrito allí mismo: *que es una verdad generalmente sabida y entendida, que el reinado de los impios es la ruina de los hombres*: «*Regnantibus impiis ruinæ hominum* (31).» En ese supuesto el gobierno seria ateo, á lo menos prácticamente, y un gobierno ateo práctico es imposible, como queda probado en este capítulo. Cuando se ha dicho: *las sociedades civiles como tales no son mas que el objeto secundario de la mision*

santificante de la Iglesia; se ha proferido una verdad, y tal; que sin esa mision, ó se hubieran hundido las sociedades; ó serian unas sociedades anárquicas y salvajes. Pero cuando se ha añadido: *las naciones consideradas como sociedades son esencialmente temporales, y no tienen ni salvacion eterna que obrar, ni sacramentos de santificacion que recibir*; se ha pronunciado un absurdo: porque absurdo es pretender formar sociedades de hombres vivientes sin alma; y mas que absurdo afirmar que los hombres en sociedad no tendrian ni salvacion eterna que obrar, ni vida futura que esperar. Si nuestros mismos adversarios confiesan que, aun para que pueda subsistir una sociedad de comercio ó agricultura, es necesario el *amparo y fianza de la religion*, considerada siquiera en general; porque sin los eternos principios de justicia y moralidad, que emanan esclusivamente de la religion, cualquier sociedad es un caos; ¿cuánto mas tratándose de las grandes y complicadísimas sociedades de las naciones? Y por cierto, que si hay necesidad en toda sociedad de una religion, no se atreverán los señores Parisis y Vigil á negar que la verdadera, la católica, tenga derechos á la preferencia; y esto tanto mas, cuanto que es imposible que una religion falsa dé lecciones cumplidas de verdadera justicia y sana moral; porque es imposible que la mentira sea verdad, y el mal bien; ó lo que es lo mismo, que la verdad sea hija de la mentira, y la bondad y rectitud productos de la malicia.

En vista de todo eso, ¿qué dificultad encuentra el Sr. Parisis para que la Francia, donde de treinta y tres millones de habitantes los treinta y dos son católicos, adopte por ley al catolicismo como religion del estado?—Señor, porque la constitucion declara á todos los ciudadanos iguales ante la ley, y la ley sanciona la libertad de cultos.—Pero ¿porqué no se ha de reformar una ley contraria á los derechos divino, natural y público civil? ¿No admitís vosotros el principio, que la ley es la expresion de la voluntad de la mayoría? y la mayoría, ó diré mejor, casi la totalidad de los ciudadanos franceses ¿no es

católica, y que desea y reclama sus derechos y los de su religion? ¿Porqué pues sois inconsecuentes á vuestros principios? —Por evitar trastornos. —¡Trastornos! ¿y no se modifican en Francia las leyes de la noche á la mañana sin trastornos? ¿no hay en aquella nacion un ejército imponente para conservar el orden? —Bien, pero si el gobierno quisiera una religion del estado, habria de obligarse ante todas cosas á creer todas las doctrinas y obedecer todos los preceptos de ella. —Justo es que quien conoce la verdad, la reciba; que toda criatura se humille bajo la poderosa mano de Dios que manda; y que cautive su entendimiento en obsequio de la fe en los dogmas que se ha dignado revelar. Pero, cuanto es cierto que un individuo particular faltaria á los deberes de un cristiano privado no creyendo todas las doctrinas, y no obedeciendo á todos los preceptos de su religion, otro tanto lo es que un gobierno cumpliria con los suyos como tal, con proteger la misma religion de la mayoria que ha adoptado por ley; con reglar sus leyes y administracion á la luz y norma de sus doctrinas y preceptos sin quebrantarlos; con impedir lo que puede embarazar su dilatacion, poner trabas á su libertad y servirle de escándalo y deshonor, como seria la tolerancia de cultos falsos públicos; y con profesar públicamente la fe exterior, con la asistencia de todos los cuerpos del estado á ciertas funciones eclesiásticas, si esto lo prescribiera la ley civil; prestando en lo espiritual obediencia á los legítimos pastores, y conservando la unidad y el vínculo de la comunion con la cabeza de la Iglesia (cosas todas que vienen comprendidas en la definicion de la *religion del estado*, y que el Sr. Vigil con afectada ignorancia finge desconocer); y esto, aunque los miembros del gobierno, como privados, no creyesen internamente en alguna de sus doctrinas y quebrantasen sus preceptos.

Replicareis: y de esta adopcion de la Iglesia en religion del estado que hiciera el gobierno político ¿no resultaria ser esta un objeto simplemente político, sujeto á la autoridad política? —De ninguna manera. Lo hemos probado ya; las potestades

civiles con respecto á la religion verdadera y divina no tienen derechos sino deberes , porque la verdad debe recibirse , no de gracia sino de justicia. Los gobiernos al recibir la religion en sus estados no la dispensan un favor , sino que la religion se lo dispensa á ellos. Dios ha instituido la religion primaria y directamente para honor suyo y bien de las almas , y solo secundaria é indirectamente para el bien temporal de los estados ; y claro es que el honor de Dios no está , ni debe estar ordenado al bien de los estados, sino el bien de los estados al honor de Dios: lo mismo que el fin secundario é indirecto debe servir al primario y directo, y no este á aquel. En ese supuesto, pues, la religion no es un objeto simplemente político , sino primaria y directamente religioso, y solo secundaria é indirectamente político, de que pueden y deben servirse los gobiernos en cuanto no perjudica al ejercicio libre de los medios y consecucion de su fin esencial y directo. Y añadiremos , que la mayor seguridad de los derechos políticos é intereses sociales depende en gran parte de la sujecion á la verdadera religion en su propia provincia , porque esta y solo esta puede eficaz y seguramente ayudar y robustecer las medidas políticas dirigidas á la consecucion de la felicidad social presente, entrando tambien esta en el número de los medios que conducen á la felicidad futura. Y tanto mas influyente será el elemento religioso en la felicidad social , cuanto se le deje en su propia esfera , en su entera libertad , porque entonces sin obstáculos obrará con toda la fuerza que le es propia. Esta es tambien la leccion que sobre el particular nos da la historia. Yerran pues aquellos que piensan que del reconocimiento legal que haga el gobierno civil de la religion verdadera , debe seguirse su secularizacion : y es responsable ante Dios y los hombres el Sr. Vigil , que con tanto ahinco trabaja por un rompimiento entre las dos potestades sembrando semillas de discordia y declamando neciamente contra la *santa alianza* entre el poder civil y eclesiástico tan recomendada por el Espíritu Santo. Dios en su alta sabiduría dispuso , como vimos , que la máquina social marchase

á la felicidad presente y futura con dos ruedas , la religion y la política. Si se trabaja para que esa máquina pierda el equilibrio ; si se hacen esfuerzos para que se rompa una de esas dos ruedas , vuelca el carro , y los fatales resultados subsecuentes gravitan sobre quien le dió el empujon.

Concluyamos pues , que los príncipes y gobiernos por derecho natural , divino y público civil están obligados á proteger y defender la religion verdadera que únicamente es la católica , declarándola oficialmente religion del estado , mayormente cuando la mayoría de los individuos de la nacion la haya abrazado y la profese. Y si se halla ya entre las leyes fundamentales del estado deben velar con esmero para que se conserve y prospere : por manera que violarian esos sagrados derechos y los deberes mas delicados de su alta posicion é incurririan en la indignacion de Aquel que domina sobre los príncipes y gobiernos y sobre las naciones enteras , si jamás abriesen la puerta ó estendieran la mano para que se introdujera la libertad de cultos. Mas esta es materia del capítulo siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



NOTAS

A

LOS CAPITULOS DEL TOMO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

(a) « *Iglesia* es una palabra griega que significa junta ó asamblea. En el siglo III los montanistas y novacianos entendían por la Iglesia la sociedad de los justos que no cometieran pecado grave contra la fe. En el IV era, según los donatistas, la asamblea de personas virtuosas que no cometieran grandes crímenes. En el V quería Pelagio que fuese la sociedad de los hombres perfectos que no se contaminaran con ningún pecado. Wicleff en el XIV, y Juan Hus en el XV, querían que fuese la sociedad de los santos y de los predestinados. Adoptó esta idea Lutero, y sostuvo que por falta de santidad los pastores de la *Iglesia católica* dejaban de ser sus miembros. Calvino fué de este mismo modo de pensar. » Siendo pues imposible saber sin revelación divina, cuáles son los justos, santos y predestinados, según aquella sentencia del Espíritu Santo: *nescit homo utrum amore, an odio dignus sit* (Eccles. II, 1); se sigue que todos estos hacían á la Iglesia invisible.

« En nuestros días hemos visto renacer el mismo error en el libro de Quesnel, que hace consistir la catolicidad ó universalidad de la Iglesia en que contiene todos los ángeles del cielo; todos los escogidos de la tierra y los de todos los siglos. Dice que un hombre que no vive según el Evangelio, se separa del pueblo escogido, del que Jesucristo es cabeza, como el que no cree en el Evangelio. » (Proposit. 72 y 78.)

« Todos estos herejes separaron por su propia autoridad á todos los pecadores del cuerpo de la Iglesia: lo que no hizo Jesucristo, como consta de la parábola de los peces buenos y malos en la misma red, y de cien otros lugares de la divina Escritura: pero tuvieron también mucho cuidado en sostener que la excomunión á nadie puede separar de la Iglesia.

» Con facilidad se conoce también que la idea que formaron de

la Iglesia fué por su parte un efecto del orgullo y de la hipocresía. Todos se preciaron de ser más virtuosos y más santos que los miembros y los pastores de la Iglesia católica: todos sedujeron á los pueblos con las apariencias y las promesas de una pretendida perfeccion, y todos exageraron y censuraron con acrimonia los vicios y escándalos que reinaban en la sociedad, sobre cuyas ruinas querian edificar su iglesia. Si un acceso de entusiasmo introdujo al principio entre ellos un poco más de regularidad, duró poco este prodigio: bien pronto se vieron reducidos estos reformadores de la Iglesia á lamentarse de los desórdenes que vieron nacer entre sus sectarios. Despues de quince siglos se dejaron caer en el mismo lazo los espíritus débiles y ligeros.» (Bergier, Diction. Encicl. tit. *Iglesia*.)

Sin embargo no dejó de haber hombres de algunas luces entre los mismos protestantes, como entre ellos lo confiesa Gerharado (loc. theol. xi, 106, cum annot. Cottæ), que ruborizándose de predicar tamaños absurdos, abandonaron esa quimera de una Iglesia interior é invisible, y la confesaron visible. Mas atajándolos otra vez los católicos, y exigiéndoles las credenciales de su mision y autorizacion para levantar altar contra altar, y separarse de la Iglesia católica, les decian con toda razon: La Iglesia cristiana, segun las promesas de su divino Fundador, debia durar hasta la fin del mundo, por consiguiente es indispensable que existiese en alguna parte antes de vosotros. Está supuesto, ¿dónde se halla la verdadera Iglesia de Jesucristo si no lo es la Iglesia católica? Embarazados con esta cuestion difícil nuestros hermanos separados reincidieron de nuevo en los mismos errores de la invisibilidad de la Iglesia, como aparece de las dificultades con que piensan apremiar á los católicos, y se hallan en la reciente obra de Palmer, *Tractatus de Ecclesia Christi* p. 1, c. iii; cuya seccion en Inglaterra se apellida de los *disidentes*, esto es, que no saben en que terreno estribar su planta.

(b) Asi Richer en la obra titulada: *De ecclesiastica et politica potestate*. Esta obra ha sido condenada tres veces por la Santa Sede en los decretos de 10 de mayo de 1613, de 2 de diciembre de 1622, y de 4 de marzo de 1709. Richer no solamente retractó una y otra vez sus opiniones emitidas en la referida obra, sino que las refutó completamente. He aquí como se espresa en su retractacion. « Confieso paladinamente haber bebido tal proposicion, ó mejor diré, herejia de las fuentes infectas de Lutero y Calvino, quienes impía y falsamente pretenden que la jurisdic-

cion que Cristo dió á su Iglesia, no la depositó inmediatamente en S. Pedro y en los demás apóstoles y obispos, sino en la Iglesia, esto es, en los fieles, y á aquellos solo accidental y ministerialmente, y en nombre de la Iglesia, etc..... Ni fué cosa menos ridícula el haber yo dicho que el mismo papa era la cabeza ministerial, como si fuese ministro de la Iglesia, á la par que lo son los alguaciles de la justicia.»—Puffendorfius, tract. de habit. Relig. Christ. á §. 20.

(c) Las actas del conventículo de Utrecht fueron condenadas por el sumo pontífice Benedicto XIII en sus letras apostólicas que empiezan: *Non sine acerbo animi sensu*, dadas á 30 de abril de 1765. Las del sínodo de Pistoia fueron condenadas por el sumo pontífice Pío VI en la bula dogmática *Auctorem fidei* dada á 28 de agosto de 1794.—José Valentin Eybel recopiló los errores del conventículo de Ems en un opúsculo titulado: *Quid est Papa?* el cual fué condenado por el referido Pío VI en un breve que empieza: *Super soliditate*, de 28 de noviembre de 1786. No satisfecha la solicitud pastoral de este celosísimo é invicto pontífice con haber condenado el referido opúsculo; y temeroso de que los efectos del mencionado conventículo fuesen fatales á la grey del Señor, dirigió un clásico libro compuesto por él á cuatro arzobispos de Alemania, libro que, segun el parecer de doctos apolo-gistas, aunque faltasen otros argumentos, bastaria el solo para hacer inmortal al gran pontífice en los fastos de la Iglesia. El libro se titula: *Responsio Pii VI P. M. ad metropolitanos Magunt., Trevirens., Coloniens., et Salisburg. super nunciaturis apostolicis*: 1789. Sentimos carecer de él.—La conferencia de Baden, en la Suiza, fué condenada por el ínclito pontífice Gregorio XVI en su encíclica de 17 de mayo de 1835, que empieza: *Commissum divinitus*. La conferencia de Baden podemos decir que recogió la medula de los errores de los precitados conventículos: y como son casi los mismos que defiende el Sr. Vigil, nos ha parecido conveniente extractar los principales, que son los que siguen:

«La creacion de un metropolitano, al cual deben incorporarse los obispos de la Suiza, que hasta ahora habian dependido de la Santa Sede; ó la incorporacion de la Suiza á un arzobispado extranjero, aun cuando tal incorporacion no fuese aprobada por el romano pontífice.—La reunion del clero en sínodos, la cual no podrá tener lugar, si no es bajo la vigilancia y autoridad del poder civil.—La aprobacion espresa y formal del gobierno para to-

das las disposiciones y publicaciones eclesiásticas. — La garantía de los matrimonios mixtos, y la facultad al poder civil de juzgar las diferencias en materias de matrimonios. — El derecho á la potestad civil de velar sobre los seminarios, de examinar y aprobar los reglamentos de ellos, emanados por la potestad eclesiástica; de no admitir en dichos seminarios, y de escluir de ellos á cualquiera que no se sometiese al exámen de filosofía y teología ante una comision nombrada por la autoridad civil, y no le hubiese sostenido con decoro: como tambien el derecho á esta autoridad de asegurarse por medio de un exámen de la capacidad de los eclesiásticos que se presentasen para ejercer las funciones parroquiales; y asimismo de tomar medidas para la perfeccion de su instruccion. — En dicha *conferencia* tambien se atribuian á los obispos derechos que esclusivamente competen al romano pontífice, y entre ellos el de reducir el número de las fiestas, de los ayunos y abstinencia de los manjares. — Despojábase al clero regular de sus derechos tocantes á la propiedad y administracion de sus bienes, á la colacion y posesion de los beneficios que se les conceden por las leyes de la Iglesia, ó por justos títulos aprobados por esta, y con dependencia de la Santa Sede. — Se declaraba nula y debia rechazarse toda oposicion de la autoridad eclesiástica á la nominacion de un profesor hecha por la autoridad civil en virtud de su derecho de eleccion...» «Nos horrorizamos; dice el soberano pontífice en la referida enciclica, al leer tales artículos, y comprendimos, que en ellos estaban contenidos tales principios, y que de aquí se introducirian en la Iglesia católica tales novedades, las cuales, como contrarias á su doctrina y disciplina, y de una tendencia paladina á la ruina de las almas, no se pueden tolerar.» Y censura tales artículos con la nota de falsos, erróneos, contrarios á los derechos de la Santa Sede, destructores del gobierno de la Iglesia, y la ponen bajo la dependencia del gobierno civil.

(d) Nosotros nos serviremos en su lugar de esta cláusula para hacerle ver al Dr. Vigil sus incoherencias y contradicciones.

(e) Registrense Cornelio A-Lápide, Calmet y Tirino en los lugares del antiguo y nuevo Testamento que hemos citado en las pruebas. Nosotros nos contentaremos con alegar al pontífice y doctor S. Gregorio, quien en la Hom. 12 in Evang. así dice: «Sed sciendum nobis est, quod sæpè in sacro eloquio regnum cœlorum præsentis temporis Ecclesia dicitur: de quo alio in loco

Dominus dicit, mittet Filius hominis Angelos suos, et colligent de regno ejus omnia scandala. Neque enim in illo regno beatitudinis, in quo pax summa est, inveniri scandala poterunt, quæ colligantur. » Y en la Hom. 38 in Evang. así dice: « Sæpè jam me dixisse memini, quod plerumque in Sancto Evangelio regnum cælorum præsens Ecclesia nominatur: congregatio quippè justorum, regnum cælorum dicitur. »

(f) Non ait: regnum meum non est in hoc mundo; sed non est de hoc mundo. Et cum hoc probaret dicens: si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent, ut non traderer Judæis. Non ait: nunc autem regnum meum non est hic, sed non est hinc. Hic est enim regnum ejus usque in finem sæculi, habens intra se commixta zizania usque ad messem: messis enim finis est sæculi, quando messorum venient, id est, Angeli, et colligent de regno ejus omnia scandala. Quod utique non feret, si regnum ejus non esset hic. (S. Aug. tract. cxv in Joann.)

(g) Scimus enim, quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur; quod ædificationem ex Deo non manufactam, æternam in cælis. Nam et in hoc ingemiscimus, habitationem nostram, quæ de cælo est, superindui cupientes. (2 ad Cor. c. 5, v. 4.)

(h) Juxta fidem defuncti omnes isti non acceptis repromissionibus, sed à longè eas aspicientes et salutantes, et confitentes, quia peregrini et hospites sunt super terram. (Hebræor. c. 11, v. 13.)

(i) El hombre pensador y erudito, que con detencion reflexiva recorre las páginas de la *Defensa de los derechos* etc. del señor Vigil, tropieza á cada paso en contradicciones, errores, paradojas y adulteraciones de los testos de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. Para hacer patente está verdad hemos pensado apuntar en la última nota de cada capítulo algunos de los muchos dislates y aberraciones que se hallan diseminados entre sus largas disertaciones.

Contradicciones. En la portada de su obra pone por lema el testo siguiente de Ciceron, y dice con él: *Opinionum commenta delet dies*: los dias con el imperio de la verdad van disipando los delirios ó falsedades de las opiniones. Confirma lo mismo en seguida con otro testo de Baronio, que tambien le sirve de tema, y dice así: «No hay prescripcion contra la verdad: nada pueden con-

tra ella el trascurso de los siglos, ni la muchedumbre de los testigos.» Y á pesar de esto en la página siguiente, que es la primera del *Discurso Preliminar*, dice, que no va dominando y disipando la verdad á las opiniones; sino que por lo contrario la opinion ha sido desde atrás y de muchos siglos, y es todavía *la reina del mundo*. «Desde atrás... y de muchos siglos... todos han concurrido espontáneamente, dejando á un lado los motivos de separacion para decir á una: —La opinion es la reina del mundo.»

En la misma página primera de dicho discurso admite verdades; y á pocas líneas mas abajo dice, que no hay verdades en el universo, sino que todo es opinion, ó incertidumbre. *No hay en el universo un punto, que no sea del dominio de la opinion. Todo, todo le está sometido; nada hay que desconozca su imperio.* Todo hombre sabe, que la opinion no es una verdad declarada, pues la opinion puede defender ó abrigar una solemne falsedad; sino que es una incertidumbre, esto es, *la opinion es un dictámen ó sentir, que se forma de alguna cosa, habiendo razon para lo contrario.*

En la pág. 2.^a pone tambien por tema un testo de S. Gregorio VII (á quien Vigil le quita el título de Santo á pesar de mentarlo á centenares de veces, y á quien desprecia en el discurso de su obra), cuyo testo dicé así: «Si alegas la costumbre en tu favor, ten presente, que el Señor se llamó verdad y no costumbre» (apud Gratian. Dist. 8, c. 5), y en este testo fundá la fuerza de sus lucubraciones, y sin embargo, contradictorio á sus principios prueba en la obra por la costumbre muchos de los asuntos de que trata, como observará el lector.

En las pág. 14 y 15 de la 1.^a disert. dice, que el príncipe cristiano es hijo de la Iglesia, que obedece á sus pastores, recibe de ellos los sacramentos, y se somete á la penitencia que le dan: y en la pág. 106 de la 3.^a disert. dice, que los príncipes no están sujetos á los cánones, que son los mandatos de los pastores.

En la pág. 30 de la 1.^a disert. prop. 7.^a dice: *Los cristianos como tales no están sometidos á la potestad civil*: y en la misma página, prop. 12 dicé: *La potestad política tiene derecho á ser obedecida por los creyentes*

Absurdos. En la pág. 1.^a del *Discurso Preliminar* dice: *No hay en el universo un punto, que no sea del dominio de la opinion. Todo, todo le está sometido; nada hay que desconozca su imperio.* Es decir, no hay verdades en el universo; no hay dogmas de fe mas ciertos que la existencia del sol, todo es opinion, incertidumbre, un puro pirronismo!!! ¿Qué tal os parece la paradoja y la herèja?

En dicho *Discurso* pág. 6.^a sigue: «¿Qué hay en todas partes, que no sea obra de la opinion, y no le pertenezca?... los códigos con que se gobiernan los pueblos los hubo dictado con sus labios; las verdades y los errores, las virtudes y los vicios fueron inspiraciones de su genio.» ¡O esclarecido jurisconsulto, que tan sublimes nociones nos das de los principios del derecho natural! ¿Las leyes de los códigos, las verdades y las virtudes no son ya emanaciones de la verdad y ley eterna y natural, sino de las opiniones de los hombres? ¿Los errores y los vicios son tales, no porque se oponen á la verdad y ley eterna, natural y divina, sino porque son inspiraciones del genio de la opinion humana? Bella doctrina en la escuela de Platon, de Callias y del autor de la *Fábula de las abejas*; pero indigna y ridícula en los labios de un sacerdote cristiano, que deben guardar la ciencia, y de quien requieren los fieles la ley y la verdad. Aquí sí que viene á maravilla la sentencia de Ciceron: *Opinionum commenta delet dies; naturæ judicia confirmat*.

Omitiendo notar otros absurdos que se hallan en el precitado *Discurso*, conclúyete el Sr. Vigil implorando la venida de la *reina del mundo*, la opinion, al Perú, y dirigiéndole sus saludos y sus votos con culto de latría, hincada la rodilla en tierra, y convidando á los americanos y peruanos á que se apresuren y vuelen á la gloria que les trae la *opinion*; porque dice que á su llegada ha de haber una nueva creacion, mejoras, adelantamientos, luz, vida, nuevos cielos y nueva tierra! Parécenos que Vigil no era el Sr. Vigil cuando puso fin á tal *Discurso*, ó que creia que los americanos y peruanos éramos muchachos de escuela, que se pagan de buenas y halagüeñas palabras. La opinion, germen fecundo de incertidumbres, de altercaciones y desavenencias, ¿qué mejoras; luces y vida puede traer á los pueblos? El Sr. Vigil imita aquí á aquellos filósofos, de quienes dice S. Agustin. *Fuerunt ergo quidam philosophi de virtutibus et vitiis subtilia multa tractantes, dividentes, definiens, ratiocinationes acutissimas concludentes, libros implentes, suam sapientiam buccis crepantibus ventilantes: qui etiam dicere audebant hominibus; sectam nostram tenete, si vultis beatè vivere. Sed non intrabant per ostium: perdere volebant, mactare et occidere.* (D. Aug. tract. 45 in Joann. cap. 10.)

Fraudes y adulteraciones de la Sagrada Escritura, etc. En la pág. 3.^a de la 1.^a disert. dice: «El rey Saul ofreció al Señor en holocausto las primicias de los despojos que había traído de Amalec, en lo que no mereció el enojo de Samuel, que mas bien le

bendijo : » y en la pág. 32 nota 14 : «Saul estaba ofreciendo el holocausto ; cuando oyó de la boca de Samuel estas palabras : *bendito seas del Señor* : y cita los lugares 1.º Regum c. 13, v. 9 y sig., y c. 15, v. 12 y sig.» ¡Clásica falsedad ! Jamás salieron en aquel entonces de la boca de Samuel tales palabras. Lo que le dijo la primera vez fué lo siguiente : *has obrado neciamente ; y has infringido los mandatos del Señor ; y por esto perderás el reino* : y en la segunda vez no salió la bendicion de la boca de Samuel, sino de Saul á Samuel para adularle , como nota Cornelio A-Lápide , y cubrir su desobediencia. He aquí el testo : *Et cum venisset Samuel ad Saul , dixit ei Saul : Benedictus tu à Domino* : y la bendicion que en contestó le dió Samuel fué esta : *Puesto que has quebrantado el mandato del Señor , el Señor te ha arrojado de sí , para que no seas rey*. En los lugares citados ,

En la pág... *Ab uno disce omnes*.

CAPÍTULO II.

(a) Cornelio A-Lápide en el comentario sobre el capitulo 21 de S. Juan v. 15.—El docto jesuita P. Perrone así prueba lo que acabamos de afirmar : «Ciertamente en el salmo 2, v. 9, donde la Vulgata tiene : *reges eos* , la version griega dice : *pascēs eos* : lo que igualmente traducen los intérpretes siriaco y arábico , como puede verse en Walton. Así tambien lo que se lee en S. Mateo 2, v. 6 : *regāt populum meum* , la version griega tiene : *pascat populum meum*. Mas , omitiendo otros muchos ejemplos semejantes ; nos place para confirmar lo dicho aducir las palabras de Jahmo , quien en su Arqueología biblica al fin del § 42 escribe : « Es cierto que en los autores bíblicos los reyes se llaman *pastores* , cuya palabra no es ciertamente de sujecion , sino sublime y honorífica ; por lo que este nombre muchas veces se atribuye á Dios , que era el Rey de los judíos... » Despues añade , que en el antiguo Testamento sin duda el nombre de *pastor* significaba rey , mas que ya en la venida de Jesucristo , y en el nuevo Testamento la voz *pastor* denotaba aquellos que gobernaban con la doctrina. Lo que le desmiente Perrone con los lugares de san Juan cap. 10 , v. 12 y 14 : y de S. Pedro Ep. 1 , cap. 2 , v. 25 , y cap. 5 , v. 4 ; cuyos testos manifiestan al pastor que gobierna no solo con doctrina , sino tambien con autoridad. (P. Perrone Prælect. Theol. tom. 2, part. 1, sect. 2, cap. 1.)

(b) El Sr. Vigil en la pág. 48 de la 2.^a disert. enseña un error de cuantía. Dice pues, que *Jesucristo no concedió á los pontífices la facultad de mandar só pena de condenacion eterna*, y lo confirma en la nota 9 de la misma disertacion pág. 408 diciéndo : 2.^o *porque si Jesucristo no concedió á su Iglesia el poder de atar, para que atados quedasen perpetuamente los pecadores, es consiguiente que le hubo concedido el poder de desatarlos*. Aquí el Sr. Vigil afirma, que lo que ata la Iglesia, si después no lo desata, no queda eternamente atado : esto es, que quien quebranta las leyes de los apóstoles y de la Iglesia no incurre en la condenacion eterna. Doctrina herética. Cuando Jesucristo dijo á S. Pedro : *todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en el cielo*; y cuando dijo semejantes palabras á los apóstoles y á sus sucesores, ¿ no espresó terminantemente, que lo que ata la Iglesia en la tierra, si después no lo desata, queda eternamente atado en el otro mundo? ¿ una cosa atada, si jamás se desata, no queda siempre atada? ¿ No dijo Jesucristo : *si quieres entrar en la vida eterna*, guarda los mandamientos (Matth. 19, v. 12)? Luego, quien no guarda los mandamientos de Dios y de la Iglesia no entrará en la vida, sino en la condenacion eterna: ¿ No dijo el mismo Señor : *el que oye á vosotros, oye á mí, y el que os desprecia, á mí me desprecia*; mas *el que me desprecia, desprecia á Aquel que me ha enviado* (Luc. cap. 10, v. 16)? ¿ Y el que desprecia á Jesucristo y á su Padre entrará en la vida eterna? ¿ No dice, que á este siervo inútil se le ha de arrojar á las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes? ¿ No repite el mismo Hijo de Dios : *si no oye, ni obedece á la Iglesia, tratadle como idólatra y publicano* (Matth. cap. 5, v. 17)? ¿ Y cuál es el paradero de los idólatras y publicanos? ¿ No es la condenacion eterna? ¿ No dice san Pablo que los que no obedecen á las potestades suprémas (civiles y eclesiásticas), adquieren para sí la condenacion (Rom. cap. 13, v. 2)? Se verá claramente en este capítulo que el Sr. Vigil, contradictorio á sí mismo, niega enteramente á la Iglesia la potestad de *atar y desatar* en el régimen exterior, y que obliguen sus leyes: por lo que viene aquí de molde el cánón del concilio Tridentino : *Si alguno dijere que el hombre, por justo y perfecto que sea, no está obligado á la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sino solamente á creer; como si el Evangelio fuese una sencilla y absoluta promesa de la vida eterna sin condicion de la observancia de los mandamientos: sea escomulgado*. Así en el cánón 20 de la sesion sesta contra los protestantes.

El cánón que hemós citado en el cuerpo del capítulo, por en-

tero dice así: *Si quis dixerit, claves Ecclesiæ esse datas tantum ad solvendum, non etiã ad ligandum; et propterea sacerdotes, dum imponunt pœnas confitentibus, agere contra fidem clavium, et contra institutionem Christi; et fictionem esse quod, virtute clavium, sublata pœnã æternã, pœna temporalis plerumque exsolvenda remaneat; anathema sit.* Sess. 14, can. 15. Si alguno nos objetare que este cãnon no prueba la facultad de atar ó hacer leyes en el fuero eterno, le diríamos que este cãnon tiene dos partes, y que la primera habla en general de la potestad de atar y desatar tanto en el fuero interno, como en el eterno, segun se ve paladinamente, y consta del cãnon antecedente, que dice: *Siquis dixerit, episcopos non habere jus reservandi sibi casus, nisi quoad externam politiam, atque idẽ casuum reservationem non prohibere, quominus sacerdos à reservatis verẽ absolvat; anathema sit.* Can. 11: y consta tambien de otros dos, can. 19 et 20, sess. 6.

Sobre las palabras: *Qui vos uudit, me audit, et qui vos spernit, mẽ spernit*, que hemos citado para probar que la Iglesia tiene autoridad para mandar por leyes, así habla el célebre Juan Bautista Du-Hamel: *Hinc colligitur, Præpositis Ecclesiæ datam esse à Deo potestatem non docendi modò, sed et præcipiendi, ac leges condendi, pro locorum et temporum opportunitate. Pastoralis auctoritatis uti et veritatis in Deo ipso fons est et origo: Christo à Patre est communicata per incarnationem non interruptam. Vox audire, in Scripturis non solum significat acquiescere docenti, sed et parere. Sic Pater de Filio loquens: ipsum audite: item Deuteron., audi Israël. Véase tambien á Juan Doujat, prænot. canon. lib. 2, cap. 2, n. 12.*

(c) Seria cosa larga y molesta tejer aquí una tela de autoridades de los santos padres y doctores de la Iglesia, los cuales de mancomun trabajaron para legarnos en sus volúmenes todo el tesoro de facultades que los apóstoles heredaron de Cristo, y de ellos la Iglesia. Si algun curioso quiere descubrir ese tesoro; aquí le señalamos el terreno en que se halla. S. Clemente P. *ep. ad Corint. num. 16, pag. 17 apud Constantium Epist. Roman. Pontif.* S. Justino mártir *in apolog. 1, num. 39, pag. 67, edit Paris, 1742.* Hermas, coetáneo de S. Clemente romano, lib. 3. Pastor. cap. 9 (etc. ut in Devoti pag. 166, Jur. C.; Un.)

(d) Bergier. Diccionario Enciclop. tit. *Leyes Eclesiásticas.* Sobre lo que dice este autor de los *Cãnones Apostólicos*, que no

son de los apóstoles; sino de la venerable antigüedad, es doctrina corriente de los eruditos y de los críticos modernos. Pero aunque no sean de los apóstoles, como lo declaró Gelasio dist. 15, Can. *Sancta Romana*; son sin embargo de gran peso y autoridad. Los escritores eclesiásticos, como nota Graciano en su volumen de decretos dist. 16, no están acordes sobre el número de *Cánones apostólicos*. S. Zeferino papa, escribiendo á los obispos de Sicilia, admite 60. Leon papa IX contra la epístola de Niceto abad no recibe mas que 50. Otros admiten 84 ú 85, los cuales copiló de los ejemplares griegos y latinos, y aprobó en el canon 2.º el sexto concilio ecuménico, aunque de los cánones de este concilio, que corren con este nombre, se duda que sean legítimos. La opinion mas válida es que 50 son ó de los apóstoles, ó ciertamente de la remotísima antigüedad muy limitrofe á los tiempos apostólicos, y por consiguiente de *grande autoridad*. De aquí es que el 7.º concilio general can. 4.º, el Tridentino ses. 35, cap. 4 de ref., Leon papa IV y otros pontífices citan tales cánones. Véase á Carranza *Summa Concil.* Sylvio *ibid.* y á Tomás ex-Charmes Theol. Univ. Tom. 1 de Prolegom. art. 1 de *Conciliis Apost.*

Los redactores de la Biblioteca Religiosa en la traducción de la Historia de la Iglesia por Mr. Receveur, presbítero y catedrático en la Sorbona, tom. 15, pág. 304, ponen una nota sacada, según ellos dicen, de un opúsculo titulado: *Retrato de Scipion de Ricci*, etc. por un prelado español, cuya nota viene muy al caso para confirmar nuestra doctrina. He aquí un párrafo de ella.

« Hemos oido las Escrituras, oigamos ahora á la razon ilustrada por la historia y la tradicion. Una sociedad numerosa no puede subsistir sin leyes; en su consecuencia la Iglesia en los tres primeros siglos hasta la conversion de Constantino tuvo leyes y reglas disciplinares para su gobierno. ¿Y quién estableció ó dió estas leyes á la Iglesia? ¿Fueron los príncipes paganos, que solo la conocian para perseguirla? Es claro que no. Los cánones llamados apostólicos, á lo menos porque su antigüedad toca con el tiempo de los apóstoles, en donde se establecen tantas reglas de disciplina; los cánones establecidos por los cincuenta concilios, poco mas ó menos, celebrados en aquellos tres primeros siglos, ¿quién los decretó? ¿Fué la autoridad de los emperadores? Es claro que no, que solo fueron los prelados de la Iglesia. Luego en aquellos primeros siglos solo en los prelados se reconocia la potestad de arreglar la disciplina de la Iglesia. Constantino y sus sucesores los demás príncipes ¿no entraron en la Iglesia y se so-

metieron á sus leyes, como hijos obedientes de ella, y como ovejas de la grey de Jesucristo? ¿Y qué? ¿toca á las ovejas guiar y dirigir á los pastores? ¿toca á los hijos mandar á sus padres, y á los discípulos enseñar á sus maestros? Es evidente que no. Luego no menos consta por la tradicion que por las sagradas Escrituras, que el arreglar la disciplina pertenece, no á la autoridad civil, sino solo á la Iglesia; así es que el decir lo contrario es contra la fe, porque es manifestamente contrario á la sagrada Escritura y tradicion.»

(e) Para que se vea que la doctrina que el Sr. Vigil propina aquí á los incautos, de que los mandatos evangélicos consisten en ruegos y repetidas instancias; que nada hay de fuerza u obligatorio en el régimen eclesiástico; que la sancion de las leyes depende de la voluntad de los fieles, y que no obligan sino es de su espontánea voluntad y aquiescencia; para que se vea, digo, que esta doctrina es herética, he aquí dos cánones del concilio Tridentino que la condenan por tal contra los protestantes: *Si quis dixerit, nihil præceptum esse in Evangelio præter fidem, cætera esse indifferentia, neque præcepta, neque prohibita, sed libera; aut decem præcepta nihil pertinere ad christianos; anathema sit.* Sess. 6, can. 19. «Si alguno dijere, que no hay ningun precepto ó mandato en el Evangelio, sino la fe; y que las demás cosas son indiferentes, no mandadas ni prohibidas, sino libres, ó de espontánea voluntad de los fieles; ó que los diez mandamientos en nada pertenecen á los cristianos; sea escomulgado.» El otro dice así: *Si quis hominem justificatum, et quantumlibet perfectum dixerit non teneri ad observantiam mandatorum Dei et Ecclesiæ, sed tantum ad credendum, quasi verò Evangelium sit munda et absoluta promissio vitæ æternæ sine conditione observationis mandatorum; anathema sit.* Sess. 6, can. 20: La traduccion la hemos dado en la nota (b).

Han visto nuestros lectores en este capítulo las proposiciones del Sr. Vigil: vean ahora si puestas en paralelo con las de Lutero, las de los políticos jansenistas autores de la constitucion civil del clero de Francia, y del hereje *De Dominis*; son idénticas ó muy parecidas. Lutero decia: «La ley debe recibir la sancion del consentimiento de todos los que deben obedecerla.—No hay verdadera soberanía en la Iglesia.» Lutero ep. ad Cajet. tom. 1, pág. 165; et disp. Leips. init. ep. Melancht. tom. 1, pág. 304. Los fautores de la constitucion civil del clero, etc. tambien decian como Vigil: «La doctrina que predicaba Jesucristo á sus

apóstoles, y que no cesaban estos de repetir á los primeros cristianos, era una doctrina de humildad.» En Guillon, *Paralelo de las revoluciones*: y con estas palabras melosas brindaban las herejías y los errores cismáticos de la enunciada constitucion. Esta fué condenada por Pío VI, como se verá en otro lugar. Habiendo M. Antonio *De Dominis* emitido esta proposicion: *Qui de república ecclesiastica sicut de puris humanis philosophantur, mihi videntur non parum à recto tramite aberrare: non modò quia in eâ requirunt veram jurisdictionem externam, ubi tamen omnis gloria ejus ab intus, etc.*; la Facultad Teológica parisiense en el año 1647 la selló con esta censura: *Hæc propositio, quâ parte veram jurisdictionem, id est, vim coactivam et subjectionem externam Ecclesiæ denegat, est hæretica, et totius ordinis hierarchici perturbativa, atque confusionem babylonicam in Ecclesiâ generans.*

(f) Que la doctrina del Sr. Vigil sea jansenistica se ha visto en este capítulo, y se verá mas claramente en el discurso de esta obra. Qué sus modales sean de los discípulos de Jansenio y Ricci, responde de ello la conciencia pública. Una humildad exterior con una interna soberbia, presumida, orgülosa y refractaria; una mansedumbre afectada y estudiada á los ojos del mundo con un fuego interno de iracundia, que á veces á sus solas y en presencia de otros rompe en esplosiones fogosas y arranques descomedidos; un rigorismo y austeridad de vida, que sorprende al ojo ajeno, con una anchurosa libertad de conciencia, que pasa por encima de todo embarazo de leyes, consejos y amonestaciones; una piedad celosa, que estudia el honor de Dios, pero que mira con ojeriza los santos sacramentos, y huye de su recepcion, administracion y de la celebracion ó asistencia al augusto y tremendo sacrificio de la misa; un celo estremado por la pureza de la fe y por la sana moral, pero que da lecciones y reglas para organizar un cisma, y sostener abiertamente la resistencia y rebelion contra los pastores de la Iglesia; un caritativo anhelo de dar á las ovejas de Jesucristo el pasto mas conveniente y salúdnable, pero que no reconoce por tal, antes bien califica de dañoso y de mortífero el que les señala la Iglesia establecida por Dios al efecto; una castidad angelical digna de que sus sacerdotes se ciñan con el cingulo de la pureza, pero que propala doctrinas destructoras de sí misma, y que á la mejor ocasion contrae matrimonio, como se vió en la revolucion francesa: He aquí un bosquejo, un retrato de los modales jansenísticos. ¿Ha copiado en sí el Sr. Vigil algunos de

ellos? La conciencia pública; los periodistas peruanos y la conducta de ese respetable señor están encargados de resolver este problema. *Oportet et hæreses esse, ut et qui probati sunt manifesti fiant in vobis*, 1.^a ad Cor. c. 14, v. 19. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*. (Matth. 17, v. 15.) *Si quis non obedit verbo nostro (Pauli) per epistolam; hunc notate, et ne commisceamini cum illo, ut confundatur, et nolite quasi inimicum existimare; sed corripite ut fratrem*. (2 Thess. c. 3, v. 14 et 15.)

(g) Las epístolas de S. Pablo y de los demás apóstoles están llenas de mandatos, con que aquellos discípulos del Señor arreglaban las costumbres públicas y privadas de los fieles, la disciplina eclesiástica y los oficios de los cristianos. S. Pablo en casi todas sus cartas. Santiago ep. cathol. cap. 1, v. 3 et seq., et cap. 2, v. 4 et seq. S. Pedro ep. 1, cap. 2, v. 4 et seq. S. Juan ep. 1, cap. 2 et 3. Omíto otros lugares por no ser molesto.

(h) Lachis en dicha obrita cap. 7, §. 73 y 77 de la impresión de Madrid en 1843. Apreciamos á este autor por su laconismo, método, claridad, y por algunos principios sanos que adopta. Pero fuerza es advertirlo: no consiguiente á sí mismo; antes bien contradictorio en algunas partes, manifiesta una tendencia decidida al jansenismo, y sostiene algunas doctrinas de los sectarios de este, como son las del hereje M. Antonio De-Dominis, Febronio, Van-Espen, Dupin y otros, todos condenados por la Santa Sede. Advertimos esto, para que sepan los católicos qué clase de autores tienen en sus manos.

(i) *Errores*, etc. Dice el Sr. Vigil, como hemos visto: *Los cristianos como tales no están sometidos á la potestad civil*. Proposición herética y anárquica. *Herética*, y se demuestra con este silogismo. Es de fe que los cristianos como tales están obligados á obedecer y someterse á lo que les mandan Jesucristo y los apóstoles; es así que es de fe que Jesucristo y los apóstoles les mandan obedecer y estar sometidos á la potestad civil: *dad al César lo que es del César*, Jesucristo: *toda alma esté sometida á las potestades supremas*; S. Pablo: *estad sujetos al rey y á los gobernantes*, S. Pedro: *luègo es de fe que los cristianos como tales están sometidos á la potestad civil*: luego la proposición contraria es herética. Es también *anárquica*: decir que los cristianos como tales no están sometidos á la potestad civil, es quitar á las leyes la fuerza moral, es abrir un espacioso camino al desórden, es en fin

desvirtuar el benéfico y regulador influjo que la religion ha ejercido y ejerce en la moral y órden públicos.

El Dr. Vigil en la pag. 18 de la primera disertacion dice: *Bien puede la potestad eclesiástica imponer penitencias corporales, y prescribir á veces al cristiano que se desprenda de una parte de su hacienda para socorrer á los necesitados.* Y en la página 152 de la disertacion 8.^a dice, *que Jesucristo no ha dado facultad al concilio de Trento, esto es, á la potestad eclesiástica, de dar mandatos á los impresores, ni multarlos; esto es, que se desprendan de una parte de su hacienda ó intereses.* En otros lugares niega á la Iglesia la facultad de imponer penas ó penitencias corporales. He aquí un hombre que lucha contra sí mismo.

CAPÍTULO III.

(a) El derecho eclesiástico universal de Van-Espen fué condenado por Clemente XI con un decreto de 22 de abril de 1704: y sus demás obras fueron condenadas por Clemente XII con decreto de 17 de mayo de 1734.— Las Instituciones del derecho canónico por Domingo Cavalario fueron condenadas por Pio VII con decreto de 27 de enero de 1817, en cuyo decreto se prohíbe también otra obra del mismo autor titulada: *Commentaria de Jure canonico, opera postuma in sex tomos.* Véase el Índice de libros prohibidos impreso en Roma año 1841.

(b) San Agustín en la Epíst. 135 á Marcelino así escribe: *Quando tantorum scelerum confessionem... virgarum verberibus eruisti, qui modus coercitionis, et à magistris artium liberalium et ab ipsis parentibus, sæpè etiam in judiciis solet ab Episcopis adhiberi.*

(c) *Si verborum increpatio non emendaverit, etiam verberibus statuimus coerceri.— Quem clericum ebrium fuisse constiterit, ut ordo patitur, aut triginta dierum spatio à communione statuimus submovendum, aut corporali subdendum supplicio.* Conc. Agatense can. 38 et 41 ap. Labb. tom. 5, col. 527.

(d) Véase en la obra del Sr. Balmes « El protestantismo comparado con el catolicismo » cuanto ha hecho la Iglesia para quitar la esclavitud, y hacer feliz á esa desgraciada raza de la especie humana.

(e) No piensa como el señor obispo Parisís su contemporáneo el P. Lacordaire, quien en el tomo primero de sus sermones dice, que « el poder coercitivo de la Iglesia en el fuero esterno consiste en el derecho de escomulgar, y que es cierto que la Iglesia no tiene el derecho de la fuerza ó coaccion material (sermon 7). » Estrañamos que un autor católico defienda tal doctrina, y que un erudito como el P. Lacordaire ignore las definiciones de la Santa Sede contenidas en las bulas que hemós citado, la práctica de la Iglesia consignada en la historia eclesiástica, y la doctrina de los santos padres. Las pruebas que aduce son insignificantes, y quedan disipadas ó desmentidas con lo que dejamos escrito en este capítulo. Para disculpar á un autor tan benemérito y piadoso, diremos que pueden entenderse sus palabras con respecto á los infieles, esto es, que á estos no se les puede obligar á la creencia católica por medio de la fuerza ó coaccion material, pues así aparece de algunas espresiones que usa: y en esta parte, aunque tiene un buen número de autores católicos en contra, su opinion será mas sostenible: mas no negará á la Iglesia el derecho de contener á sus hijos en la línea del deber con penas exteriores ó afflictivas, á mas de la escomunion, tan claramente consignado en la Escritura divina, en los concilios, en las bulas pontificias, en los santos padres, en la razon y en la misma ley natural de la propia conservacion y defensa.

(f) « *¿Quid igitur agendum? Etenim si mitius ágas cum eo, qui magnâ sectione opus habet, neque profundam opus habenti plagam infligas, partem vulneris abstulisti, partem reliquisti: sin requisitam sectionem prorsus adhibueris, sæpè ille doloris impatientiâ animum despondens, omnibus confestim rejectis, tum medicinâ, tum ligamine, seipsum præcipitem dabit, contrito jugo, ac contracto vinculo..... Quocirca multâ opus est Pastori prudentiâ, ac sexcentis oculis, ut undique animæ statum circumspiciat. Quemadmodum enim multi in arrogantiam extolluntur, et in salutis suæ desperationem incidunt, quod acerbiora remedia pati nequeant; ita sunt et alii, qui quod pares peccatis suis pœnas luere noliint, in neglectum vertuntur, multò deteriores evadunt, majoremque peccandi licentiam usurpant. Nihil itaque horum sine examine relinquendum est; sed omnibus ritè exploratis, Episcopus congruenter, quæ ad se pertinent, proferat oportet, ne vanam sollicitudinem adhibeat.* » S. Joann. Chrisost. de Sacerdotio lib. 2, n. 4.

(g) « *Quid vultis? in virga veniam ad vos; an in charitate et spiritu mansuetudinis? Multum terroris et multum lenitatis hic sermo præ se fert. Dicere enim, cognoscam, sese continentis erat; dicere autem: quid vultis? in virga veniam ad vos? ejus est qui in doctrinæ solium ascendit, et inde disserit, totamque auctoritatem accepit. Quid est in virga? id est, in castigatione, in supplicio; hoc est de medio tollam, excæcabo; quod in Saphira Petrus fecit, et ipse in Elyma mago. Non enim jam dicit: tamquam se cum illis comparans, sed cum auctoritate. Et in secunda epistola hoc ipsum dicere deprehenditur, cum ait: *An experimentum queritis ejus, qui in me loquitur, Christi?* In virga veniam, an in charitate? Quid enim in virga venire, an non charitatis? Charitatis quidem erat; sed quia qui diligit, vix ad pœnam sumendam ducitur, ideo ita loquitur. » S. Joann. Chris. in Epist. 1 ad Cor. Hom. xiv, n. 2.*

(h) Entre las muchas contradicciones que se hallan esparcidas en las disertaciones del Sr. Vigil, preferimos en este capítulo una que es de la mayor transcendencia. En la *introduccion* á su obra pág. 37, hablando de la Santa Sede, dice así: « Cuando los romanos pontífices ocupan la Santa Sede, están en su propio lugar con todo el poder y modestia y derechos y virtudes de aquel á quien suceden; Pedro habla por cada uno de ellos. » Nótese de camino el absurdo que con estas palabras queda grabado: *ocupan la Santa Sede con toda la modestia y virtudes de aquel á quien suceden.* ¿Quién se atreverá afirmar, sino nuestro inadvertido bibliotecario, que todos los romanos pontífices heredan la modestia y las virtudes de S. Pedro, á quien suceden? ¿No nos dice á cada paso nuestro mismo inconsecuente adversario, que muchos pontífices romanos se apartaron del espíritu de modestia, y que carecieron de las virtudes del santo apóstol? Pero no es esto lo que ocupa aquí nuestra atencion. Coligese claramente de las palabras citadas de la *introduccion*, que el Sr. Vigil confiesa con ellas que los sumos pontífices son infalibles; pues nos dice, *que Pedro habla por cada uno de ellos cuando ocupan la Santa Sede*, esto es, cuando hablan como vicarios de Jesucristo, ó *ex cathedra*; y es una verdad incontestable que S. Pedro, como escritor sagrado y como cabeza de los apóstoles y doctor universal de la Iglesia, tenia el don de infalibilidad segun las promesas de Jesucristo: y mayormente goza de este don ahora que se halla en el lugar donde no puede entrar el error. Y sin embargo, he aquí como habla el mismo doctor Vigil en la disertacion 14, pág. 466;

« De nuestra parte no tenemos por infalible al romano pontífice en sus decisiones, cuando no le acompaña la aprobacion de la Iglesia universal, requisito que parece faltar á la bula *Auctorem fidei*, de lo cual hemos hablado algo en la disertacion anterior (dis. 3.ª pág. 25), y es materia propia de la segunda parte de nuestro trabajo.» ¿No es esta una contradiccion ridicula?

Ven aqui nuestros lectores que nuestro antagonista procura desvirtuar la fuerza de las decisiones del Vicario de Jesucristo y en particular las de la bula dogmática de Pio VI *Auctorem fidei*: cosa que repite siempre que se le presenta ocasion, y con maliciosa sagacidad; porque condenando dicha bula los errores de los herejes jansenistas contenidos en las actas del tenebroso sínodo de Pistoya, que son los mismos que defiende Vigil; admitida la infalibilidad de tales decisiones, quedaria desbaratado su plan y condenadas sus disertaciones. Proponiéndose el Sr. Vigil tratar esta materia en la segunda parte de su obra, nosotros tambien diferiremos para entonces contestar largamente á sus erradas opiniones sobre este particular. Mas como por otra parte nos sea forzoso citar á menudo la enunciada bula en condenacion de las doctrinas vigilianas, y reconocer un tribunal competente que falle sobre toda disputa; no podemos prescindir de refutar rápidamente las dos proposiciones emitidas por nuestro adversario.

Dice en primer lugar el Sr. Vigil: *De nuestra parte no tenemos por infalible al romano pontífice en sus decisiones, cuando no le acompaña la aprobacion de la Iglesia universal*. Podriamos preguntar por de pronto á nuestro doctor: ¿cuándo la Iglesia universal puede separarse de las decisiones dogmáticas del romano pontífice? Si se diera este caso, dejaria de existir la Iglesia, porque, segun la célebre autoridad de S. Ambrosio, *ubi Petrus, ibi Ecclesia* (in Ps. xl, n.º 30): «donde está Pedro ó su sucesor, alli está la Iglesia:» luego, donde no está, no hay Iglesia: habrá un aborto de Iglesia, una Iglesia acéfala, un cuerpo sin cabeza incapaz de vida; pero no la Iglesia cual la instituyó Jesucristo. Por consiguiente tal proposicion es quimérica y abarca contradiccion. Además en el aserto vigiliano, si el sucesor de S. Pedro enseñara como de fe una cosa, y le contradijeran los otros miembros de la Iglesia, la Iglesia universal dejaria de ser *columna de la verdad*, cual la predica el Espiritu Santo (1 ad Tim. 4); dejaria de ser infalible contra el dogma de fe, dejaria de existir el tribunal docente, permanente é inapelable, que ha instituido Jesucristo, porque la Iglesia estaria dividida en dos facciones. Luego, ó se ha de conceder que el romano pontífice

es infalible independientemente del consentimiento de los demás miembros de la Iglesia, ó que necesariamente esos han de aprobar el juicio dogmático del referido pontífice. Por último, es de fe, según ha definido el concilio general de Florencia, que el pontífice romano, vicario de Jesucristo y sucesor de S. Pedro, es el doctor de la Iglesia universal. Luego, los miembros de la Iglesia han de recibir la doctrina de su doctor y maestro, y no el maestro y doctor ha de aguardar la doctrina de los enseñados. ¿Cuándo se ha visto que la doctrina del maestro haya de recibir la sanción de mano de sus discípulos?

Esta verdad, que el romano pontífice hablando *ex cathedra*, esto es, como doctor universal á toda la Iglesia, sea infalible en sus decisiones acerca de la fe, costumbres y disciplina general de la Iglesia, que también pertenece á las costumbres y tiene contacto con el dogma, es tan cierta, que solo la herejía ó el cisma la puede contradecir. Consta de aquellas palabras de Jesucristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Matth. 16, v. 18). «¿Quién ignora, dice Orígenes, que prevaleciendo la fuerza del error contra la piedra fundamental, prevalecería al propio tiempo contra la Iglesia? Quitado el fundamento se desploma el edificio. Luego, añade ese padre, ni contra esa piedra, ni contra la Iglesia puede prevalecer el error infernal (tom. 12 in cap. 16 Matth.). Consta de aquellas otras palabras del mismo Cristo: «Yo rogué por tí, ó Pedro, para que no falte tu fe, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos (Luc. 22, v. 32).» Sobre cuyas palabras así se espresa S. Agustín: «No pudiendo ser vana la oración de Cristo, ¿qué otra cosa pidió sino que Pedro tuviese una voluntad libérrima, fortísima, invictísima y perseverantísima en la fe (Lib. de corr. et grat. cap. 8)?» Consta de la otra autoridad del mismo Jesus que, encargando al mismo príncipe de los apóstoles la solicitud y gobierno de la Iglesia universal, le dijo: *Apacienta á mis corderos*, los fieles, *apacienta á mis ovejas*, los obispos (Joann. 21). Donde se ve claro, que los fieles y obispos han de recibir el pasto de la doctrina de Pedro y de sus sucesores, y no al contrario. Mas ¿no recibirían alguna vez veneno, y no pasto salubre, si pudieran errar en la doctrina?

Los santos padres y doctores de la Iglesia anuncian de consuno esta verdad. Así S. Ireneo, S. Ignacio, S. Cipriano, S. Epifanio, S. Máximo, S. Cirilo, Leon, Basilio, Agaton, Ambrosio, Crisóstomo, Agustino, Jerónimo, Hilario, Bernardo, Francisco de Sales, Buenaventura y el angélico Sto. Tomás, cuyas palabras son las

siguientes: *Magis standum est Papæ* (atienda el Sr. Vigil), *ad quem pertinet determinare de fide, quam quorumlibet sapientum* (Quodlib. x, art. 6). En otra parte dice: *Postquam essent aliqua Ecclesiæ auctoritate determinata, hæreticus esset si quis repugnet; quæ quidem auctoritas principaliter residet in Summo Pontifice* (2, 2, q. 11, art. 2 ad 5). En otro lugar enseña, que la promesa de infalibilidad en las cosas de fe tan solamente á Pedro y á sus sucesores fué hecha; y en tanto, dice, no poder errar la Iglesia, porque no puede errar el papa. He aquí sus palabras: *Ecclesia universalis non potest errare, quia ille, qui in omnibus exauditus est pro sua reverentia dicit Petro: Ego pro te rogavi, Petre, ut non deficiat fides tua* (3, p. q. 25, art. 1). En otro paraje afirma, que en la Iglesia no podría guardarse la unidad de la fe, si las cuestiones dogmáticas no se definiesen por el romano pontífice. Este es el testo: *Ad illius (pontificis) ergo auctoritatem pertinet finaliter determinare ea, quæ sunt fidei, ut ab omnibus inconcussâ fide teneantur. Et hujus ratio est, quia una fides debet esse totius Ecclesiæ, quod servari non posset, nisi quæstio fidei determinetur per eum, qui toti Ecclesiæ præest* (2, 2, q. 1, art. 10).

Así tambien lo han enseñado los concilios ecuménicos. El de Calcedonia dice: «Todas las cosas definidas por el papa se respeten como venidas del vicario del trono apostólico.» Allí mismo se dice: *S. Pedro ha hablado por el papa Leon*, y fulmina anatema contra los que se oponen á sus decisiones (Ap. Lig. Theol. Mort. 1, p. 86, edit. Bassan. 1832). El concilio general de Leon afirma, que «el romano pontífice es el sucesor de S. Pedro, que ha recibido de Cristo la plenitud de la potestad, y que de consiguiente si nacen algunas cuestiones acerca de la fe, se han de definir por su juicio (ap. eumd. ibid.).» Ya dijimos que el concilio ecuménico de Florencia definió como de fe, «que el romano pontífice es el padre y doctor de todos los cristianos (sess. ult.):» y por consiguiente es ciertísimo que es infalible, de otra suerte la Iglesia podría ser engañada por su doctor. El concilio general de Viena decretó, que solamente á la Sede apostólica pertenece declarar las dudas que nacen acerca de la fe. *Dubia fidei declarare, ad Sedem dumtaxat apostolicam pertinere* (id. ibid.). Lo propio confesó el concilio Tridentino; pues dice, que en casos de dudas ó dificultades se reuna un concilio provincial; pero con esta condicion, que nada de nuevo y no usado en la Iglesia se determine sin consultar primero al romano pontífice. *Ita tamen ut nihil, inconsulto sanctissimo romano pontífice, novum aut in Ecclesia hac-*

tenus inusitatum decernatur (sess. 25, Dec. de Reliq. Sanct.). Luego en el romano pontifice reconoce el tribunal infalible é inapelable de la Iglesia. Y es por esto que todos los concilios, y el mismo Tridentino, pidieron al dicho sumo pontifice la confirmacion de sus actas y decisiones, por manera que del concilio general, que no tiene tal confirmacion, no son tenidas por infalibles sus definiciones, ni por verdadero el concilio.

Esta ha sido siempre la doctrina de todos los católicos, dice Belarmino, de todos los padres y teólogos antiguos y modernos, esceptuados algunos doctores franceses llevados de un espíritu de partido contra lo que habian enseñado los antiguos teólogos de la misma Francia, y enseñan los modernos, como se verá en su lugar. Desde el nacimiento de la Iglesia la mayor parte de los errores fueron condenados por los romanos pontífices, y sin aguardar el consentimiento de la Iglesia fueron luego tenidos por todos como heréticos. Hasta ahora no se ha probado que alguno de los sumos pontífices hablando *ex cathedra*, haya errado en sus decisiones dogmáticas acerca de la fe y costumbres. Por lo que á aquellos que niegan la infalibilidad, ó no obedecen á las decisiones del vicario de Jesucristo, S. Jerónimo los llama *perjurros*, S. Cipriano *cismáticos*, el concilio Constanciense *herejes*, Sto. Tomás *herejes*, S. Gregorio VII *no católicos*. A lo menos, dice el cardenal Belarmino, nuestra sentencia es próxima á ser de fe (ó es de fe implícitamente), y la contraria es del todo errónea y próxima á la herejía (ap. Lig. *ibid.* et Bell. lib. 4 de Pont. c. 2). ¿Qué dice á esto nuestro doctor refractario?

Esto afirman los padres y teólogos hablando de la infalibilidad del romano pontifice, prescindiendo del consentimiento de los miembros de la Iglesia docente, los obispos. Porque si al juicio del sucesor de S. Pedro se une el consentimiento tácito ó expreso de los obispos de la Iglesia universal, es un dogma de fe, que entonces es infalible, pues dice el Espíritu Santo, que *la Iglesia es la columna y firmamento de la verdad* (1 ad Tim. 1): y Jesucristo prometió estar con los pastores de ella hasta la consumacion de los siglos, y que las fuerzas infernales del error no prevalecerian contra ella. Esto lo confiesa el Sr. Vigil, y concretándose á las decisiones de la bula dogmática de Pio VI *Auctorem fidei*, solo niega que tal bula haya tenido la aprobacion de la Iglesia: *requisito*, dice, *que parece faltar á dicha bula*. Es decir, que si nosotros llegamos á probar que la bula *Auctorem fidei* ha tenido la aprobacion de la Iglesia católica universal, ganamos un triunfo contra nuestro adversario, quedan conde-

nadas sus doctrinas, y muchas como heréticas, y él mismo falla contra sí mismo.

Con la historia en la mano vamos á probar hasta la evidencia, que dicha bula ha tenido el asentimiento plausible del orbe católico. Citaremos autores franceses, italianos y españoles dignos de toda fe. Tengan el primer lugar los doctos traductores españoles y continuadores de la historia de la Iglesia por Be-rault-Bercastel, quienes en el tomo xxxiii de dicha obra, página 187, así hablan: « Finalmente, despues de un largo trabajo y del mas detenido exámen de las actas de Pistoja; despues de haber ordenado rogativas públicas y particulares en Roma para implorar la asistencia del Espíritu Santo; Pio VI espidió con la fecha de 28 de agosto de este año 1794 la célebre bula *Auctorem fidei*. Esta bula dogmática, universalmente recibida en la Iglesia, aplaudida y enseñada por cuasi todos los obispos católicos, es un juicio solemne é individual de los principales artículos contenidos en las actas y decretos de aquel sínodo. Despues del preámbulo se citan en ella ochenta y cinco proposiciones estractadas de las actas y colocadas en cuarenta y cuatro títulos, conforme á la diferencia de materias. Cada una de dichas proposiciones está calificada con la nota ó notas de condenacion que la corresponde; en lo cual quiso sin duda el ilustrado pontífice evitar las murmuraciones de los novadores, que acostumbraron censurar los juicios en globo emanados de la Santa Sede. Se ven asimismo en dicha bula algunas aserciones tachadas bajo los diversos sentidos que podian presentar, para que no quedase oscuridad ni efugio alguno. De las ochenta y cinco proposiciones, solas siete son proscritas directamente como heréticas; á saber.....»

«Tal es en sustancia la célebre bula *Auctorem fidei*, que habian hecho necesaria los progresos que hacia en Italia la doctrina de aquel sínodo. La sabiduría, exactitud y precision, que tanto resplandecen en este solemne juicio de la Sede apostólica, le merecieron el asentimiento de toda la Iglesia. *La adhesion de los obispos á esta decision de la Santa Sede*, dice el sabio cardenal Gerdil, *no puede ser un problema. Un gran número ha manifestado su aprobacion con cartas espresas, y los demás no han reclamado.* (Gerdil, exámen, etc.) Sin embargo, preciso es confesarlo, levantáronse algunas voces contra la bula. Dos obispos de Toscana, á saber, el de Colle y el de Arezzo, antiguos admiradores de Escipion de Ricci, y que imitaron su conducta, celebraron sus sínodos diocesanos á semejanza del de Pistoja y se mostra-

ron poco favorables. Mr. Solari, obispo de Noli, en el estado de Génova, se opuso pública y formalmente á la bula y escribió contra ella; pero el sabio cardenal Gerdil le refutó victoriosamente examinando los decretos y proposiciones condenadas, y demostrando que la oposicion del prelado genovés carecia de todo fundamento. Escribieron tambien contra la bula algunos eclesiásticos de segunda orden; entre los que merecen citarse Mr. Plat, antiguo canonista de Lovaina, que dió en 1796 sus cartas contra el juicio de Pio VI, y Mr. Tamburini, catedrático de Pavia, promotor del sínodo y redactor de sus actas, quien, además de otros folletos, publicó sus famosas *Cartas teológico-políticas*, llenas de sofismas é invectivas, en las que no temió decir «que la bula *Auctorem fidei*, hija desgraciada de una madre infeliz (la bula *Unigenitus*), habia colmado la medida del escándalo.» Pero saltaron á la palestra contra estos y semejantes escritores apasionados un gran número de eclesiásticos de ambos órdenes, como el ya mencionado cardenal Gerdil, diferentes obispos de Italia, los abates Rasier (Fuensalida), Sanna, Bolgeni, Guasco, Mondelli, Muzzarelli, Gustá y otros muchos. Es pues evidente que la débil oposicion, que sufrió la bula por parte de los interesados en la causa del sínodo de Pistoya, no puede enflaquecer la autoridad de un juicio; al que su naturaleza, su importancia, el tribunal de que procedió, y el asenso general de la Iglesia católica han colocado en el número de las decisiones sólidas, luminosas é irreformables.» Hasta aquí los continuadores españoles de Berçastel en el lugar citado.

En la página 261 del mismo tomo añaden: «Carlos IV por otra cédula real de 10 de diciembre del mismo año (1801) mandó la promulgacion y observancia de la bula *Auctorem fidei*, comunicándola á todos los tribunales para que rigiese en España como ley del reino. Exhortó juntamente á los obispos á mantener su ejecucion, prohibió á las universidades defender ninguna de las proposiciones censuradas en dicha bula, y amenazó con su real indignacion á cualquiera que insinuase nuevas opiniones dirigidas á separar á los fieles del centro de la unidad.»

Un erudito escritor francés, autor de las *Memorias para servir á la historia eclesiástica durante el siglo xviii*, tomo iv, página 108, etc. de la traduccion española, dice que Pio VI, despues de haber hecho examinar las actas del sínodo de Pistoya por una congregacion de cardenales y obispos y por otros teólogos, despues de haberlas examinado largamente él mismo, y haber ordenado oraciones públicas al intento, publicó dicha bula *Auctorem*

fidei para atajar los errores de los jansenistas, que iban tomando creces; y que tal bula *tuvo el asentimiento de toda la Iglesia*. Después añade: «Parece que dos obispos de Toscana no se mostraron favorables á ella, lo que es poco de admirar: estos eran los mismos que se habian declarado antes por Ricci. Mr. Solari, obispo de Noli en el estado de Génova, es tal vez el único obispo católico que ha mostrado una oposicion pública y formal á esta bula y que ha escrito contra ella. Este ha sido refutado por el cardenal Gerdil.... Además es bueno observar que el mismo Mr. Solari convenia en que se habia apartado en esta ocasion de los principios y del ejemplo de sus colegas. Es un triste presupuesto contra un obispo separarse del cuerpo episcopal y de su cabeza. Un escritor italiano apoyó con todos sus esfuerzos la oposicion de Mr. Solari, y dió en su favor escritos, en los que se manifiesta fiel copiante y admirador de los jansenistas franceses: imitábalos en sus invectivas como en sus sofismas, y decia que la bula *Auctorem fidei*, *hija desgraciada de una madre infeliz* (la bula *Unigenitus*) *habia colmado la medida del escándalo*. Declamaba altamente contra el *curialismo*, expresion nueva, por la cual se empezaba en este partido á señalar la corte de Roma.... El cardenal Gerdil respondió á sus sofismas. Otro antagonista salió tambien á la palestra para atacar la nueva bula. Plat, este canonista de Lovaina, este protegido de José, á quien hemos visto servir en los Países Bajos á las reformas de este principe, Plat publicó en 1796 unas cartas contra el juicio de Pio VI. Este pontífice y la corte de Roma son tratados en ellas con el tono más altanero y acre. Tambien se sirven siempre en ellas, hablando de los oficiales de esta corte, del término de *curialistas*, que ha parecido sin duda propio para ridiculizarlos. Parece haber tomado á empeño en ellas imitar á los judíos, que saludaban al Hijo de Dios dándole de bofetadas. Porque al mismo tiempo que el autor pide al papa su bendicion con las fórmulas de respeto, le trata de *ciego*, *ignorante*, *de hombre que delira*, *de impostor*, *de calumniador*, *de hereje*.... No parece que semejantes escritos puedan ser de mucho peso, ni que una tan débil oposicion pueda enflaquecer la autoridad de un juicio al que su naturaleza, su importancia, el tribunal de donde se deriva, y el asenso de la Iglesia han puesto en el número de las decisiones sólidas, luminosas é irreformables, destinadas á confundir el error y á mantener en su pureza el sagrado depósito de la doctrina y de la verdad.»

Otro célebre francés, Mr. Receveur, presbítero y catedrático en la Sorbona, en su historia de la Iglesia, tomo xv, pág. 312, tam-

bien se expresa así : «Al fin habiendo sucedido Leopoldo á su hermano en el trono imperial, abandonó unas reformas, cuya imprudencia y temeridad descubria la esperiencia. Ricci detestado en su diócesis tuvo que fugarse y renunciar á poco la mitra. Pío VI por la bula *Auctorem fidei*, dada en 28 de agosto de 1794, condenó las actas del sínodo de Pistoya, y en particular ochenta y cinco proposiciones, siete de ellas como heréticas. Esta bula fué recibida sin reclamacion en toda la Iglesia.»

A estas palabras los redactores españoles de la *Biblioteca Religiosa* y traductores de dicha historia añaden la siguiente nota. «Los jansenistas y los filósofos del siglo pasado unidos contra la Iglesia trabajaban sin cesar por dar la última mano á su obra, y creyeron conseguirlo con el famoso sínodo de Pistoya y la constitucion civil del clero de Francia. Para llevar á cabo su pensamiento, trataron de ganar algún obispo que se prestase á sus designios, y le encontraron en Escipion de Ricci, obispo de Prato y de Pistoya en Toscana. Este desgraciadamente célebre obispo unido con los jansenistas y filósofos de Francia y de Italia, y apoyado por el emperador José y su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana, tuvo su famoso sínodo de Pistoya, del cual fueron condenadas por Pío VI ochenta y cinco proposiciones, las siete como heréticas en su bula *Auctorem fidei*, bula dogmática, y sin embargo con la influencia que tenia ya la secta en España, lograron detener su publicacion por seis años. Escipion de Ricci, que habia dado tambien su aprobacion á la constitucion del clero de Francia, murió el año 1810; pero antes abjuró sus errores, y á la vuelta de Pío VII de Francia para Roma presentó á Su Santidad su retraccion : se cree que sinceramente.»

El R. P. M. Nicolás de Castro, dominico, en una de las notas que añade á la traduccion del *Obispado* del docto abad Bolgeni, dice así á nuestro propósito : «Es bien sabido que habiendo sido pasada por el consejo de España en 1795 la bula dogmática *Auctorem fidei*, supo un ministro perverso suprimirla hasta que en 1801 informado el rey de esta picardia por un sacerdote católico, en real cédula de 9 de enero del mismo año dice las palabras siguientes : *El rey no ha podido menos que mirar con desagrado se abriguen por algunos bajo el pretesto de erudicion ó ilustracion, muchos de aquellos sentimientos que solo se dirigen á desviar los fieles del centro de unidad, potestad y jurisdiccion que todos deben confesar en la cabeza visible de la Iglesia, cual es el sucesor de S. Pedro : de esta clase han sido los que se han mostrado protectores del sínodo de Pistoya condenado solemnemente*

por la santidad de Pío VI, etc. Luego, un tal ministro debiera al punto sufrir la pena de infidelidad al rey y de la protección que dispensó á la herejía. Mientras los príncipes no se conducen por este orden, y no llegan á convencerse que un jansenista es un enemigo decidido, no solo de la tiara, sino tambien de todas las coronas, nuestros males no tendrán fin, y sus tronos están en demasiado peligro (cap. VIII, pág. 223).»

Por último, el clarísimo italiano el Dr. D. J. B. Torricelli en el tomo VII de sus *Disertaciones histórico-polémicas*, pág. 313, aduce estas palabras, que nosotros traducimos del idioma italiano. *Ya de gran tiempo y de todas partes no solo se aguarda, sino que se implora con incesantes y repetidas instancias el juicio de esta suprema apostólica Sede. No permita Dios, que la voz de Pedro calle jamás en esta cátedra, en la cual viviendo él y perpetuamente presidiendo, da la verdad de la fe á quien la busca.* (Palabras de la bula *Auctorem fidei*.) Las actas del sínodo pistoyano se habian esparcido por do quiera por obra de los jansenistas, y Pío VI apagando el justo deseo de todos los buenos, que aguardaban de Roma un juicio solemne y definitivo á defensa de la fe y de la salud de tantas almas que podian ser iluminadas, el día 28 de agosto de 1794 publicó la célebre bula dogmática *Auctorem fidei*, que exigian los peligros y los progresos de los errores que en ella se combaten. Fué proscrito el sínodo, y la novedad quebrantada. La sabiduría, exactitud y precision que han dictado este juicio, le han merecido el asenso de toda la Iglesia. La adhesion de los obispos á esta decision de la Santa Sede, dice el docto cardenal Gerdil, no puede ser un problema. Esta reflexión que acabamos de apuntar es del egregio abate Plácido Bordoní, primer continuador (italiano) de la *Historia del Cristianismo* de Beraült-Bercastel, impresa en Venecia en 1834, el cual pone en clara luz el mérito y las excelentes particularidades de aquella bula (tomo XXXIV). *Desde la roca del romano imperio, segun el lenguaje de S. León, Pío VI ha iluminado, enseñado y guiado con la bula Auctorem fidei á los verdaderos secuaces de la religion católica, apostólica, romana esparcidos por todo el orbe.* Así hablaba Mr. Zaguri, obispo de Vicenza, en su docta oracion fúnebre del gran Pontífice... Los sofismas de los motivos de oposición de Mr. Solari, obispo de Noli, fueron con triunfo confutados por el Emin. Gerdil con todo el peso de tradición, de autoridad y de lógica irresistible de que estaba adornado.»

El mismo Torricelli en el tomo VIII de dicha obra pág. 404, prosigue en esta forma: «Pío VI, viendo que Mr. Ricci, á pesar

de las mas tiernas exhortaciones; hijas de su paternal solicitud, permanecía en su pertinacia lleno de hiel amarga y empeñado en los lazos de la iniquidad, despues del mas maduro examen promulgó con su sabiduría la celeberrima bula *Auctorem fidei*, en la que solemnemente irrefragablemente condenó los errores del jansenismo contenidos en su sínodo: bula en que con sapientísimas calificaciones caracterizándose las proposiciones del sínodo, y espliándose su respectivo sentido, viene proscrita la doctrina heterodoxa, se propone la verdad con toda claridad, y se quita á los errantes todo efugio y cavilacion, que pudiera sugerir el espíritu de partido y de pertinacia para eximirse de la obediencia á la voz de S. Pedro, que habla por el órgano de su digno sucesor: bula á la cual, apenas emanada, no solo se adhirió liberal y voluntariamente casi todos los obispos del orbe católico, sino que hicieron aplauso de ella y dieron gracias por ella, y siguen todavía adhiriéndose á ella: bula que levantó un propugnáculo, una torre de fortaleza á defensa de la fe católica, un muro y antemural para la salvacion de la casa de Israel, á cuyos pies encañados el error y la herejía del jansenismo muerden y morderán el suelo en sus arranques de ira: ante quien levantarán su majestuosa frente la verdad católica y las cristianas costumbres; á quien la paz pública, levantando las manos al cielo como en accion de gracias, rinde dulcemente respetuosos homenajes. La religion combatida en vano, y siempre triunfante, vela y velará sobre la conservacion de los supremos oráculos contenidos en aquella bula; aplaudiendo la eminente sabiduría de Pío VI, á quien coronan inmórtales laureles, y cuya memoria será siempre en bendicion: bula en fin, á cuyos rayos de doctrina y peso de autoridad movido é iluminado el mismo Mr. Escipion de Ricci dió á la única verdadera Iglesia el triunfo mas glorioso y consolador, mediante su sincera reconciliacion con la misma.

Preguntamos ahora al Dr. Vigil: ¿falta á la bula *Auctorem fidei* el requisito de la aprobación de la Iglesia universal? La autoridad de tres solos obispos, que hicieron oposicion á las decisiones dogmáticas de dicha bula; y de tres obispos, que eran de partido del error, y que por ser cismáticos y herejes dejaban de ser miembros de la Iglesia católica, ¿qué valor puede tener en la balanza de la razon contra el peso imponderable de todo el cuerpo episcopal unido á su cabeza el romano pontífice? Y aunque hubiese habido una buena parte de obispos que se hubiesen opuesto, ¿hubieran acaso enervado la fuerza de la promesa de Jesucristo hecha á Pedro y á la Iglesia de Pedro? En muchos de los concii-

lios ecuménicos, cuando se han definido los dogmas, ¿no ha habido parte, y á veces gran parte de los obispos que eran contrarios á la verdad? ¿Se ha hecho jamás caso de la oposicion de los obispos partidarios del error que se condenaba? Cuando S. Melquíades papa condenó á los donatistas, tuvo no mas que diez y ocho obispos á su favor y cuatrocientos en contra; y sin embargo la verdad de fe estuvo en la parte del papa y de aquellos pocos obispos, y los donatistas fueron y son tenidos por herejes (Hau-noldus-Introd. ad Jus Canon. p. 163). El docto Bergier, á pesar de ser francés, así se espresa: «Las bulas que tratan de doctrina son tambien dirigidas á todos los fieles, y se llaman regularmente *Constituciones*. En ellas se muestra el juicio del sumo pontífice sobre la doctrina que le fué denunciada. Si son aceptadas, ya por un juicio espreso de los obispos, ya por un consentimiento tácito, se juzga que contienen el consentimiento de la Iglesia universal, y por lo mismo tienen fuerza de ley dogmática, como si este dictámen se hubiese dado en un concilio general. La reclamacion de un pequeño número de obispos, opuesta á la aceptacion de la mayor parte, no puede causar perjuicio alguno á la decision de los demás, de la misma manera que su oposicion en un concilio general no tendrá ninguna fuerza contra el sufragio de la mayor parte de los obispos.»

«Establecidos estos por Jesucristo para enseñar, no son dueños de juntarse siempre que lo juzgasen de necesidad: el gobierno de la Iglesia seria muy defectuoso si no pudiese declarar su creencia sino por un concilio. ¿Puede hablar con mas elevacion que por el órgano de su jefe, á quien todos los obispos se reputan unidos por la creencia de una doctrina, contra la cual no reclaman, pudiendo hacerlo? Si la decision les pareciere falsa, su silencio seria una prevaricacion, y un lazo inevitable de error para los fieles.» (Dicc. Enc. de Teol. tom. 2, pág. 172.)

Queda pues probado que la bula dogmática *Auctorem fidei* es una regla de fe, y que de consiguiente los errores condenados en ella, que defiende Vigil sobre el poder legislativo y coercitivo de la Iglesia, sobre la disciplina eterna atribuida por él al gobierno civil, sobre el que la Iglesia no puede poner impedimentos dirimientes al matrimonio, sino los principes, y demás, son verdaderas herejias.

CAPÍTULO IV.

(a) Hemos omitido el testo latino de las autoridades de los santos Padres, que hemos citado, para no abultar la obra con repeticiones. Sin embargo para dar mas fuerza á las pruebas del dogma que defendemos, aduciremos algunas de los doctores que acabamos de mentar, remitiendo á los lectores curiosos á los lugares de las citas, donde hallarán las que omitimos de los demás Padres.

S. Fulgentius lib. de prædest. et gratia Christi, ap. Corn. A-Lap. in 1 ep. S. Petri, ita habet: « Clementissimus imperator non idè est vas præparatum in gloriam, quia apicem terreni principatus accepit, sed si in imperiali culmine recta fide vivat, et vera cordis humilitate præditus, culmen regiæ dignitatis sanctæ religioni subiciat... si præ omnibus ita se sanctæ matris Ecclesiæ catholicæ meminerit filium, ut ejus paci atque tranquillitati per univèrsum mundum prodesse suum faciat principatum. »

S. Joannes Damascenus de imagin. orat. 2, num. 12, ita scribit: « Apud imperatorem potestas non est, ut Ecclesiis leges sanciat. Attende quid dicat Apostolus: et quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia, primum apostolos, secundò prophetas, tertio pastores et doctores ad perfectionem Ecclesiæ. Non adjecit imperatores... Verbum locuti non sunt vobis reges, sed apostoli et prophetæ, pastoresque et doctores... Tibi parebimus, ò imperator, in his, quæ ad hujus sæculi negotia pertinent... Verum ad res Ecclesiæ statuendas pastores habemus, qui nobis verbum loquuntur, atque ecclesiastica instituta tradiderunt. » Tom. 1, pag. 335, edit. Le-Quenii Venet. 1748.

S. Theodorus Studita adversus Leonem Isauricum: « Ne tentes, nunc, ò imperator, ecclesiasticum statum dissolvere. At enim Apostolus: Quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primum apostolos; deinde prophetas, tertio pastores et doctores, non dixit reges. Tibi quidem, imperator, civilis status et exercitus commissus est; hæc igitur cura: Ecclesiam autem pastoribus et doctoribus relinque. » Ap. Baron. ad ann. 814, n. 10, p. 519, edit. Luca 1743 in f.

S. Justino in Apolog. — S. Gregorio Magno lib. 17 *Moralium* in cap. 26 Job, tom. 1, p. 553. — S. Cirilo Jerosolimitano *Catech. 17 de Spir. S.* num. 10, pag. 269, edit. Venet. 1763. — S. Optato Milevitano de *Schism. Donatist.* n. 13, p. 14 edit. An-

tuerp. 1702. — S. Gregorio Niceno *Op.* tom. 3, p. 306, edit. *Paris ann.* 1639. — S. Martin Turonense *apud Sulpitium Severum Hist. Sacr. lib.* 2, num. 50, tom. 2, pag. 263, edit. *Veron.* 1741. — S. Bernardo *epist.* 255, tom. 1, col. 236 *ap. Thesaur. Patr.* tom. 5, pag. 3234.

(b) *Gloriosissimi Judices (imperatoris) dixerunt: Dicat Sancta et universalis Synodus, utrum ei placeat, ex regulis Patrum hujus causæ quæstionem examinari, an è sacris prægmaticis (imperatoris): de quibus quid sacro apici visum sit, jam omnibus apertum fecimus. Sancta Synodus dixit: Contra regulas nihil prægmaticum valebit. Regulæ Patrum teneant. Gloriosissimi Judices dixerunt: Nunc tempus est edoceri nos à sancta Synodo, an liceat ex sacro prægmatico alienæ Ecclesiæ jura ab aliis episcopis averti. Sancta Synodus dixit: Non licet hoc: est præter regulas. Concilium Chalcedonense Actio de Photio etc. ap. Labbæum t. 2, pag. 438, edit. Paris, 1714.*

(c) Al mandato del rey Odoacer propuesto por el prefecto Basilio que hacia las veces del rey, *ut non sine nostra consultatione cujuslibet celebretur electio*; contestó primero Crescencio, obispo de Todi, diciendo: «*Hic perpendat sancta Synodus; uti prætermisis personis religiosis (episcopis), quibus maxime cura est de tanto Pontifice (eligendo), electionem laici in sutum redegerint potestatem, quod contra canones esse manifestum est.* Y todo el concilio aprobó esta respuesta. A la disposicion del rey acerca de los ornamentos y bienes raices de la Iglesia contestaron por orden varios obispos: *Laurentius episcopus Mediolanensis Ecclesiæ dixit: Ista scriptura nullum romanæ civitatis potuit obligare Pontificem, quia non licuit laico statuendi in Ecclesia, præter papam romanum; habere aliquam potestatem, cui (laico) obsequendi manet necessitas, non auctoritas imperandi: maxime cum nec papa romanus suscripserit, nec alicujus secundum canones metropolitani legatur assensus. Eulalius episcopus Syracusanæ Ecclesiæ dixit: Scriptura, quæ in sacerdotali concilio recitata est, evidentissimis documentis constat invalida. Primum, quod contra Patrum regulas à laicis, quamvis religiosis, quibus nulla de ecclesiasticis facultatibus aliquid disponendi legitur unquam attributa facultas, facta videtur. Deinde, quod nullius præsulis Apostolicæ Sedis subscriptione firmata docetur. Quod si cujuslibet provincie sacerdotes, infra terminos suos concilio habito, quidquam sine metropolitani, siue antistitis auctoritate tentaverint, irritum esse debere*

Patres sancti sanxerunt; quanto magis quod in Apostolica Sede, non existente Præsule, qui prærogativa beati meritis apostoli Petri per universum orbem primatum obtinens sacerdotii, statutis synodalibus consuevit tribuere firmitatem, à laicis, licet consentientibus aliquantulis episcopis (qui tamen pontifici, à quo consecrari probantur, præjudicium inferre non potuerunt), præsumptum suis se cognoscitur; viribus carere non dubium est, nec posse inter ecclesiastica ullo modo statuta censi?

Sancta Synodus dixit: Liqueat secundum prosecutionem VV. fratrum nostrorum Laurentii, Petri, Eulalii, Cresconii, Maximi, vel Stephani, nec apud nos incertum habetur, hanc ipsam scripturam nullius esse momenti; quam, etiamsi aliquid posset subsistere ratione, modis omnibus in synodali conventu provida beatitudinis vestræ sententiâ enervari conveniebat, et in irritum deduci: ne in exemplum remaneret præsumendi quibuslibet laicis, quamvis religiosus vel potentibus, in quacumque civitate quolibet modo aliquid decernere de ecclesiasticis facultatibus, quarum solis sacerdotibus disponendi indiscusse à Deo cura commissa docetur. En seguida se registra el decreto del papa S. Simaco, conforme à la sentencia de los Padres. Synodus romana sub Symmacho ann. 502 ap. Labbæum ibid. pag. 977 etc. ejusd. edit.

(d) *Certum est hoc rebus vestris esse salutare, ut, cum de causis Dei agitur juxta ipsius constitutum, regiam voluntatem sacerdotibus Christi studeatis subdere, non præferre, et sacrosancta per eorum præstules, discere potius, quam docere, Ecclesiæ formam sequi, non huic humanitus sequenda jura præfigere. S. Felix III apud Labbæum; et can.— Certum est 3, distinct. 10.*

(e) *Scis, imperator, sanctæ Ecclesiæ dogmata non imperatorum esse, sed Pontificum, qui tuto assolent dogmata tradere. Idcirco Ecclesiis præpositi sunt Pontifices, à reipublicæ negotiis abstinentes: et imperatores ergo similiter ab ecclesiasticis abstineant, et quæ sibi commissa sunt, capessant.— Alia est ecclesiasticarum constitutionum institutio, et alius sensus sæcularium in administrationibus; militarem ac ineptum, quem habes sensum et crassum, in spirituatibus dogmatum administrationibus habere non potes. Et ecce tibi palatii et ecclesiarum scribo discrimen, imperatorum et pontificum...: Nam quemadmodum Pontifex introspectiendi in palatium potestatem non habet, ac dignitates regias deferendi; sic neque imperator in Ecclesias introspectiendi, et electiones in clero peragendi, neque consecrandi, vel symbola sancto-*

rum sacramentorum (seu mysteriorum) administrandi, sed neque participandi absque opera sacerdotis. Sed unusquisque nostrum, in qua vocatione vocatus est à Deo, in ea maneat. Greg. 2, epist. 1 et 2 ad Leonem Isaur. ap. Baron. ann. tom. 12 ad ann. 726, pag. 351 et 357, etc. et ap. Labb. etc. Aduce el Sr. Vigil esta autoridad para probar la distincion de las dos potestades: pero, ¿qué hace? la trunca para quitarle la fuerza y suprime con astucia aquellas palabras, *et electiones in clero peragendi*, «ni tienen los emperadores potestad de hacer elecciones en el clero.» Porque sabia, que citándolas, aducia una prueba contra sus erradas opiniones con que pretende que los principes puedan ingerirse en los asuntos de disciplina exterior de la Iglesia, y hacer las elecciones de los obispos. Cosa contraria á los antiguos cánones, como acabamos de ver en el lugar referido del concilio romano del año 502. Por estos bochornos ha de pasar la mala fe de quien definiendo el error.

(f) *Si imperator catholicus est, filius est, non præsul Ecclesiæ. Quod ad religionem competit, discere ei convenit, non docere. Ad sacerdotes enim voluit Deus, quæ in Ecclesia disponenda sunt pertinere, non ad sæculi potestates.* Can. Si imperator 11. Dist. 96.

(g) Así lo enseña Eusebio *Hist. lib. 1, c. 4*, con estas palabras: «Aunque fuera de controversia somos nuevos, y este nombre nuevo de cristianos recientemente haya aparecido. Sin embargo esta sociedad y norma de vida no ha sido inventada por nosotros en estos tiempos; sino que existe ya desde la creacion del linaje humano, instituida y cultivada por los hombres agradables á Dios.» Así lo escribia S. Gregorio M.: *Conditor noster..., qui habet vineam, universalem scilicet Ecclesiam, quæ ab Abel justo usque ad ultimum electum, qui in fine mundi nasciturus est, et quod sanctos protulit, quasi tot palmites misit.* Hom. 19 in Evang. Así por último lo defendia S. Agustin en varios parajes de sus obras: *Omnes, qui ab initio sæculi fuerunt justi, caput Christum habent: illum enim venturum esse crediderunt, quem nos venisse jam credimus; et in ejus fide et ipsi sanati sunt, in cuius et nos: ut esset et ipse totius caput civitatis Jerusalem, omnibus numeratis fidelibus ab initio usque in finem.* Concione 3, in psalm. 36: y en el sermón 4 de Jacob y Esaú, alias 44 de diversis c. 11, n. 11, así se lee: *Ecclesiam accipite, non in his solis, qui post Domini adventum et nativitatem esse ceperunt sancti; sed quodquod fuerunt sancti, ad ipsam Ecclesiam pertinent.* Efectiva-

mente: ¿qué fe, qué moral, qué sacramentos profesamos los cristianos, que aquellos justos desde Adán no tuviesen al menos en la esperanza y en tipos? Por lo que, del mismo modo que es la misma luz del sol la que nos ilumina en la aurora, á media mañana y en el lleno día; así una misma es la Iglesia de Jesucristo, la cual en Adán apareció en crepúsculos, en Moisés resplandeció con mas claridad, y en nosotros llegó al día perfecto.

(h). Habiendo Dios escogido en la ley escrita una tribu, la de Leví, para que desempeñara las funciones del ministerio eclesiástico, esto es, todo lo relativo á las ceremonias y servicios del tabernáculo; y una descendencia, la de Aáron, á quien fuese legada la dignidad y el oficio sacerdotal de ofrecer los sacrificios, etc.; habiendo escludido el Señor de tales ministerios á toda otra persona con las siguientes palabras: *Aaron et filios ejus constitues super cultum sacerdotii. Externus, qui ad ministrandum accesserit, morietur. — Qui non est de semine Aaron ad offerendum incensum, ne patiatur* (Num. c. 3, v. 40; et c. 16, v. 40); estando incluidos en esta prohibicion tambien los reyes y príncipes, y habiendo efectivamente Dios castigado al rey Ozías con la lepra, con la privacion del reino y de su casa, y llevó una fuerte reprensión de los sacerdotes que le echaron del templo por haber quebrantado este mandamiento del Señor, diciéndole: *Non est tui officii, Ozia, ut adoleas incensum Domino, sed sacerdotum, hoc est, filiorum Aaron, qui consecrati sunt ad hujusmodi ministerium; egredere de sanctuario, ne contempseris* (2 Paral. c. 26); y habiendo tambien llevado el mismo castigo de la privacion del reino el rey Saul por haber sacrificado no siendo sacerdote (Regum c. 13, v. 9, etc.); el disputar sobre si les era lícito á los reyes de la nacion hebrea ingerirse en los asuntos de la religion, ó si podian impunemente sacrificar, es luchar abiertamente contra el Autor de la Sagrada Escritura, y negar la autoridad de esta. Debemos pues tener por cierto que los hechos que se refieren en la misma Santa Escritura de algunos reyes y otros que no lo eran del pueblo hebreo, contrarios al enunciado vedamiento, deben ser considerados ó practicados por una usurpacion atentatoria y violacion del precepto divino, ó por una dispensacion particular y espresa de tal precepto, ó por una mision extraordinaria, ó por último debemos juzgar que tales actos fueron ejercidos por manos de los sacerdotes en nombre de los reyes.

Con efecto, y en primer lugar; que el sacrificio que hizo el rey Saul en Gálgata referido en el lugar precitado, fuese una usurpa-

cion y un quebrantamiento del mandato divino, y que por esto, y no por no haber aguardado el plazo que le señaló el profeta, como quiere Vigil, mereciese el enojo de Samuel y de Dios, y de consiguiente el perdimiento del reino, se deduce tan claro del testo sagrado, que ponerlo en duda sería tergiversar y falsear la palabra santa: He aquí el testo por entero: *Estando Saul en Gálgala se llenó de terror todo el pueblo que le seguia. Y aguardó siete dias segun el plazo de Samuel, y no vino Samuel á Gálgala, y todo el pueblo se le iba á la desfilada. Dijo pues Saul: traedme el holocausto y los pacíficos. Y ofreció el holocausto. Y acabado que hubo de ofrecer el holocausto, he aquí que Samuel llegaba: y Saul le salió al encuentro para saludarle. Y díjole Samuel: ¿qué has hecho? Respondió Saul. porque vi que el pueblo se me iba á la desfilada, y tú no habias venido para el plazo que me habias señalado, y los filisteos se habían congregado en Machmas, dije: ahora descenderán los filisteos contra mí á Gálgala, y no tengo aplacado al Señor. Compellido de esta necesidad, ofrecí el holocausto. Y dijo Samuel á Saul: has obrado neciamente, y has quebrantado los mandamientos que te dió el Señor Dios tuyo. Si no hubieras hecho esto, el Señor desde ahora hubiera establecido tu reino sobre Israel para siempre. Mas tu reino no se sostendrá largamente. El Señor se ha buscado ya un varon segun su corazon para ser caudillo de su pueblo. (1. Reg. c. 13, v. 7, etc.)*

He aquí, pues, claro que Saul habia aguardado el plazo de siete dias que le habia dado Samuel, y por esto Samuel no le dice palabra del plazo: habia tambien cumplido el mandato de bajar á Gálgala y hacer ofrendas y sacrificar victimas que Samuel le habia dado en nombre del Señor, de que se habla en el cap. 10, v. 8. ¿Cuál fué pues el pecado de Saul? ¿Qué mandamientos del Señor quebrantó que fué causa del enojo de Samuel y de que Dios le quitara el reino? El pecado fué que sacrificó por sus manos no siendo sacerdote, con que quebrantó los mandamientos del Señor tantas veces repetidos, como hemos visto, de que á los legos, aunque sean reyes, no les es lícito entrometerse en las cosas de la religion. El pecado fué que hizo el rey el sacrificio que se habia de hacer por manos del profeta ó de otro sacerdote. Así lo entendió el doctísimo Cornelio A-Lápide, cuyas palabras son estas: *Putant aliqui, Saulém per se sacrificasse, ideòque regnò privatum esse. Graviter ergo peccavit, quod, cum esset laicus, sacerdotalem functionem usurpare præsumpserit; sicut fecit Ozias rex thurificando, ideòque à Deo percussus est leprá* (Corn. A-Lap. in hunc locum). Y el mismo autor, comentando las palabras del capítulo

décimo, dice así : *Ut offeras oblationem et immoles victimas : quasi dicat : « afferes victimas per sacerdotem immolandas. Nam eas per se Sauli immolare non licebat, quia ipse non erat sacerdos (c. 10, v. 8). »* Así lo entendieron Roberto, Lirano, Dionisio, Angelo Abulense, Cayetano y otros con Josefo hebreo.

El mismo Calmet, en quien el Sr. Vigil hace tanto hincapié, aunque parece sea de contraria opinion, juzgando ser esas violaciones de la ley ligerisimas y que se toleraban; sin embargo esclama en estas palabras : « Formidamos ciertamente y nos admiramos de la severidad de la sentencia divina fulminada contra Saul. Habia cometido un crimen, en nuestra opinion, dignisimo de indulgencia : rodeado por todas partes de los enemigos, abandonado de los suyos, desconfiando de la venida de Samuel ejecuta una accion de sí dignisima de alabanza y llena de piedad y religion; impelido de la necesidad sacrifica : sin embargo, porque a este sacrificio falta la presencia del profeta, que habia mandado se le aguardase, por esto Saul es desechado, y quitado el reino á él y á su posteridad se trasfiere á otra familia. » Calmet Comm. in lib. 1. Reg. c. 13, v. 14.

Añade el Sr. Vigil : *Nada diremos de Samuel y Elias, que no eran sacerdotes, y sacrificaron en Masfath, en Rámata, en Betelen y en el monte Carmelo. — El rey David sacrificó un buey y un carnero..., y Salomón ofreció despues mil hostias en Gabaon* (disert. 1.^a p. 3). Esos fallos absolutos, terminantes é inapelables solo tiene facultad de darlos el Dr. Vigil, que se ha arrogado el derecho de decidir las cuestiones sin respeto á los pareceres de hombres doctisimos. Si bien hay opinion que niega que Samuel y Elias fuesen sacerdotes, la opinion contraria, que lo afirma, es muy válida, y se funda en sólidas razones. Los santos doctores Ambrosio, Crisóstomo, Gregorio Magno, Jerónimo, Agustino y muchos otros hacen á Samuel de la familia sacerdotal de Aaron, y dicen que fué sumo pontifice. S. Bernardo, S. Pedro Damian y otros muchisimos antiguos y modernos lo llaman sacerdote, al menos por una mision extraordinaria, ó por divina dispensacion. Samuel ejerció las funciones sacerdotales, y el Espíritu Santo en el salmo 98 parece que lo cuenta en el número de los sacerdotes : *Moses et Aaron in sacerdotibus ejus, et Samuel inter eos, qui invocant nomen ejus*. No es pues de creer, que hombre tan santo como Samuel quebrantase la ley de Dios tantas veces sin una dispensacion divina. De aquí es que Cornelio A-Lápide con otros, aunque confiesa que fué levita, sin embargo dice ; *Samuel ex Dei dispensatione sacerdotis officio functus est, et ut sacerdos sa-*

crificium Deo obtulit, ut audiemus in seq.: ita Abulensis et alii (A-Lap. in lib. 1 Reg. c. 1, v. 1. — et c. 2, v. 35). De las mismas palabras se sirve el docto Tirino (Comm. in lib. 1 Reg. c. 2, v. 34). Este autor prueba con S. Agustin, que Dios concedió la misma dispensacion para ejercer las funciones sacerdotales, aunque no fuesen de la descendencia de Aaron, á Gedeon, Elias y algunos otros; entre los cuales contaremos á David por la mision extraordinaria de profeta, y porque no es de creer que un varon segun el corazon de Dios, qual era David, quebrantase los divinos mandatos. De Elias afirman muchos padres y doctores, que fué de la descendencia sacerdotal de Aaron, si bien otros lo niegan.

Se deduce claramente de la Escritura, que las mil hostias, que ofreció Salomon en Gabaon, fueron sacrificadas por manos de los sacerdotes: pues en el capítulo 7 del mismo 2.º libro del Paralipómenon tambien se dice, que sacrificó veinte y dos mil bueyes, y ciento veinte mil carneros en el templo; pero inmediatamente añade la Escritura: *Sacerdotes autem stabant in officiis suis*: que eran los sacerdotes los que hacian estos oficios propios de su ministerio. ¿Porqué pues no se han de entender en el mismo sentido las palabras del capítulo 1.º? ¿Tendria Salomon unos brazos tan robustos para inmolar de una vez mil-bueyes ó carneros? Repugna mucho creer que Salomón, hombre santo en aquella sazón, quisiera irritar la Majestad suprema con el quebrantamiento de sus mandatos, teniendo á su lado sacerdotes que podian sacrificar, en el mismo acto en que intentaba aplacarla, mayormente no ignorando, como es de suponer, los tremendos castigos ejecutados contra Saul, Oza, Core, Datan y Abiron por haber usurpado los ministerios sagrados, no siendo sacerdotes.

Lo que se dice del Efod que vistió David, y de la bendicion de Salomon, puede muy bien entenderse en un sentido óbvio sin tener necesidad de atribuirles derechos sacerdotales. Tambien nuestros sacristanes y monacillos usan de esas vestiduras de lino, y ayudan á los sacerdotes en el tremendo sacrificio, y ejercen algunos oficios en las santas funciones, sin que de aquí se arguya que hayan recibido órdenes sagrados, ó que tales ministerios les tocan de derecho. El Efod, que vistió David, segun el eruditísimo Cornelio A-Lápide, era distinto del que usaban los sacerdotes; y la bendicion solemne, que impartió al pueblo, no fué otra cosa que una pública deprecacion á Dios á favor de su pueblo: ó bien, como nota el citado autor, es verosímil que el sumo pontífice Abiathar, juntando sus votos con los de David, bendijese al pueblo (Corn. A-Lap. in lib. 2 Reg. c. 6). Lo propio diremos con

el mismo Cornelio de la bendición de Salomón, esto es, que fue una oración ó deprecación á Dios á favor de su pueblo, como aparece del testo sagrado. (lib. 3 Reg. c. 8. — et 2 Paral. 6, v. 2). ¿Quién ignora que los padres de familia y los principes pueden implorar los beneficios del cielo á favor de sus hijos y subditos, y echarles bendiciones, sin que por esto se diga que les dan una bendición solemne y sacerdotal? Además, nosotros hemos atribuido á David como profeta una misión y una especie de sacerdocio extraordinario por divina dispensación.

Aparece de lo dicho cuán sin razón se aducen por los jansenistas esos y semejantes hechos de los principes del antiguo Testamento para probar que los gobiernos pueden ingerirse en los asuntos de disciplina exterior de la Iglesia, y cuán inútilmente los imitó uno de nuestros diputados en el congreso del 47, hablándose sobre los votos de las elecciones de prelados regulares. Como quiera, aunque en la ley vieja hubieran tenido ingerencia los reyes en los asuntos de la religión, no es así en la evangélica; pues Jesucristo les quitó todo entrometimiento en tales materias, como hemos probado en el capítulo presente, y se verá mas claramente en el siguiente.

CAPÍTULO V.

(a) En el sínodo de Gap celebrado por los calvinistas en 1603, «el Papa fué declarado Anticristo.» Bossuet hist. Var. lib. 13, n. 1.

(b) Despues de haber referido el pontifice otros errores, concluye: *Ultimo quod Papa, vel tota Ecclesia simul sumpta, nullum hominem quantumcumque sceleratum potest punire punitione coactiva, nisi Imperator daret eis auctoritatem; articulos prædictos velut Sacræ Scripturæ contrarios, et fidei catholicæ inimicos, hæreticos et erroneos: nec non et prædictos, Marsilium et Joannem hæreticos, immò hæresiarchas fore manifestos et notorios, sententialiter declaramus. Bulla Licet juxta doctrinam Joann. XXII, dat. Avenioni VII cal. Novemb. 1327, ap. Bullar. Rom. tom. 9.*

(c) «Propositio affirmans, abusum fore auctoritatis Ecclesiæ, transferendo illam ultra limites doctrinæ ac morum, et eam extendendo ad res exteriores; et per vim exigendo id quod pendet à persuasionem et corde; tum etiam, multò minus ad eam pertinere exigere per vim exteriorem subjectionem suis decretis; quatenus

indeterminatis illis verbis *extendendo ad res exteriores* notet velut abusum auctoritatis Ecclesiae, usum ejus Potestatis acceptae à Deo, quae usi sunt et ipsimet Apostoli, in disciplina exteriori constituenda et sancienda; *haeretica*. Qua parte insinuat, Ecclesiam non habere auctoritatem subjectionis suis decretis exigendae aliter quam per media, quae pendent à persuassione; quatenus intendat, Ecclesiam non habere collatam sibi à Deo potestatem non solum dirigendi per consilia et suassiones, sed etiam jubendi per leges, ac devios contumacesque exteriori judicio, ac salubribus poenis coercendi atque cogendi. Ex Bened. XIV, in Brevi Ad assiduas anni 1755. Primatis, Archiepiscopis et Episcopis Regni Polon.; *Inducens in systema alias damnatum ut haeticum.*» Pio VI, Bula Auctorem fidei, dada en 28 de agosto de 1794, proposiciones 4 y 5:

(d) «Doctrina Synodi assereps, ad Supremam Civilem Potestatem dumtaxat originarie spectare contractui Matrimonii apponere impedimenta ejus generis, quae ipsum nullum reddunt, dicunturque dirimentia; quod jus originarium praeterea dicitur cum jure dispensandi essentialiter connexum; subjungens, supposito assensu vel conniventia Principum, potuisse Ecclesiam juste constituere impedimenta dirimentia ipsum contractum Matrimonii; quasi Ecclesia non semper potuerit ac possit in Christianorum matrimoniis jure proprio impedimenta constituere, quae matrimonium non solum impediunt, sed et nullum reddant quoad vinculum, quibus Christiani obstricti teneantur etiam in terris infidelium; in eisdemque dispensare; Canonum 3, 4, 9, 12. Sessionis 24. Concilii Tridentini *eversiva, haeretica.*»

(e) «Item rogatio synodi ad potestatem civilem, ut è numero impedimentorum tollat cognationem spiritualem, atque illud quod dicitur Publicae Honestatis, quorum origo reperitur in Collectione Justiniani; tum ut restringat impedimentum affinitatis et cognationis ex quacumque licita aut illicita conjunctione provenientis, ad quartum gradum juxta civilem computationem per lineam lateralem et obliquam; ita tamen ut spes nulla relinquatur dispensationis obtinendae; quatenus civili potestati jus attribuit sive abolendi, sive restringendi impedimenta Ecclesiae auctoritate constituta vel comprobata; item qua parte supponit, Ecclesiam per potestatem civilem spoliari posse jure suo dispensandi super impedimentis ab ipsa constitutis vel comprobatis; libertatis, ac potestatis Ecclesiae subversiva, Tridentino contraria, ex haereticali supra damnato principio profecta.» Ibid. prop. 59 et 60.

CAPITULO VI.

(a) *Solus autem Dei homo condixerat, scilicet Petrus, Regem quidam honorandum, ut tamen tunc Rex honoretur cum suis rebus insistit, cum à divinis (ecclesiasticis) honoribus longè est.* Tertull. Scorp. cap. 44. El otro pasaje se halla in apologet.

(b) *Si namque illud Episcoporum decretum est, quid illud atinet ad Imperatorem? Sin imperatoriae minæ sunt, quid opus hominibus nuncupatis Episcopis? Quandonam à sæculo res hujusmodi audita est? Quandonam Ecclesiae decretum ab Imperatore accepit auctoritatem, aut pro decreto illo habitum est? Multæ ante hac synodi coactæ sunt, multa prodire Ecclesiae decreta, sed numquam Patres res hujusmodi Imperatori suasere; numquam Imperator ecclesiastica curiose perquisivit.* S. Athanasius Hist. Arian. num. 52, p. 297.

(c) *Notum est, piissimos Dominos disciplinam diligere, et ordinem servare, Canones venerari, et in causis se sacerdotalibus non miscere.* S. Greg. M. lib. 5, epist. 125.

(d) *Duo quippè sunt, Imperator Auguste, quibus principaliter mundus hic regitur; auctoritas sacra Pontificum, et regalis potestas. In quibus tanto gravius est pondus Sacerdotum, quanto etiam pro ipsis regibus Domino in divino reddituri sunt examine rationem. Nosti etenim, Fili clementissime, quod licet præsideas humano generi dignitate, rerum tamen priesulibus divinarum devotus colla submittis, atque ab eis causas tuæ salutis expetis: inque sumendis cælestibus Sacramentis, eisque (ut competit) disponendis, subdi te debere cognoscis religionis ordine potius, quam præesse. Nosti itaque inter hæc ex illorum te pendere iudicio, non illos ad tuam velle redigi voluntatem.* S. Gelas. Epist. 4 ad Anast. Imperat. ap. Labbé tom. 2, p. 894, edit. Paris. 1714.

(e) *An quia Imperator es, contra Petri niteris potestatem?... Et B. Petrum Apostolum in suo qualicumque Vicario calcare contendis?... Conferamus autem honorem Imperatoris cum honore Pontificis, inter quos tantum distat, quantum ille rerum humanarum curam gerit, iste divinarum. Tu, Imperator, à Pontifice baptismum accipis, sacramenta sumis, orationem poscis, benedic-*

*tionem speras, pœnitentiam poscis. Postremo tu humana adminis-
tras, ille tibi divina dispensat... Nos quidem potestates humanas
suo loco suscipimus, donec contra Deum suas erigunt voluntates.
Cæterum, si omnis potestas à Deo est, magis ergo quæ rebus est
præstituta divinis. Cefer Deo in nobis, et nos deferemus Deo in
te. Cæterum, si tu Deo non deferas, non poles ejus uti privilegio,
cujus jura contemnitis. S. Simmacus Epist. Apolog. adversus Anast.
Imperat. ap. Labbé etc.*

CAPÍTULO VII.

(a) Tarea harto difícil y fastidiosa seria apuntar en las notas de cada capítulo todas las contradicciones de que está plagada la obra del Sr. Vigil: Por lo que, desistiendo del propósito concebido, nos contentaremos con hacer observar á los lectores una ú otra en el cuerpo de los capítulos, cuando la oportunidad lo consintiere. Pero, esto no obstante, no omitiremos el presentar ahora una muy chocante, que se halla casi en una misma página. En el fin de la 24 de la disertacion 3.^a dice Vigil: *Está visto el derecho que en negocios eclesiásticos tienen los gobiernos como tales y como protectores; pero es de advertir que cuanto les conviene bajo del último respecto, no destruye el que natural y ordinariamente compete á estos en razon de su sagrado ministerio.* Y en la página siguiente que es la 25, acosado por los contrarios que le presentan la condenacion de esa su doctrina por la bula *Auctorem fidei*, dice: *Tambien hemos confesado que es ordinario y natural de ella (la autoridad de la Iglesia) eso propio que en materias de disciplina esterna tienen por necesario y conveniente desempeñar los gobiernos como protectores, sin cuya calidad no podrian intervenir.* He aquí que, segun el Sr. Vigil de la primera autoridad de la página 24, los gobiernos tienen derecho de intervenir en los negocios eclesiásticos de disciplina esterna por tres títulos, á saber, como gobiernos, cuyo derecho les compete natural y ordinariamente en razon de su sagrado ministerio; como protectores, y como patronos, conforme añade despues: y segun el Sr. Vigil de la segunda autoridad de la página 25 les compete á los gobiernos intervenir en los negocios eclesiásticos de disciplina esterna por un solo título, á saber, como protectores, sin cuya calidad no podrian intervenir. ¿Qué tal la antilogia? Primero por tres títulos, y uno de ellos natural y ordinario; y poco despues desaparece el natural y ordinario, y el otro de patronato: y queda en esque-

leto el de *protector*, sin el cual *no hay intervencion* ! ; Qué talento, que ahora se olvida de lo que un minuto antes habia asentado , ó niega luego lo que acaba de afirmar ! Pero , así vacilan , así bambolean los que sientan la planta sobre el terreno falso del error .

(b) *Debes incunclanter advertere , regiam potestatem tibi , non solum ad mundi regimen , sed maxime ad Ecclesiæ præsidium esse collatam , ut ausus nefarios comprimendo , et quæ sunt bene statuta defendas , et veram pacem his , quæ sunt turbata , restituas : depellendo scilicet pervasores juris alieni . S. Leo Papa M. ad Leonem Aug. Epist. 156.*

CAPÍTULO VIII.

(a) *Illicitum est , eum qui non sit ex ordine sanctissimorum Episcoporum ecclesiasticis misceri tractatibus . Ap. Adrian . Pap. Epist. ad Mich. Imp. Vide etiam Epist. Theod. ad Syn. Ephes. c. 35, ap. Labbé.*

(b) *Si quid de causa Religionis inter Antistites ageretur , episcopale oportuerit esse iudicium ; ad illos enim divinarum rerum interpretatio , ad nos Religionis spectat obsequium . Epist. Honorii ad Arcadium ap. Labbé Concil. Tom. 2, col. 1311.*

(c) *Piè admodum in Deum affectum fuisse , aded ut neque sacerdotibus quidquam imperare , neque novare aliquid in institutis Ecclesiæ quod sibi deterius videretur , vel in melius omnino aggredere . Nam quamvis esset optimus sanè Imperator , et ad res agendas valde accommodatus , tamen hæc suum iudicium longè superare existimabat . Sozomenus lib. 6, Hist. XXI.*

(d) *Omnes pragmaticæ sanctiones , quæ contra canones ecclesiasticos intervntu gratiæ , vel ambitionis elicite sunt , robore suo et firmitate vacuatæ cessabunt . L. 12, Cod. lib. 4, tit. 2 de Sacros. Eccles.*

(e) *De vobis (laicis) quid amplius dicam non habeo , quam quod nullo vobis licet de ecclesiasticis causis sermonem habere . Hæc enim investigare et quærere patriarcharum , pontificum et sacerdotum est , qui regiminis officium sortiti sunt : qui sanctificandi , ligandi , atque absolvendi potestatem habent : qui ecclesiasticas et cæ-*

lestes adepti sunt claves; non nostrum, qui pasci debemus etc. En la allocucion del emperador Basilio referida por Surio en las actas del octavo concilio general.

(f) *Has autem actiones siquidem ad ecclesiastica negotia pertinent necesse fore jubemus, ut à solis religiosissimis Episcopis... cognoscantur. Si verò civilium rerum controversia sit, volentes apud Antistites instituere patiemur, invitòs tamen non cogemus, cum judicia sunt.* Justiniano *Leg. sancimus* 29, §. *Has autem.* Cod. de *Epis. aud.* En otro lugar decia: *Maxima quidem sunt dona Dei à superna collata. Clementià Sacerdotium et Imperium, illud quidem divinis ministrans, hoc humanis præsiciens... Utraque ex Deo procedentia.* Novel. 6, Præfat.

(g) *In memoriam B. Petri honoremus sanctam, romanam et apostolicam Sedem, ut quæ nobis sacerdotalis Mater est dignitatis, esse debeat Magistra ecclesiasticæ rationis. Quare servanda est cum mansuetudine humilitas, et licet vix ferendum ab illa sancta Sede imponatur jugum, tamen feramus, et pià devotione toleremus.* Carlo Magno, ap. Gratian. in 3, dist. 9.

(h) Confesaba Teodorico, rey de los godos, á pesar de ser arriano: *Nihil ad se, præter reverentiam, de ecclesiasticis negotiis pertinere.* Act. Syn. Palmaris sub Symmaco an. 501. Tom. 2, Concil. edit. Paris. 1714.

(i) En la novela 6.ª usa de estas palabras: *Sancimus sacras per omnes sequentes regulas.* En la novela 42: *Hæc decernimus SS. Patrum canones sequuti.* En la novela 133: *Sequimur sacros in hoc canone Sanctissimos Patres qui hoc comprehenderunt legibus.* En la novela 123 dice lo mismo, y en la novela 13 escribe así: *Quam sententiam Episcoporum tametsi per se valentem, multò tamen valentiorẽ (in facto scilicet, non autem in jure) reddit majestas imperialis, quæ regià hæc urbe eum expellit.* En otros lugares llama á los emperadores *Tutores et vindices vetustatis.*

(j) Sobre el hecho de Marciano de presentar al concilio Calcedonense los capitulos de reforma, dice el Ilmo. Pedro Marca: *Docuit exemplo suo quid sequi debeant in posterum Principes, cum clericorum et monachorum disciplina constituenda est.* Concord. Sac. et Imp. 2, c. 42, n. 7.

(k) *Erat quidem ipsa sententia per Gallias etiam sine imperiali sanctione valitura; quid enim tanti Pontificis auctoritati in Ecclesiis non liceat? Sed nostram quoque præceptionem hæc ratio probavit, ne ulterius nec Hilario, quem adhuc Episcopum nuncupari sola mansueti Præsulis permittit humanitas, nec cuiquam alteri ecclesiasticis rebus arma miscere, aut præceptis Romani Antistitis liceat obviare.* Inter Epist. S. Leon. M. 11, tom. 1, col. 642, edit. Ballerin. Véase á Devoti Jus Can. Univ. pub. et priv. Proleg. cap. 12, §. 14, nota 8.

(l) *Sacra decreta in suis rebus prævalent civilibus legibus. Secunda Synodus vicenarium hypodiaconum ordinari posse sanxit; sacram legem sacer ordo sequatur.* El emperador Leon el Sabio, Const. 75.

(m) *Neque enim ausus est Christianus Imperator sic eorum tumultuosas et fallaces querelas suscipere, ut de iudicio Episcoporum, qui Romæ sedebant, ipse iudicaret: y un poco despues: eis ipse cessit, ut de ipsa causa post Episcopos iudicaret, à Sanctis Antistibus postea veniam petiturus.* S. August. Epist. 43, cap. 7, num. 20, opp. tom. 2, col. 129. — Véase tambien al mismo Santo en la Epist. 105, cap. 2, n. 8, y á Báronio ad ann. 314, num. 19, tom. 3, edit. Lucæ.

CAPÍTULO XI.

(a) *Neque enim paucarum urbium tetrarcham, neque gentis unius regem, sed eum, qui maximam orbis partem teneret, hunc ipsum scilicet sanguinarium, qui plurimas gentes, multas urbes, immensum exercitum moderabatur, atque omni ex parte formidabilis erat, ab imperii magnitudine, à morum ferocitate, quasi vile ac nullius pretii mancipium, ab Ecclesia expulit cum tanta firmitate animique constantia, quantà Pastor seabiosam et morbidam ovem à grege arceat, cohibens ne morbus ejus cæteras oves afficiat. Id verò fecit Servatoris verbum confirmans; nempè, seruum esse solum eum, qui peccatum faciat, quamvis sexcentas capite coronas gestet, quamvis universis totius orbis hominibus imperare videatur: illum verò qui nullius peccati sibi conscius sit, etsi inter subditos locum habeat, plusquam reges omnes regnare existimandum est. Statim ergò imperanti præcepit subditus, et de omnium moderatore iudicium tulit, atque damnationis sententiam emisit..... Non*

enim temere quod in mentem subiret agebat, sed cunctis accuratè examinatis concinnatisque secundum divinas leges cogitationibus, sic ad opus eas eduxit. S. Joann. Chris. Lib. in S. Babylam contra Julian. et contra Gentiles, tom. 2, pag. 336 edit. Roboreti 1754. Véanse tambien sobre el particular las Homilias 46 y 83.

(b) Véase la *Biblioteca de Religion* en el tomo 6 de la nueva impresion de París, pág. 251 en la *nota*. Los autores de esta obra ó coleccion han puesto otra nota muy erudita á la obra *Del Papa* del conde de Maistre en defensa de S. Gregorio VII: Nuestro Dr. Vigil para hacer ver que nada ignora, la ha insertado como por objecion, en sus disertaciones. Pero ¿cuál es la solución que á ella ha dado? Hela aquí: *La sensacion que habrán experimentado nuestros lectores al leer esta defensa de los procedimientos de S. Gregorio VII, nos exime de añadir una palabra mas.* Disert. 2.ª pág. 82. No desemejante contestacion da al argumento que se objeta, del Sr. Medrolle. Su respuesta es esta: *¿Qué ánimo no cobrarán los curialistas en leer en libros franceses semejantes aserciones, que no han sido copiadas para impugnarse!* Disert. 2.ª pág. 127. Inventado este arte de desvanecer argumentos, un chuncho de nuestras montañas es suficiente para refutar la obra de Vigil.

Nuestro bibliotecario, al tratar de la escomunion de los principes, se ha mostrado moderado; pues si bien ha seguido á Dupin y á otros de este jaez en negar que puedan ser escomulgados, no se ha avanzado como esos autores jansenistas á sostener que toca á los gobernantes civiles juzgar de la justicia ó injusticia de las escomuniones que fulmina la Iglesia: error muy parecido al de Marsilio de Padua, al de Lutero, Calvino, Melancton, y demás reformadores, incluso Van-Espen, que conceden al principe autoridad sobre las escomuniones. Con lo que dejamos escrito en este capítulo y en los anteriores, queda impugnado ese error anti-evangélico. Han refutado esa doctrina herética M. Antonio Copelo, Minorita, *Lib. advers. prat. primat. Reg. Angliæ cap. 13 et seq.*—Altaserra *Eccles. jurid. vindic. advers. Ferretum.*—Bianchi *advers. Giannonium* tom. 4, pag. 608 et seq.—Duvalio *De Supr. Pontif. judiciar. in Eccles. potest.*—Zacarias *De Discipl. dis. 2 et 3 et Anti-Febron. vindic. dis. 12. cap. 1.*—Mamachio *Ad Febron. Epist. 1, §. 19, tom. 1, pag. 301 et seq.*

CAPÍTULO XIII.

(a) Ciertos escritores se encuentran, dice juiciosamente el sabio Zallinger, que al hablar del santo pontífice Gregorio VII, parecen otros tantos perros ladradores que quisieran lacerar con sus ladridos su venerable é inmortal memoria. En el número de ellos podemos contar á nuestro Dr. Vigil, quien, siempre que se le presenta oportunidad, no deja de zaherirla sin el menor miramiento á las leyes de la razon, de la religion y justicia. Como hemos visto al dar comienzo á este capítulo, le imputa al santo pontífice nada menos que la negra nota de haber enseñado la grosera herejía de que el origen del poder civil viene del demonio. He aquí las palabras de Vigil : *Al hablar de los gobiernos políticos; no haremos descender su autoridad desde los cielos, como se hubo creído en muchos siglos; ni la degradaremos con Gregorio VII atribuyéndola al demonio; etc.*

Para desmentir tan gratuita como denigrante calumnia basta citar las palabras genuinas y literales del papa santo, á que alude el bibliotecario de Lima. *¿ Quis nesciat*, escribía S. Gregorio VII á Heriman de Metz, *reges et duces ab iis habuisse principium, qui Deum ignorantes, superbiâ, rapinis, perfidiâ, homicidiis, postremo universis ferè sceleribus, mundi principe diabolo videlicet agitante super pares scilicet homines dominari cæcâ cupiditate, et intolerabili presumptione affectaverunt* (lib. VIII epist. 21)? Como todos ven, nada habla aquí el santo pontífice del origen de la autoridad, sino del principio que tuvo el mando de algunos reyes y príncipes, que cegados de la codicia y presuncion de dominar á sus iguales sin títulos ni derechos, entraron en el gobierno por medio de las rapiñas, sediciones, homicidios y otros medios reprobados, que les sugeria el demonio. S. Gregorio escribía esto en presencia de la historia universal de las naciones, en que se tropieza con harta frecuencia en ejemplos de esta especie. En el siglo catorceno el célebre cardenal Bertrand, tratando espresamente de esta materia, escribía : « Si fijamos bien la atencion en las santas Escrituras, hallaremos claramente que el poder de la jurisdiccion temporal ó secular, en cuanto á los cuatro imperios de los asirios y caldeos, de los medos y persas, el de los griegos y el de los romanos, en su origen no fueron introducidos legítimamente, sino por violencia (*De orig. et usu jurisd. quæst. 1*). »

San Gregorio VII usaba en esta materia del lenguaje y en el

sentido que los santos doctores Ambrosio, Agustín y Gregorio el grande. Escuchemos de entre ellos á S. Ambrósio : *Docemur hic inanis ambitionis flabra despicere, quod omnis dignitas sæcularis diabolicæ subjacet potestati, ad usum fragilis, inanis ad fructum. Sed quomodo hic dat diabolus potestatem, et alibi legis: Quia non est potestas nisi à Deo? Numquid potest quis duobus dominis servire, aut à duobus accipere potestatem? Num ergo contrarium est? Minime. Sed vide quia omnia à Deo. Neque enim sine Deo mundus, quia mundus per ipsum factus est. Sed licet à Deo factus sit: tamen opera ejus mala, quia sæculum in maligno positum est: et ordinatio mundi à Deo, opera mundi à malo. Ita etiam à Deo potestatum ordinatio, à malo ambitio potestatis* (S. Ambr. lib. IV in Evang. Lucæ, cap. IV). He aquí pues el sentido en que hablaba S. Gregorio VII: *la potestad civil viene de Dios: la ambición de mandar viene del demonio*; como tambien vienen de sus sugestiones los medios inicuos de que se sirven los que quieren subir al mando ilegítimamente.

Que este fuese el sentido de S. Gregorio VII es indudable, pues él mismo escribiendo á los reyes de Germania, de Dinamarca y de Inglaterra dice terminantemente, que *la potestad de los reyes viene de Dios*: y á Guillermo el Conquistador, entre otras cosas, le escribia: « Nosotros estamos persuadidos, como vuestra prudencia no ignora, que el Dios todopoderoso ha dado á este mundo para su gobierno la dignidad apostólica y la real; como las mas escelentes entre todas; del mismo modo que por representar en diversos tiempos la belleza de este mundo á los ojos de la carne ha criado el sol y la luna; como lumbreras que resplandecen mas que los demás astros. Además, para que las criaturas que él ha formado á su imagen en este mundo no se envuelvan en el error y peligros de muerte, ha querido dejar la dignidad apostólica y la civil á fin de que las gobiernen en sus respectivos oficios (Lib. 7, epist. 25 ap. Rehrbacher *Histoire Universelle de l'Eglise Catholique*, tom. 14, pag. 334). »

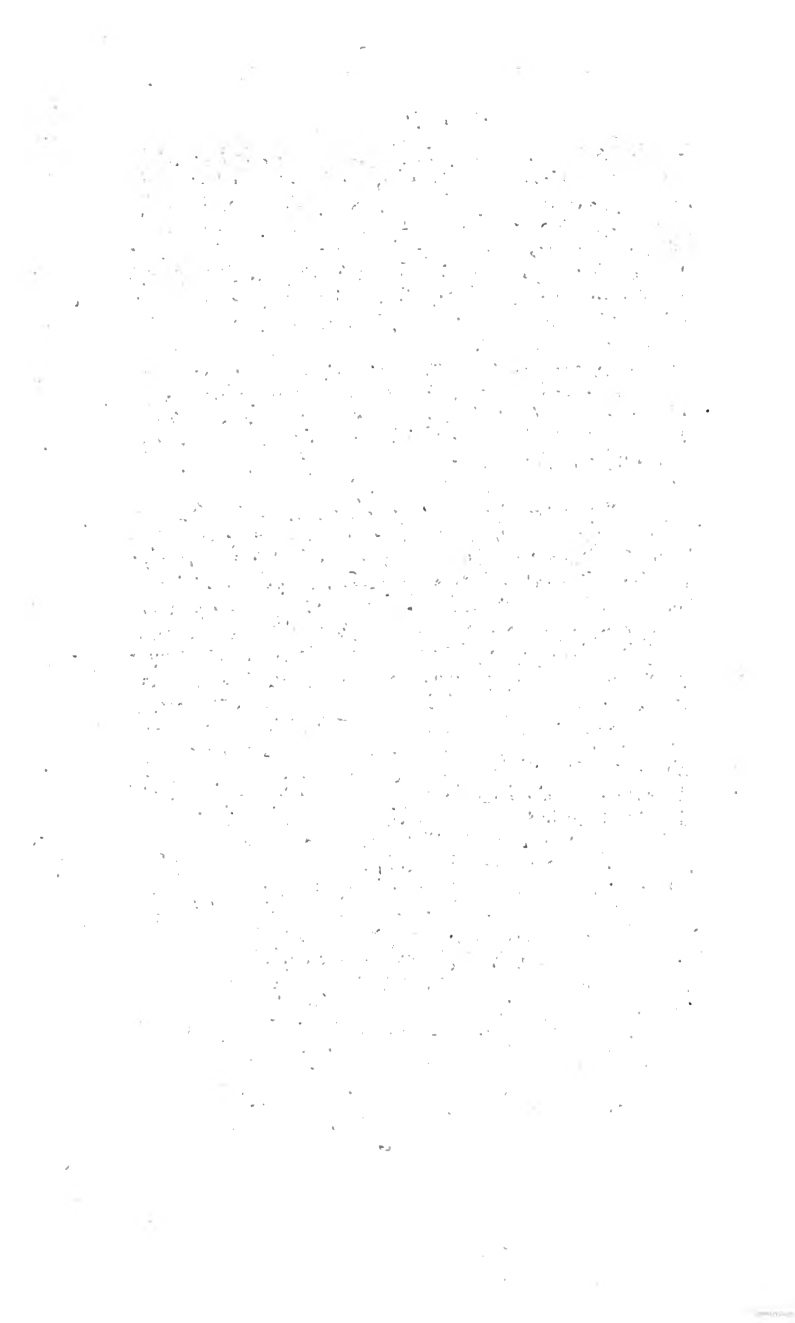
En presencia de lo espuesto, preguntamos á nuestro adversario, ¿enseña S. Gregorio VII que *la autoridad civil viene del demonio*? Al ver á un sacerdote cristiano hacer mérito y elogiar á autores de otra secta, cuyas doctrinas son poco sanas; y mirar y tratar despues con tanta ojeriza á un sumo pontífice santo y sabio, nos escandalizamos y al propio tiempo hacemos recuerdo de aquel dicho: *dat veniam corvis, vexat censura columbas*.

(b) Cuando el Sr. Vigil dice (dis. 2.^a): *que es dogma de fe, que*

de Dios viene originariamente toda autoridad, entiende mediatamente, como él mismo lo esplica en la pág. 219 donde dice : *Los que así se espresan nos hicieron creer que podíamos distinguir el origen mediato ó primitivo ; y el próximo ó inmediato : y todos convienen en reconocer por divino el origen primitivo*, esto es, mediato. Lo mismo repite mas abajo. La temeridad pues de nuestro bibliotecario consiste en definir como dogma de fe y, segun él, admitido por todos, una opinion controvertida por los autores.

(c) *Item etiam nocentium potestas non est nisi à Deo, sicut scriptum est, loquente Sapientia : Per me reges regnant, et tyranni per me tenent terram. Dicit et apostolus : Non est potestas nisi data à Deo.* S. Aug. *De Natura boni* contra Manich. cap. 32. — El otro testo es del lib. 5 *De Civit.* c. 21.

(d) « Non est enim potestas nisi à Deo. ¿Quid dicis? Omnisne princeps à Deo ordinatus est? Non hoc dico, inquit. Neque enim de singulis principibus mihi nunc sermo est; sed de re ipsa. Nam quod principatus sint, et quod alii imperent, alii subjecti sint, neque omnia casu ac temerè ferantur, populis quasi fluminibus hinc et inde circumactis, divinæ esse sapientiæ dico. Ideò non dixit: Non enim est princeps nisi à Deo; sed de re ipsa loquitur dicens: *Non enim est potestas nisi à Deo. Quæ verò sunt potestates, à Deo ordinatæ sunt.* Sic et cum quidam sapiens dicit: *A Deo adaptatur viro mulier*; hoc dicit, quia nuptias Deus constituit, non quia singulos, qui mulieres ducunt ipse conjunxerit. Multos quippè videmus qui malè, et non ex nuptiarum lege junguntur. Neque hoc Deo imputaverimus.» S. Joann. Chris. Hom. 23 in Epist. ad Rom.



CITAS

LOS CAPITULOS DEL TOMO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

1. Salmo 2, v. 8.
2. Defensa de la autoridad de los gobiernos etc. tom. 1, disert. 4.^a pág. 8, 9, 12 : y en la disert. 3.^a pág. 8.
3. En el mismo lugar pág. 8.
4. Disert. 4.^a pág. 8.
5. Disert. 3.^a págs. 44, 66, 108, y en otros lugares de la obra.
6. Gen. c. 15, v. 5 y en otros lugares.
7. Isaías c. 60.
8. Salmo 2. — Salmo 71. — Salmo 102, v. 19. — Salmo 85. — Salmo 144, vv. 4, 12 y 13.
9. El profeta Aggeo c. 2, vv. 8 y 10.
10. Isaías c. 2, vv. 2, 3 y 4.
11. En varios parajes del Evangelio, de las cartas de S. Pablo y del Apocalipsis.
12. S. Ambrosio c. 4 de Salomone.
13. S. Agustin tract. 1.^o sobre la Ep. de S. Juan n. 13.
14. S. Ireneo lib. 5, cap. 20 contra hæc. — S. Cipriano, De Unitate Eccl. — Origenes in Matth. ap. Huetium tom. 4.^o página 440. — Lactancio : De vera Sap. et Relig. lib. 4, c. 30. — S. Hilario in Psalm. 131. — S. Justino : Append. part. 1, quæst. et respons. ad Orthodoxos. — S. Jerónimo lib. 4 Jovin. — S. Bern. : In Cant. Cant. Sermon. 30. — Y S. Gregorio : Hom. 12 in Evang.
15. Sr. Vigil, Defensa etc. Disert. 3.^a pág. 8 y en muchos lugares de la obra.
16. En el mismo lugar pág. 97.
17. Constit. Peruana art. 3.^o
18. In cap. 2 Isaia.
19. Defensa etc. : en el mismo lugar pág. 92 y 93.
20. Tirinus, Comm. in Psalm. 71.

21. Calmet, Comm. in Psalm. 71.
22. En S. Juan c. 18, v. 36.
23. Salmo 44.
24. Puffendorff en el libro *De habitu Religionis* §. 20.
25. Conc. Trid. sess. 4.
26. En S. Juan c. 18. — En S. Lucas c. 23.
27. Cornelius A-Lápide, Comm. in cap. 27 Matth.—Tirinus, Comm. in cap. 18 Joann.
28. Apud Sappel lib. de Statu Eccl. contra Febronium §. 1.
29. Así el docto Tirino con S. Basilio y S. Jerónimo in Ps. 44.
30. 2 ad Cor. c. 5, v. 6. — Hebræor. c. 11, v. 13 et cap. 13, v. 14. — 1.^a Petr. c. 2, v. 44.
31. Defensa etc. Dis. 1.^a p. 23, 24 y 25. — Y Disert. 3.^a p. 95, 96, 97 y 98.
32. S. Aug. lib. 19 de Civ. Dei, tract. 17.
33. S. Pablo 2 Cor. c. 5, v. 7.
34. Comm. in 1 Epist. S. Petr. c. 2, v. 11 y en los respectivos lugares citados arriba.
35. Disert. 3.^a pág. 96.
36. Ephes. c. 2, v. 20.

CAPÍTULO II.

1. Cicer. lib. 3 de leg.
2. Matth. c. 16. — Joann. c. 21. — Luc. c. 22.
3. Matth. c. 18.
4. D. Thom. de Verit. quæst. 17, art. 3.
5. Joann. c. 10, v. 16.
6. S. Basilio *Serm. de Judic. Dei*. — S. Epifanio *hæresi* 51. — S. Juan Crisóstomo *Hom. 11 in Joann.* — S. Ambrosio in cap. 12, epist. 2 ad Cor. — S. Cirilo Alejandrino lib. 12 in Joann. — S. Greg. Nacianz. *Orat. de moderat. serv. in disp.* — S. Bernard. lib. 2 de *Consid.* c. 8, y así los demás Padres de la Iglesia, y todos atribuyen estas mismas prerogativas al romano Pontífice.
7. Concilio Niceno, Can. 6.
8. Ita Philippus Apostolicæ Sedis Legatus in Conc. Ephesino, nemine reclamante, act. 3.^a
9. Conc. Chalcedon. ex Act. 2, 3 et 16.
10. Conc. Florentinum Sess. 6.
11. Conc. Trident. sess. 14 de Pœnit. c. 7.

12. Matth. c. 18, vv. 16 et 17.
13. Matth. c. 28. — Joann. c. 20, v. 21. — Luc. c. 10, v. 16.
14. Conc. Trident. sess. 6, can. 21; — et sess. 14, can. 15.
15. Luc. 14, vv. 21 et 23. — Matth. 10, vv. 16, 18, 19 et 28.
16. Act. c. 15, v. 48.
17. Act. c. 1.
18. Act. c. 6.
19. Act. c. 4.
20. Act. c. 8.
21. Act. c. 4.
22. Act. c. 15.
23. Act. c. 16.
24. Ad Hæbreos c. 13, v. 17.
25. 1.^a ad Cor. cap. 11, v. 2; — et 1.^a ad Thess. c. 4, vv. 2 et 8. — 2.^a ad Thess. c. 3.
26. 1.^a ad Cor. c. 11. — 1.^a ad Tim. c. 3 et 5. — ad Tit. c. 1. — 1.^a ad Cor. c. 7. — 1.^a ad Tim. c. 5, v. 19.
27. 1.^a ad Cor. c. 11, v. ult. — 2.^a ad Cor. c. 10, vv. 6 et 8. — Act. c. 20, v. 28. — ad Tit. c. 1, v. 10, et c. 3, v. 10.
28. Defensa etc. Disert. 1.^a, p. 40, 17, 18 y 30, prop. 7 y 10.
29. En la Disert. 8.^a, pág. 163.
30. En S. Mateo c. 17, v. 15.
31. En S. Mateo c. 20, v. 25.
32. Cornelio A-Lápide en el c. 20, v. 25 de S. Mateo.
33. S. Gregorio Magno lib. de la Regla Past. p. 2, c. 6.
34. S. Pablo 2 Cor. c. 13, vv. 2 y 3.
35. Id. 1 Cor. c. 4, vv. 20 y 21.
36. Id. 2 Cor. c. 13, v. 10.
37. Id. 2 Thess. c. 3, v. 14.
38. Id. á Tito c. 1 y 2.
39. Tertuliano contra Marcion lib. 5, c. 12.
40. S. Jerónimo epist. 85.
41. S. Pedro 1.^a, c. 5, v. 2, y la traducción es del P. Scio de S. Miguel.
42. Calmet, Tirino, y Cornelio A-Lápide Comm. en la ep. 1.^a de S. Pedro c. 5, v. 2.
43. S. Gregorio Naz. in Apol. 1.
44. S. Bernardo epist. 2 ap. Cornel. A-Lápide in 1 epist. Petr. c. 5, v. 2.
45. S. Agust. Serm. 33 de Verbis Dom.
46. Balmes Filosofía Elem. Psicología c. 3, n. 15.

CAPÍTULO III.

1. Matth. c. 18.
2. Defensa etc. Disert. 1.^a, pág. 26.
3. En S. Mateo c. 5, v. 39, y c. 10, v. 23.
4. Véase á Tirino y á Cornelio A-Lápide en los respectivos lugares.
5. En S. Mateo c. 18, v. 15.
6. En *Devoti Institutiones* etc. traducidas al castellano, lib iv, §. 2, nota 2.
7. En S. Juan, c. 2, v. 15, y en S. Mateo c. 21, v. 12.
8. S. Gregorio Magno Hom. 17 in Evang.
9. Cor. 1.^a, c. 5; — et 4.^a ad Tim. c. 1, v. 20, et Act. c. 13, v. 10.
10. Defensa etc. Disert. 8.^a, pág. 159 etc.
11. Véase á Tirino Comm. in 1 epis. S. Pauli cap. 5, á Cornel. A-Lápide y á Calmet.
12. Defensa etc. Disert. 8.^a pág 159.
13. Ad Galat. c. 1, v. 8.
14. Ad Cor. 1.^a, c. 5, v. 11 etc.
15. Joann. 2.^a, c. 1.
16. Act. Ap. c. 15.
17. Tertuliano Apolog. c. 39. — lib. de pudic. cap. 5, y lib. de Pœnit. e. 9. — Irenæus cont. hæreses lib. 1, c. 43, n. 5 et 6, t. 4, pag. 927, edit. Colon. Agr. 1583.
18. D. Cyprianus in vita S. Cæsarii et relat. ap. Surium die 27 augusti.
19. Lib. 4, ep. 27 ad Januarium. — Lib. 5, ep. 65 ad eundem tom. 2, Opp. col. 707; et 982, edit. Maur. Paris, 1706 et alibi.
20. Casiano lib. 4 Inst. c. 16.
21. Paladio Hist. Lausiac. c. 7.
22. Can. 13 ap. Læbbæum, tom: 6, col. 728.
23. Ibid. can. 13, tom. 5, col. 713.
24. Ibid. can. 8, tom. 6, col. 660.
25. Ibid. Act. 4, tom. 4, col. 1422.
26. Ibid. tom. 5, col. 504, y en la edic. de Paris de 1714 t. 2, p. 985.
27. Ap. Labb. tom. 4, col. 1010, Act. 7, y en la edit. Paris. tom. 2, p. 158.

28. Ap. Labb. t. 5, col. 1369, can. 29, y en la edit. Paris. t. 2, p. 1439, c. 29.
29. Ibid. tom. 7, col. 1443, can. 10.
30. D. Greg. ep. 71, lib. 11 ad Arthemium Subd. tom. 2, colum. 1172, edit. Maur. Paris, 1706.
31. Can. 23, dist. 63. — Can. 9, cap. 3, quæst. 4. — Can. 3. cap. 3, quæst. 5.
32. Ap. Labb. tom. 2, can. 2, col. 1454.
33. D. Greg. ep. 26, lib. 4 ad Januar. tom. 2, col. 704 edit. cit.
34. D. August. epist. 104, tom. 2, col. 379, edit. Maur. Venet. 1759.
35. Ap. Sozomenum Hist. Eccl. lib. 2, c. 5, pag. 72, edit. Taurin. 1747.
36. Siricius Papa ep. 1, cap. 6 apud Constantium, col. 629.
37. Conc. Tolet. 2, cap. 6 ap. Labb. tom. 7, col. 566.
38. Leg. 30, Cod. Theod. de Hæret.
39. Nov. 79, cap. 2.
40. Lib. 5 ap. Bælutium.
41. Libel. ad Theod. et Valen. in actis Conc. Ephæs. Part. 1, c. 30, n. 3, col. 977 ap. Labb. tom. 3, edit. Venet.
42. Ep. ad Leon. Isaur. ap. Labb. tom. 8, col. 671.
43. Ap. Labb. tom. 6, cap. 5, col. 659.
44. Ibid. tom. 6, can. 3, col. 1314.
45. Ibid. tom. 5, can. 22, col. 714.
46. Conc. Trid. sess. 25, cap. 3 de Ref. Véase á Bened. XIV de Syn. Diœc. lib. 10, c. 9.
47. De imp. Summ. Pont. cap. 8, n. 3.
48. Salm. 26, v. 12.
49. Ap. Berardi part. 1.^a, cap. 23, p. 245, edit. Venet. 1777.
50. S. August. ep. 133 ad Marc. ap. id. ibid. p. 246.
51. Defensâ etc. tom. 4, Dis. 8.^a, p. 132 in fine etc., y en la pág. 134.
52. En el mismo lugar p. 132 y 136.
53. Salm. 33, y salm. 46, v. 10.
54. Matth. c. 23. — Luc. c. 11 etc. — Joann. c. 8, v. 44.
55. Act. c. 13, v. 10.
56. Joannes XXII bula *Licet juxta doctrinam*, in Bull. Rom. M. tom. 9, p. 167.
57. Bened. XIV Const. *Ad assiduas* de 4 de marzo de 1755.
58. El Ilmo. Parisis en su libro *Casos de conciencia*, Caso 3.^o, pág. 97 de la traduccion hecha por los RR. de la Biblioteca Religiosa.

59. Defensa etc. Dis. 1.^a, p. 47.
60. S. August. epist. 50, edit. Paris. 1644.
61. S. Joann. Chris. hom. 4 in Isaiam; n. 4 et 5.
62. Lachics, Instituciones etc. §. 68.—Luc. c. 9, v. 55.
63. S. Hieron. ad Algasia ap. Corn. A-Lap. in hunc locum.
64. Defensa etc. Disert. 8.^a, p. 163.

CAPÍTULO IV.

1. S. Pablo á los romanos c. 13, v. 6.
2. En un cuaderno titulado *Pío IX* por Balmes §. 3, pág. 30 y 32, impresion de Valparaiso en 1849.
3. En S. Mateo cap. 16.
4. En S. Juan cap. 21.
5. En los Hechos de los Apóstoles c. 28, v. 28.
6. S. August. epist. 50 ad Bonifacium.
7. En S. Mateo cap. 10.
8. Ap. Corn. A-Lap. in cap. 22 Matth. v. 16.
9. En S. Mateo cap. 22, v. 16.
10. Defensa etc. Disert. 1.^a, pág. 13.
11. Orígenes Comm. in Matth. t. 3 ap. Thesaur. Patrum t. 6; pag. 3867, impres. Mediolani 1827.
12. S. Basilius Regul. brevius tract. tom. 2 ap. eund. ibid. pag. 3869.
13. S. Ambrosius epist. 7, clas. 1, tom. 2, col. 781, ap. eund. pag. 3872.
14. S. Chrisost. Hom. 70, alias 71, in Matth. ibid. p. 3875.—et apud Corn. A-Lap. in cap. 22 Matth. v. 16.
15. S. Hilarius ap. Corn. A-Lap. ibid.
16. S. Ignatius Martyr epist. 9 ad Philadel. ap. Corn. A-Lapide in 1 ep. S. Petr. c. 2, v. 13.
17. Tertullianus lib. adv. Gnost. Scorp. c. 14.
18. Orígenes ap. Corn. A-Lap. in cap. 22 Matth.
19. S. Cyprianus epist. 55 ad Cornel. Pont.—et ep. 52 ad Atoniam.
20. S. Athanasius Hist. Arian. num. 52, p. 297.
21. S. Hilarius Pict. ad Constant. lib. 1, pag. 61, edit. Venet.
22. S. Greg. Naz. Orat. 17.
23. Osius Cordub. epist. ad Constant. Imperat. ap. S. Athan. Hist. Arian. n. 44.
24. S. Ambros. ep. 13 ad Valentinian. Imp. edit. Paris. 1614.

25. S. Hieron. ep. 84 ad Ocean. de mort. Fabiol.
26. S. August. ep. 68, pag. 124, tom. 2, edit. Paris. 1614.
27. S. Joann. Chris. Hom. 4 in Isaiam, tom. 6, pag. 76 et 77 edit. Robereti 1758.
28. Fleury Hist. Ecclesiast. lib. 38, n. 24.
29. Conc. Lateran. sub Martino I ap. Labbé.
30. Gelasius Papa epist. 8 ad Athanas. Imp. ap. Labbé.
31. Fleury ibid. lib. 33.
32. Can. Imperium 5, dist. 40.
33. Cap. Solitæ 6 de majoritate et obedientia.
34. Fleury lib. 145, n. 24.
35. Véase al docto P. Perrone *Prælect. Theolog. tract. de Ord.* c. 4.
36. Lutero tom. 1, pág. 275, donde se espresa con los mismos términos que el precitado Enrique VIII. El papa Leon X en dicha bula condena todas las obras de Lutero, y en la prop. 27 implícitamente el error de que hablamos.
37. Conc. Trid. sess. 23, c. 1.
38. Defensa etc. Disert. 1.^a, pág. 3.

CAPÍTULO V.

1. S. Pablo 2 ad Cor. c. 11, v. 28.
2. Conc. Trid. sess. 14, can. 11 et alibi.
3. Disert. 3.^a, p. 18.
4. Ibid. p. 16 y 17.
5. Ibid. p. 18.
6. Ibid. p. 49, 20 y siguientes.
7. Ibid. p. 20 y 21.
8. Moreno, Ensayo sobre la Supremacia etc. 1 tom., p. 172.
9. Disert. 3.^a, p. 10, 18 y 19.
10. Ibid. p. 25.
11. Ibid. p. 20.
12. Ibid. p. 12 y 159.
13. En S. Juan cap. 17.
14. En S. Mateo cap. 16 etc.
15. S. Ciprian. lib. de Unitate Ecclesiæ.
16. S. Hieron. lib. 1 adv. Jovin.
17. Espíritu de las leyes lib. 25, cap. 8.
18. S. Ciprian. *De Unitate Eccl.* Hemos tomado las palabras citadas de la obra del presbítero francés el Sr. de la Cha-

denede, titulada *El Cristianismo demostrado por las tradiciones católicas, ó el Estudio de los Padres de la Iglesia*, titul. *San Cipriano*. Cuyo autor si bien no se sujeta siempre á la letra del testo, sin embargo el sentido es genuino y legítimo del santo doctor, y la variacion accidental.

19. En las Actas del Concilio de Sena celebrado en 1527 ap. Breve Pii VI *Quod aliquantum*: et ap. Labbé etc.
20. Benedicto XIV, Constitucion *Ad assiduas* de 4 de marzo de 1755, dirigida á los primados, arzobispos y obispos del reino de Polonia.
21. Bossuet, *Variationes* lib. 10, num. 15.
22. Conc. Trid. sess. 24, can. 4 y 12.
23. En S. Mateo cap. 16.
24. Ad Cor. 1.^a, cap. 7.
25. Conc. Trid. sess. 24 in Præambulo ad Can.
26. Conc. Chalced., et Luc. c. 10, v. 16.

CAPÍTULO VI.

1. S. Cipriano en Chadenede, *El Cristianismo etc.* tom. 1, tit. *S. Cipriano*.
2. En S. Juan c. 10, v. 1.
3. En S. Mateo c. 18, v. 17.
4. Act. Ap. c. 20, v. 28.
5. Act. Ap. c. 5, vv. 3, 4 etc.
6. Ad Cor. 1, c. 5.
7. Ad Timot. 1, c. 5, v. 19.
8. Act. Ap. c. 15, v. 28.— *Vide etiam aliud Concilium* c. 21. v. 18.
9. Act. Ap. c. 1, v. 15 etc.— et c. 13, v. 2, etc. Vide Cornel. A-Lap. in hunc locum.— Ad Tit. c. 1, v. 5.— Ad Timoth. 1, c. 3.— Act. Ap. c. 6.
10. Ad Timoth. 1, c. 5.— Ad Roman. c. 16, vv. 1 et 6.— Ad Cor. 1, c. 12, v. 5, et c. 9, v. 5.— Ad Ephes. c. 4, v. 11.— Has mulieres *portarum custodes* vocat Ignatius Martyr, seu potius quisquis est Auctor adscriptæ eidem *epist. ad Antiochen.* n. 12 apud Coletarium *PP. Apostol. t. 2*, p. 112 edit. Antuerp. 1698, nimirum *ad introitus faminarum*, uti explicant constitutiones Apostolicæ lib. 2, cap. 57, ibid. tom. 1, p. 263.

11. Ad Timot. **1**, c. **3**, vv. **1**, **6** et **12**.
12. Corint. **2**, c. **3**;— et c. **16**, v. **1** et **2**.^a epist. ad Rom.—Canon Ap. De his litteris ecclesiasticis latè egerunt Ferrarius, Priorius, Bencinius.
13. Ad Cor. **1**, c. **16**, v. **1** etc.—Act. Ap. c. **11**, v. **29**.
14. Act. Ap. c. **4**, v. **34**.—Ad Cor. **1**, c. **9**, v. **5**.—Evang. Joann. c. **12**, v. **6**, et c. **13**, v. **29** et alibi. Vid. S. Joann. Chris. hom. **45** in Act. Ap. t. **9**, p. **343**.— et S. August. tract. **62** in Joann., c. **13**, n. **5**, tom. **4**, col. 886, et de Serm. Dom. in monte lib. **2**, c. **17** eod. tomo, col. **293**.
15. Ad Cor. **1**, c. **7**, per totum.—Et ad Rom. c. **7**, v. **2**.
16. Act. Ap. c. **4** et **5**.
17. S. Justino *Apologet*.
18. Origenes, lib. contra Celsum.
19. S. Cyprianus ep. **55** ad Cornel. Pontif.
20. Lucifer. Calaritanus Episc. pro S. Athanasio lib. **1**, p. **61** edit. Venet. 1778.— et de non parcen. in Deum delinq. p. **179** et alibi passim.
21. Ap. Suidas in lexico tom. **2**, p. 423 edit. Cantabrig. 1705.
22. S. Cyril. Hierosol. Catech.
23. S. Gregor. Nazian. Orat. **36**, tom. **1**, p. 642, et ap. Thesaur. PP. tom. **2**, p. 881.
24. S. Amb. lib. **2** Epistolarum, epist. **44** ad Marcellinam, t. **5**, p. **206** etc. edit. Paris. 1614.
25. Ap. Theodoret. lib. **5** hist. c. **17**.— Orsi Hist. Eccl. t. **16**, p. **290**.
26. S. Ambros. lib. **2** Epist., ep. **47** ad Theodos. Imp. tom. **5**, p. **213** etc. ejusd. edit.
27. S. Joann. Chris. Hom. **82** in Matth.— et Hom. **5** in illud: *Vidi Dominum* tom. **6**, pag. **131** etc. ap. Thes. PP. t. **5**, p. 3210.
28. S. Leo M. epist. **15** ad Thuria. Astur.
29. S. Fulgent. lib. de prædest. et grat. Christi.
30. S. Joann. Damasc. de imagin. orat. **2**, n. **12**.
31. S. Martinus Turon. ap. Sulpitium lib. **2** Sac. Hist. circa fin.—Eulog. ap. Theodoret. lib. **4**, c. **18** hist.—S. Isidorus Hisp. lib. **3** sent. c. **53**.—S. Theodorus Studita ap. Baron. ad ann. 814; n. **10**.—S. Isidorus Pelusiota ap. Bolgeni, *El Obispado* c. **8**.—S. Ivo Carnot. epist. **106**, Paris 1610.—S. Bernardus ep. ad Ludovicum Grossum Regem Francorum ap. Thesaur. Patrum tom. **5** p. 3233.—S. Thomas Aquin. De Regim. Princ. c. **44**.

32. Concil. Chalced. Vide supra c. 4, nota (b).
33. Concil. Roman. Vide supra ibid. nota (c).
34. Canon. Apostol. can. 31.
35. Concil. Milevit. can. 19.—Masticonense 2, can. 9.—Tolet. 3, can. 13.
36. Conc. Trid. sess. 25, c. 3, 19 et 20; — et sess. 24, c. 9 de Ref. Matrim. et alibi.
37. Bossuet, Declaratio etc. circa librum *Spiegazione delle massime de' Sancti*.
38. Defensa etc. Disert. 2.^a, p. 46.
39. Vattel, Derecho de gentes, ó principios de la ley natural, tom. 1, Preliminares §. 15 y 16.

CAPÍTULO VII.

1. Proph. Zachar. c. 6, v. 13.
2. S. Optatus Milev. lib. 3 de Schismate Donatist.
3. Ibid. lib. 1 de Schism. Donat. pag. 28 edit. Paris. 1676.
4. S. Ambrosius Serm. contra Auxent. num. 36.
5. El Sr. Haller en su *Restauracion*, 4, V. pag. 383 y 394.
6. El Sr. Bonald en sus *Pensamientos políticos y religiosos*.
7. El Sr. Ancillon *über Staats Wirsenschaft*. Berlin 1819, pagin. 169 ap. Torricelli tom. 5 Diss. Stórico-polémiche p. 342.
8. Defensa etc. Disert. 1.^a, p. 9, 10 y en muchos lugares de sus disertaciones.
9. Act. Ap. c. 5, v. 28.
10. Ibid. c. 18.
11. Balmes, *El Protestantismo* etc. c. 54.
12. En el lug. cit. p. 10, y en muchos parajes de su obra.
13. Lev. c. 3, v. 10.
14. Paral. 2, c. 19, v. 11.
15. Strabon lib. 17. — Elian. lib. 4 variar. histor. 34. — Euseb. Chron. — Joseph. Antiq. lib. 4, 10. — Cicer. lib. 2 *De Leg.*
16. Defensa etc. Dis. 1.^a, p. 1, 2 y 3.
17. Def. etc. Dis. 3.^a desde la pág. 8 hasta el fin. Las últimas cláusulas se hallan en las págs. 12, 13 y 44.
18. Def. etc. Dis. 3.^a p. 9, y en la pág. 3 de la 1.^a Dis. y p. 19 de la misma.
19. Salmo 2.

20. S. Isidorus lib. 3 Sentent. cap. 53.
21. Fenelon, *Discours* à S. A. S. Electorale de Cologne le jour de son sacre.
22. Bossuet, *Pol.* lib. 7, art. 5, prop. 2.
23. Defensa etc. Dis. 3.^a, pág. 26.

CAPÍTULO VIII.

1. Rufin. lib. 1 hist. addit. ad Euseb. c. 2. — et Sozom. hist. eccl. lib. 1, c. 17.
2. Ap. Labbé tom. 4 Concil.— et ap. Dumesnil. t. 1, lib. 9, § 51.
3. Ap. Constantium epist. Roman. Pontif. col. 530 et seq.
4. Devoti, *Jus Canon. univ. pub. et priv.* tom. 1, c. 12, edit. Rom. 1837; — et Thomassin. *Vet. et nov. Eccl. discipl.* part. 2, lib. 3, cap. 47, num. 1 et seq.; et cap. 51, n. 1 et seq.
5. Leo Sapiens Imperator, Novel. 2 apud Dionysium Gothofredum t. 2 *corpor. jur. civil.* Roman. p. 661 edit. Lipsiæ 1740.
6. Leg. 42, §. 1 cod. de Episc. et Cler.—et Novel. 123, c. 13.
7. Constit. II Leon. Imp. Sapien. — Véase á Baronio *ad ann.* 528, n. 1, et *ad ann.* 541, n. 13 et seq. — Natal. Alex. *Hist. Eccl. sæc.* 6, cap. 7, art. 2.—Marca *Concord.* l. 2, c. 6.—Zallinger. *Inst. Juris Nat. et Eccl. pub.* tom. 2, c. 11. Aunque otros le escusan diciendo, que no hizo mas que apoyar lo que ya habian decretado los obispos.—Véase á Devoti *ibid.*
8. Leo Sap. Imp. *Const.* XV ap. Zallinger *ibid.*
9. En var. parajes de la Dis. 3.^a
10. En el mismo lugar pág. 37.
11. Thomassin. *Vetus et nov. Eccl. Discipl.* part. 2, lib. 3, c. 92, n. 14 et seq.
12. Thomassin. *ibid.* num. 15, 16 y 17.
13. S. August ep. ad Donat. Procons.
14. Fenelon, *Discurso* á S. A. S. Electoral de Colonia en el día de su consagracion.

CAPÍTULO IX.

1. Conc. Trid. sess. 24, can. 4 et 12.
2. Def. etc. Dis. 3.^a, p. 25.
3. Cod. lib. 1, tit. 4. L. 8 et alibi.
4. Lib. 3, ep. 65.

CAPÍTULO X.

1. Def. etc. Dis. 1.^a, p. 25 etc., y en la nota 50.
2. Act. Ap. c. 5, v. 28 et alibi.
3. En S. Lucas c. 17, v. 3 etc.
4. Cor. 1.^a, c. 5.
5. Matth. c. 19.—et 1.^a ad Cor. c. 7.—et ad Rom. c. 7.
6. Conc. Trid. can. 12.
7. Bula de Pio VI *Auctorem fidei*, en la condenacion de la propos. 60 del Sínodo de Pistoya.
8. Bened. XIV *De Synodo Diæcesana* c. 9, 10, 11 y 12.
9. Def. etc. Dis. 1.^a, p. 11; — y en las notas 25 y 27.
10. En S. Mateo c. 6, v. 33.
11. Constitutio 72 Leonis *Sapientis Imperat.*
12. Justinianus in *Rescripto* ad Dacianum. Ap. *Devoti Jus Canon. Univ.* tom. 1, cap. 12, n. 13.
13. Ap. eund. ibid. — Véase tambien la nota K del capít. antecedente.
14. Thomassinus, *Vet. et Nov. Eccl. Disc.* part. 2, lib. 3, c. 46, num. 3. *Videndus est etiam Petrus Marca Conc. Sac. et imp.* lib. 4, c. 1, num. 5.
15. Leg. 11 de *Episc. et Cleric.*
16. Leg. 12 Cod. lib. 1, tit. 2 *De Sacros. Eccl.*
17. Thomass. ibid. part. 1, lib. 3, cap. 60, n. 8. — Vide totum capit.
18. Def. etc. Dis. 1.^a, p. 25.
19. Ibid. id. p. 26 y 38 y nota 50.
20. Ibid. id. p. 27.
21. Ibid. id. p. 28.
22. Decreto fechado en Lima á 19 de julio de 1850. Véase el periódico « Comercio » del 23 de julio del mismo año.
23. Zach. c. 6, v. 13.
24. Def. etc. Dis. 1.^a, p. 31.

CAPÍTULO XI.

1. Historia de los Papas por el conde A. de Beaufort, tom. 3, cap. 4.
2. S. Gregor. VII *epist.* lib. III, 6.
3. Fenelon *De aut. Sum. Pontif.* c. 27 et 39.
4. Hist. de los Papas por Beaufort en el lugar cit.
5. Voigt, *Hist. de Gregor. VII*, not. del traduc. ap. Beaufort en el lugar cit. Véase al conde de Maistre: *Del Papa*; c. 10.— Bernardi lib. 4; — y Berault-Bercastel tom. 27 en la nota de los traductores españoles, p. 113 etc.
6. Véase al conde de Maistre en los cap. 9 y 10 de su obra *Del Papa*, que se halla en el tomo 6 de la Biblioteca de Religion de la última impresion de París; y al Sr. Vigil *Disert.* 2.^a desde la pág. 81.
7. Véase en el tom. 27 de la *Hist. Ecles.* de Berault-Bercastel la nota de los traduct. españoles, pág. 112.
8. Sr. de Haller ap. Torricelli: *Dis. stórico-polemiche* tom. 2, pag. 46.
9. Chateaubriand, *Genio del Cristianismo* parte 4, lib. 6; — y en el cap. 2.
10. Laurentie en la *Introduccion* á la Historia de los Papas por Beaufort.
11. Leibnitz, *Oper.* tom. 4, part. 3; — y en sus *Pensamientos* en 8.^o, tom. 2, p. 406.
12. El conde de Maistre, *Del Papa* c. 9.
13. Voltaire, *Ensayo* etc. tom. 2, cap. 60.
14. *El sacerdote en presencia del siglo* por M. Medrolle tom. 1, p. 106.
15. Moreno, *Ensayo* etc. tom. 1, p. 89.— Justo Donoso, *Instituciones de Derecho canónico americano* tom. 1, lib. 2, c. 2, n. 8.— Aguilar, *Censura del libro Vidaurre contra Vidaurre* p. 108 etc.
16. Defensa etc. *Dis.* 2.^a, p. 91, y otros lugares de la misma.
17. Véase el lib. 2, cap. 6 de su obra *Del Papa*, y la nota de la p. 184 en la *Bibliot. de Religion* tom. 6 de la impres. moderna de París.
18. Balmes, *El protestantismo* etc. cap. 68.
19. Def. etc. *Dis.* 2.^a, p. 63.
20. Lucæ c. 23.

21. Luc. cap. 3;— et Marc. cap. 17.
22. Lib. 2 Paralip. c. 26;— et Levit. c. 13.
23. Concil. Eliberitan. can. 56 ap. Labbeum tom. 1, pag. 255 edit. Paris. 1715.
24. Concil. Arelat. can. 7 ap. Labb. tom. 1, p. 263 ibid.
25. Concil. Valentin. II ap. Labb. tom. 3, p. 458 ibid.
26. Conc. Trid. sess. 25 de Reform. c. 19, et sess. 24, c. 9.
27. S. Basilius M. epist. 41 ad Athanas. Magn. edit. *Antuerpie* 1616, p. 437.
28. S. Ambros. epist. 59 ad Theodos. Aug. lib. 8, epist. p. 323 edit. Paris. 1614;— et *De obitu Theodos.* p. 117, tom. 5 ejusd. edit. Véase á Orsi, *Hist. Eccles.* tom. 10, lib. 20, n. 22 y siguientes.
29. Eusebius, *Histor. Eccles.* lib. 6, c. 34, ibiq. Valentium in *Not.* pag. 198 edit. *Cantabrig.*— Paulinus in *Vita Ambrosii* n. 19 opp. *Ambrosii* tom. 7, p. 6 edit. cit.— Teodoret. *Hist.* lib. 5, cap. 18, pag. 1 edit. *Cantabrig.*— Confer etiam *Acta Cleri Gallicani* tom. 41, p. 10.
30. Def. etc. Dis. 2.^a, p. 3.
31. Ibid.
32. Div. Thomas 2 sent. in fine. Los otros lugares mencionados son de la 3.^a, p. q. 22, art. 4 y 5.
33. Natal. Alej. *Hist. Eccl.* tom. 4, sec. 4, c. ult. art. 2 edit. *Venet.* 1776.— Orsi, *Hist. Eccl.* tom. 7, lib. 14, n. 116.— El lugar citado de Socrat. lib. 2, c. 47.
34. S. Athan. lib. *De Syn.* ap. Baronium ad ann. 361, n. 20. Robustecen esto mismo Philost. lib. 6, cap. 5.— Baronio en el lugar cit.— Berault-Berc., *Hist. Eccles.* t. 3 en el fin.— Beaufort, *Hist. de los Papas* t. 1 en el fin, y otros.
35. Véanse estas palabras en su artículo firmado, que se registra en el periódico « Comercio » de 29 de enero de 1850.
36. Véase á Cornelio A-Lap., Calmet y Tirino en sus *Comentarios* sobre el capit. 5 de la 1.^a epist. de S. Pablo á los Cor.— La Carta ó Constitucion de S. Gregorio II al emperador Leon Isáurico puede verse en Baronio *ad ann.* 726, t. 12.
37. Véase el *Apologético* de S. Simaco contra Anastasio en el mismo Baronio *ad ann.* 503, 18, tom. 9.
38. Orsi, *Hist. Eccl.* lib. 25, tom. 13, pag. 123, 124 y 128.
39. Def. etc. Dis. 2.^a, p. 5.
40. S. Crisost. *Homil. contra ludos et theatra*, ap. Thesaur. Patr. tom. 3, p. 1614.

41. Véase á Tirino y Calmet en los Coment. sobre la 1.^a epist. de S. Pablo á los Cor. cap. 5.
42. Voigt, *Hist. de Gregorio VII.*
43. Juan Muller, historiador aleman, en sus *Viajes de los Papas*: edicion de Aquisgran 1831.

CAPÍTULO XII.

1. Véase á Fernando Walter, *Manual del Derecho etc.* §. 337.
2. Véase, *El sacerdote en presencia del siglo, ó verdadera historia universal del catolicismo* por Medrolle tom. 1, pag. 112.
3. Medrolle en el mismo lugar;—y Walter §. 336.
4. C. 1, X, *de treug. et pac.* (1. 34.)—Conc. Claram. a. 1095. c. 29.—Bula in *Cæna Dom.*—C. 3, X, *De raptor.* (5. 17.)—C. 1, 2, X, *De torneam.* (5. 13), C. un. eod. Ext. Joann. XXII (9), et. C. un. *De tauror agit.* in VII (5. 18). Véase tambien á Medrolle en el citado lugar pág. 146.
5. C. 22, c. II, q. 5. (Nicol. I a 867);—C. 20, eod. (Stephan. V. c. a. 886);—C. 7. §. 1. eod. (Alexand. II c. a. 1070);—et c. 1, 2, 3, X, *De purgatione vulgari*, (5, 35.)
6. Séneca, *Epistol.* 81.
7. Leg. 22. *De reg. jur.*—Leg. 19.—Leg. 24. ff. *De Statu hom.*
8. *Secundum genus hominum.* Lib. 3, cap. 20, edit. Salmasii. *L. Bat.* 1648.
9. *O demens, ¿ita servus homo est?* Satyra vi. v. 221.
10. Séneca, *De Ira* lib. 3;—*De clementia* lib. 1, cap. 13;—et *De ben.* lib. 3, cap. 18.
11. Véanse los capítulos XV y siguientes de la obra del señor Balmes: *El protestantismo etc.*
12. Véase entre otras la *Historia de la América*, de Robertson, t. 2.
13. Carlevois, *Histoire du Paraguay* tom. 2. Véase tambien la *Vida del cardenal Cisneros* por Gonzalez.
14. Bullar. Generale tom. 6, parte 2. Constit. 604;—et Bullar. Bened. XIV. tom. 1. Constit. 38.
15. Véase, *El sacerdote en presencia del siglo*, tom. 1. p. 144.
16. Roman cap. 13, vv. 1 et 2 —1.^a Petri c. 2, vv. 13 et 14.

17. Rousseau, Carta 6.^a sobre los abusos y los males que se atribuyen á la Religión.
18. Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. 24, c. 3.
19. Balmes, *El protestantismo etc.* cap. 54.
20. Walter, *Manual del Derecho eclesiástico universal*, §. 45.

CAPÍTULO XIII.

1. Defensa etc. Disert. 3.^a pág. 129 y en la nota 1.^a p. 206 y 230.
2. Joann. c. 19, et ad Rom. c. 13.
3. Defensa etc. Disert. 3.^a nota 1.^a pág. 215.
4. S. Irenæus lib. 5, cap. 24; — et Tertull. in *Apolog.* c. 30 et 37.
5. S. Ciril. Alexandr. lib. *De recta fide ad Theod. Imperat.* — S. Ambr. lib. 4 in Luc. — S. Gregor. de Tours ap. Torricelli tom. 4.
6. Pontificale Rom. *De benedictione et coronat Regis.*
7. Concil. Constant. sess. 45, anni 1418. — Benedictus XIII decreto 16 Junii 1766.
8. Balmes, *El protestantismo etc.* cap. 48.
9. Defensa etc. Disert. 3.^a nota 1.^a pág. 217.
10. Véanse las notas puestas al sermon predicado por dicho Sr. Herrera el 28 de julio de 1846 en la iglesia Catedral de Lima.
11. Balmes, *El protestantismo etc.* cap. 51.
12. Concil. Const. sess. 45. prop. 17. Wicleffi, et 30. Joann. Hus, cuyas proposiciones fueron condenadas por el Papa Juan XXII en el mismo concilio.
13. S. Thomas 2. 2. quæst. 42. art. 2 ad tertium; — et *De regimine Principum* lib. 1, cap. 40, et cap. 6. — Suarez, Disp. 13. *De bello.* Sec. 8. — Bellarm. *De Roman.* lib. 5. cap. 7. — Los de la opinion contraria son Bossuet, Tassoni, Roselli, Jamin etc.

CAPÍTULO XIV.

1. Bossuet, *Polit.* lib. 2, propos. 12.
2. Balmes, *El protestantismo etc.* cap. 48.
3. Todo lo dicho se saca de la Disert. 3.^a y nota 1 de la mis-

ma Disertacion del Sr Vigil y de los que defienden tal teoría:

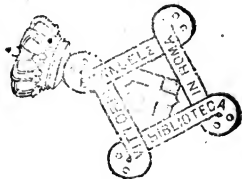
4. Rousseau , *Contrato Social* lib. 1, c. 3.
5. Gen. cap. 10, vv. 4 y 5.
6. Gen. cap. 10, vv. 8 y 10
7. S. August. lib. 16 *De Civit. Dei* cap. 7.— S. Hieronim. in QQ. Hebræor.— et Euseb. in *Chron.* Véase á Tirino in cap. 10 *Gen.*
8. Gen. cap. 10, vv. 11 y 12. Véase á S. Jerónimo en el mismo lugar, y á Diodoro Siculo lib. 2 ap. Tirin. ibid.
9. *Las Leyes Fundamentales de la Monarquía Española* por el P. Fr. Magin Ferrer tom. 1, cap. 2.
10. Balmes , *El protestantismo* etc. cap. 50.
11. Def. etc. Dist. 3.ª, nota 1, pag. 232.
12. D. Thomas quæst. 90, art. 1.
13. D. August. lib. 22 contra *Faust.* cap. 27.
14. D. Thomas 1. 2. quæst. 96, art. 3.
15. Roman. cap. 13, v. 4.

CAPÍTULO XV.

1. Vigil, Def. etc. Disert. 3.ª, pág. 3 etc.: Vattel, *Derecho de Gentes* lib. 1, c. 12, §. 29.
2. D. Thom. 2, 2, quæst. 124, art. 1 ad 3. — Vigil, Def. etc. Dis. 3.ª, p. 5.
3. Def. etc. Dis. 3.ª, p. 4 y 5.
4. Introduccion al estudio del *Derecho natural y de gentes* por Mackintosh, en el tomo 1 de Vattel en sus Preliminares, tomo 1 del *Derecho de Gentes*.
5. Diderot, *Código de la naturaleza*.
6. *Sistema Social* part. 1, cap. 6.
7. Helvecio, *Del Espíritu Disc.* 2, cap. 2.
8. La mente de un hombre de Estado cap. 5, §. 5.
9. Horacio, *Carminum* lib. 3, ode 24.
10. Ciceron, *De Legibus* lib. 2, cap. 4.
11. Plutarco, lib. 2 *adversus Colotem*.
12. Bossuet, *Polit. etc.* part. 2, lib. 7, art. 3, prop. 3.
13. Ciceron, *De nat. Deor.* lib. 1, cap. 2.
14. Grocio, *De Jure belli et pacis*, lib. 2, cap. 20, §. 44.— Puffendorf, *De officio hominis et civis*, lib. 1, c. 4, §. 9.
— Warburton, *Dissertation sur l'union de la morale, et*

- de la politique, tom. 2, Dissert. 15.—Vattel, *Derecho de Gentes*, lib. 4, c. 42.—Mably, *De la legislation, ou principes des lois*, lib. 4, chap. 2.—Carli, *Dell'uomo libero*, part. 3, cap. 3.—Biefeld, *Instit. Polit.* tom. 4, chap. 3, part. 2.—Ferrand, *Esprit de l'Histoire etc.*, tom. 4, lett. c.
15. En Odoardo Ryan, *Historia de los efectos de la Religion en el género humano*, tom. 2.
 16. Tritot, *Espíritu del Derecho*, tom 1, cap. 2, tit. 2.
 17. Pomponacio, *De immortalitate animæ*.—Espinosa, *Tractat. Theol. Polit.* cap. 16.—Bayle, *Pensamientos sobre el cometa*, §. 108.—Hume, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, tom. 3.—Voltaire, *Diccionario filosófico*, art. *Ateos*.—Diderot, *Tratado de educacion pública*.—Sistema de la naturaleza, tom. 2, cap. 13.—Rousseau, *Contrato Social* lib. 4, cap. 8.—Maquiavelo, *La mente de un hombre de Estado* cap. 1, §. 4 —Enciclop. artic. *Ateismo*.—Mirabeau: se cita ese trozo de este autor en un libro de *Discursos con el Concordato entre la Santa Sede y el gobierno francés*.—Lalande, *ap. Barral* tom. 4, de los *Anales literarios*.—Napoleon, *Carta al Clero*, y en una *Alocucion á los Párrocos*.
 18. Ad Rom. cap. 13.
 19. En S. Marcos cap. 16, v. 15.
 20. Sap. cap. 6, vv. 2, 3 etc.
 21. S. Agustin, epist. 50 ad Bonifacium Comitem, edit. Paris. 1614.
 22. Constit. Ap. lib. 5, tom. 1, pag. 302.
 23. S. Clemens Alexand. *Stromat.* lib. 1, vol. 1, p. 416.
 24. S. Greg. Naz. *Orat.* 17, tom. 4, pag. 323.
 25. S. Ambros. *contra Auxentium*, pag. 813.
 26. S. Leo M. epist. 156 ad Leon Aug. edit. Ballerin. alias 75.
 27. S. Greg. Magn. ep. 62 ad Imp. Maur. lib. 2, ind. 11.
 28. S. Isid. Hisp. Cons. 23, quæst. 5, can. 20.
 29. Conc. Trid. Sess. 25, cap. 20 et 21.
 30. Casos de conciencia, *Primer caso sobre la libertad de cultos*, p. 24 de la traduccion castellana, pag. 27 y 29.
 31. Casos de conciencia, *Segundo etc.* p. 46. —El testo escritural es de los Proverbios c. 28, v. 12.

FIN DE LAS CITAS DEL TOMO PRIMERO.



MAC 2007136

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS Y MATERIAS

DEL TOMO PRIMERO.

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO. Objeto de la obra.	5
CAPÍTULO I. La Iglesia católica.	13
CAP. II..... Poderes de la Iglesia católica.	39
CAP. III..... Derecho penal de la Iglesia.	70
CAP. IV..... Independencia de la Iglesia de la potestad civil.	102
CAP. V..... Independencia de la Iglesia en su disciplina es- terior.	131
CAP. VI..... Otras pruebas de la independencia de la Iglesia en su disciplina exterior.	157
CAP. VII..... Se da solución á los argumentos de los enemigos de la independencia de la Iglesia.	175
CAP. VIII... Se responde á las objeciones de hecho.	201
CAP. IX..... Límites de los poderes de las dos potestades.	210
CAP. X..... Derechos de ambas potestades en las materias mistas.	217
CAP. XI..... Poder de los Papas de la edad media.	237
CAP. XII..... Ventajas políticas y sociales, que provienen de la independencia de la Iglesia en el ejercicio de sus derechos.	266
CAP. XIII... Origen del poder civil.	280
CAP. XIV... De la soberanía popular.	303
CAP. XV.... Religión del Estado.	325

ÍNDICE

DE LAS NOTAS DEL TOMO PRIMERO.

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO I. Iglesia, su definicion y errores sobre ella. Retraccion de Richer. Conventículos de Utrech, Pistoia y Baden. Autoridades latinas. Absurdos y contradicciones del señor Vigil.	359
CAP. II..... Si la palabra <i>Rey</i> significa <i>Pastor</i> . Error de Vigil sobre la facultad de mandar dada por Jesucristo a los pontífices. Cánones apostólicos y otras pruebas. Error de Vigil condenado por el concilio Tridentino. Paralelo entre las proposiciones de Vigil y las de algunos heresiarcas. Carácter de los jansenistas. Error de Lachics. Otros errores y contradicciones de Vigil.	366
CAP. III..... Condenacion del <i>Derecho eclesiástico</i> de Van-Espen y Cavalario. Observación sobre Lacordaire. Autoridades latinas. Absurdo y contradiccion de Vigil. Pruebas de que la bula <i>Auctorem fidei</i> ha sido recibida por toda la Iglesia.	373
CAP. IV..... Autoridades latinas de los padres y concilios. Si la Iglesia cristiana empezó desde Adan. Si los reyes del antiguo Testamento podian ingerirse en los negocios de la religion.	387
CAP. V..... Autoridades latinas de los pontífices, que condenan la doctrina de Vigil.	395
CAP. VI..... Otras autoridades latinas de los padres, que prueban la independencia de la Iglesia en su disciplina exterior.	397
CAP. VII.... Otra contradiccion de Vigil y una bellissima autoridad de S. Leon papa.	398
CAP. VIII. Autoridades de los emperadores y reyes, en latin, a favor de la independencia de la Iglesia.	399
CAP. XI..... Autoridad latina de S. Juan Crisóstomo sobre la	

	potestad de la Iglesia de escomulgar á los príncipes. Error de los que conceden á los príncipes autoridad sobre las excomuniones.	401
CAP. XIII...	Se vindica al pontífice S. Gregorio VII de la calumnia que le imputa Vigil, de que defendiese que la potestad civil viene del demonio. Autoridades latinas de los padres.	403

ÍNDICE

DE LAS CITAS DEL TOMO PRIMERO.

	<u>Pág.</u>
Del capítulo I.	407
Del cap. II.	408
Del cap. III.	410
Del cap. IV.	412
Del cap. V.	413
Del cap. VI.	414
Del cap. VII.. . . .	416
Del cap. VIII.	417
Del cap. IX.	418
Del cap. X.	id.
Del cap. XI.	419
Del cap. XII.. . . .	421
Del cap. XIII.	422
Del cap. XIV.	id.
Del cap. XV.	423





